3 1761 08158698 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 205.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1906

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000. 10.740

H62671

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 18
no. 205-07

LA CARTERA DE GRAVINA

Cuando murió Gravina de resultas de las heridas que sacó del combate memorable de Trafalgar, su hermano D. Pedro, el arzobispo de Nicea y nuncio de Pío VI en España, fué el árbitro absoluto de sus papeles, los cuales, después de haber servido al cura más antiguo del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, D. Pedro Gómez Bueno, que había sido el que le había prestado los últimos auxilios espirituales, para el *Sermón fúnebre* (1) que predicó en las solemnes honras que el 22 de Marzo de 1806 se celebraron en la Real Parroquia de Santiago de la misma ciudad, por mano del capitán de fragata graduado D. Tomás de Barreda, ayudante que había sido durante muchos años del ínclito general, fueron traídos á Madrid y dirigidos á la calle del Colmillo, núm. 13, cuarto principal, donde á la sazón vivía el ingeniero naval D. José Mor

(1) *Sermón fúnebre* | *predicado* | *en las Exequias del Excmo. Sr.* | D. Federico Gravina | *capitan gral.* | *de la Real Armada de España* | *gentilhombre de Cámara de S. M.* | *Caballero Gran Cruz* | *de la Real y distinguida Orden* | *de Carlos III* | *y asimismo* | *del orden de Santiago, etc., etc.* | celebradas el 22 de marzo del año 1806 en la Real Parroquia de Santiago de la ciudad | de Cádiz, por el clero de esta Iglesia, á impul | sos del amor al expresado General difunto, con | asistencia de varios Señores Te | nientes Generales de la Real Armada, Jefes y Ofi | ciales militares de la Plaza | Por | D. Pedro Gómez Bueno, Cura más antiguo del Sa | grario de la Santa Catedral de Cádiz, con | destino á la mencionada Real Parroquia | =Con licencia= | Impreso en la Casa de la Misericordia de | dicha ciudad, año de 1806.—4.°—38 páginas.

de Fuentes, para, en vista de ellos, escribir su *Elogio* (1). Luego que llenaron tan importantes objetos, cumpliendo con la disposición testamentaria, se le entregaron al Príncipe de la Paz, con otras mandas que le estaban destinadas. Quadrado cometió un error al escribir la biografía de Escaño, diciendo que á éste dejó su bastón de mando en recuerdo de haberlo ejercido en su nombre á bordo del navío *Príncipe de Asturias* cuando Gravina fué retirado herido de la toldilla (2). El bastón de Gravina, por los mandatos de su testamento, se le entregó al general Mazarredo, su espada al general Alava, y al general Escaño sus instrumentos náuticos. Al Príncipe de la Paz fueron consagrados diversos objetos, entre ellos sus cuadros y láminas, de que se formó *Catálogo*, y el tesoro de sus papeles, que formaban su bien henchida cartera.

Las aficiones artísticas del general Gravina, según del *Inventario* referido se colige, difería mucho de las que á la sazón predominaban en lo común de las gentes, hasta las más ilustradas. Todavía al pincel y al cincel no se le pedían, por lo general, sino efigies de santos ó escenas relacionadas con los asuntos sagrados. En las colecciones de Gravina no había más que retratos, algunos de historia y algunos de batallas, principalmente de las navales en que él había intervenido. El orden con que esos retratos y esas batallas se mencionan en el documento referido es el siguiente:

Cuadros pequeños: Retrato de Mlle. La Chevaliére.—

(1) *Elogio del Excmo. Sr.* D. Federico Gravina, *Capitán General de la Real Armada*, por D. José Mor de Fuentes. Madrid, imprenta de Repullés, 1806.—En 8.°

(2) *Elogio histórico del Excmo. Sr.* D. Antonio de Escaño, *Teniente General de Marina; Regente de España de Indias en 1810; Comendador de Carrigosa en la Orden Militar de Santiago, é individuo honorario de la Real Academia de la Historia, por* D. Francisco de Paula Quadrado y De-Roo, Académico de número, Capitán de navío graduado y retirado de la Armada, Ministro plenipotenciario, etc., etc. (Madrid, imprenta de la Real Academia de la Historia, á cargo de José Rodríguez; 1852.)

Idem de Mlle. Hanson, inglesa.—Idem del general Laudon.—Retratos del rey Luis XVI y de María Antonieta.—Retrato de Juan Pablo Marat.—Idem del general Pichegrú.—Idem del Duque de York.—Idem del general Carlos, conde de Clarifast.—Idem de M. Bertrand Barrère de Vienzac.—Idem del príncipe Francisco Valentino, director de las baterías de Mantua.—Idem del conde Dagobert S. Wurmser.—Idem del abate Mary.—Idem del general Hoche.—Idem del conde José Canto.—Idem de la Duquesa de York.—Idem de Mlle. Antonia Carlota Corday.—Idem del rey de Prusia Federico Guillermo II.—Idem de Carlos Jou.—Idem de Federica Luis Stonig.—Idem del general Mollendorff.—Idem del general (*sic*) Robespierre.—Idem de M. Barthelemy.—Idem del general Dumouriez.—Idem de la princesa María Carlota, hija de Luis XVI.—Idem del general Custine.—Idem del general Comburg.—Idem de lord Pitt.—Idem del general Massena.—Idem del Papa Pío VI.—Idem del general Jourdan.—Idem del general Roccacian.

Cuadros medianos: Retrato de una niña.—Idem del general Kleber.—Idem del rey de España Carlos III.—Idem del rey Fernando IV de Nápoles.—Idem de D. Antonio de Pinera.—Otro de otra niña inglesa.—Otro de Carlos III.—Retrato de la reina María Luisa, mujer de Carlos IV de España.—Idem del general Bournonville.—Idem de Cristóbal Colón.—Idem del general Moreau.—Idem del general Berthier.—Medalla de Luis XVI.—Retrato de Napoleón Bonaparte.—Idem de Federico II de Prusia.—Idem de José II, emperador de Austria.—Idem de la reina de las Dos Sicilias.—Idem de Carlota Tucan, inglesa.—Cuatro cuadros de combates navales.—Cuadro con el plano topográfico-militar de la plaza de Rosas.—Retrato de Gustavo III, rey de Suecia.—Cuadro del mausoleo del Caballero Piñera.—Varias cartas topográficas.—Retrato de una niña inglesa.—Idem del duque de Alba.—Idem del conde de Floridablanca.—Idem de Luis XVI y el Delfín.—Idem de Carlos IV.—Idem de Jorge III de Inglaterra.—

Idem de Carlos IV á caballo.—Idem de una mujer musulmana.—Panorama del Hospital de Greenwick.

Cuadros grandes: Doce de Volpato, con vistas del Vaticano. — Otros diez y nueve, apaisados. — Otros diez y seis de diferentes objetos.—Cuatro de batallas navales.—Gran retrato del Príncipe de la Paz.—Diez lienzos representando todas las hazañas del general Gravina. Estos diez lienzos, por su orden, fueron remitidos á Palermo para que quedasen en su familia.

De la enumeración de estas pinturas y estampas puede deducirse algo de las aficiones y algo del carácter moral de Gravina. Por lo pronto, la repetición en varios tamaños del retrato de *Una niña inglesa*, engendra la sospecha de que también el ilustre marino español pudiera haber tenido su lady Hamilton, como Nelson. En las tertulias aristocráticas de Madrid á que él concurría cuando se hallaba en la Corte, consta que era muy estimado por las damas, y cuando fué elevado al rango de teniente general de la Armada, el ministro de la Guerra, don Antonio Valdés, al darle sus plácemes, no sólo le hablaba de la satisfacción con que este premio había sido recibido en el círculo de su familia, en el que Gravina era muy querido, sino que le añadía: «Hoy escribirán á usted muchos dándole la enhorabuena, entre ellos la duquesita y el duque de Alba, que me dijeron ayer me enviarían su carta para usted». Esta duquesita de Alba era aquella romántica dama, amiga de literatos y artistas, sobre quien injuriosamente tanto se ha debatido sobre si fué ó no retratada por Goya en actitud impúdica. De su amor á los reyes da testimonio la gran copia de retratos de los que á la sazón reinaban en varios Estados de Europa, que se encuentra en el Catálogo, haciéndose distinguir aquellos á quienes debía gratitud, veneración y vasallaje, como Carlos III, Carlos IV y María Luisa de España, ó aquellos cuyos trágicos destinos, en medio de la revolución sangrienta de Francia, habían levantado en su favor los sentimientos de humanidad de todo el Continente, como Luis XVI, María Antonieta y sus hijos, el Delfín y los demás príncipes franceses.

No por esto faltaban en la colección algunos retratos de las figuras más patibularias de la Revolución, como Marat y Robespierre, al lado de la figura idealizada de Carlota Corday. Pero los que se sobreponen á todo son los generales más insignes de su siglo, el mismo Napoleón, Moreau, el conde Dagobert y Dumauriez, contra quienes él mismo peleó en las costas de la Provenza; Massena, Jourdan, Berthier, Kleber, que recuerdan las campañas de Bonaparte, entre figuras históricas como las de Cristóbal Colón y el gran duque de Alba, y entre estadistas modernos, como Floridablanca y el Príncipe de la Paz. Su afición á Inglaterra también se descubre, así en el retrato de sus monarcas y príncipes, como en los de Pitt y algunos otros de sus hombres célebres de aquella época.

De los libros que poseyó no puede formarse otro juicio sino de que su biblioteca, no muy numerosa en volúmenes, y que dejó al ministro Valdés, sólo se componía de libros de ciencia, historia y arte militar. No por eso carecía de inclinaciones literarias. Casi todas sus acciones militares se prestaron á los elogios pindáricos de las musas italianas y castellanas, llamando mucho la atención que entre las muchas poesías apologéticas que se le consagraron, unas impresas y otras conservadas manuscritas en sus carteras, la mayor parte aparecen anónimas. Él mismo compuso versos en italiano y en castellano, y en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, donde se custodian muchos de sus papeles íntimos, hay, entre las poesías aludidas, una *Sextina* en italiano, toda escrita de su puño y letra, y un poemita de octavas castellanas que, aunque con letra de un buen calígrafo de la época, evidentemente es suyo, denunciándolo así, no sólo lo prosaico de sus pensamientos, como de un hombre que, como otros muchos, por exceso de imaginación y de cultura escribía versos sin sentirse poeta, sino por la multitud de italianismos que se notan en la construcción de su lenguaje (1).

(1) Esta composición, escrita en un cuaderno de cinco pliegos sueltos,

La *sextina* italiana, toda autógrafa suya, está concebida en los términos siguientes:

SESTINE

Stava la vaga Rosa si bagnata;
Passa divotta pioggia invia caduta
Quando ad Anna Maria l'aveva data
Che dal pesante l'arco giá abbattuta:
Gener pareva quasi afflitta e mesta
Sotto al gran peso la sua bella testa.

Cosi pieno d'amor il baccio stava
E le umide foglie asperse tanto,
Ch'alla distratta vista rassembrava
Che per li suoi rampolli era quel pianto:
Si quai di lasciar tanto gli spiacque
Nel florido cespuglo ove ella nacque.

Piglo sorco come era il vago fiore
Prontamente per farne adorno al petto
Grondanio ancora il cristallino amore
Ascueterlo aspramente poi m'affretto;
Ma cosi bruscamente o incanto ossio
Si trance e spezza e cade al suor nattio.

Queste, gridai allor, son le spietate
Manier che spesso un debil nom dirigge,
Verso tenere menti e delicate
Senza pensar che strazia e che trafigge:
Ad un afflitto e sconsolate core
Pour troppo già sommesso al suo dolore.

---

en 4.°, no lleva título alguno, y se compone de treinta y tres octavas reales. Empieza así:

Inspira, oh sabia mía musa, hermosa Clío,
Bellos conceptos de escucharme dignos...

(*Arch. Hist. Nac.*—Papeles de Gravina.)

Se questa Rosa io l'avessi meno
Scossa agitata ella neavvrebbe ancora
Piú di fiorito alla sua donna in seno,
Che tergendo le lagrime talora:
Con delicate mani ad un bel viso
Suele spesso seguir gentil sorriso.

Fuera de estas dos composiciones, que hay datos bastantes para poderlas atribuir, como ensayos literarios, al mismo don Federico Gravina, las demás que se hallaban entre sus papeles eran elogios dedicados á él y á sus empresas militares, como el *Soneto al brigadier Gravina al desembarcar tropas al socorro de la plaza de Orán*, que empieza:

Tú, Gravina, otro Marte sin segundo,
ansioso de más gloria y más laureles,
pretendes te tributen los infieles
coronas que te cede todo el mundo...

Fácilmente se comprende que este soneto se escribió de 1783 á 1786, cuando se le confió el mando de una división de jabeques que en Febrero y Marzo del primero de estos años cruzó y bloqueó á Argel, y con la que concurrió de 1784 á 1785 á las demás expediciones contra los moros, empleando el de 1786 en otras comisiones de guerra en el Mediterráneo. Las composiciones en elogio de los hechos militares de Gravina que se guardan en el Archivo Histórico Nacional y en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid son varias, y, como ya se ha dicho, las hay en las dos lenguas italiana y castellana, y las hay impresas y manuscritas. Ya fuera por las inclinaciones literarias de Gravina, ya por la benignidad de su carácter y el fácil acceso que por él se lograba á su amistad, ello es que pocos hechos militares en España han sido inmortalizados por la poesía como el desastre glorioso de Trafalgar, el conjunto de sus héroes y la misma personalidad

del que mandó en él la escuadra española. Fernández Duro, en el tomo VIII de su *Armada Española*; Larrubiera, en su hermoso artículo de los *Homenajes de la poesía* á la batalla naval de Trafalgar, han compilado algunas de las composiciones escritas para exaltar aquella brillante efeméride del valor español. En el conjunto de estas composiciones se les han escapado algunas muy importantes y, sobre todo, las que exclusivamente se refieren á la glorificación de Gravina. Es de tanto interés nacional cuanto al desastre de Trafalgar se refiere, que bien merece el tributo que entonces la poesía rindió á sus héroes hacer una enumeración más exacta, mientras llega el día que el libro definitivo de Trafalgar que la Patria reclama á los escritores de España las reúna y las compendie todas. El nuncio D. Pedro de Gravina, hermano del general, reunió también muchas de estas poesías, las cuales, con algunos otros documentos y datos preciosos, las añadió á los papeles de su hermano antes de remitirlos al Príncipe de la Paz. Las composiciones que á este objeto conocemos son las siguientes:

I. Quintana (D. Manuel José).—Oda á los marinos españoles en el combate de 21 de Octubre. (Madrid: Imprenta Real, 1805.)—Se han hecho de ella muchas ediciones, una de ellas en inglés.

II. Arriaza (D. Juan Bautista), teniente de fragata.—La tempestad y la guerra ó el combate de Trafalgar, en honor de los marinos españoles que se hallaron en él.—Oda imaginada en París á 31 de Enero de 1806.—(Madrid: Imprenta Real, 1806.)

III. Mor de Fuentes (D. José), ingeniero naval.—El combate naval de 21 de Octubre.—Silva dedicada al excelentísimo Sr. D. Antonio Escaño, teniente general de la Real Armada. (Madrid: imprenta Velasco, 1805.—Reimpresa en Cádiz en la Casa de Misericordia, 1805.)

IV. Salamanca (D. Secundino), brigadier de la Real Armada.—Octavas á la batalla naval del día 21 de Octubre de 1805, á la vista de Cádiz, entre la escuadra inglesa y la combi-

nada de Francia y España, por un individuo de la última, en obsequio de su respetable jefe é ilustres compañeros.—(Reimpresa en Méjico por D. Mariano de Zúñiga, 1806.—Cádiz: en la Casa de la Misericordia, á beneficio de los pobres de ella, 1805.)—(Alcalá Galiano en sus *Memorias* descubre al autor de esta composición, de la que cita las octavas referentes á la muerte de su padre, el brigadier D. Dionisio, á bordo del navío *Bahama*.)

V. Carnerero (D. Mariano).—Al combate naval del 21 de Octubre.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1805.)

VI. Sánchez Barbero (D. Francisco; entre los árcades romanos, *Floralbo Corinthio*).—Composiciones poéticas sobre el combate naval del 21 de Octubre de 1805.—Tres odas dedicadas al Excmo. Sr. Duque de Berwick y Alba.—(Madrid: imprenta de la Administración de B. Art. de Beneficencia, 1805.)

VII. Gálvez (D.ª María Rosa).—Oda en elogio de la Marina española.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1806.)

VIII. M. D. F.—Oda á los poetas españoles que celebraron el combate naval del 21 de Octubre de 1805.—(Madrid: imprenta de la hija de Ibarra.)

IX. C. T. C. R.—Relación en la que se elogia sencillamente á los héroes del combate del 21 de Octubre, sostenido por la escuadra combinada contra la inglesa mandada por el almirante Nelson, escrita en verso octosílabo.—(Madrid: imprenta de Tomás Albán, 1805.)

X. M. B.—Oda á la heroicidad de nuestros marinos en el combate del 21 de Octubre.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1806.)

XI. Canga Argüelles (D. Bernabé).—*Hispanis militibus navali adversus britannos praelio interfectis*: Anno MCCMV.—(Sin lugar de impresión.)

XII. Oda latina en elogio de los militares españoles que murieron en el combate naval el día 21 de Octubre.—Sin nombre de autor.—(Madrid, 1805.)—(Citada por el Sr. Fernández Duro en el tomo VIII de su *Armada Española*.)

XIII. Canción al combate naval del 21 de Octubre.—Sin nombre de autor.—Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de Madrid.

XIV. Marón (Martínez de la Rosa?).—Oda sobre el combate naval del 21 de Octubre de este año (escrita y fechada en Granada).—Inserta en la revista periódica de Madrid titulada *Minerva ó Revisor General*.

XV. Maury (D. Juan María).—La agresión británica: poema.—(Madrid: Imprenta Real, 1806.)

XVI. Fernández de Moratín (D. Leandro—*Inarco Celenio* P. A.).—La sombra de Nelson.—(Madrid: imprenta de Villalpando, 1805.)

XVII. Sabiñón (D. Antonio: A. S. A.).—Entrada pública del almirante Nelson en la corte de Plutón el día 23 de Octubre de este año.—(Madrid: imprenta de D. Tomás Albán, 1805.)—(La declaración del nombre la hizo el Sr. Mesonero Romanos, D. Ramón.)

XVIII. González (D. Tomás), presbítero.—El túmulo de Nelson.—(Salamanca: imprenta de D. Francisco de Tóxar, 1805.)

XIX. Laiglesia y Darrac (D. Francisco).—Composiciones poéticas en la muerte del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, capitán general de la Real Armada, etc., acaecida en Cádiz el 9 de Marzo de 1806, de resultas de la herida que sufrió en un brazo en el combate naval de 21 de Octubre de 1805.—(Cádiz: imprenta de D. Manuel Quintana, 1806.)

XX. Hore (D.ª María de).—Soneto y octava á la memoria del capitán general de la Real Armada D. Federico Gravina, muerto á consecuencia de la herida que recibió en el combate naval del 21 de Octubre del año pasado de 1805.—(Hoja impresa, anónima y sin pie de imprenta, mas publicada en Cádiz. El nombre de la autora se declara en un manuscrito inédito de sus versos, en el que estas dos composiciones se hallan incluídas.)

XXI. M. B. G. S.—En elogio del Excmo. Sr. D. Federi-

co Gravina, capitán general de Marina, etc. Oda.—(Madrid: imprenta de Alvarez, 1806.)—(Este opusculillo va enriquecido con el retrato de Gravina, grabado por Perotti.)

XXII. *Anónimo é inédito.*—Al suntuoso aparato de las honras del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, capitán general de la Real Armada.—Soneto.—(De los papeles que el nuncio D. Pedro entregó al Príncipe de la Paz.)

XXIII. Perotti (Prete Giovanni).—In occassione che vennero celebrata con solemne pompa le exequie per l'anima dell' Escellentissimo Signore D. Federigo Gravina. Soneto.

O mai vicina all'ultima partita
L'alma di Federico, intorno accesa
Frá la virtú, gia sue compagne in vita,
Vede una dolce, amabile contesa.
D'esserle guida all'inmortal salita
Vuole ciascunia l'onorata impressa;
Senno, rolor, i temperanza addita
I suoi gran fasti, onde alla gloria é ascesa.
Quando sorge la Fede, ah sol degg'io,
Dice, che piu d'ogn'altra al Facitore
L'assomigliai, or ricondurla á Dio.
Detto, la spoglia del mortal suo velo,
L'abraccia, la solleva, e l'altre suore
La seguon poscia per la via del cielo.

Este soneto se halla impreso en un pliego que á la vez contiene los tres epitafios latinos que se pusieron en el catafalco, y se imprimió *Gadibus: anno MDCCCVI, ex typographia Emmanuelis Quintana*, siendo también de los documentos que el Nuncio D. Pedro Gravina añadió á los que su hermano dejó para el Príncipe de la Paz.

XXIV.—Elogio fúnebre | dedicado á la buena é ilustre memoria | del Excmo. Sr. D. Federico Gravina | Caballero Gran Cruz del Real y distinguido orden de Carlos III, Gen-

til | hombre de S. M., etc. | Es una larga composición en endecasílabos de consonantes pareados, de los que pueden servir de muestra los siguientes:

. . . . . .

Murió Gravina, sí, ¡triste desgracia!
¡De la muerte cruel fatal audacia!
que ya de su segur al presto filo
de esta vida gloriosa corta el hilo.
Murió Gravina, sí; ¡qué dura pena
al alma de pesares triste llena!
¡Dolor inconsolable y amargura!
que embargando la voz con la ternura,
sólo en continuas lágrimas vertidas
podrá explicar sus quejas tan sentidas.
Murió Gravina, sí; nos ha faltado
el náutico excelente, el gran soldado,
el General insigne, cuyo aliento
del enemigo siempre fué escarmiento
ilustrando con triunfos y victorias
su brillante esplendor, sus altas glorias.
Murió... mas ¿quién murió, que repetida
la voz inconsolable, enternecida,
tanto nombró á Gravina, sin decirse
la falta que en su falta va á seguirse?
Faltó la vida al héroe que admiraron
y las grandes naciones observaron
coronar la cabeza de laureles
sus contrarios pugnando más crueles.

. . . . . .

Al pie de esta composición hay una nota que dice: «Este elogio fúnebre está extractado de la obra intitulada *Historia general de la escuadra combinada hispano-gala*, poema heroico, por el P. Fray Patricio Joseph de Sevilla, capuchino». Se halla también en la *Cartera de Gravina*.

XXV. Pardo de Andrade (D. Manuel), presbítero.—*La Herculana*, poema inédito, del que sólo se conoce el episodio de la batalla de Trafalgar, inserto en el *Elogio de Churruca*, de autor desconocido.

La cartera de Gravina solamente contenía algunas de las composiciones escritas ó publicadas antes de su muerte, y muchas anteriores á Trafalgar. De las más relacionadas con el último hecho de armas en que tomó parte, es una *Silva en elogio del general Gravina, que batió la escuadra inglesa al mando del vicealmirante sir Robert Calder, compuesta de 16 navíos, con solos seis españoles, el 22 de Julio de 1805, en el cabo de Finisterre*, que manuscrita se conserva, pero sin nombre de autor.

Como antes se ha dicho, ¿eran sus inclinaciones literarias ó la atracción de su carácter afable las que hacían que á cada una de sus acciones respondiese la poesía con sus aplausos líricos, ó era que su exquisita sensibilidad hacia los homenajes de la lisonja inducía á los ingenios de su tiempo á rendirle estos tributos más ó menos interesados? Revolviendo la cartera de sus papeles íntimos, se encuentran otras muchas piezas de congratulaciones y elogios, no escritos en verso, sino en prosa, y rendidos por otros elementos en que no cabe sospechar ningún interés mezquino. Una de las páginas más brillantes de su vida militar es la de sus campañas del año 1793 y los sucesivos, hasta la terminación de la guerra del Rosellón, con la República francesa. Al empezar el año referido, se le destinó á una expedición á las potencias marítimas del Norte de Europa, en unión con el capitán de navío D. Joaquín Valdés, hermano del ministro de Marina, D. Antonio. Después de visitar á Inglaterra é Irlanda, cuando se disponía para pasar por Holanda al continente, sobrevino la coalición de Europa contra la Convención francesa, y recibió órdenes de restituirse al Ferrol para que tomara el mando de una división que había de operar en el Mediterráneo; enarbolando su insignia en el navío *San Hermenegildo*, se trasladó del Ferrol á Cartagena, don-

de se incorporó á la escuadra del general D. Juan de la Lángara, y el 27 de Agosto á la inglesa, que mandaba el almirante lord Hood, empeñada en salvar en Tolón los últimos restos de la lealtad monárquica en Francia. Dos días después, una diputación de la plaza visitó á bordo á los dos jefes, lord Hood y Gravina. Inmediatamente después se presentaron ante la ciudad, y sin librar combate alguno lograron reducir plaza, castillos y fuertes. Entonces se concedió á un general inglés el mando de la plaza, y el de las fuerzas marítimas aliadas á Gravina. Desembarcaron 600 hombres de las dos escuadras, que salieron á operar en el acto contra los soldados jacobinos insurgentes en Olisulla, á dos leguas de Tolón, y no sólo fueron contenidos los movimientos de éstos, sino batidos y puestos en fuga, cogiéndoles dos cañones, dos banderas y 30 prisioneros. Reforzados los franceses, se presentaron de nuevo en la primera decena de Septiembre (6 y 9), y el 1.° de Octubre atacaron y forzaron 1.500 hombres de tropas enemigas el importante puesto de la Masque, apoderándose de la avanzada y reductos de la montaña que dominaba el fuerte Faraón. Era preciso recobrarle antes de que los enemigos lo artillasen. En la misma mañana, al frente de otros mil y quinientos hombres españoles, napolitanos é ingleses, Gravina, abandonando la pompa con que aquel día se celebraba la reapertura de las Iglesias y se enarbolaba el pabellón blanco, se presentó ante la línea francesa, repartió su fuerza en tres columnas, tomó el mando de la del centro, avanzó trepando, bajo el fuego del fusil jacobino, la montaña escarpada é inaccesible á pecho descubierto, y á las tres de la tarde sus bravos españoles con algunos soldados napolitanos cargaron al enemigo. Al entrar en sus reductos, una bala de fusil hirió á Gravina, atravesándole la pierna izquierda; pero por esto él no interrumpió su avance, continuando la refriega hasta alcanzar una completa victoria.

La *Gaceta de Madrid* (15 de Octubre), al dar noticia de este hecho, decía que el Consejo general de Tolón del día siguiente de la acción presentó á Gravina una corona de laurel,

en nombre de las secciones, dándole las gracias en un escrito, que, traducido, se expresaba así: «*Las Secciones de Tolón al General español Gravina.*—Digno y valeroso jefe de intrépidos soldados: los habitantes de Tolón, tan sensibles y reconocidos á vuestros beneficios, como justos apreciadores de vuestras virtudes políticas y guerreras, vienen á ofreceros sus respetos. Habiendo sido testigos de vuestro valor y de vuestra victoria, jamás olvidarán el día memorable en que, unidos por vuestra protección bajo las banderas de la Monarquía, han jurado fidelidad á su Soberano, ni aquel en que han visto rendidos por vuestras armas protectoras los viles y odiosos satélites de los tiranos franceses, atrevidos destructores del orden y de la felicidad pública. Generoso guerrero, vuestro valor y el de vuestros soldados merecen fiestas triunfales y trofeos gloriosos; pero nosotros os los reservamos para aquellos momentos felices en que, entregados únicamente al afecto y sensibilidad de los tolonenses, podáis cada uno de vosotros tener parte y gozar el espectáculo tierno de la gratitud y regocijo general de todas nuestras familias. Recibid entretanto este ramo de laurel, que siempre fué el premio de la victoria. Este homenaje sensible y modesto es muy propio de guerreros que más bien combaten por la humanidad que por la gloria. Haced partícipes de él á los compañeros de vuestras armas, á aquellos generosos soldados, dignos de pelear á las órdenes de un jefe tan intrépido. Émulo de los héroes de la antigua Grecia, permitid, en fin, á unos hombres cuyo amor habéis adquirido tan justamente, os rueguen que moderéis vuestro ardor guerrero, y que conservéis para nosotros y para vuestros intrépidos soldados los preciosos días de su denodado jefe. Aquiles, el memorable Aquiles, no era invulnerable. No os expongáis, pues, á que los sentimientos de alegría debidos á vuestro valor y á vuestras gloriosas victorias sean acibarados con lágrimas de dolor. Los comisarios de las Secciones y del Consejo general de Tolón, á dos de Octubre de 1793, año primero del reinado de Luis XVII.—Gautier.—Seguían otras diez y seis firmas.»

La cartera de Gravina contiene otro mensaje original no menos exprésivo, encabezado con estas líneas:—«*Compliment à son Excellence Monsieur le Comte de Gravina, nommé Lieutenant General de l'Armée de S. M. Catholique et ayant le commendement en Chef des forces de Puissances coalisées*».—Esta felicitación, motivada por la elevación de Gravina al empleo de Teniente General, como premio á la victoria de la Masque y á la herida recibida en aquella acción, tiene tonos que deben ser conocidos para completar la noción del carácter de Gravina. Su texto original está concebido así:

«Vous nous aviez fait eprouver presque toutes les impressions dont le cœur humain peut être susceptible: l'admiration, la reconnaissance, l'attendrissement, la craint et la douleur. Il nous restait encore un sentiment bien doux á connaître: c'est celui de la joie et votre presence qui nous annonce une convalecence heureuse nous fait eprouver ces sentiments jusqu'au transport. ¡Oh jour heureux pour la France et pour vous! La gloire de Votre Excellence se lie pour jamais au bonheur de notre Patrie, et l'histoire qui consultera un jour l'evenement miraculeux qui a sauvé Toulon, et avec Toulon la France entière, consacrera au même temps vos vertus et vos bienfaits. Ce n'est pas à nous qu'il appartient d'aprecier les talents militaires de Votre Excellence: la renommée les a d'ailleurs publiées depuis long temps, et votre auguste Souverain par une juste et eclatante recompense vient de fixer votre rang parmi les guerrières de l'Europe. Mais ce qu'il nous appartient d'aprecier c'est cette douce et aimable sensibilité qui vous caracterice; c'est cette bonté facile avec laquelle vous accueillez tous les français comme s'ils etaient les sujets de votre Roi et comme vos propres enfants. C'est surtout ce devouement sublime avec lequel vous avez bravés tous les dangers, par nous delivrer de nos tyrans populaires et nous restituir notre liberté, notre Religion, notre Roi. ¡Ah! ¡quel mot vient-je de prononcer! Ce mot qui nous rapelle l'objet le plus cher á nos cœurs, nous rapelle aussi des

souvenirs affreux que de torrents et de suite des larmes ne pourront jamais effacer! Osserions-nous, Mr. le Comte, demander à Votre Excellence une grace que la France et votre Patrie sollicitent avec nous? Retenez à l'avenir ce courage heroique qui en expossant trop souvent vos jours precieux compromet la plus virtueuse et la plus sainte emprise qui jamais ait été formée. Mais vous savez malheureusement qu'il n'est point invulnerable. Laissez nous jouir long temps de la satisfaction delicieuse de venir vous offrir l'hommage de notre admiration pour vos talents, de notre veneration pour vos vertus et de nos vœux pour votre bonheur!» Lo curioso es que manifestaciones análogas se hacían en Londres, en favor de Gravina, hasta en los discursos anuales de su lord Corregidor y en los del Parlamento, como puede verse en *The substance of a speceh made by lord Auckland in the House of Lords, on the occasion of a motion made by the Marquis of Lausdown*, de que también la cartera de Gravina guardaba un ejemplar (1).

La no muy numerosa correspondencia particular é íntima que en esta cartera se conservaba, y que ha llegado hasta nosotros indudablemente muy diezmada, se hace interesantísima, porque en ella residen todos los datos biográficos de Gravina en la esfera particular. Claro es que, dada su carrera, sus distintas posiciones en ella y la sucesión continuada de sus servicios públicos, en esta correspondencia sostenida con personajes públicos también, no sólo se detalla lo interior de su vida particular, sino lo general y visible de su existencia oficial. La más extensa de todas es la sostenida con el ministro de Marina de Carlos IV, D. Antonio Valdés. Consta de noventa y seis cartas y volantes, desde 1792 hasta 1806. Todos los actos de la vida de Gravina en esos años están relacionados con ella; entre los dos ilustres marinos existía una estrecha intimidad que alcanzaba á la familia toda de Valdés, la cual

(1) London: Printed for J. Walter, Charing-Cross.

tomaba una parte muy interesante en todos los sucesos de la vida militar del primero. Con todo, á pesar de esta intimidad de una amistad estrecha, Gravina no tuteaba á Valdés, como tuteaba al Príncipe de la Paz y á los generales de la Armada, Mazarredo y Grandallana. Por una comunicación de oficio á este último cuando desempeñó el Ministerio, se conoce cómo Gravina pidió á Escaño para que fuese su Mayor general en 1802. Se le había designado para el mando de una de las escuadras del Océano, y se le había indicado la conveniencia de que marchase pronto á tomar posesión de él, y Gravina contestaba: «Acabo de recibir la orden que V. E. me comunica de haberme S. M. nombrado para el mando de una de las escuadras que componen la Armada del Océano, y que al efecto debo desde luego transferirme al departamento de Cádiz á encargarme al mismo tiempo de la más activa habilitación, ya mandada hacer, de los navíos y fragatas que en el día no necesiten de carena, en el concepto de que es el ánimo de S. M. que en aparejos, velamen y cables salgan los buques á satisfacción y con el plus de gente de mar y guarnición que corresponde por reglamento al tiempo de guerra, imponiendo de todo al capitán general interino y al intendente del departamento para que corran á su cumplimiento, y que puedo desde luego arbolar mi insignia en el navío *Santa Ana*. Me pondré prontamente en marcha para el departamento de Cádiz para ejecutar la Real orden de S. M., procurando por mi parte la más pronta habilitación de los buques mandados armar y cumplir con la mayor exactitud y celo del mejor servicio con este mando que la benignidad de S. M. ha confiado á mi cuidado; y deseando con más acierto poder desempeñar un cargo de tanta importancia, suplico á V. E. haga presente á S. M., á fin de que me conceda para Mayor general de la escuadra al brigadier D. Antonino Escaño, de cuya inteligencia conocida podré prometerme de tener mejor éxito en las comisiones que S. M. se digne fiar á mi cargo».

Si por esta minuta autógrafa se revela que no es cierta

la desatención, supuesta por muchos escritores, sobre todo Mr. Thiers, en que se mandaba navegar á los buques y á las escuadras españolas, pues se le comunicaba á Gravina que se había dado orden para que los que habían de formar su escuadra fuesen bien pertrechados de aparejos, velamen y cables y con el plus reglamentario de la gente de mar y de guarnición del tiempo de guerra, en otras cartas de la correspondencia con el Príncipe de la Paz (sesenta cartas desde 1793 hasta Febrero de 1806), se ve con qué recursos pecuniarios se mandaban acometer las empresas más comprometidas. Una carta de Gravina dirigida á Godoy desde la bahía de Cádiz, con fecha del 13 de Febrero de 1798, decía de esta manera:—«Mi amado y estimado Príncipe: En ninguna ocasión he necesitado más de tu favor y amistad que en ésta, pues la creo más ardua y azarosa que ninguna: así, espero me favorezcas como siempre. Como conocerás, es regular que los ingleses, conociendo la importancia de conservar la isla de la Trinidad, habrán procurado fortificarla y asegurarla; y así, me parece corto el viático de 300.000 reales para intentar su reconquista. Las cuatro fragatas de la división del capitán de navío D. Manuel Emparan, que conducen para otro destino 600.000 reales, deben pasar en su navegación por la isla de la Trinidad: así, me parece sería conveniente viniesen conmigo hasta asegurar, si es posible, aquella empresa, y marchar después con su rumbo; bien entendido que no las detendría yo un día más de los que necesitase. Espero en tu favor, celo y buen deseo para el mejor servicio, que te avengas á ello, y que me darás contestación favorable, exponiendo á S. M. las razones en que me fundo. Las noticias de la escuadra te las da Mazarredo, etc.» La contestación de Godoy fué la siguiente, fecha 19 de Febrero:—«Mi estimado Federico: Opiné como tú; pero la expedición no tendrá efecto por ahora. Tranquilízate, pues, y manda á tu amigo—MANUEL.»

Son curiosas é importantes las cartas con el general don Juan de Lángara durante las operaciones auxiliares de la gue-

rra del Rosellón, y las diplomáticas de 1801 y 1802 con los ministros D. José Antonio Caballero y D. Pedro de Cevallos, y superiormente interesantes las doce íntimas con los príncipes Luis de Parma y María Luisa de Borbón, reyes de Etruria. Pero como el nuncio, D. Pedro Gravina, añadió algunos documentos posteriores á la muerte de su hermano el general Federico, á la cartera que en su nombre entregó al Príncipe de la Paz, hay entre ellos tres papeles, que íntegros deben ser trasladados aquí, ya que por ventura permanecen al cabo de un siglo enteramente inéditos y desconocidos. Los tres son motivados por la herida y muerte del caudillo: el primero procede de Palermo, donde Gravina había nacido y se conservaba su casa paterna; el segundo, del ministro de Marina del Gobierno imperial de Napoleón, Decrés, y el último de lord Collinwoord, el almirante británico que sucedió en el mando de las escuadras inglesas en Trafalgar, cuando lord Nelson fué herido y murió. La carta de Palermo, de Enero de 1806, estaba dirigida al mismo *Monsieur L'Admirat de Gravina, Lieutenant general des Armées navales de S. M. C.*, y decía:

«Excellence: J'ai pris autant d'interêt que personne à la blessure que vous avez reçue, et j'ai fait les vœux bien ardents pour votre retablissement. La gloire que vous vous etez acquise dans ce dernier combat à jamais memorable, rejàillit sur la brave nation espagnole, et S. M. C. en vous conferant la suprème dignité dans ses armées, vous a rendu justice. V. E. a fait tout le qu'on pouvait attendre d'un brave et habile general. Si votre gloire s'est accrue dans un combat si sanglant et si echarné qu'on n'en a jamais vu de semblable, on a l'esperance que quand V. E. dirigiera seul et à sa volonté toutes les operations elle savra maitriser le dèstin et s'assurer outre la gloire tous les avantages qui son dues à la plus juste cause. Palerme se glorifiera toujours de vous avoir vu naître, et ceux qui ont eu la bonheur de vous voir en particulier et de connaître votre caractère, aimant et genereux, apprecieront encore mieux le heros. Comme pouvais-je oublier les bontés dont

vous m'avez honoré? Je ne sais point si je resterai en Sicile. S. M. S. s'etant engagée mal à propos dans une guerre qu'elle ne pouvait pas soutenir et s'etant laisser entrainer dans le pacte anglais contre ses veritables interêts, il serait possible que cela amena des changements notables. Je ne sais pas quels ils peuvent être, mais j'ose esperer que dans les circonstances V. E. voudrait bien m' appuyer de sa raccomendation auprés de S. E. le ministre des Relations Exterieures. Je sais que V. E. etant à Paris a eu la bonté de se ressouvenir de moi. Votre suffrage qui est très honorable est assurement de plus grand poid. Je prie V. E. de vouloir bien agreer au renouvellement de cette année l'expresion de mes sentiments et l'assurance du respect avec lequel j'ai l'honneur d'être—de V. E.—le très humble et très obeissant serviteur—Marsson.»

Si esta carta era la de un protegido agradecido, veamos las de Decrés y de Collingwood, cuyo alto sentido presta un testimonio de profunda respetabilidad para la Historia. La *Gaceta de Madrid* había dado la noticia de la muerte de Gravina el día 13 de Marzo de 1806, acompañándola de una sucinta noticia biográfica del héroe. El 27 del mismo mes la reprodujo la *Gaceta de Comercio, Literatura y Politica de Bayona de Francia;* el 7 de Abril apareció en la *Gazzette de France*, de París, y en *Le Moniteur Universel*. Este mismo día el ministro imperial de Marina, Decrés, así escribía al Nuncio de Su Santidad en Madrid, hermano de Gravina:

«Monsieur: Permettez-moi d'exprimer à Votre Excellence toute la douleur que m'a causé la mort de Mr. l'Amiral Gravina. Son sang a coulé noblement pour la patrie; mais ce n'est pas dans sa patrie seulement qu'il aura laissé un nom glorieux et des regrets profonds. Il ne peut être etrangèr ni à la France qui eprouva ses honorables services, ni au corps de la Marine qui conserve de lui de si touchants souvenirs. La memoire de Gravina nous appartient aussi. Et moi, Monsieur, qui ai trouvé dans des relations intimes avec lui l'occasion plus particulière de connaître les qualités eminentes qui le distin-

guaient, je dois epprouver plus vivement encore le sentiment de sa perte; mais je trouve de la consolation à le deposer dans le sein de son frère. Je prie Votre Excellence d'agreer l'expresion de la très haute consideration de votre très humble et très obeissant serviteur—DECRÉS.—Paris, 7 avril 1806.»

La carta de lord Collingwood fué dirigida al marqués de la Solana, comandante general de Cádiz, y en la cartera de Gravina no existe más que una copia de su traducción en castellano. Es muy breve y dice así:

«Navío *Reina*, 19 de Marzo de 1806.—El general Collingwood al marqués de la Solana, gobernador de Cádiz.—Mi señor marqués: He oído por Gibraltar el fallecimiento del almirante Gravina. Si esto, por desgracia, fuese cierto, admita V. E. mi justa condolencia por la muerte de un hombre de bien, de un digno oficial, de un héroe.—COLLINGWOOD.»

Ante estos últimos testimonios, hay que reconocer que aquellos aplausos pindáricos que la poesía le rindió durante toda su vida por la mayor parte de sus acciones militares, no eran debidos ni á la amistad apasionada ni á las interesadas complacencias. Nadie en su tiempo fué más sensible al mérito de nuestro Gravina que el mismo Napoleón. En su correspondencia con su ministro Decrés, repetidas veces se lamentó de que en la Marina francesa no existiese ningún oficial que se le pudiese comparar, ni en la resolución y la intrepidez para el combate, ni en las condiciones de mando, tan llenas de energía como de benignidad. El voto de sus favorecidos retratan su corazón colmado de virtudes humanas. Sus superiores, desde la augusta persona del rey, tenían en él la confianza que sólo inspira el genio. El Príncipe de la Paz y los demás ministros se vanagloriaban de las atracciones de su amistad y de la admiración de sus facultades. En una carta de Godoy del 20 de Noviembre de 1794, cuando Gravina defendió á Rosas, le escribía estas lisonjeras y lacónicas palabras: «Haz proezas, pues fío en ti más que en nadie». El 22 de Diciembre siguiente le repetía: «Todo lo esperamos de tu defensa de Rosas: no

veo en tus exposiciones más que una confirmación de lo que sé por otros varios, pues tu mérito es tan público como singular». El 7 de Enero de 1795: «He visto elogiada tu constancia y tu acierto. SS. MM. saben lo mismo». Cuando Rosas tuvo que ser evacuada, todavía escribía el 2 de Febrero: «En Europa no hay ejemplar de tal defensa, y sin duda llevarás á la posteridad la más grata memoria». El general Urrutia, en su carta del 6 de Julio, reconoció que «el sitio de Rosas fué sin disputa el que volvió á dar el tono á nuestro abatido ejército, y todo el mundo sabe que es á usted esencialmente deudora la nación de la gloria de una defensa tan distinguida». Cádiz no olvidó nunca la defensa que de la ciudad y el puerto hizo en 1798 contra la escuadra que la bloqueaba y bombardeaba bajo el mando de Nelson. La ciudad de Gerona le escribía también durante el sitio de Rosas: «Esta provincia, consternada por los inesperados accidentes de la guerra, se ha recobrado á los ecos del tesón con que defendéis esotra llave, adalid glorioso. Perseverad en vuestra bizarría en el instante en que los catalanes acaban de armarse, y juntos sus votos á los nuestros, se sostendrán en su trono la religión y el rey. Este país vos será otro Tolón, pero más durable y agradecido». La cartera de Gravina tenía, además de todos estos elogios patrios, diversos números del *Evening Port* y de otros periódicos de Londres, los cuales, ya fuese Gravina aliado de Inglaterra, como en Tolón, ya su adversario, como en la coalición de España y de la Marina militar con Napoleón y la francesa, siempre tuvo para él frases de la mayor admiración. Mor de Fuentes, que sentía por él una adhesión extraordinaria, intentó su retrato moral. Su elogio más sintético está en esta frase de Napoleón á su ministro Decrés: «¡Si Francia tuviera un Gravina!»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

SOBRE EL RANGO Y EL MÉRITO

DIVAGACIONES

Me ha llamado muchas veces la atención el oir exaltar las prerrogativas de la autoridad y del orden y maldecir de la anarquía á personas no nada ordenadas y sí muy anárquicas, aunque no anarquistas. Y he dado en inquirir si por debajo de ese miedo á la anarquía no hay alguna otra cosa, y si no es algo distinto de la anarquía misma lo que más se teme por ellos. Y creo haber llegado á una solución.

Me parece, en efecto, que no es la anarquía misma, sino el nuevo orden y la nueva autoridad que de sus entrañas surgieran, lo que más se teme. No es de una revolución francesa, con su reinado del terror y su guillotina, de lo que se huye y lo que se trata de evitar; es el imperio napoleónico que tras ella viene.

—¿Y por qué este imperio? — se dirá. Orden por orden y autoridad por autoridad, poco se va de la de Luis XVI á la de Napoleón Bonaparte. Pero es menester no perder de vista que Luis XVI debía su realeza al azar del nacimiento, mejor dicho, á la sociedad francesa toda, y que su autoridad y rango eran completamente independientes de sus prendas personales y de su mayor ó menor capacidad para ser rey, mientras que Napoleón debía su imperio, ante todo y sobre todo, á sí mismo, á su propio genio. Y es de lo que se huye, de que vaya á recaer la autoridad y el rango en los más capaces.

Lo que tiene de más terrible una revolución para muchas gentes — aunque estas mismas gentes no sepan darse clara cuenta de por qué les aterra la revolución tanto — es que trae consigo el que escalen los puestos y cargos los más audaces, los más vivos, los más astutos, los más inteligentes, los más resueltos, todos aquellos, en fin, que se encuentran mejor dotados naturalmente para prevalecer en la lucha. En período revolucionario, y tanto más cuanto más anárquico sea éste, hay menos probabilidades que en el curso de nuestro orden ordinario de que un insignificante ocupe un cargo ó ejerza autoridad precisamente en virtud de su insignificancia misma.

Y obsérvese de paso lo de *orden ordinario*, que parece una redundancia, algo así como sistema sistemático, y sin embargo no lo es, pues hay orden extraordinario, y hasta orden inordinario.

No quiero decir que las cualidades que le lleven á un hombre al mando en efervescencia anárquica sean cualidades moralmente buenas ni convenientes para el bien de la sociedad; lo que quiero decir es que cuantos se sienten insignificantes y borrosos ven que se les desvanecen las probabilidades de que sean premiadas su insignificancia y borrosidad, y tiemblan, además, de que un hombre que se siente rey por dentro, rey por verdadero derecho divino, llegue á sentarse en el trono. Porque es lo que se dicen: si á su fuerza natural une el mando que la sociedad le da, ¿á qué no ha de atreverse?

Apenas hay quien no reconozca las desigualdades sociales, y cómo la sociedad eleva á los ineptos y deprime á los aptos. El tema de las injusticias sociales es inagotable; es una canción que se está recomenzando á diario. Pero en el fondo la mayoría de los hombres, unos con entera conciencia de ello y otros sin tal conciencia, sienten que las desigualdades sociales son á modo de una compensación de las desigualdades naturales. Cierto es que si un pobre obrero tiene un hijo fuerte, robusto, inteligente y decidido, este muchacho podrá no hacer carrera, y hasta morirse de hambre ó poco menos, mientras

vive y triunfa el hijo de un millonario, aunque haya nacido débil, tonto é irresoluto. Pero es lo que las gentes piensan: ¿y qué culpa tiene éste de haber nacido débil, tonto é irresoluto, y qué mérito aquél en nacer robusto, inteligente y decidido? Cierto es que si á un cabrero le nace un hijo genio, podrá éste morir guardando cabras y sin haber dado á la sociedad los frutos que de él podían haberse esperado, y en tanto dirija á los espíritus una discreta medianía, porque su padre le puso en las mejores condiciones para ello; pero esto no es más que una compensación á la arbitrariedad de la naturaleza, que hizo nacer genio al hijo del cabrero y medianía al hijo del personaje.

Debo, antes de pasar adelante, advertir al lector que si aquí hablo de oposiciones entre la sociedad y la naturaleza, no es porque estime que sea aquélla algo que se da fuera de ésta. La sociedad es también naturaleza, sin duda alguna, y tan natural como lo que llamamos así por antonomasia. La plaza de una ciudad, formada por soberbios edificios levantados por mano de hombre, es tan natural como la selva primitiva á que jamás pisó planta humana. El oponer la sociedad á la naturaleza, discurriendo como si aquélla fuese algo distinto de ésta, que se rige por otras leyes—hay quien las cree opuestas á las otras—y conspira á otros fines, es, sin duda, uno de los errores más fecundos. Es el error que palpita en el fondo de las concepciones anarquistas y de los ataques á la autoridad. La autoridad podrá suprimirse cuando los lobos dejen de comer ovejas. Y si se me dijera que puede acabarse con los lobos en bien de las ovejas, y que puede llegarse á la visión de Isaías de un siglo de oro en que el león coma, como el buey, paja, entonces llegará la vez de quejarse en nombre de la paja, de las humildes yerbas y plantas que los herbívoros comen, y habrá que suprimir también á éstos.

Las desigualdades sociales son, en el fondo, tan naturales como las que llamamos naturales, y en la mayoría de los casos provienen éstas, en el hombre se entiende, de causas sociales.

Si nació genio aquel hijo de cabrero de que hablaba, fué acaso precisamente por ser cabrero su padre; y si el personaje engendró una medianía, la engendró tal en virtud de su personajería misma. Querer separar lo natural de lo social en las cosas humanas es la empresa más absurda y más disparatada que se puede concebir, y todo el que ha pretendido llegar al hombre enteramente natural, al hombre no pervertido — es la palabra que usan—por la sociedad, no ha llegado sino al contratante social de Juan Jacobo, á un hombre algébrico ó geométrico, á un hombre por definición que ni es hombre ni cosa que lo valga. Ese es el hombre que dijo lo de «pienso, luego soy»; es decir, no ha habido hombre alguno que haya dicho semejante cosa.

Mas hechas estas prevenciones, que podrían extenderse y desarrollarse indefinidamente, y puesto que al hablar de sociedad como algo opuesto á la naturaleza queremos decir algo, aunque la sociedad sea naturaleza y parte de ella, y la naturaleza á su vez sea, en cierto sentido, sociedad, proseguiré, rogando tan sólo al lector que corrija con las advertencias que acabo de hacer lo que de cortante, parcial y crudo pudiera haber en lo que por decir me resta.

Sea ello como fuese, lo cierto es que distinguimos todos entre lo social y lo natural, y atribuímos á mérito individual ciertas ventajas que un individuo logra, y otras se las atribuímos á gracia social. Si ahondáramos, descubriríamos que tal sujeto, á quien por su talento le confió un pueblo este ó el otro puesto representativo, debe al pueblo tanto su talento como su puesto; pero las gentes temen de meterse en tales honduras, porque sospechan que en ellas todo es uno y lo mismo, y todo es verdad y es mentira todo, y se pierde allí el criterio que nos sirve para guiarnos en la vida cotidiana, que es á flor de vida.

Todos distinguimos entre el valor individual y el valor social de una persona, aunque el individuo mismo, repito, sea á su vez un producto social, y pueda repetirse con Natorp lo de

que el individuo es, como el átomo, una ficción. Con igual lógica puede decirse que la sociedad es una ficción, y que no existen, en realidad, sino individuos. Lo cual sería renovar la vieja cuestión del nominalismo y del realismo, que es la cuestión de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre; es decir, que no es tal cuestión. Quedamos, pues, en que es ficción todo.

Pero sea lo que fuere de nominalismo y realismo y de sociedad é individuo, en la vida no se discurre metafísicamente, y cuando las gentes se ponen á comer jamás piensan si los manjares que toman tienen ó no realidad objetiva. Y del mismo modo decimos todos de uno que se lo debe todo á su propio mérito, á sus esfuerzos ó á su talento ú osadía, y de otro decimos que todo se lo debe al azar, á la sociedad ó á tal ó cuál sujeto que lo ha protegido. Y conviene atenernos ahora al común decir y al común sentir, sin buscar esas otras sutilezas con que procuran consolarse los derrotados de la vida. Porque la metafísica y todas las disciplinas análogas se han hecho muy principalmente para consuelo de los que fracasan. Y de los que vencen, los cuales necesitan consolarse de haber vencido á otros.

Y así debe ser. El pensamiento es un derivativo de la acción y de la pasión; toda idea es ó un embrión abortado ó un cadáver de un acto. Es, pues, natural que el vencido urda la filosofía del vencimiento, y el vencedor la de la victoria. Y es una crueldad pretender que el vencido acepte la filosofía del vencedor, ó el vencedor acepte la del vencido. Mil veces se ha dicho, pero hay que repetirlo aún otras mil veces mil, que nuestras doctrinas no son sino la justificación *á posteriori* de nuestra conducta. Y no digresiono más, por ahora al menos, aunque la vida misma no sea sino una larga y de ordinario muy lamentable digresión.

Quedamos, pues, en que todos distinguimos de ordinario en la vida vulgar y corriente, y cuando nuestras desgracias ó nuestros triunfos no nos llevan á ser filósofos, entre el valor individual y el social de una persona. Aunque de ordinario

también solemos equivocarnos, y con equivocación no filosófica y trascendente, sino corriente y vulgar, atribuyendo valor individual á lo que en el sentido más ordinario del concepto no tiene sino valor social, y viceversa.

El valor de la autoridad para las más de las personas es un valor social, y no es raro oir que para mandar no hace falta gran talento, y hasta hay quien añade que estorba éste. «Para ser presidente del Consejo de Ministros no es menester ser un genio.» He aquí una proposición que cualquiera de mis lectores habrá oído muchas veces durante su vida. Y puesto que la ha oído, le invito á que medite en ella, y en por qué se teme tanto las iniciativas de los hombres geniales.

Por mi parte, una de las mayores ventajas que veo en las revoluciones es que, elevando á los puestos públicos á hombres de acometividad é iniciativas, hay probabilidades de cambios en el régimen. Y todo cambio me parece socialmente provechoso, no más que por ser cambio, en sí y por sí. Cada día me corroboro más en la convicción de que el progreso consiste en el cambio, en la riqueza de sucesos nuevos, y que todo eso de ir á mejor ó ir á peor no pasa de ser una estimación falta de piedra de toque social.

El progreso es un resultado de la selección, y la selección se cumple mejor cuanto mayor es el número de términos entre que puede elegirse. Se ha dicho ya, y Guillermo James es uno de los que mejor lo han dicho, que los hombres de grandes aciertos, los que producen ideas luminosas ó sugestivas, son los que tienen la mente en continua ebullición, y á quienes más conceptos y más diversos entre sí—disparatados muchos de ellos—se les ocurren. El modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura.

Ya sé que á esto se dirá que vale más hacer poco y hacerlo bien que mucho y mal; pero creo que los que hacen poco no hacen bien, y que es mucho mayor el bien que hace un hombre fecundo en acciones, por muchas malas que lleve á cabo, que no el de un hombre parco en el obrar.

Y lo que digo del hombre en la esfera del pensamiento lo digo en la de su acción social como gobernante. No soy de los que tienen miedo á los que se empeñan en gobernar mucho é innovar mucho y ensayar nuevas cosas. Spencer escribió un ensayo sobre el exceso de legislación; pero merece la pena de investigar si los males de la legislación no se corrigen ó, por lo menos, se atenúan legislando mucho.

Los que más temen á los innovadores, á los que modifican leyes é implantan otras nuevas, son los que tienen que aplicarlas. Les sacude la pereza mental y les quebranta la rutina. En el orden de la enseñanza pública, que es el que por razón de mi cargo mejor conozco, estoy harto de oir que no nos hacen falta ministros de Instrucción pública innovadores, sino que deben limitarse á hacer cumplir la ley de 1857 y á administrar y llevar al día los asuntos de su Departamento. Y añaden que el mayor mal es ese tejer y destejer de leyes y esa multiplicidad de planes de enseñanza, que se siguen unos á otros, sin tiempo á que madure ninguno de ellos.

Confieso que yo mismo he dicho esto muchas veces, y que veo tan bien como cualquiera los males que semejante curso de cosas puede producir; pero cuando me pongo á pensar en ello más detenidamente, llego á creer que el mal estriba no en los que ordenan las innovaciones, sino en los que las tenemos que aplicar. Y declaro también que, en España por lo menos, es convenientísimo que no sepan las gentes lo que han de tener que hacer mañana.

Se dice y se repite que nada hay aquí estable, que todo es interino y mudadizo, que nada se asienta, y el caso es que toda esa mudanza é inestabilidad no es más que aparente, y en el fondo es difícil que las cosas permanezcan más estacionarias de lo que hoy aquí están.

Y vuelvo á decir que la verdadera base del progreso es el cambio, sea cual fuere el sentido en que se cambie. La sociedad no sigue una línea marcada de antemano ni hay un camino trazado previamente y por el cual haya de marchar; ella

misma va haciéndose su camino según marcha. Tan absurdo es imaginarse una línea, á la que llamaremos progreso, y por la cual la sociedad discurre, como sería imaginarse que hay en los espacios celestes una inmensa elipse por la cual circula la tierra; que la órbita de ésta es algo que subsiste independientemente de ella. La sociedad se hace su camino según marcha, como se lo haría un hombre que entrase, destral en mano, por un bosque virgen, talando árboles y derribando maleza á su paso. Y este hombre no iría á tal ó cuál punto determinado, pues que no conoce el bosque.

Llamamos orden al estado general de cosas que hoy existe, y decimos que son ordenados todos los actos que encajan con el complejo mayor y dominante de las costumbres actuales; todo lo que marcha por la corriente central. Y es fuera del orden ó contra el orden todo lo que se aparta de esa corriente central ó la contraría. Y así como hay este orden, podría haber otro orden cualquiera. La cuestión está en que concuerden entre sí y se apoyen y corroboren el mayor número posible de hechos y de sucesos sociales. La cuestión está en que los sillares todos del edificio se apoyen los unos en los otros y contribuyan á la solidez de la fábrica total, aunque con esas mismas piedras se podría hacer otro edificio totalmente distinto; en vez de una catedral, pongo por caso, un puente.

Y en esta marcha de la sociedad lo que importa es que se marche, que se dé un nuevo paso, sea en el sentido que fuere, pues tal es el modo de hacerse camino. Si circulan en nuestra sociedad 300.000 conceptos, v. gr., el que fragua uno nuevo y lo pone en circulación acrecienta nuestra cultura, sea cual fuere la calidad de ese nuevo concepto, no más sino porque con 300.001 conceptos se puede hacer algunas más combinaciones que con 300.000, y de aquí la ventaja. Estoy persuadido de que si el número de los cuerpos simples es de 80, v. gr., y toda la labor del género humano se redujera á fraguar un nuevo cuerpo simple, no sería perdida la obra toda de la humanidad aunque la tierra se deshiciese al cabo en polvo cósmi-

co; porque con esos 81 elementos ó cuerpos simples se formaría un mundo más complejo, es decir, más perfecto que el nuestro, compuesto no más que de 80.

Por esto creo, y lo he dicho antes de ahora, que la muerte es el verdadero motor del progreso, porque hace que sustituyan unos hombres á otros; y todo hombre nuevo es elemento progresivo, no más sino porque es nuevo, porque es otro. Cada hombre es único é insustituíble, distinto de los demás, y cuanto más distinto más activo elemento de progreso.

Y como progreso quiere decir marcha, y para que haya marcha es menester algo que marche, eso que marcha es lo inerte. El elemento conservador es lo igual, lo permanente, lo no distinto, y el elemento progresivo es lo diferente, lo mudable.

Con todo lo cual quiero decir que todo innovador es un elemento activo y progresivo, innove como innovare. Y lo malo que tienen esos á quienes se llama reaccionarios ó retrógrados no es que marchen ó pretendan hacernos marchar hacia atrás, sino que no marchan ni pretenden marchar, sino tenernos parados. Como el tiempo es una línea irrevertible y es absolutamente imposible volver de hoy para ayer, los que hacen esfuerzos por restablecer lo pasado nos están empujando al porvenir. El que piensa no es nunca reaccionario, piense como pensare. El verdadero reaccionario ó retrógrado es el que no quiere pensar ni cambiar ni dar un paso, sino dejar que le lleven las cosas en vez de llevarlas él. Y éste es para muchos el ideal del buen gobernante, éste el hombre que llena bien su cargo y á quien cae bien la autoridad.

Todo ello proviene, bien se ve, de nuestro horror á que nos hagan andar.

***

En mil formas se revela la animosidad que sienten las gentes contra el mérito individual y la importancia que al prestigio social conceden. Considérase como un acto de soberbia

el de rechazar honores y distinciones, cuando con tal rechazo quiere dar á entender el rehusante que su valor individual está sobre el que le concedan los demás.

Me contaba un amigo que, estando á la mesa de una señora, empezó ésta á criticar á cuantos hablan mal de las condecoraciones, tachándoles de cursis. Y añadía la señora: «Si no fuera por la condecoración, ¿en qué se distinguiría usted del criado que nos sirve, y que viste, como usted, de frac?» Mi amigo no supo qué hacer ni qué contestar, si quitarse entonces y allí mismo la cintita que llevaba al ojal de la solapa, ó si contestar: «Pues, señora, en que él me sirve y yo soy el servido». O bien: «En nada, ni falta que hace». Y yo intenté persuadir á mi amigo de que la observación de la señora no había estado tan destituída de fundamento, y que lo de no diferenciarnos de nuestros criados más que en una cintita de seda puesta al ojal de la solapa del frac, es un acto de profunda humildad.

Y si bien se mira, la aceptación de honores, distinciones, tratamientos y títulos implica una profunda humildad, aunque sea una humildad profundamente falsa y profundamente fingida. Porque está visto que el hombre se enorgullece más de lo que le dan que de lo que de suyo tiene, y ostenta con más altanería lo que representa que no lo que es. Apenas hay quien á solas consigo mismo no se conozca y no sepa mejor que nadie de qué pie cojea y cuáles son sus flaquezas y debilidades. De donde se sigue que todo eso de la soberbia de los que se creen superiores á los demás no es más que una apariencia, y de ordinario no suele haber tal soberbia y sí sólo poca paciencia para aguantar las tonterías de los prójimos. Mas en cambio el que se encuentra con honores y preeminencias de que en el fondo de su conciencia no se siente merecedor, se ensoberbece por ello.

Porque es lo que se dice á solas un majadero cuando se ve prestigiado por las gentes y colmado por ellas de honores: «¿Qué es esto? Cuando tanto me ensalzan y me honran, debo valer mucho, mucho más de lo que yo me imaginaba». Y per-

dido el criterio de su propia estimación, puede llegar á los mayores desvaríos.

El mérito de ciertas distinciones estriba precisamente en su falta de mérito, en que son gratuitas ó debidas al azar.

Cuéntase de un hombre que, nacido en humildísima cuna, había amasado unos cuantos millones, que buscaba un título nobiliario y frecuentaba cuanto podía el trato de los condes, marqueses y duques. Y cuando al fin logró su propósito, cazando un marquesado, un marqués, llamémosle el marqués de Peñahorcada, le dijo con cierta sorna, dándole un golpecito en la espalda: «¡Hola, compañero, ya somos iguales!» Y nuestro nuevo marqués le replicó al punto: «¿Iguales? igual á usted, no; si es caso, al primer marqués de Peñahorcada». Y el marqués de Peñahorcada, más ducho en estas cosas, debió de sonreirse de la fatuidad y poco juicio del nuevo marqués su compañero.

Porque los títulos, dicen, son como el vino, que ganan cuanto más tiempo pasa y por mayor número de generaciones trascurren, y el mérito mayor no es adquirirlos, sino heredarlos. Así como hay ricos que se sienten satisfechos de su riqueza y procuran emplearla en buenos fines, reconociendo, sin embargo, que deben su fortuna á los pocos escrúpulos y acaso á la carencia de sentido moral de su padre ó de su abuelo, así hay duques que confiesan que el primer duque de su título, el antepasado á quien el rey se lo concedió, fué un bárbaro que debió á sus barbaridades mismas semejante distinción. Y luego se ha ido ésta depurando con los años. Fué acaso un soldadote rudo é inculto, de cabeza dura y corazón aún más duro que ella, que sirviendo á su rey con lealtad de perro dogo y ganándole batallas mereció se le hiciese duque. Pero una vez hecho tal, hizo educar para duque á su hijo, y cuidó muy mucho de que éste heredara su título, pero no sus maneras. Su hijo nació ya duque.

He conocido un bonapartista que decía horrores de Napoleón el Grande y sostenía que era preferible Napoleón el Chi-

co, añadiendo que Waterlóo era mucho más vergonzoso que Sedán. Sin duda creía que el primer Bonaparte estaba obligado á vencer, y no lo estaba el tercero.

Y aun hay á quien le he oído sostener otra doctrina, cual es la de que el honrar con títulos y preeminencias á los hijos de los que llevaron á cabo hazañosas empresas es una compensación social á una bárbara ley de la Naturaleza: la ley de que cuando uno agota sus energías en cumplir hazañas se queda sin las suficientes para criar bien á sus hijos. O ya la vida de continuo esfuerzo y de agitación le mengua la salud, y esta mengua refluye en el organismo corporal de sus hijos, ó bien el tráfago en que se ve metido y el atender á los negocios públicos le priva de atender á la educación de ellos. Y así, me decía el sustentador de la dicha doctrina que un hombre por haberse quebrado la cabeza y quemado las cejas en estudiar reformas útiles á sus conciudadanos se puso en disposición de engendrar un hijo imbécil, y tal otro, embebido durante la mayor parte de su vida en campañas patrióticas, no tuvo ni tiempo ni atención que dedicar á la crianza de sus hijos. Justo es, pues, añadía, que la sociedad compense á éstos.

No voy á meterme á discutir esta teoría, ni mucho menos á desarrollar mi convicción de que el ejercicio del bien público, lejos de amenguar las fuerzas de un hombre, las acrecienta, y que es un error lo de creer que la imbecilidad de un niño pueda provenir de que su padre abusó del estudio. Esto me llevaría muy lejos.

Y si de los títulos nobiliarios pasamos á los académicos, nos encontramos con una cosa muy parecida, ya que el poseer un título académico se estima por muchos como una especie de nobleza inferior. Tener un título académico, aunque sea el de bachiller, se estima en muchos casos, no ya una ventaja, sino hasta una preeminencia de dignidad.

Mas es sabido también aquel caso, del que tanto se ha dicho y tanto queda aún por decir, de cierto sujeto, al que se le denunció por dedicarse, como curandero, al ejercicio ilegal de

la medicina; y al comparecer ante la autoridad que había de juzgarle, exhibió su título de médico, debidamente y en toda forma extendido, diciendo: «Con esto me han perjudicado ustedes. Yo me hice médico; y apenas obtuve mi título oficial, el título en que el Estado me declaraba apto para curar á mis conciudadanos, fuí al barrio Norte á ejercer mi profesión. Y me encontré con que no podía hacer competencia á los curanderos, que se llevaban tras de sí á casi todos los dolientes. Y entonces decidí trasladarme á este otro barrio Sur, donde nadie me conocía, guardar mi título profesional bajo siete llaves y anunciarme como curandero para poder así competir ventajosamente con los médicos. Y con esta denuncia me han partido por el eje. Pues los que tenían fe en mi curandería—y he logrado hacerme una buena parroquia—la perderán al saber que soy un médico cualquiera salido de las aulas oficiales; y los que hubieran acudido al médico, no lo harán ya al saber que se ha rebajado—pues creen es rebajamiento—hasta hacerse pasar por curandero, ocultando su título».

La historieta es muy conocida y sirve á maravilla para ilustrar un sentimiento muy arraigado en todo género de personas, incluso muchas que pasan por cultas y lo son acaso. El tal sentimiento es la admiración y el respeto á la ignorancia, ó, si se quiere, á la ciencia infusa de inspiración misteriosa. Lo que lleva á muchos á ponerse en manos del curandero es la consideración de que cura sin haber hecho estudios del arte de curar, y cura, por lo tanto—cuando cura,—por arte de birlibirloque, por arte mágica, por misteriosas vías. Su prestigio se funda en su ignorancia. Un hombre que cura enfermedades del hígado sin saber qué sea el hígado ni para qué sirva, y acaso ignorando su existencia, es un sér excepcional, que recibe sus facultades curanderas de una fuente misteriosa. Y de este mismo prestigio de la ignorancia gozan todos esos zaragozanos que huelen la lluvia á quince, veinte, treinta días ó un año de plazo.

Me acuerdo que en cierta ocasión dió un sujeto en mi pue-

blo una conferencia sobre astronomía, y los oyentes estaban suspensos y embobados al oirle el número de leguas que hay de la Tierra á Sirio. Porque es lo que se decían: «¿y quién lo ha medido? ¿cómo ha podido tenderse un cordel de aquí allá?» Y como por otra parte no se permitían dudar de lo que afirman tan redonda y tan seriamente hombres graves y sesudos, encanecidos en el estudio, sospechaban que la Ciencia—la pensaban así, con letra mayúscula—es algo augusto y misterioso, algo que se mete al espíritu por caminos muy otros que los del conocimiento vulgar y el sentido común. Mas sucedió que al siguiente día intentó un sujeto hacer comprender á una parte de aquellos maravillados oyentes de la víspera cómo podía llegarse á medir la distancia de la Tierra á Sirio; y así que vislumbraron que era por un procedimiento más complicado, sí, pero el mismo que usan los topógrafos para medir distancias en el campo, sintieron el más profundo desprecio hacia la ciencia, rebajándola á pensarla con letra minúscula. Y es lo que se dirían: «¡Bah! eso también yo lo habría hecho si me hubiera dedicado á ello!...» Y es claro: lo que también uno podría hacer, maldito si tiene valor alguno.

He aquí por qué digo que la ignorancia goza de gran predicamento y de no poco prestigio, y cómo es justo que en medio de los muchos males que la acompañan goce, á guisa de compensación y de consuelo, de algún bien; no sé hasta qué punto sea conveniente arrebatárselo mientras no acabemos con la ignorancia misma, que no acabaremos nunca. A nadie se perjudicaría más que á los curanderos con decretar la libertad de la profesión médica y que cada cual pueda dedicarse á intentar curar sin haber antes demostrado su suficiencia para ello, y en general sería la insipiencia la que recibiera más rudo golpe en sus justas prerrogativas si se suprimiese toda garantía oficial de saber. Son tantas las familias que viven del contrabando, que hay que meditar mucho antes de suprimir las aduanas, decretando el libre cambio.

El rango de los bachilleres, licenciados, doctores y titula-

dos de toda especie se funda y apoya en el rango opuesto de los que carecen de toda especie de título profesional. Porque conviene no perder de vista que los rangos son de dos clases: positivos y negativos. Y no doy á estas expresiones de positivo y negativo otro valor que el que tienen en matemáticas, ni quiero decir con rango positivo ó negativo cosa muy distinta de lo que se quería decir en un tiempo al hablar de electricidad positiva ó negativa. En una línea se supone un punto medio, al que llamamos cero, y en un sentido, hacia la derecha ó hacia la izquierda, contamos por cantidades positivas, y al otro lado, hacia la izquierda ó hacia la derecha, por cantidades negativas. En el mismo sentido hablo de rango positivo y de rango negativo, siendo indiferente á cuál de las dos especies se le aplique uno ú otro signo.

Con no menos cuidado ni menos orgullo que los aristócratas su aristocracia, guardan los plebeyos su plebeyería, y si las gentes que llamamos altas desdeñan alternar con las bajas, las llamadas bajas no menos desdeñan alternar con las altas. El desprecio es mutuo, sin que sea fácil poner en claro de qué parte sea más profundo. Y que ese orgullo de clase es igual del lado positivo que del negativo, lo prueba, entre otras cosas, el que llegando á sus extremos el orgullo une á los que parecían más separados, cumpliéndose aquello de que los extremos se tocan. Todos sabemos con cuánta más facilidad que con honrados y modestos burgueses alternan é intiman los grandes señorones con golfos, matarifes, histriones y parásitos de toda laya, y cómo se explotan mutuamente. Es el rango lo que los une, pues están tan hondamente separados que salta á la vista la diferencia, y nadie puede pensar que se unen por semejantes, aunque en el fondo lo sean. Es un caso de la ley hegeliana, de la síntesis de lo antitético. Los extremos de la línea se unen, no sé si en el infinito, como si se tratara de una línea circular de infinito radio.

El caso es distinguirse, sea individualmente, sea como miembro de una clase ó colectividad, y el que no se distinga

por algo bueno se distinguirá por lo malo, y dirá como el otro: á mí, á bruto nadie me gana. Y en último caso estribará su distinción en no distinguirse por nada, en ser uno de tantos, en pasar inadvertido, en no desentonar ni llamar la atención nunca, en llenar dignamente su propia insignificancia.

Dicen que esto de no distinguirse por cosa alguna es una de las cosas más distinguidas, y conozco, en efecto, algunos caballeros ó, digámoslo en inglés, *gentlemen* que ponen el más exquisito cuidado en no alardear de ninguna aptitud ó habilidad ó preeminencia especial, por la sencilla razón de que no la tienen. Y los tales, aunque huyen de distinguirse para así distinguirse más, se distinguen sobre todo por ser su buena educación y sus finos modales el más claro cendal del más grosero egoísmo y del desdén más repugnante hacia sus prójimos. Las personas atentas, correctas, bien educadas, producen con su trato el efecto que nos produce un sapo ó una serpiente cuando por casualidad los tocamos: una especial sensación de frío. Debajo de ciertas llamadas groserías, debajo de la descortesía, suele encontrarse una encendida cordialidad mucho más á menudo que debajo de la cortesía del caballero. Y por mi parte prefiero que me peguen por amor ó por odio á no que no me molesten por indiferencia. Hay quien cree que es menester llegar á que los hombres no puedan hacerse mal, aunque sientan mal unos de otros y se aborrezcan; mas yo prefiero que lleguemos á amarnos y á compadecernos—amarse es compadecerse,—aunque nos hagamos daño y andemos de continuo á la greña.

Amarse es compadecerse, he dicho. En efecto: el amor, el verdadero amor, surge de la compasión, de la conciencia de nuestra común miseria. Llamamos amor á mucho que no es sino enamoramiento ó voluptuosidad, como la que acerca y une á dos enamorados ansiosos de poseerse mutuamente. Cada cual de ellos no busca sino su propio goce, y el otro no es sino un instrumento de él. Acaso empiezan á amarse cuando la compasión mutua une sus almas, que por la unión de sus cuerpos es-

taban separadas; su amor nace tal vez del dolor que los embarga y junta sobre la cuna de muerte del fruto de su enamoramiento y de su unión carnal.

Y así las diferencias de rango y de mérito sólo pueden perder su malicia, sin desaparecer por ello, de la conciencia que cobremos todos de su común miseria. El que manda compadezca al que obedece, porque tiene que obedecer, y compadézcase á sí mismo porque tiene que mandar; y el que obedece compadézcase á sí y compadezca á su jefe, por tener éste que mandarle y él tener que obedecer. Compadezcamos á todo el que se distingue por aquella su distinción, de que es esclavo; y al que no se distingue, por la esclavitud de no distinguirse; y así todos nos amaremos en la común miseria.

Miguel de Unamuno

LOS SIETE INFANTES DE LARA

El nombre de estos héroes de una antigua leyenda española no dejó de repercutir en Francia en los buenos tiempos del romanticismo. Ya en 1822, Abel Hugo tradujo nueve de los romances que les están consagrados, y refirió la impresión que le produjo en Madrid la representación de la comedia de Matos Fragoso, en la que se veían, entre los frenéticos aplausos de la multitud, las ensangrentadas cabezas de los infantes, presentadas, al final de una comida, á su desgraciado padre. En 1828, Víctor Hugo, con arreglo á uno de los romances traducidos por su hermano, y pretendiendo inspirarse también en un «romance morisco» imaginario, componía libremente la trigésima de sus *Orientales*, que pone en escena la venganza tomada por el bastardo Mudarra sobre el asesino de su hermano. En 1836, Feliciano Mallefille hacía representar, con gran éxito, un drama extravagante titulado *Los Siete Infantes de Lara*, al cual la leyenda no ha suministrado más que algunos nombres propios. Lo que sobre todo constituyó en Francia la celebridad de este tema es la *dague au pommeau d'agate*, que Mudarra,

Le fils de la renégate,
Qui commande une frégate
Du roi maure Aliatar,

lleva en su vaina hasta que pueda hundirla en la garganta del traidor.

Esa daga parecía constituir el rasgo más romántico y más

español: romántico lo era desde luego; español hubiera podido serlo; pero salía por completo de la imaginación de Víctor Hugo, y le había sido sugerido por la necesidad de una rima.

Desde entonces, los principales romances de los Infantes de Lara han sido traducidos en los *romanceros* de Damas-Hinard y de M. de Puymaigre, y este último erudito los ha acompañado de un interesante comentario; pero la España romántica ha perdido el prestigio que ejercía en los comienzos del siglo (1), y únicamente los curiosos de literatura antigua son los que conocen hoy esos fragmentos épicos y aprecian en ellos, al través de las deformaciones que han sufrido, la original y arcaica belleza.

En España, la leyenda de los Infantes de Lara no ha cesado de ser viviente y hasta popular. Después de las «comedias» de los siglos XVI y XVII y de las tragedias de la época *afrancesada*, inspiró en 1834 á Angel Saavedra (Duque de Rivas) su drama del *Moro Expósito*, primera y esplendente manifestación del romanticismo que España, cosa curiosa, había ido á buscar á París. En 1853, Manuel Fernández y González sacó de dicha obra una novela histórica que obtuvo un éxito muy desproporcionado á su valor, y que goza todavía de una inmensa popularidad, hasta el punto de que las invenciones de ese mediocre imitador de Alejandro Dumas han creado, en los mismos lugares en que ocurre la acción de la antigua epopeya, una de esas pseudo-tradiciones que hay que librarse bien de tomar por auténticas. Si los romances mismos no parecen haberse conservado, como otros, en la memoria del pueblo, un libro popular, que se remonta al siglo XVIII, y que se apoya tanto en los romances como en las crónicas, haciendo, por lo demás, con sus datos una mezcla informe, y acompañando la narración con reflexiones ridículamente morales, no ha cesado de imprimirse en numerosas ediciones, y no falta nunca, en

(1) Del XIX.

ninguna ciudad de España, en lo que se llama *librería de cordel*, esa biblioteca popular, cuyos volúmenes, libros groseramente impresos, cuelgan de los cordeles que sirven de mostrador á los vendedores.

También la crítica erudita se ha ocupado desde hace mucho tiempo en este asunto. Aparte los romances, que no se remontan sino á los siglos XV y XVI, la historia de los Infantes de Lara está referida desde el siglo XIII en la célebre *Crónica general* del rey Alfonso X, y, aun en la forma muy alterada en que tal documento era conocido hasta aquí, era fácil discernir, en medio de la prosa, versos más ó menos mutilados y, á veces, versos que se encuentran en romances posteriores. Mientras que los historiadores discutían la realidad de los acontecimientos relatados en la *Crónica*, los filólogos trataban de comprender la relación que existía entre la versión de Alfonso y los romances. Esta relación permaneció oscura hasta que Milá y Fontanals, el verdadero fundador en España de la historia crítica de la literatura de la Edad Media, estableció que romances y crónica se remontaban igualmente á una antigua epopeya, á un *cantar de gesta* que era por lo menos del siglo XII. Probó, en efecto, que España—ó por lo menos Castilla—había tenido, como Francia, su epopeya nacional. Esta epopeya no es absolutamente espontánea: ha nacido de la nuestra, y son nuestros «Juglares» los que desde el siglo X, sin duda, importaron al otro lado de los Pirineos sus temas poéticos, sus «tiradas» de asonantes, su canto monótono y de mucho ritmo y la viola con que le acompañaban. Pero la planta exótica arraigó prontamente en el suelo en que fuera introducida, y se desarrolló en él de una manera poderosa y verdaderamente nacional. Después de haber imitado primero y acomodado luego á su sentimiento patriótico las canciones francesas, los juglares españoles no tardaron en componer otras—que no deben á las nuestras sino su forma general—sobre la historia propia de Castilla. De su trabajo, que, desgraciadamente, se ha perdido en gran parte, se han conservado por lo

menos dos admirables fragmentos: el de los *Infantes de Lara* y el más moderno del *Cid*.

De la gesta del *Cid* nos queda un poema casi completo, sin hablar de otro de menor valor; los restos de los *Infantes* han sido salvados: de una parte, por el rey Alfonso y sus copistas, que insertaron en la *Crónica general* un resumen y trozos casi textuales; de otra, por los romances que se desprendieron en el siglo XV, tal vez en el XVI, de los cantares de los que no eran al principio sino «tiradas», pero que poco á poco se alteraron, se modificaron, se desarrollaron á su manera y adquirieron una existencia propia, como esas ramas que se plantan en el suelo y que crecen en seguida lejos del tronco á que han pertenecido. Haber reconocido este hecho por lo que se refiere á los romances épicos en general, y especialmente á los de los Infantes, es el gran mérito de Milá y Fontanals.

Sin embargo, no vió la verdad por completo. No se dió cuenta—por falta de documentos—de que la epopeya española, como la francesa, vivió y evolucionó durante siglos. No poseía el texto primitivo de la *Crónica general*, y no sabía que esta obra había sufrido modificaciones sucesivas, las cuales tenían, para la parte relativa á los Infantes, una importancia capital. Comparaba los romances con la *Crónica*, sin disponer para esta comparación de los elementos necesarios. De este modo se encontraba muy perplejo en presencia de ciertos rasgos de los romances, que comprendía que no debían de pertenecer á sus autores, y que no encontraba, sin embargo, en la *Crónica* de Alfonso. Un sabio español joven, D. Ramón Menéndez Pidal, en un hermosísimo libro consagrado á nuestra leyenda (1), acaba por fin de hacer la luz sobre los puntos que estaban oscuros. Primeramente ha encontrado en los manuscritos el texto auténtico del resumen de Alfonso X; después ha demostrado que algunos retoques de ese resumen, casi desconocidos hasta él, habían introducido porciones de otros

(1) *La Leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1896, in 8.°

poemas distintos del que tuvo presente Alfonso, formas, ya paralelas, ya sucesivas, de la canción de gesta. Ha encontrado también huellas de tres cantares, y ha hecho ver que los romances habían salido, como es natural, vista su fecha, de las más recientes versiones. No es este el lugar de exponer el método y el detalle de las investigaciones del Sr. Menéndez Pidal (1); me limitaré á presentar brevemente lo que parece ser el resultado esencial.

Parece, efectivamente, que en tiempos del conde de Castilla Garci-Fernández (970-995) ocurrió en las luchas cuotidianas entre cristianos y moros, luchas que, mezcladas de triunfos y reveses, preparaban la reconquista total, un trágico acontecimiento que impresionó fuertemente los espíritus. Siete hermanos, hijos del señor de Salas, villa del distrito de Lara (montañoso valle en donde corre el Arlanza), muy próximo entonces á los dominios musulmanes, fueron muertos en el llano de Almenar, cerca del Duero, en un combate que dirigía Galib, el lugarteniente de Almanzor, *hadjib* del Califa de Córdoba. Las siete cabezas, con la de un anciano, preceptor ó *amo* de los «Infantes» (2), fueron llevadas á Salas y expuestas en la iglesia principal; todavía se encuentran allí, reducidas á cráneos que caen en polvo. ¿Es cierto que los Infantes fueron víctimas de una traición y el autor de esa traición fué Rodrigo Velázquez, su tío materno? Nada hay menos imposible en sí en aquellos sombríos tiempos en que los odios atroces, los perjurios, los asesinatos, formaban, con las correrías despiadadas y las aventuras heroicas, la trama habitual de la vida de los feroces *fijos-dalgo*. Pero también podría ser debido á la imaginación popular, que en todo desastre ve una traición. Sea como fuere, la tradición lo creyó y lo repitió; y en este motivo, eminentemente épico, la epopeya naciente no tardó en inspirarse.

(1) He consagrado al libro de Menéndez Pidal dos artículos en el *Journal des Savants*.

(2) Este título, reservado hoy á los hijos segundos de los reyes, era entonces dado á todos los hijos de familias nobles.

Hacia fines del siglo XI ó los comienzos del XII, se formó una primera canción, que se limitaba, sin duda, á relatar la traición de Rodrigo, la muerte de los Infantes y de su *amo* Muño Salido, y el piadoso depósito de sus cabezas en la iglesia de Santa María, de Salas. En el transcurso del siglo XII, sin duda, fué á añadirse á ese núcleo primitivo una segunda parte: el sentimiento de la justicia poética reclamaba un desquite: la venganza de las víctimas, el castigo del traidor; así fué cómo entre nosotros la canción primitiva que relataba la traición de Ganelón y la muerte de Roldán, recibió un complemento en que los sarracenos son vencidos y Ganelón es descuartizado. Aquí se simuló que el padre de los Infantes, Gonzalvo Gustioz, había sido encargado, por el pérfido Rodrigo, de un mensaje cerca de Almanzor en Córdoba; que, arrojado por éste á la prisión, fué sometido al espantoso suplicio de verse presentar de improviso las cabezas de sus hijos, enviadas á Córdoba; pero que en su cautiverio tuvo de una princesa mora un hijo, Mudarra, el cual, educado en Córdoba, supo un día el secreto de su nacimiento, fué á Castilla y vengó á su padre y á sus hermanos en Rodrigo Velázquez. Este *cantar de gesta*, así amplificado, fué el que conoció Alfonso X en el siglo XIII y que resumió en su Crónica.

Los otros *cantares* no son sino variantes de aquél; y las diferencias que presentan se ofrecen en general, pero no siempre, como posteriores. Dieron á Gonzalvo Gustioz, á los Infantes, á Rodrigo, una historia anterior, por un procedimiento que encontramos á cada instante en las renovaciones de nuestras canciones de gesta; modificaron, bajo la misma influencia de esas canciones—que, por lo demás, ya había largamente experimentado el primer *cantar*, por lo menos en su segunda parte,—ciertos detalles, introdujeron ciertos episodios de un carácter novelesco y caballeresco; añadieron á la muerte de Rodrigo el suplicio de su mujer, Llambla, causa primera de la terrible tragedia; pero, en suma, conservaron intacto el fondo del poema primitivo, y ese fondo es el que por ellos ha pasado

al reducido grupo de romances antiguos consagrados á los Infantes de Lara, y el que hace de ese grupo, con el de los romances del Cid, el más bello y el más verdaderamente épico del romancero castellano.

Ese *cantar* es, en efecto, una obra de primer orden, como nos lo permiten juzgar los restos que de ella se han salvado. Ciertos trozos, gracias al rey cronista y á los arregladores de su obra, nos han llegado casi intactos, con su ritmo y sus asonancias (1), con su estilo enérgico y pintoresco. Otras partes no se encuentran tan bien conservadas, pero podemos siempre seguir la narración y apreciar su carácter. Quisiera, mediante un análisis mezclado de traducción, dar á los lectores una idea de ese poema tan original y tan vigoroso, en el que revive toda la antigua Castilla de la época bárbara, en el que se describen con una ingenuidad saliente su orgullo, su pundonor extraño y despiadado, su espíritu de familia, sus supersticiones, sus odios y sus ternuras, su individualismo altivo, su encarnizada lucha contra el moro y sus perpetuas inteligencias con él. Es un cuadro de colores á la vez brillantes y sombríos, que no es una obra ficticia de imaginación retrospectiva, que es la imagen viviente creada por un rasgo poderoso y espontáneo de la misma época que en ella se representa. Me serviré, para la reproducción que trato de dar, de todas las formas que el Sr. Menéndez Pidal ha encontrado tan laboriosamente y que á menudo ha restaurado con un gusto tan seguro; indicaré solamente en nota, cuando me parezca interesante, las variantes que yo no haya admitido en mi exposición. Trataré de dejar intacto el color del antiguo fresco, convencido de que precisamente lo que á menudo ofrece de extraño y de bárbaro es lo que constituye en parte el interés, y de que las bellezas de orden imperecedero que se encuentran han de ser más salientes si se comprende bien el medio, profundamente original y particular, en el que han florecido.

(1) El Sr. Menéndez Pidal ha reconstruído con fortuna un gran número de versos del cantar, según las crónicas.

He aquí, pues, lo que era en sus dos partes el *cantar* de los Infantes de Salas que los juglares de Castilla la Vieja cantaban en el siglo XII, acompañando con unos sones en la vihuela la melopea de los largos versos de catorce sílabas.

* * *

Gonzalvo Gustioz, señor de Salas, se había casado con doña Sancha, hermana de Rodrigo ó Ruy Velázquez, señor de Vilvestre. Tuvo siete hijos, los siete infantes de Salas, que se llevaban poca edad (1), todos los cuales fueron educados por el buen caballero Muño Salido y armados caballeros el mismo día por el conde de Castilla, Garci Fernández. Eran ya caballeros cuando su tío Rodrigo Velázquez se casó con D.ª Llambla (este es el nombre latino *Flammula*), prima del conde. Las bodas se celebraron en Burgos, con gran magnificencia, y duraron cinco semanas; hubo grandes diversiones, *bofordis* y corridas de toros, juegos de damas y de ajedrez. En la última semana, Ruy Velázquez hizo levantar un tablado muy alto, fuera de la ciudad, á orillas del Arlanzón, y prometió un rico presente á quien lo derribase de una lanzada. Todos los caballeros presentes lo intentaron, pero sin conseguirlo. Alvar Sánchez, primo hermano de D.ª Llambla, dió un golpe tan fuerte en la viga más alta, que se le oyó desde la ciudad. Doña Llambla, que se había quedado en Burgos con su cuñada D.ª Sancha y los siete infantes, al saber que era su primo quien había asestado aquel golpe, exclamó:

—¡Ved, amigos, lo que es Alvar Sánchez! Nadie sino él ha podido pegar en lo alto del tablado.

Gonzalvo Gonzálvez, el menor de los Infantes, picado por aquellas palabras, tomó su lanza, se encaminó solo, sin que lo

(1) Los romances, sin duda, según un *cantar* más reciente, dicen que D.ª Sancha tuvo sus siete hijos de una vez, lo que hace que D.ª Llambla la trate de *puerca*.

notaran, al lugar, y pegó tan rudamente en el tablado, que rompió una de las vigas del medio. Doña Sancha y sus hijos, cuando lo supieron, recibieron una gran alegría, y D.ª Llambla experimentó un gran despecho. Pero Alvar Sánchez se puso á insultar á Gonzalvo, hasta el punto de que éste, de un terrible puñetazo, le rompió los dientes y las quijadas, y le dejó muerto á sus pies.

Cuando D.ª Llambla supo el acontecimiento se puso á llorar y á gritar, diciendo que jamás una dama había sido insultada de aquella suerte en sus bodas (1). A sus gritos acudió Ruy Velázquez, que se lanzó al lugar del suceso, en donde los Infantes se habían reunido con Gonzalvo, y dió al último un bastonazo en la cabeza, que le hizo brotar sangre por cinco lados. Gonzalvo le dijo que, por su vida, no lo volviera á hacer; y como Ruy levantase de nuevo su bastón, Gonzalvo, que no tenía armas, cogió un azor que llevaba en el puño un escudero, y pegó con él tan violentamente en el rostro á su tío, que la sangre brotó de sus narices. Ruy Velázquez llamó á sus hombres á las armas; los Infantes, por su parte, reunieron á sus vasallos, é iba á entablarse una pelea furiosa, cuando llegaron el conde Garci y Gonzalvo Gustioz, que restablecieron la paz. Ambas partes declararon que se perdonaban, pero un rencor inextinguible ardía en el corazón altivo de doña Llambla.

Disimuló, sin embargo, é invitó á sus sobrinos á ir á su castillo de Barbadillo, mientras que el padre de ellos y el marido de ella acompañaban al conde en una expedición militar. A orillas del Arlanza, que baña á Barbadillo, los Infantes cogieron pájaros con sus halcones, y los ofrecieron á su nueva tía. Mientras se esperaba la comida, D.ª Llambla, desde su palacio, vió á Gonzalvo, que no creyéndose observado, y deseando bañar á su halcón en el río, se había quedado con su traje inte-

(1) Hacer una afrenta á una desposada en el día de sus bodas es un delito castigado por el *Fuero real*.

rior (*paños de lino*). D.ª Llambla quiso ver en aquello una ofensa mortal.

—Amigas—dijo á sus mujeres,—¿veis en qué traje se presenta Gonzalvo ante nosotras? Es para que nos prendemos de él; pero os digo que no se me escapará sin que yo me haya vengado.

Y llamando á uno de sus hombres, le dijo:

—Coge una calabaza, llénala de sangre, y échasela al pecho de aquel que ves que está allí bañando su halcón; y si te amenaza, huye y ven á mí, y no tengas miedo: yo te protegeré.

El hombre hizo lo que se le había dicho, y llenó de sangre las blancas vestiduras de Gonzalvo. Los Infantes, que se creían bien con D.ª Llambla, se echaron á reir; pero Gonzalvo exclamó:

—Hermanos, hacéis mal en reir; y os digo que si semejante ultraje se hubiera hecho á uno de vosotros, yo no viviría un día sin haberle vengado (1).

Entonces Diago Gonzálvez, el mayor de los hermanos, dijo:

—La cosa es grave, en efecto, y merece reflexión. Corramos hacia ese hombre: si nos espera sin temor, es que no ha querido sino bromear; pero si huye hacia D.ª Llambla, es que ha obrado por orden suya, y entonces le mataremos, aun cuando ella quisiera protegerle.

Tomaron, pues, sus espadas y subieron al palacio, y el hombre, cuando les vió, corrió hacia D.ª Llambla, y ésta le cubrió con su manto.

—Tía—le dijeron los Infantes,—no tratéis de proteger á ese hombre.

—Es mi servidor—dijo ella;—y puesto que se halla bajo mi custodia, os prohibo tocarle.

Pero ellos le arrancaron de debajo del manto y le mataron á la vista de ella, y la sangre que brotó de algunas de las es-

(1) Manchar el traje de alguien arrojándole una calabaza es también ofensa castigada por un fuero.

tocadas que le dieron saltó al tocado y al traje de D.ª Llambla, hasta el punto de que quedó completamente ensangrentada (1). Después se fueron á su castillo de Salas, poco distante de Barbadillo.

Doña Llambla hizo elevar en medio de su patio un catafalco, en donde colocó el cuerpo del muerto, y durante tres días le lloró con sus mujeres, desgarrando sus vestiduras y diciendo que era viuda y no tenía marido. Y cuando Ruy Velázquez llegó á Barbadillo, ella se arrojó á sus pies deshecha en llanto y con los vestidos desgarrados, y le pidió venganza.

—Doña Llambla—respondió Rodrigo,—callaos y tened paciencia; porque os prometo que os vengaré de tal manera de esa injuria, que dará que hablar al mundo entero.

Tal es el sangriento prólogo de la tragedia.

***

Mientras tanto, Gonzalvo Gustioz, de regreso en Salas, supo la cosa é invitó á sus hijos á que apaciguasen á su tío; le ofrecieron, en efecto, una satisfacción, y Rodrigo simuló aceptar; les dirigió palabras lisonjeras, y se mostró como su mejor amigo. Algunos días después dijo á su cuñado:

—Sabéis que Almanzor de Córdoba es mi amigo desde hace mucho tiempo, y me ha prometido una ayuda en dinero para mis bodas, que me han ocasionado grandes gastos. Me prestaríais un servicio si quisierais llevarle una carta y pedirle que cumpla su promesa.

Habiendo consentido Gonzalvo de buen grado, Rodrigo mandó escribir, á un moro que tenía, una carta en árabe, en la que se decía: «A vos, Almanzor, de mí Ruy Velázquez: salud, como al que amo con todo mi corazón. Os hago saber que los hijos de Gonzalvo Gustioz, el que os lleva esta carta, nos han in-

(1) Era la ofensa más grave que se pudiera hacer á una mujer de alto rango: el manto que extendía sobre un fugitivo era un asilo inviolable.

sultado á mí y á mi mujer, y como no puedo vengarme de ellos en tierra cristiana, como quisiera, os envío á su padre, rogándoos, si me queréis, que le hagáis decapitar. Por mi parte, reuniré una tropa y entraré en vuestro territorio como para combatiros, y llevaré conmigo á mis siete sobrinos al llano de Almenar. Enviad allí un ejército á las órdenes de Galve y Viara, amigos míos; les entregaré á mis sobrinos, á los que decapitarán. Esto será para vos una gran ventaja, porque no tenéis entre los cristianos enemigos más terribles, ni en los que tenga más confianza el conde Garci-Fernández.» Después—habiendo hecho matar al escribiente—se dirigió á Salas y entregó la carta á Gonzalvo, dándole las gracias, y diciendo á D.ª Sancha, su hermana, que Gonzalvo volvería rico de su misión.

Cuando Almanzor, habiendo recibido á Gonzalvo, hubo abierto la carta que le tendía, se horrorizó de tal perfidia y no quiso matarle; se contentó con encerrarle en su prisión. Después ordenó á Galve y Viara que reuniesen un ejército y le condujesen, para el día señalado, á la llanura de Almenar.

Mientras tanto, Ruy Velázquez proponía á sus sobrinos el hacer con él una batida por territorio moro, y les citaba en el llano de Almenar, en donde les precedería, puesto que su castillo de Vilvestre estaba más cerca del lugar que Salas. Los Infantes se pusieron en marcha acompañados por su fiel *amo* Muño Salido, el cual era un gran *aguorero*, es decir, muy versado en esa ciencia de augurios, que desempeñaba un papel esencial en la vida de los aventureros castellanos. En un desfiladero de un valle que descendía, vió unos pájaros de tan funesto presagio, que invitó á los Infantes á volver sobre sus pasos y esperar mejor coyuntura. Pero Gonzalvo le respondió que el presagio concernía solamente sin duda á Rodrigo, jefe de la expedición, y que no volverían. Entonces Muño Salido les dijo:

—Hijos, os digo la verdad. Si estáis resueltos á desafiar esos augurios, enviad á decir á vuestra madre que os haga eri-

gir siete catafalcos cubiertos de negro en medio de su patio, y que os llore como muertos.

—Muño Salido—exclamó Gonzalvo,—si no fueseis mi *amo*, os mataría por esas palabras: os prohibo repetirlas.

—Puesto que es así—dijo Muño,—dadme la despedida, porque me vuelvo á Salas y no nos volveremos á ver.

Se volvió hacia Salas; pero en el camino pensó que hacía mal en dejar así, por temor á la muerte, á los que había educado, sobre todo siendo como él de edad avanzada, y que era más natural en él afrontar la muerte que en ellos, que eran jóvenes y estaban llenos de porvenir, y que, puesto que no temían á la muerte, menos debía él temerla, y que si ellos morían y sobreviviese él, se encontraría deshonrado; «y sería gran vergüenza para mí, pensó, haber sido considerado en mi juventud y ser despreciado en mi vejez». Y volviendo grupas, tomó de nuevo el camino que seguían los Infantes.

Cuando les alcanza se encuentran ya con Rodrigo, en el val de Febros, y le han contado los esfuerzos del viejo para detenerlos. Sigue entre Rodrigo y Muño un cambio violento de palabras, y el terrible Gonzalvo mata de un puñetazo á un caballero de su tío que quería pegar al *amo*. Los dos bandos van á llegar á las manos, cuando Rodrigo, sabiendo que no le ha de escapar su venganza, acepta la satisfacción legal de los quinientos sueldos que le ofrece Gonzalvo, y todos se dirigen al llano de Almenar.

No relataré la batalla, en la cual los Infantes, abandonados por su tío y envueltos por enemigos, no son vencidos sino por el cansancio, que llega á ser tan grande que ya no pueden levantar el brazo para herir. Citaré solamente el rasgo sublime de la muerte del viejo Muño Salido, quien, al principio del combate, aunque acaba de tener la prueba de la traición de Rodrigo, dice á los Infantes:

—Hijos, no temáis nada, porque los augurios que os dije que eran adversos, no lo eran; eran buenos y daban á entender que seríamos vencedores y cogeríamos un gran botín. Id

audazmente, y os digo que yo asestaré el primer golpe, y os encomiendo á Dios.

Y, espoleando á su caballo, se arroja en medio de los enemigos, y cae acribillado de heridas.

Hay un momento en que los Infantes pueden enviar á uno de ellos á Ruy Velázquez, que permanece con su tropa como espectador de la matanza de los suyos, para preguntarle si les va á socorrer.

—Amigo—le responde Rodrigo,—vete á tu buena aventura. ¿Creéis que he olvidado la afrenta que me inferisteis en Burgos cuando matasteis á Alvar Sánchez? ¿Y la que hicisteis á mi mujer, doña Llambla, cuando la arrancasteis á su servidor de debajo del manto, y le matasteis ante ella, y ensangrentasteis su tocado y sus vestidos? ¿y la muerte del caballero que me habéis matado en Febros? Sois buenos caballeros: defendeos como podáis, porque de mí no tendréis ninguna ayuda.

Cuando los Infantes fueron conducidos á la tienda de Galve y de Viara, éstos, llenos de admiración y de piedad, están prontos á salvarles la vida; pero acude Ruy Velázquez y les amenaza con denunciarles á Almanzor, y entonces dan la orden de decapitar á los Infantes, lo que se realiza comenzando por el mayor, Diago, y concluyendo por Gonzalvo, el menor. Rodrigo sacia sus ojos en aquel espectáculo; después vuelve á Vilvestre. Galve y Viara se dirigen á Córdoba y presentan á Almanzor las cabezas de los Infantes y la de Muño Salido.

Gonzalvo Gustioz estaba en su prisión cuando vió entrar á Almanzor.

—Salud, señor—le dijo;—pienso que si me visitas es porque quieres libertarme.

—Sí, pero primero escucha. Mis guerreros han combatido á los cristianos en el llano de Almenar, y hemos alcanzado la victoria; me han enviado ocho cabezas, siete de jóvenes y una de viejo. Se dice que son del distrito de Lara. Vélas, y di si las conoces.

Y llevó al prisionero al salón de su palacio, en donde, sobre un paño blanco, estaban expuestas las cabezas, en primer término la de Muño, después las de los siete infantes, por orden de edades. En cuanto las vió Gonzalvo las reconoció y cayó al suelo como muerto. Después se levantó y, cogiendo las cabezas en sus manos una tras otra, consagró á cada una de ellas la oración fúnebre á que tenía derecho.

Este trozo, por una feliz casualidad, nos ha llegado casi intacto. No se puede imaginar nada que sea á la vez más profundamente épico y más particularmente castellano y de la Edad Media. Gonzalvo no se limita á vanas lamentaciones: se dedica—y esto es lo profundamente épico y lo que jamás se le hubiera ocurrido á un poeta de salón,—según va cogiendo las cabezas, á hacer el elogio, respectivamente, de aquellos á quienes pertenecían; pone de relieve las cualidades de cada uno, que hacen su pérdida deplorable; y tales cualidades son hasta tal punto características del tiempo y del lugar, que dan á esa conmovedora oración fúnebre, al lado de su alto valor poético, todo el valor de un incomparable documento de historia y de arqueología. Véase:

Tomó primero en sus brazos
e razonaua con ella
«Salve vos Dios, Muño Salido,
¿e que fué de los míos fijos,
porque en Leon e en Castiella
e de mejores que vos
De Dios seades perdonado,
si fuestes vos en consejo
lo que non fariades vos
Catariades los agüeros
non vos querría creer
ca se doldría de mí
E perdonat me, compadre,
que mucha falsedat
la de don Muño Salido
como si fuera bivo:
mi compadre e mi amigo,
que en vuestra mano ove metidos,
erades vos muy temido,
erades servido.
mi compadre e mi amigo,
con su tío don Rodrigo,
por lo que vos no avia visto.
como amo e padrino;
Gonzalo Gonzalez, mi fijo,
porque yazía en cativo.
e mi buen amigo
sobre vos había dicho».

La cabeza de don Muño
e la de Diago Gonzalez
e mesando sus cabellos
«Señero, so, e mezquino
Fijo Diago Gonzalez,
fazíalo con derecho,
Grant bien vos quería el conde,
tambien toviestes su seña
á guisa de mucho ardido
fiziestes en ese día,
ca voz alzastes la seña
fue tres veces abaxada
e matastes con ella
Desen arriba, los moros
metiense por las tiendas
muy bien sirviestes al conde
bueno fuera Ruy Velazquez
Trasnocharon los moros,
diovos ese día el conde
la media poblada es
Desque vos moristes, fijo,
La cabeza de don Diago
e alimpiandola con lagrimas
Cada uno como nascio
tornola en su lugar,
en los brazos fué á tomar;
e las barbas de su faz:
para estas bodas bofordar!
á vos amaba yo más,
ca vos nacierades ante.
ca vos erades su alcalle,
en el vado de Cascajar;
muy onrrada la sacastes
fijo, un ensayo muy grande;
e metistela en haz
e tres veces la alzastes,
dos reys e un alcayde.
ovieronse de arrancar
que non avien vagar;
cayéndoles en alcance
si ese día finase!
fueronse para Gormaz;
Carazo por heredat
e la media por poblar.
lo poblado se despoblara».
entonces fué á besar
volvierala á su lugar.
asi las yua tomar.

La de Martin Gonzalez
«O fijo Martin Gonzalez,
quien podrie asmar que en vos
atal jugador de tablas
bien e mesurada miente
Que yo viva ó que muera
mas mucho he fiero duelo
sin fijos e sin marido
La cabeza de Martin
e la de Suero Gonzalez
en sus brazos la tomaba:
persona mucho onrrada
avie tanta buena maña!
non lo avie en toda España,
vos fablavades en plaza.
de mi ya non me incala,
de vuestra madre doña Sancha,
fincara tan desconortada!»
luego llorando dexava
en los brazos la tomaba.

«A fijo Suero Gonzalez,
de las vuestras buenas mañas
de aves erades maestro,
en cazar muy bien con ellas
Malas bodas vos guiso
á mi metio en cativo
los que oy son por nascer

Desi beso la cabeza
e la de Ferrant Gonzalez
«Fijo, cuerpo tan onrrado,
del conde Ferrant Gonzalez,
De las vuestras mañas, fijo,
matador de oso e de puerco,
quier de pie, quier de cavallo
nunca de rafez campaña
mas con las grandes e altas
Vuestro tio don Rodrigo
que á vos fizo matar,
traydor le llamaran

Desi beso la cabeza
e la de Ruy Gonzalez
«Fijo Ruy Gonzalez,
de las vuestras buenas mañas
muy leal para señor,
mejor cavallero de armas
Malas bodas vos guiso
a vos fizo descabezar
Aferos aqui finados
mas el por siempre avía

Esa cabeza besando
e la de Gustios Gonzalez
del polvo e de la sangre

cuerpo tan bueno e leal,
un rey se debía pagar:
non avie vuestro par
ó á su tiempo las mudar.
el hermano de vuestra madre,
a vos levó á descabezar;
traydor le llamaran».

e llorando la dexo
en sus brazos la tomo:
e nombre de buen señor
aquel que vos bateo;
pagar se ye un emperador:
de cavalleros señor,
que ningún otro meior;
erades vos amador
bien aveniades vos.
malas bodas os guiso!
e a mi metio en prision;
quantos por nascer son».

e en su lugar la miso,
entre los brazos la priso:
cuerpo muy entendido
un rey serie cumplido!
verdadero para amigo,
que nunca ome vido.
vuestro tio don Rodrigo,
e a mi metio en cativo!
de este mundo mezquino,
perdido el parayso».

en su lugar la dexaba
en los brazos la tomaba,
muy bien el rostro alimpiaba,

faziendo tan fiero duelo
«A fijo Gustios Gonzalez,
non dixerades mentira
caballero de grand guisa
que a quien davades de lleno
¡Malas nuevas yran, fijo,

por los ojos le besaba:
aviades buena maña:
por cuanto avie en España;
muy buen feridor despada
tollido ó muerto quedava.
de vos al alfoz de Lara!»

Desi beso la cabeza
la de Gonzalo Gonzalez
remesando sus cabellos
«Fijo Gonzalo Gonzalez
E las vuestras buenas mañas
buen amigo para amigos,
conoscedor de derecho,
en armas mucho esforzado
alcanzador de tablado
en camara con las dueñas
davades les vuestras donas
menester avie agudeza
e mucho serie agudo
Los que me temien por vos
aunque yo torne á Lara
non he pariente ni amigo
mas me valdría la muerte
La cabeza de las manos
e dio en tierra amortescido
peso mucho a Almanzor

e puesta en su lugar
en brazos la fue tomar,
faziendo duelo muy grande:
a vos amava vuestra madre...
qui las podrie contar?
e para señor leal;
amavades lo juzgar;
a los vuestros franquear
nunca ome lo vido tal;
mesurado en el fablar
muy de buena voluntad;
quien con vos se razonase,
si lo peor non levase.
enemigos me seran,
nunca valdre un pan;
que me pueda vengar
que veer este pesar.»
sobre las otras se le cae
que de si non sabie parte;
e comenzo de llorar.

A esta escena tan elevadamente patética sucede otra de las más extrañas, en la que estallan la movilidad y la brutalidad de aquellas almas primitivas. Almanzor, al salir de la sala trágica, encuentra á su hermana, «que era muy bella y virgen, y que hablaba muy bien y muy discretamente», y le dice que vaya á confortar al desgraciado padre con buenas palabras. Ella se niega al pronto; pero él lo exige amenazándola, y ella

entra en la sala en la que Gonzalvo continúa en el suelo. Ella le levanta, le sienta á su lado y empieza á consolarle, diciendo:

—Confortaos, cristiano; me parecéis muy cobarde, y dicen que en la batalla no teméis ni á vivos ni á muertos. No hubierais soportado lo que he sufrido yo. Mi hermano Almanzor me casó con un rey poderoso y rico, y tuvimos siete hijos; y al dirigirnos todos á Córdoba para una fiesta, fuimos sorprendidos en los campos de Sevilla por los cristianos, que mataron á mi marido y á mis siete hijos; yo huí y me escondí, y durante varios días sufrí gran miseria. ¡Y, sin embargo, no me maté de dolor como hacéis! Y veo que, á pesar de vuestros cabellos blancos, tenéis el rostro fresco, y tal vez podréis tener todavía hijos que venguen á los otros.

Todo lo que decía era mentira, porque era virgen y no tenía edad para haber tenido siete hijos. Y Gonzalvo Gustioz se fijó en ella y en las palabras que había dicho, y le dijo:

— Señora, ¡haga Dios que sea así! Y con vos he de hacer el hijo que vengue á los otros.

En vano se defendió ella, y dijo que su hermano les mataría á los dos; él respondió que no la dejaría marchar por todos los moros que había en España. Y aunque estaba minado por la rudeza de la prisión y los malos alimentos, la cogió y la poseyó, y Dios quiso que de aquella unión quedase ella en cinta de un hijo que, más adelante, se llamó Mudarra Gonzálvez, que fué buen cristiano y mató á Ruy Velázquez y á D.ª Llambla, y vengó á sus hermanos (1).

La *infanta* partió sin que nadie hubiera sospechado la aventura; Almanzor volvió, y dijo á Gonzalvo:

—No gano nada con tenerte prisionero, porque ya no tie-

(1) Sigo la versión de un arreglo de la *Crónica general*, y la que adoptó Alfonso X es mucho más vulgar: Almanzor, como los reyes sarracenos de tantas canciones de gesta nuestras, encargó á *una mora fija dalga* que cuidase del prisionero; Gonzalvo y ella se amaron en la prisión, y así llegó á ser la madre de Mudarra.

nes fuerza ni sentido. Te devuelvo la libertad, y te haré acompañar hasta las fronteras de Castilla, y te daré esas cabezas en un cofre para que las lleves á tu país.

Gonzalvo le dió muchas gracias, y al día siguiente se puso en camino. Pero, antes, la infanta había ido á verle en secreto, y le dijo:

—Si tengo un hijo de ti, ¿cómo encontrará á su padre?

—Si es una hija—dijo Gonzalvo,—quédate con ella y que tu hermano la case. Si es un hijo, he aquí la mitad de un anillo del que guardo la otra mitad; cuando sea hombre, que vaya á buscarme á Salas y me lo lleve.

Y él partió para Salas, en donde D.ª Sancha le recibió con gran alegría; pero Gonzalvo abrió el cofre que había traído, y le enseñó las cabezas.

—¡He aquí—le dijo—el presente que os envía Ruy Velázquez, vuestro hermano!

Ella cayó inanimada al suelo, y desde entonces ni ella ni él tuvieron un día de alegría.

Sus desgracias no habían llegado todavía al colmo. Ruy Velázquez, para escapar al castigo de su traición, se apoderó de los castillos cuya custodia ejercía para el conde de Castilla, y se rebeló contra él. Tomó también, uno tras otro, todos los dominios de Gonzalvo, y no le dejó sino Salas, que se desmoronaba, y en donde D.ª Sancha y su marido no tenían más que una pobre sirviente. Gonzalvo, á fuerza de llorar, había perdido la vista, y andaba con un palo en la mano. Todos los días, Rodrigo, no contento con aquella miseria y aquel dolor, hacía arrojar siete piedras á las ventanas del viejo, para recordarle la muerte de sus siete hijos. Y esta vida duró diez y ocho años, pero al fin Dios proveyó.

* * *

Mudarra, hijo de Gonzalvo y de la infanta mora, se criaba en el palacio de Almanzor, que le quería mucho como sobri-

no (1), y que apreciaba las bellas cualidades que demostraba desde la infancia. Cuando tuvo diez y ocho años, su madre y su tío le dijeron de quién era hijo y la traición en que sus hermanos habían perecido. Resolvió al punto ir á buscar á su padre, si vivía, y vengar á sus hermanos. Se dirigió, pues, á Salas en compañía de unos cristianos, prisioneros de Almanzor, que éste puso en libertad y se los dió.

Una noche D.ª Sancha soñó, y contó el sueño á su marido:

—Señor, sabed que esta noche, cerca de la mañana (2), he soñado que vos y yo estábamos en una elevadísima montaña, y de la parte de Córdoba veía que llegaba un alzor volando y se posaba en mi mano, y abría sus alas, y me parecía que era tan grande que su sombra nos cubría á ambos, y se alzaba é iba á posarse en el hombro de Ruy Velázquez, el traidor, y le apretaba tan fuertemente con sus garras que le arrancaba un brazo del cuerpo, y corrían de él arroyos de sangre, y yo me arrodillaba y bebía la sangre.

Gonzalvo suspiró, y dijo que tal vez Dios realizaría aquel sueño.

Aquel mismo día, cuando el anciano, de vuelta de misa, lloraba en su mansión ruinosa, se presentó Mudarra y se dió á conocer á su padre. Gonzalvo temía que D.ª Sancha se ofendiese con la revelación de la existencia de aquel bastardo; pero, lejos de ello, presintiendo en él al vengador prometido por su sueño, exclamó:

—Pecados como éste, Gonzalvo, quisiera que hubieseis hecho siete, y más.

Para demostrar bien lo que decía, Mudarra entregó á Gonzalvo la mitad del anillo que había dividido, y Dios hizo un doble milagro: las dos mitades del anillo se juntaron, y tocándose con él los ojos, Gonzalvo recobró la vista.

---

(1) Hay que suponer que la hermana de Almanzor confesó su aventura, y que él no la castigó.

(2) Es la hora en que son más verídicos los sueños.

Doña Sancha no se cansaba de mirar á Mudarra, que era el vivo retrato de Gonzalvo Gonzálvez, el menor y más amado de sus hijos. Los tres fueron á Burgos á ver al conde, y al día siguiente, día en que el bastardo fué bautizado y armado caballero, ella le adoptó, «como lo prescribe el fuero de Castilla», haciéndole entrar por una manga de un amplio manto y salir por la otra.

Alentado por el conde, Mudarra partió en seguida para poner su venganza en ejecución. Atacó primero y tomó, uno tras otro, los castillos más próximos, de los que se había apoderado Ruy Velázquez. Ruy, aunque tenía á sus órdenes un ejército numeroso, huyó ante su enemigo y atravesó toda Castilla. Por fin, no lejos de Vilvestre y de Salas, habiendo perdido algunas horas en tratar de recobrar un halcón escapado, vió llegar á Mudarra con los suyos, y se decidió á esperarlo (1). Los dos enemigos se provocaron, y convinieron en combatir solos. Después de algunos golpes terribles, Mudarra clava su lanza en el pecho de Ruy, que cae de su caballo. Le transportaron á su propio castillo de Vilvestre, cuyos hombres abrieron las puertas al vencedor.

«Y D. Mudarra Gonzálvez envió á Salas á buscar á su madre D.ª Sancha para que fuese de la boda (2). Y ella, cuando lo supo, fué al punto y con gran alegría, y cuando D. Gonzalo Gustioz y su hijo Mudarra Gonzálvez supieron que llegaba, salieron á su encuentro «bofordando» y arrojando las lanzas al aire y demostrando gran contento; y cuando estuvieron cerca de D.ª Sancha, D. Mudarra fué á besarle la mano, y todos, contentos, marcharon al castillo y echaron pie á tierra. Entonces Mudarra dijo á D.ª Sancha:

—Señora, aquí veis al traidor: hacedle castigar como os plazca.

(1) Según el poema, la escena pasa en *val de Espeja*, que se llama desde entonces *val de Espera*. No se encuentra hoy en aquellos parajes un lugar de ese nombre.

(2) «De la fiesta»: expresión de una alegría feroz en tal circunstancia.

Y el traidor cerró los ojos y no quiso verla, y D.ª Sancha le miró así yaciendo, y vió la sangre que corría, y dijo:

—Alabado sea Dios, y gracias le sean dadas por la merced que me hace. Porque he aquí cumplido el sueño en que soñé que bebía la sangre de este traidor.

Entonces ella se acercó y se arrodilló para beber la sangre que corría; pero Mudarra Gonzálvez la cogió por el brazo y la levantó, y dijo:

—Madre y señora, no quiera Dios que tal cosa suceda: que la sangre de un traidor éntre en un cuerpo tan bueno y tan leal como el vuestro. Está en vuestras manos: decid cómo queréis que sea castigado.

Después que se hubo largamente deliberado sobre el suplicio que se aplicaría á Ruy Velázquez, D.ª Sancha decidió que le ataran por los pies y las manos á dos postes clavados en medio de un campo, y que todos los que tuvieran que vengarse de él, todos aquellos especialmente cuyos deudos fueron muertos con los Infantes, le lancearan con dardos, venablos y otras armas, hasta que sus carnes cayeran á jirones, y que en seguida todos le lapidaran. Lo que ella dijo fué hecho; y lanzaron tantas piedras sobre su cuerpo, que fué cubierto por un montón, en el que bien habría diez carretadas; «y hoy todavía todo el que pasa por allí, en vez de decir un *Pater noster*, le arroja una piedra y desea á su alma la condenación eterna. *¡Amén!*»

En cuanto á D.ª Llambla, los relatos acerca de su fin varían mucho. Parece que en el primer cantar escapaba á todo castigo, á causa de su parentesco con el conde Garci Fernández. Pero esta impunidad chocaba con el sentimiento popular, y más adelante se contó que Mudarra no la hizo nada mientras que vivió el conde; pero que después de la muerte de aquél, la quemó viva ó la infligió el mismo suplicio que á su marido; otras versiones decían que, rechazada por el conde, huyó á Sierra de Mena, y erró por allí largamente hasta que murió miserablemente. Una tradición poco antigua presenta en Bur-

gos la torre desde lo alto de la cual se tirara. En el mismo Lara, otra tradición, en la que por lo demás todo está extrañamente desfigurado, pretende que se precipitó en un abismo, del que todavía sale algunas veces un espantoso clamor.

***

He aquí lo que durante tres siglos cantaron los juglares en Castilla la Vieja, en donde ocurrió el drama de Almenar; después, á medida que se extendió la reconquista, en España entera. El cantar de los Infantes de Salas es sin duda la primera obra original que haya sucedido á las adaptaciones de los cantares de gesta franceses; sirvió de modelo á los poetas que, poco después, celebraron las hazañas del Cid. Estos dieron á la epopeya castellana un fondo más amplio y más grandioso; el héroe que hicieron inmortal idealizándole no encarnó solamente el orgullo, los odios y las venganzas de la familia feudal: representó la gran obra nacional de la reconquista del suelo español sobre los conquistadores extranjeros; simbolizó las relaciones de los nobles con la monarquía y con el pueblo; se hizo á la vez el campeón de las libertades comunales contra la tiranía real y el de la España cristiana contra los musulmanes. Los cantares de los Infantes, más individuales, más impregnados del espíritu bárbaro de los antiguos tiempos, compensan por la intensidad del pensamiento que les anima lo que les falta en amplitud y en ideal. Encontramos en ellos, en un fiel y viviente sello, la salvaje energía y la pasión concentrada de una época y de una clase de hombres que han desaparecido, pero cuyo espíritu ha sobrevivido largo tiempo y circula al través de toda la poesía como al través de toda la historia española. Penetran en lo más profundo del alma nacional, y nos hacen sentir su vigor y también su ferocidad primitiva, que diez siglos, á pesar de tantas transformaciones y aparentes eclipses, no han agotado todavía. Así esos cantares no se han borrado nunca del corazón de la nación que los pro-

dujo; se han perpetuado en los romances, que no eran al principio sino trozos separados, en el teatro que les ha acogido mil veces y que no los ha presentado jamás al público español sin que éste se reconociese en ellos estremeciéndose. Aparte su interés histórico, nos atraen por su belleza sombría y por lo que en su inspiración hay de generalmente humano, tanto por lo que en su forma hay de tan particular y tan lejos de nosotros. Merecen tomar puesto al lado de las más bellas de nuestras canciones de gesta feudales, de *Raoul de Cambrai* ó de *Renand de Montaubau*. Tienen sobre nuestros poemas la gran ventaja de que, no obstante las mutilaciones y alteraciones que han sufrido, poseemos por lo menos ciertas partes en su forma original, tales como salieron del alma y de los labios de sus primeros autores, mientras que nuestros poemas no nos han llegado más que en arreglos de tercera ó cuarta mano.

Esa forma original, cuya restitución debemos á los esfuerzos del Sr. Menéndez Pidal, merecía ser presentada á los lectores franceses, que no han conocido hasta aquí de la patética leyenda sino sus últimas transformaciones. En la vieja pared de la iglesia de Santa María de Salas, en donde están encerradas desde hace muchos siglos, se deshacen hoy en polvo las cabezas de los siete infantes y del viejo *amo*; si las tuviéramos ante nosotros, únicamente por un esfuerzo de pensamiento podríamos volverlas á su integridad primera, revestirlas con su carne y verlas aparecer tales como fueron llevadas del campo de batalla, casi vivas aún, con los ojos espantados, con la boca abierta para gritar y la sangre fresca cayendo sobre las mejillas... Lo que sólo la imaginación puede hacer para este espantoso espectáculo, una ciencia ingeniosa y paciente, ha sabido realizarlo con los cantos que suscitó en otro tiempo y presentárnoslos casi íntegramente, con todo su horror sombrío y su saliente belleza.

Gastón París

LA EVOLUCIÓN DEL SOCIALISMO EN ITALIA

I.—Enrique Ferri y sus tendencias políticas.

La política revolucionaria de Enrique Ferri entra á su ocaso, cediendo terreno al socialismo evolucionista de Felipe Turati. Los mismos anarquistas que sirvieron de base al ilustre criminólogo para derrotar á su adversario, organizan conspiraciones domésticas contra él; su hegemonía dentro del partido socialista peligra. Acaso concluya muy en breve. Su talento, por todos reconocido, no será escudo eficaz para obstar las consecuencias de sus propios yerros; la caída será una resultante lógica del encumbramiento. Suele narrarse que el inventor de la pólvora fué víctima de una explosión intempestiva: Ferri ha inventado la pólvora política.

La presente crisis del socialismo en Italia tiene una historia muy sencilla. Sus causas deben buscarse en la alta sociología política, al mismo tiempo que en el juego modestísimo de pasiones humanas, demasiado humanas.

La mayoría de los anarquistas de Italia, para evitar las persecuciones del Gobierno, se refugió en el partido socialista. No pudiendo con su temperamento — pues éste es la base fundamental de sus predilecciones doctrinarias, — comenzaron á trabajar de zapa dentro del partido, que se vió imposibilitado para eliminarlos en masa ó neutralizar su acción. Combatir á esos anarquistas vergonzantes era sacrificar la propia popularidad. Felipe Turati, cerebro culto y carácter integérrimo, asumió valientemente esta actitud desde el primer día.

Enrique Ferri, personalmente enemistado con Turati, creyó llegada la ocasión para consolidar su predominio personal dentro del partido. Actuando en plena contradicción con sus ideas científicas más fundamentales, puesto que es evolucionista, hízose leader de la fracción llamada revolucionaria y derrotó á la fracción reformista acaudillada por su antiguo rival. El último Congreso entregó á los ferristas la dirección del partido y la redacción del *Avanti!*, su órgano. Turati, desde Milán, continuó su prédica, esperando que los acontecimientos le dieran plena razón, haciendo primar la realidad de los hechos sobre la elocuencia de las retóricas tribunicias.

Ferri se creyó árbitro de los destinos de Italia. Así como los anarquistas vergonzantes se sirvieron de él para anular á Turati, él los aprovechó para hartar su inconmensurable amor propio. Puso su talento, su reputación y su elocuencia prodigiosa al servicio de los enemigos internos del partido, quienes retribuyeron el holocausto con las monedas falsas de la popularidad callejera. Ferri mantuvo ese prestigio acariciando y elogiando las pasiones de la masa, fácilmente sugestionable por los que más gritan de revolución y de catástrofes reivindicadoras. Embarcado en esa política demagógica, dió muchos traspiés; tantos como pasos llevó á cabo.

Los afiliados más sectarios continuaron aplaudiéndole, pero todos los ciudadanos ajenos á su cofradía comprendieron muy luego su imprudencia. Llegaron las últimas elecciones generales. El partido, ya anarquizado, fué á las urnas sin disciplina alguna; los conservadores de todo matiz, hastiados por el palabreo crónico de los revolucionarios y por su inconsulta manía de provocar huelgas absurdas (á punto de haber fracasado todas ellas), concurrieron compactos. El partido socialista sufrió en Italia su primera derrota electoral, gracias á la política de Ferri, y, por ende, á la influencia subrepticia de los anarquistas infiltrados en sus filas.

Sobrevino entonces una reacción, naturalmente. La catástrofe reveló á Ferri todo lo que sus pasiones le ocultaban. Los

reformistas adquirieron nueva pujanza para oponerse á los revolucionarios y el nombre de Turati comenzó á pronunciarse con creciente simpatía. Ferri sintió que faltaba el suelo bajo sus pies; hizo varias declaraciones que le acercaban á los reformistas, consiguiendo que éstos no las tomaran en cuenta y que los revolucionarios desconfiaran de él. Temiendo á los reformistas, se desgració con los revolucionarios.

Una tarde, á fines de Mayo próximo pasado, entramos al *Avanti!* para corregir las pruebas de un artículo editorial; encontramos la redacción convertida en alborotado avispero. Los redactores, en masa, estaban sublevados contra Ferri, y habían renunciado colectivamente, pidiendo se convocara á la dirección del partido y, si era menester, un congreso, para optar entre ellos y el director. La causa incidental fué una leve arbitrariedad de Ferri: el nombramiento de un cronista que antes había sido excluído por incorrecciones que es inútil precisar. Pero las causas verdaderas, según nos dijo Enrique Leone, jefe de la redacción, gritando á fin de que las oyera el interesado, que estaba en el salón contiguo, eran dos: la inaguantable megalomanía de Ferri y una nueva divergencia política que se ha concretado bajo el nombre de «sindicalismo».

—¡Estamos hartos de Ferri—gritaba,—hartos de política! La acción parlamentaria es ineficaz para los intereses del proletariado. La lucha política debe relegarse al segundo plano. Es necesario organizar sindicatos obreros y plantear la lucha de clases en el terreno económico...

En suma: los revolucionarios que ahora conspiran contra Ferri, como ayer lo hacían contra Turati, son anarquistas de cepa más ó menos genuina, aunque se califiquen de otra manera. Como Ferri no se presta completamente á servir su política negativa, han resuelto hostilizarlo en la misma forma que á Turati. Esto los obliga, por fin, á salir de su posición equívoca y á descubrir su verdadero credo político, aunque no se deciden á confesarlo de plano.

II.—Felipe Turati y sus tendencias políticas.

La política del partido socialista en Italia atraviesa por una crisis que se resolverá, probablemente, por un brillante desquite de Turati; su tendencia reformista cuenta ya con el apoyo de casi todo el grupo parlamentario socialista.

Felipe Turati es un hombre feo, pero extraordinariamente simpático, encantador. Su físico es la antítesis del de Ferri, lo mismo que su método político. Es de buena estatura y viste correctamente, aunque sin elegancia. Usa una barba anormal, pero discreta. Sus ojos, en una sola mirada, dicen más que un libro de trescientas páginas. Es amable sin afectación; una ingenua sonrisa orna su feo hocico, pareciendo embellecerlo. Es sencillo hasta la familiaridad, como todo grande hombre que se ignora á sí mismo; Ferri, en cambio, según dicen sus propios amigos, no se ignora ni se olvida un solo momento en todo un año. Turati ha tenido siempre el valor de confesar abiertamente sus opiniones sociológicas, casi siempre adversas al socialismo impulsivo y sentimental de las masas obreras; eso le ha valido muchas invectivas, y las turbas le han honrado con sus injurias. Se le dijo burgués, traidor, aspirante á ministro, traficante político; un diario de los labriolistas le enderezó esta metáfora: «venenosa serpiente que amenaza morder el corazón del proletariado». Turati se ríe de sus adversarios y los compadece. Él sabe más que ellos: los ignorantes no pueden ofender al estudioso.

Turati cree que, en rigor, no existen dos tendencias dentro del socialismo italiano. Para él, la tendencia revolucionaria es, en los más, un penacho verbal para jugar con el sentimentalismo de las masas, exento de influencia sobre la acción real de los mismos que lo adoptan por coquetería; en otros es un simple disfraz del anarquismo negativo y antisocialista, que pretende reconquistar en el partido italiano la ciudadanía que perdió en la violenta ruptura de 1892, en el Congreso de Géno-

va. La cuestión de las dos tendencias ha sido analizada ampliamente desde esa época. Fué muy fácil separar la cuestión superficial, fundada en discordias mezquinas, artificio pueril para diferenciarse y para dominar dividiendo, de la otra cuestión real y profunda, jamás negada: el conflicto entre la tendencia socialista y la tendencia anarquista; pero, según Turati, esta última cuestión debe colocarse en su sitio verdadero, es decir, fuera del partido. «La orden del día Mocchi-Labriola, aprobada en el Congreso de Brescia en 1904, no es más que la formulación abstracta y sintética—ni siquiera nueva— de aquellos principios y de aquella táctica que siempre hemos combatido como ajenos y enemigos del socialismo moderno, al mismo tiempo que ajenos y enemigos de todo el moderno movimiento del proletariado» (1). Por eso, frente á las irrealizables intenciones de concordia y unión de las fracciones socialistas, Turati ha definido su criterio en una frase más elocuente que una disertación. «La unidad del partido socialista debe ser la unidad del partido socialista solo—jamás el contubernio entre socialistas y anarquistas, sea cual fuere el disfraz que éstos adopten.»

Con igual intención, diez años antes, en el Congreso de Génova, pudo exclamar Prampolini, dirigiéndose á los anarquistas y á los corporativistas: «Desde hace años estamos empeñados en combatirnos en los diarios, en las asambleas, en las plazas, en los Congresos. No diré que haya mala fe de una ú otra parte; pero es indiscutible que esta lucha existe, es de todos los días, de todas las horas, porque somos dos partidos esencialmente diversos, y recorremos dos caminos absolutamente opuestos. No puede haber comunidad alguna entre nosotros» (2).

Esos son los verdaderos términos del conflicto que palpita

(1) Turati: «La fine delle tendenze», en la *Critica Sociale*, núm. 4, 1904.
(2) Prampolini: «Discurso» publicado en la *Lotta di Classe*, Agosto 29 de 1892.

en el movimiento socialista italiano, siendo, á su vez, un reflejo del conflicto latente en el socialismo internacional.

En Italia, como en todas partes, el socialismo nació indefinido, caótico. Antes de llegar á la forma en que Turati lo concibe, pasó por diversos períodos evolutivos cuya ley general conocemos ya. La evolución es evidente; conviene generalizar su análisis, incluyendo la fase italiana del socialismo dentro del movimiento internacional, que ahora asume caracteres de política positiva.

III.—La interpretación utópica del socialismo.

El socialismo debe entenderse como una interpretación del movimiento social, dadas las condiciones especiales del presente momento histórico en los países más evolucionados de la civilización ariana. Es la simple intelección de un fenómeno, independiente de la «voluntad social» y de toda política sectaria ó partidista. Así como es ilusión el libre albedrío individual, lo es también el sociológico ó político. Los hombres no hacen la historia; los socialistas no hacen el socialismo. Existe una política socialista porque los fenómenos sociales se reflejan en los cerebros humanos y determinan su orientación en cierto sentido, que les corresponde naturalmente. Los modos de pensar no son la causa, sino el producto de los modos de vivir y del momento de la evolución en que aparecen. El socialismo, por ende, no debe considerarse como un proyecto, un deseo, un ideal, un programa ó un objetivo: es una constatación del rumbo presente de la evolución social. En este sentido, reviste caracteres de doctrina sociológica, superior á los menudos intereses de cualquier facción política militante.

Esa es la forma en que puede hoy plantearse y discutirse sociológicamente el socialismo, prescindiendo de toda la hojarasca plebocrática con que lo enmarañan los que operan sobre el sentimiento de las masas.

El pensamiento humano, para llegar á una interpretación

exacta de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones fenoménicas, suele atravesar distintas etapas, verdaderos períodos. Antes de arribar á la intelección científica de un fenómeno, pasa por sus interpretaciones teológica y metafísica. Ésta es una de las pocas verdades esenciales que nos ha legado Augusto Comte, cuyas mejores intenciones sociológicas naufragaron en el caos de sus postreras divagaciones metafísicas. Todos los modos del conocimiento atraviesan por tres períodos progresivos.

El desarrollo económico de la civilización europea determinó una nueva tendencia de la evolución social, cuya interpretación constituye el núcleo de la doctrina socialista. Esa interpretación ha pasado necesariamente por tres etapas, de acuerdo con la teoría general del conocimiento. La primera fase, utópica, corresponde al período teológico; la segunda, empírica (pretendida «científica»), corresponde al período metafísico; la tercera, crítica y práctica, es propia del período verdaderamente científico y positivo.

Conviene advertir que existe un grupo de tendencias y aspiraciones sentimentales asociadas actualmente al socialismo, las cuales han existido en toda época; aunque ejercen influencia en la política militante, aportando el concurso de las masas, nada tienen que ver con la teoría científica del socialismo. Antes bien, son una maraña perjudicial y perturbadora; las concesiones á ese sentimentalismo son nocivas al estudio de los problemas sociales, debilitan ó anulan sus conclusiones ante la crítica científica. Son la expresión de esa eterna tendencia de la humanidad hacia el mejoramiento sucesivo de sus condiciones materiales de vida. Junto á cada progreso realizado, á cada aumento de bienestar, surge la aspiración hacia un nuevo mejoramiento. Es la perpetua quimera, el «más allá» siempre soñado, que más se aleja cuando creemos aproximarnos más á él. El problema de la desigualdad social de los hombres y el deseo lírico de obviarla ha preocupado á muchos soñadores de todos los tiempos. No será menester que remonte-

mos hasta Confucio y Platón, ni habrá que escudriñar las intenciones ó los proyectos de Marco Aurelio y San Agustín, Campanella y Bacón, Tomás Moorus y Harrington. Huelga también recordar que una de las fases del cristianismo primitivo, con su moral caritativa, fraternizadora, protectora de los siervos y de los serviles, podría llenar algunas páginas en la historia de las utopias precursoras del socialismo sentimental.

Al evolucionar la sociedad feudal hacia la sociedad burguesa, surgen las condiciones materiales que determinan la evolución económica capitalista; ella, á su vez, prepara la ruta posterior de la evolución en sentido socialista. Pues, digámoslo desde ya, su rasgo esencial característico es la tendencia á socializar los sistemas productivos y los medios de producción.

El movimiento intelectual, que tuvo su más acabada expresión en los enciclopedistas, fué el reflejo ideológico de la gran transformación social que se operaba; tomando por causa el efecto más aparente y ponderable, se le consideró como el propulsor de la Revolución francesa. Se ve la hélice que gira y se le atribuye la marcha de la nave; nadie advierte la presión del vapor en las calderas. Las ideas se mueven en el mundo como hélices y agitan á las masas como paletas de hierro que baten el agua inerte; pero, en rigor, el mundo social marcha gracias á la presión de invisibles calderas: las mismas fuerzas físico-naturales que mueven á las nebulosas y á los cristales, á la encina robusta y á la hormiga. Esa es la conclusión que nos impone la filosofía científica en su más reciente concepción del universo.

La realización de la república burguesa es el exponente de un simple hecho económico. El predominio de la economía burguesa sobre la feudal implica el advenimiento de la república burguesa sobre la monarquía feudal. Pero dentro de esa realización latía ya el problema venidero: todo fruto maduro contiene la semilla de otra nueva planta. Morelly—y no Dide-

rot, como se creyó al principio y aún repiten muchos socialistas mal informados—expuso é intentó difundir un sistema encaminado á legislar el «estado social perfecto», con el nombre de *Código de la Naturaleza*: era una especie de comunismo coercitivo, draconiano. Al tiempo mismo, aunque por otro camino, Rousseau formulaba su *Contrato Social*, verdadero *vademecum* de los revolucionarios, quienes sancionaron su triunfo en la noche del 4 de Agosto, en la Asamblea de Versalles; pues, como dice Taine en *Los Orígenes de la Francia contemporánea*, la Revolución francesa fué algo así como el «Contratrato Social» en acción.

Poco después, sobre las huellas de Morelly, Baboeuf pretendió completar la obra revolucionaria, organizando su célebre conspiración comunista, que le condujo á la guillotina.

Cerrado ese ciclo embrionario, el socialismo utópico comienza á formularse en sistemas definidos. Aparece Saint-Simon, cuyas teorías, de importancia suma, no es posible mencionar sin respeto; fué un gran observador y un vidente. Poco después, Fourier enunció sus teorías económico-sociales, vislumbrando, como entre ensueños, su sistema basado en la organización falansteriana. Mas tarde, cúpole el turno á los ensayos prácticos de Roberto Owen, quien creyó posible la organización de colonias obreras ideales, perdidas como islotes en el océano de la civilización capitalista; se arruinó junto con la quiebra de su proyecto. Cabet siguió huellas análogas, fracasando como él, ruidosamente. Pero cabe reconocerles un mérito grande, aunque indirecto. Ellos fueron los instigadores de ese género de estudios que poco más tarde, con Adam Smith y Ricardo, constituyó una ciencia nueva: la economía política. Ese origen explica las singulares aplicaciones que se exigieron á esa ciencia en sus comienzos. En su nombre se intentaba justificar ó demoler todos los planes de utopias sociales. Era, alternativamente, el torpedo y la red metálica de los conservadores y de los revolucionarios. El 48 dió su consagración de sangre á todo el movimiento de los utopistas. Luis Blanc,

subido al poder en los albores de aquella República demagogizada, enunció oficialmente el derecho al trabajo é intentó la organización de sus célebres é infortunados talleres nacionales. Es conocido el desastre de tan extemporáneo y absurdo socialismo de estado, que tanta sangre costó en las siniestras jornadas de Junio.

Durante todo ese primer período, el socialismo es una simple teología humanitaria y sentimental; un caso de culto por principios abstractos, que nada significan en la política positiva de un país, pues no corresponden á realidades tangibles, ni expresan situaciones de hecho. El sentimiento, rebelde á toda injusticia, no mesura la reacción bajo el control de la inteligencia; siempre es desbordante, excesivo. Desde Baboeuf hasta Luis Blanc, encontramos una concepción del socialismo como reacción sentimental, en nombre de palabras que nada concretan, como «justicia», «libertad», etc.; en su honor florece el lirismo y se idolatra la utopia. Pero hay en toda utopia, como en toda paradoja, un núcleo exacto, alguna parte de verdad objetiva cuya realización es imposible evitar; ella sobrevive á las bien intencionadas imprudencias de sus amigos y á las inicuas represalias de sus adversarios.

En suma: cuando los países más evolucionados entraron á la economía capitalista, aparecieron y se intensificaron ciertos males que son inherentes á nuestra civilización misma, según demostró Edward Charpenter en un libro agudo y paradojal. Entonces surgió el socialismo utópico, como vigorosa expresión de agravios contra los males propios de la organización económica capitalista, como lirismo plebocrático, mezcla de rencores y de filantropías, de rebeliones y de ensueños.

En la utopia no se diseñaba, sin embargo, el núcleo de realidad posible.

IV.—La interpretación marxista del socialismo.

El primer período es pobre, en cuanto á su parte positiva; se caracteriza por negaciones antes que por afirmaciones. Es-

tas se formulan en el segundo período. Todo no era fronda en la selva del utopismo idealista. Los leñadores descubrieron algunos troncos resistentes y seguros; desdeñando la fronda, que sólo podía durar una estación, el socialismo comenzó á definirse en algunos principios sociológicos verdaderos ó verosímiles, poniéndolos como armazón de su vestidura doctrinaria.

Después del vendaval revolucionario del 48, floreció el movimiento socialista de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En Noviembre del año anterior se había reunido en Londres un Congreso iniciado por la Liga de los Comunistas; Marx y Engels habían sido encargados de redactar un programa, que fué el célebre «Manifiesto del Partido Comunista», cuya aparición coincidió con los movimientos revoltosos del 48. De allí arranca el «marxismo». Comparado con el socialismo de los utopistas, señala un gran progreso en la interpretación del movimiento social. No obstante ser en gran parte empírico y metafísico, planteó los problemas sociales en forma accesible y facilitó su análisis crítico, preparando lentamente una transformación ulterior del socialismo hacia su fase evolucionista y determinista. A partir de esa época, se formuló una interpretación realista de la historia, completando el concepto materialista de la escuela de Feuerbach, constituída por la extrema izquierda del hegelianismo alemán; se determinó la importancia fundamental de los factores económicos en la evolución social, incurriendo en exageraciones impuestas por los objetivos políticos que la doctrina estaba llamada á apuntalar; se enunció en sentido absoluto una teoría de la lucha de clases, que sólo resultó exacta en sentido relativo y como una de tantas formas de la lucha por la vida entre los hombres; una teoría del valor, ampliación generosa de la enunciada por Ricardo, y menos inexacta que las demás teorías corrientes sobre este punto; una ley «de bronce» de los salarios, inexacta como ley absoluta, pero indiscutible como tendencia general del precio de los salarios, etc. Al lado de esos ensayos de doctrina verdadera florecían concepciones catastróficas de la evolución

social, risueñas teorías sobre la concentración de la riqueza y el empobrecimiento cada vez mayor de los pobres, presagios apocalípticos sobre la inminente desorganización del Estado ó de la familia, eglógicas demostraciones de la imposibilidad de las guerras, proyectos de bonos de trabajo para reemplazar á la moneda, dictadura de la clase obrera, etc. A ese conjunto de cosas verosímiles y de fantasías absurdas, de ilusiones y de realidades, se pretendió con precipitación adjudicarle el nombre de «socialismo científico», como antítesis del «utópico», calificativos consagrados por Engel en un capítulo de su *Anti-Durhing*, que circula profusamente como folleto de propaganda. En rigor, sólo fué un sistema metafísico, más próximo de la verdad que la teología de los utopistas. Y fué, lógicamente, el precursor inmediato del socialismo positivo que se va formando á sus expensas, aprovechando los buenos muros que están de pie entre sus escombros. El pomposo calificativo de «científico» sólo pudo significar que algunos afiliados al socialismo— pongamos veinte intelectuales por cada millón de proletarios ignorantes—trataban de sustituir la retórica sentimental de los demagogos por fundamentos pedidos á las ciencias modernas, particularmente á la economía política y á la sociología.

Toda la crítica del marxismo—como interpretación del movimiento socialista—puede limitarse á poner de relieve un absurdo fundamental que anula su valor en cuanto él pretenda ser un sistema de política científica. W. Sombart, el ilustre profesor de Breslau, en un libro afortunado, señaló claramente esta contradicción entre el pensamiento y la acción de Marx, entre su teoría y su política. Mientras su doctrina histórico-social es determinista y evolucionista, en el mejor sentido sociológico de la palabra, él no ha cesado jamás de predicar la agitación revolucionaria y de anunciar la inminencia de una revolución sangrienta (1). A este hecho real suelen

(1) W. Sombart: *Le Socialisme et le mouvement social au XIX siècle*. Traducción francesa, pág. 108-110.

oponerse sofismas de justificación, más dignos de leguleyos que de sociólogos, pretendiendo explicar lo que significan los términos evolución y revolución, para deducir que la segunda es el período terminal ó crítico de un ciclo de la primera, en el mismo sentido en que lo afirma Eliseo Reclus, no en sus obras de sabio, sino en cierto socorrido folleto de propaganda. Para obviar ese confusionismo, propio de los que no tienen ideas claras ó encuentran ventajas en las obscuras, especificaremos en qué consiste la contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse á la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentado que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable é independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx—y en el de todos los anarquistas militantes contemporáneos—está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales, mediante la dictadura del proletariado, según los unos, ó la expropiación revolucionaria, según los otros.

Esta contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx—que hemos enunciado desde hace muchos años, combatiendo ilusiones revolucionarias de los socialistas militantes—á la larga se impuso á la atención de todos los críticos del socialismo, amigos ó adversarios, determinando una nueva fase de su interpretación. Sin embargo, durante medio siglo ese ha sido el criterio general del socialismo político internacional; en él se encuentra la gran masa de los socialistas de todos los países.

En esa etapa, el núcleo de realidad posible comenzó á delinearse entre las nebulosas de la utopia.

V.—La interpretación contemporánea del socialismo.

Mientras el socialismo prosperaba en la política militante y esparcía sus aforismos entre las glebas, recolectando votos

por millares y escalando las bancas de los Parlamentos, los estudiosos pusieron sus doctrinas en el alambique y las sometieron á la prueba purificadora. De allí van saliendo, poco á poco, transformadas substancialmente. Sus atenuaciones son esenciales las más de las veces, pero adquieren carácter científico de verdad. Se está separando toda la escoria sentimental y metafísica, inconciliable con los conocimientos de la sociología positiva.

Los críticos adversarios fueron numerosos: Spencer, en Inglaterra; Richter y Haeckel, en Alemania; Garofalo, Negri, Fiorentini, Massarani, Morasso, Pareto, Vitelleschi, Ferraris y Longoni, en Italia; Guyau, Leroy Beaulieu y Picot, en Francia; y cien más. Pero fueron, sin duda, más eficaces los críticos salidos del propio socialismo, como el idealista Malón, el político Bernstein y el anarquista Merlino; y más que ellos, mucho más, los sociólogos independientes y más bien partidarios: Schäffle, Sorel, Loria, Cunow, Hugo, Masarik, Croce, Labriola, Posada, etc.

Así, á los dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas, sucede el tercer período, caracterizado por la crítica del socialismo y su adaptación á las necesidades de una política positiva. Watson, Bernstein, Vandervelde, Turati, Millerand, Merlino, Jaurés, Bissolati, Deville, representan políticamente esta tercera etapa del socialismo. Los «principios» del período utópico son olvidados ó repudiados por los socialistas inteligentes; quedan, por lo menos, relegados á un plano muy secundario, como simple recordación sentimental de un pasado de estériles luchas y sacrificios; otras veces significan una simple concesión á las preocupaciones de las masas que deben servir de plantel político á los jefes inteligentes. Esa concesión, por supuesto, sólo existe tratándose de jefes inteligentes; muchos ignorantes que llegan á dirigir masas obreras ó á influir sobre ellas siguen creyendo de buena fe en las panaceas revolucionarias. Sueñan subvertir el orden social en el momento oportuno, con la misma facilidad con que

se cambian las bambalinas en un entreacto de espectáculo teatral.

En este período eminentemente crítico y positivo del socialismo, sus objetivos políticos se especifican claramente y se concretan en los titulados «programas mínimos»; sus procedimientos de realización se traducen por las diversas formas de «lucha dentro de la legalidad». Las reformas comunes á todos los programas mínimos socialistas pueden enunciarse en pocos acápites fundamentales: extensión del republicanismo democrático, legislación protectora del trabajo, estado laico, nación armada; las reformas particulares varían con las condiciones de cada país, consultando su régimen monetario, su forma de gobierno, su sistema agrario, educativo, judicial, etc., según las circunstancias. Ese programa se limita á propiciar la finalidad completa del Progreso en nuestro momento histórico: la política evolucionista, la civilización misma. Verdad es que algunos programas suelen estar mechados por ingenuidades anticientíficas, como la justicia por jurados, el voto de las mujeres, etc.

Esa tiende á ser la política de los partidos socialistas más prósperos y evolucionados. La política que organiza todo un Ministerio socialista en Australia, presidido por Watson; la que en Francia ocupa ministerios en un Gabinete republicano, con Millerand; la que en Italia apoya al Ministerio monárquico de Zanardelli, con Turati; la que en Bélgica persigue la educación y organización de las masas, sin hacer hincapié en la forma monárquica de gobierno; la que en todos los países comienza á librarse de la pesadilla marxista de la «lucha de clases» absoluta, tan cara á las plebes, y concibe á su lado la «cooperación de clases», que suele ser su eficaz contrapeso y correctivo en la vida real.

El núcleo de realidad posible se desvincula definitivamente de la utopia y tiende á realizarse.

VI.—La lucha de clases y la cooperación de clases.

Ésta es, en Italia, la política de Felipe Turati, con las variantes impuestas por las condiciones propias de tiempo, modo y lugar.

Una larga charla con el ilustre sociólogo—en que intervino de paso la Dra. Ana Kulischioff, su intelectual compañera—confirmó nuestra concepción de la política socialista.

Mientras el socialismo se limitó á ejercer una acción opositora puramente negativa en el orden político (como la erigida en sistema por los anarquistas), pudo mantenerse en la intransigencia, libre de tocamientos con las fracciones progresistas de la burguesía más evolucionada, consecuente con la teoría de la «lucha de clases». Pero cuando un partido acepta la acción política dentro del orden legal existente, interviene en la vida electoral y parlamentaria, y formula un programa realizable dentro del sistema económico actual, su actitud política se modifica forzosamente. Cuando entra á ejercer una acción positiva—ya no de simples negaciones antiburguesas, sino persiguiendo la realización de un programa,—surge la necesidad de coincidir y concordar con otros partidos, toda vez que éstos emprendan reformas de carácter socialista. Esa cooperación de los partidos á los fines del progreso, superiores á los propósitos de cada partido, es una ley general en política; Roberto Peel, el más proficuo de los reformadores ingleses, fué un conservador que, por la fuerza de las cosas, adoptó una gran parte del programa de los progresistas.

Aunque algunos de sus jefes no lo reconozcan abiertamente, la política de los partidos socialistas comienza á adaptarse á ese criterio.

Al concretar su acción presente á los programas mínimos, ha desterrado al porvenir las reivindicaciones trascendentales y ha roto el yugo de muchas anticuadas preocupaciones. La inflexible antítesis entre el socialismo y la economía presente ha cedido su puesto á cooperaciones más y más racionales.

En Francia hemos visto á Millerand participando provechosamente á la política de un Ministerio republicano, con una eficacia que sólo niegan ó desconocen otros socialistas que no pudieron llegar á ministros, no obstante desearlo; y más tarde, los socialistas de casi todas las fracciones, con Jaurés á la cabeza, entraron en el «bloc» republicano é hicieron política ministerialista para aniquilar á la reacción clérico-militar. En Australia, desde hace varios años, el partido socialista vota en el Congreso, junto los progresistas y los liberales, alternativamente, según que unos ú otros estén en el poder y le ofrezcan realizar alguna parte de su programa; y cuando ellos organizan el primer Gabinete socialista del mundo, presidido por su propio jefe, Watson, pueden mantenerse pocos meses en el Gobierno, gracias á los votos de alguna de las fracciones burguesas. En Italia, cuando el Ministerio Zanardelli ofrecía garantizar las más fundamentales libertades democráticas y era fuerza apoyarlo para evitar la reacción que estaba en acecho, el grupo parlamentario socialista, en masa, votaba por el Ministerio día á día; allí se manifestó abiertamente la disidencia entre los socialistas modernos dirigidos por Turati, llamados «ministerialistas», y la fracción jacobina y semianarquista, que tuvo á Ferri por abanderado.

En Bélgica y en Alemania, el partido socialista ha dado su voto en cien cuestiones, que implicaban renunciar á algunas de las premisas de principio, en homenaje á las necesidades de la práctica y á la oportunidad del voto. Por fin, en Buenos Aires, el partido socialista se ha asociado en varias circunstancias á otros partidos ó á asociaciones netamente burguesas, con fines determinados y *contingentes;* su único diputado al Parlamento fué elegido por pocos electores socialistas y muchísimos de varias fracciones burguesas opositoras al Gobierno.

Todo este cambio en la acción política del partido, esta evolución de una intransigencia obstinada hacia una armonización fácil, sólo implica determinar ó amenguar la más anar-

quista de las premisas sentadas por Carlos Marx: la «lucha de clases» y el «antagonismo absoluto de los intereses entre el proletariado y cualquier fracción de la burguesía».

Primero fué la crítica sentimental de Malon, que hizo sonreir á los marxistas empedernidos. Después la heterodoxia fué más firme con Bernstein (1), cuyo libro alborotó el cotarro á punto de que Kautsky (2) tuvo que escribir otro para contestarle; ambos volúmenes fueron ponderados con ecuanimidad por el propio Sorel (3). Bernstein tuvo de su lado en el Congreso de Hannover (1899) á Wollmar, David, Auer y otros conocidos jefes del socialismo alemán. Sus vistas fueron bien acogidas en el extranjero; Jaurés en Francia y Turati en Italia proclamaron que junto con la «lucha de clases» existía la «cooperación de clases», y que esto debía modificar la sistemática intransigencia seguida hasta entonces por el partido.

La teoría marxista es unilateral y sencilla; por eso mismo es accesible á los progagandistas ignorantes y simpática á las masas. Engels (en el *Anti-Dühring*) escribe que toda la historia humana es una historia de la lucha de clases; esas clases son el producto de los métodos y las relaciones de producción ó, en otras palabras, de las condiciones económicas de su época. En la sociedad moderna hay lucha de clases entre los capitalistas detentores de los medios de producción y los productores despojados de ellos, los asalariados. El perpetuo é inevitable antagonismo entre esas dos clases, la una explotadora y la otra explotada, señala el punto de partida de la lucha de clases.

Se ha objetado por los mismos socialistas que esa teoría parte de premisas falsas. No hay *una* burguesía y *un* proletariado, ni existen *dos* intereses, ni éstos son siempre y necesa-

---

(1) *Socialisme théorique et social—democratie pratique*. París, edit. Stock.

(2) *Le marxisme et son critique Bernstein*. París, edit. Stock.

(3) En *Revue Internationale de Sociologie*. París, Mayo 1900.

riamente antagonistas. La actividad económica de un país crea *varios* intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea *varios* intereses diversos correspondientes á los obreros industriales, á los agricultores, á los medianeros, á los pequeños propietarios. De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases no menos complejas é importantes: la lucha de razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre los sexos, la lucha entre las profesiones, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo ó la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva: hay intereses comunes á toda la humanidad, intereses comunes á toda una raza, á toda una nación, á toda una clase, á todo un sexo, á todo un gremio, á toda una familia ó á un solo individuo (1).

En esas condiciones, las fuerzas que actúan en la vida política y social no pueden siempre dividirse en capitalistas y proletarias. En mil circunstancias hay intereses de raza ó de nación que son comunes al millonario y al hambriento. Una subida en el precio de los cereales beneficia á todos los argentinos, y una invasión de langosta los perjudica á todos. Una reacción monárquica ó clerical en Francia perjudicaría por igual á los republicanos, á los radicales y á los socialistas; en cambio, el Ministerio monárquico de Zanardelli favorecía á todos esos partidos en Italia con sólo garantizar las libertades más primordiales.

En un orden más concreto, á la vez que más general, los intereses de la clase obrera pueden concordar en mil casos con los de una ú otra fracción de la burguesía, ó ser menos perjudi-

(1) S. Faure: *La Douleur Universelle;* Ingegnieros: *La Simulación en la lucha por la vida*, cap. III, etc.

cados por una que por otra. Existen, pues, varias acciones accesibles al proletariado, que pueden convenirle según las circunstancias.

La cooperación de todas las clases es una necesidad para los fines de utilidad común: el aumento de la riqueza y del bienestar nacional, que á todos beneficia. La cooperación del proletariado con fracciones evolucionadas de la burguesía es posible, toda vez que puede tener intereses paralelos ó sinérgicos. La cooperación del proletariado á la acción política de la fracción que menos lo perjudica contra la que más lo perjudica es lógica. La acción independiente del proletariado sólo se impone para gestionar aquellos intereses que le son exclusivos y que pueden ser antagonistas con los de todas las demás clases sociales; en este caso, y sólo en éste, hay verdadera lucha de clase y política de clase en el sentido marxista.

Con esto no negamos que haya intereses de clase propios del proletariado; pero afirmamos que además de esos pueden existir otros, comunes con la burguesía ó con alguna de sus fracciones. Adviértase que la cooperación de clase presupone la existencia de dos clases distintas, por lo menos, y que para distinguirlas en economía y en política es necesario casi siempre que exista entre ellos una divergencia ó lucha de intereses. La «cooperación de clase—como ha demostrado con brillo Felipe Turati—coexiste con la lucha de clases. Se concilian—en determinados casos y circunstancias—los intereses opuestos» (1).

Estas ideas no son, indudablemente, las más cómodas para hacer política á base de obreros; pero es el caso de elegir entre la verdad sociológica y las conveniencias electorales de un partido. El obrero concibe el socialismo en su forma lírica y sentimental; está siempre dispuesto á usar de la política como de un instrumento de lucha antiburguesa. Su móvil es el hambre

(1) *La crisi del movimiento socialista.* — Ivanoe Bonomi.—Biblioteca de *La Critica Sociale*, 1904, pág. 9.

ó el descontento, no la sociología. Su «fe» no implica una «convicción» ni equivale á ella. Pero todo espíritu estudioso se ve obligado á denunciar esos errores, máxime cuando hace—como es nuestro caso—sociología socialista y no política de partido. Felipe Turati, en cuya compañía mental se nos encontrará con mucha frecuencia, es bien decisivo á este respecto. Considera que el socialismo, como doctrina sociológica, es inaccesible á los obreros; llega hasta repudiar su adhesión, si ella tiene por precio las ilusiones y por causa la inconsciencia. «No es esto, me parece, lo que debemos perseguir; no son estas adhesiones tumultuarias, á las cuales no sabemos qué concepto exacto corresponde en la mente de las multitudes arrastradas á la causa. Nada, en efecto—se ha escrito muchas veces,—es más difícil para el adulto que rehacer en sí mismo la psicología del niño, á pesar de que todos hemos pasado por ella; y con mayor razón nos es difícil representarnos la mentalidad del campesino. Lo que para nosotros es una convicción, fruto de un proceso mental laborioso, de luchas combatidas interiormente, de dudas vencidas, consolidada y templada al mismo tiempo por toda una serie compleja de conceptos acerca de la morfología y la evolución de las sociedades, en aquellos cerebros vírgenes—demasiado vírgenes—todavía, bien puede ser la expresión exclusiva de un deseo, la ilusión subjetiva de una inminente y peligrosa palingenesia social, para la cual sólo bastaría la fuerza del número, sin ver los obstáculos que hacen largo y áspero el camino, sin suponer los inevitables coeficientes de reducción que acompañan su aplicación gradual. De eso pueden nacer peligros insospechables para la vida misma del partido y para el progreso del movimiento emancipador. La conciencia socialista de las masas, que es el objeto de nuestra propaganda, no puede ser una improvisación; en el campo de la actividad política, lo mismo que en el de la investigación científica, para nada sirve precipitar las conclusiones. Si se requieren años para transformar por completo el hombre físico, sustituyendo células nuevas á las viejas

y gastadas, se requiere aún más tiempo para transformar al hombre intelectual y moral, dada la predisposición natural del plasma renovado para asumir cada día las mismas actitudes, las mismas vibraciones del que acaba de ser reemplazado poco á poco. Los milagros de la gracia son buenos para la religión, la cual se ocupa de los asuntos del más allá; pero no pueden tener aplicación en las cosas de este mundo. La fe puede ser una fuerza formidable cuando viene á coronar una convicción madurada y positiva; pero mientras la preceda ó la reemplace, sólo puede ser una debilidad y un obstáculo á la formación de esa conciencia, cuyos aspectos externos simula: en ese caso, ella no hace convencidos, sino fanáticos que se agitan al tanteo en plena obscuridad. Esta concepción de la inevitable lentitud de todo movimiento histórico ampliamente humano, debe aplicarse á toda la acción socialista» (1).

Conviene, pues, al socialismo renunciar á todas las exageraciones violentas, otrora exigidas por las masas como condición de su aplauso y de sus votos. Se advierte entre sus directores la necesidad de aceptar el régimen económico actual, y perseguir dentro de él reformas de verdad; los sociólogos conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa é indispensable para toda evolución ulterior.

En las fases parciales de la acción socialista encontramos transacciones semejantes. El antimilitarismo sistemático cede ante un discreto oportunismo; los más violentos tribunos callan ante la inminencia de cuestiones internacionales que ponen en jaque graves intereses económicos de todo un país, inclusive los del proletariado. El internacionalismo se convierte en bonito penacho, siempre que no contraste con los sentimientos y conveniencias de la nación; en París, á Gabriel De-

(1) «Misticismo Socialista», en *Le leghe di resistenza e il partito socialista.*—Bibl. *Critica Sociale*. Milano, 1902. pág. 43-44.

ville, al rendir cuenta de su mandato ante sus electores del cuarto distrito, pocos días después de la cuestión de Marruecos, le hemos oído terminar con estas palabras: «Soy francés primero, y después internacionalista». Carlos Marx le habría lapidado; los electores de su partido le aplaudieron. La religión se declara materia privada, aunque en rigor el partido es anticlerical. La abolición de la familia y el amor libre se han convertido modestamente en unión libre; y muchos admiten ya que hay ventajas administrativas en mantener la ley de matrimonio civil, con las atenuantes de un divorcio amplio y fácil.

Y no insistiremos sobre los renunciamientos y apuros sucesivos en que se ha visto el socialismo, toda vez que le ha sido menester ocuparse de *política socialista agraria*. Destrée y Vandervelde (1) nos dicen que en Bélgica los votos socialistas agrarios suelen obtenerse como simples votos de oposición. Kautsky (2) se ve en serios aprietos para conciliar el programa socialista agrario y la teoría marxista de la lucha de clases, acabando por afirmar la imposibilidad de formular un programa idéntico para todos los países y en todos los momentos; sin contar con las serias divergencias que minan el socialismo alemán respecto del problema agrario. Engel (3) decía que si los poderes públicos vinieran á manos de los socialistas éstos no pensarían en expropiar á los pequeños propietarios, planteando el debatido problema de la pequeña propiedad rural. Ese reconocimiento implícito es la causa de graves discordias; refleja, en parte, el antagonismo entre la teoría científica y los intereses electorales. Jaures (4) se plega á este modo de ver con razones más hábiles que lógicas. Por eso Galli (5) puede argumentar en su contra: «Obligados los socialis-

(1) *Le Socialisme en Belgique*. Segunda edición, 1903.
(2) *La politique agraire du parti socialiste*. Trad. francesa, 1903.
(3) En *Die neue Zeit*, 1894, núm. 10.
(4) *Socialisme et Paysans*. París, 1897.
(5) *Le Socialisme et l'Agriculture*. París, 1902.

tas franceses á conciliar su doctrina con las exigencias prácticas de la lucha política diaria, armonizan términos teóricamente opuestos, gracias á un «colectivismo» en el cual, á falta de un capitalismo agrícola, creador de masas asalariadas, se deja un puesto para la pequeña propiedad privada, disfrazándola como propiedad de «instrumento de trabajo». Este problema agrario ha impuesto modificar lo más esencial de las doctrinas, la parte relativa á la socialización de la propiedad misma.

Para estas ideas encontramos una completa confirmación en las de Felipe Turati. Volviendo á hablar de Italia, agregó el ilustre sociólogo:

—Es inútil pretender la mezcla del agua y del aceite; nosotros, los reformistas, somos los antípodas políticos de los anarquistas titulados revolucionarios. No debemos seguir juntos, ni nos conviene perpetuar estos equívocos que llevan al confusionismo. En cuanto á Ferri, la culpa es suya, y es tarde para quedar bien con todos; si antes fué complaciente con los muchachos de Labriola, ahora debe resignarse á ser el cómplice forzoso de sus errores y exageraciones.

VII.—Arturo Labriola y sus tendencias políticas.

¿Quién es Arturo Labriola?

Al salir del estudio de Turati—en un cuarto piso desde cuyas ventanas se domina el Duomo, que enorgullece por igual á los ateos y católicos de Milán—encontramos á Pablo Mantica, codirector del *Divenire Sociale*, revista de entonación revolucionaria que aspira á equilibrar la influencia de la *Critica Sociale*, dirigida por Turati. A dos pasos de allí, en la Galería, nos sentamos á paladear una limonada; al punto sobrevino Monicelli, uno de los redactores renunciantes del diario oficial del partido socialista. Ambos revolucionarios (excelentes hijos de familia, después de todo) nos acompañaron al domicilio de Labriola, donde encontramos á dos ó tres jóvenes

más, perfectamente anónimos; el término medio de su edad no llegaba á los veinticinco años. Antes de tres minutos advertimos que se trataba de una conspiración en regla contra Ferri, repitiéndose las acusaciones de megalómano y politiquero exitista. De paso aplicaban á Colajanni los más feroces cáusticos verbales, pues el ilustre sociólogo se había permitido zamarrear sin piedad al cabecilla de los revolucionarios sindicalistas, á Arturo Labriola.

A pesar del apellido, y no obstante la creencia general, este joven no es hijo ni siquiera pariente lejano del ilustre profesor Antonio Labriola, que fué uno de los más eminentes críticos del socialismo marxista. Arturo es un muchacho, más por su temperamento que por su edad, pues frisa en los treinta y dos años, aunque sólo aparenta veinticuatro. Es rubio, casi buen mozo, de estatura mediana; tiene ojos clarísimos y muy vivaces; no usa barba ni bigote, porque aún no le nacen. En su fisonomía hay algo especial que revela una constante hipertensión nerviosa; Colajanni se permitió clasificarlo de epiléptico y neurasténico. Labriola habla vertiginosamente, sin detenerse, pasando de un tema á otro sin agotar ninguno. Habla mucho de sí mismo, dejando traslucir que no está muy libre de la misma flaqueza egolátrica que atribuye á Ferri.

Labriola comparte con Enrique Leone y Walter Mocchi (el popular marido de la actriz Ema Carelli) la jefatura del grupo; son pocos, pero obvian al número con la audacia y la actividad. Creyeron poder arrastrar á Ferri en su corriente anarquista; mas ahora Ferri no se atreve á seguirlos, temiendo la crítica de los reformistas; como consecuencia de su moderación, los revolucionarios intentaron eliminarlo de la dirección del *Avanti!* Para justificar esa hostilidad personal han inventado una disidencia de principios y de métodos entre revolucionarios simples y revolucionarios sindicalistas. Las palabras de Enrique Leone, antes mencionadas, sintetizan el programa de estos «muchachos», como los llama Turati, que no llegan á cien, pero gritan como doscientos mil.

En el reciente congreso regional, celebrado en Brescia á principios de 1904, Mocchi y Labriola presentaron un orden del día que obtuvo 73 votos contra los 68 que pudo reunir Turati. He aquí los dos artículos sensacionales del documento semianarquista:

«1.° Confirmando el carácter de la acción proletaria, permanentemente é intransigentemente revolucionario y adverso al estado burgués, el Congreso declara que es una degeneración del espíritu socialista el transformar la organización política de la clase proletaria en partido principalmente parlamentario, oportunista, constitucional y posibilista monárquico; por tanto, rechaza, como incoherente con el principio de la lucha de clases y con la verdadera esencia de la conquista de los poderes públicos, toda colaboración del proletariado con la burguesía, ya sea mediante la participación de los miembros del partido en cualquier Gobierno monárquico ó republicano, ya sea mediante el apoyo á cualquier rumbo gubernamental de la clase burguesa.»

«4.° Aunque la acción parlamentaria del partido es preeminente en la obra de agitación, y para habilitar al proletariado en la gestión de los asuntos públicos, el partido considera que en los Parlamentos no podrá ser resuelta la abolición de la propiedad privada, ni siquiera todas aquellas conquistas previas de carácter político y económico que están fuera de la constitución italiana,—el Congreso afirma una vez más que no renuncia á ninguno de los medios de ataque y de defensa contra el Estado y el Gobierno, reservándose también el uso de la violencia para los casos en que fuera necesario.»

Fácilmente se comprenderá que Labriola y sus amigos asumen el rol de rivales de Turati; esos artículos son la antítesis teórica y práctica de los propuestos por el diputado de Milán, respecto de la actitud correspondiente al grupo parlamentario socialista: «Considerando que los partidos burgueses, representados en el Parlamento y en el Gobierno, no constituyen una compacta y única masa igualmente reaccionaria, pero es-

tán divididos entre sí por antagonismos de intereses, que pueden hacerles preciosa la cooperación eventual de las fuerzas proletarias; el Congreso considera que el grupo socialista debe seguir atentamente, á los fines de su propia política, el giro y los conflictos de la política burguesa, favoreciendo las combinaciones y tendencias que concurran á una democratización cada vez mayor del Estado, y combatiendo las combinaciones y tendencias que nos alejan de ella» (1).

Basta con lo dicho. Si Turati es el polo positivo del socialismo italiano, Labriola es su polo negativo.

VIII.—La política socialista.

En presencia de esta evolución de las doctrinas y de la política del socialismo—incontrastable, no obstante las dificultades accidentales que el encubierto anarquismo de las fracciones revolucionarias pueda atravesar en su camino,—podría suponérsele destinado á una próxima decadencia ó desintegración. ¿Qué queda de él?

Si no lo más, queda ciertamente lo mejor: el núcleo realizable, libre de utopias. Esa depuración no es la muerte, como podrían creer los partidarios ilusos ó los adversarios obcecados; es la salvación del socialismo. Si la política del partido se ha transformado, es porque progresar implica transformarse. Las doctrinas y los hombres necesitan rejuvenecerse continuamente para ser viables y no desfallecer; los estudiosos necesitan rendir homenaje incondicional á las lecciones de las cosas y de los acontecimientos, abandonando todos sus prejuicios doctrinarios y todos sus apriorismos. Turati, que es sociólogo y no tribuno, lo reconoce abiertamente. «El partido socialista se ha transformado; es un partido de reformas progresivas. Su acción es eminentemente reformadora, tornándose cada vez más legalitario. ¿Debería rebelarse al orden legal

(1) Informes publicados en la *Critica Sociale*, Febrero 15 de 1905.

que le permite vivir y desarrollarse?» (1). Turati, y cien como él, se aleja cada día más de la vieja ortodoxia marxista, como ya se han alejado Bernstein y Jaurés. Por eso pudo objetarle con toda razón el talentoso sociólogo Enrique De Marinis, diputado que emigró del partido socialista al radical: «Tú, mi querido Turati, sufres una ilusión mental: continúas creyéndote marxista, pero ya no lo eres, ni puedes serlo. Cuando crees defender el pensamiento científico y sociológico de Marx, lo derrumbas ó lo modificas» (2). La misma objeción puede repetirse á la mayoría de los militantes, que aparentan seguir pensando á la manera de hace veinte años, como si ello fuese un mérito ó una prueba de coherencia mental: la inmutabilidad del adoquín.

La transformación del socialismo y de los socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad: los seres vivos se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, se enferman, *viven*, en una palabra. La materia inorgánica es la única inerte; dejar de transformarse es negar la vida, es morir. La crítica del marxismo ha servido para depurarlo; si sólo quedara de él una nueva orientación para el estudio genético de la Historia, ello compensaría de los muchos errores que en su nombre se han difundido entre las masas ignorantes. La política socialista puede agradecer á Sorel, á Labriola, á Loria, á Croce, á Bernstein y á cien más la crítica desmenuzadora operada en las teorías de su barbudo apóstol.

Libre de sus primitivas inflexibilidades y de sus aforismos apodícticos, el socialismo se impone ahora como interpretación positiva del movimiento social contemporáneo. Para la sociología determinista no es bueno ni malo: es una tendencia inevitable de la evolución. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son las causas de esa evolución, sino una de

(1) F. Turati: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milano, 1902.

(2) E. De Marinis: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milano, 1902.

sus diversas manifestaciones, pues se traduce en actividades más complejas que la simple fase económica, aunque todas orientadas convergentemente.

Así comprendido, el socialismo no puede identificarse con ninguna acción política estrecha y sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido. No es un invento filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor: es un hecho, una realidad de la evolución social, que los ricos combaten sin comprenderla y los pobres defienden comprendiéndola menos. Y así debe ser. Si es una verdad sociológica, una demostración científica, claro está que no puede saberla el ingenuo rentista ahogado en millones ni el escuálido proletario analfabeto.

Sería fácil, sin embargo, demostrar la lógica de esa evolución socialista á los hombres estudiosos, á los que gustan de escudriñar los problemas sociológicos. Las conclusiones mejor sentadas de la filosofía científica concuerdan con el núcleo de realidad posible contenido en la tercera fase del socialismo, que podría clasificarse de «reformista, posibilista y legalitaria». La simple enunciación de las siguientes proposiciones basta para evidenciar su lógica rigurosa.

Las sociedades civilizadas evolucionan hacia una creciente generalización del bienestar medio de los individuos que componen los grupos sociales. Esa evolución está subordinada al incremento de la actividad económica productiva. La organización y división del trabajo social tiende á crear instituciones en que el principio de solidaridad reemplaza al principio de antagonismo en la lucha por la vida, con beneficio para todos los componentes del agregado social. En el momento histórico presente, el fenómeno económico fundamental es la formación del sistema productivo capitalista, que modifica substancialmente las bases económicas de todo el orden social. Esa modificación determina, á su vez, cambios profundos en las demás instituciones sociales, en concordancia con las nuevas relaciones económicas. La expresión «actual y posible» de todos esos

cambios constituye un programa de reformas económico-sociales á cuya actuación se encaminan los países civilizados.

Esos rasgos generales bastan para caracterizar la «acción socialista» dentro del movimiento social contemporáneo. Figuran en diversa proporción en las tres maneras de interpretar el socialismo.

Para los creyentes que se han detenido en el primer período —siguen siendo el mayor número entre los sectarios ignorantes,—el programa mínimo es una concesión hecha á la realidad presente, de importancia secundaria; el socialismo es «lo otro»: la fraternidad universal, la igualdad, la supresión de la propiedad privada, de la nacionalidad, de la familia, etcétera.

Esa es todavía la forma popular del socialismo, la forma plebocrática; en rigor, tales socialistas son simples anarquistas, no obstante diferenciarse de ellos en que aceptan la acción electoral y parlamentaria. La masa ignorante no puede encarar el problema de otra manera. Desde que el socialismo se ha fundado sobre bases científicas serias, ha dejado de ser accesible á la inteligencia infantil de las muchedumbres. Además de Turati, otro de los más ilustres críticos del marxismo lo afirma explícitamente. En su conjunto—dice—la doctrina del materialismo económico, entendido como filosofía, ó sea «como una concepción general de la vida y del mundo, no me parece que pueda entrar entre los artículos accesibles á la cultura popular» (1). Por eso caen en el abuso los políticos militantes que suelen desbarrar en su nombre, llevados por su criterio simplicista y unilateral.

En los que profesan el socialismo en su segundo período, hay una concepción menos errónea del asunto: reconociendo que los «ideales» y los «principios» no son realizables actualmente, se limitan á afirmarlos como desiderátum remoto; pero

(1) Antonio Labriola: *Discorrendo di Socialismo e de Filosofia*. Roma, 1899; pág. 11.

luchan en el campo político y económico por el conseguimiento de lo realizable, por las reformas enunciadas en el «programa mínimo». Este es el criterio general del socialismo de Bebel y de sus similares.

Para los del tercer período, el socialismo relega la utopia á la utopia, se ocupa de la vida actual, de los problemas actuales, propone leyes y aborda ministerios: es el socialismo de Millerand y de Watson. Es un socialismo que está «en los hechos», no en las palabras ó en las preocupaciones sectarias, ya vengan los hechos de la plaza ó del Ministerio.

En esta última tendencia estuvimos decididamente enrolados durante las postrimerías de nuestra larga y precipua actuación militante en el partido socialista argentino. En el mismo orden de ideas escribía el Dr. Juan B. Justo, distinguido propagandista: «Es el caso de rebatir cierto modo de ver, cierta manía de trascendentalismo todavía demasiado común entre los socialistas. Absortos ante la perspectiva de la futura forma social que anhelamos y prevemos, todo lo refieren á la inmediata realización del ideal, y desprecian ú olvidan las necesidades y las ventajas «actuales» de la clase trabajadora».

Y, confirmando su concepto real y objetivo de la acción socialista, terminaba una conferencia sobre la cooperación obrera, diciendo: «Por eso yo quedaría muy contento si de esta conferencia algunos de ustedes salieran resueltos á asociarse nada más que para consumir, por ejemplo, el pan y el jabón mejores y más baratos».

¡Cuán lejos están los socialistas inteligentes de pretender subvertir, con un decreto dado en la convención ó sobre la barricada, la propiedad individual, la nacionalidad, la familia, la constitución!...

Esta última forma no cuenta con el apoyo de las glebas. Pero el progreso de las ideas innovadoras nunca fué obra de las mayorías ni de las masas populares, ya se titulen reaccionarias ó revolucionarias. Es siempre un pequeño núcleo de hombres ilustrados y activos el que piensa, dirige y realiza

las innovaciones. Aciertan en ello Reclus, Kropotkine y Faure, cuando afirman la eficacia de las minorías revolucionarias y las resistencias de las masas populares, por incapacidad de comprenderlas. Pero olvidan que esa misma teoría es aplicable también dentro del movimiento socialista y anarquista; la multitud, allí como doquiera, es ignorante y reaccionaria. Sólo es inteligente una pequeña minoría estudiosa, que viene á ser la levadura de la chusma inerte; ésta sigue lo mismo á un fraile católico que á un anarquista, á un ateo que á un salvacionista. En último caso, la acción política innovadora resultará de que la grey prefiera los nuevos pastores á los viejos, como hemos sostenido ha poco tiempo en el órgano oficial del socialismo argentino (1).

Confirma ese criterio la opinión del ilustre revolucionario Pierre Lavroff (2). En su teoría del progreso atribuye toda la evolución histórica á una pequeña minoría de «intelectuales», es decir, de individuos capaces de desenvolverse mentalmente y de sentir la necesidad de ese desenvolvimiento. Es esa minoría de «elite» intelectual la que realiza el progreso *contra* la inercia ó los desvaríos absurdos de la multitud rutinaria ó enfurecida. La masa es tan funesta al progreso cuando es reaccionaria como cuando exagera y magnifica ideales que halagan sus sentimientos. Su entusiasmo no es robustez mental, sino hipertrofia degenerativa; no es masa de músculo vigoroso para la acción, sino tumor de grasa que dificulta el movimiento.

De allí una sencilla diferenciación. La retórica antiburguesa y dinamitera es el plato favorito de las multitudes socialistas, mientras que el socialismo positivo, la política que lo realiza, sólo es comprensible y practicable por hombres ilustrados. Estas conclusiones nos acercan por muchos conceptos al llamado socialismo de la cátedra.

---

(1) «*Comentario á Max Nordau*» en *La Vanguardia*, 1.° de Mayo de 1902.

(2) *Lettres historiques*. Traducción de Goldmith. París, 1903.

Aquiles Loria, nuestro ilustre maestro, ha podido afirmar con razón en su último libro (1) que las ideas extremas jamás han triunfado en la historia; el triunfo ha correspondido siempre á las ideas medias, cualesquiera fuesen las condiciones de tiempo, modo y lugar. Cada idea extrema que fracasa tiene su idea media correspondiente que triunfa. La historia del desenvolvimiento *ideológico* de la humanidad sería, simplemente, la historia de sus ideas extremas; pero la historia del desenvolvimiento sociológico de la humanidad—de las «realizaciones» sociales—sólo sería la historia de la actuación de sus ideas medias correspondientes.

IX.—La lección del socialismo italiano.

La evolución del socialismo italiano—y las generalizaciones que sugiere, aplicables á todos los países—merecen estudiarse como una lección de política positiva. Ella iluminará por igual á los revolucionarios ilusos y á los reaccionarios imprevisores.

Los países nuevos—y es incomprensible que la Argentina se empeñe en no figurar entre ellos—tienen el privilegio de no estar amarrados por rutinas y tradiciones seculares; pueden ponerse á la cabeza de la civilización y demostrar que es posible realizar progresivamente los programas socialistas. Australia ha dado el ejemplo de su amplia legislación del trabajo, convirtiéndose en un verdadero laboratorio de sociología experimental. Allí, por vez primera en el mundo civilizado, se constituyó en Abril de 1904 un ministerio socialista, siendo su jefe el leader del partido, Watson.

Estos hechos sancionan definitivamente la tendencia que Turati quiere imprimir al socialismo italiano. Ya no puede considerarse como una simple protesta de rebeldes ó de ham-

---

(1) A. Loria: Verso *La Giustizia Sociale*. Edit. Soc. Ed. Libraria, Milano, 1904, pág. 435 y sig.

brientos; es fuerza reconocer que es una forma de política positiva, la manifestación más moderna de la sociología aplicada, que es la única política científica.

Los hombres estudiosos, cuya imparcialidad de criterio estriba en su alejamiento de la política militante, no necesitan adular á los electores ni aplaudir á los gobernantes. Por eso pueden advertir á éstos que el socialismo no se evita con leyes de resistencia ó con persecuciones policiales, y recordar á aquéllos que su advenimiento no se apresura con discursos incendiarios ó con huelgas inopinadas.

Las nociones fundamentales del evolucionismo determinista—no menos exactas en sociología que en todas las ciencias biológicas y sociales—deberían iluminar por igual á los perezosos y á los apresurados, á los reaccionarios y á los revolucionarios.

Flujo y reflujo de una marea secular, la evolución social vive de afirmaciones y negaciones sucesivas, de palabras grandes y de hechos pequeños. En la vasta utopia de ayer se incuba la modesta realidad de hoy, así como en la exuberante utopia de mañana palpitarán nuevas realidades, modestas pero infinitas. Es el ritmo de vaivén eterno que determina, en definitiva, la marcha humana, siempre acicateada por el ensueño en su interminable peregrinación de escalamiento y de progreso.

Ya no es posible creer en toda la utopia; pero es indispensable aceptar toda la realidad.

José Ingegnieros

Milán, 1905.

RECUERDOS

¿En qué punto quedé de mis recuerdos al escribir el último artículo de esta serie?

Han pasado cuatro meses y medio, en que el presente se ha confundido de tal suerte con lo pasado, que á veces he creído que mis treinta últimos años se habían suprimido de pronto por arte de magia, y que había vuelto al período de mi vida más difícil y más desagradable. Aquellos tiempos, digo, en que me sentía envuelto por la política, agravada por multitud de problemas de resolución casi imposible, y que, sin embargo, era forzoso resolver en el breve espacio de unos cuantos días.

Han sido cuatro meses de algo así como un sueño, ó, mejor dijera, una pesadilla.

Pasaron, y vuelve mi existencia á su curso habitual.

Busco el último número de La España Moderna, y en él encuentro que, al suspender mis narraciones, habíame quedado frente á frente de D. Pedro, y no el Justiciero, aunque justiciero era por naturaleza mi buen amigo.

Era el estudio de un carácter el que me ocupó en el artículo á que me he referido; pero no un carácter forjado por mi fantasía, sino el de un hombre de carne y hueso, el de un hombre que sufrió mucho, en parte por lo que le hicieron sufrir los demás, pero en otra parte, aún mayor, por lo que se hizo sufrir él á sí mismo.

Suponía odios y persecuciones; pero la verdad es que en las postrimerías de su vida él fué el que se persiguió á sí mismo.

Y ya voy atando el hilo de mis recuerdos, y ya puedo continuar mi narración.

***

Hubo por aquel tiempo una vacante en la escala de la Magistratura, y D. Pedro, según su costumbre en casos semejantes, cayó sobre el ministro con una exposición larguísima en que alegaba en forma sus derechos y exponía la serie de iniquidades que, según él, habían cometido todos los ministros anteriores, no concediéndole el puesto que con arreglo á la ley se le debía.

También, según costumbre, prescindió el ministro de las reclamaciones del viejo y terquísimo magistrado cesante, y al sufrir este nuevo desengaño acudió á mí D. Pedro reclamando mi protección y mi defensa.

Valiente protector y valiente defensa la mía.

Yo era por entonces un profesor más ó menos distinguido, al decir de mis amigos, de la Escuela de Caminos. Pero ¿de qué habían de servirme ni la Mecánica racional, ni la Mecánica aplicada, para defender á D. Pedro?

Yo no figuraba en política ni poco ni mucho; á ningún partido político estaba afiliado.

Pronunciaba discursos en las secciones del Ateneo; pronunciaba discursos en los mitins de la Bolsa; escribía artículos de Economía política. Era amigo respetuoso, y no muy íntimo, seguramente, del gran orador Alcalá Galiano; había saludado dos ó tres veces á González Brabo; alguna más intimidad tenía con nuestro patriarca del librecambio, D. Luis María Pastor, y á quien me unían lazos más estrechos era á D. Laureano Figuerola.

Por último, y aquí termina la lista de los personajes con quien yo estaba en contacto, era también amigo de D. Salustiano Olózaga por el intermedio de su sobrino Celestino, que murió trágicamente pocos años después, y que había sido mi discípulo.

En suma, que mi importancia social era muy modesta; que yo no podía proteger á nadie, y que aquel que en mi valimiento se fiase no podía recoger más que desengaños, y no por culpa mía, seguramente.

Así se lo expliqué á D. Pedro, agregando que no era que yo me negase á hacer en su favor cuanto hacer pudiera, sino que no estaba en mi poder ayudarle en su empresa de reparación, como yo hubiera querido.

—Sé todo eso—me contestó,—y sin embargo usted puede hacer mucho por mí, si no es que ya le han prevenido en contra mis enemigos.

—No empiece usted con sus delirios, y dígame lo que puedo hacer, que yo lo haré de muy buena gana.

—Usted sabe escribir—me dijo—en esa jerga periodística que hoy se usa.

—Muchas gracias, D. Pedro, por mí en particular y por la prensa en general.

—Sí, señor—continuó diciendo;—usted puede escribir un artículo que produzca sensación. Yo le proporcionaré á usted datos; le escribiré la historia minuciosa de las injusticias que conmigo se han cometido; le citaré las leyes orgánicas, Reales decretos y Reales órdenes que abonan mi pretensión justísima; pondré á su disposición toda la serie de mis exposiciones á una serie interminable de ministros, y usted con esos antecedentes puede escribir un artículo terrible, fulminante, abrumador, como esos que usted escribe contra los proteccionistas; sólo que lo que usted escribe sobre el proteccionismo es pura música, y lo que usted escriba en mi defensa será en defensa de la verdad y de la justicia.

—Muchas gracias, D. Pedro. Pero una vez que yo escriba ese artículo, suponiendo que sepa escribirlo, ¿qué hacemos con él?

—A eso voy. Entre las personas que me ha citado usted, como amigos ó conocidos, ha olvidado usted la más importante, al menos para mi causa, que es D. Práxedes Mateo Sagas-

ta, el gran progresista y director de *La Iberia*, compañero de usted en el Cuerpo de Caminos, y amigo de usted, según me ha dicho usted muchas veces, á no ser que para no servirme quiera usted ahora negarlo.

—Es usted agrio como un limón sin madurar, aunque va usted estando maduro de sobra. Sí, Sagasta es amigo mío; ¿y qué?

—Pues bien sencillo: el artículo que usted escriba se lo lleva usted á Sagasta, y como será un artículo de rabiosa oposición, en que se pondrán de manifiesto las injusticias, las maldades y los atropellos del partido moderado, Sagasta lo publicará sin dificultad en *La Iberia*.

No tenía manera de defenderme, y me rendí á discreción y escribí el artículo, que le pareció admirable á D. Pedro, aunque agregando que lo que él escribía, sin ser tan aparatoso, era más sólido.

En suma, que le llevé el artículo á Sagasta. Me recibió cariñoso como siempre, como siempre simpático, con esa simpatía y esa afabilidad que le acompañaron al sepulcro y en que ningún hombre político le ha igualado.

Leyó el artículo, le gustó muchísimo, ó al menos dijo que le gustaba; vaya usted á saber lo que él pensaría.

El caso es que se indignó contra los perseguidores de don Pedro, y afirmó que era una felonía lo que con aquel pobre hombre se estaba cometiendo.

—¿De modo que se publicará en *La Iberia*? — le pregunté.

—Ya lo creo que se publicará, y en sitio preferente, y á más tardar dentro de dos ó tres días.

—Entonces lo firmaré—le dije,—porque el artículo es tal que puede venir una denuncia, y yo no quiero comprometerles á ustedes.

Esto lo decía yo de mala gana, porque aunque yo era muy amigo de D. Pedro, no me agradaba verme envuelto en una causa que Dios sabe hasta dónde podría llegar.

Pero, en fin, la honra es honra, y yo no quería aparentar miedo.

Sagasta me sacó del apuro, adivinando sin duda lo que yo sentía.

—No sea usted niño—me dijo;—¿á qué ha de tener usted un disgusto por servir á un amigo en asunto en que, después de todo, ni le va ni le viene? *La Iberia* publicará ese artículo, y eso debe bastarle á usted y á su amigo D. Pedro.

Y yo insistí.

—Pero ¿y si denuncian el artículo?

—¿Y qué importa una denuncia más para *La Iberia*, que tiene ya sobre sí no sé cuántas?

Además—me dijo, bajando la voz,—deje usted que vengan denuncias: esto acabará muy pronto.

Estábamos, en efecto, en los preludios de la Revolución.

—Como usted quiera—le dije;—y le confieso lealmente que me quita usted un peso de encima.

Y me despedí de Sagasta.

El artículo se publicó, según creo recordar, pocos días después.

Mi amigo D. Pedro quedó agradecidísimo, y me dió un estrecho abrazo.

Decididamente, no estaba yo vendido á sus enemigos.

*
* *

Necesito terminar este episodio; y rompiendo el orden cronológico y anticipando los tiempos, referiré las últimas escenas de la historia que voy relatando, aunque luego tenga que volver atrás para reanudar el hilo cronológico de mis narraciones.

Pasaron algunos años.

Seguía yo siendo el amigo íntimo de D. Pedro.

Entré en el Ministerio de Fomento, y pasó D. Manuel Ruiz Zorrilla al Ministerio de Gracia y Justicia.

D. Pedro vió el cielo abierto: creyó llegada la hora de la justicia, y vino sobre mí con todos los empeños de la amistad y todas las ilusiones de la esperanza.

—Llegó el momento—me dijo,—amigo D. Pepe. Usted lo puede todo.

—D. Pedro, yo no puedo nada.

—No se me eche usted atrás. Usted lo puede todo. Usted es amigo íntimo de Zorrilla; si usted le pide mi reposición, Zorrilla no se la niega á usted.

Yo sabía que mi fuerza no era tan grande como D. Pedro imaginaba. Sabía que mi fuerza política era escasa: la de uno que empieza, y nada más. Conocía, además, el carácter de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y preveía grandes obstáculos; pero no quise desengañar á D. Pedro; lo diré francamente, me daba miedo desengañarle: eran tan grandes sus ilusiones, tenía tanta confianza en mí, se había imaginado que mi influencia era tan decisiva, que no me sentí con ánimos para presentar ante él la verdad, que no la hubiera creído.

Le prometí ayudarle con todas mis fuerzas, y le cumplí mi palabra.

Pero yo, sin duda, no sé pedir.

Sin embargo, una y dos y tres veces le hablé á D. Manuel Ruiz Zorrilla, le expliqué el asunto, le entregué el artículo que había publicado Sagasta, le hice grandes encomios de la rectitud y del carácter de D. Pedro; pero, lo declaro humildemente, mis pretensiones avanzaban con una lentitud que desesperaba á D. Pedro.

—Usted no hace fuerza bastante—me decía,—usted no toma el asunto con interés.

—No es usted justo, D. Pedro—le argüía yo;—me supone usted una influencia que no tengo: mis relaciones con D. Manuel Ruiz Zorrilla no son relaciones de igualdad. D. Manuel es un prohombre del partido, es uno de sus jefes, me quiere y me protege á su modo; pero yo, en cambio, no tengo autoridad bastante para disponer de su voluntad, yo no puedo enfa-

darme con él si no me sirve. Le he hablado varias veces de usted y de su asunto con todo empeño; pero yo no puedo obligarle á que firme una Real orden.

Y no le decía á D. Pedro, por no desalentarle, que las últimas veces que hablé á Zorrilla de mi amigo, D. Manuel se echó á reir, me dió una palmada en el hombro, y me dijo, sin entrar en mayores explicaciones:

—Es usted muy bueno; á usted le engaña cualquiera: en política hay que tener mayor malicia.

—Pero si no es asunto de política ni de malicia, D. Manuel; si es de justicia.

—Ya veremos, ya veremos...

Y pasaban días, y no veíamos nada; es decir, yo veía á D. Pedro á todas horas, y habíase convertido para mí en una obsesión.

Por fin, le dije:

—D. Pedro, yo no puedo más; hice cuanto pude hacer, y nada conseguí: ¿quiere usted que le presente á Zorrilla, y usted le explica su asunto?

Muy bien le pareció mi plan, y aquel mismo día le pedí á Ruiz Zorrilla hora para presentarle á D. Pedro.

Desde luego me la concedió D. Manuel, con su cariñosa condescendencia de siempre, y yo en persona, acompañando á D. Pedro, fuí al Ministerio, y Zorrilla, D. Pedro y yo celebramos una larga conferencia.

Pero yo no desconocía la situación: D. Manuel estaba prevenido contra D. Pedro; en el Ministerio le habían hablado en términos poco favorables de mi amigo, que, á decir verdad, no tenía muchos amigos en el mundo, ni menos en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Le habían hablado á Zorrilla de aquel dichoso expediente origen de todas las desgracias de D. Pedro, y todo esto había creado en el ánimo de D. Manuel una atmósfera de desconfianza y de repulsión hacia mi pobre amigo.

Una circunstancia me hizo comprender, desde el principio

de la entrevista, que la causa de D. Pedro estaba perdida, que de antemano tenía D. Manuel prevención contra aquel pobre magistrado, que había estado sujeto á un expediente; y lo comprendí por una circunstancia muy curiosa: como dato histórico y de carácter, vale la pena de referirla.

* * *

D. Manuel era sordo de un oído, pero el otro era finísimo, y esto daba motivo á que bromeásemos en muchas ocasiones.

—No sabe usted—me decía—cuántas ventajas me proporciona este defecto. Estoy en la cama, ladra un perro, ó cantan gallos, ó suenan ruidos estrepitosos, que á ninguna persona dejarían dormir: pues yo me echo sobre el oído bueno y quedo incomunicado con el mundo exterior.

Vienen á darme una mala noticia, que eso se adivina en la cara del que viene: pues aplico el oído sordo y apenas me entero. La noticia es buena: aplico el otro oído con toda su agudeza.

Y proseguía, riendo:—Llega á pedirme cualquier favor un *moderado*: allá se encuentra con el oído sordo; y como no me entero, no le sirvo. Es un liberal, un patriota el que solicita favores: pues para él reservo el oído sano, y como me sea posible le sirvo.

—No se haga usted el fanático, D. Manuel—le decía yo;—si no le he visto á usted nunca hacer diferencia, al resolver un expediente, en el color político de la persona.

—Eso es distinto, porque á todo el mundo hay que hacer justicia; pero unas veces se hace justicia de buena gana, y otras á regañadientes. Lo que hay es que usted no tiene espíritu político, y en el partido moderado tiene usted, por su desgracia, muchos amigotes. Ya sé, ya sé, porque yo tengo buena policía, que le visita á usted con frecuencia en el Ministerio D. Ramón Campoamor, que es un reaccionario de tomo y lomo. Me parece que usted acaba mal.

—Es verdad que con frecuencia viene al Ministerio D. Ramón Campoamor; pero ¿á que no sabe usted de qué hablamos? Pues hablamos de Poesía ó de Metafísica, ó de ese tomo que yo he publicado sobre *Teorías modernas de la Física*.

—¿Y no le habló á usted nunca de una carretera?

—Es verdad—le contesté riendo; — pero de carreteras me hablan lo mismo los conservadores que nuestros correligionarios; y de las teorías modernas de la Física, sólo me habla don Ramón de Campoamor.

Y ahora que me acuerdo, también usted corre peligro, mi querido D. Manuel; porque yo sé que es usted gran amigo de D. Manuel Tamayo, y ese no pertenece á los partidos de la revolución.

—Es distinto: es una gran persona, y no es un moderado; en todo caso, aseguran que es carlista; pero no creo que sea político, y en todo caso, que sea carlista me importa poco; por lo que yo no pasaría es por que fuese moderado.

Para los progresistas de aquella época, el partido moderado de los once años era su odio vivo y su enemiga eterna.

Pero sigamos con la historia de D. Pedro.

*
* *

Entramos á ver á D. Manuel Ruiz Zorrilla mi amigo D. Pedro y yo; y después de la debida presentación, se sentaron en un sofá D. Manuel y D. Pedro; pero observé con sobresalto que D. Manuel, ó con intención ó por casualidad, le ofrecía á mi pobre amigo el oído sordo.

Asunto perdido, dije para mí.

¡Qué conferencia tan interminable!

¡Qué discurso tan seco, tan árido, tan agresivo, pronunció D. Pedro!

¡Qué cara tan poco expansiva tenía mi D. Manuel!

Le oía con mucha calma, muy cortésmente. Pero ¿le oía? Lo dudo.

D. Pedro peroraba como si estuviese dictando una sentencia: tono altanero, acusaciones sin fin contra el Ministerio de Gracia y Justicia; durísimas recriminaciones; ni un solo acento amable, ni una frase de conciliación, ni una sola sonrisa para ganarse la buena voluntad del ministro.

Y D. Manuel bajaba la cabeza, que era en él un gesto habitual cuando estaba muy aburrido, y murmuraba á trechos: «Ya, ya... sí, sí... pues bien...»

Ese «pues bien» equivalía á un punto final en la conferencia; pero D. Pedro no hacía caso, y convertía aquella serie de puntos finales en una serie de puntos suspensivos.

Tuve yo que intervenir y que decir por mi cuenta: *pues bien*, el señor ministro ya está enterado; si necesita más datos ya se los traeremos, y yo creo que no debe usted ocupar más tiempo su atención.

Terminó la conferencia: D. Manuel le ofreció estudiar el asunto con todo interés, y D. Pedro se marchó majestuoso y satisfechísimo, según me aseguró, por haberse desahogado ante un ministro de aquella carga que hacía tantos años le abrumaba.

—¿Qué impresión saca usted?—me preguntó.

Yo no pude ocultarle que era muy mala.

—D. Manuel—le dije—está prevenido: en el Ministerio le han hablado, y no le han hablado bien, de usted, y D. Manuel es un carácter muy rígido.

—Eso es natural—me replicó D. Pedro;—pero más le ha de creer á usted que á sus oficinistas, si es que usted toma el asunto con verdadero empeño.

—¿Puede usted dudarlo?

—Yo no dudo nada, pero me atengo á los hechos.

Al día siguiente hablé con Zorrilla del asunto de D. Pedro, y D. Manuel me desahució por completo.

—Ese señor—decía D. Manuel,—en primer lugar es antipático, en segundo lugar es vanidoso, y lo peor de todo es que tiene en su carrera un expediente muy feo.

—Salió de ese expediente limpio como el armiño.

—Porque se lo lavotearon sus parientes los moderados, sobre todo su primo D. Fulano, que es uno de los moderados más malos que han existido, y que en aquella época tenía una influencia decisiva.

—Está usted en un error: ese ha sido su principal enemigo.

—Ahora lo serán; entonces no lo eran.

—Ahora no pueden serlo, porque se murió su primo hace años.

—Esa honrosa determinación debió tomarla desde el año 50.

—¡Pero, D. Manuel!...

—Es inútil, mi querido Echegaray. ¿Qué dirían de mí los patriotas, si en la vacante que usted pretende para D. Pedro yo colocase á un magistrado que estuvo bajo el peso de un expediente, que ni sus amigos ni sus parientes han podido colocar hace diez años, y que además es de cepa moderada, cuando tengo tantos magistrados cesantes liberales, postergados por el moderantismo, que se están muriendo de hambre, y que además son integérrimos? La elección usted comprende que no es dudosa.

La causa de D. Pedro estaba perdida; tan perdida como la del otro D. Pedro en Montiel.

***

Pero vamos al fin de este episodio, que ha de parecerles á mis lectores desabrido, árido y pesado.

Casi siempre lo es la vida y el sufrimiento de un sér real. Los seres reales son los que verdaderamente sufren, pero sufren prosaicamente; los seres imaginarios de los poetas, de los novelistas y dramaturgos, es decir, los que no existen, son los únicos que sufren artísticamente.

¿Qué le importa á la humanidad ni la tristeza ni el dolor de mi pobre amigo D. Pedro? Gota de agua que se tragó el mar; montoncito de tierra que hoy ni polvo será, y de quien

nadie se acuerda más que yo; y eso que reñimos mortalmente, como voy á explicar.

Desde la entrevista con Zorrilla me encontré en una situación muy falsa con D. Pedro. Aunque intenté muchas veces explicarle el estado del asunto, él ni quiso entenderme ni quiso oirme tampoco; á todas mis observaciones contesta, con unaba terquedad que no sé si era sublime ó era estúpida: «Como usted se empeñe, es cosa hecha; si usted le dice á D. Manuel *esto quiero*, él lo hace». Y de ahí no salía; y yo me sentí vencido por D. Pedro, como me había sentido vencido por don Manuel, con lo cual empezó una época de excusas, dilaciones, esperanzas falsas y todo el arsenal á que acuden los seres que se sienten débiles.

A la hora de almorzar, D. Pedro estaba enfrente de mí.

Enfrente de mí estaba á la hora de comer.

Me acompañaba hasta el coche, al cual no subía nunca; se hacía el encontradizo conmigo al salir yo del Ministerio: su cara era cada vez más sombría, su tono era cada vez más desabrido.

—¿Qué hay?—me preguntaba invariablemente cada vez que nos veíamos.

—Todavía no hay nada, D. Pedro. Zorrilla está muy ocupado.

—Bueno.

Y era como si dijese: «ya te voy conociendo».

Al fin me puso á prueba, me tendió un lazo, en él caí, y vino el rompimiento.

Explicaré cómo fué: entonces me apenó, mejor dicho, me indignó; hoy casi me hace gracia.

Era una sesión del Congreso; yo estaba en el banco azul, Zorrilla estaba á mi lado.

En esto vino un portero y me entregó una carta.

—De un señor que está en la tribuna—me dijo al entregármela.—Es muy urgente.

Era de D. Pedro: me mandaba nuevos datos para Zorrilla,

encargándome que se los diera. Pero aquellos datos los tenía ya Zorrilla hacía mucho tiempo. Yo estaba aquel día de mal humor, como es natural en todo ministro cuando en el banco azul se halla. La insistencia de D. Pedro me exasperó más, y con su insistencia su pesadez. ¡Si aquellos datos estaba harto de tenerlos D. Manuel Ruiz Zorrilla, y veinte veces me había dicho que nada probaban!

Resultado, que rompí la carta y arrojé los pedazos.

Había caído en el lazo.

D. Pedro estaba en una tribuna de orden observándome. Me había enviado la carta para ver el efecto que producía en mí, y si se la daba á Zorrilla; y había visto con sus propios ojos que nada le dije y que rompí la carta sin dársela.

El astuto magistrado me había cogido, como había cogido años antes á su mujer; resultábamos, los dos, dos réprobos, dos traicioneros, dos personas indignas.

Cuando llegué á mi casa, me encontré con una carta de D. Pedro verdaderamente formidable. Desde la tribuna de orden había estado observándome y se había convencido de lo que yo era.

Decididamente me había vendido á sus perseguidores. La política y el banco azul me habían trastornado, y así llenó cuatro carillas en su prosa pesada y ramplona, que nunca me pareció ni más pesada ni más ramplona que en aquel momento.

Ante tamaña injusticia, me sublevé y le escribí una carta más feroz que la suya. Lo más suave que le dije es que siempre me había parecido loco; pero que ya dudaba si era loco ó imbécil. Me harté de llamarle ingrato, y terminé diciéndole que sólo por tratarse de un vejestorio no le contestaba de otra manera.

En fin, una carta en que me coloqué á su altura.

Se la mandé, y luego lo sentí: me inspiró compasión: fué el último desengaño de mi pobre amigo: ya nunca nos vimos.

Pasados algunos años, supe que se había quedado solo en

el mundo, que le atacó un cáncer, que se le murió un criado viejo y de toda su confianza, y que se fué á terminar su vida á una sala de distinguidos del Hospital general.

Esto lo supe dos años después de su muerte, por uno de sus propios hijos.

¡Cuánto sentí no verle por última vez!

Pasó; nadie lo recuerda. No pudo él sospechar que yo había de escribir su historia.

José Echegaray

EL CRIMEN DE LORD ARTURO SAVILE

I

Era la última recepción de lady Windermere, á fines de invierno.

Los salones de Bentinck House veíanse más concurridos que de costumbre.

Seis miembros del Gabinete habían ido directamente después de la audiencia del *speaker*, con todas sus bandas y condecoraciones.

Todas las mujeres bonitas llevaban sus trajes más elegantes, y al final de la galería de cuadros estaba la princesa Sofía de Carlsrühe, una dama obesa de tipo tártaro, con unos ojillos negros y maravillosas esmeraldas, hablando con voz chillona un mal francés, y riéndose á carcajadas de todo lo que la decían.

A la verdad que en la reunión aquella había una singular mezcolanza: arrogantes esposas de Pares discurrían cortésmente con violentos radicales. Predicadores populares se codeaban con célebres escépticos. Toda una bandada de obispos seguía, como á la pista, á una magnífica *prima donna*, de salón en salón. En la escalera se agrupaban algunos miembros de la Real Academia, disfrazados de artistas, y se dijo que hubo un momento en que el comedor se vió absolutamente atestado de genios.

En suma, era una de las mejores fiestas de lady Winder-

mere, y la princesa permaneció allí hasta cerca de las once y media.

En cuanto se marchó, lady Windermere volvió á la galería de cuadros, en donde un famoso economista exponía, con solemne acento, la teoría científica de la música á un *virtuoso* húngaro que palidecía de rabia.

Ella se puso á hablar con la duquesa de Paisley.

Estaba maravillosamente hermosa, con su opulento seno de un blanco marfileño, sus ojos grandes y azules de miosotis, y los rizos de sus cabellos de oro. Cabellos de oro puro, no cabellos de ese matiz de paja pálida que usurpa hoy el hermoso nombre del orô; cabellos de un oro como tejido de rayos de sol, ó escondido en un ámbar extraño; cabellos que aureolaban su rostro como un nimbo de santa, con algo de la fascinación de una pecadora.

Constituía el suyo un curioso estudio psicológico.

Desde sus primeros pasos en la vida, había descubierto una importante verdad: la de que nada se parece más á la inocencia que una imprudencia, y con una serie de ligerezas—la mitad de ellas completamente inocentes—había adquirido todos los privilegios de una personalidad.

Varias veces había cambiado de marido: contaba tres bodas; pero como nunca cambió de amante, las gentes dejaron por completo de murmurar á cuenta de ella.

En la actualidad tenía cuarenta años, no tenía hijos y poseía esa pasión desordenada del placer, que es el secreto de los que han permanecido jóvenes.

De repente, miró curiosamente en torno del salón, y dijo con su voz clara de contralto:

—¿Dónde está mi quiromántico?

—¿Su qué, Gladys?—exclamó la duquesa, con un estremecimiento involuntario.

—Mi quiromántico, duquesa. Ahora no puedo vivir sin él.

—¡Qué original es usted siempre, querida Gladys! — murmuró la duquesa, tratando de acordarse de lo que es en reali-

dad un quiromántico, y pensando que no sería lo mismo que un quiropedista.

—Viene á examinar mi mano con regularidad dos veces á la semana—añadió lady Windermere,—y lo hace con mucho interés.

—¡Dios del cielo!—se dijo la duquesa.—Debe de ser una especie de manícuro. Es una cosa verdaderamente terrible. En fin, supongo que por lo menos es un extranjero. De esta manera será la cosa un poco menos desagradable.

—Ciertamente, tengo que presentárselo á usted.

—¡Presentármelo!—exclamó la duquesa.—Eso quiere decir que está aquí.

Buscó en torno de ella su abanico de concha y su antiquísimo chal de encaje, como para estar dispuesta á huir á la primera alerta.

—Claro que está aquí. No se me puede ocurrir dar una reunión sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi pulgar fuese tan sólo un poco más corto, hubiera yo sido una pesimista convencida y me hubiese encerrado en un convento.

—¡Ah, ya!—dijo la duquesa, que se sentía muy tranquilizada.—Por lo que veo, dice la buenaventura.

—Y la mala también — contestó lady Windermere; — dice una porción de cosas de ese género. El año próximo, por ejemplo, he de correr grandes peligros, tanto por tierra como por mar. Así, pues, es preciso que viva en globo, y que todos los días haga que me suban la comida en una cesta. Todo esto se encuentra escrito aquí, en mi dedo pequeño ó en la palma de la mano, no lo sé á punto fijo.

—Pero, seguramente, eso es tentar á la Providencia, Gladys.

—Mi querida duquesa, no hay duda de que la Providencia puede resistir las tentaciones en los tiempos que corren. Pienso que todos deberían hacer que les leyesen en la mano, una vez al mes, á fin de saber lo que no se debe hacer. Si nadie

tiene la amabilidad de ir á buscar al Sr. Podgers, iré yo misma.

—Déjeme usted ese cuidado, lady Windermere — dijo un elegante y apuesto joven que se encontraba allí y seguía la conversación con alegre sonrisa.

—Muchas gracias, lord Arturo; pero temo que no le reconozca usted.

—Si es tan singular como usted dice, lady Windermere, no podré confundirle. Dígame solamente qué tipo tiene, y en el acto se lo traigo.

—Bueno. Pues no tiene nada de un quiromántico. Quiero decir que no tiene nada de misterioso, de esotérico, que no tiene aspecto romántico. Es un hombre bajo, grueso, con una cabeza cómicamente calva y grandes gafas de oro, un término medio entre el médico de la familia y el procurador del pueblo. Lo siento que sea así; pero no es culpa mía. ¡Son tan fastidiosas las gentes! Todos mis pianistas tienen exactamente aspecto de pianistas, y todos mis poetas exactamente aspecto de poetas. Recuerdo que el año pasado invité á comer á un terrible conspirador, á un hombre que había hecho correr la sangre de infinidad de personas, que llevaba siempre una cota de malla y tenía un puñal oculto en la manga de su camisa. Pues bien: sepan ustedes que, cuando llegó, tenía, sencillamente, el aspecto de un buen clérigo. Durante toda la velada hizo un derroche de ingenio. Cierto que era muy divertido y muy agradable por varios conceptos; pero yo sufrí una cruel decepción. Cuando le interrogué sobre la cota de malla, se contentó con reir, y me dijo que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra... ¡Ah! aquí tenemos al Sr. Podgers... Sr. Podgers, quisiera que leyese usted en la mano de la duquesa de Paisley... Duquesa, haga usted el favor de quitarse un guante... no el de la mano izquierda... el otro...

—Mi querida Gladys, verdaderamente no creo que esto sea muy correcto—dijo la duquesa desabotonándose como á su pesar un guante de piel bastante sucio.

—Jamás lo es nada de lo que interesa—dijo lady Winder-

mere:—así han hecho el texto. Pero tengo que hacer la presentación, duquesa. El Sr. Podgers, mi quiromántico favorito; Sr. Podgers, la duquesa de Paisley... y si dice usted que tiene ella un monte de la luna más desarrollado que el mío, no volveré en adelante á creer en usted.

—Estoy segura, Gladys, que no hay nada de eso en mi mano—dijo la duquesa con tono grave.

—Su Gracia está en lo cierto—replicó Podgers echando una ojeada sobre la regordeta mano con dedos cortos y cuadrados.—La montaña de la luna no está desarrollada. Sin embargo, la línea de la vida es excelente... Vivirá usted hasta una edad avanzada, duquesa, y será usted sumamente feliz... Ambición muy moderada, línea de la inteligencia sin exageración, línea del corazón...

—En ese punto sea usted discreto, Sr. Podgers—exclamó lady Windermere.

—Nada me sería más agradable—contestó Podgers inclinándose,—si la duquesa diese motivo para ello; pero tengo el sentimiento de decir que veo una gran constancia de afección combinada con un sentimiento muy firme del deber.

—Sírvase continuar, Sr. Podgers—dijo la duquesa, cuya mirada denotaba la satisfacción.

—La economía no es la menor de las virtudes de Su Gracia—siguió diciendo Podgers.

Lady Windermere soltó la carcajada.

—La economía es una cosa excelente—observó la duquesa con complacencia.—Cuando me casé con Paisley, tenía él once castillos y ni una casa cómoda en la que se pudiese habitar.

—Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo—exclamó lady Windermere.

—Amiga mía—dijo la duquesa,—á mí me gusta...

—La comodidad—asintió Podgers—y los perfeccionamientos modernos, y el agua caliente llevada á todos los cuartos. Su Gracia tiene mucha razón. La comodidad es la única cosa que puede darnos nuestra civilización.

—Ha descrito usted admirablemente el carácter de la duquesa, Sr. Podgers. Ahora, haga el favor de decirnos el de lady Flora.

Y para responder á la indicación de la sonriente dueña de la casa, se adelantó una joven angulosa y de cabellos rojos; exhibió una mano larga y huesuda con dedos aplastados.

—¡Ah! una pianista—dijo Podgers,—una excelente pianista, y tal vez una música excepcional. Muy reservada, muy digna y dotada de un gran amor por los animales.

—Es exacto—exclamó la duquesa volviéndose hacia lady Windermere.—Absolutamente exacto. Flora se dedica con gran entusiasmo á la cría de toda clase de animales; y si su padre se lo permitiera, convertiría la casa en una verdadera arca de Noé.

—Muy bien, eso es precisamente lo que yo hago en mi casa todos los jueves—replicó riendo lady Windermere.—Solamente que prefiero los leones á las gallinas.

—Ese es el único error de usted, lady Windermere—dijo Podgers con un saludo pomposo.

—Si una mujer no puede revestir de encanto á sus errores, no es más que una hembra—respondió ella...—Pero es preciso que todavía nos lea usted en algunas manos... Acérquese usted, sir Tomás; enseñe las suyas al Sr. Podgers.

Y un señor de cierta edad y finos modales se adelantó y tendió al quiromántico una mano ruda, con el dedo de en medio muy largo.

—Naturaleza aventurera; en el pasado cuatro largos viajes, y uno en el porvenir... Naufragado tres veces... No, dos veces solamente, pero en peligro de naufragar en su próximo viaje. Conservador decidido, muy puntual, con la pasión de las colecciones de curiosidades. Una enfermedad peligrosa entre los años diez y seis y diez y siete. Heredó una fortuna al cumplir los treinta. Odia á los gatos y á los radicales.

—¡Extraordinario!—exclamó sir Tomás.—Debería usted también leer en la mano de mi mujer.

—De su segunda mujer—dijo tranquilamente Podgers, que continuaba con la mano de sir Tomás.

Pero lady Marrel, mujer de aspecto melancólico, ojos negros y pestañas de sentimental, se negó en redondo á dejar que se revelara su pasado ó su porvenir.

Tampoco lady Windermere, á pesar de sus esfuerzos, consiguió que el señor de Koloff, el embajador de Rusia, consintiese ni siquiera en quitarse los guantes.

En realidad, muchas personas temían habérselas con aquel hombrecillo de sonrisa estereotipada, de gafas de oro y ojos de un perla brillante; y cuando dijo á la pobre lady Fermor, en alta voz y delante de todos, que á ella le importaba poco la música, pero que le entusiasmaban los músicos, se estimó, en general, que la quiromancia es una ciencia, pero á la que no hay que interrogar sino á solas.

Lord Arturo Savile, sin embargo, que no sabía nada de la desdichada historia de lady Fermor, y que había seguido á Podgers con grandísimo interés, tenía una gran curiosidad por consultarle.

Pero, no atreviéndose á presentarse por sí mismo, atravesó la habitación y se acercó al lugar en donde estaba sentada lady Windermere, y, poniéndose encarnado, le preguntó si pensaba que el Sr. Podgers querría ocuparse de él.

—Desde luego—dijo lady Windermere.—Para eso está aquí. Todos mis leones, lord Arturo, son leones en espectáculo. Pasan por los aros cuando yo lo pido. Pero antes tengo que advertirle que se lo contaré todo á Sybil. Mañana vendrá ella á almorzar conmigo para charlar de sombreros, y si Podgers dice que tiene usted mal genio ó tendencia á la gota, ó alguna mujer que viva en Bayswater (1), seguramente se lo comunicaré.

Lord Arturo sonrió y se encogió de hombros.

(1) Barrio al norte de Kensington Park, habitado por las mujeres entretenidas por la aristocracia de Londres.

—No me asusta—respondió:—Sybil me conoce tan bien como yo á ella.

—¡Ah! Me contraría un poco oir eso. La mejor base del matrimonio es una mala inteligencia mutua... no, no soy del todo cínica. Tengo solamente experiencia, lo que, sin embargo, es muy á menudo lo mismo... Señor Podgers, lord Arturo arde en deseos de que lea usted en su mano. No le diga usted que es el prometido de una de las muchachas más bonitas de Londres; hace un mes que el *Morning Post* publicó la noticia.

—Querida lady Windermere—exclamó la marquesa de Jedburgh,—tenga la bondad de dejar un minuto más aquí al señor Podgers. Acaba de decirme que subiré á las tablas, y la cosa me interesa en alto grado.

—Si le ha dicho eso, lady Jedburg, no vacilo en quitárselo. Venga usted inmediatamente, Sr. Podgers, y lea en la mano de lord Arturo.

—Bien—dijo lady Jedburgh haciendo una mueca y levantándose de su asiento;—si no se me permite subir á las tablas, espero que por lo menos se me permitirá asistir al espectáculo.

—Naturalmente. Todos vamos á asistir á la sesión—replicó lady Windermere.—Y ahora, Sr. Podgers, díganos algo agradable, porque lord Arturo es uno de mis predilectos.

Pero cuando Podgers vió la mano de lord Arturo se puso extraordinariamente pálido y no dijo una palabra.

Pareció sacudirle un estremecimiento. Sus espesas cejas comenzaron á temblar de una manera convulsiva, irritante, como le sucedía cuando se encontraba embarazado.

Algunas gotas de sudor aparecieron en su frente amarilla, como un rocío envenenado, y sus gruesos dedos se pusieron fríos y viscosos.

Lord Arturo advirtió aquellas extrañas muestras de agitación, y por primera vez en su vida sintió miedo. Un movimiento instintivo le impulsó á huir del salón, pero se contuvo.

Valía más conocer lo peor, por malo que fuese, que permanecer en aquella espantosa incertidumbre.

—Espero, Sr. Podgers—dijo.

—Todos esperamos—exclamó lady Windermere con tono vivo é impaciente.

Pero el quiromántico no contestó.

—Lo que creo es que lord Arturo va á subir también á las tablas—dijo lady Jedburgh,—y que el Sr. Podgers, después de la salida de usted, no se atreve á decirlo.

De repente Podgers dejó caer la mano derecha de Arturo y empuñó la izquierda, inclinándose tanto para examinarla, que sus gafas rozaron la palma de aquella mano.

Por un momento su rostro demostró el horror; pero recobró pronto su sangre fría, y mirando á lady Windermere, le dijo con una sonrisa forzada:

—Es la mano de un joven encantador.

—Ciertamente que sí—respondió lady Windermere.—Pero ¿será un buen marido? Esto es lo que necesito saber.

—Todos los jóvenes encantadores son buenos maridos—contestó Podgers.

—No creo queun marido deba ser demasiado seductor—murmuró lady Jedburgh, pensativa.—Es muy peligroso.

—Nunca son demasiado seductores—exclamó lady Windermere. —Pero lo que necesito son los detalles. Unicamente los detalles interesan. ¿Qué le debe ocurrir á lord Arturo?

—Dentro de algunos días emprenderá un viaje.

—Sí, el de la luna de miel, naturalmente.

—Y perderá un pariente.

—Espero que no será su hermana—dijo lady Jedburgh en tono compasivo.

—Ciertamente que no; no es su hermana—respondió Podgers con un gesto de depreciación de la mano;—un pariente lejano.

—Bueno. Me veo cruelmente desorientada—dijo lady Windermere.—No tengo nada absolutamente que decir á Sybil mañana. ¿Quién se preocupa hoy de parientes lejanos? Hace ya muchos años que no están de moda. Sin embargo, me pa-

rece que hará bien en comprarse un vestido negro de seda: siempre sirve para ir á la iglesia. Y ahora vamos á cenar. Seguramente que se lo habrán comido todo; pero todavía podremos encontrar caldo caliente. Francisco hacía antes un caldo excelente; pero ahora se encuentra tan agitado por la política, que jamás estoy segura de nada con él. Me alegraría que el general Boulanger permaneciese tranquilo... Duquesa, estoy cierta de que se encuentra usted fatigada.

—Nada de eso, querida Gladys—respondió la duquesa, encaminándose á la puerta;—me he divertido mucho, y el quiropedista, digo, el quiromántico, es muy entretenido. Flora, ¿dónde he dejado mi abanico de concha?... ¡Oh, gracias, sir Tomás, muchas gracias!... ¿Y mi chal de encajes?... ¡Oh, gracias, sir Tomás, es usted muy amable!

Y la digna criatura concluyó por bajar las escaleras, sin haber dejado caer más que dos veces su frasquito de esencias.

Mientras tanto, lord Arturo Savile permanecía de pie junto á la chimenea, con el mismo sentimiento de terror que pesaba sobre él, la misma enfermiza preocupación de un porvenir malo.

Sonrió tristemente á su hermana, que pasó, muy bella, del brazo de lord Plymdala, y apenas oyó á lady Windermere cuando le invitó á seguirla. Pensó en Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre ambos le llenó los ojos de lágrimas. Parecía petrificado, y su rostro tenía el aspecto de un mármol, en su melancolía.

Había vivido la vida delicada y lujosa de un joven de buena cuna y rico, una vida deliciosa, libre de toda preocupación, y ahora, por primera vez, tuvo conciencia del terrible misterio del destino, de la espantosa idea de la suerte.

¡Qué terrible y monstruoso le parecía todo aquello!

¡Posible era que lo que estaba escrito en su mano con caracteres que él no podía leer, pero que otro podía descifrar, fuese algún terrible secreto de falta, algún sangriento signo de crimen!

¿Había escapatoria alguna?

¿No somos más que peones de un tablero que pone en juego un poder invisible?

Su razón se rebeló contra tal pensamiento, y, sin embargo, sentía que alguna tragedia estaba suspendida sobre su cabeza, y que de repente era llamado á llevar una carga intolerable.

Los actores son verdaderamente felices: pueden elegir el representar ya la tragedia, ya la comedia, sufrir ó divertirse, hacer reir ó hacer llorar. Pero en la vida real es muy diferente.

Muchos hombres y muchas mujeres se ven obligados á desempeñar papeles á los que nada les destinaba. Nuestros Guildensterns nos representan Hamlet, y nuestro Hamlet debe bromear como un Príncipe Hal.

El mundo es un teatro, pero la obra está deplorablemente repartida.

De repente, Podgers entró en el salón.

A la vista de lord Arturo, se detuvo, y su rostro sin distinción se puso de un color amarillo verdoso. Las miradas de los dos hombres se encontraron, y hubo un momento de silencio.

—La duquesa se ha dejado aquí uno de sus guantes, y me ha pedido que se lo lleve—dijo, por fin, Podgers.—¡Ah! ya le veo en ese sofá... Buenas noches.

—Sr. Podgers, es preciso que insista para que me dé usted una respuesta inmediata á una pregunta que voy á hacerle.

—En otra ocasión, lord Arturo. La duquesa me espera.

—No se irá usted. La duquesa no tiene tanta prisa.

—Las damas no acostumbran á esperar—dijo Podgers con sonrisa forzada.—El bello sexo es siempre impaciente.

Los finos labios de lord Arturo se contrajeron en una sonrisa desdeñosa.

La pobre duquesa le parecía de ninguna importancia en aquel momento.

Cruzó el salón y se acercó á Podgers.

Le tendió la mano.

—Dígame usted lo que ve aquí. Dígame la verdad. Quiero conocerla. No soy un niño.

Podgers parpadeó. Se mostraba en su actitud muy contrariado, y sus dedos jugaban nerviosamente con una resplandeciente cadena de reloj.

—¿Qué es lo que le ha hecho pensar, lord Arturo, que haya visto en su mano algo más de lo que he dicho?

—Sé que ha visto usted algo más, é insisto para que me diga usted lo que es. Le daré un cheque de cien libras.

Sus ojos verdes brillaron un minuto; después se ensombrecieron.

—¡Cien guineas!—dijo, por fin, Podgers en voz baja.

—Sí, cien guineas. Le enviaré un cheque mañana. ¿Cuál es su círculo?

—No tengo círculo. Es decir, no lo tengo por el momento, pero mi dirección es... Permítame que le dé mi tarjeta.

Y sacando del bolsillo un pedazo de cartón con cantos dorados, Podgers lo alargó con un profundo saludo á lord Arturo, que leyó:

MR. SEPTIMUS R. PODGERS

Quiromántico.

108 a West Moon Street.

—Recibo de diez á cuatro—murmuró Podgers con tono mecánico,—y hago una reducción á las familias.

—Despache usted pronto—exclamó lord Arturo, que se puso muy pálido, tendiéndole la mano.

Podgers miró en rededor nerviosamente, y echó el portier de la habitación.

—Esto llevará un rato, lord Arturo. Será mejor que se siente.

—Despáchese—exclamó de nuevo lord Arturo golpeando coléricamente en el suelo con el pie.

Podgers sonrió, sacó de su bolsillo una pequeña lupa de cristal de aumento, y la limpió cuidadosamente con su pañuelo.

—Estoy dispuesto—dijo.

II

Diez minutos después, con el rostro blanco de espanto, con la mirada extraviada por el dolor, lord Arturo Savile se precipitaba afuera de Bentinck House.

Abrióse camino al través de los lacayos, cubiertos de pieles, que esperaban en la salida.

Parecía no ver ni oir nada.

La noche era muy fría, y los mecheros de gas brillaban y vacilaban bajo los latigazos del viento; pero sus manos tenían el ardor de la fiebre y sus sienes quemaban como fuego.

Iba y venía, casi con el andar de un hombre ebrio.

Un agente de policía le miró con curiosidad al pasar, y un mendigo, que se destacó de una puerta para pedirle limosna, retrocedió espantado al ver una desgracia mayor que la suya.

Una vez lord Arturo Savile se paró junto á un farol y se miró las manos. Creyó ver la mancha de sangre, y de sus temblorosos labios brotó un débil grito.

¡Asesino! He aquí lo que el quiromántico viera. ¡Asesino! La misma noche parecía saberlo, y el viento se lo decía al oído. Los sombríos rincones de las calles estaban llenos de semejante acusación. Lanzábase ésta desde los tejados de las casas.

Se dirigió al Park, cuyo sombrío bosque parecía fascinarle. Se apoyó en la verja, fatigado, refrescando sus sienes con la humedad de las hierbas y escuchando el silencio murmurador de los árboles.

—¡Asesino, asesino!—repitió él, como si la reiteración de la acusación pudiera oscurecer el sentido de la palabra.

El eco de su propia voz le hizo estremecer, y, sin embargo,

deseaba casi que el eco le oyese y despertase de su sueño á la ciudad dormida. Sentía ganas de detener al transeunte que pasara y decírselo todo.

Después vagó en rededor de Oxford Street por callejuelas estrechas y vergonzosas.

Dos mujeres con las caras pintadas se burlaron de él al pasar.

De un patio sombrío llegó hasta él un ruido de blasfemias y golpes, y, apelotonados bajo una puerta húmeda y glacial, vió las espaldas encorvadas y los cansados cuerpos de la pobreza y la vejez.

Apoderóse de él una piedad extraña.

¿Estaban predestinados á su suerte, como él á la suya, aquellos hijos del pecado y de la miseria? ¿No eran, como él, sino los muñecos de un guiñol monstruoso?

Y, sin embargo, no fué el misterio, sino la comedia del sufrimiento lo que le llamó la atención; su inutilidad absoluta, su grotesca carencia de sentido. ¡Qué incoherente y desprovisto de armonía le pareció todo! Estaba asombrado de la discordancia que había entre el optimismo superficial de nuestro tiempo y los hechos reales de la existencia.

Era aún muy joven.

Después se encontró enfrente de Marglebane Church.

La silenciosa calzada parecía una larga cinta de plata, matizada aquí y allí por los arabescos sombríos de movientes sombras.

A lo lejos se redondeaba en círculo la línea de los faroles de luz vacilante, y ante una casa pequeña rodeada de muros había un coche solitario, cuyo cochero dormía en el pescante.

Lord Arturo marchó con paso rápido en dirección de Portland Place, mirando á cada instante en rededor como si temiese ser perseguido.

En la esquina de Richstreet estaban parados dos hombres, y leían un pequeño anuncio en una empalizada.

Un extraño sentimiento de curiosidad obró sobre él, y cruzó la calle en aquella dirección.

Al acercarse, tropezó su mirada con la palabra *asesino*, escrita en letras negras.

Se detuvo, y sus mejillas enrojecieron.

Era un anuncio oficial ofreciendo una recompensa á quien proporcionara los informes adecuados para facilitar la detención de un hombre de estatura media, entre treinta y cuarenta años, con sombrero flexible, americana negra y pantalones de algodón rayado. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha.

Lord Arturo leyó el anuncio y volvió á leerlo.

Se preguntó si prenderían al hombre aquel y de qué provendría la cicatriz.

¡Tal vez un día figuraría su nombre de igual manera en Londres! ¡Tal vez un día pondrían también precio á su cabeza!

Este pensamiento le puso malo de horror.

Giró sobre sus talones y huyó por las sombras.

Apenas sabía en dónde se encontraba.

Tenía un vago recuerdo de haber errado al través de un laberinto de casas sórdidas, de haberse perdido por calles sombrías, y el alba comenzaba á apuntar cuando por fin reconoció que se encontraba en Picadilly Circus.

Al pasar por Belgrave-Square encontró los grandes vehículos de acarreo que se dirigían á Covent-Garden.

Los carreteros, con blusas blancas, con agradables rostros tostados por el sol, con incultos cabellos rizados, alargaban vigorosamente el paso, chasqueando los látigos y hablando unos con otros.

Sobre el lomo de un enorme caballo gris, el jefe de fila de un tiro, iba montado un muchachote con un ramo de margaritas en su sombrero, agarrado fuertemente á las crines y riendo á carcajadas.

A la luz matinal, los montones de legumbres se destacaban como bloques de jade verdes sobre los rosados pétalos de alguna rosa maravillosa.

Lord Arturo experimentó un sentimiento de viva curiosidad, sin que pudiera decir por qué.

Había algo en la delicada belleza de la aurora que le parecía de una indecible emoción, y pensó en todos los días que nacen bellos y terminan tempestuosos.

¡Qué extraño Londres veían aquellos mocetones con sus voces rudas, su grosero buen humor! Un Londres libertado de los crímenes de la noche y de los humos del día; una ciudad pálida, espectral; una ciudad desolada de tumbas.

Se preguntó lo que pensaban de ella y si sabían algo de sus esplendores y de sus vergüenzas, de sus alegrías, de sus hambres y de todo lo que palpita y pasa de la mañana á la noche.

Probablemente para ellos no era más que un mercado, al que llevaban sus productos para venderlos y en el que no permanecían más que algunas horas, dejando, al marchar, las calles siempre silenciosas, las casas aún dormidas.

Le agradó verles pasar.

Por rustros que fuesen, con sus claveteados zapatones, llevaban en sí algo de la Arcadia.

Lord Arturo sintió que habían vivido con la Naturaleza y que ésta les había enseñado la Paz. Les envidió toda su ignorancia.

Cuando llegó á Belgrave-Square, el cielo era de un azul pálido y los pájaros comenzaban á gorjear en los jardines.

III

Cuando lord Arturo se despertó eran las doce, y el sol del mediodía se filtraba al través de los blancos cortinones de seda de su cuarto.

Se levantó y miró por la ventana.

Una vaga bruma de calor flotaba sobre la ciudad, y los tejados de las casas parecían de plata mate.

Entre los verdes árboles del square, algunos niños se perseguían como blancas mariposas, y las aceras estaban llenas de gentes que se dirigían al Park.

Nunca le había parecido tan bella la vida. Nunca el mal y su dominio le habían parecido tan lejos de él.

Su ayuda de cámara le llevó una taza de chocolate en una bandeja.

Cuando la bebió, separó un portier de terciopelo y pasó al cuarto de baño.

La luz se filtraba suavemente desde arriba al través de delgadas planchas de ónix transparente, y el agua, en la bañera de mármol, tenía el débil brillo de la piedra de luna.

Lord Arturo se sumergió rápidamente hasta que le llegó el agua á la garganta. Entonces metió bruscamente la cabeza, como si quisiera purificarse de la mancha de algún recuerdo vergonzoso.

Cuando salió del agua se sintió casi tranquilo. El bienestar físico experimentado le dominó, como sucede á menudo en las naturalezas robustas, porque los sentidos, como el fuego, lo mismo pueden purificar que destruir.

Después de almorzar, se tumbó en un diván y encendió un cigarrillo.

Encima de la chimenea tenía un magnífico retrato de Sybil Merton, tal como la viera por primera vez en el baile de lady Noel.

La cabeza, pequeña, de un delicioso modelado, se inclinaba ligeramente de lado, como si al cuello flexible y ligero le costase trabajo soportar el peso de tanta belleza. Los labios estaban ligeramente entreabiertos y parecían hechos para una música dulce, y en sus ojos soñadores se leían los asombros de la más tierna pureza virginal. Parecía una de esas delicadas figuritas encontradas en los olivares próximos á Tanagra, y había en su actitud algunos rasgos de la gracia griega.

Sin embargo, no era *pequeña*.

Era sencillamente perfectamente proporcionada, cosa rara á una edad en la que tantas mujeres son exageradas ó insignificantes.

Al contemplarla en aquel momento, se apoderó de lord Arturo esa terrible piedad que nace del amor. Sintió que casarse con ella, con el *fatum* del asesinato suspendido sobre su cabeza, sería una traición semejante á la de Judas, un crimen peor que todos los que jamás soñaran los Borgia.

¿Qué felicidad podrían tener, cuando en todo momento pudiera ser llamado á realizar la espantosa profecía escrita en su mano? ¿Qué vida sería la suya mientras que estuviera pendiente del destino?

A toda costa había que retrasar la boda. Estaba completamente resuelto.

Aunque amaba ardientemente á aquella joven, aunque el solo contacto de sus dedos cuando estaban sentados juntos sacudiera todos los nervios de su cuerpo con exquisita alegría, no por eso dejó de reconocer con claridad en dónde estaba su deber, y tuvo plena conciencia de que no tenía derecho á casarse con ella hasta que hubiese cometido el asesinato.

Hecho esto, podría presentarse ante los altares con Sybil Merton y poner su vida en manos de la mujer que amaba, sin temor de obrar mal.

Hecho esto, podría tomarla en sus brazos, sabiendo que jamás tendría ella que avergonzarse.

Pero antes había que *hacer aquello;* y cuanto antes, sería mejor para los dos.

Muchas personas en su situación hubieran preferido el florido sendero del placer á los abrojos del deber; pero lord Arturo era demasiado concienzudo para parar el placer sobre sus principios.

En su amor, no tenía más que una sencilla pasión, y Sybil era para él el símbolo de todo lo bueno y noble.

Por un momento experimentó una repugnancia natural contra la obra que estaba llamado á ejecutar; pero pronto se borró esta impresión. Su corazón le dijo que aquello no era un crimen, sino un sacrificio; su razón le recordó que no tenía otra salida. Era preciso que eligiese entre vivir para él y vivir

para los otros, y por terrible, sin duda alguna, que fuese la tarea que se imponía á él, sabía, sin embargo, que no dejar que el egoísmo triunfase del amor, estando llamado, antes ó después, cada uno de nosotros, á resolver el mismo problema: la misma cuestión se nos presenta á todos.

A lord Arturo se le presentó pronto en la vida, antes de que su carácter estuviese contaminado por el cinismo, que calcula en la edad madura, ó que su corazón estuviese corroído por el egoísmo superficial y elegante de nuestra época, y no vaciló en cumplir con su deber.

Felizmente para él, no era un simple soñador, un *dilettante* ocioso. Si hubiera sido tal, hubiese vacilado como Hamlet y permitido que la irresolución perjudicase á su designio. Pero era esencialmente práctico. Para él la vida era la acción más bien que el pensamiento.

Poseía ese dón rarísimo, el sentido común.

Las sensaciones crueles y violentas de la víspera habían desaparecido por completo, y, casi con un sentimiento de vergüenza, pensaba en su loca carrera de calle en calle, en su terrible agonía emocional.

La misma sinceridad de sus sufrimientos les hacía pasar ahora á sus ojos por inexistentes.

Se preguntaba cómo había podido ser bastante loco para declamar y luchar contra lo inevitable.

La sola cuestión que parecía turbarle era la manera de realizar su misión; porque no se le ocultaba que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, exige una víctima, así como un sacerdote.

Como no era un genio, no tenía enemigos; y, además, comprendía que no se trataba de satisfacer algún rencor ó algún odio personales: la misión de que estaba encargado era de una grande y grave solemnidad.

En consecuencia, redactó una lista de sus amigos y parientes, y tras un cuidadoso examen, se decidió á favor de lady Clementina Beauchamp, una buena señora de mucha edad,

que habitaba en Curzon-Street, y era prima de él en segundo grado por parte de madre.

Siempre había querido á lady Clem, como todo el mundo la llamaba; y como él era rico por haber tomado posesión de toda la fortuna de lord Rugley, al llegar á la mayoría de edad, no era posible que resultase para él de la muerte de su prima alguna despreciable ventaja de dinero.

En realidad, cuanto más pensaba en la cuestión, tanto más le parecía lady Clem la persona indicada; y juzgando que toda dilación era una mala acción respecto á Sybil, resolvió ocuparse en seguida de los preparativos.

Lo primero que tenía que hacer era ponerse en regla con el quiromántico.

Sentóse ante una mesita, y llenó un cheque de 100 libras pagadero á la orden de Mr. Septimus Podgers. Después, poniéndolo en un sobre, dijo á su criado que lo llevase á West-Moon-Street.

Telefoneó en seguida á sus caballerizas para que enganchasen su berlina, y se vistió para salir.

Al salir dirigió una mirada al retrato de Sybil Merton, y juró que, sucediera lo que sucediese, le dejaría siempre ignorar lo que hacía por amor de ella, y guardaría el secreto de su sacrificio para siempre sepultado en su corazón.

Al encaminarse á Buckingham-club paró en una tienda de flores, y envió á Sybil una hermosa cesta de narcisos de bonitos pétalos blancos y pistilos semejantes á ojos de faisán.

Al llegar al club, se dirigió directamente á la biblioteca, tocó el timbre y pidió al mozo que le llevase una soda de limón y un libro de Toxicología.

Había decidido que el veneno era el mejor instrumento para su enojosa tarea.

Nada le desagradaba tanto como un acto de violencia personal y, además, no quería matar á lady Clementina por ningún medio que pudiese llamar la atención pública, porque le horrorizaba la idea de convertirse en el hombre del día en

casa de lady Windermere ó de ver figurar su nombre en los sucesos de los periódicos que leen las personas ordinarias.

Tenía que pensar también en los padres de Sybil, que pertenecían á un mundo un poco rancio, y podrían oponerse á la boda si se originase algo parecido á un escándalo, aunque estuviese seguro de que si les ponía al corriente de todo el asunto serían ellos los primeros en apreciar los motivos que le dictaban su conducta.

Tenía, pues, todas las razones para decidirse á favor del veneno. No ofrecía peligros, era seguro, no daba ruido. Obraba sin necesidad alguna de escenas personales, por las que tenía, como muchos ingleses, una aversión arraigada.

Sin embargo, no conocía absolutamente nada de la ciencia de los venenos, y como el criado parecía completamente incapaz de encontrar en la biblioteca nada más que el *Ruff's Guide* y el *Baily's magazine*, examinó por sí mismo los estantes cargados de libros, y concluyó por poner la mano sobre una edición muy bien encuadernada de la *Farmacopea* y un ejemplar de la *Toxicología* de Erskine, editado por Matheu Reid, presidente del Real Colegio de Médicos y uno de los miembros más antiguos del Buckingham-club, en donde fué elegido por confusión con otro candidato, contratiempo que molestó tanto al comité, que cuando el personaje real se presentó hubo unanimidad de bolas negras.

Lord Arturo se vió muy desconcertado por los términos técnicos empleados en los dos libros.

Comenzaba á lamentar el no haber concedido más atención á sus estudios en Oxford, cuando en el segundo volumen de Erskine encontró una exposición muy interesante y muy completa de las propiedades del acónito, escrita en el inglés más claro.

Le pareció que aquél era el veneno que le convenía.

Era rápido, es decir, casi inmediato en sus efectos.

No causaba dolores, y tomado bajo la forma de una cápsula de gelatina, modo de empleo recomendado por sir Matheu, no tenía nada de desagradable al gusto.

En consecuencia, tomó nota sobre su puño de la camisa de la dosis necesaria para producir la muerte, volvió á poner los libros en su puesto, y subió por Saint-James Street hasta casa de Pestle y Humbey, los grandes farmacéuticos.

M. Pestle, que servía siempre en persona á sus clientes de la aristocracia, se sorprendió mucho del pedido, y con tono muy deferente murmuró algo sobre la necesidad de una receta del médico. Sin embargo, en cuanto lord Arturo le hubo explicado que era para administrarla á un perrazo de Normandía del que estaba obligado á deshacerse porque presentaba síntomas de rabia y había tratado ya por dos veces de morder al cochero en las pantorrillas, se mostró plenamente satisfecho, felicitó á lord Arturo por su asombroso conocimiento de la Toxicología, y ejecutó inmediatamente la prescripción.

Lord Arturo puso la cápsula en una bonita bombonera de plata que vió en un escaparate de Band Street, tiró la fea caja de Pestle y Humbey, y fué en derechura á casa de lady Clementina.

—¡Cómo es esto, caballerito!—exclamó la anciana al verle entrar.—¿Por qué no ha venido usted á verme en todo este tiempo?

—Mi querida lady Clem, jamás tengo un momento mío—replicó lord Arturo con una sonrisa.

—Supongo que lo que quieres decir es que te pasas todo el día con miss Sybil Merton comprando trapos y diciendo tonterías. No puedo comprender por qué hacen tantas cosas las gentes para casarse. En mis tiempos, no hubiéramos pensado nunca en dar tanto que hablar para una cosa de ese género.

—Te aseguro que no he visto á Sybil desde hace veinticuatro horas. Por lo que sé, pertenece por completo á sus costureras.

—¡Hola! Esa es la única razón que te trae á casa de una vieja fea como yo. Pues sabe que han hecho locuras por mí, pero ahora aquí estoy reumática, con el moño postizo y mal de salud. El caso es que sin esa querida lady Jansen que me

envía las peores novelas francesas que puede encontrar, no sé cómo pasaría el tiempo. Los médicos no sirven más que para cobrar honorarios de sus clientes. Ni siquiera pueden curar mi enfermedad de estómago.

—La traigo un remedio para ella — dijo gravemente lord Arturo. — Es una cosa maravillosa, inventada por un americano.

—No creo que me gusten los inventos americanos. Hasta estoy segura de que no me gustan. He leído últimamente algunas novelas americanas, y eran verdaderas insensateces.

—¡Oh! Aquí no hay ninguna insensatez. La aseguro que es un remedio radical. Hay que prometerme el probarlo.

Y lord Arturo sacó la bombonera, y la tendió á lady Clementina.

—¡Qué bombonera tan linda, Arturo! Es un verdadero regalo. Eres muy amable... ¿Y aquí está el remedio maravilloso?... Parece un bombón. Voy á tomarlo inmediatamente.

—¡Dios del cielo, lady Clem! — exclamó lord Arturo, cogiéndole la mano.—No hay que hacer nada de eso. Es medicina homeopática. Si la toma usted sin que la duela el estómago, no le hará bien ninguno. Espere tener una crisis, y tómela entonces. La sorprenderá el resultado.

—Me hubiera gustado tomar esto en seguida — dijo lady Clementina, mirando á la luz la capsulita transparente con su bola flotante de acónito líquido. — Estoy segura de que es delicioso. Te confieso que, detestando á los doctores, adoro las medicinas. Sin embargo, lo guardaré hasta una próxima crisis.

—¿Y cuándo ocurrirá esa crisis? — preguntó lord Arturo con apresuramiento.—¿Será pronto?

—Espero que no será antes de una semana. Ayer he pasado un mal día; pero no se sabe nunca.

—¿Está usted segura de tener una crisis antes de fin de mes, lady Clem?

—Lo temo. ¡Pero qué amable estás hoy conmigo, Arturo!

Verdaderamente, la influencia de Sybil te hace mucho bien. Y ahora es preciso que huyas. Cómo con personas serias que no gastan bromas, y sé que si no echo un sueñecito ahora, no podré estar despierta durante la comida. Adiós, Arturo; da mis afectos á Sybil, y te agradezco mucho el remedio americano.

—¿No se olvidará de tomarlo?—dijo lord Arturo levantándose de la silla.

—Seguramente que no se me olvidará. Eres muy amable en acordarte de mí. Te escribiré y te diré si necesito otros glóbulos.

Lord Arturo salió de casa de lady Clementina muy animoso y con un sentimiento de gran alivio.

Por la noche tuvo una conversación con Sybil Merton. Le dijo que se encontraba de repente en una situación horriblemente difícil, y que ni el honor ni el deber le permitían retroceder. Le dijo que había que retrasar la boda, porque hasta que saliera de su asunto no tenía libertad.

La suplicó que tuviese confianza en él y que no dudase del porvenir. Todo iría bien, pero se necesitaba paciencia.

La escena ocurría en la *serre* de la casa de M. Merton, en Park Lane, en donde lord Arturo había comido, como de costumbre.

Sybil jamás se había mostrado tan feliz, y hubo un momento en que lord Arturo sintió tentaciones de portarse como un cobarde: escribir á lady Clementina sobre lo del glóbulo y dejar que la boda se realizara como si no hubiese en el mundo un Sr. Podgers.

Sin embargo, su buen natural no tardó en afirmarse, y, aun cuando Sybil cayó en sus brazos llorando, no mostró debilidad.

La belleza, que hacía vibrar sus nervios, tocó también á su conciencia. Comprendió que hacer que naufragase una vida tan bella por algunos meses de placer sería verdaderamente una fea cosa.

Permaneció con Sybil hasta media noche, animándola y siendo á su vez animado, y al día siguiente, temprano, partió para Venecia, después de haber escrito á M. Merton una carta viril y firme respecto al aplazamiento necesario de la boda.

IV

En Venecia encontró á su hermano lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú en su yate.

Los dos jóvenes pasaron juntos una deliciosa quincena.

Por la mañana discurrían sobre el Lido, ó se deslizaban aquí y allí por los canales verdes en su larga góndola negra. Por la tarde recibían visitas en el yate, y por la noche comían en casa de Florián y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza.

Sin embargo, de una manera ó de otra, lord Arturo no era feliz.

Todos los días leía en el *Times* la «columna de defunciones», esperando encontrarse con la noticia de la muerte de lady Clementina; pero todos los días experimentaba una decepción.

Comenzó á temer que hubiese ocurrido algún accidente, y lamentó varias veces haberla impedido que tomase el acónito cuando se mostró tan deseosa de experimentar sus efectos.

Las cartas de Sybil, aunque llenas de amor, de confianza y de ternura, eran á menudo de un tono triste, y, á veces, pensaba que estaba separado de ella para siempre.

Al cabo de quince días, lord Surbiton se cansó de Venecia y resolvió ir por la costa hasta Rávena, porque había oído decir que hay grandes cosas en el Pineto.

Lord Arturo se negó al principio á seguirle, pero Surbiton, que le quería mucho, le convenció de que si continuaba viviendo en el hotel Davielli se moriría de fastidio; y por fin se hicieron á la mar, con fuerte viento del Nordeste y algo de oleaje.

La travesía fué agradable.

La vida al aire libre volvió á traer los frescos colores á las mejillas de lord Arturo; pero al cabo de veintidós días volvieron á apoderarse de él las preocupaciones respecto á lady Clementina, y, á despecho de las quejas de Surbiton, tomó el tren para Venecia.

Cuando desembarcó de la góndola en el hotel, el propietario le salió al encuentro con un montón de telegramas.

Lord Arturo se los arrancó de las manos y se apresuró á abrirlos.

Todo había salido bien.

Lady Clementina había muerto repentinamente, por la noche, cinco días antes.

El primer pensamiento de lord Arturo fué para Sybil, y le puso un telegrama para anunciarle su inmediato regreso á Londres.

En seguida ordenó á su criado que preparase los equipajes para el rápido de la noche; quintuplicó el pago de sus gondoleros, y subió las escaleras con paso ligero y corazón tranquilo.

Esperábanle tres cartas.

La una era de Sybil, llena de simpatía y de pésame; las otras, de la madre de Arturo y del abogado de lady Clementina.

Esta señora, á lo que parece, había comido con la duquesa la noche que precedió á su muerte. Había encantado á todo el mundo con su buen humor y su ingenio; pero se había retirado temprano, quejándose del estómago.

Por la mañana la habían encontrado muerta en su cama, sin que pareciese haber experimentado sufrimiento alguno.

Habíase llamado entonces á sir Matheu Reid; pero ya no había nada que hacer, y después del plazo legal la habían enterrado en Beauchamp Chalcote.

Pocos días antes de su muerte hizo testamento. Dejaba á lord Arturo su casita de Curzon Street, todo su mobiliario, sus

efectos personales, su galería de cuadros, á excepción de su colección de miniaturas, que legaba á su hermana, lady Margaret Ruflord, y su brazalete de amatistas á Sybil Merton.

El inmueble no tenía mucho valor; pero M. Mansfield, el abogado, deseaba que lord Arturo volviese lo más pronto que le fuera posible, porque había que pagar muchas deudas, y lady Clementina no había tenido nunca en regla sus cuentas.

Lord Arturo se conmovió por el recuerdo de lady Clementina, y pensó que Podgers había verdaderamente asumido una gran responsabilidad en este asunto.

Su amor por Sybil, sin embargo, dominaba todas las demás emociones, y la conciencia de que había cumplido con su deber le daba paz y tranquilidad.

Al llegar á Charing Cross, se sintió completamente feliz.

Los Merton le recibieron muy afectuosamente. Sybil le hizo prometer que no soportaría que se interpusiera entre ambos ningún obstáculo, y la boda se fijó para el 7 de Junio.

La vida le parecía, una vez más, bella y brillante, y toda su antigua alegría renacía para él.

Un día, sin embargo, hacía el inventario de su casa de Curzon Street con el abogado de lady Clementina y Sybil, quemando paquetes de cartas amarillentas y vaciando de los cajones extrañas antiguallas, cuando la joven dió de repente un grito de alegría.

—¿Qué has encontrado, Sybil?—dijo lord Arturo, alzando la cabeza y sonriendo.

—Esta bonita bombonera de plata. ¡Qué preciosidad! ¿Me la das? Las amatistas no me irán bien, á lo que veo, hasta que tenga ochenta años.

Era la caja que había contenido el aconito.

Lord Arturo se estremeció y se puso encarnado.

Casi se había olvidado de lo que hiciera, y le pareció una curiosa coincidencia que Sybil, por cuyo amor experimentó todas aquellas angustias, fuese la primera en recordárselas.

—Desde luego, Sybil, tuya es. Yo mismo se la dí á la pobre lady Clem.

—Gracias, Arturo. ¿Y también el bombón? No sabía que á lady Clementina le gustasen las golosinas: la creía demasiado intelectual.

Lord Arturo se puso terriblemente pálido, y una idea horrible pasó por su mente.

—¿Un bombón, Sybil? ¿Qué quieres decir?—preguntó con voz baja y ronca.

—Hay uno dentro, uno solo. Parece viejo y sucio, y no tengo el menor deseo de comerlo... ¿Qué tienes, Arturo? ¡Qué pálido estás!

Lord Arturo cruzó de un salto la sala y cogió la bombonera.

Allí estaba la píldora de color de ámbar con su glóbulo de veneno.

A pesar de todo, lady Clementina había muerto de muerte natural.

La sacudida de este descubrimiento fué casi superior á las fuerzas de lord Arturo.

Arrojó la píldora al fuego y cayó en el diván con un grito de desesperación.

V

A M. Merton le molestó en alto grado el segundo aplazamiento de la boda, y lady Julia, que había ya encargado su vestido de boda, hizo todo lo que pudo para llevar á Sybil á una ruptura.

Sin embargo, por tiernamente que Sybil amase á su madre, había hecho el dón de su vida al conceder su mano á lord Arturo, y nada de lo que pudo decirle lady Julia la hizo vacilar en su fe.

En cuanto á lord Arturo, necesitó bastantes días para reponerse de su cruel decepción, y durante algún tiempo sus nervios estuvieron completamente desequilibrados.

Sin embargo, pronto volvió á imperar su excelente buen sentido, y su espíritu sano y práctico no le permitió vacilar durante mucho tiempo sobre la conducta que había de seguir.

Puesto que el veneno había fracasado por completo, la cosa que convenía emplear era la dinamita ó cualquier otro género de explosivo.

En consecuencia, examinó de nuevo la lista de sus amigos y parientes, y, tras serias reflexiones, resolvió volar á su tío, el deán de Chichester.

El deán, que era un hombre de mucho saber y cultura, tenía pasión por los relojes. Poseía una maravillosa colección de aparatos para medir el tiempo que se extendía desde el siglo xv hasta nuestros días. Le pareció á lord Arturo que aquella manía del buen deán le proporcionaba una excelente ocasión para realizar sus planes.

Pero el procurarse una máquina explosiva constituía, naturalmente, otro problema.

El *London Directory* (1) no le daba ningún dato sobre el asunto, y pensó que le sería de poca utilidad ir á informarse á Scotland Yard (2). Allí jamás se enteran de los hechos y movimientos del partido de la dinamita sino después de originarse una explosión, y aun con esto tampoco se enteran mucho más.

De pronto pensó en su amigo Ruvaloff, joven ruso de tendencias muy revolucionarias, al que encontró el invierno anterior en casa de lady Windermere.

El conde Ruvaloff pasaba por escribir una vida de Pedro el Grande. Había venido á Inglaterra bajo pretexto de estudiar los documentos relativos á la estancia del Zar en aquel país en calidad de carpintero; pero, generalmente, sospechaban que era un agente nihilista, y no había duda de que la Embajada rusa no veía con buenos ojos la presencia de aquél en Londres.

---

(1) Libro de señas.
(2) Inspección de policía.

Lord Arturo pensó que era el hombre que le convenía para sus proyectos, y una mañana se fué á verle á Bloomsburg para pedirle parecer y ayuda.

—Veo que piensa usted en ocuparse seriamente de la política—dijo el conde Ruvaloff cuando lord Arturo le hubo expuesto el objeto de su visita.

Pero lord Arturo, que odiaba las fanfarronadas, de cualquier género que fuesen, se creyó obligado á explicarle que las cuestiones sociales no le interesaban, y que necesitaba un explosivo para un asunto puramente familiar y que únicamente le afectaba á él.

El conde Ruvaloff le miró algunos momentos con sorpresa.

Después, viéndole completamente serio, escribió unas señas en un pedazo de papel, firmó con sus iniciales y lo entregó á lord Arturo.

—Scotland Yard pagaría en grande por conocer esta dirección, mi querido amigo.

—No la sabrá—exclamó lord Arturo echándose á reir.

Y después de haber estrechado efusivamente la mano del joven ruso, se precipitó á las escaleras, miró el papel y dijo á su cochero que le condujese á Soho Square.

Allí le despidió, y siguió Greek Streel hasta que llegó á una plaza que se llama Bayle's court. Pasó bajo el viaducto, y se encontró en un curioso lugar que parecía un lavadero. De una casa á otra había unas cuerdas, de las que colgaban prendas de ropa blanca puestas á secar.

Lord Arturo fué derecho al final y llamó en una casita verde.

Tras alguna espera, durante la que todas las ventanas se poblaron de cabezas que aparecían y desaparecían, abrió la puerta un extranjero, de aspecto bastante rudo, que le preguntó en muy mal inglés lo que deseaba.

Lord Arturo le tendió el papel que le diera el conde Ruvaloff.

En cuanto le vió, el hombre se inclinó é invitó á lord Arturo á que pasara á una salita del piso bajo.

Pocos instantes después, Herr Winckelkopf, como se llamaba en Inglaterra, entró muy de prisa en la sala, con una servilleta llena de manchas de vino al cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El conde Ruvaloff—dijo lord Arturo inclinándose—me presenta á usted, y deseo hablarle para una cuestión de negocios. Me llamo Smith... Roberto Smith, y necesito que me proporcione usted un reloj explosivo.

—Satisfechísimo de recibirle, lord Arturo—replicó el malicioso alemán soltando la carcajada.—No me mire usted con aire tan alarmado. Es mi deber conocer á todo el mundo, y recuerdo haberle visto una noche en casa de lady Windermere. Espero que Su Gracia estará bien. ¿Quiere usted venir á sentarse á mi lado mientras concluyo de almorzar? Tengo un excelente pastel, y mis amigos tienen la amabilidad de decir que mi vino del Rhin es mejor que ninguno de los que se pueden beber en la Embajada de Alemania.

Y antes de que lord Arturo hubiese vuelto de su sorpresa al verse reconocido, se encontraba sentado en el gabinete, bebía el más delicioso marcobrunner en una copa con monogramas imperiales, y charlaba de la manera más amistosa que fuese posible con el famoso conspirador.

—Los relojes de explosivo — dijo Herr Winckelkopf — no son muy buenos artículos para la exportación al extranjero, hasta cuando se consigue hacer que pasen la aduana. El servicio de trenes es tan irregular, que de ordinario explotan antes de llegar á su destino. Sin embargo, si necesita usted alguno de esos aparatos para un uso interior, puedo proporcionarle un excelente artículo, y garantizarle que le satisfará el resultado. ¿Puedo preguntarle para qué uso le destina? Si es para la policía ó para alguien que tenga relaciones con Sotland Yard, lo siento mucho, pero no puedo hacer nada por usted. Los policías ingleses son verdaderamente nuestros mejores amigos. Siempre he observado que, contando con su estupidez, podemos hacer absolutamente todo lo que queremos; ni

siquiera tocar ni un cabello de la cabeza de ninguno de ellos.

—Le aseguro—replicó lord Arturo—que nada va contra la policía. En realidad, el aparato de relojería está destinado al deán de Chichester.

—¡Ah! No pensaba en modo alguno que le preocupasen á usted tanto las cosas de iglesia, lord Arturo. A los jóvenes hoy no les tiene con gran cuidado.

—Me parece que se equivoca usted, Herr Winckelkopf—dijo lord Arturo ruborizándose.—No sé nada de Teología.

—Entonces es un asunto completamente personal.

—Completamente.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros, y salió de la sala.

Cuatro minutos después, volvió á entrar con un rollo de dinamita del tamaño de un penny, y un bonito reloj francés coronado por una figura de la Libertad pisoteando la hidra del Despotismo.

El rostro de lord Arturo se iluminó al verlo.

—Eso es lo que necesito. Ahora enséñeme usted cómo explota.

—¡Ah! Ese es mi secreto — respondió Herr Winckelkopf, contemplando su invento con una justa mirada de orgullo.—Dígame usted solamente cuándo quiere que explote, y arreglaré el mecanismo para la hora indicada.

—Bueno. Hoy es martes, y si puede usted enviármelo en seguida...

—Es imposible. Tengo mucho trabajo: una tarea muy importante para ciertos amigos de Moscú.

—¡Oh! Siempre será tiempo si se remite mañana por la noche ó el jueves por la mañana. En cuanto al momento de la explosión, fijémosle para el viernes á medio día. A esa hora el deán se encuentra siempre en casa.

Y tomó nota en un gran registro, abierto sobre una mesa cerca de la chimenea.

—Y ahora—dijo lord Arturo—hágame el favor de decirme lo que le debo.

—Es un negocio tan insignificante, lord Arturo, que voy á poner lo justo. La dinamita cuesta siete shellings y seis pences, el movimiento de relojería tres libras y diez shellings, y el porte unos cinco shellings. Me alegro mucho servir á un amigo del conde Ruvaloff.

—¿Pero y su trabajo, Herr Winckelkopf?

—No vale nada. Es un placer para mí. No trabajo por dinero: vivo enteramente para mi arte.

Lord Arturo depositó cuatro libras, dos shellings y seis pences sobre la mesa, dió gracias al alemán por su amabilidad, y, declinando cortésmente una invitación para tomar un té con algunos anarquistas el sábado siguiente, salió de la casa de Herr Winckelkopf y se dirigió al Park.

Durante los dos días que siguieron, lord Arturo se encontró en un estado de grandísima agitación nerviosa. El viernes á medio día fué al Buckingham-Club para esperar noticias.

Toda la tarde, el estúpido lacayo de servicio en la puerta estuvo subiendo telegramas de todos los rincones del mundo dando el resultado de las carreras de caballos, de sentencias en casos de divorcio, del estado de la temperatura y otros informes semejantes, mientras que la cinta comunicaba los detalles más fastidiosos sobre la sesión de la noche de la Cámara de los Comunes y su pequeño pánico en el Stock Exchange (1).

A las cuatro llegaron los periódicos de la tarde, y lord Arturo desapareció en el salón de lectura con la *Pall Mall Gazette*, la *James's Gazette*, el *Globe* y el *Echo*, con gran indignación del coronel Geodchild, que deseaba leer lo que se decía de un discurso suyo pronunciado aquella mañana en la alcaldía respecto á misiones sudafricanas y á la conveniencia de tener obispos negros en cada provincia.

Ahora bien: el coronel, por una ú otra razón, tenía un prejuicio muy acentuado contra las *Evenings News*.

(1) La Bolsa de Londres.

Ninguno de los periódicos contenía la menor alusión á Chichester, y lord Arturo comprendió que el atentado había fracasado.

Fué para él un golpe terrible, y durante algunos minutos permaneció completamente abatido.

Herr Winckelkopf, á quien fué á ver al día siguiente, se deshizo en excusas laboriosas, y ofreció proporcionarle otro reloj por su cuenta ó una caja de bombas de nitroglicerina al precio corriente.

Pero lord Arturo había perdido toda confianza en los explosivos, y Herr Winckelkopf reconoció que todas las cosas se encuentran hoy de tal manera, que hasta es difícil obtener dinamita pura.

Sin embargo, el alemán, aun admitiendo que el movimiento de relojería pudiera ser defectuoso, aún tenía la esperanza de que se descargara. Citaba en apoyo de su tesis el caso de un barómetro que envió una vez al gobernador militar de Odesa, regulado para que estallase al décimo día. El barómetro no produjo nada hasta los tres años. Cierto era también que cuando explotó no consiguió hacer polvo sino á una criada, porque el gobernador había salido de la ciudad seis semanas antes; pero probaba esto por lo menos que la dinamita, como fuerza destructura, bajo el mando de un movimiento de relojería era un agente poderoso, aunque un poco inexacto.

A lord Arturo le consoló un poco esta reflexión, pero aun desde este punto de vista estaba destinado á experimentar una nueva decepción.

Dos días después, al subir la escalera, la duquesa le llamó á su cuarto y le enseñó una carta que acababa de recibir del decanato.

—Jane me escribe cartas encantadoras—le dijo;—vas á leer la última: es tan interesante como las novelas que nos envía Mudia.

Lord Arturo se apresuró á coger la carta.

Decía así:

«Mi querida tía: Le agradezco mucho la flanela para la sociedad Dorcas.

»Soy del parecer de usted en estimar absurda la necesidad de esas gentes de llevar cosas bonitas; pero hoy todo el mundo es tan radical, tan irreligioso, que es difícil hacerles ver que no deben tener los gustos y la elegancia de las clases elevadas. No sé verdaderamente á dónde vamos á parar. Como papá lo dice á menudo en sus sermones, vivimos en un siglo de incredulidad.

»Nos ha ocurrido una cosa curiosa con un relojito que un admirador incógnito envió á papá el jueves último. Ha llegado de Londres, porte pagado, en una caja de madera, y papá piensa que se lo ha enviado algún lector de su notable sermón *¿La Licencia es la Libertad?*, porque el reloj lleva una figura de mujer con un gorro frigio en la cabeza.

»A mí no me parece esto muy bien, pero papá dice que es histórico. Supongo, pues, que no hay nada que decir.

»Parker desempaquetó el objeto, y papá lo puso en la chimenea de la biblioteca.

»Allí estábamos todos sentados el viernes último, cuando, en el momento de dar las doce, oímos como un ruido de alas; una pequeña humareda salió del pedestal de la figura, y la diosa de la Libertad cayó y se rompió la nariz.

»María se asustó mucho; pero la cosa era verdaderamente tan ridícula, que James y yo nos echamos á reir. Papá nos hizo coro.

»Cuando examinamos el reloj, vimos que era una especie de despertador, y que arreglándole para una hora determinada y poniendo pólvora y una cápsula de fulminante bajo un martillito, producíase la explosión á voluntad.

»Papá dijo que era un reloj demasiado ruidoso para estar en la biblioteca.

»Reggie le llevó á la escuela y allí continuó produciendo pequeñas explosiones durante todo el día.

»¿Cree usted que le gustaría á Arturo un regalo de boda de

ese género? Supongo que debe de estar de moda en Londres.

»Papá dice que estos relojes son instructivos, porque demuestran que la libertad no es duradera y que su reinado debe concluir con una caída. Papá dice que la libertad fué inventada en tiempos de la Revolución francesa. Esto parece horrible.

»Voy á ir en seguida á casa de los Dorcas y les leeré la instructiva carta de usted. Es una gran verdad lo que dice usted de que quieren llevar lo que no les corresponde. Debo decir que su preocupación por el traje es absurda, cuando tienen tantas otras graves preocupaciones en este mundo y en el otro.

»Me alegro mucho de que sus encajes no se hayan echado á perder. El miércoles llevaré á casa del obispo la seda amarilla que tan amablemente me ha regalado usted, y creo que producirá el mejor efecto.

»Reggie acaba de obtener una nueva explosión. Papá ha ordenado que se lleven el reloj á la cuadra. No creo que papá le aprecie tanto como en los primeros momentos, aunque le halague mucho haber recibido un presente tan ingenioso. Esto prueba que leen sus sermones y los aprovechan.

»Papá la envía sus afectos; James, Reggie y María unen los suyos, deseando que tío Cecil esté mejor de la gota.

»Su sobrina, que la quiere,

JANE PERCY.»

Lord Arturo miró la carta con aire tan serio y apenado, que la duquesa se echó á reir.

—Mi querido Arturo—dijo,—no te volveré á leer una carta de muchacha. Pero ¿qué decir del reloj? Me parece una invención verdaderamente curiosa y me gustaría tener otro.

—No tengo gran confianza en estos relojes—dijo lord Arturo con triste sonrisa.

Y después de haber besado á su madre, salió de la habitación.

Al llegar á su cuarto se arrojó en un sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Había hecho lo posible para cometer el asesinato, pero en dos ocasiones habían fracasado sus tentativas, sin que tuviese la culpa. Había tratado de cumplir con su deber, pero parecía que el destino le hacía traición.

Veíase abrumado por el sentimiento de la esterilidad de las buenas intenciones, de la inutilidad de los esfuerzos para una hermosa acción.

Tal vez hubiese valido más romper el matrimonio. Sybil hubiera sufrido, es verdad; pero el sufrimiento no arruina un carácter tan noble como el suyo.

En cuanto á él, nada importaba. Siempre hay alguna guerra en la que un hombre puede hacerse matar, alguna causa á la que un hombre puede dar la vida; y si la vida no le era grata, la muerte no le asustaba.

¡Que el destino hiciera de él lo que quisiera! Nada haría él para conjurarle.

A las siete y media se vistió y se fué al Club.

Allí estaba Surbiton con algunos amigos, y lord Arturo tuvo que comer con ellos. La conversación no le interesaba, y en cuanto se sirvió el café les dejó, pretextando una cita.

Al salir del Club, el lacayo le entregó una carta.

Era de Herr Winckelkopf, que le invitaba á ver un paraguas explosivo que era la última palabra de los inventores.

Lord Arturo rompió la carta en pedacitos. Estaba resuelto á no recurrir á nuevas tentativas.

Después recorrió los muelles del Támesis, y permaneció horas mirando al río.

A las dos de la mañana se dirigió hacia Blackfriars.

Como se acercara á la aguja de Cleopatra, lord Arturo, que iba atormentado por sus reflexiones, vió un hombre inclinado sobre el parapeto, y cuando se acercó le reconoció á la luz de un reverbero.

Era el Sr. Podgers.

Lord Arturo se detuvo.

Una idea le iluminó de repente como un relámpago.

Se deslizó calladamente hacia Podgers.

En un segundo le agarró por las piernas y le tiró al Támesis.

Un juramento grosero, un ruido en el agua, y esto fué todo.

Lord Arturo miró con ansiedad la superficie del río, pero no pudo ver del quiromántico nada más que el sombrero, que giraba en un remolino de agua argentado por la luna. Al cabo de algunos minutos desapareció también el sombrero.

Entonces creyó Arturo que había realizado los decretos del destino. Exhaló un profundo suspiro de alivio, y el nombre de Sybil acudió á sus labios.

En los días siguientes tuvo momentos de inquietud. Le parecía que Podgers iba á volver; pero otras veces pensaba que la fortuna no podía ser tan injusta con él.

Deseaba, de todos modos, salir por completo de dudas, y al fin lo consiguió.

Estaba sentado en el Club. Tomaba té, escuchando distraídamente á Surbiton, que le daba cuenta de la última opereta de la Gaité, cuando el criado trajo los periódicos.

Tomó la *Gazette de Saint-James*, cuando se encontró con este epígrafe:

Suicidio de un quiromántico.

Palideció de emoción y se puso á leer.

Decía así la noticia:

«Ayer por la mañana, á las siete, el cuerpo de M. Septimus R. Podgers, el célebre quiromántico, ha sido encontrado, arrojado por el río, en Greenvich, frente á Ship Hotel.

»El desgraciado había desaparecido hacía algunos días. Se supone que se ha suicidado en un momento de perturbación de sus facultades mentales.

»M. Podgers acababa de terminar un tratado completo relativo á la mano humana. Esta obra se publicará próximamente, y despertará, sin duda alguna, gran curiosidad.

»El difunto tenía sesenta y cinco años, y no parece que deja familia.»

Lord Arturo salió del Club con el periódico en la mano, con gran asombro del portero.

Corrió á Park Lane.

Sybil, que estaba en la ventana, le vió llegar, y algo le dijo que traía buenas noticias. Corrió á su encuentro, y cuando le vió la cara comprendió que todo iba bien.

—Mi querida Sybil—exclamó lord Arturo,—casémonos mañana.

—Loco, ni siquiera está encargado el pastel nupcial—replicó Sybil, riendo en medio de sus lágrimas.

VI

Cuando se celebró la boda, unas tres semanas después, se llenó San Pedro de lo mejor de la sociedad.

Les casó muy conmovido el deán de Chichester, y todo el mundo estaba de acuerdo para reconocer que jamás se había visto una pareja más encantadora.

Los novios eran más que bellos, porque eran felices.

Nunca se lamentó lord Arturo de lo que había sufrido por el amor de Sybil, mientras que ella, por su parte, le daba las mejores cosas que una mujer puede dar á un hombre: el respeto, la ternura y el amor.

Para ellos la realidad no mató la novela.

Conservaron siempre la juventud de los sentimientos.

Algunos años después, cuando tuvieron dos hermosos niños, lady Windermere fué á hacerles una visita á Alton Prioryr—una antigua posesión regalo de bodas del duque á su hijo,—y una tarde que estaba sentada al lado de lady Arturo, bajo un tilo, en el jardín, mirando cómo jugaban los niños, le preguntó:

—¿Es usted feliz, Sybil?

—Sí que lo soy, querida lady Windermere, muy feliz. ¿Y usted, no lo es?

—No tengo tiempo de serlo, Sybil. Siempre he querido al último que me presentaban; pero, de ordinario, en cuanto conozco á alguien me canso de él.

—¿No le divierten ya sus leones?

— ¡Ah! Los leones no sirven más que para una estación. En cuanto se les corta las melenas, se ponen insoportables. Además, si se porta usted bien con ellos, se portarán ellos mal con usted. ¿Se acuerda de aquel horrible Podgers? Era un impostor. Naturalmente, no le conocí al principio, y hasta cuando me pidió dinero se lo dí, pero no podía soportar que me hiciese la corte. Me ha hecho verdaderamente odiar la quiromancia. Actualmente me dedico á la telepatía. Es mucho más divertido.

—Aquí no se puede hablar contra la quiromancia. Es lo único de que no gusta que se rían Arturo.

—¿No querrá usted decir que cree en ella?

—Pregúnteselo. Aquí viene.

Lord Arturo llegaba, en efecto, por el jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano y sus dos hijos saltando á su lado.

—Lord Arturo...

—A sus órdenes, lady Windermere.

—¿Se atreve usted á decir en serio que cree en la quiromancia?

—Ciertamente—contestó el joven riendo.

—¿Y por qué?

—Porque la debo la felicidad de mi vida.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sybil—respondió entregando las rosas á su mujer.

—¡Qué estupidez!—exclamó lady Windermere.—En mi vida he oído estupidez semejante.

Oscar Wilde

CRÓNICA LITERARIA

Cuestiones mixtas de Moral y Literatura.—A propósito de *Los malhechores del bien*, comedia de D. Jacinto Benavente, representada en el Teatro Lara, de Madrid.

Las obras literarias provocan con frecuencia cuestiones mixtas de Literatura y Moral, cuestiones que unas veces están planteadas en las mismas obras como tesis ó pensamiento de ellas, y otras veces surgen como consecuencia de la apreciación del público y de los doctos ó del efecto social que producen las creaciones literarias.

Lo trae consigo la índole de la Literatura. La amoralidad de las Letras sólo puede admitirse como hecho ó recomendarse en concepto de aspiración en un sentido: el de que el autor de obras de bella literatura no se proponga edificar, atienda á un fin artístico y no á un fin de propaganda y enseñanza moral. Planteada en estos términos la cuestión, es discutible y cabe la posibilidad de que una obra literaria pueda calificarse de amoral, desde ese punto de vista.

Existe, pues, ó puede existir, una amoralidad de intención, de propósito, pero intrínsecamente casi todas las obras literarias, por no decir todas, encierran una cuestión moral. La razón es sencilla. El sujeto de la Literatura es casi siempre el hombre, y por consiguiente las obras literarias son en su inmensa mayoría representaciones de la conducta humana, casos de conducta y por lo mismo casos de moral. Rarísima es la obra literaria en que el hombre está ausente. Unicamente en descripciones de la Naturaleza cabe que el factor humano se

reduzca á la impresión del autor ante el espectáculo de fuerzas ó de seres naturales no humanos. Hasta los géneros más apartados de la acción, como la lírica, encierran un fondo de sentimientos humanos que tienen como antecedente ó consecuencia una determinación de la conducta y ofrecen por ahí un matiz ético, aunque sea mucho más vago y atenuado que el de los géneros de acción, como la novela y el teatro, que son géneros esencialmente morales.

Desde el instante en que las obras literarias encierran casi siempre una cuestión moral, es inevitable que provoquen en el público, además de una reacción estética, una reacción moral. De ahí surgen esas cuestiones mixtas de Literatura y Moral á que antes me refería. Aunque á primera vista parezcan externas á la Literatura y ajenas á la verdadera esencia de esta clase de obras del ingenio, son desde luego importantes, y la crítica literaria puede y debe consagrarlas atención por la dificultad extrema de separar la forma y el fondo en las creaciones de las Letras, particularmente en el concepto de la masa general del público, á quien la parte técnica de la Literatura interesa poco, cuando no la ignora, y que juzga de las obras por la impresión que le producen, á la cual coopera casi siempre, más ó menos activamente, el elemento moral contenido en aquéllas. La importancia de estas cuestiones mixtas dimana de que el arte literario no es un producto meramente subjetivo que exista en una esfera ideal, lejana de las realidades sociales. Las obras literarias son un hecho de comercio social, de comunicación espiritual entre gentes, y apenas se concebirían sin recibir la influencia de un medio social y de una serie de antecedentes históricos y sin ejercer á su vez una influencia más ó menos honda sobre un público.

Si dondequiera que hay Letras y una acción social del arte aparecen esas cuestiones mixtas, aquí en España se plantean con un carácter especial que les da á veces desmedida importancia. En nuestro país, los públicos cultos á quienes interesa la Literatura como tal Literatura sin necesidad de aditamentos

religiosos, morales y políticos, son muy reducidos. Por eso la tesis moral, religiosa ó política de una obra interesa á muchos más que la obra misma. Las creaciones literarias más sonadas y á veces más provechosas para los autores, al menos desde el punto de vista del éxito editorial inmediato, son las que plantean algún problema de esa índole ó las que, con razón ó sin ella, adquieren á los ojos del público una significación social distinta de la meramente artística. No es necesario citar ejemplos. Se le ocurrirán fácilmente al lector que conozca algo el movimiento de nuestras Letras en los últimos años. No sólo sobre la crítica contemporánea, sino sobre los juicios referentes á nuestra pasada historia literaria, pesa un espíritu sectario que atiende muy mucho á los antecedentes religiosos ó políticos de los autores, juzgándolos con muy diversa disposición de ánimo, según sean tradicionalistas ó progresistas (para emplear denominaciones muy generales y comprensivas) y sea ésta ó aquélla la significación personal del censor.

Como al mismo tiempo los medios de propaganda directa de las ideas políticas, religiosas y morales que están en uso en los países donde la opinión es activa, se ejercitan rara y perezosamente en España, resulta que las obras literarias, y principalmente aquellas que tienen acción más rápida é inmediata sobre el público, como las pertenecientes al teatro, son un medio de fijar la atención de las multitudes sobre algún asunto con una eficacia que emula á la de los periódicos, y desde luego supera á la del libro doctrinal y el discurso oratorio. La opinión pública anda aquí distraída y es apática. No hay que pedirla grandes ni medianos esfuerzos. Por eso, con el cebo y atractivo del arte es más fácil cautivarla. De ahí viene la gran importancia que aquí adquieren las cuestiones mixtas suscitadas por producciones literarias.

*
* *

Una de estas cuestiones acaba de plantearse con motivo de la comedia de D. Jacinto Benavente *Los malhechores del bien*,

obra ingeniosa, desarrollada con notable maestría dramática, pero que no tiene, á mi parecer, los vuelos que han coincidido en atribuirle desde contrarios puntos de vista sus impugnadores y sus panegiristas.

Veo yo en esta obra una sátira urbana y mesurada de costumbres que no desdice del escenario apacible y un poco burgués de Lara. No puedo ver en ella, por más que hago, la obra terrible, demoledora y hasta anarquista en que se escarnecen los fundamentos de la sociedad, que han creído ver en ella sus contrarios, ni tampoco la obra valiente, liberal, revolucionaria (la misma cosa que antes con corta diferencia, pero desde el punto de vista apologético) que descubren en esta comedia los que se han entusiasmado con ella. Espero que la breve exposición que voy á hacer del argumento pondrá al lector de mi parte.

La acción de *Los malhechores del bien* se desenvuelve en Moraleda. Moraleda es un pueblo ó ciudad dominado por unas cuantas señoras piadosas, que se dedican á hacer obras de caridad y á inspeccionar y reglamentar, valiéndose de los medios de influencia que poseen, las costumbres de sus convecinos. Esas señoras murmuran un poco del prójimo, son quizás algo curiosas y demasiado entrometidas, defectos corrientes en las poblaciones pequeñas; pero, en resumen, son unas buenas señoras, un tanto ridículas á veces, mas de sana intención, y que hacen el bien con un criterio algo exclusivista, pero que lo hacen al fin. En resumen: unas señoras cristianas, caritativas, aunque poco discretas y algo intolerantes. No sé si en la mente del autor resultarán así las señoras de Moraleda, pero creo que este es el juicio que debe formar de ellas un espectador imparcial y desapasionado.

Entre las buenas obras—buenas en la intención—que se dedican á hacer estas señoras, figura la de concertar matrimonios entre personas que creen ellas que han de formar excelentes parejas. Así han concertado el matrimonio de una señorita huérfana y pobre (Teresa) con el marqués de Santo Toribio,

hombre maduro y rico. Del propio modo se preparan á casar á Natividad (una obrerita á quien protegen) con un mozo obediente y de buenas costumbres. Pero las señoras piadosas de Moraleda tienen un terrible adversario en D. Heliodoro, un calavera tronado que vive al amparo de su hermana, que es precisamente una de las más calificadas entre las señoras piadosas del pueblo. D. Heliodoro, no obstante su precario estado y la protección que recibe, conserva toda la independencia y todo el desenfado necesarios para hacer cuanto puede molestar á las señoras mojigatas. Averigua este personaje que Natividad ama, no al novio que le destinan sus protectoras, sino á Jesús, un muchacho á quien las señoras tienen en entredicho por juzgarle díscolo y de malas costumbres. D. Heliodoro se convierte en paladín del amor contra el matrimonio de conveniencia. Persuade á Natividad, que es muy tímida, pero que al cabo se resuelve á marcharse á América con su enamorado, una vez que D. Heliodoro, que está en fondos por una feliz casualidad, les proporciona recursos para ello. Y de este modo triunfa en la comedia el amor sobre el cálculo y la prudencia, desenlace demasiado frecuente en las tablas para que pueda alarmar como un atrevimiento inusitado.

¿Dónde está el anarquismo de *Los malhechores del bien?* Según sus censores, está en que satiriza la caridad, en que defiende un individualismo desenfrenado; está en que D. Heliodoro, al concertar la fuga de los enamorados, les dice: «Os casáis en el primer puerto, y si no queréis no os casáis». Está también en que el propio D. Heliodoro, que por ser un antiguo calavera guarda poquísimo respeto á las buenas costumbres, dice á Teresa: «Si mi sobrino no fuese tan joven, os embarcaba también». Teresa es casada, como sabe el lector, y el sobrino es un mozalbete que la corteja platónicamente, de quien ella se burla un poco á veces, y con quien otras veces coquetea, moderadamente también.

Para graduar el valor que debe darse á estas últimas proposiciones hay que tener en cuenta la índole del personaje en

boca del cual las pone Benavente. En D. Heliodoro no ha querido presentar el autor un espejo de buenas costumbres, sino un calavera jubilado muy contra su gusto, en quien es explicable esa libertad de palabra y de pensamiento, no mayor que la de otros personajes dramáticos que no han alarmado á nadie. Hay que apreciar también como atenuante que D. Heliodoro abusa un poco de la bebida, y que su espíritu de contradicción, junto con la antipatía que profesa á las virtuosas é indiscretas damas de Moraleda, le ha de impulsar á que extreme un tanto las cosas. Tampoco hay en la obra una impugnación de la caridad *per se*, como la que suelen hacer los socialistas, viendo en ella un medio de prolongar las desigualdades sociales al hacer más llevaderos los padecimientos del pobre, sino una crítica de los errores que pueden empañar esa virtud. Y por lo que hace al individualismo, tan general es su exaltación en las obras modernas, que sería harto injusto convertir en piedra de escándalo, por sólo esta causa, la comedia de Benavente.

Creo yo que esta comedia hace algunos años hubiera causado menos impresión que ahora. La llamada cuestión religiosa ha producido un estado de irritabilidad y de suspicacia en los opuestos bandos, que hace que estén ojo avizor sobre todo lo que puede afectar á sus sentimientos. En este caso me parece que ha habido un exceso de susceptibilidad y una exageración manifiesta en dar tanta importancia á una crítica, más ó menos justa, de la caridad indiscreta. Respetabilísima y amable por todo extremo es la caridad; pero en ella caben, como en todo lo humano, errores y flaquezas. En una época en que todo se discute, de Dios abajo, ¿hemos de maravillarnos ni de alarmarnos porque un dramaturgo satirice las formas, que él juzga indiscretas, de la caridad de una Junta benéfica de señoras? Convengamos en que calificar por eso de anarquista á una comedia es verdaderamente excesivo.

Y si nos volvemos hacia el otro bando, ¿cómo no advertir la propia exageración, sostenida aquí con espíritu apologético?

¿Qué gran idea revolucionaria hallamos en *Los malhechores del bien?* Ni para aplaudirla ni para censurarla podemos convencernos de que sea esta comedia una obra demoledora y terrible. Es una comedia ingeniosa, bien escrita, compuesta con verdadero conocimiento del teatro, pero cuya tesis no ofrece nada de extraordinario. Vemos en esa tesis: por un lado, un tópico dramático que era ya viejo en las tablas cuando se estrenó *El sí de las niñas*: la ventaja de los matrimonios de inclinación sobre los matrimonios de conveniencia; y por otro lado, una sátira de modestos vuelos contra los peligros de la caridad indiscreta y del exceso de tutela sobre los individuos, aunque sea bien intencionada. Ni lo uno ni lo otro representa un gran atrevimiento del pensamiento moderno, ni convierte á Benavente en vocero de las ideas radicales en el teatro. Y el mismo autor de *Los malhechores del bien*, al decir, como ha dicho, según cuentan, en el saloncillo de un teatro: «El día menos pensado escribo una comedia clerical», ha parecido dar á entender que no estaba muy conforme con el sentido que se atribuía á su obra y al homenaje que con motivo de ella se le ha tributado. Es de notar que el breve escrito del Sr. Benavente, que se leyó en el Teatro Español, y en que el autor festejado daba las gracias á los que tomaron parte en el homenaje, no contiene ni una palabra que contribuya á robustecer la significación asignada á su obra. No hay en él alusión alguna política, religiosa ni moral. Se habla tan sólo en ese breve documento del arte y de la patria. Es una tácita declaración de independencia.

* * *

No voy á discutir el homenaje. Pueden ser éstos de dos clases. A una pertenecen aquellos que coronan y premian la labor literaria de una vida entera, tales como la coronación de Quintana ó el homenaje á Echegaray. A la otra corresponden los que expresan admiración ó simpatía hacia una obra literaria determinada. Dentro de estos últimos cabe el tributado á Be-

navente. Un homenaje de los primeros sería prematuro tratándose de un autor que, aunque ha realizado ya una gran labor dramática, es joven todavía, y es de suponer que producirá aún numerosas obras. Estos homenajes parciales que se tributan á un autor por una obra determinada, á diferencia de los otros, que representan una especie de adelanto del juicio de la posteridad, tal como se figuran que será los contemporáneos, cuando festejan á un escritor que es ya casi una figura histórica, pueden tener muy varios matices: ser exclusivamente artísticos; obedecer, en mayor ó menor grado, á una tendencia religiosa, moral ó política ó al espíritu de una escuela literaria. El tributado á Benavente ha tenido cierto carácter de escuela, y no de escuela literaria, sino político-moral ó político-religiosa. Se ha querido aplaudir con él cierto supuesto radicalismo que aparecía en el teatro. Aun así, es un acto lícito y explicable de opinión y, hasta si se quiere, de propaganda, si bien ha tenido que revestir cierto carácter parcial que ha apartado de él á muchas personas que admiran el ingenio de Benavente.

En ese homenaje se ha hablado de la libertad del teatro, y se ha hablado por persona tan autorizada como el Sr. Pérez Galdós. Pero no basta hablar de la libertad: hay que aprender á practicarla y á entenderla con equidad cuando hacen uso de ella los que no están conformes con nuestra manera de pensar. Esta educación para practicar la libertad y esta imparcialidad para entenderla son bien raras en España, hasta entre los hombres de más valía intelectual.

La libertad en el teatro puede desaparecer ó padecer menoscabo por una intervención del Estado, cuando éste sujeta á censura previa las obras y prohibe la representación de las que le parecen peligrosas ó inconvenientes. Puede quedar también mermada cuando una turba, como ha ocurrido algunas veces, asalta un teatro ó estorba por algún medio violento la representación. Pero la libertad del teatro, como todas las libertades civiles, supone vida de sociedad y convivencia con otras

libertades. El público tiene también su libertad, y cuando no le agrada una obra puede lícitamente abstenerse de ir á verla y hacer propaganda contra ella.

En el caso de *Los malhechores del bien* no ha habido en el teatro en que esta comedia se representa ninguna manifestación de desagrado, ni la autoridad ha opuesto el menor obstáculo á su representación. La libertad no está en litigio, ni ha padecido quebranto ni merma. ¿Que algunas señoras distinguidas, que una parte del público, en suma, han manifestado su propósito de dejar el abono si se representaban obras de esa tendencia, ó se han abstenido de asistir al teatro Lara? Pues eso es conforme con el régimen de la libertad, que no exige que los que discrepan de una opinión ó de una obra artística se sometan á ella, sino sólo que no se empleen medios violentos ó ilegales para cohibir la expresión de las diversas opiniones posibles. La libertad no consiste en que todos profesen un mismo credo, aunque sea radical y avanzado, sino en la convivencia de las varias opiniones y en la posibilidad de que cada cual pugne por la suya y combata la contraria si quiere, siempre que sea por medios lícitos. ¿Y qué más lícito que dejar de asistir al teatro cuando á uno no le agrada ó no le conviene?

Este recordatorio de lo que es la libertad es tal vez la moraleja más importante que brindan á los espíritus imparciales las cuestiones mixtas suscitadas por *Los malhechores del bien*.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia literaria: El fenómeno del «seiscientismo».=Bellas artes: Teoría estética y técnica del retrato.—El caballo en el arte de Atenas y de Roma.=Crítica literaria: Pablo Bourget.=Educación y enseñanza: Cómo se enseña en Francia la medicina.=Estética: La estética nueva y la poética.=Costumbres: El Año Nuevo en China.=Impresiones y notas: El bello sexo.—Cosas de anglosajones.—Opiniones de las mujeres sobre los hombres.—*La Ráfaga*, de Bernstein.—Inocencio III y León XIII.—El corazón y la ley.

HISTORIA LITERARIA

El fenómeno del «seiscientismo».—Aunque todos sepan lo que se entiende por *seiscientismo*, es difícil definir esta palabra. El seiscientismo es el jesuitismo en el arte—decía Luis Settembrini;—pero si así fuera, ¿qué sería en los países que no han tenido jesuítas? El seiscientismo es una forma grande con pequeño contenido, un exterior al que no corresponde lo de dentro—pensaba Francisco de Sanctis;—pero ¿cómo ajustar esta fórmula al caso, por ejemplo, de Shakspeare? Decir, por otra parte, que el 600 deliraba, es emitir un concepto vago, aunque no fuera de propósito. Hay que notar que si hubo un seiscientismo común á todos los países de Europa, cada uno tuvo su forma particular: marinismo, gongorismo, conceptismo, culteranismo, enfuísmo, preciosismo. Aunque cosas diversas, todas ellas tienen, sin embargo, algo de común, que permite agruparlas bajo el mismo nombre; y atendiendo á esta cualidad común, parece que puede decirse que el seiscientismo es, ante todo, una negación de la naturaleza y de la sencillez.

Pero ¿dónde acaban en rigor la sencillez y la naturaleza? En poesía, por ejemplo, ¿hay un lenguaje natural? Sí y no: para quien habitual ó accidentalmente se encuentre en disposición poética, la poesía es un habla natural; para quien no se halle en esa disposición, no sólo no es natural el lenguaje poético, sino que es contra naturaleza. Tomemos la metáfora, que si no es toda la poesía, es gran parte de su alma. «¿Quién nos librará de la metáfora?»—dijo una vez Pablo Luis Courier. Nadie seguramente, ni falta que hace. La metáfora nace de dos capitalísimas operaciones del espíritu: intuición de analogías y asociación de imágenes. ¿Qué se critica al seiscientismo en materia de metáforas? ¿Su atrevimiento? Pues Leopardi, que es lo contrario de Marino, quiere metáforas atrevidísimas y sostiene que cuanto más atrevidas, más agradan; Esquilo y los Profetas están llenos de metáforas de esa clase, y en las cartas de Santa Catalina de Siena las hay que nada tienen que envidiar á las más atrevidas del 600, como ésta, por ejemplo: «Este es un manjar que, mientras seamos peregrinos en esta vida, encierra en sí el olor de las verdaderas y reales virtudes, las cuales virtudes están cocidas al fuego de la divina caridad y se comen en la mesa de la cruz». ¿Será la demasiada abundancia la que se critique? Pero la abundancia de las metáforas está en relación con el hervor de las pasiones y el caldeamiento de la fantasía: Heine, enamorado, dice que de su boca manan las metáforas, y de Goethe se ha dicho que no podía abrir la boca sin dejar salir un tropo. Claro es que hay metáforas buenas y malas, pero siempre las ha habido, y el seiscientismo se distingue por lo incongruente, falaz y fatigoso de las analogías en que se basan.

Lo mismo que de las metáforas puede decirse de los conceptos: pues aquí también todo se reduce á conveniencia y medida, y es dificilísimo fijar los límites entre lo conceptuoso y lo natural, habiendo existido siempre agudezas y amaneramientos en el decir. Y si se siguen analizando los demás elementos, usos y formas del seiscientismo, se vendrá á la conclusión de

que éste, ó, para hablar con más exactitud, la parte viciosa del seiscientismo, consiste en una habitual exageración de los procedimientos propios del arte que podemos llamar normal. El preciosismo es forma de retención; el marinismo, forma de disolución; ambos se comprenden en el amaneramiento. El barroco no es todo el amaneramiento del 600, pero es su parte más vistosa y característica; su cualidad principal es la tendencia al exceso: de ahí la hipérbole y la hinchazón, crápula de fantasía y de ingenio que no se concilia con el buen gusto.

No todo en lo barroco es, sin embargo, vituperable: el Bernini es, dígase lo que se quiera, un gran artista, y Marino es un hombre de mérito; en el barroco mejor no es posible desconocer juntamente con el atrevimiento, á veces impetuoso, y con la floridez, frecuentemente exuberante, ligereza de espíritu, cierta curiosidad de pensamiento y sentimiento, y un gran amor á lo nuevo. Se quiere lo nuevo á toda costa y se reacciona además contra el humanismo, por lo que puede considerarse el seiscientismo como el primer paso hacia el romanticismo. En la *Guerra del Parnaso*, de Escipión Herrico (Venecia, 1643), se narra cómo Apolo quiso imponer Aristóteles á los poetas, y cómo se rebelaron la mayor parte de éstos, capitaneados por Marino, Lope de Vega y Ercilla, protestando de que no es un filósofo el que debe dar reglas á la poesía.

En el seiscientismo hay, pues, una indisciplina, una efervescencia, una rebelión, que no es posible conciliar con el espíritu del jesuitismo. Lo que hoy llamamos megalomanía fué entonces manía comunísima, y lo que hoy se llama superhombre fué cosa muy conocida en 1600. El lenguaje se hincha, porque se infla el hombre desde su traje hasta su alma. Los títulos de las obras dan la medida de aquella hinchazón: *Los líricos furores*, de Santiago Zinani; *Las primicias canoras, ó más bien los primeros furores poéticos*, de Lucas Tesini; *El Océano de los avisos astrológicos*, almanaque, de Rustico Rustici. Todo se quiere grande, extraordinario, inaudito, estrepitoso, maravilloso; no hay príncipe que no sea un Jove, ni ca-

pitán que no sea un Marte; Marino dedicaba sus *Dicerie sacre* «á la inmortalidad de Paulo V, pontífice, el mejor de los óptimos, el mayor de los máximos, simulacro de Dios, sol de gloria, á cuyo cetro obedece el mundo, tiembla el infierno», etc. Cuando se establece como principio que la poesía debe hacer quedar á la gente con la boca abierta, atontada y estupefacta, pronto se ven las consecuencias: tal poesía rechazará todo freno, y todos los medios le parecerán buenos para obtener aquel resultado: sentimientos excesivos, conceptos artificiosos, personajes y casos fuera de lo corriente y posible, imágenes alucinadoras, hipérboles y metáforas disparatadas, sutilezas y monstruosidades.

De las causas del seiscientismo se ha tratado mucho, sin llegar á un acuerdo. Filarete Chasles las encuentra en la influencia de algunos poetas ávidos de gloria y de dinero, como Lyly, Góngora y Marino, mientras que Settembrini y Sismondo las buscan en la reacción católica y el jesuitismo; en Italia fué cosa corriente que el mal gusto fué importado por los españoles; pero aunque el influjo español fué preponderante en los siglos XVI y XVII en Francia y en Italia, la literatura española á su vez había sido influída por la italiana, y, por lo tanto, las corrientes de mal gusto eran recíprocas. Menéndez y Pelayo halla los orígenes de este mal gusto en la poesía oficial y cortesana, naturalmente artificiosa, hinchada y amanerada; así se desarrolló en España como en Francia y en Inglaterra. Enrique Panzacchi cree que el seiscientismo es el último efecto del humanismo degenerado; Luis Carrer y Ticknor relacionan el seiscientismo con los grandes hechos del Renacimiento, y todos evidentemente tienen alguna razón en sus afirmaciones. El seiscientismo era un fenómeno latente que apareció y se desarrolló en cuanto halló terreno propicio para su aparición y crecimiento, lo mismo en España que en Italia, Francia é Inglaterra, y tanto en la literatura como en las demás bellas artes.

BELLAS ARTES

Teoría estética y técnica del retrato.—Fray Mariano Gil, en la revista *España y América*, estudia diferentes clases de retratos: el fotográfico, el de raza, el que pudiera llamarse anatómico, el verdaderamente artístico, objetivista ó subjetivista, y el caricaturesco.

En el retrato de raza se fijan los rasgos típicos de una colectividad con preferencia á los característicos del individuo, como se ven en las escuelas holandesa y flamenca, exceptuando los pintados por Rembrandt y Van-Dick. El anatómico suele referirse á un tipo degenerado, sin interés para el artista, como los retratos de los personajes degenerados de la casa de Austria pintados por Sánchez Coello, Velázquez y Carreño, y los de los Borbones de Goya. Los artísticos objetivistas son los que reflejan á través de sus rasgos fisonómicos el alma de la persona retratada, como los pintados por Antonio Moro; los subjetivistas son los mismos objetivistas con la impresión del alma del artista mismo. El retrato caricaturesco, por último, es el que se distingue por la exageración expresa de un rasgo determinado, más ó menos típico, que constituye la parte cómica ó ridícula del individuo retratado.

La obra artística puede ser examinada por un técnico ó por un profano: el primero estudia en el retrato la parte técnica, y por ella reconoce el temperamento del artista; el segundo, como no comprende esa parte técnica, sólo ve en el retrato la fisonomía é indumentaria del retratado; es decir, que el técnico aprecia en el retrato el artista y el personaje retratado, mientras que el profano sólo puede apreciar al personaje.

Ahora bien: si un profano recorre una galería de retratos de una misma época ó escuela, descubrirá en toda la serie ciertas analogías de rasgos fisonómicos, temperamento, vestimenta, etc., y aun estando mezclados con otros de diferentes escuelas ó épocas, podría asignar á cada cual la época ó la es-

cuela á que pertenecen. Esto indica que tales series de retratos entran en la categoría de tipos y no de individuos, teniendo todos una cantidad mínima de rasgos peculiares y una máxima de rasgos comunes. Así, por ejemplo, si se examinan las obras de Rubens y de su discípulo Jordaens, se verá que en todas se repite el mismo tipo de mujer con ligeras variantes, lo que prueba que aquellas mujeres, más que retratos de individuos, representan el tipo de la época: la mujer flamenca del siglo XVII.

Si comparamos en cambio los cuadros de Rubens ó Jordaens con los de Moro, observaremos que de la serie innumerable de mujeres que figuran en los primeros, sólo quedan en nuestra imaginación los rasgos de una sola mujer, mientras que en los del segundo cada personaje nos deja el recuerdo de un individuo inconfundible con otro, con propia personalidad; éstos son retratos individuales, y aquéllos no.

Dentro de las condiciones exigidas por la estética, pueden citarse como retratos objetivistas los pintados por Durero, Moro, Velázquez, Reynolds, etc.; y como subjetivistas, los debidos á Vinci, Van-Dick, Rembrandt, Greco, Gainsborough, etcétera.

En el retrato artístico, el pintor suprime el accidente en provecho del tipo individual, eliminando todo lo inexpresivo y dejando lo más característico y personal, de modo que el retrato venga á ser como una síntesis biográfica de la persona retratada; el mejor retrato no es el ejecutado con mayor exactitud y escrupulosidad de detalles, sino el que mejor revele al exterior la vida interna del individuo. Baltasar Denner, en el siglo XVIII, conquistó fama universal por la incomparable minuciosidad con que reproducía los más insignificantes detalles, siendo solicitado por reyes y príncipes que se quedaban absortos ante aquella exactitud de reproducción; hoy, sin embargo, los cuadros de Denner duermen en el olvido.

En los retratos subjetivistas se revela el temperamento del artista sumado al del personaje retratado. Basta examinar va-

rias obras de Vinci, Greco ó Van-Dick, para ver en todas ellas algo que no es propio del sujeto retratado, sino del retratista, y que permite constituir con todos ellos una sola familia, cuyos individuos, diferentes entre sí, están ligados todos por la procedencia común.

El retrato fotográfico es una simple estereotipación de los rasgos fisonómicos, es decir, de lo más superficial que tiene la persona. Si viéramos el hombre de mayor talento del mundo, es probable que por esta sola vista no adivinaríamos su valor, y lo mismo nos sucedería viendo su retrato; pero si vemos en cambio esa misma figura retratada por un gran pintor, en seguida descubrimos bajo aquellos rasgos al hombre eminente cuyo talento asombra al mundo: la persona así retratada adquiere, por obra del artista, una intensidad de vida que no puede darle la máquina fotográfica.

Pudiera suceder que el retratado fuese un degenerado, y entonces el artista se limita á la reproducción anatómica de la fisonomía, como los retratos de los Austrias de Velázquez ó los de los Borbones de Goya; son cabezas de estudio, y nada más, en las que importa fijar con fidelidad todos los rasgos.

La caricatura es también un arte, pero forma un ángulo con el retrato; ambos se unen por el vértice, que son los rasgos fisonómicos; pero se apartan después para no encontrarse nunca: el retrato busca el temperamento moral, y la caricatura el lado cómico de la persona retratada.

***

El caballo en el arte de Atenas y de Roma.—Preguntado un día Napoleón—dice Ricardo Ulivi en *L'Italia Moderna* —por el gran pintor David sobre la forma en que quería ser retratado, Napoleón respondió sin vacilar: «Ponedme tranquilo y seguro sobre un caballo fogoso y bizarro». Y David, en efecto, creó una de las más hermosas obras de arte, dando vida fielmente al concepto artístico formulado por Napoleón.

Los artistas han dado antigua y constante preferencia al caballo sobre todos los demás animales en sus representaciones plásticas; y es que el caballo posee líneas, contornos y actitudes, y está vaciado, en suma, con tal excelencia en los moldes de la Naturaleza, que figura por su belleza plástica inmediatamente después del hombre entre los seres de la creación, no dejando tampoco de contribuir al favor de que goza entre los artistas el haber sido siempre aliado fiel del hombre en toda alta y hazañosa empresa. El artista debía, naturalmente, unir todos los mayores coeficientes que habían concurrido al cumplimiento de tales obras heroicas, para dar la impresión más completa de una gran epopeya, representando á sus protagonistas en el momento más saliente y en la más épica actitud.

El héroe militar debía, pues, aparecer inmortalizado en su caballo de batalla; pero aunque el asunto sea constantemente el mismo, varía profundamente en los tiempos y en las escuelas diversas la manera de representar el caballo, sea por la idea informadora, sea por la técnica ó por el modelo mismo: así, los artistas griegos representaron siempre el caballo muy pequeño y elegante, cuidándose sobre todo de la forma; el Renacimiento produjo en general caballos corpulentos y robustos para dar relieve á la idea marcial; y la época contemporánea nos ofrece caballos fielmente copiados del natural, con sus cualidades y defectos, aunque con tendencia á las formas esbeltas y ligeras.

El caballo figura en los monumentos de las civilizaciones persa, fenicia y asiria; entre los asirios especialmente, que es de los que se conserva mayor número de documentos, el caballo aparece en actitud natural, tirando de carros de guerra ó triunfales, y siempre de perfil, en bajorrelieves; nunca se presenta elegante, aunque sí muy adornado á la oriental y reproduciendo modelos de la Naturaleza. Entre los egipcios, el caballo figura en escasos monumentos, hecho que se explica porque su introducción en el Imperio del Nilo fué tardía, en la

época del segundo Imperio; desde entonces se ve representado con relativa frecuencia, pero muy torpemente. En el arte etrusco, en cambio, figura mucho de perfil, en tintas monócromas, en los célebres vasos, pero en general bastante amanerado.

El caballo pasó á Grecia del Asia, y en sus líneas se encuentran las del árabe actual, que es el tipo más fino y puro del noble animal. Los griegos lo usaron en la guerra enganchado á carros de combate y de triunfo; en Homero no se halla mención de guerreros á caballo, y sólo los dioses aparecen combatiendo á caballo; quizá parecería cosa imposible montar á caballo, y se reservaba á los dioses tal privilegio, hasta que andando el tiempo se logró vencer la dificultad, y se crearon aquellos cuerpos de caballería en que tanto sobresalieron los atenienses. El caballo de tiro y el de montar fueron entonces tipos distintos, como puede verse en los bajorrelieves: éste, de cuerpo corto y cabeza erguida; y aquél, de formas más prolongadas, destinado especialmente á las famosas carreras de los juegos helénicos.

En la elección de caballos de carrera, el griego exigía que alcanzaran la mayor velocidad para vencer en los juegos; y aunque para ello se cuidara esmeradamente de una de las cualidades del caballo, nunca fué con detrimento excesivo de las demás, lo que explica la admirable armonía de las formas que el caballo griego ostenta en las obras de arte. En el caballo de guerra es todavía esta belleza más sensible, porque, además del culto vivísimo del pueblo helénico á lo bello, el caballo de guerra no tenía que soportar grandes pesos como en la Edad Media, pues el jinete montaba á pelo y llevaba pocas armas y muy ligeras; si se ponen frente á la representación de un caballo griego un artista y un caballista, ambos coinciden en su admiración, aunque partiendo de diversas consideraciones, lo que prueba la fidelidad de la reproducción y la belleza del tipo representado; esto no sucede si se trata de caballos medioevales y aun de muchos modernos; pues si el artista los aplau-

de, el inteligente los censura, ó viceversa: unos carecen de verdad y otros de belleza.

El arte en Roma no tenía las raíces que en Grecia: en Grecia el arte fué siempre popular é ingénito; y en Roma, aristocrático y de imitación. Cuando Roma conquistó á Grecia, el arte griego estaba en decadencia, y esta decadencia general tenía que reflejarse en las representaciones artísticas del caballo. El caballo romano no tenía la elegancia ni la ligereza del griego; en cambio, poseía las cualidades de robustez y de resistencia propias de los climas menos templados y más adecuadas para las grandes guerras de conquista que los romanos llevaron á cabo. El tipo del arte lo encontramos en el monumento ecuestre de Marco Aurelio, en la plaza de Campidoglio; allí se ve la pesadez resultante del exceso de masa muscular, corregida por cierta elegancia inspirada sin duda por los modelos griegos.

Como monumentos artísticos que nos han quedado de la representación del caballo en Grecia y Roma, pueden citarse el famosísimo friso y metopas del Partenón, el caballo de Marco Aurelio, el de la estatua ecuestre de Nerón, el de las excavaciones de Herculano, el del Museo Capitolino, el de la Amazona moribunda, de Nápoles; los cuatro de la fachada de San Marcos, de Venecia, procedentes de Corinto; los de Cástor y Pólux de las gradas de Campidoglio, y otros varios ejemplares y fragmentos que figuran en diversos Museos.

CRÍTICA LITERARIA

Pablo Bourget.—A propósito del último libro de Bourget, *Las dos hermanas*, Pellissier escribe en *La Revue*, de París, un artículo crítico que merece ser recogido.

El argumento, despojado de sus adornos psicológicos, se reduce á que Magdalena Liebaut, deseosa de que su hermana Agata, viuda, vuelva á casarse, cultiva la amistad del co-

mandante Brissonnet, logrando que se enamore de ella misma, con la esperanza, dado el parecido de las dos hermanas, de que al saber que ella, Magdalena, está casada, se dirija á la viuda; la primera parte del plan sale perfectamente, pues no solo Brissonnet se prenda de Magdalena, sino que Magdalena se siente también enamorada de Brissonnet; pero el fin perseguido por Magdalena no se logra tan fácilmente, porque, á pesar del parecido, Brissonnet no quiere á la viuda; Magdalena, acallando su pasión, pone al comandante en el trance de casarse con Agata, y ante su negativa pertinaz le despide para siempre sin dejarle entrever su propio cariño. Como se ve, el asunto es íntimo y apenas sale de los límites de un cuento. Pellissier prescinde de la crítica de los caracteres, del escenario y del desarrollo de la acción, para fijarse tan sólo en el estilo y en la forma de la nueva obra, género de crítica que hoy suele abandonarse y que jamás debiera descuidarse para obligar á los autores á escribir con mayor corrección y gusto.

Bourget incurre en varias consonancias desagradables y repeticiones de palabras verdaderamente censurables: «Magdalena olvidaba que apenas *estaba* cubierta y que los finos zapatos de que *estaba* calzada no *estaban* hechos para hollar el suelo de las alamedas»; «antes hubiera salido del circo que asistir á *esta* parodia; *estos* juegos de *esta* leona y de *estos* cachorros, con el solo fin de divertir á *este* público estragado, con *esta* perspectiva para *estos* pobres animales de morir tísicos»; «á través *de* toda clase *de* complicaciones *de* parte *de* la mayor y *de* toda clase *de* delicados perdones *de* parte *de* la otra». Flaubert no se perdonaba, según Teófilo Gautier, el haber dejado escapar en *Madame Bovary* «una corona *de* flores *de* azahar». Eso era ya una monomanía; pero de ahí á los descuidos y machaqueos de Bourget hay una distancia enorme.

Son fruslerías, y como fruslerías se critican; pero denotan ó poco gusto ó lastimoso descuido. Pero hay cosas más graves:

las impropiedades de todo género que pululan en la prosa de Bourget: «El viento, *cargado* de la frescura de las neveras»; llegado el tren que esperan, «no piensan sino en *descubrir* el número del compartimiento destinado á la viajera»; «el matiz bronceado de su tez donde *ardían* literalmente dos ojos muy obscuros»; «Magdalena adivinaba este matiz, y si su ternura le prohibía *abandonarse á esta lucidez*, no por eso sufría menos ciertas evidencias»; «el azar se presta á nuestros imprudentes proyectos con una complacencia en que *cuesta trabajo no discernir una fatalidad*»; «de cada uno de estos movimientos *emanaba una atmósfera* de pureza».

Véanse ahora algunas construcciones de Bourget: «ella sufría de ella y precisamente de los rasgos personales que contrastaban más con sus propias insuficiencias»; «se miraban con pupilas de nuevo tan parecidas, con la gracia gemela de su sonrisa»; «la máscara burguesa del doctor, cuyos párpados se habían arrugado guiñándose ante libros de patología y las sienes desguarnecido por meditar recetas»; «Favelles ejecutó varios movimientos, luego apoyó su bastón en tierra diciendo un «he ahí tras diez y siete baños» triunfal que plegó en una semisonrisa los finos labios de Magdalena»; «la señora de Meris había estado dominada respecto de su hermana por esta ilusión».

Tampoco faltan solecismos en *Las dos hermanas*: «Magdalena interrogaba á su hija sobre su empleo de fin de la tarde»; «una escena *vecina* de ser trágica»; «ella permaneció largo tiempo mirando aquel vasto paisaje, *pronunciándose de nuevo* uno de esos interminables diálogos».

Todavía Jorge Pellissier recoge y apunta multitud de otras expresiones, voces y giros incorrectos de Pablo Bourget que revelan el descuido con que el autor de *Las dos hermanas* deja correr su pluma, y concluye diciendo: «Los escritores más grandes no están exentos de censura: el abate Olivet despellejó á Racine, y la crítica de Morellet, por juiciosa que fuera, se ejercitó en vano contra Chateaubriand; hasta quizá, si es-

critores como Molière, Saint-Simon, Balzac y Michelet, en los que las faltas abundan, han sabido representar personas y cosas con tanto brillo y relieve, esa incomparable fuerza de expresión depende en gran parte de sus irregularidades ó incorrecciones; pero Bourget no ha sabido nunca hacer sensible á la vista ningún objeto, y en las quince ó veinte novelas que ha escrito no se encuentra una sola figura que tenga vida; novelista psicólogo, su psicología, que se ostenta en interminables comentarios, le dispensa de pintar la realidad, de poner en pie personajes vivientes. ¿Se le ha de dispensar además el que no escriba siquiera como un retórico decente?»

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

Cómo se enseña en Francia la Medicina.—Hasta ahora—dice el Dr. Regnault en *La Revue*, de París — los estudiantes sólo pensaban en burlarse de sus maestros; ahora quieren que les sean útiles. La causa aparente de este cambio parece ser los últimos tumultos en la Facultad de Medicina ocasionados por el rigor del profesor de Física en los exámenes. La causa real es debida á la transformación de las ideas, cada vez más prácticas en las nuevas generaciones, y que llevó á los estudiantes de Medicina, en 1901, á fundar una cooperativa para la defensa de sus intereses: allí instituyeron conferencias de terapéutica, de droguería, de arte dentario, de todo lo que estaba descuidado por la Facultad. Su lema era éste: «Ya no somos colegiales á quienes se reprende ó se adula; seremos mañana prácticos á quienes se confiará la vida, y seremos responsables de no saber». Esta campaña ha dado resultado: el ministro ha abierto una información, y los profesores de París han nombrado una comisión para estudiar la reforma de la enseñanza. ¿Qué defectos tiene, pues, la enseñanza oficial, y cuáles son sus causas y sus remedios?

Muchos escritores, al comparar las Universidades francesas con las alemanas, han señalado la inferioridad de las france-

sas; las diferencias entre ambas, pequeñas al principio, han ido acentuándose. Antes de la Revolución, unas y otras Universidades eran autónomas, y casi independientes del Estado; los estudiantes pagaban directamente á sus profesores. Estas tradiciones se han conservado en Alemania: el alumno paga al profesor cuyas lecciones quiere recibir, y así se comprende que haya catedráticos que lleguen á aumentar su sueldo fijo hasta percibir 40, 50 y 60 mil francos anuales. El profesorado es una carrera, y el maestro, para atraerse alumnos, trata de interesarlos en su enseñanza, de serles útil; así están atentos y son asiduos para sacar partido del dinero que se gastan. De este modo tienen cursos elementales, que forman cada año una enseñanza completa. Todo procedimiento que pueda facilitar el aprendizaje del estudiante se generaliza en seguida. Constantemente se recurre á la fotografía y á las proyecciones del epidiáscopo; toda cátedra tiene anejo un museo, que no sirve, como entre nosotros, para conservar curiosidades, sino que está realmente dedicado á la enseñanza.

En Francia la Revolución destruyó las Universidades, y el Imperio, al reorganizarlas, las convirtió en instituciones del Estado; el alumno paga sus inscripciones al Gobierno, y el profesor tiene un sueldo fijo que le asegura un modesto pasar. De tal modo entró este sistema en las costumbres, que hoy un profesor se avergonzaría de recibir dinero de sus alumnos; su cátedra es una propiedad, conquistada mediante largos y penosos trabajos; estima que no debe al Gobierno, que tan mal le paga, sino un mínimum de esfuerzo, y se pone en regla con su conciencia empleándolo.

El profesor elige todos los años un asunto de los más limitados de su asignatura, y se entretiene en desarrollarlo en el curso; poco importa que constituya una parte mínima de la materia que debe enseñar; su único cuidado es ostentar su erudición y hacer admirar su elocuencia; así sus lecciones, puramente teóricas, son poco seguidas, y á nadie puede extrañarle que lo sean.

¿Cómo se ha producido esta anomalía? Porque Napoleón, al hacer del profesor un funcionario del Estado, ha destruído en él todo deseo de progreso. Otra causa es el modo de reclutamiento del Profesorado: en Alemania el aspirantes es, ante todo, *privat docent*, que tras largos años de práctica se acredita y puede llegar á catedrático; en Francia tiene que someterse al concurso de agregación, medio teóricamente superior al otro, pero desnaturalizado en la práctica, porque la erudición y la elocuencia triunfan sobre la originalidad. En Francia la tarea única del aspirante es preparar su concurso siguiendo una conferencia, y esforzándose en llegar á recitar ó escribir una lección en determinado tiempo.

Lo más importante es llegar al Profesorado; si llega, suele ser tarde; la clientela está hecha, y más que una nueva misión, se busca la cátedra como un honor que corona la carrera. De ahí que se soliciten cátedras para las que no se tienen aptitudes; un clínico se hace catedrático de Historia de la Medicina, y un cirujano profesor de Anatomía; se pasa caprichosamente de una cátedra á otra, y estas permutas escandalizan. ¿Qué puede esperarse de tales profesores? Agréguese á esto la diversa organización material de las Facultades en Francia y Alemania, y se comprenderá mejor la inferioridad de la enseñanza francesa.

¿Cómo, entonces, ha producido Francia tan brillantes profesores? Porque la iniciativa privada ha suplido á la oficial. La superioridad de la clínica en Francia es indisputable, pues el método alemán ha dado en esto malos resultados, todo lo cual prueba que, siendo necesario reformar la enseñanza, conviene evitar al hacerlo un doble escollo: admirar todo lo alemán y copiarlo servilmente, ó bien rechazarlo todo por puro prejuicio. Acéptense las innovaciones útiles y perfecciónese lo existente.

ESTÉTICA

La estética nueva y la poética.—En uno de sus brillantes artículos había Camilo Mauclair denunciado «la ignorancia del literato contemporáneo», preguntándose si acertaría á encontrar una nueva fórmula de arte ó se dejaría arrastrar por la tradición académica, afirmando por su parte que «hay que desprender de la realidad una belleza nueva, enteramente distinta de la que ayer nos satisfacía», y confiando en la juventud para llegar á la creación de la nueva estética. León Vannoz responde al llamamiento de Mauclair, y explica en *La Revue* cómo entiende que debe resolverse el problema de la estética.

Se ha dicho que lo que caracterizaba las tendencias estéticas de la nueva generación era el abandono del verso libre y la vuelta á la métrica tradicional en cuanto á la forma, y el repudio de todo ese sentimentalismo enfermizo y ese cinismo de aparato que triunfaban hace años, volviendo con entusiasmo por la sencillez vigorosa de la naturaleza. Cierto es que existió ese movimiento de reacción; pero duró poco, porque nada se podía construir sobre tan pobres afirmaciones; y aunque Fernando Gregh mantuvo contra el cosmopolitismo simbolista la protesta humanitaria, aquello fué circunstancial y pasajero como inspirado por la cuestión Dreyfus. Más vigorosos se mostraron los *naturistas*; pero casi todos se han hecho prosistas, y únicamente Bouhelier se ha manifestado con temperamento poético. Pero ¿qué hay que entender en esa «vuelta á la naturaleza» predicada por los naturistas? ¿Es la naturaleza como la entendían Lucrecio ó Espinosa ó como la comprende el burgués de Batignolles? Si se pretende oponer la naturaleza al arte, ¿para qué escribir versos, y sobre todo versos regulares?

Es una necesidad de la naturaleza humana vaciar la realidad fluida en un molde que la dé su forma; la realidad es de

aprehensión imposible; sólo conocemos su apariencia, la representación simbólica que de ella tenemos; esta representación simbólica de lo real es el fondo sólido y resistente sobre el que se ha edificado el simbolismo. El artista—músico, pintor ó poeta—experimenta una emoción estética que no puede traducir en estado puro; entonces, para comunicarla á los demás, necesita servirse de un símbolo, que es así «una generalización del pensamiento por la imagen». Cuanto más expresivamente bella y rica en significaciones sea la imagen, más valor tendrá la obra de arte; y aquí tenemos ya un criterio racional de la belleza. Pero esta es una verdad general que plantea más problemas que los que resuelve. ¿Qué es la creación poética? ¿Qué asegurará el valor verdadero de la obra de arte? ¿Cuáles son las relaciones de la obra de arte y del medio?

Puede explicarse la creación poética psicológicamente, como lo hacen la mayor parte de los estéticos, como lo hace Gabriel Seailles en su *Ensayo sobre el genio en el arte*; pero también puede acudirse á los datos de todos nuestros conocimientos, creando así innumerables relaciones. La obra poética y artística, nos dice la Psicología, nace de una emoción estética, y en torno de este embrión las ideas se asocian por contigüidad y semejanza, trabajo á la vez clarividente é inconsciente. «En el poeta—dice Lacuzon—es preciso que el estado de alma pase del modo afectivo al estado activo, se dinamice en cierto modo, y sólo entonces toma el nombre de inspiración; para que haya creación poética será, pues, preciso que el estado de alma, convertido así en moción de alma, esté inscrito en un símbolo; y esta inscripción es una integración de función, porque las palabras y las frases representativas de pensamiento, sentimiento y emoción son valores, y estos valores son funciones, atendido á que las variaciones de la una implican las de la otra; «que el ritmo intervenga, y la obra nace».

Si esto es así, claro es que cada época debiera renovar la materia del arte: el plagio, la imitación, lo ya conocido y con-

siderado por todos como pobreza literaria y artística; el imitador es una especie de mendigo que viene á recoger las migajas de la mesa de los creadores. ¿Qué es lo que puede, según esta fórmula, ser objeto de la creación poética? Todo, salvo lo que ya conocemos demasiado; el cansancio del público respecto de las repeticiones perpetuas de las mismas cosas nos garantiza que tenemos razón. Hoy todo indica que estamos en una época en que necesitamos un lenguaje nuevo. Cuando todo ha cambiado en el mundo, ¿hemos de seguir sirviéndonos de los modos de expresión del pasado? ¿Es posible separar el fondo de la forma?

Para el poeta, realizar la obra concebida es escribirla; y para esto sólo dispone de un léxico, igual en poesía que en prosa. ¿Por qué magia hará vibrar las palabras para producir la sensación estética? Por el enlace imprevisto de vocablos evocadores, sin duda; pero también el prosista dispone de los mismos medios: por el auxilio de la métrica tradicional; pero hay poetas deplorables que componen versos muy regulares por el misterio del ritmo, sobre todo; y aquí tocamos el corazón de toda poesía. Por el ritmo entra el poeta en relación con lo más universal é inteligible que hay en el mundo, con el movimiento, verdad presentida ya por los pitagóricos. El ritmo es el gesto del alma, como ha dicho Lacuzon.

Tal es la nueva vía que hay que seguir para entresacar de la realidad la belleza nueva. El movimiento simbolista tal como ha existido en los últimos quince años no puede contentarnos ya; pero las fórmulas que se han propuesto en oposición ó en reacción al simbolismo, tampoco satisfacen á la juventud. Los problemas que algunos han entrevisto son más complejos de lo que se ha supuesto; las soluciones, sobre todo, pueden ser infinitamente más amplias y más afortunadas de lo que se ha imaginado. La juventud, con clara conciencia de su papel, se prepara á realizarlo en todos los dominios, lo mismo del pensamiento que de la acción.

COSTUMBRES

El Año Nuevo en China.—En la serie de curiosos artículos sobre costumbres chinas que publica en *España y América* el P. Hospital, encontramos el relato de la manera como los chinos celebran las fiestas de Año Nuevo, que duran toda una quincena, en la que nadie piensa más que en divertirse, al contrario del resto del año, dedicado por todos al trabajo.

Las diversiones son las mismas en todas partes y todos los años. La más popular es el *Uan se Tsec* ó juego del león. He aquí cómo describe el P. Hospital esta y otras diversiones:

«El juego del león es una parodia extravagante, en la que se hace representar un papel verdaderamente lastimoso al rey de los animales. En una piel, compuesta de varias de ovejas, acomodan un pedazo de cartón ó tela engomada, que *dicen* que es la cabeza del león; en el extremo opuesto pegan la cola, y ya tienes el disfraz. En esa piel se envuelven dos hombres: el de adelante, que hace de cabeza, se arrebuja en la piel, que sujeta al pecho con ambas manos; el que está detrás, ó sea el que hace de rabo, se calza unas perneras cosidas en la misma piel de oveja; doblan la mitad del cuerpo y cátalos convertidos en un león con cuatro patas traseras. Así disfrazados, empiezan á moverse muy despacio al son de un batintín, levantando y bajando la cabeza, y volviéndola á los lados con muchas muecas y visajes. De vez en cuando dan una carrerita y algunas volteretas, y por último, cuando ya están entusiasmados, el del batintín acelera el compás, y entonces el *león* se desata en una de saltos, piruetas y corcovos, que ni un mono.

»Hasta aquí la primera escena. Como los actores han representado tan *al vivo* su papel, deben de figurarse que el público los ha tomado por un león de verdad, y que la gente estará asustada; así que para desengañarla y tranquilizarla se

despojan de su piel de oveja; se limpian el sudor y se sientan á descansar un rato.

»Mientras tanto, de la casa inmediata sacan una mesa; la colocan en medio de la calle; vuelve á sonar el batintín, y sale á las *tablas* un nuevo personaje. Es una máscara con careta verde y un chaleco de piel de cabra. Saluda al público y de un salto se planta encima de la mesa, y allí, en cuclillas, se pone á hacer muecas á los dos del disfraz de león. Estos se echan á la espalda su piel de oveja y la emprenden con la máscara, y allí los verás, á la máscara y al león, escurrirse por debajo de la mesa, saltar por encima, correr por los lados, y acometerse y esquivarse. La máscara, como más ágil, aprovecha un descuido del león y le coge del rabo ó levanta la piel; el león se enfurece y tira un mordisco rabioso á la máscara, y el público que lo presencia se desternilla de risa. ¡El chiste no es para menos! Después luchan á brazo partido la máscara y el león; aquélla le rinde y sujeta, se monta en él, y azuzándole á gritos y espoleándole conlos talones, le lanza á la carrera por entre los grupos, que abren paso y aplauden estrepitosamente.

»No concluyen con esto las fatigas del león, que después de haber regocijado al público tiene que ir, de casa en casa, espantando á los diablos. Esta operación es tan eficaz como sencilla. Llega á una casa; desde la puerta da un vistazo á todos los rincones; sacude varias veces la cabeza, y entra. El amo de la casa enciende dos velas ó pebetes en el altar del ídolo, y saluda á éste con una inclinación profunda. El león, entonces, se pone á hacer tales pantomimas y contorsiones, que los diablos, por no verlas, se tiran por las ventanas ó escapan atropelladamente por la chimenea. El dueño de la casa, en pago de habérsela limpiado de diablos, le entrega al león unas cuantas chapecas, y le despide disparando cohetes.

»Otra de las diversiones de Año Nuevo es la visita á las pagodas.

»El acto religioso—llamémosle así—se reduce á encender

unas cuantas velas ó pebetes en la mesita que está delante del altar del ídolo, hacerle una postración y pedirle... chapecas. Los chinos no saben más oraciones ni entienden de otras ceremonias religiosas. Hecho esto, forman corrillos dentro de la pagoda, sacan la pipa y se ponen á fumar ante las mismas barbas del ídolo, y charlan, ríen y bromean, sin que á nadie le ocurra pensar que el ídolo tome estas cosas á irreverencia ó falta de respeto. ¡Valiente respeto el que los chinos profesan á sus deidades! Los bonzos suelen escribir en la puerta de sus pagodas: *Entra y adora al ídolo cual si estuviere delante;* pero esta máxima se convierte en boca del vulgo en una aleluya, porque añade: *Si no lo haces así, el ídolo se queda tan campante.*

»La diversión clásica de Año Nuevo, la más aparatosa y la que más entusiasma y regocija á la gente, es el *paseo del dragón* por las calles, que se hace con mucha algazara y acompañamiento de luces.

»El dragón ocupa un lugar muy preeminente en la mitología china. Es el Genio de las aguas, vive en el fondo de los mares y se esconde en las entrañas de los montes; vuela por los aires y se arrastra por la tierra; por lo que se ve que es un bicho anfibio y que hace á los cuatro elementos, pues también hay dragones en el fuego. De la vena del dragón—*Lungme,*—que es el sitio donde se supone que el dragón reside, depende la felicidad de las familias y de los pueblos. La imagen del dragón se encuentra en todas partes, desde la bandera nacional hasta los sellos del correo. En una palabra: el dragón—infernal, se sobrentiende—es el señor y soberano absoluto de esta tierra.

»Explicado lo que es el dragón, vamos al modo como los chinos lo representan y la manera de divertirse. Ya te he dicho que los chinos son poco escrupulosos en eso de la verosimilitud. La figura ó espantajo que ellos llaman dragón apenas si guarda cierta semejanza con el original: más se parece á una enorme lombriz.

»Es un pedazo de tela de varios colores, de un metro ó poco más de ancho, por catorce ó diez y seis de largo. Esta tela se arrolla, de trecho en trecho, á un aro de cañas, del que pende un palo que sirve de mango para los que pasean el dragón. El pescuezo, que es muy largo y erguido, está hecho de un tejido de cañas ó mimbres, lo mismo que la cabeza y la cola, cubierto con papel. Nada de garras y aletas y demás aditamentos propios de dragones; pero, en cambio, le ponen unas orejas tremendas y luenga barba que cuelga de la mandíbula inferior.

»El paseo del dragón se verifica con toda pompa y solemnidad el quince de la Luna. Este día, al anochecer, acude á la ciudad la gente de los barrios, cada familia de distinto apellido con su dragón, y cifran todo su orgullo en que su dragón sea el de mayor tamaño y el más acompañado de luces y ruido de batintines. Al llegar á la ciudad la comitiva del dragón se forman en hilera, encienden los faroles ó teas que traen preparados para la fiesta, suenan los batintines y empieza la procesión por las calles. Va delante el dragón, llevado por veinte ó más hombres, que al andar lo balancean y mueven de un lado para otro, imitando las ondulaciones de la serpiente. A veces lo agitan con furia y lo retuercen y enroscan, lanzando gritos horribles. Da miedo ver la expresión de aquellas caras, porque parecían como poseídos de un entusiasmo y frenesí diabólicos. Al pasar por frente de las casas, los dueños de ellas disparan bombas y cohetes, saludando al dragón. Es un ruido infernal. Detrás del dragón viene la charanga, que se compone de platillos, batintines y trompetas; añade á esto el estallido de los cohetes y bombas, la gritería de la gente, y podrás formarte alguna idea de aquella algarabía y espantosa baraúnda. Después de recorrer las calles, llevan el dragón de casa en casa, para desinfectarlas y aventar y destruir los gérmenes de la peste y de toda clase de enfermedades. El paseo del dragón suele terminar casi siempre de una manera más ó menos trágica. Algunas familias que se tienen enemiga

aprovechan esta ocasión para armar camorra con cualquier pretexto. El más ordinario es hacerse los encontradizos cuando pasean su respectivo dragonzuelo; y sobre si has de ser tú ó he de ser yo quien ceda el paso, se traban primero de palabras, después se insultan y maldicen, y últimamente se vienen á las manos. La cosa no suele pasar á mayores, y rara vez llega la sangre al río; porque cuando se apalean, los estacazos más furibundos los descargan sobre la cabeza y costillas del dragón enemigo, al que hacen trizas. Ayer presenció yo aquí un simulacro de batalla entre la familia *Ly* y la familia *Tcheng*.

»Al retirarse los de este último apellido con su dragón deshecho y las bajas que tuvieron en la pelea—dos contusos,—ocurrió un incidente que hizo reir mucho al público, pero que pudo costar muy caro á cierto viejecito. Fué el caso que se le enredaron los pies en la tela y cuerdas del dragón, y le llevaron á rastras un buen trecho, y al pasar por el malecón del río, ¡cataplum! se fué al agua de cabeza. Algo más serio es lo que sucedió en Yang Chi, la misión vecina de los PP. Franciscanos, hace una semana. Mientras el paseo del dragón, gritó uno: ¡A la Iglesia! ¡Vamos á destruir la Iglesia! Y allá se fueron todos y la destruyeron. Afortunadamente, el Misionero había salido días antes de casa, pero á los tres cristianos que la guardaban los apalearon bárbaramente. En China ya es cosa sabida: en todas las revueltas, siempre han de ser los cristianos quienes han de pagar, por fas ó por nefas, los platos rotos.

»En algunas partes, el día quince de la Luna se celebra lo que llaman *fiesta de los faroles*. Por la noche adornan las fachadas de las casas con muchos farolitos de papel, semejando flores, frutas, peces, pájaros y animales. Es una iluminación que no deja de tener gracia por lo original y caprichosa. El juego á las cartas es otro de los pasatiempos de Año Nuevo, el más general y el que cuenta con mayor número de aficionados. A la puerta de las casas, dentro de ellas, en medio de la

calle, en cualquier parte, no se ven más que chinos y... chinas que se dedican con ardor á tirar de la oreja á Jorge. Durante estos quince días se permite toda clase de juegos, y la gente aprovecha bien la temporada.

»La visita á los parientes y amigos, obligatoria en este tiempo, sirve también de distracción y recreo á los chinos, y más á las chinas, sobre todo á las principales, que como salen poco de casa, disfrutan más cuando se les ofrece ocasión de lucir sus trapillos y ver y ser vistas.»

IMPRESIONES Y NOTAS

El bello sexo.—¿Cuál de los dos sexos es el bello? Hasta el presente parecía indiscutible que lo era el femenino, y así es en efecto, por consentimiento unánime, en la especie humana, siendo reconocido universalmente que cuando se habla del *bello sexo* nos referimos á la mujer. Pero, según ha demostrado en la solemne sesión del Instituto de Francia Edmundo Perrier, no puede afirmarse otro tanto de las demás especies, siendo corriente entre los naturalistas que el bello sexo es el masculino en general.

La belleza y el adorno para realzarla y hacerla más visible no son privilegio exclusivo de las hijas de Eva. En el género humano son efectivamente las mujeres las que tienen más afición al adorno; pero en las demás especies animales, el macho suele ser el más lujoso. En los insectos y en los pájaros es una verdadera orgía de colores la que ostentan los machos, y lo mismo sucede con la generalidad de las especies animales, bastando recordar especies tan conocidas como las del pavo real con su vistosísima cola, ó el ciervo con su magnífica cornamenta, siendo de notar que en muchas especies, sobre todo en las inferiores, los machos tienen una existencia efímera, mientras que las hembras disfrutan de relativa longevidad. «El sexo femenino—dice el sabio director del Museo—es en

cierto modo el sexo de la previsión fisiológica, de la economía, de la riqueza; el sexo masculino, el del gasto lujoso, pero improductivo, de la vida al día, y frecuentemente de la miseria.»

***

Cosas de anglosajones.—En Inglaterra, según la *Revue Universelle*, hay muchas mujeres que ejercen oficios varoniles; así se cuentan: 212 médicas, 140 dentistas, tres veterinarias, 212 pintoras de muestras, 382 viajantes de comercio, 58 cambistas, 219 sepultureras, ocho cocheras de ómnibus, 660 cocheras de simones, 54 deshollinadoras, cuatro caldereras, seis armeras, 316 herreras, 387 ujieres, 1.219 periodistas y literatas, y 5.487 pintoras.

En el mismo país, en Bovington, condado de Hertford, había una señora que padecía frecuentes dolores de cabeza que la impedían conciliar el sueño. Un americano la aconsejó que pasara la noche encima de un montón de heno de los que forman los labradores en el campo para secarlo y recogerlo. Aunque el consejo era bastante extraño, la señora, en su deseo de aliviarse, lo puso en práctica; y el resultado ha sido tan excelente, que desde entonces todas las noches, en invierno y en verano, ella y sus dos hijas de catorce y diez y seis años se encaraman á la cima del henil y allí pasan tranquilamente la noche.

Las costureras americanas han celebrado recientemente una reunión, acordando que sigan estando de moda los talles esbeltos, y recomendando como medios necesarios para obtener la esbeltez los dos siguientes: 1.°, dormir siempre de costado y nunca de espalda; 2.°, colocar la almohada debajo del cuello y de la espalda, pero no debajo de la cabeza.

***

Opiniones de las mujeres sobre los hombres.—Así se titula un trabajo publicado por Dora Melegari en la *Nuova*

Antologia, del que recogemos las notas más interesantes. Si los hombres se equivocan al juzgar á la mujer, no se equivocan menos las mujeres al juzgar al hombre. Ellas lo consideran subjetivamente, por sus relaciones con el bello sexo. El hombre se ha formado, respecto á la mujer, un código de moral especial: faltar á su palabra á otro hombre equivale al deshonor; faltar á una mujer es un juego amable que el público masculino aplaude y contra el que ni siquiera las víctimas se revuelven. Gracias á ese modo subjetivo de juzgar, hay siempre en el espíritu de la mujer cierto fondo de desprecio al hombre, desprecio que está en razón directa de la degradación de la mujer; pues cuanto más caída está la mujer, mayor es su desprecio al hombre. Son rarísimas las mujeres que juzguen á los hombres sin prejuicios unilaterales. No hay más que un remedio eficaz para hacer desaparecer el mutuo error: la educación mixta. Cuando la mujer, dejando de ver en el hombre sólo al seductor, al amante, al novio ó al posible marido, empiece á conocer sus defectos y sus cualidades, será más serena en sus juicios sobre su compañero.

Cuando un espíritu imparcial escucha á las mujeres hablar en la intimidad de los hombres, se siente generalmente sorprendido por la ligereza y subjetividad de sus juicios, basados en los más deleznables argumentos. Es un hábito mental propio de las mujeres el referirlo todo á sí mismas; de ordinario no fundan sus amistades en los méritos ó en el carácter, sino en la amabilidad con que se las trata; el mayor pecador, si las muestra su admiración ó deferencia, consigue fácilmente hacerse perdonar, si es que sólo ha pecado contra otras mujeres. En general, no ven en el hombre un sér destinado á realizar su propio destino, sino una criatura que ha venido al mundo para adorarlas, protegerlas y servirlas.

Si las mujeres no encuentran alientos en el hombre cuando se trata de desarrollar sus más nobles cualidades, tampoco el hombre suele encontrar en la mujer una inspiradora que le incite á elevarse. La mujer pertenece por instinto á la escuela

empírica, y no ve en todo sino los resultados aparentes y prácticos: el dinero, la posición, los honores. Eso es lo que más aprecia, y á quien se lo sabe proporcionar es al que más estima; rara vez va más allá, y la integridad del carácter la interesa poco en general. En cuanto al poco aprecio que el hombre hace de las opiniones de la mujer, es humillante, pero merecido; pues la mujer cree que el hablar infantilmente es un atractivo, y se equivoca.

El hombre continúa viendo en la mujer un sér frívolo que en esta fiera lucha por la existencia en que hoy vivimos no tiene tiempo de estudiar.

La mujer, por su parte, se irrita al no encontrar ya en el hombre el adorador esclavo de que le hablan las novelas de otro tiempo; quiere reconquistarlo y tenerlo á sus plantas, y este deseo es vano, porque los ociosos disminuyen cada vez más, y para dedicar largas horas al culto de la mujer hacen falta horas superfluas que la vida moderna no concede. Hoy las mujeres tienen que conquistar al hombre de otro modo.

* * *

«La Ráfaga», de Bernstein.—Según Marcelo Mistil, de la *Grande Revue*, Enrique Bernstein, en su nueva obra representada en el Gimnasio, no ha sabido desentenderse de la fórmula en moda del teatro moderno, que exige que haya en toda pieza una mujer que engañe á su marido. Aquí la mujer infiel es Elena de Brechbel, y el amante el Sr. de Chaceroy, un gentilhombre de principios, amigo del juego, pero incapaz de una ruindad.

Chaceroy, perseguido por la mala vena, pierde cuanto tiene y juega el dinero de los comanditarios de su caballeriza de carreras, perdiéndolo también; si en el término de cuarenta y ocho horas no encuentra la suma necesaria para reembolsar á sus amigos, está perdido su honor, y tiene que declararse en quiebra. Elena lo sabe, y, adorando á Chaceroy, trata de evi-

tar á todo trance tan fatal resultado. Pero Chaceroy se niega á que su querida le proporcione el dinero, porque no está viciado como esos amantes sin escrúpulos tan corrientes en la novela y en el teatro contemporáneos, y Elena tiene que hacer verdaderos esfuerzos para vencer su resistencia.

Chaceroy acepta, violentándose, y entonces comienza Elena sus trabajos para encontrar quien la preste el dinero necesario. Acude ante todo á un primo suyo que en otro tiempo la había hecho infructuosamente la corte; éste no vacila en poner á su disposición la crecida suma que le pide, pero á condición de que ella se le entregue; Elena se subleva ante tan odiosa proposición, y se retira indignada. Busca entonces un usurero, y ofrece la garantía de sus alhajas; pero el usurero necesita ocho días para reunir la cantidad necesaria, y, como el plazo es tan angustioso, nada puede hacerse por aquel lado. Implora entonces á su padre; pero éste es un hombre positivo: sabe el destino que ha de tener el dinero que su hija le pide, y se lo rehusa. ¿Qué hacer? Elena se entrega á su primo, y entre avergonzada y gozosa lleva á su amante el precio de su deshonra; pero su sacrificio es estéril, porque Chaceroy, antes que envilecerse, prefiere morir, y se suicida.

***

Inocencio III y León XIII.—Con motivo de la publicación de las magníficas obras de Luchaire sobre Inocencio III, cuenta Nemi en la *Nuova Antologia* una curiosa anécdota. Uno de los modernos admiradores entusiastas de Inocencio III fué el Papa León XIII, el cual tenía constantemente sobre su mesa de trabajo el volumen de Regesti, que le había dado lord Askburnham, y no ocultaba el vivísimo deseo que tenía de imitar su vida y obras y de ser parangonado con él entre los más ilustres pontífices. Un día exaltaba las cualidades y méritos de Inocencio III y de Gregorio Magno mientras conversaba con un cardenal, noble romano, bastante conocido por su pobreza de

ingenio y falta de cultura. En vano León XIII, en el curso de su disertación, esperaba un cumplimiento halagador, hasta que, con propósito de provocarlo, y no contentándose con el asentimiento mudo del cardenal, le preguntó:

—¿Qué decís de esto, Eminentísimo? ¿qué decís de estos trabajos sabios y fecundos para la Iglesia de Cristo?

Y el eminentísimo, apurado y sin saber por dónde salir, no acertó con otro cumplido que contestar: «¿Qué quiere Vuestra Santidad que yo le diga? ¡Que aquéllos eran Papas!»

***

El corazón y la ley.—Es el título de un drama en tres actos de los hermanos Pablo y Víctor Margueritte, de que da cuenta á sus lectores de *La Revue* el crítico Camilo de Sainte Croix.

En el primer acto aparece la sala de espera del Palacio de Justicia. Un Sr. Hagre, sorprendido por su mujer Francina en flagrante delito de adulterio después de quince meses de matrimonio, se ve llevado ante los tribunales por el proceso de divorcio que intenta la ofendida. Francina es una hermosa mujer que ha llevado al matrimonio una buena dote y que ha tenido de su enlace una niña, Pepita; si gana el proceso, el marido tiene que devolverla la dote y la hija. Hagre medita sobre todas estas cosas.

—¿Conque mi mujer me detesta ahora? ¡Está bien!... ¡Por eso mismo quiero conservarla..., cuerpo y bienes, siempre! Que se quede ahí aborreciéndome si quiere, sufriendo, pero ligada á mí, á su casa, por la ley, por la fuerza. ¡El divorcio! ¿Lo reconoce acaso la Iglesia? ¡No! Pues entonces... ¡yo tengo religión, yo! Cuando uno se casa es para siempre. Sería muy cómodo poderse uno marchar... así, cuando hay intereses por medio. Soy el jefe de la comunidad. Tengo miras financieras, una colocación fructuosa... Tengo necesidad de la firma de mi mujer, de su dote. Y ¿había ella de tener el de-

recho de llevarse el dinero de la asociación, su..., nuestro..., MI dinero?

Los esposos comparecen ante el presidente del tribunal, y aunque la madre de Francina, por evitar el escándalo, excita á su hija á la resignación y al perdón, el intento de reconciliación fracasa, y Hagre sale de la casa agobiado por las invectivas de su mujer ultrajada.

El segundo acto pasa en el salón de la señora Favié, la madre de Francina. Pepita, mientras se resolvía el pleito, había sido entregada á su madre, y era llevada un día por semana á casa de su padre; en una de estas visitas se había caído por la escalera, y habiéndose hecho daño tuvo que quedarse allí; avisada la madre, acudió á su antigua casa para cuidar á su hija, y aunque el marido se encerró con ella, no cruzaron ni siquiera una palabra. Pero esta simple reaparición de Francina en el domicilio conyugal bastó para que el tribunal denegara el divorcio, por suponer que había habido reconciliación. Un antiguo amigo de Francina, Eparvié, que la había amado antes y que todavía la quería, había regresado por entonces de un viaje de exploración al Sudán, y al encontrarse con que Francina tenía entablado pleito de divorcio, sintió renacer con su nunca extinguido amor todas sus esperanzas. La sentencia irrevocable del tribunal mata en germen todos sus proyectos. Francina se ve condenada á vivir para siempre con Hagre, el hombre que aborrece. ¿Qué hacer? Francina ama á Eparvié: la justicia del corazón hará frente á la justicia de la ley.

En el tercer acto, Hagre, firme en sus propósitos y fuerte con la sentencia obtenida, se presenta en casa de la señora Favié para llevarse á su mujer y á su hija. Allí se encuentra con Eparvié, y Francina, entonces, dominando la situación en un arranque de pasión atrevidísimo, se lanza entre ellos y los presenta uno á otro: «El Sr. Hagre, mi marido; el Sr. Eparvié, mi amante». Hagre, ante semejante audacia, balbucea unas palabras y se retira amenazador. Eparvié y Francina hacen vestir á toda prisa á Pepita, y se marchan como proscritos,

como emancipados, hacia el único puerto de salvación que les dejan los embustes de la sociedad y los engaños del Código: hacia la unión libre.

Tal es la nueva obra de los hermanos Margueritte, hermosa como concepción dramática, muy discutible como tesis social.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Introducción á la historia de las instituciones locales de Cuba, por el doctor F. Carrera Justiz.—Habana, 1905. Dos volúmenes de XXXII-301 y VI-510 páginas, respectivamente, sin indicación de precio.

El Sr. Carrera Justiz se viene dando con preferencia, hace tiempo, á estudios de sociología municipal. Ya lleva dadas á luz varias obras de esa índole. Pero últimamente, con motivo de la independencia de Cuba, su país, se ha consagrado á hacer trabajos sobre la sociología municipal cubana, porque—dice él—«hay que poner manos á la obra de exteriorizar la conciencia nacional cubana; poner bien de relieve la psicología de nuestro pueblo; destacarlo como tipo propio, mediante la fijación de sus diferencias y analogías con otros; abordar, en suma, la sociología de Cuba en todos los interesantísimos aspectos que reviste ese orden científico de los conocimientos, donde ocupa un rango de primera importancia la historia de nuestras instituciones locales, llamada á desentrañar cómo ese sér moral que llamamos pueblo cubano ha vivido políticamente, por cuatro siglos justos, en los hogares de su propio país, ó sea en sus municipios».

«Pero importa dejar puntualizado—dice más adelante el mismo Sr. Carrera—que lo que nos proponemos hacer no es una historia política, sino una historia institucional. No estudiar hombres ni obra de individuos, sino algo más elevado y trascendental. Estudiar épocas y tendencias. Fijar los rumbos de la sociedad local cubana en su camino, como un gran todo, á través de los tiempos. Abarcar desde lo más alto del enten-

dimiento las grandes síntesis del movimiento sociológico de nuestro pueblo en cuanto se contrae al orden de la política local.» Y en otra parte: «El estudio científico de las instituciones locales cubanas no consiste sólo en su descripción histórica, refiriendo datos y fechas, sino en exponer esas instituciones en relación con sus análogas de otros países; engranarlas con sus precedentes genealógicos institucionales; desentrañar cuál sea la vieja cepa que, como principio político activo, viene tradicionalmente animando la actual vida colectiva de la sociedad local cubana, y, por último, dejar fijado el lugar que les corresponde en la gran familia universal de las instituciones políticas del mundo».

Así explica su propio autor la índole de la obra. Con esto y con saber además que se trata de una Introducción, según lo indica su mismo título, de una obra «inicial de un plan más vasto sobre instituciones locales», á la cual seguirá otra sobre autonomía municipal, tienen bastante los lectores para conocer cuál sea el carácter y tendencias del nuevo libro del señor Carrera Justiz, quien trata la materia con no poco dominio de ella y no corta preparación científica.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

La cartera de Gravina, por Juan Pérez de Guzmán..... 5

Sobre el rango y el mérito, por Miguel de Unamuno..... 28

Los siete Infantes de Lara, por Gastón París..... 45

La evolución del socialismo en Italia, por José Ingegnieros..... 70

Recuerdos, por José Echegaray..... 104

El crimen de lord Arturo Savile, por Oscar Wilde 118

Crónica literaria (*Cuestiones mixtas de Moral y Literatura.—A propósito de «Los malhechores del bien»*, comedia de D. Jacinto Benavente), por E. Gómez de Baquero..... 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

Notas bibliográficas, por P. Dorado 198

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier.—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. — El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores — Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.—Novelas y cuentos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y floros, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas,—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 206.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

FEBRERO 1906

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000. 10.782

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SEPULCRO DE DON QUIJOTE

Me preguntas, mi buen amigo, si sé la manera de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren. ¿No habría un medio—me dices—de reproducir la epidemia de los flagelantes ó la de los convulsionarios? Y me hablas del milenario.

Como tú, siento yo con frecuencia la nostalgia de la Edad Media; como tú, quisiera vivir entre los espasmos del milenario. Si consiguiéramos hacer creer que en un día dado, sea el 2 de Mayo de 1908, el centenario del grito de la independencia, se acababa para siempre España; que en ese día nos repartían como á borregos, creo que el día 3 de Mayo de 1908 sería el día más grande de nuestra historia, el amanecer de una nueva vida.

Esto es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada. Y cuando alguno trata de agitar aisladamente este ó aquel problema, una ú otra cuestión, se lo atribuyen ó á negocio ó á afán de notoriedad y ansia de singularizarse.

No se comprende aquí ya ni la locura. Hasta del loco creen y dicen que lo será por tenerle su cuenta y razón. Lo de la razón de la sinrazón es ya un hecho para todos estos miserables. Si nuestro señor Don Quijote resucitara y volviese á esta su España, andarían buscándoles una segunda intención á sus nobles desvaríos. Si uno denuncia un abuso, persigue la injusti-

cia, fustiga la ramplonería, se preguntan los esclavos: ¿qué irá buscando en eso? ¿A qué aspira? Unas veces creen y dicen que lo hace para que le tapen la boca con oro; otras, que es por ruines sentimientos y bajas pasiones de vengativo ó envidoso; otras, que lo hace no más sino por meter ruido y que de él se hable, por vanagloria; otras, que lo hace por divertirse y pasar el tiempo, por deporte. ¡Lástima grande que á tan pocos les dé por deportes semejantes!

Fíjate y observa. Ante un acto cualquiera de generosidad, de heroísmo, de locura, á todos esos estúpidos bachilleres, curas y barberos de hoy no se les ocurre sino preguntarse: ¿por qué lo hará? Y en cuanto creen haber descubierto la razón del acto, sea ó no la que ellos se suponen, se dicen: ¡bah, lo ha hecho por esto ó por lo otro! En cuanto una cosa tiene razón de ser y ellos la conocen, perdió todo su valor la cosa. Para eso les sirve la lógica, la cochina lógica.

Comprender es perdonar, se ha dicho. Y esos miserables necesitan comprender para perdonar el que se les humille, el que con hechos ó palabras se les eche en cara su miseria sin hablarles de ella.

Han llegado á preguntarse estúpidamente para qué hizo Dios el mundo, y se han contestado á sí mismos: ¡para su gloria!, y se han quedado tan orondos y satisfechos como si los muy majaderos supieran qué es eso de la gloria de Dios.

Las cosas se hicieron primero, su para qué después. Que me den una idea nueva, cualquiera, sobre cualquier cosa, y ella me dirá después para qué sirve.

Alguna vez, cuando expongo algún proyecto, algo que me parece debía hacerse; algo, sobre todo, que debía decirse, no falta nunca quien me pregunte: ¿y después? A preguntas tales no cabe otra respuesta que una repregunta. Y al «¿y después?» no hay sino dar de rebote un «¿y antes?»

No hay porvenir; nunca hay porvenir. Eso que llaman el porvenir es una de las más grandes mentiras. El verdadero porvenir es hoy. ¿Qué será de nosotros mañana? ¡No hay ma-

ñana! ¿Qué es de nosotros hoy, ahora? Esta es la única cuestión.

Y en cuanto á hoy, todos esos miserables están muy satisfechos, porque hoy existen, y con existir les basta. La existencia, la pura y nuda existencia, llena su alma toda. No sienten que haya más que existir.

Pero ¿existen? ¿existen de verdad? Yo creo que no, pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y este sufrimiento, esta pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros; Dios, que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra finitud y nuestra temporalidad, este divino sufrimiento les haría romper todos esos menguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus mengua los recuerdos á sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado á la ilusión de su porvenir.

¿Por qué hace eso? ¿Preguntó acaso nunca Sancho por qué hacía Don Quijote las cosas que hacía?

Y vuelta á lo mismo, á tu pregunta, á tu preocupación: ¿qué locura colectiva podríamos imbuir en estas pobres muchedumbres? ¿qué delirio?

Tú mismo te has acercado á la solución en una de esas cartas con que me asaeteas á preguntas. En ella me decías: ¿no crees que se podría intentar alguna nueva cruzada?

Pues bien, sí: creo que se puede intentar la santa cruzada de ir á rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir á rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.

Defenderán, es natural, su usurpación, y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia del sepulcro les corresponde. Lo guardan para que el caballero no resucite.

A esas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente á sus razones, estás perdido.

Si te preguntan, como acostumbran: ¿con qué derecho reclamas el sepulcro?, no les contestes nada, que ya lo verán luego. Luego... tal vez cuando ni tú ni ellos existáis ya, por lo menos en este mundo de las apariencias.

Y esta santa cruzada lleva una gran ventaja á aquellas otras santas cruzadas de que alboreó una nueva vida en este viejo mundo. Aquellos ardientes cruzados sabían dónde estaba el sepulcro de Cristo, donde se decía que estaba, mientras que nuestros cruzados no sabrán dónde está el sepulcro de Don Quijote. Hay que buscarlo peleando por rescatarlo.

Tu locura quijotesca te ha llevado más de una vez á hablarme del quijotismo como de una nueva religión. Y á eso he de decirte que esa nueva religión que propones y de que me hablas, si llegara á cuajar tendría dos singulares preeminencias. La una, que su fundador, su profeta, Don Quijote—no Cervantes, por supuesto,—no estamos seguros de que fuese un hombre real, de carne y hueso, sino que más bien sospechamos que fué una pura ficción. Y su otra preeminencia sería la de que ese profeta era un profeta ridículo, que fué la befa y el escarnio de las gentes.

Es el valor que más falta nos hace: el de afrontar el ridículo. El ridículo es el arma que manejan todos los miserables bachilleres, barberos, curas, canónigos y duques que guardan escondido el sepulcro del Caballero de la Locura. Caballero que hizo reir á todo el mundo, pero que nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para parir chistes. Hizo reir con su seriedad.

Empieza, pues, amigo, á hacer de Pedro el Ermitaño, y llama á las gentes á que se te unan, se nos unan, y vayamos todos á rescatar ese sepulcro que no sabemos dónde está. La cruzada misma nos revelará el sagrado lugar.

Verás cómo así que el sagrado escuadrón se ponga en marcha aparecerá en el cielo una estrella nueva, sólo visible para los cruzados, una estrella refulgente y sonora, que cantará un canto nuevo en esta larga noche que nos envuelve, y la estrella se pondrá en marcha en cuanto se ponga en marcha el escuadrón de los cruzados, y cuando hayan vencido en su cruzada ó cuando hayan sucumbido todos—que es acaso la manera única de vencer de veras—la estrella caerá del cielo y, en el sitio en donde caiga, allí está el sepulcro. El sepulcro está donde muera el escuadrón.

Y allí, donde está el sepulcro, allí está la cuna, allí está el nido. Y de allí volverá á surgir la estrella refulgente y sonora, camino del cielo.

Y no me preguntes más, querido amigo. Cuando me haces hablar de estas cosas me haces que saque del fondo de mi alma dolorida por la ramplonería ambiente que por todas partes me acosa y aprieta, dolorida por las salpicaduras del fango de mentira en que chapoteamos, dolorida por los arañazos de la cobardía que nos envuelve, me haces que saque del fondo de mi alma dolorida las visiones sin razón, los conceptos sin lógica, las cosas que ni yo sé lo que quieren decir ni menos quiero ponerme á averiguarlo.

¿Qué quieres decir con eso?—me preguntas más de una vez. Y yo te respondo:—¿Lo sé yo acaso?

¡No, mi buen amigo, no! Muchas de estas ocurrencias de mi espíritu que te confío ni yo sé lo que quieren decir, ó por lo menos soy yo quien no lo sé. Hay alguien dentro de mí que me las dicta, que me las dice. Le obedezco, y no me adentro á verle la cara ni á preguntarle por su nombre. Sólo sé que si le viese la cara y si me dijese su nombre me moriría yo para que viviese él.

Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía á poner en los míos, y hacerles decir como en broma lo que yo siento muy en serio.

Tú me conoces, tú, y sabes bien cuán lejos estoy de rebuscar adrede paradojas, extravagancias y singularidades, piensen lo que pensaren algunos majaderos. Tú y yo, mi buen amigo, mi único amigo absoluto, hemos hablado muchas veces á solas de lo que sea la locura, y hemos comentado aquello del *Brand* ibseniano, hijo de Kierkegaard, de que está loco el que está solo. Y hemos concordado en que una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, de todo el género humano acaso. En cuanto una alucinación se hace colectiva, se hace popular, se hace social, deja de ser alucinación para convertirse en una realidad, en algo que está fuera de cada uno de los que la comparten. Y tú y yo estamos de acuerdo en que hace falta llevar á las muchedumbres, llevar al pueblo, llevar á nuestro pueblo español, una locura cualquiera, la locura de uno cualquiera de sus miembros que esté loco, pero loco de verdad y no de mentirijillas. Loco, y no tonto.

Tú y yo, mi buen amigo, nos hemos escandalizado ante eso que llaman aquí fanatismo, y que por nuestra desgracia no lo es. No, no es fanatismo nada que esté reglamentado y contenido y encauzado y dirigido por bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques; no es fanatismo nada que lleve un pendón con fórmulas lógicas, nada que tenga programa, nada que se proponga para mañana un propósito que puede un orador desarrollar en un metódico discurso.

Una vez ¿te acuerdas? vimos á ocho ó diez mozos reunirse y seguir á uno que les decía: ¡vamos á hacer una barbaridad! Y eso es lo que tú y yo anhelamos: que el pueblo se apiñe, y gritando ¡vamos á hacer una barbaridad! se ponga en marcha. Y si algún bachiller, algún barbero, algún cura, algún canónigo ó algún duque les detuviese para decirles: «¡hijos míos! está bien, os veo henchidos de heroísmo, llenos de santa indignación; también yo voy con vosotros; pero antes de ir todos, y yo con vosotros, á hacer esa barbaridad, ¿no os parece que debíamos ponernos de acuerdo respecto á la bar-

baridad que vamos á hacer? ¿qué barbaridad va á ser esa?»; si alguno de esos malandrines que he dicho les detuviese para decirles tal cosa, deberían derribarle al punto y pasar todos sobre él, pisoteándole, y ya empezaba la heroica barbaridad.

¿No crees, mi amigo, que hay por ahí muchas almas solitarias á las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revienten? Vé, pues, á ver si logras juntarlas y formar escuadrón con ellas y ponernos todos en marcha—porque yo iré con ellos y tras de ti—á rescatar el sepulcro de Don Quijote, que, gracias á Dios, no sabemos dónde está. Ya nos lo dirá la estrella refulgente y sonora.

¿Y no será—me dices en tus horas de desaliento, cuando te vas de ti mismo,—no será que, creyendo al ponernos en marcha caminar por campos y tierras, estemos dando vueltas en torno al mismo sitio? Entonces la estrella estará fija, quieta sobre nuestras cabezas, y el sepulcro en nosotros. Y entonces la estrella caerá, pero caerá para venir á enterrarse en nuestras almas. Y nuestras almas se convertirán en luz, y, fundidas todas en la estrella refulgente y sonora, subirá ésta, más refulgente aún, convertida en un sol, en un sol de eterna melodía, á alumbrar el cielo de la Patria redimida.

En marcha, pues. Y ten cuenta no se te metan en el sagrado escuadrón de los cruzados bachilleres, barberos, curas, canónigos ó duques disfrazados de Sanchos. No importa que te pidan ínsulas; lo que debes hacer es expulsarlos en cuanto te pidan el itinerario de la marcha, en cuanto te hablen del programa, en cuanto te pregunten al oído, maliciosamente, que les digas hacia dónde cae el sepulcro. Sigue á la estrella. Y haz como el Caballero: endereza el tuerto que se te ponga delante. Ahora lo de ahora, y aquí lo de aquí.

¡Poneos en marcha! ¿Que adónde vais? La estrella os lo dirá: ¡al sepulcro! ¿Qué vamos á hacer en el camino mientras marchamos? ¿Qué? ¡Luchar! Luchar, ¿y cómo?

¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente? Gritarle á la cara: ¡mentira! ¡Y adelante! ¿Tropezáis con uno que roba? Gritarle:

¡ladrón! ¡Y adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, á quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritarles: ¡estúpidos! ¡Y adelante! ¡Adelante siempre!

¿Es que con eso—me dice uno, á quien tú conoces y que ansía ser cruzado, —es que con eso no se borra la mentira, ni el ladronicio, ni la tontería del mundo? ¿Quién ha dicho que no? La más miserable de todas las miserias, la más repugnante y apestosa argucia de la cobardía, es esa de decir que nada se adelante con denunciar á un ladrón, porque otros seguirán robando; que nada se logra con llamarle en su cara majadero al majadero, porque no por eso la majadería disminuirá en el mundo.

Sí, hay que repetirlo una y mil veces: con que una vez, una sola vez, acabases del todo y para siempre con un solo embustero, habríase acabado el embuste de una vez para siempre.

¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón á todos los que empiecen á estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha y su compás y su ritmo. Sobre todo, ¡fuera con los que á todas horas andan con eso del ritmo! Te convertirían el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha en danza. ¡Fuera con ellos! Que se vayan á otra parte á cantar á la carne.

Esos, que tratarían de convertirte el escuadrón de marcha en cuadrilla de baile, se llaman á sí mismos, y los unos á los otros entre sí, poetas. No lo son. Son cualquier otra cosa. Esos no van al sepulcro sino por curiosidad, por ver cómo sea, en busca acaso de una sensación nueva, y por divertirse en el camino. ¡Fuera con ellos!

Esos son los que, con su indulgencia de bohemios, contribuyen á mantener la cobardía y la mentira y las miserias todas que nos anonadan. Cuando predican libertad no piensan más que en una: en la de disponer de la mujer del prójimo. Todo es en ellos sensualidad, y hasta de las ideas, de las grandes ideas, se enamoran sensualmente. Son incapaces de casarse

con una grande y pura idea y criar familia de ella; no hacen sino amontonarse con las ideas. Las toman de queridas, menos aún, tal vez de compañeras de una noche. ¡Fuera con ellos!

Si alguien quiere coger en el camino tal ó cual florecilla que á su vera sonríe, cójala, pero de paso, sin detenerse, y siga al escuadrón, cuyo alférez no habrá de quitar ojo de la estrella refulgente y sonora. Y si se pone la florecilla en el peto, sobre la coraza, no para verla él, sino para que se la vean, ¡fuera con él! Que se vaya, con su flor en el ojal, á bailar á otra parte.

Mira, amigo: si quieres cumplir tu misión y servir á tu patria, es preciso que te hagas odioso á los muchachos sensibles que no ven el Universo sino á través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras suenen estridentes y agrias á sus oídos.

El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque ó al abrigo de la montaña. Levantará allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus pies, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al siguiente día. Y cuando alguno se muera le dejarán á la vera del camino, amortajado en su armadura, á merced de los cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos.

Si alguno intenta durante la marcha tocar pífano ó dulzaina ó caramillo ó vihuela ó lo que fuere, rómpele el instrumento y échale de filas, porque estorba á los demás oir el canto de la estrella. Y es, además, que él no la oye. Y quien no oiga el canto del cielo, no debe ir en busca del sepulcro del Caballero.

Te hablarán esos danzantes de poesía. No les hagas caso. El que se pone á tocar su jeringa — que no es otra cosa la *syringa*—debajo del cielo sin oir la música de las esferas, no merece que se le oiga. No conoce la abismática poesía del fanatismo: no conoce la inmensa poesía de los templos vacíos, sin luces, sin dorados, sin imágenes, sin pompas, sin aromas, sin

nada de eso que llaman arte. Cuatro paredes lisas y un techo de tablas; un corralón cualquiera.

Echa del escuadrón á todos los danzantes de la jeringa. Échalos antes de que se te vayan por un plato de alubias. Son filósofos cínicos, indulgentes, buenos muchachos, de los que todo lo comprenden y todo lo perdonan. Y el que todo lo comprende, no comprende nada; y el que todo lo perdona, nada perdona. No tienen escrúpulo en venderse. Como viven en dos mundos, pueden guardar su libertad en el otro y esclavizarse en éste. Son á la vez estetas y perezistas ó lopezistas ó rodriguezistas.

Hace tiempo se dijo que el hambre y el amor son los dos resortes de la vida humana. De la baja vida humana, de la vida de tierra. Los danzantes no bailan sino por hambre ó por amor: hambre de carne, amor de carne también. Échalos de tu escuadrón, y que allí, en un prado, se harten de bailar mientras uno toca la jeringa, otro da palmaditas y otro canta á un plato de alubias ó á los muslos de su querida de temporada. Y que allí inventen nuevas piruetas, nuevos trenzados de pies, nuevas figuras de rigodón.

Y si alguno te viniera diciendo que él sabe tender puentes y que acaso llegue ocasión en que se deba aprovechar sus conocimientos para pasar un río, ¡fuera con él! ¡Fuera el ingeniero! Los ríos se pasarán vadeándolos ó á nado, aunque se ahogue la mitad de los cruzados. Que se vaya el ingeniero á hacer puentes á otra parte donde hacen mucha falta. Para ir en busca del sepulcro, basta la fe como puente.

***

Si quieres, mi buen amigo, llenar tu vocación debidamente, desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia y no son sino mezquinos remedos del arte y de la ciencia verdaderos. Que te baste tu fe. Tu fe será tu arte, tu fe será tu ciencia.

He dudado más de una vez de que puedas cumplir tu obra al notar el cuidado que pones en escribir las cartas que me escribes. Hay en ellas no pocas veces tachaduras, enmiendas, correcciones, jeringazos. No es un chorro que brota violento, expulsando el tapón. Más de una vez tus cartas degeneran en literatura, en esa cochina literatura, aliada natural de todas las esclavitudes y de todas las miserias. Los esclavizadores saben bien que mientras está el esclavo cantando á la libertad, se consuela de su esclavitud y no piensa en romper sus cadenas.

Pero otras veces recobro fe y esperanza en ti cuando siento bajo tus palabras atropelladas, improvisadas, cacofónicas, el temblar de tu voz dominada por la fiebre. Hay ocasiones en que puede decirse que ni están en un lenguaje determinado. Que cada cual lo traduzca al suyo.

Procura vivir en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan á cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas. Cuando oigas de alguien que es impecable, en cualquiera de los sentidos de esta estúpida palabra, huye de él; sobre todo si es artista. Así como el hombre más tonto es el que en su vida ha hecho ni dicho una tontería, así el artista menos poeta, el más anti-poético—y entre los artistas abundan las naturalezas anti-poéticas—es el artista impecable, el artista á quien decoran con la corona, de laurel de cartulina, de la impecabilidad los danzantes de la jeringa.

Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad.

Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán á tu lado, aunque no los veas. Cada cual creerá ir solo, pero for-

maréis batallón sagrado, el batallón de la santa é inacabable cruzada.

Tú no sabes bien, mi buen amigo, cómo los solitarios todos, sin conocerse, sin mirarse á las caras, sin saber los unos los nombres de los otros, caminan juntos y prestándose mutua ayuda. Los otros hablan unos de otros, se dan las manos, se felicitan mutuamente, se bombean y se denigran, murmuran entre sí, y va cada cual por su lado. Y huyen del sepulcro.

Tú no perteneces al cotarro, sino al batallón de los libres cruzados. ¿Por qué te asomas á las tapias del cotarro á oir lo que en él se cacarea? ¡No, amigo mío, no! Cuando pases junto á un cotarro tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante, camino del sepulcro. Y que en esa palabra vibren toda tu sed, toda tu hambre, toda tu morriña, todo tu amor.

Si quieres vivir de ellos, vive para ellos. Pero entonces, mi pobre amigo, te habrás muerto.

Me acuerdo de aquella dolorosa carta que me escribiste cuando estabas á punto de sucumbir, de derogar, de entrar en la cofradía. Vi entonces cómo te pesaba tu soledad, esa soledad que debe ser tu consuelo y tu fortaleza.

Llegaste á lo más terrible, á lo más desolador, llegaste al borde del precipicio de tu perdición, llegaste á dudar de tu soledad, llegaste á creerte en compañía. «¿No será—me decías—una mera cavilación, un fruto de soberbia, de petulancia, tal vez de locura, esto de creerme solo? Porque yo, cuando me sereno, me veo acompañado, y recibo cordiales apretones de manos, voces de aliento, palabras de simpatía, todo género de muestras de no encontrarme solo, ni mucho menos.» Y por aquí seguías. Y te ví engañado y perdido, te ví huyendo del sepulcro.

No, no te engañas en los accesos de tu fiebre, en las agonías de tu sed, en las congojas de tu hambre; estás solo, enteramente solo. No sólo son mordiscos los mordiscos que como tales sientes, lo son también los que como besos. Te silban los que aplauden, te quieren detener en tu marcha al sepulcro los

que te gritan ¡adelante! Tápate los oídos. Y, ante todo, cúrate de una afección terrible, que por mucho que te la sacudes, vuelve á ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas á los demás. Cuídate sólo de cómo aparezcas ante Dios; cuídate de la idea que de ti Dios tenga.

Estás solo, mucho más solo de lo que te figuras, y aun así no estás sino en camino de la absoluta, de la completa, de la verdadera soledad. La absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni aun consigo mismo. Y no estarás de veras completa y absolutamente solo hasta que no te despojes de tí mismo, al borde del sepulcro. ¡Santa soledad!

* * *

Todo esto dije á mi amigo, y él me contestó en una larga carta llena de un furioso desaliento, estas palabras:

«Todo eso que me dices está muy bien, está bien, no está mal; pero ¿no te parece que en vez de ir á buscar el sepulcro de Don Quijote y rescatarlo de bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques, debíamos ir á buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes é incrédulos, de ateos y deístas que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, á que Dios resucite y nos salve de la nada?»

MIGUEL DE UNAMUNO

LA FUERZA DE LOS ESTADOS

PSICOLOGÍA MILITAR

Parecía haberse perdido el eco de las voces generosas de Kant y Saint-Pierre, predicando la más bella utopia: la paz universal.

De Rusia se alzó otra voz, remedo de aquella elocuentísima que un día encendiera las aulas de la Universidad de Koenigsberg.

En El Haya reuniéronse los representantes de la *barbarie ilustrada* para tratar de la paz, rodeados de formidables aprestos de guerra.

La majestad de las deliberaciones vióse interrumpida por gritos de dolor que la prensa recogía del seno de África.

Más de un estadista que había leído á Tolstoi sonrió con amargura; pero no resonó un solo grito de indignación en el lucidísimo concurso.

El sainete internacional continuaba, oficiando de director de escena el Zar de Rusia.

Sólo algunos espectadores se levantaron de sus asientos, en hermoso alarde de muda protesta.

La turbamulta europea continuó fijos los ojos en el espectáculo de aquella original función de jurídico desagravio, en que alternaban los bufones de las Chancillerías con los payasos de regia estirpe.

El Zar (el padre) sonreía paternalmente, rodeado de sus

cuatro millones de bayonetas, mientras pensaba en la ejecución del testamento de Pedro el Grande, encargando del cumplimiento de sus cláusulas á la caballería cosaca.

Inglaterra, esa hermana espiritual de Cartago, también tenía allí su representación, encargada de velar por la paz, con los ojos fijos en las doctrinas de Bentham y Darwin, los dos hijos que mejor representaron con sus doctrinas su genio político.

Los gritos de dolor se sucedían; pero la impasibilidad de los flamantes filántropos no se alteraba por semejantes inanidades.

Después de todo, la cosa no merecía la pena. Era un acto más en el eterno drama del bandidaje con patente. Los ingleses, que asesinaban y robaban á los *boers*, como antes los americanos habían asesinado y robado á los españoles...

El asesinato reglamentado, la destrucción elevada á la categoría de arte y ciencia, con su literatura, literatura roja (del color de la sangre); los sencillos y probos labradores, trocados en homicidas asalariados; el noble hierro, que Natura crió para desgarrar tierras, forjado y pulido para traspasar pechos; el sér de razón, convertido en autómata, en servidor inconsciente de un trapo multicolor que dicen que es la patria (¡oh mágico poder de la fantasía, que llega á legitimar los delitos con unas cuantas varas de lienzo!); el brazo fuerte, apto para la lucha con la materia, encadenado al cruel capricho de la codicia de un hombre; la voluntad, dócilmente plegada al eco de una voz que pregona la muerte y de una corneta que manda darla; el hombre, en desacuerdo consigo mismo, víctima del instinto que ruge allá en el enmarañado fondo de su singular naturaleza, que á veces tiene destellos de cielo azul, y otras lobregueces y negruras de sombra.

Eso es el militarismo, eso es la guerra, eso es el soldado.

¡Sensiblerías!, me contestarán los sociólogos de gabinete. Un pueblo guerrea por necesidad de expansión física. La guerra es uno de los vehículos de la civilización, un fenómeno na-

tural, una selección útil para resolver el arduo problema que planteó Malthus, es casi una ley biológica.

¡Triste ley y horrible selección que equilibra la vida social elevando á institución económica la muerte violenta!

La civilización sería un hecho con, sin y sobre la guerra. Hay en el fondo de todos los organismos un poder de renovación, una *vix medicatrix*, que resuelve las crisis y cura las dolencias.

Las leyes biológicas matan sin efusión de sangre. Los ejércitos asesinan.

Puede asegurarse que Roma y Bizancio hubieran caído sin que los bárbaros ni Tamerlán las empujasen.

¡Y aún habrá quien tache de bárbaras á las antiguas Repúblicas porque mataban á los débiles y á los ancianos! Más bárbaras son las modernas democracias, que inmolan á los fuertes y jóvenes.

Hay mucha filosofía y más humanidad de lo que parece en el acuerdo de los magistrados de Esparta condenando á muerte á los seres débiles. Es un darwinismo filantrópico, aplicado como un mal menor en los albores de la vida.

Matar á un sér débil al nacer, para evitarle las consecuencias de un vivir odioso y un seguro vencimiento, es cosa dura, pero más noble que criar un sér fuerte y robusto para lanzarlo luego á la muerte, so pretexto de que peligra una corona ó se derrumba un trono.

Allá en el fondo de una sala cubierta de bancos y pupitres, tras los que asoman juveniles cabezas, un hombre de severo aspecto habla del bien, de la gran religión del deber, del amor á nuestros semejantes.

La legión infantil escucha aquella voz, eco modesto de las sublimes parábolas del Crucificado.

Pasan años. Un día, unos hombres de mirada dura, de violentos ademanes, vestidos con abigarrados trajes de chillones colores, llegan al lugar donde se eleva la escuela, reclutan los niños, los analizan y palpan, escuchan el ruido del aire en sus pulmones, cuentan los latidos de su corazón, prueban el

temple de sus músculos, ojean la anchura de su pecho, cubren sus cuerpos con áspera vestidura, oprimen su cintura con ancha correa de la que cuelga un cuchillo, arman su brazo con mortífero instrumento, vierten en sus oídos palabras y números, hacen girar sus cuerpos en diabólica danza ó correr en vertiginosa carrera, meten en sus cerebros ideas siniestras, les proveen de un libro que manda matar por no sé qué cosas y, al conjuro de una voz imperiosa, aquellos jóvenes, cuyos labios tienen aún el carmín y la suavidad de la niñez, se truecan en fierecillas rencorosas que acechan, hieren, matan ó mueren con espantosa inconsciencia de sugestionados ó bárbara resignación de mártires...

Las madres lloran y el maestro contempla su obra destruída. El cuartel ha vencido á la escuela, el instinto á la razón, la fiera al hombre. Eso es el servicio militar, el impuesto de sangre, la cooperación al crimen colectivo (la guerra) que manda el Estado, ese gran Moisés jurídico que viene promulgando su ley entre nubes de venablos ó polvo hirviente de cañones, desde Ciro á Napoleón, de Tamerlán á Federico el Grande. Pero (siguen objetando los defensores de la milicia armada) es que el ejército es el brazo del derecho, la garantía de la paz, un instrumento de previsión política y de orden internacional, el centinela de la integridad física del territorio y el mandatario de la honra patria (aquí encaja el tan cacareado *Si vis pacem para bellum*).

No soy de los que creen que la coacción es nota característica y *sine qua non* del derecho, y pienso que éste se ha de cumplir por libérrimo impulso para que derecho sea.

La fuerza es para mí, en este orden, energía psíquica ó antropológica. De otra suerte, la lógica nos llevaría á afirmar que los salvajes son los que mejor cumplen el derecho, pues no le conciben sin ir acompañado de la fuerza material.

Digan lo que quieran los jurisconsultos clásicos, allí donde la coacción pone su tosca y brutal huella se desnaturaliza el derecho.

Eso de garantir el triunfo y la implantación del bien á cañonazos, es cosa que no comprenderé nunca.

Cierto es que alguna vez, por excepción, la fuerza pone en acción al derecho, cuya marcha intenta estorbar la tiranía; pero ¡cuántas veces no lo perturba al pretender vindicarlo!

Se objetará que esto son sensiblerías pueriles; pero si la humanidad moderna no sabe resolver las colisiones jurídicas de otro modo que como las resolvían los medos y persas, que no se llame cristiana y civilizada.

Cierto que la propiedad ha de estar guardada para repeler las tentativas de latrocinio y depredación internacional; pero aparte de que todos los ejércitos de Jerjes no conseguirían asegurar la inviolabilidad física de un territorio en estos tiempos del acorazado, el vapor, la dinamita y las balas *dum dum*, hay el riesgo de alarmar al vecino y poner en cuidado al extraño con la creación y mantenimiento de esos inmensos núcleos de fuerza, que son una provocación al orden y un robo de energías útiles, verdadera sangría suelta que agota y postra al fin el organismo nacional.

Yo me explico que (dada la existencia de la propiedad individual como un mal por ahora necesario) un ciudadano tenga guardias para vigilar sus fincas, y perros para custodiar sus ganados y viviendas; pero no que, en previsión de posibles violaciones y despojos, arme á toda su servidumbre y la vaya escalonando por los linderos de sus fincas.

Se concibe que yo tenga en mi casa una escopeta para defenderme de las agresiones de un ladrón; pero no que la coja y con ella me pasee frente á la puerta en actitud hostil, desafiando á los transeuntes.

Cuando yo estudiaba Derecho Internacional, el profesor de la asignatura (un pacienzudo bibliógrafo muy conocido en España por sus clasificaciones jurídico-literarias más ó menos artísticas) nos hablaba de comunidad jurídica de los Estados, deberes de los mismos, neutralidad, leyes civilizadoras de la guerra, etc.

En mitad del curso estalló la guerra hispanoamericana, y dos meses después aquellas *civilizadoras leyes de la guerra* cargaron los cañones yanquis con balas de petróleo, y nos dieron una lección de *alta barbarie* en las aguas de Santiago.

Hay que ser lógicos, y una vez aceptada la necesidad de la guerra, legitimar como buenos todos los medios que tiendan á destruir ó paralizar la acción del enemigo.

No es cierto, en la mayoría de las veces, que el ejército sea el mandatario de la patria. Si la patria la constituyen los políticos oficiales, los tribunos gárrulos é histriónicos, los periodistas ladradores y los burgueses, entonces de hecho el ejército es un servidor de la patria. Pero como ésta la forman los trabajadores, y el trabajo es enemigo de la guerra, y el ejército se recluta entre los hijos del trabajo, es absurdo sostener que sea mandatario de la patria quien, como el proletario soldado, al pelear lo hace contra su propio bienestar y el bienestar de los suyos.

Si se pusiera á votación una guerra entre todos los miembros de un Estado, estoy seguro de que no votarían á favor de ella sino unos cuantos comerciantes y políticos *pané* lucrando á quienes podría convenir, por significar la apertura de un nuevo mercado para sus productos ó una consoladora reparación para su maltrecho crédito.

Afirmar, sobre todo aquí en España, que el ejército es el brazo de la patria, es mentir á sabiendas y burlarse de las enseñanzas de la realidad y la historia.

En otro libro he probado que, en los últimos cien años, más veces ha peleado el ejército contra el pueblo (es decir, contra sí mismo) que á favor del pueblo.

La historia constituye á menudo los anales de un delito de fratricidio colectivo, en que el ejército se ha visto forzado á desempeñar el siniestro papel de Caín.

El ejército es una policía del Estado oficial, un representante de los privilegiados, cuya propiedad defiende y cuyas codi-

cias sostiene frente á los ataques de las muchedumbres, sedientas de pan y de justicia.

Triste es afirmarlo; pero esa avalancha de regimientos que constituyen la fuerza oficial se trueca en ciego instrumento de la plutocracia y el caciquismo burocrático contra el proletariado.

¿Qué debemos entender entonces por fuerza de un Estado? Permitid una ligera digresión.

Fuerza, y no otra cosa, revelan los movimientos siderales; fuerza, las atracciones moleculares; fuerza, los movimientos del planeta; fuerza, las mareas, que vienen á ser como la respiración del mar; fuerza, los flujos y reflujos de las grandes masas interiores del globo, que engendran terremotos y volcanes; fuerza es todo, pero en admirable contrapeso, en sabia compensación, porque de ella depende la universal armonía, y la fuerza que arrolla y desquicia no es fuerza, sino violencia, la cual es potente para crear el *caos*, pero impotente para conservar el mundo.

Y si del orden físico pasamos al moral y político, la fuerza surge por doquier, sin que se interrumpa un momento su terrible dictadura.

Pero aquí la fuerza no es verdadera fuerza, sino debilidad, que la sociedad disfraza con ese nombre, *ruin creación* de ese convencionalismo del lenguaje que tapa la corrupción de la conciencia colectiva.

Decía la insigne Concepción Arenal que la mayor fuerza era la virtud y el vicio la mayor debilidad. Pluguiera á Dios que así pensáramos todos.

Pero no. La fuerza, aquí abajo, es sinónima de todo lo artificial, bajo y monstruoso.

Fuerza es, y fuerza irresistible, el oro, soberanía de hecho, sin rival en el siglo; fuerza es la musculatura, el cañón, la bayoneta, el acorazado, aunque se pongan al servicio de la iniquidad; *fuerza* es la ley de las mayorías sociales (el egoísmo) y de las mayorías políticas (la codicia de mando); *fuerza* es la

forma política imperante, aunque sea débil para cumplir el derecho; *fuerza* es sinónima de audacia, violencia, usurpación consentida, vigor material y económico; todo menos la noble energía psíquica (la única fuerza posible en una colectividad de hombres de bien), y por eso la *fuerza* de los modernos Estados (la coacción oficial) se reduce á espadas y fusiles, encierros y patíbulos, lo más ruin y lo más pobre, y á veces lo más infame.

La fuerza de un Estado nace de la superioridad antropológica y psíquica de sus ciudadanos, no del número y calidad de sus ejércitos.

Generalmente el empleo inmoderado de la fuerza nace de la debilidad y es engendrado por el miedo.

Tiembla el tirano en su palacio y el déspota en su trono; tiembla el enfermo á los menores ruidos, y estremece al criminal en su cubil escondido el liviano ruido de las secas hojas que el viento arrastra; y por eso rodéase al primero de guardianes armados, y al otro de cañones potentes, y el enfermo defiende su vida con el ansia suprema del instinto, oponiendo diques al aire, murallas á la infección y drogas á la calentura, y el criminal, lívido y espantado, traduce, en su miedo, por ruidos exteriores los gritos de la conciencia.

¡Espejismos del miedo! ¡Fenómenos de alucinación! ¡Nerviosismos de debilidad!

Las naciones tratan de conservar el orden con el desorden. Quieren mantener incólumes sus prestigios internacionales á costa del prestigio de su crédito.

La paz armada es la gran rémora de la Economía política, y el militarismo, maldecido por el gran Montesquieu, la perdición de este viejo continente.

¡Soldados por todas partes! El ejército del capital robando brazos al ejército del trabajo, que es el ejército de la civilización. El soldado (repiten) es la garantía de la paz, el honor y el derecho nacional. Cristo afirmaba que no vino á traer la paz, sino la guerra; pero es lo cierto que no vino acompañado de un solo soldado.

Si el ejército fuera la garantía de la paz, Rusia sería el pueblo más pacífico del mundo.

Por otra parte, ¿es que á comienzos del siglo xx Europa no conoce otro medio coactivo para el triunfo é implantación del derecho que el que ya poseían Persia y Roma en los tiempos antiguos?

Además, la milicia no es un poder autónomo y, como tal, soberano. La milicia es una policía asalariada del Estado, y, como tal, sierva sumisa de sus mandatos é inspiraciones.

Con el ejército, lo mismo puede restaurarse el orden jurídico que perturbarlo.

La historia nos enseña á menudo cómo han marchado á la muerte, con inconsciencia de verdaderos rebaños, millones de hombres á quienes el Estado encargó el triste y siniestro oficio de mantenedores de la injusticia.

En la mayoría de las ocasiones el ejército no representa otra cosa que la fuerza garantizadora de la conservación del régimen imperante.

Y doloroso es confesarlo: pero ese régimen es á menudo la consagración de la arbitrariedad y la negación del derecho.

Prueba indudable de que el ejército es una fuerza asalariada que sirve á quien la paga, es que cuando falta la soldada (el precio del contrato) la subordinación desaparece. La inmensa mayoría de las traiciones y deserciones militares se explican y justifican por ello. ¡Cuántas veces no se han declarado en huelga, ante la falta de pagas, esos tristes obreros, cultivadores, contra su voluntad, de la terrible industria de la muerte!

Los soldados españoles en Flandes vivían en perpetuo motín y algarada por falta de retribución á sus servicios; y es que el grito de la víscera abdominal hambrienta es más imperioso que el mandato de la ordenanza y que esa voz del honor militar tan cacareado.

Y séame lícito, de paso, saludar con el más religioso respeto, desde estas líneas, á aquel puñado de espectros con alma que allá en la enmarañada manigua del trópico, cobijados

bajo la bandera nacional que á muchos sirvió de glorioso sudario, escribieron con la roja tinta de su propia sangre é ilustraron con las amarillentas pinceladas de la anemia la magnífica odisea del martirio del soldado español, sin empañarla con una sola mancha de indisciplina y rebeldía.

Un ejército fué siempre para mí un rebaño que marcha al suicidio ó al crimen por los despeñaderos de la ignorancia. Yo no veo allí hombres, sino números. Falta el alma racional, la conciencia se borra, la personalidad desaparece. Allí no hay cien mil hombres, sino un gran cerebro castrado, una voluntad sin funciones, un brazo gigantesco que mueve mecánicamente un fusil ó una bayoneta.

No comprendo por qué se execra á los jesuítas, que hacen de sus adeptos cosas, y no se reniega del militarismo (nuevo jesuitismo armado de la falsa civilización contemporánea), que los transforma en ciegos instrumentos de la pasión ó la conveniencia política.

Y de tal modo queda impresa en el alma del soldado esa anulación ó exaltación de la personalidad, según el lugar que ocupe en la jerarquía, que no es aventurado suponer que el cuartel y sus despotismos se prolongan espiritualmente en gran parte de la vida de aquél.

Odio el cuartel, porque es un boceto del orden social actual, un símbolo en acción de la vida moderna, con sus desigualdades, que al par irritan y espantan.

No hay otra diferencia entre los jerarcas de la milicia y los jerarcas sociales que el color de las vestiduras y la diversa índole de los instrumentos de mando. Aquél empuña la espada que punza ó hiere, éste el látigo que flagela, estotro el puñado de oro que corrompe. Y peldaño tras peldaño, grado tras grado, entorchado tras entorchado, se ofrece la pintoresca escala de la explotación humana, desde el cómitre al esclavo, desde el patrono al obrero, desde el general al soldado.

Allí donde no hay peldaños, ni grados ni charreteras, entra lo ruin, lo anónimo, lo deleznable, la fuerza que gana

las batallas, y amasa ó teje en silencio la corona ó la palma de laurel que adornará luego las sienes quizá de algún enteco guerrero de gabinete.

La cúpula se ríe eternamente del cimiento que la sustenta, aunque sin éste aquélla daría bien pronto con su orgullo en tierra.

De todas las formas de explotación humana, la más odiosa es la militar. Más que la bofetada en plena formación, más que la degradación á la luz del sol, envilece é infama la ciega sumisión á un mandato injusto de una legión de seres racionales, en cuyos ojos brilla el fuego de las nobles pasiones de la juventud.

Hay en Asia millones de hombres (decía Plutarco) que obedecen ciegos á uno solo, porque no han aprendido á pronunciar una sílaba: la palabra *no*. Calderón pronunció una blasfemia al llamar *religión* á la milicia. Verdad es que luego rectificó, y al ocuparse de los soldados que en Flandes y el Rosellón cometían todo género de atropellos, violaciones y tropelías, les llamaba *bandidos con uniforme*.

Pero es que el servicio militar (continúan sus defensores) es un instrumento utilísimo de educación física de las razas, porque vigoriza sus miembros con el ejercicio, fortifica sus músculos con el trabajo, templa sus apetitos con la sobriedad y hasta robustece sus ánimos con el hábito de los inminentes peligros.

¿Y, por ventura, no vigoriza los músculos la dura gimnástica del trabajo en los campos? ¿Es que no es elemento y factor de educación física el manejo del hacha y de la azada, tanto ó más que la esgrima de la bayoneta? ¿Es que no es sobrio el bravo labrador que con insípidos alimentos vegetales y agua pura sostiene su organismo, quizá atlético, cuyos desgastes quedan sin reparar con la ruin bazofia que ingiere? ¿Es que no robustece el ánimo la lucha con la naturaleza implacable, con el terruño hostil, con el fisco insaciable, contra las menudas pasiones de los hombres y las grandes inconscientes cóleras del

cielo? ¡Ah, el valor! ¡Eterna manía de los hombres que no le poseen! El valor no es la ciega acometividad animal, la impulsión brutal de los instintos. El valor del hombre (he dicho en otra parte) depende del concepto que haya formado de la vida. Si la cree un gran bien físico, sacrificará por ella hasta el propio concepto de la dignidad. Si, por el contrario, la cree inferior á los grandes principios del orden ético, la dará gustoso, con sublime estoicismo.

Los hombres más valientes no son los guerreros. Son el sabio, que lucha con supersticiones universales; el hombre probo, que persigue el cumplimiento del deber, sin que vacile su voluntad entre la gárrula gritería de la turbamulta canallesca; el pensador, que combate errores seculares, preocupaciones sociales, fanatismos petrificados en medio del hervidero de pasiones calumniosas y arteras envidias que le circunda y quema; el explorador, que se lanza á despejar incógnitas del planeta en nombre de la ciencia; el minero, que conquista bravamente el pan de los suyos, sumergido en honda excavación, sin luz ni aire, negro y ajado el rostro, sobre el cual escribe el polvo del mineral un poema de miseria, de suciedad y de hambre; la pobre y abnegada sierva de San Vicente, que en medio del combate restaña con amor divino las heridas abiertas por el odio humano.

Vosotros, apologistas del valor oficial, cantores de las bárbaras hazañas de la soldadesca, decidme: ¿quién es más valiente: el Cid ó San Vicente de Paúl? ¿El general Roberts asesinando *boers*, ó Emilio Zola defendiendo los inviolables derechos de la humanidad contra las represalias del fanatismo? ¿Quién llegó á la cúpula del heroísmo: Cristo muriendo por la humanidad, ó el general Desaix por tomar una batería; Galileo afirmando contra un mundo de sectarios el movimiento de la tierra, ó Napoleón rasgando á espolazos el mapa de Europa para componerlo luego con amasijo de lágrimas y sangre? A un lado, soldados oficiales. Arriba, valientes del ideal, soldados del deber.

Disipada la flamígera nube de la metralla, deshecha la trágica visión del combate, sólo queda una gloria pasajera y bárbara, un triunfo del instinto sobre la razón. Pero sobre el polvo de los cañones, entre el remolino de las espadas que fulguran, brilla más el sacrificio del varón fuerte. Temístocles será siempre más grande que Alejandro. Si el cuartel no es escuela de valor, menos será escuela de probidad y honradez. Cuando me dicen que un hombre mató por robar, y robó por comer, hay un instinto en mí superior al Código que me explica aquel acto; pero cuando me dicen que un ejército victorioso saqueó una ciudad y robó sus graneros, ese mismo instinto me dice que allí hay un verdadero delito sin posible disculpa ni atenuación. La Historia podrá aplaudir cuanto quiera; la *razón* de estado podrá disculpar á Isabel I de Inglaterra, á Moltke ó Napoleón; pero el corazón no es ni diplomático ni sociólogo, y ése protesta y grita: ¡eso es delito!

Una serie de lógicas investigaciones nos llevaría á descubrir en el robo cometido por un hombre solo una providencial y necesaria restitución violenta de anteriores despojos.

En ese segundo robo en cuadrilla no vemos nada que no sea codicia feroz y delictuoso móvil.

Es triste (hoy, pero quizá algún día sea un bien) que al obrero se le enseñe en la milicia y la guerra que puede tomarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. No sé cómo el cuartel no hace más anarquistas que Kropotkine.

Por grande que sea la influencia de los errores inveterados, no puede eclipsar el brillo de la verdad ni quitar fuerza al dictado de la razón.

El docto catedrático Hinojosa, en sus notas y comentarios al libro de Derecho natural de Prisco, refiere el siguiente hecho: En 1874 ó 76 fueron expulsados del ejército dos oficiales prusianos por rehusar un desafío: se les arrojó por cobardes; y, sin embargo, en los pechos de aquellos dos hombres brillaban unas cuantas cruces laureadas, como otras tantas hermo-

sas credenciales de valor ganadas con riesgo de la propia vida en los combates.

¿Qué profesión ni qué religión es esa que para honrar á sus adeptos y velar por sus prestigios propios impone el homicidio como una rehabilitación?

El valor se eleva en la milicia á la categoría de un deber exigible coactivamente.

El hecho, antes de estar sancionado por la ley, lo estaba por la costumbre.

Un famoso guerrero decía á sus soldados en el momento de dar comienzo al combate:—Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.

El general D. Diego de León lanceando por sí mismo á los húsares que huían frente al horrible fuego de los carlistas, y Condé mandando disparar los cañones contra sus propios parciales, vacilantes y temerosos, son ejemplos que podrán multiplicarse hasta lo infinito.

El código de justicia militar castiga con la pena de muerte á los cobardes, á los soldados cuyo ánimo desfallece y puede llevar á sus compañeros pernicioso ejemplo en la batalla.

¿Y es justa la ley? ¿Es legítima esa pena?

El valor es un producto de la voluntad, y la voluntad es la facultad de regir la actividad corpórea.

Difícil es encontrar en los ejércitos hombres de verdadero valor, por la sencilla razón de que éste no se crea con la voz de mando ni con el toque de una corneta, sino con una larga y difícil educación de la voluntad, secundada por una vigorosa disciplina de los órganos.

El miedo (que no hay que confundir con la cobardía) es un producto del instinto de conservación, del apego á la vida innato en todo sér.

Frente á un peligro todos los seres huyen, desde el león del Sahara hasta el ratoncillo que merodea por nuestras despensas á caza de comestibles; sólo el hombre desafía imprudentemente el peligro y marcha en busca de la muerte ciego y ob-

cecado; y permitidme que lo diga con sinceridad: la mayoría, la inmensa mayoría de los héroes militares que veneramos, lo han sido contra su voluntad, es decir, no han sido tales héroes.

Diga lo que quiera Mosso en sus notables estudios sobre el miedo, es muy difícil esa conversión de un miedo invencible en un valor sereno y resuelto.

Eduquemos la voluntad, en buen hora; creemos el valor, infundámoslo en el corazón humano; pero no para pelear con nuestros semejantes en la guerra, sino para vencer el mal y luchar por nuestra vida y nuestro bien contra la Naturaleza y el Destino.

Allá por los años 89 ó 90 era mi condiscípulo en los estudios del bachillerato un jovenzuelo granadino, travieso y vivaracho, de gran imaginación, pero enteco y corcovado, y con tan pocos arrestos varoniles, ó tan indulgente espíritu, que jamás contestó á las muchas ofensas que le dirigíamos, tan cruel como injustamente, ni pensó en repeler por la fuerza las materiales injurias de que le hacíamos blanco. Aquel jovencito se hizo médico, después de unos estudios brillantísimos, y alcanzó una titular, tan mezquinamente retribuída, que apenas le producía para sostener su vida y la de la mujer que había elegido para compañera.

A poco estalló la guerra en Cuba y Filipinas, y el joven médico, bloqueado por las necesidades, sin familia ya y viudo (pues había tenido la desgracia de perder á su esposa), ganó por oposición una plaza de médico militar, y pidió ser destinado al teatro de la guerra: el asombro de sus condiscípulos fué unánime; nadie le creía capaz de tanto, recordando sus pueriles miedos tan recientes y viendo que no pocos de sus compañeros de profesión pedían el retiro por no someterse á las terribles eventualidades de un clima mortífero y de una lucha sin cuartel; y un día leímos en los periódicos el rasgo admirable y heroico de un joven médico granadino en un combate sostenido en Filipinas.

El citado joven, que no era otro que Gálvez (así se llamaba

mi condiscípulo), había dado pruebas de poseer el corazón más intrépido y el concepto más elevado del deber profesional que pueden pedirse á un hombre y á un médico.

En medio de un fuego horrible, á poca distancia de las *cottas* enemigas, el ilustre médico se entregaba á curar á los heridos con la misma tranquilidad que si estuviera en la clínica, mientras los proyectiles llovían á su lado y nadie se atrevía á socorrerle por miedo á una muerte segura.

La prensa pedía para el bizarro profesor la cruz de San Fernando, que en efecto se le concedió.

Pasada la guerra, me decía aquel *héroe por fuerza* con simpática ingenuidad: «Ten la seguridad de que no he sido yo quien ha hecho todo eso, sino las circunstancias, mi viudez, mi desesperación. Cuando me acuerdo del peligro que corrí y de las cosas que hice, siento que invade mis nervios el escalofrío del miedo».

Tenía razón.

Rara vez el valor en las batallas es la fría y serena intrepidez en pugna con fuerzas y obstáculos contrarios.

Se pretende que tenga valor un hombre á menudo mal nutrido, agotado por largos y sostenidos esfuerzos físicos que llevan consigo el inevitable desgaste muscular y el desaliento anímico, arrancado bruscamente del seno y el cariño de los suyos á una eterna emboscada, á una bárbara y perenne hostilidad; un hombre bueno y sencillo, que no siente odio alguno contra aquel otro desdichado á quien se le manda dar muerte, en nombre de principios más metafísicos que humanos, ó de innobles codicias; y si ese hombre vacila ó vuelve la espalda, ó sus nervios se encogen en aquella vorágine, se le encarcela, se le degrada ó se le mata.

¿Por qué?

Porque la patria lo quiere, lo manda el rey, lo exige el honor nacional—dicen.

¡Falso! Ni la patria, que es la familia y los afectos; ni el rey, que es un mandatario de esta patria; ni el honor, que bien en-

tendido es la conformidad de nuestros actos con la ley moral, viven y mantienen su imperio social elevando á principio de conservación el homicidio ó el asesinato.

Y aquí viene á enardecer el cerebro la ráfaga de los recuerdos históricos.

Y la memoria evoca el horrible cuadro de las fiestas circenses de la Roma pagana, y ve sobre la arena ensangrentada de aquel anfiteatro de matanzas á los *cómitres* levantando á furiosos latigazos á los esclavos postrados por los esfuerzos de la lucha para que vuelvan al combate, ó dándoles muerte, si les abandona el valor en el trance; á la multitud espoleando á los gladiadores para que sepan morir con gallardía en artísticas aposturas que diviertan á un pueblo de rameras y comerciantes.

La memoria evoca todo esto, y lo asocia á recuerdos más frescos de la nueva historia; y la razón, al compararlos, no halla apenas diferencia entre el pueblo de Tiberio, que perdona la vida á los que triunfan en la arena; y la vieja Europa, que ciñe con coronas de laurel la frente de los vencedores en las contiendas internacionales; y la barbarie moderna, que fusila á los que volvieron la espalda en el combate, quizá porque los sentimientos de humanidad hablaban más alto en sus cerebros que el estímulo de atávicos impulsos ó el acicate de injustificados rencores.

PASCUAL SANTACRUZ

RECUERDOS

Nos vamos aproximando al año 1868, y el campo de los recuerdos, en aquella fecha, se me presenta árido y monótono, con esa uniformidad de las grandes llanuras, ya que no de los grandes desiertos, en que nada hay saliente que fije la atención y la memoria.

Por más que evoco lo pasado, nada encuentro que se diferencie de lo que le rodea: ningún suceso notable, ningún acontecimiento digno de consignarse, ni triste ni alegre, ni pintoresco ni melodramático.

A fuerza de revolver residuos borrosos de aquellos años, he dado al fin con algo que me interesó particularmente.

Mi elección como académico numerario de la Academia de Ciencias Exactas.

Fuí elegido espontáneamente, sin haberlo yo solicitado, sin haber hablado á nadie, sin ambicionarlo siquiera.

Jamás pedí cosa alguna, ni aun á los amigos más íntimos; de suerte que los honores que he recibido en mi larga vida han venido por sí mismos, ó por simpatía espontánea de los demás.

Y lo que digo de mi elección para la Academia de Ciencias, puedo repetir para todos los cargos que he desempeñado, y para todos los puestos que ocupé en mi carrera administrativa ó política.

Fuí ingeniero á fuerza de exámenes.

Fuí profesor porque en el año 54 me nombraron, sin haberlo yo pedido, aunque lo deseaba.

Fuí académico porque la Academia me eligió, sin que mediase solicitud mía, ni recomendación directa ó indirecta.

Aun en mis aspiraciones al teatro, jamás rogué á nadie que por mí hablase favorablemente, ni á Romea, ni á Arjona, ni á Teodora, ni á Matilde.

Escribía mis primeros ensayos por amor al arte, como he explicado muchas veces; los mandaba en forma anónima al actor ó á la actriz en quien había puesto mis esperanzas; me los devolvían, destruyéndolas de golpe; y así seguía impasible, hasta que, como explicaré más adelante, un día llegó en que las esperanzas se convirtieron en realidades.

Pero volvamos á mi elección para la Academia de Ciencias.

Allí empezaron mis batallas y luchas en la vida, porque las anteriores en favor del librecambio eran, por decirlo así, colectivas; iba como soldado entre el ejército librecambista, y la lucha era de ejército contra ejército, de escuela contra escuela, de doctrina contra doctrina.

Por mi cuenta exclusiva, esta fué la primera batalla que reñí.

¡Una batalla por haber ingresado en la Academia de Ciencias!

Quizá esto les parezca extraño á mis lectores, y, sin embargo, así fué; y diré el cómo y el por qué.

Tenía yo que escoger tema para mi discurso de recepción; y después de pensarlo mucho, yo, que soy hombre pacífico, que no me gusta reñir con nadie, que amo sobre todas las cosas la paz y la tranquilidad, que quisiera vivir en un rincón sin que nadie me conociese ni me molestase, y por de contado sin molestar yo á nadie; yo, que aunque he olvidado el latín, que pude aprender, repito de continuo aquello del varón feliz de Horacio, que vive lejos y apartado de los negocios; yo, en fin, que sería verdaderamente feliz vegetando, como antes dije, en cualquier aldea, sin más que libros, problemas de matemá-

ticas ó de física, y en todo caso escribiendo algún drama para uso particular de mi espíritu; por no sé qué fatalidad que me persigue, he ido metiendo ruido por todas partes y provocando luchas y conflictos, que odio y maldigo, pero que me cercan y me asaltan, bien contra mi voluntad.

De suerte que, entre cien temas pacíficos que pude escoger, escogí uno que había de levantar tempestades en ciertos círculos, sobre todo entre los hombres de ciencia; que había de resultar antipático y hasta antipatriótico; que había de producir escándalo en la Academia y aun en la prensa.

Y así fué: el tema escogido fué éste: «Historia de las Matemáticas con aplicación á España».

No quiero decir que éste fuera el texto, porque no tengo el discurso á mano ni quiero perder el tiempo en buscarlo; pero ésta fué la idea.

El tema en sí parece manso y bonachón, y nada propenso á tempestades; pero había de resultar tempestuoso forzosamente por las opiniones que yo había consignado en el discurso y que había de leer ante los académicos.

Porque mi idea era ésta, y con toda crudeza la expuse, sin ambigüedades ni matices ni atenuaciones de ningún género.

En España hemos tenido literatos de primer orden, escritores admirables, genios prodigiosos, jamás superados; con citar á Cervantes, Lope y Calderón sería bastante, y el ejército que tras ellos viene es más innumerable que el de Xerjes contra Grecia.

Hemos tenido soldados, capitanes navegantes y héroes que han llenado de ráfagas de gloria nuestra historia; hemos tenido místicos, teólogos y filósofos admirables; pintores, los primeros del mundo; artistas en todas las esferas del arte. ¿Para qué repetir lo que nadie ignora? Nuestra nación ha habido momentos en que ha sido superior á las demás naciones; pero decía yo: no hemos tenido jamás un matemático de primer orden, ni siquiera de segundo, y aun, apurando la clasificación, ni aun de tercero.

Claro es que hemos tenido hombres de talento, capaces de conocer la Ciencia de su época, y aun de aplicarla: basta recordar á D. Jorge Juan.

Pero no es esto lo que yo entiendo por grandes matemáticos.

En las Matemáticas, como en todas las demás ciencias, como en el arte, como en la industria misma, entre los inventores, hay que distinguir dos clases diferentes: el que crea y el que aplica aquellas creaciones.

Los de la segunda clase tendrán mucho talento, serán muy respetables, podrán merecer el nombre de sabios, prestarán á su patria y á la sociedad en general servicios meritorios; es más, sin ellos el progreso sería imposible: son los grandes obreros del progreso; pero jamás podrán confundirse con el hombre de verdadero genio, con el verdadero creador, con el que tiene chispazos de luz que iluminan el sendero por donde la humanidad marcha: en suma, los de luz propia.

A éstos, en el terreno de las Matemáticas, les llamo matemáticos de primer orden.

Y de éstos decía yo entonces, y creo hoy mismo, que no hemos tenido ninguno.

No hemos tenido un Descartes, que engendra la Geometría analítica; ni un Newton ni un Leibnitz, que crean el cálculo infinitesimal.

Ni un Abel, con sus funciones elípticas; ni un Galois, que muere á los veintitrés años y que, con dos ó tres teorías en forma imperfecta, deja sin embargo un nombre inmortal.

Ni un Cauchy, de genio tan prodigioso y tan fecundo; ni tantos otros que pudiera citar, en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y hasta en Suiza, con ser país relativamente de tan reducida extensión.

Este era el tema de mi discurso, presentado en forma dura, seca y descarnada.

No; en la historia de las Ciencias, quiero decir, en las Matemáticas puras, no hay ni un solo creador de grandes teorías,

cuyo nombre puedan pronunciar labios españoles sin esfuerzo.

Cerca de cuarenta años han pasado, y creo recordar que de este mismo modo lo decía.

Yo soy propenso á la exageración; me gusta apurar las tesis; las llevo hasta sus últimos límites; las violento á veces, y no economizo frases enérgicas ni imágenes de alto relieve.

Así, pues, el discurso resultaba áspero y agresivo, y la impresión que produjo, á pesar de las felicitaciones de ordenanza y de los elogios á la forma, bien se conocía que era penosa: ni los individuos ni las colectividades se conforman con que se les declare impotentes.

Hoy todo lo que sea rebajar á la Patria, empañar sus glorias y escarnecer á sus grandes hombres, todavía encuentra en ciertos círculos aplauso y simpatía; por aquellos años del 67 no habíamos llegado á tal extremo triste y desconsolador.

Aunque mi intención era sana, porque siempre he creído que lo más sano es decir la verdad, mi discurso era una nota discordante.

Había exagerado yo esta nota, como digo, para deducir consecuencias del orden político; porque concluía yo diciendo: ¿En qué consiste que no hayamos tenido grandes matemáticos? ¿Consistirá tan triste deficiencia en que la raza sea impotente para esta clase de estudios? Y rechazaba con indignación hipótesis semejante.

Toda la culpa se la echaba al fanatismo religioso, á la Inquisición y sus hogueras, que habían ahogado los instintos científicos de los españoles ahumando sus cerebros con los gases desprendidos de los braseros inquisitoriales en los autos de fe.

Después he pensado, pensándolo fríamente, que la explicación no es completa ni es suficiente; pero en aquellos tiempos así lo creía y así lo dije.

Muchos periódicos combatieron mi discurso: los reaccionarios, por sus tendencias liberales; y los liberales, por lo mal

que yo trataba á la Ciencia española, en orden á las Matemáticas puras, que fué lo único en que yo me ocupé.

Muchos artículos se escribieron en contra de mi discurso; pero sus autores, personas distinguidas y de mérito; y aun hubo en tiempo posterior un hombre eminente, gloria de la nación española, que también la emprendió conmigo á propósito del discurso en cuestión; todos ellos, repito, respetables y de cultura, eran incompetentes en materias matemáticas, y no podían combatirme más que con frases sonoras ó con alardes patrióticos. La verdad es que los más competentes era dudoso que supiesen resolver una ecuación de segundo grado, ni ¡qué sabían ellos de los grandes problemas matemáticos!

Yo contesté en el mismo tono del discurso á varios de estos artículos; y la polémica se hubiera prolongado uno ó dos meses, si graves acontecimientos políticos no hubieran distraído la atención del público y no hubieran alejado á la prensa de esta clase de torneos científicos é históricos.

Hasta desaparecieron algunos de los periódicos en que yo escribía mis contestaciones.

A esta distancia de treinta y seis años, sin pasiones ni enojos, ni ideas preconcebidas, declaro que pienso hoy lo mismo que entonces pensaba: que patrióticamente me duele el no encontrar en la historia de la Ciencia ni un gran matemático español; pero que no lo encuentro, ni lo encuentra nadie.

Repito que nadie ha citado, después de haber escrito yo aquel discurso, sino los que yo cité: el matemático Omerique, que tuvo atisbos de la Geometría analítica, y cuya obra está en la Biblioteca Nacional, y yo tuve la paciencia de leer antes de escribir mi trabajo; el portugués Núñez, de merecida fama, pero no como gran matemático; y la hermosa figura de D. Jorge Juan, que era un verdadero sabio, que conocía la Ciencia de entonces, pero que en Matemáticas puras ni creó ni se propuso crear nada.

Yo cité estos tres. Después se han citado otros como hombres de estudio, como profesores insignes, nada más.

La inmortalidad en la Ciencia no se obtiene con saber, sino con el genio creador.

Y yo repito hoy lo que entonces decía: cítese una gran teoría matemática que sea debida al genio de nuestra Patria.

Yo no la conozco. Ni antes ni después. La causa será la que fuere, pero los hechos hay que reconocerlos.

Ahora bien, aun sosteniendo la tesis de mi discurso, hoy confieso que fué inoportuno é indiscreto.

No se entra en una Academia, no se agradece la honra recibida, viniendo á decir, poco más ó menos, y con frases más ó menos poéticas: Señores, hay que reconocer que somos unos pobres diablos.

Reconozco mi falta; me arrepiento de ella, como sucede siempre en la vida, cuando el arrepentimiento es inútil, y proclamo, contrito y confuso, que mis queridos compañeros fueron excesivamente corteses conmigo.

Yo era entonces relativamente joven: sírvame de circunstancia atenuante esta de la juventud relativa, y sírvame también de excusa el estado general de los espíritus: en víspera de una revolución todo el mundo está nervioso.

Aquel discurso se ha agotado, y yo no he vuelto á hacer la segunda edición; casi lo siento, porque hubiera dado mayores desarrollos á la historia de las Matemáticas, con lo que he aprendido después, y hubiera corregido dos errores de ninguna importancia para el fondo, pero que son verdaderos errores de erudición. Cuando escribo, tengo la mala costumbre de no consultar ningún libro: escribo siempre de memoria; esto es más cómodo, pero es muy peligroso.

***

Y aquí empieza á elevarse mi posición social.

Soy ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Soy profesor de la Escuela de Caminos, en la que desempeño dos clases por lo menos.

Pronuncio discursos furibundos en la Bolsa contra el proteccionismo, lo cual me vale elogios entusiastas de los periódicos avanzados, artículos tremendos de los periódicos proteccionistas.

Soy, además, orador de las Secciones del Ateneo, donde también pronuncio discursos democráticos, de la más ardiente democracia.

Soy, por último, individuo de la Academia de Ciencias.

Y acaso no se me crea: ni tengo ambición, ni aspiro á más. Leer mucho, leer cuanto pueda, sobre todo Matemáticas, y vivir tranquilo.

El grupo librecambista no figuraba en ningún partido político militante.

Ni éramos progresistas, ni éramos demócratas.

Simpatizábamos con unos y con otros, sobre todo con los demócratas: con Rivero, con Martos, con Castelar; pero sin reconocerlos como jefes: formábamos, como vulgarmente se dice, rancho aparte.

En la Bolsa, nuestros jefes eran D. Luis María Pastor, un antiguo moderado; Figuerola, progresista; Alcalá Galiano, moderado también.

En el Ateneo formábamos en fila con Castelar, con Paco Canalejas y con otros demócratas, pero conservando nuestra independencia.

Y si esto hacía el grupo librecambista, claro es que yo hacía otro tanto: primero, por disciplina; y además, porque nunca tuve mucha afición por la política.

En el orden de los hechos materiales, ni tuvimos la responsabilidad, según unos, ni la gloria, según otros, de trabajar activamente por la Revolución de Septiembre.

Jamás conspiramos ni con los progresistas, ni con los demócratas, ni más tarde con la Unión liberal.

Yo hacía lo que hacían mis compañeros del librecambio y del Ateneo democrático.

No conspiraban; pues no conspiré.

Pronunciaban discursos; pues yo pronunciaba los míos.

Era tan gran amigo de Gabriel Rodríguez, que con él iba por amistad y por convicción á todas partes.

Figuerola, Gabriel Rodríguez, Moret, San Román, Bona y yo, y algunos otros, formábamos un grupo estrechamente unido.

De todos nosotros, el que mostraba más afición á la política, á la cual le llamaban sus altas cualidades y su admirable elocuencia, era Moret; pero no creo que tampoco conspirase. Hay que tener en cuenta que era también el más joven de todos nosotros. Era el «pico de oro», como le llamaban, de la Universidad, el admirable orador de los mitins y uno de los primeros en el Ateneo.

* * *

Si mal no recuerdo, empecé por entonces una labor que hoy todavía prosigo, infatigable, constante, y si no se tratase de obra tan modesta, diría que cada vez con más entusiasmo.

Me refiero á la serie de artículos que hace más de treinta y seis años que empecé á publicar con el fin de ir popularizando las ciencias matemáticas y físico-matemáticas en nuestra patria.

Se cuentan ya estos artículos por centenares, y mejor dijera que por miles.

Sólo para el *Diario de la Marina* hace más de treinta años que escribo dos crónicas mensuales, de donde resultan 24 crónicas al año, ó sean 720 en el periódico indicado.

Constituyen un gran conjunto de teorías modernas, y una crónica año por año, y aun mes por mes, de los descubrimientos é invenciones más importantes en la Física, á veces en la Química, en la Industria y en el Arte de la Construcción.

He escrito también mucho para diversos periódicos de América y del extranjero.

Mis compañeros, los ingenieros de Caminos, tuvieron la delicada atención, hace pocos meses, de coleccionar los artículos

que lograron recoger entre los publicados en *El Imparcial*, en *El Liberal* y en algunos otros periódicos de Madrid, y resultaron dos tomos de casi 500 páginas cada uno.

Y, sin embargo, quedan otros muchísimos en diversos periódicos de la capital, y principalmente en Barcelona.

En suma: un trabajo de mérito muy modesto, como antes indicaba, pero enorme como cantidad, y que, después de todo, me figuro que alguna utilidad ha prestado á la cultura de nuestra patria.

No sé si al afirmar esto me engañará la vanidad, que es traicionera; pero sírvame de excusa la buena intención.

Empecé esta labor algún tiempo antes de la revolución de Septiembre, dando á luz en la *Revista de Obras públicas* algunos artículos sobre la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo.

Tuve la suerte de que gustaran á mis compañeros, y aún recuerdo que con este motivo me regalaron, lujosamente encuadernado, un libro para mí interesantísimo, á saber: las *Investigaciones aritméticas*, del célebre Gauss, que todavía conservo en mi librería en puesto de honor, al lado de la *Teoría de los números*, de Legendre, y de los dos grandes volúmenes de los trabajos matemáticos de Henry J. S. Smitz, sin contar otras muchas obras modernas, todas relativas á las expresadas teorías.

Hablarles de todas estas obras y de otras innumerables á los que desde las profundidades de su ignorancia vociferaban contra mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, hubiera sido hablarles en sánscrito.

De aquellos artículos de la *Revista de Obras públicas* hice un pequeño folleto que, ampliado dos años después, se convirtió en el tomo primero de las *Teorías modernas de la Física*, al cual siguieron otros dos tomos más. Pero ésta es obra aparte de la que antes citaba, la cual lleva por título *La ciencia popular*.

***

Llegamos ya al año 1868; y así como he hecho liquidación de los sucesos menos insubstanciales de mi vida hasta dicha fecha, debo hacer liquidación también para tranquilidad de la Historia, que yo sé que ha de preocuparse mucho de estos acontecimientos, casi tanto como de la caída de Babilonia, de la destrucción de Jerusalén, del asalto de Roma por los bárbaros ó de la toma de Constantinopla por los turcos; para evitar, repito, molestias é investigaciones al futuro historiador de la Ciencia española en el siglo XIX, con su correspondiente *post-data* del XX, diré todo lo que escribí hasta la victoria de Alcolea por los generales sublevados: que las grandes cosas y los grandes sucesos han de ir á la par.

La primera vez que puse yo la pluma sobre el papel con intentos científico-literarios, tendría unos trece años, poco más ó menos.

Estudiaba Química en el Instituto de Murcia con un profesor eminente por la claridad de su entendimiento y el admirable método de su exposición: ya creo haber citado otras veces su nombre; se llamaba D. Ramón Baquero.

Yo había leído mucho para entonces; sabía que en el mundo hay una cosa que se llama Literatura, sabía que se puede escribir bien y que se puede escribir mal, y en forma infantil y entre mis compañeros alardeaba de buen gusto. Y en este punto me hallaba, cuando mi querido profesor me encargó que escribiese una Memoria sobre el análisis del aire por el eudiómetro.

¡Qué trabajos, qué afanes, qué días angustiosos!

La cuestión científica no ofrecía dificultades para mí; pero ¿y el darle forma por escrito?

Era la primera vez que yo acometía empresa semejante, y me constaba que D. Ramón Baquero, además de ser un buen químico y un buen profesor, era un excelente literato; ¿y qué iba á pensar de mi estilo y de mi literatura?

Esta era la idea que más me angustiaba.

Veinte veces empecé la Memoria, y veinte veces rompí el papel y tiré la pluma.

¡Cuántos años han pasado! ¡Más de sesenta: acaso sesenta y dos!

¡Cuánto he escrito después: cuántos dramas, cuántos artículos de ciencia popular, cuántos discursos académicos, cuántas obras de alta ciencia, cuántos y qué diversos cuentos para los periódicos ilustrados, y cuántos discursos he pronunciado también: de nada de esto me acuerdo, y, sin embargo, recuerdo las primeras frases de aquel discurso infantil!

¡Cómo quedaron grabadas en mi memoria, que jamás se han borrado!

No sé si ya otra vez las cité en esta serie de mis recuerdos: tengo de ello una reminiscencia vaga; pero no importa, volveré á citarlas.

Si á los viejos no nos recrean los recuerdos, ¿para qué sirve el recuerdo?

El recuerdo es la inmortalidad de lo pasado.

¡Y la inmortalidad es tan hermosa!

No la inmortalidad de la fama, que es pura vanidad de vanidades, sino la inmortalidad del sentimiento y de la idea. ¡Sentir en el cerebro la misma luz que brilló en otro tiempo; sentir que vibran los nervios como muchos años atrás vibraron; abarcar la vida en su extensión y juntarla en un punto, anulando el tiempo y el espacio; ser hoy el que era ayer, recogiendo de paso todo lo que entre el ayer y el hoy ha ido tomando realidad!

En suma: que yo gozo con los recuerdos, tal como ellos son, sencillos, naturales, ingenuos, sin artificios retóricos, sin refinamientos literarios, sin adulterar la realidad que pasó, con pretensiones ridículas de la realidad presente.

Digo, pues, que me acuerdo como si acabara de escribirla, no de aquella Memoria sobre el análisis del aire, no de toda ella; pero sí de sus primeras frases, que fueron las que más trabajo me costaron, y las que con más fuerza quedaron grabadas en mi cerebro.

¿Serán las mismas celdillas cerebrales, que han persistido

durante sesenta y tantos años, las que hoy reproducen ante mi conciencia aquellas frases?

¿Son como moneda que recibe un cuño indeleble?

¿O es que han ido transmitiendo por herencia á una serie de celdillas la impresión inicial?

Díganlo los fisiólogos, si lo saben, que no lo sabrán; y riñan de paso con los espiritualistas, que atribuirán al alma el recuerdo, desdeñando celdillas, nervios y protoplasmas.

Yo sólo sé que me acuerdo de lo que me acuerdo.

Y la Memoria empezaba de este modo.

Mas dejémoslo para otro artículo, y hagamos la prueba de si para entonces se me olvida.

José Echegaray

DIAPASON MORAL

UN POCO DE PSICOLOGÍA CRIMINAL

(CONFERENCIA QUE NO SE HA DADO EN PARTE ALGUNA)

SEÑORES:

A muchos de vosotros os habrá ocurrido presenciar la comisión de un delito. Pasando por la calle, habéis visto que un ratero se apodera del portamonedas de una señora ó de la cartera de un caballero, ó que un hombre á quien no conocéis acomete á otro, hiriéndolo ó matándolo. Vuestro primer impulso entonces, irrazonado casi y poco menos que irresistible, es poneros del lado del ofendido y perseguir y censurar al ofensor, al que desde luego condenáis calificándolo de malvado, delincuente, merecedor de represalia y pena... Nuestra irritación llega en ocasiones á un punto tal, que no nos contentamos con menos que con la ejecución sumarísima del reo, tomándonos la justicia por nuestra propia mano, sin formalidad procesal de ningún género. Nos hallamos segurísimos de obrar bien «dando su merecido», según solemos decir, á aquel que ha hecho mal, y del que no tenemos noticia alguna anterior al acto que hemos presenciado. No conocemos sino éste, ni tenemos más datos sobre que fundar nuestro juicio; sin embargo, el juicio, y juicio condenatorio, lo formulamos con tanta firmeza como rapidez. Lo mismo ocurre con relación á aquellos otros casos

que, sin haberlos presenciado nosotros, llegan á nuestro conocimiento de una manera más ó menos inmediata, por noticias ó referencias de parientes, de amigos, de convecinos, de los periódicos... A todos ellos les aplicamos nuestra crítica, tildando, sin más, de responsables y penables á sus autores.

Difícilmente nos percatamos de esta nuestra ligereza en el juzgar, lo que es causa de que caigamos á menudo en muy grandes, aun cuando disculpables, errores. Si en el ejemplo á que primeramente hemos aludido alguna persona de las que presenciaron con nosotros el hurto ó el homicidio, ó de las que llegaron al lugar del suceso después de verificado éste, se pusiera de parte del delincuente, ó aun sin llegar aquí, tuviera palabras con que atenuar, ya que no justificar (como á veces pasa) su acción, lo más probable sería que cerráramos también contra ella y que la motejáramos de cómplice, auxiliadora ó encubridora en el delito, de perversa é indigna de codearse con hombres honrados. Casos habría en que pudiera llegar hasta ser arrastrada por el furor popular. Por eso, en circunstancias parecidas, más vale callarse y esperar á que pase el turbión y empiece á serenar el tiempo.

Pero precisamente esa persona, cuya opinión y juicio acerca del hecho delictuoso cometido y acerca de su autor no toleramos, es quien se halla en más favorable disposición para emitirlos. Ella conoce á los que han intervenido en el delito, y los conoce desde mucho tiempo hace. Sabe cómo el delito se ha ido preparando, engendrando y madurando. Ha asistido á su génesis desde los primeros albores de él, y lo ha seguido hasta su consumación. Este conocimiento le permite explicárselo (lo que no nos ocurre á los demás, que lo miramos desde fuera), y la explicación la pone al margen de la disculpa (cosa que no podría pasarnos á nosotros). Sabe las relaciones que de tiempo hace venían existiendo entre agresor y víctima, los enconos, cada vez más acentuados, entre ambos, las provocaciones constantes de esta última con respecto al primero. Sabe que se trata de un largo proceso psíquico, cuyo resultado final se adi-

vinaba fácilmente. Si las cosas caen del lado á que se inclinan, cualquiera observador puesto en el lugar de nuestra persona habría previsto como ella, sin ser por eso muy perspicaz, qué es lo que tenía que ocurrir y ha ocurrido. El alma humana es un recipiente de limitada capacidad, y cuando este recipiente se llena, cualquier cosita que éntre en él lo hace rebosar ó estallar. Es lo que acontece, v. gr., cuando un hombre está ya «muy cargado» de otro al que está resistiendo desde largo tiempo hace. Viene un momento en que la mina cargada estalla, sin más que aplicarle un fulminante. He aquí por qué suceden á menudo hechos brutales y de mucha gravedad sin motivo aparente, ó por los más fútiles motivos. Es que se trata de almas repletas de combustible, cuya explosión viene determinada por el más ligero incentivo (ocasión), y que por eso hallamos inexplicable los que sólo tomamos en cuenta este último, causa en sí pequeña, pero que, combinada con las demás, centuplica su poder y su fuerza.

Bien podemos suponer que la persona esa que de tal manera ha sublevado nuestra indignación al pretender indulgencia para el delincuente cuya fechoría hemos presenciado, consigue hacerse oir.

Empieza á decir cosas que interesan á los que le rodean; traza tales rasgos del reo, que, sin quererlo, se apodera de nosotros la conmiseración y aun la simpatía por el mismo. Nos cuenta su vida desdichada; sus luchas, quizá hasta heroicas, contra toda suerte de adversidades y desventuras; sus sufrimientos íntimos, su rebeldía contra tantas formas de opresión como en el mundo existen, su amargura constante, su desesperación... Y entonces ya, nosotros, antes tan fieros y crueles contra él y contra sus disculpadores, vamos también cambiando de juicio acerca de todos ellos. Vamos penetrándonos de la relación ó encadenamiento causal que entre el acto y el agente existe, cosa que antes no sucedía. Vamos explicándonos el delito, y al explicárnoslo empezamos á disculpar y á perdonar. Nos llegamos á convencer de que no es tan fiero el león como

nos lo parecía á primera vista, ó de que, aun siéndolo, la fiereza suya, cuyas raíces vemos, no podía producir frutos de suavidad y dulzura. Poco á poco nos vamos internando más en la explicación del delito y en la busca de las determinantes psicológicas que han llevado á él al delincuente; poco á poco nos vamos identificando con el mundo moral de éste, hasta considerarnos casi una misma persona con él. Entonces es cuando exclamamos, como en los dramas ó novelas después que se desenreda lo antes enredado para el que lo veía desde fuera: «ahora me explico que haya sucedido lo sucedido»; ó bien: «y yo en su caso, ¿qué hubiera hecho? ¿No hubiera procedido lo mismo que él procedió? ¿Cabía que, en tal situación, ese hombre, á quien yo condenaba antes desde luego, dejara de hacer lo que ha hecho?»

Y así, el que primero se irritaba porque hubiera gentes que perdonaran al reo y trataran de explicar (que es algo así como justificar) su delito, viene, sin quererlo, á entrar en el número de estos últimos. A lo cual obedece, por ejemplo, que aun los más hostiles en un principio al criminal lo absuelven cuando forman parte del Jurado que falla su causa, debido precisamente á que en el curso de ésta se han llegado á enterar de pormenores que hasta entonces desconocían, y á penetrar en interioridades que les han obligado á modificar su primitivo juicio, formado muy precipitada y ligeramente, atendiendo no más á unas pocas apariencias. De ello proviene que existan muchos veredictos del Jurado, ó sentencias, dictámenes y demás de otros tribunales, los cuales escandalizan cabalmente... á los que no han sido jurados ó magistrados ó ponentes, pero no á éstos. Si los escandalizados viniesen á ocupar el lugar de los últimos y á colocarse, por consecuencia, en situación de espíritu idéntica á aquella por la que éstos han pasado, habrían hecho lo mismo que ellos.

No parece muy acertado juzgar á nadie sino metiéndose uno todo lo posible en el pellejo del juzgado, esto es, del agente de la acción de que se trate. Y esto es lo que hacemos muy

pocas veces. Requiere ello observación, perspicacia y paciencia, dotes que no se compadecen con la precipitación con que nosotros queremos apreciar y juzgar los actos ajenos. Esta apreciación y juicio tenemos que hacerlos al vuelo. No hay nada de lo que vemos ejecutar á los demás sobre lo que no nos creamos autorizados para emitir inmediatamente opinión. Por eso suelen ser éstas tan superficiales y expuestas á error. Una opinión algo fundada requiere estudio y madurez, y estas condiciones están reñidas con la pereza mental, en que nos es tan cómodo mecernos, y con la prontitud con que hemos de hablar y sentenciar de todo. La labor crítica requiere mucha circunspección y cautela, verdaderos estorbos de esa prontitud.

Puede inferirse de aquí cuán efímero y discutible sea el valor de nuestros juicios, tanto de los intelectuales como de los morales, que es de los que ahora se trata. Nada se nos pone por delante cuando hemos de emitirlos acerca de los demás. Todo lo que los demás hacen nos creemos autorizados para calificarlo; pero muy singularmente calificamos, censurándolo, lo que nos parece malo. La facilidad y el gusto con que aquí procedemos son extraordinarios, lo que prueba la fuerte propensión que en nosotros existe á marchar por esta vía. Se oye decir á menudo que de nuestros propios actos sólo podemos juzgar, y sobre todo juzgar con acierto, Dios y nosotros mismos. Lo cual tiene ciertas apariencias de verdad, aunque acaso no lo sea del todo. Pero aunque el principio sea exacto, nosotros lo respetamos muy poco. Nuestro afán es estarnos convirtiendo de continuo en censores, jueces y críticos del prójimo. No hay quizá minuto de nuestra vida, cuanto menos día ni mes, en que no censuremos la conducta de alguien. En los periódicos se ve esto bien; pero es de advertir que lo mismo que los periódicos hacen lo hacemos también todos. Calificamos á los demás de defraudadores, de charlatanes, de explotadores, de opresores, de holgazanes; afeamos el proceder del comerciante, del político, del militar, del abogado, de todo el

mundo, porque hacen tal ó cuál cosa que nosotros también hacemos ó que haríamos si pudiésemos; sólo que por falta de medios ó de ocasión no podemos hacerla. Yo, desde hace algún tiempo, siempre que leo ú oigo una censura ó recriminación contra una persona, clase ó profesión, no puedo menos de preguntarme: «y el censor y yo ¿qué hacemos, cada uno dentro de su esfera y de sus medios? ¿Nos conducimos de distinto modo que aquel ó aquellos cuyos actos tan mal nos parecen? Si nos halláramos en el lugar de los censurados por nosotros, ¿seguiríamos ruta distinta de la que ellos siguen?»

Para que nuestros reproches al prójimo fuesen algo fundados, sería menester predicar con el ejemplo. Antes que *dicendi peritus* hay que ser *vir bonus;* antes que reprender hay que ser irreprensible. ¿Qué fuerza tiene la censura en otro caso? La del que truena, v. g., contra el caciquismo y sus abusos... porque él no es cacique, ó mientras llega á serlo, ó incurriendo él en su cacicazgo en los mismos abusos en que el censurado incurre en el suyo.

El juicio sobre los demás pide que nos tomemos á nosotros mismos por modelo, ó, mejor quizá, que pensemos siempre en lo que nosotros haríamos en la situación en que se hallan ó se han hallado aquéllos. Y entonces es difícil que tal juicio sea condenatorio; siempre, por supuesto, que nos hagamos bien cargo de dicha situación, en vez de imaginárnosla y de partir, por consecuencia, de una base insegura y muy probablemente equivocada. Se ha dicho antes lo que pasa á menudo con el Jurado y con otros tribunales. Cuando el juzgador se representa á sí mismo puesto en circunstancias idénticas á aquellas que han servido de marco al delito sobre que va á emitir fallo, y en una situación de espíritu idéntica también á aquella por la que se ha visto que atravesara el autor del acto en cuestión, fácilmente se inclina á disculparlo y absolverlo. La identificación, no otra cosa, es lo que ha obrado el milagro. Admitida la causalidad material del hecho (ahora no pensamos en los casos en que tal causalidad no existe), se rechaza la culpabilidad

moral, y aquella causalidad material queda explicada, justificada y perdonada.

Lo que ahora se debe preguntar es si no nos hallamos siempre en casos tales; es decir, si todos los delitos no son explicables, justificables y perdonables por falta de causalidad moral verdadera. A primera vista parece que no, pero acaso se trate de una simple apariencia. Quizás, mirándolo bien, haya que contestar afirmativamente.

A menudo nos explicamos muy bien los delitos ajenos, y por explicárnoslos estamos fácilmente inclinados á perdonarlos. Sucede así cuando la índole y situación de nuestro espíritu es muy análoga á la índole y situación del espíritu del delincuente; cuando, por lo mismo, nos representamos y rehacemos dentro de nosotros, á poca costa, el proceso psíquico por donde ha debido de ir pasando el autor del delito hasta venir á consumarlo. Es lo que acontece, v. gr., en los casos de los llamados crímenes pasionales, cuyos agentes son por tal causa absueltos con suma frecuencia, sin que valga á impedirlo las protestas que contra tales absoluciones vemos formular de cuando en cuando. La oficialidad de la guarnición de Barcelona acaba de realizar un acto de violentísimo atropello contra cosas y personas ajenas (se escribe esto el 4 de Diciembre de 1905), acto en sí criminal, pero que disculpa y aun justifica un grandísimo número de españoles, quizás la mayoría, porque ellos, en caso de aquellos delincuentes, hubieran procedido lo mismo que éstos procedieron. El juzgador enlaza aquí bien el acto con su autor, con las raíces psicológicas del mismo, y, una vez enlazado, queda explicado, justificado y, por lo mismo, perdonado. El reo será absuelto. Y serán absueltos y perdonados todos los reos cuyos delitos se explique el juzgador. Esos delitos se encontrarán «muy naturales», dependientes de una causalidad natural y no de una causalidad ó culpabilidad moral.

Pero hay casos en que así no sucede. No son raros aquellos en que, hallándonos en presencia de crímenes brutales, inaudi-

tos, que nosotros no nos sentimos capaces de cometer y que por eso mismo nos repugnan y sublevan moralmente, pedimos con insistencia y con gran empeño una represión rápida y violenta, que sea á la vez ejemplar y satisfactoria para nuestra dignidad humana, herida fuertemente por el delito. Trátase ahora de hechos que no comprendemos, que no nos explicamos (1) y que por lo mismo no disculpamos. No nos representamos el enlace íntimo que hay entre el acto y el agente, y por no representárnoslo creemos que no existe y tenemos tal acto por puramente caprichoso, y á su autor por un monstruo. Mientras cuando se trata de hechos de la primera clase, de aquellos que nos explicamos bien porque también nosotros somos capaces de ejecutarlos, decimos que el autor ha obrado humanamente y que su obrar es «muy humano», cuando, al revés, se trata de hechos de esta última clase, creemos encontrarnos en presencia de algo raro y fuera de lo normal, en presencia de individuos que han obrado monstruosamente, teratológicamente, saliéndose de la regla y los carriles ordinarios.

Pero acaso no deba hacerse tal diferencia; y si la hacemos, ello proviene de un defecto de perspectiva y de falta de la debida atención. Al juzgar nosotros justificables los actos delictivos de ciertas personas, lo hacemos colocándonos en un punto de vista idéntico ó semejante á aquel en que las mismas se hallaban al practicarlos; al juzgar, por el contrario, reprobables y condenables los de otras, nos colocamos en puntos de vista distintos de los que ellas ocupaban cuando los realizaron. Si estimamos «muy humano» el obrar de algunos individuos, aun

(1) Y así lo solemos decir. Al ocurrir casos de los aludidos, se oyen muy á menudo frases como éstas: «Yo *comprendo* que un hambriento robe para comer, ó que un hombre encolerizado ó presa de los celos, ó en vindicación de la patria ofendida, ó en situación de espíritu semejante, acometa á otro y aun le dé muerte; *yo en su caso hubiera hecho lo mismo*. Lo que no comprendo *(porque yo no lo haría)* es que uno robe sin necesidad, por mera profesión ó *sport*, verbigracia, ó que mate á sangre fría, por un motivo ya pasado é insignificante, ó sin motivo, por apuesta, etc.»

en el caso de que hayan hecho mal, es porque juzgamos como hombres á otros hombres; si, al revés, calificamos de «monstruoso» y reprensible el obrar de otros, es porque juzgamos como hombres, no á otros hombres, sino á monstruos, aun cuando sean monstruos humanos. Y esto no parece admisible. Se usa en tal caso de dos medidas diferentes para casos iguales ó, mejor dicho, de una misma medida para casos distintos. Si al hombre sólo le puede juzgar otro hombre, al monstruo humano sólo le puede juzgar también acertadamente otro monstruo humano. Y si el primero halla explicable y justificable lo que hace su congénere, porque él también lo hubiera hecho, de igual manera hallará explicable y justificable el segundo lo que hacen sus semejantes y él también haría.

Quiere esto decir que todo hecho delictuoso hay que ponerlo en relación con el sujeto de que procede, representándonoslo como producto del alma de quien lo ha practicado, y enlazándolo con ella más bien que con la nuestra. En tal trabajo de enlace convendría ahondar cuanto fuese posible. Antes de juzgar á uno por lo que hace, que es juzgarlo por la simple apariencia exterior, que nos lo muestra quizás como criminal monstruoso, debemos escudriñar lo que él mismo sea, sondearle el alma para ver cómo la tiene hecha y qué frutos puede producir la misma. Los antecedentes todos del individuo, su historia, lo más completa posible, desempeña aquí un papel de primer orden, igual que lo desempeña á los ojos del médico la historia clínica del enfermo para saber las raíces y el proceso de la enfermedad que debe ser curada. El terapeuta trata entonces de representarse y hacerse cargo de la situación especialísima del sujeto, para juzgarlo desde ella y no desde la propia suya de individuo sano. Y cuando así lo hace, no encuentra en la misma nada de teratológico ni de anormal, sino que le parece naturalísimo lo que sucede. Cuando nosotros procediéramos de manera análoga con el individuo que realiza hechos de los que calificamos de monstruosos, vendríamos á parar á conclusiones también análogas. Veríamos que esos hechos, que

no concuerdan con el orden interior de nuestras representaciones, por lo que les creemos injustificados, censurables y punibles, concuerdan perfectísimamente con el orden de representaciones del que los pone por obra. Veríamos que lo que antes nos parecía inexplicable y monstruoso, ahora se nos ofrece como naturalísimo. Proscribiríamos toda intervención caprichosa en la ejecución de lo realizado. Nos daríamos cuenta de la situación particular del alma del agente, y encontraríamos muy explicable y disculpable, desde su punto de vista, aunque no desde el nuestro, que proceda como ha procedido y obre como lo ha hecho. Su conducta vendrá así á parecernos, no ya «monstruosa», sino también «muy humana», visto el estado psicológico en que la misma tiene su sostén.

Miradas las cosas de este modo, que probablemente no es del todo desacertado, no queda quizá espacio alguno libre para la censura y la condena. Se censura lo que uno no se explica, por no concordar con su mentalidad, con sus ideales, aspiraciones y criterios. Lo que se explica no se censura ni recrimina; sólo se justifica y perdona, ó á lo más se lamenta, pero perdonándolo. *Tout comprendre c'est tout pardonner*. Y sería inútil condenarlo y censurarlo, como inútil sería censurar y condenar al perro que muerde ó al árbol que da determinado fruto. La crítica literaria, en general, va comprendiendo lo ineficaz de sus esfuerzos, para que por el mero juicio exterior que se haga de los productos mentales ajenos se mejore la situación de las cosas en armonía con los deseos del crítico. Después de las censuras de éste, siguen los autores criticados haciendo poco más ó menos lo mismo que antes hacían. Hacen lo que pueden y saben hacer, lo que está en armonía con su presente situación mental, no lo que el crítico haría y apetecería que hicieran también los otros. Más que juzgar las obras ajenas con el marco de la propia idealidad, marco igualmente aplicable á todas ellas, parece que se debe procurar explicarlas, mostrar su génesis y sus indefectibles engranajes con la personalidad entera de cada autor. La crítica se convierte, en

cierto modo, en un estudio biográfico, antropológico y psicológico de los escritores, en vez de ser una apreciación de las obras por ellos producidas, como cosas separadas del productor. Es algo enteramente análogo á la crítica histórica, que explica la vida de un círculo social en cualquiera de sus manifestaciones, como parte condicionante y resultado á la vez de todo el ambiente histórico de la época á que la crítica se contraiga. Es decir, que la crítica, como tal, desaparece, para ceder el puesto á la investigación histórica, á la causación histórica, á la causación biográfica. Todas las obras, lo mismo individuales que sociales, encuentran así explicación y justificación en el engranaje, laberíntico á veces, de sus causas. Ninguna debe, pues, ser juzgada, para alabarla ó censurarla, y mucho menos para alabarla ó censurarla en nombre de principios tenidos por ideales y que no son sino la expresión de la mentalidad del que juzga: la censura y la alabanza pierden todo su sentido.

Esto mismo es aplicable á las demás formas del obrar, y entre ellas muy principalmente á la que nos viene ocupando. Ningún delito deja de tener su explicación, más que cuando no se la buscamos. La obligación nuestra consiste en buscársela. Y una vez hallada, ya está disculpado, pues la culpabilidad proviene de la idea de que el acto se produce sin causa, arbitraria y caprichosamente, desligado de la índole psíquica de su autor. Enlazado con ésta, queda libre de culpabilidad, de reproche y censura. El monstruo moral no puede producir sino actos monstruosos; el criminal no es capaz de obrar sino criminalmente, como el perro rabioso muerde, el toro bravo acomete, el ruiseñor canta, el poeta hace poesía en todas sus cosas, y el pintor pintura y dibujo, y el bárbaro barbaridades, y el loco locuras, y el indulgente actos de indulgencia. Conducido el hecho á sus fuentes causales, sobre todo psicológicas, los juicios acerca de él, lo mismo favorables que adversos, pierden todo su sentido. No hay juicio posible de aprobación ó de reprobación del agua que brota en un manantial. Sólo cabe es-

tudiarla, gustarla, aprovecharla ó buscar el medio de quitarse la fuente de encima, cegándola ó desviando su curso. La fuente del agua no dispone de sí misma. Tampoco dispone de sí misma la fuente de los delitos. Y es inútil declamar contra ellas, declamar meramente, como cuando se censura ó condena. El mal autor literario seguirá chorreando malas obras á pesar de todos los críticos de ellas, mientras no se haga sino criticarlas; el alma criminal ó monstruosa seguirá también destilando delitos, en tanto nos limitemos á criticar y condenar los cometidos, sin tratar de remover su fundamental origen. Cuando disculpamos los delitos denominados pasionales y los cometidos por semejantes nuestros, por almas análogas á la nuestra, la disculpa y la consiguiente absolución se fundan en que el sujeto fué vencido y arrastrado por la pasión ú otras circunstancias, sin haber podido sobreponerse á ellas y hacerse señor y dueño de su persona y su conducta. Mas ¿no es siempre este el caso? Los demás delincuentes, aun los que al parecer obran con mayor deliberación y sangre fría, ¿no atraviesan por esta misma situación? Los llamados «monstruos morales», esos que cometen sus delitos sin motivo aparente, ¿tendrán más dominio de sí mismos que los otros? Los más empedernidos, los más malvados, los más perversos, los de alma más atravesada, ¿se hallan más libres que los restantes para desasirse de toda esta impedimenta y arrojarla por la borda en todo momento? ¿O no pasará más bien lo contrario?

Nuestro camino parece trazado. Hay que abandonar, con respecto á los hombres, el ejercicio de la censura, quizá de toda censura, toda crítica, todo juicio y toda condena, como abandonados los tenemos ya hoy (no siempre ha ocurrido así) con respecto á la fuente, el árbol, y en general los seres inanimados, las plantas y los animales. Con la crítica, la censura y la condena, en cuanto tales, no se consigue nada. Si lo que queremos es que determinados hombres no repitan la ejecución de ciertos actos que no nos convienen ó no nos agradan, la manera de conseguir lo que apetecemos no es acometerles y

quizá ensañarnos con ellos por lo que hayan hecho. La manera será remontarnos desde el producto á la raíz de la planta que lo produce, desde el acto al estado interno de donde el mismo emana. Si ese estado continúa, seguirá el manantial echando agua, el peligro continuará en pie y nosotros haremos obra inútil, cuando no dañosa, indignándonos contra el producto, criticándolo y aplicando penas. El estado dicho es lo que hay que cambiar. Si en él encontramos un temor fundado, causa de intranquilidad y zozobra, es por su permanencia, porque su virtualidad no ha quedado agotada con lo hecho, sino que aún puede hacer y hará más probablemente.

Ese estado, cuando se trata de verdaderos delincuentes, cuyos hechos no podemos disculpar, disuena del estado interno en que nos hallamos ó creemos hallarnos nosotros los que nos calificamos de honrados. La disonancia es, como queda dicho, la base en que se apoya nuestra censura y nuestra condenación. El remedio, pues, de los males que queremos proscribir, parece claramente indicado. Hay que buscar la consonancia. Hay que procurar la inexistencia de monstruos morales, haciendo que el alma de los mismos, ahora tan desemejante de la nuestra, que tenemos por digna de ser tomada por modelo, se aproxime á esta última y marche pareja con ella. Porque sucediendo así, siendo los demás como nosotros somos, que es como nos gusta que sean para que podamos tenerlos por buenos, ¿no obrarán como nosotros obramos, que es regularmente la manera de obrar que tenemos por mejor? ¿Habrá en tal caso delincuentes, ni, por lo tanto, delitos? Cuando los criticados se coloquen al unísono con el crítico, y participen de las concepciones y criterios de éste, y adquieran sus mismas aptitudes, hábitos, gustos é ideales, y produzcan las obras como el crítico cree que deben ser producidas y como él las produce, ¿no queda muerta la crítica? Pues, del propio modo, si queremos que no haya hechos moralmente censurables; hechos ajenos que nos choquen, nos parezcan mal y nos saquen de quicio; hechos de esos que llamamos punibles, y que, por considerar-

los tales, condenemos con penas, pongamos el punto de vista de sus autores al unísono con el nuestro, tenido por acertado y digno de servir como tipo y modelo. A la discordancia en el estado de las almas obedece la discordante manera de obrar de unas y otras. ¿Qué otro medio puede haber para concluir con esta última sino el de concluir antes con la primera? Si deseamos que no haya delitos, evitemos que haya delincuentes; y si deseamos que no haya delincuentes, trasformemos su interno mundo de tales en un mundo que concuerde con el de los que se dicen honrados y como honrados se conducen.

Acabemos con las penas como tales, con las censuras, con las críticas, con toda forma de sanción y de condena, cosas todas que responden á la desdichada concepción retributiva, que se alimenta de ideas de lucha, de poder, de prepotencia y brutalidad; pongamos en lugar suyo la protección inteligente y fraternal, apoyada en las ideas de concordia y cooperación, donde no se puede ni conviene censurar ni condenar á nadie, sino aprovechar armónicamente las fuerzas de todos, tendiendo á acrecentar el caudal común de ellas por la rectificación y mejora de aquellas que se inclinen hacia derroteros que no nos parezcan acertados ni convenientes.

Bien podría preguntarse ahora si no es esto, después de todo, lo que anhelan las gentes en lo relativo al tratamiento de los criminales. Tal problema, sin embargo, cae fuera de los límites de la presente conferencia, y conviene aplazarlo para otra ocasión.

P. Dorado

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL SIGNO DE LA CRUZ

Tal cual ha existido antes de Jesucristo, tal cual ha existido después, la †, este «duro madero atravesado sobre madera», como dice Goethe en el *Divan*, es para el sociólogo una especie de jeroglífico que envuelve é implica la representación teonómica de muchos adoradores pertenecientes á las religiones más diversas. Empero la hipótesis de que Jesucristo fué decapitado en una cruz propiamente dicha, esto es, en un instrumento de suplicio compuesto de dos maderos enlazados en forma de T, ha sufrido rudos ataques después de los descubrimientos de los historiadores y de los arqueólogos. A Jesucristo se le dió muerte según la usanza romana, y veremos en seguida que los Romanos no empleaban en aquella época semejante clase de horca; pero aun cuando se le hubiera dado muerte según la usanza judía, nada habrían adelantado los partidarios de aquella hipótesis, pues no puede probarse de un modo verdaderamente demostrativo que los Judíos empleaban á dicho efecto la cruz tal como nosotros la concebimos. Y téngase en cuenta que aquí he de prescindir, por no abusar de las probabilidades ni ofuscar la inteligencia del lector, de la afirmación del *Talmud* de que Jesucristo había vivido un siglo antes de la fecha asignada por los evangelistas, y que, en vez de ser crucificado en *Jerusalén*, había sido apedreado en *Lud*. Aunque esta opinión tenga todavía defensores más ó menos tímidos, pero tan competentes como Mead (1), no correspon-

(1) *En el Vestíbulo del Talmud* (en la revista teosófica *Sophia*, Octubre, 1903).

de, á mi juicio, á la realidad de los tiempos en que la opinión contraria da el hecho por sucedido. En toda injusticia que trata de perpetrarse en una localidad ó en un pueblo existen recursos para tergiversar la letra y el espíritu de las leyes, y el más socorrido en un país tan teocrático como el judío, al sentirse dominado por el laico Código de Roma, fué por lo común el de convertir los delitos tachados de religiosos en crímenes de Estado. Esto hizo el Catolicismo en la Edad Media cuando el Derecho romano de que había nacido su organización eclesiástica le impedía admitir la clasificación de culpables en el terreno dogmático, apelando á la «entrega al brazo secular», y esto pudo muy bien hacer el clero de Jerusalén con Jesucristo, cuya calidad de heterodoxo dentro del Judaísmo no hubiese bastado para convencer á Pilatos de que era acreedor á un castigo por parte de la potestad civil. En tal punto, los datos de los Evangelios son perfectamente históricos y no sólo míticos ó legendarios; dadas las circunstancias de la época, la actitud respectiva del Procurador imperial y de los sacerdotes jerosolimitanos aparecen como perfectamente verosímiles.

Un exégeta judío moderno, el famoso Salvador (1), tuvo hace ya años la osadía de sostener, tal vez inspirado dogmáticamente en el *Talmud*, que el proceso de Jesucristo fué un proceso regular según las leyes religiosas del país, y poco faltó para que sostuviese con los talmudistas (2) que se apedreó al reo antes ó, como á veces acontecía, después de la crucifixión. Por esta y otras muestras puede formarse idea de lo muy extraviados que andan los exégetas judíos modernos, á causa de su falta de imparcialidad en la investigación histórica. No obstante, la argumentación de Salvador, á pesar de lo falso de sus premisas, tiene lógica, pues si el juicio y la sentencia re-

(1) *Histoire des Institutions de Moïse et du Peuple Hebreu*, IV, 3. Dupin hizo de esta obra una vigorosa y bellísima refutación. Véase también á Orobio, *De amica Collatione ad Limbum*, en *Tertio Scripto*, 7 y siguientes.

(2) *Mischna, Sanhédrin*, VI, 4.

caída en la causa de Jesucristo se hubiese apoyado en el terreno religioso se le hubiera lapidado, pero no puesto en la cruz. Por otra parte, si se demostrase algún día ser cierto lo que el *Talmud* afirma, tendríamos que reconstruir de nuevo toda la Historia Evangélica y provocar una verdadera revolución en las investigaciones relativas á los orígenes del Cristianismo.

Por dicha, el tema concreto de nuestro epígrafe no requiere que ahondemos tanto. Dada la cronología corriente, sea ó no exacta, puede tratarse de resolver racionalmente la cuestión de si era común en los reinados de Augusto y de Tiberio la costumbre de crucificar á los hombres vivos entre los Romanos, ó, como quieren algunos teólogos, si lo era aún entre los Judíos desde fecha remota. Y, comenzando por estos últimos, declararé que no me parece fundada la opinión, como pueden los lectores juzgar por los mismos argumentos de que echan mano los que la defienden. Estos argumentos son: el famoso pasaje del salmo XXI *Atravesaron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos*; el no menos famoso de Zacarías, XII, 10, *Mirarán en mí á quien traspasaron*; el pasaje de Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*, XIII, 22, en que cuenta que Alejandro, rey de los Judíos, habiendo mandado crucificar á 800 vasallos rebeldes, personas de cuenta, dispuso que al pie de sus cruces y á su misma vista fuesen muertos sus mujeres é hijos; los pasajes de Jesucristo en San Mateo, X, 38; XVI, 24; XX, 19; XXVI, 2; y los de San Pablo en las Epístolas á los Hebreos, VI, 6, y á los Gálatas, V, 24; VI, 14, en que se habla de tomar la cruz para seguir el camino del reino de Dios, y se aplica la locución «crucificar al Hijo del Hombre» á los que pecan y mantienen en su carne todos sus malos deseos; el testimonio de Luciano, que acusa á la letra T de que por su figura dió ocasión á los tiranos de inventar la cruz para atormentar á los hombres; y, por último, la tradición de los Padres de la Iglesia, que comparan unánimes la cruz del Nazareno con la susodicha letra T. Ahora bien, ninguna de estas dificultades puede detenernos. Examinémoslas una por una.

Los pasajes del Salmista y de Zacarías son vagos y de tal manera ambiguos que nada puede seguirse de ellos. Sin discutir su carácter profético, tan dudoso, ni la aplicación que de este carácter se hizo por los evangelistas al caso concreto de la crucifixión de Jesucristo, tema que reservo para otro lugar, desafío á los partidarios de la hipótesis contraria á la mía á que deduzcan de tales pasajes nada concreto y probatorio.

El relato de Josefo es admisible, pero no demuestra el aserto, pues ese historiador dice tan sólo que se mató á las esposas y vástagos de los ajusticiados al pie de sus cruces y, por tanto, á su vista (en sentido metafórico), sin que se asegure que los ajusticiados *vivían aún*. Y es sabido que de los textos formales del *Génesis*, XL, 19, y del *Deuteronomio*, XXI, 22, se deduce que los reos eran muertos antes que les colgasen del madero. Las tergiversaciones que de estos abrumadores textos hace en sus *Disertaciones* el clásico Calmet son tan pueriles que el mismo Glaire, exégeta católico, no vacila en calificarlas de «poco fundadas» por su argucia é inoportunidad (1). El *poco fundadas* en quien no se atreve á negar en principio la tesis de Calmet significa *completamente fútiles*. Y no debemos extrañarnos de ello, pues la Escritura está llena de ejemplos de hombres muertos antes de que se descolgasen sus cadáveres.

Por lo que toca á las expresiones metafóricas de Jesucristo y de San Pablo, que se presentan como cuarta prueba de la hipótesis contraria á la mía, resultan todavía menos convincentes; y para saber á qué atenernos nos bastará fijar la atención en la curiosa anécdota que acerca del *Cirineo* nos refieren los evangelistas sinópticos bajo la garantía de su grave y casi siempre fiel palabra. Todos tres convienen en afirmar que la tropa que conducía á Jesús encontró en el camino á un tal Simón, á quien obligaron á llevar el árbol fatal. San Mateo (2)

(1) *Introduction Historique et Critique à l'Ecriture Sainte*, II, 2, 3, 2, 1.

(2) XXVII, 22.

designa á este Simón como Cirineo, *Curenaios*, es decir, procedente de la villa de *Cirene*, donde, según Josefo (1), habitaban muchos Judíos, y que se dirigía á la fiesta á Jerusalén. San Lucas (2) dice que volvía del campo, *ae argon*. San Marcos (3), en fin, afirma que Simón era padre de Alejandro y Rufo, *pater Alexandrou kai Roufou*, personajes muy tratados en el colegio apostólico; y hay quien añade, fundándose en ciertos textos de San Pablo (4), que perteneció después á dicho colegio y que á él se debieron quizá muchas noticias relativas á los últimos momentos del Maestro. Como esto es posible que parezca dudoso, me limitaré á añadir la opinión de los que (Grotio, Olshausen, etc.) pretenden que Simón era favorable á Jesús. Yo no vacilo en afirmarlo, á pesar de lo terminante que está el relato sinóptico en lo de que Simón fué obligado por la violencia á llevar la cruz.

Pondría aquí punto á este pequeño paréntesis si no me saliera al paso una cuestión importante. En divergencia ú oposición con los tres primeros Evangelios, San Juan, en el versículo 17, se limita á apuntar que Jesucristo «salió al lugar del suplicio llevando su cruz»; pero la primera hipótesis está más conforme con la realidad, pues aunque, según los testimonios de Plutarco (5) y de Artemidoro (6), el condenado á muerte debía llevar sobre sus hombros el instrumento de su suplicio,

---

(1) *Antigüedades Judaicas*, XIV, 7, 2.

(2) XIII, 26.

(3) XV, 21.

(4) «Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mía.» (*Ad Romanos*, XVI, 13.) «De los cuales son Hymeneo y Alejandro, que entregué á Satanás, para que aprendan á no blasfemar.» (I, *Ad Timoteum*, I, 20.) «Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pagará conforme á sus hechos.» (II, *Ad Timoteum*, IV, 14.) Compárese con los *Hechos*, XIX, 33: «Y sacaron de entre la multitud á Alejandro, empujándole los Judíos. Entonces Alejandro, pedido silencio con la mano, quería dar razón al pueblo». Como se ve, de estos pasajes no se puede sacar nada favorable al aserto de San Marcos.

(5) *De Sera Numinum Vindicta*, 19.

(6) *Onirocritum*, II, 56.

concíbese, no obstante, que Jesucristo, teniendo una constitución física más débil que sus compañeros, no pudiese soportar el peso del suyo. La misma conducta de la escolta con Simón no es ningún hecho inverosímil, dados los brutales procederes de las guarniciones extranjeras, y quizás al obrar de ese modo, como observa Renan (1), los soldados usaban de un derecho reconocido, puesto que estaba prohibido á los Romanos cargar ellos mismos con el infame madero.

En todo caso, el testimonio tan unánime de los Sinópticos sobre el asunto es tanto más difícil de desvirtuar, al menos simbólicamente, cuanto que tiene una causa dogmática de abolengo más antiguo que la de San Juan, como veremos en seguida: su acuerdo en lo tocante al nombre y á la patria del portador militan en favor de la verosimilitud del hecho (2). No hay que detenerse en tal sentido en ponderar cuán probable debe aparecer á los ojos de cualquiera que esa particularidad hubiese quedado desconocida en el círculo en que se formó el Cuarto Evangelio, y que su redactor creyese buenamente que, según la costumbre corriente, Jesucristo mismo llevó la cruz. Y no vale decir con Paulus, Kuinel, Tholuck y otros exégetas (3) que al principio Jesucristo fué el portador del instrumento de su suplicio, con arreglo al uso general, y que viéndole cansado y sin fuerzas para proseguir, los soldados echaron mano de Simón en el momento en que éste se cruzaba con ellos. A tan ridículas puerilidades contesto yo que del texto de San Juan no cabe deducir restricción semejante. «Y llevando su cruz, salió para el... Golgotha, donde le crucificaron. *Kai Bastaxon ton stauron autou esclezen eis... Golgaza opon autou estaurosan.*» Y véase con qué magistral soltura nos vemos obligados á destruir con Fritzsche (4) de una plumada toda esta teoría inventada con el ánimo de conciliar lo irre-

(1) *Vie de Jésus*, 418.
(2) Strauss, *Das Leben Jesu für das Deutsche Volk*, II, 92.
(3) Véase á Neander, *Leben Jesu Christus*, 634.
(4) *In Marcum*, 684.

conciliable. *Significat Johannes, Jesum suam crucem portavisse, donec ad Calvariae locum pervenisset.*

Mas de aquí nace otra dificultad ó argumento que de seguro no gustará á los que están convencidos del carácter histórico de los tres primeros Evangelios, y es que su relato pudo muy bien ser puramente simbólico. Sábese, ciertamente, que la cruz se forjó con arreglo al símbolo primitivo formado por el que ideó para esa antigua piedra de escándalo los honores de un objeto de adoración; sábese también que cargar con ella, en su acepción simbólica, era imitar el ejemplo del Maestro, á quien San Mateo (1) hizo decir en ocasión solemne: «Si alguno quiere venir *en pos* de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y *sígame*». Igualmente está averiguado que los Cristianos Primitivos, y sobre todo los que inspiraron su fe en los Sinópticos, y no en el simbolismo y el misticismo del Cuarto Evangelio, eran muy propensos al sentido literal, á la interpretación casi material de las Escrituras: luego cuando San Lucas (2) da el detalle de que «pusieron sobre Simón la cruz para que la llevase *tras* Jesús», parece añadir al literalismo sinóptico una idea que estaba quizá en la mente de sus contemporáneos, conocedores ya de la relación de San Marcos y San Mateo. La misma frase que este último (3) pone en boca del Maestro en el Sermón de la Montaña: «A cualquiera que te cargare por una milla, vé con él dos», induce á pensar si el pormenor del Cirineo, más que sobre un recuerdo histórico, se fundó sobre un motivo dogmático. ¿Hay en todo esto nada que esté en contradicción con el espíritu de los Cristianos Primitivos?

Por lo que á San Juan respecta, la duda no es posible. Si Cristo era el Cordero de Dios que llevaba encima los pecados del Mundo, ¿no debió deducir el evangelista, suponiéndole en-

(1) XVII, 24.
(2) XIII, 26.
(3) V, 41.

terado del relato de los Sinópticos, que era absurdo darle un suplente que le llevase aquella cruz en que los pecados del Mundo iban simbolizados? A poco más y con un solo paso habría que dar la razón al gnóstico Basílides, para quien Simón de Cirene había sido crucificado en puesto y lugar de Jesús. ¿No pudieron tales razones—creyendo siempre que el redactor del Cuarto Evangelio tuvo noticia del Cirineo—ser la causa de la tan comentada omisión? Clausura es ésta que debiera tener tantos partidarios como exégetas, aun sin negar en absoluto la probabilidad de la hipótesis que arriba se indicó, á saber: que la tradición del Cirineo hubiese sido ignorada en el medio religioso en que se formó el Evangelio de San Juan.

Pero nos fatigamos en vano: el que San Pablo aluda con tanta frecuencia á la cruz es tan inoportuno á este propósito, que bastará recordar que nuestro Caminero, hermeneuta ortodoxísimo, confiesa que «no hay razón para que Glaire (otro fósil en esto) lo alegue, á fin de probar que entre los Antiguos Judíos era ya conocido el suplicio de la cruz» (1). Pero lo más importante, y en lo que ni Caminero ni ningún otro teólogo de sus ideas paran mientes, es en que las frases *tomar la cruz*, *recibir la cruz*, etc., no ya proceden de los evangelistas ó, por lo menos, de los inmediatos discípulos de Jesucristo, como suponía y afirmaba el siempre tímido Renan, sino de Cristianos de época muy posterior, probablemente de los Herejes Marcionitas. Para justificar mi aserto, tendría que entrar en largas particularidades de Historia Teológica, por cuanto los Ortodoxos parece no han conjeturado jamás que el grupo de Cartas Pastorales de San Pablo no es auténtico en una sola, y sí meramente, como se expresa Van Manen, «el último desarrollo de una escuela ó, si se prefiere el término, de un círculo de creyentes progresivos que se dieron el nombre del Apóstol de las Gentes, y se colocaron, por decirlo así, bajo su égida». Me re-

(1) *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*, XXI.

servo dar la demostración de esta tesis en otra parte. Por ahora será suficiente insinuar que todos los esfuerzos de los exégetas católicos no pueden ya hoy debilitar las investigaciones de Hlymont de Aberdeen (1), de Deissmann (2) y otros autores, bastante tradicionalistas por cierto, que taxativamente declaran que no poseemos epístola alguna de San Pablo. En otra parte, repito, tendré ocasión de justificar, en nombre de la autoridad misma de Tertuliano, los ataques críticos que los escritos que llevan el nombre de San Pablo han sufrido en estos últimos tiempos.

Y con esto queda ya desvirtuado el último argumento sacado de la tradición de los Antiguos Padres, que, por lo demás, no es unánime, como nos demostrará muy pronto un significativo testimonio de Orígenes. Y en cuanto al penúltimo de los mismos argumentos, ó sea el que se apoya en una frase equívoca del satírico y escéptico gentil Luciano, contemporáneo del Primitivo Cristianismo y, dicho sea de paso, muy mal conocedor de esta Religión y de todas las Orientales, carece de fuerza, puesto que es indudable que ni los Persas, ni los Egipcios, ni los Africanos en general, pueblos que positivamente se sabe empleaban el suplicio á que aquí se alude, dejaron de matar á los ajusticiados antes de que se suspendiesen sus cadáveres. Esta suspensión no era la *causa* aparatosa de la muerte del reo, sino solamente un *medio* de infundir horror al crimen, como indican bien claro los *Proverbios*, XXX, 17, por lo cual los mismos Judíos, que tan fielmente observaban la Ley de Moisés, la transgredieron con aquel fin en algunos casos (3), dejando el cadáver del criminal en el patíbulo muchos días y aun meses, á despecho de la prohibición del *Deuteronomio*, XXI, 22, que quería que se descolgase antes de la noche. Sabemos también (y este es un caso de significación

(1) Véase el *Diccionario* de Hasting, en el artículo NUEVO TESTAMENTO.

(2) *Enciclopedia Bíblica*, art. LITERATURA EPISTOLAR.

(3) Véase, por ejemplo, el libro II de los *Reyes*, XXI, 8 y siguientes.

decisiva) que los Cartagineses crucificaban á veces hasta los leones para contener el furor de estos animales con el castigo de sus semejantes; y ¿es concebible ni posible que los crucificasen vivos? En fin, no debe olvidarse que los Judíos usan, para expresar la cruz ó la horca, de la palabra *hêts* = madera ó árbol, etimología que no podrán nunca explicar satisfactoriamente los adversarios de mi opinión.

Lo propio debe afirmarse de los Romanos. La cruz, en el sentido que dan á esta expresión los que la emplean, no existía en aquella época como instrumento de suplicio entre los dominadores del mundo. Estos, cuando condenaban á muerte á un criminal, le ataban sencillamente á un poste (sustituído á veces por un árbol), y allí le exponían al público y le azotaban hasta dar fin de su vida. El nombre de *crux* (cruz) significa en latín *horca*; corresponde, al parecer, á la palabra *stauros* del texto griego del Nuevo Testamento, y probablemente designaba en tal idioma la idea general de madera ó el concepto particular de un cuerpo ú objeto formado de esta substancia. Así consta en Tito Livio (1), y Petronio (2) asegura que el verbo *crucificar* equivalía á *colgar* (3).

---

(1) *Annales*, X, 2.

(2) *Satiricón*, III, 112.

(3) No está probado en manera alguna que el *stauros*, del que se colgó á Jesucristo, tuviese la forma de una cruz de brazos desiguales. Renan (*Vie de Jésus*, 419) asegura muy ligeramente que se componía de dos maderos enlazados en forma de T. Lo mucho que durante largo tiempo vaciló el Cristianismo entre las diferentes maneras de figurar ese signo, y el hecho de que la forma de hacer sufrir su pena á los condenados que he indicado en el texto duró hasta el fin de la Antigüedad, hacen muy problemática la aserción del crítico francés. En una lámpara del siglo III se ve á un hombre amarrado en dicha forma á un poste y á merced de las fieras. En cuanto al grotesco crucifijo delineado en Roma sobre una muralla del palacio de los Césares en el Monte Palatino, y que se halla en el Museo Kircher, en Roma, no nos saca de dudas. A juzgar por los trabajos hechos sobre él por Garruci (*Civitta Cattolica*, Mayo, 1857), por Krauss (*Das Spottkrucifix vom Palatin und diesen neueste Durfung*, II, IV, VIII) y por Wunsch (*Sethianische Verfluchungstafeln aus Rom*. 30, 56, 81), en el famoso grafito de la *Domus Aurea*, Jesucristo Crucificado ó, por antonomasia, el Crucifijo,

¿Tiene la hipótesis contraria en su favor el testimonio de los historiadores sagrados? No, ciertamente; al menos los Sinópticos nada dicen respecto á los clavos, y sólo hablan de la horca y del suplicio en ella, sin que nos merezca fe el autor del Cuarto Evangelio, que, escribiendo dos siglos más tarde, se refiere á la crucifixión con clavos y á la supuesta cruz llevada por el condenado, cuando entonces los condenados eran colgados en horcas colocadas en sitio fijo. El hecho era tan evidente para todos, que los Gentiles llamaban al nuevo Dios de los Cristianos el *colgado*, el *ahorcado*, según atestigua Orígenes (1). Por otra parte, el *Talmud* en algunas de sus partes contradictorias no admite tampoco la crucifixión en sentido cristiano. Supone que quisieron ahorcar á Jesucristo de un madero; pero que todos los maderos se rompieron, porque él

---

está representado envuelto en una túnica, sin manos y con una cabeza de asno. La fantasía de los arqueólogos ortodoxos ha creído ver en él una caricatura pagana del suplicio de Jesucristo. Si tal fuese la intención de los que hicieron el dibujo, en el que aparece también un joven en el acto de adorar al asno crucificado, bajo el cual se lee: *Alexamenos sevete zeon*, resultarían dos cosas: *a*) que Jesucristo no había sido puesto en una cruz, sino en un poste terminado por una barra transversal; *b*) que lo que allí se ridiculiza es más bien al cristiano que adora un Dios, irrisión de Gentiles y Judíos, los cuales, en efecto, calificaban á los secuaces del Nazareno de hijos de una Divinidad que tenía *caput asini*, como refería Tertuliano (*Ad Nationes*, I, 14). Otros piensan que se trata de una burla de los Gnósticos, que acusaban á los Cristianos Exotéricos de atribuir un cuerpo real al Cristo; pero nadie ignora que algunas sectas cristianas (como la de los *Docetas*) suponían á éste dotado de un cuerpo fantástico, aparente, etéreo. No tiene nada de improbable que la causa de la maligna parodia estribe más ó menos remotamente en las dos leyendas principales de la vida de Cristo: la que le hace nacer en un pesebre, entre un buey y un asno (San Lucas, II, 7), y la que le hace entrar en Jerusalén, montado sobre un asno (San Marcos, XI, 2). En todo caso, el hecho no es puro capricho individual. Es verosímil que se pensara en general de un modo muy parecido, porque el siglo III, en que se supone dibujada aquella figura, fué el más agitado por los combates del Cristianismo con el Paganismo; y por otra parte, consta en Minucio Félix (*Octavius*, 11) que en el mismo siglo un judío pintó la imagen de una deidad con orejas del gracioso cuadrúpedo que mencionamos, escribiendo debajo: *Deus Christianorum*.

(1) *Contra Celsum*, II, 2.

(á quien el citado libro nos presenta haciendo durante toda su vida innumerables prodigios con el inefable nombre de *Scheemhamephoras*) los había encantado. Entonces los sabios fueron á buscar una gran col, que no era ya madera, sino hierba, y en ella le colgaron.

Quien lea el *Talmud* buscando en él la verdad que ama, dudará más de una vez si efectivamente tiene en las manos una obra de judíos, de hombres de esa raza, que con todo ha traficado menos con la Religión. Cuando leemos, además, la leyenda de Jesús, según los Musulmanes *Sunnitas*, en la que Jesús no sufre, no es crucificado, comprendemos que se ha tratado y concebido este punto según las diferentes naciones y razas de la época, y que las mismas leyendas cristianas, canónicas ó apócrifas, se resienten de esta asombrosa variedad.

Conocida ya totalmente la controversia judaico-evangélica, pasemos al análisis de los monumentos religiosos del Cristianismo que se relacionan con nuestro asunto. Creyóse por algún tiempo que uno de los muchos signos con que la cruz está representada en las Catacumbas, y que se componía de tres brazos, uno de ellos vertical y terminado por un semicírculo que forma una especie de P, era un símbolo místico que significaba *Pro Christo*. Esta fué ya la opinión de algunos monjes de la Edad Media. En el siglo XVI, un cardenal muy erudito, el célebre Baronio, fundó en el mismo signo la singular idea de que contenía dos letras griegas, *chi* y *rho*, que con gran algazara de los teólogos católicos se creyó ser las más notables de todas las coincidencias, las dos primeras letras de la palabra griega *Kristos*, el anagrama del Redentor del Mundo. Casi en nuestros días (1845) otro eclesiástico católico, el abate Didron (1), fijándose en las disposiciones de la mano del hombre, pretendió corroborar la misma tesis mediante un símil, que por lo raro merece ser reproducido. «El pulgar se coloca á través del cuarto dedo; el quinto queda así un poco encorva-

(1) *Manuel d'Iconographie Chrétienne*, 456.

do, lo que forma la indicación de la palabra *Kristos*, porque la reunión del pulgar y del cuarto dedo forma una X, y el dedo pequeño por su curvatura una C, letras que son la abreviatura de la palabra *Kristos*. Así, pues, por la divina providencia del Creador, los dedos de la mano son más ó menos largos y están dispuestos para formar el nombre de Cristo.»

Estas ridículas afirmaciones quedaron sin fundamento después del descubrimiento del vaso funerario de *Galasecca*, en el que aparece el mismo signo místico, así como de otros descubrimientos semejantes en *tetradraemas* atenienses, en monedas *aqueas*, en dos monedas de Herodes el Grande, en una medalla de Flacilla, mujer de Teodosio el Grande, en medallas de otros emperadores (Juliano, Valentiniano, Anthemo y los Flavianos), y hasta en una medalla del tiempo de Ptolomeo III (200 años A. C.). Desde entonces nadie admite las explicaciones de Didron y de Baronio, y nadie ha defendido seriamente que los Cristianos Primitivos representasen el signo de la cruz con un signo único.

No es necesario inquirir aquí si el hecho de que en ninguna de las pinturas de las Catacumbas exista la menor escena representativa de la pasión, obedeció á un negativismo pasivo de los Primitivos Cristianos, ó si hay alguna otra explicación del fenómeno: el Crucifijo Catacumbal de fecha más antigua, pertenece al siglo VIII (1). Se ha supuesto que la primera imagen que destruyó León Isáurico, con cuyo motivo comenzó á correr la sangre por las calles de Constantinopla, fué la del Crucifijo, que de tiempo atrás dicen se veneraba con gran devoción, y que estaba colocado sobre la puerta de bronce (*Xalke*) de su palacio imperial. Puede el curioso consultar á Theophanes (2) ó á Cedreno (3), que le darán minuciosos detalles. Autores tan graves como San Juan Damasceno, el continuador

(1) Véase á Rochette, *Discours sur les Origines des Tipes de l'Art du Christianisme*, 58.

(2) *Chronografia*, 339.

(3) *Historia*, 454.

de Theophanes, y Codino, suponen colocada allí la venerada imagen desde los tiempos de Constantino. Pero nuestro mismo retrógrado Mateos-Gago (1) la cree más reciente, porque—observa desde su ortodoxo y estrecho punto de vista—el Crucifijo, lejos de ser la primera, fué la última imagen entre las sagradas, cuyo uso se admitió por los Cristianos: «sin duda, no querían que la crucifixión de Dios pudiera servir de *escándalo para los Judíos y de necedad para los Gentiles*, según la expresión de San Pablo, y por esto es que, abundando tanto en los museos cristianos las imágenes de Jesucristo procedentes de los cuatro primeros siglos, nadie ha podido hasta ahora descubrir un Crucifijo perteneciente á esa remota época» (2). Semejante interpretación es insuficiente hasta la puerilidad. Podría servir de excusa al ultramontanísimo Mateos-Gago lo poco que otras explicaciones mejores que la suya habían ade-

(1) *Colección de Opúsculos*, IV, 216.

(2) Tengo á la vista un Canon de los llamados Apostólicos, siglo III, en el cual se encarga á los *Salvados* (los Cristianos) que «no se dejen engañar por causa de los ídolos, sino que en oposición á ellos (*ex opposito*) pinten la divina humana impermixta imagen del Dios Verdadero y Salvador Jesucristo y la de sus siervos». Para nada se refiere al Crucifijo. Tertuliano, en su *Apología*, XVI, discute con los paganos sobre la veneración de la cruz, tratando de retorcer sus argumentos, y en su tratado *De pudicitate*, VI y X, habla de las imágenes del Salvador en figura de Buen Pastor, esculpidas en los cálices ó vasos. Para nada se refiere al Crucifijo. Minucio Félix, en *Octavius*, XXIX, persiste en las mismas discusiones. Para nada se refiere al Crucifijo. Eusebio de Cesarea, siglo IV, en su *Historia eclesiástica*, VII, 18, nos testifica la existencia de *estatuas* y retratos de Cristo y aun de sus Apóstoles. Para nada se refiere al Crucifijo. San Basilio, en su Oración contra Juliano, corrobora con su testimonio el anterior. Para nada se refiere al Crucifijo. Pero ¿á qué continuar? El lector puede hallar todavía las pruebas de lo que sostengo en las obras de arqueólogos modernos, como Aringhius (*Roma Subterranea Novissima*, IV), Casali (*De Veteribus Cristianis Ritibus*, 72), Ciampini (*Vetera Monumenta*, II, III), Botarri (*Sculture et Picture sacrèe*, 58, 69), Mamachi (*Origines et Antiquitatis cristianae*, I), Rochette (*Fables des Catacombes*, 10), Rossi (*Bulletino di Archeologia* de varios años), D'Agincourt (*Storia dell'Arte*, I, II), Lupi (*Disertaciones*, VIII) y Winckelmann (*Storia dell'Arte presso gli Antichi*, 98, 113).

lantado en la época en que escribió aquella frase (1879); pero hoy no ignoramos que la causa del retraso estuvo en la confusión de Jesucristo como simple profeta con el cordero divino, que simbolizaba los atributos del sol y del fuego. En otra parte, y en cierto modo por esto mismo, he puesto tímidos reparos á la hipótesis de la identidad del *Agní* Védico y el *Agnus Dei* Cristiano, hipótesis que no creo enteramente exacta; pero no puedo ocultar que el empleo del cordero, si no como símbolo preciso del fuego, como símbolo evidente del Hijo de Dios, fué muy común en los primeros siglos del Cristianismo, y con frecuencia se le representó en la cruz. Andando el tiempo, la cabeza del cordero divino fué arrancada, y con una falta de gusto enteramente bárbara se pegó al cuerpo del animal el busto de Jesucristo. El sexto concilio de Constantinopla, celebrado hacia el año 680, ordenó que en lugar del antiguo símbolo se pusiese la figura de un *hombre* sobre la cruz. Confirmó este canon el papa Adriano I; pero la modificación no fué completa: se vistió á Jesucristo con túnica flotante y los brazos extendidos en actitud de predicación, y aun, para contentar el tradicionalismo de los fieles, se colocó el cordero á sus pies. Hasta el siglo XII no puede decirse que aparezca el verdadero Crucifijo, el Crucifijo inspirado en el Evangelio de San Juan, con la cabeza caída, el cuerpo desnudo, contraídas las piernas y las manos atravesadas por clavos (1). Esto recuerda todavía los antiguos sacrificios paganos, en que se tendía al cordero sobre una especie de cruz, una de cuyas ramas sujetaba las patas delanteras, y la otra toda la longitud de la carne. En caldeo llamábase á esta operación *crucificar*, palabra que, en sentir de algunos (2), significaba *asar ó quemar la carne*. De

(1) Estos fingidos clavos que se dice sirvieron para la crucifixión de Cristo, aparecieron ya con distinto significado, bajo forma de corona de gloria, en la cabeza de la estatua de Constantino, erigida en el extremo de la gran columna de pórfido de Constantinopla, y que era una antigua imagen de *Apolo*.

(2) Entre otros, Picard, *Sémites et Aryens*, 68. También al nombre mismo de *cruz* se han dado otras significaciones que la que yo he admiti-

cualquier modo, es indudable que se han necesitado más de 700 años para que los hombres osasen fabricar la imagen tallada de su Dios y adorarla (1).

No he de gastar muchas palabras ponderando cuán indigno de un espíritu leal es deducir de todo esto consecuencias desfavorables á la alta significación del signo de la Cruz. Cuando Strauss (2), inspirado líricamente en Goethe y en la gran princesa palatina Isabel, duquesa de Orleans, se expresó en términos desfavorables á la Cruz y al Crucifijo, obró como un sectario repugnante y un materialista satisfecho, cosa que no puede menos de extrañar en un teólogo independiente de miras tan elevadas. La Cruz, dice Strauss, es la apoteosis del sufrimiento. Sí; pero es también la Divinidad con los brazos abiertos á los dolores del género humano. ¿Qué símbolo vale lo que éste? Por otra parte, Strauss no debió olvidar su universalidad y profunda significación. En el Cristianismo la Cruz ha conservado el sentido místico de otros signos antiguos: en las piedras de la iglesia y en los textos litúrgicos, llámase á la Cruz *lignum vitae* (leño de vida) y *vita nostra* (nuestra vida). Un canto fúnebre dice: *Mors mortua super lignum* (la muerte ha muerto sobre el madero). ¿No hay aquí oculto un gran sentido de la vida? ¿No hay un paganismo místico sublimado? ¿No hay la cuestión siempre antigua y siempre nueva de la redención de nuestra miseria por el dolor?

En 1844, decía el veterano Montalembert á la Cámara de los Pares de París: «¿Sabéis lo que surge de todo ese lodo que remueven contra nosotros? Surge el amor profundo, generoso, completo, hacia esta Religión que insultan. Y si me fuera per-

---

do en el texto. Hay quien la deriva en su forma latina del griego *krikos*=anillo, cerca, analogía de todo punto absurda. Hay asimismo quien la hace proceder del griego *krups*=*mortuus*. Esta etimología del nombre ario se aproxima algo más á la que atribuye Picard al verbo semítico; pero tampoco tiene visos de verdad.

(1) Mourant-Broock: *Croix Païenne et Croix Chrétienne*, conclusión.

(2) *Der Alte und der Neue Glauve*, I, 19.

mitido citarme á mí mismo como ejemplo, y si me preguntaran en qué circunstancia se arraigaron en mi alma estas convicciones que acabo de expresar delante de vosotros con una osadía legítima, pero inusitada, diría que fué un día en que hace catorce años, en 1830, vi arrancar la cruz del frontis de las iglesias de París, arrastrarla por las calles y precipitarla en el Sena entre los aplausos de una muchedumbre extraviada. Esa cruz profanada la recogí en mi corazón, y juré servirla y defenderla. Lo que me dije entonces lo hice después, y nunca dejaré de profesar y de amar la cruz de Dios.»

Sí; la cruz de Dios, la cruz es Dios mismo. ¿Quién escribirá la teogonía de la cruz? La cruz es un rito tomado á un símbolo antiquísimo del sol de la victoria, símbolo que ha evolucionado, se ha determinado en el monograma cristiano, se ha fundido en él, y se ha convertido así en parte integrante del mito. La cruz cristiana no es más que un caso particular de una representación general en la Humanidad anterior al Cristianismo (1). En efecto: desde hace siglos vienen nuestros semejantes venerando, cual misterioso y divino signo, la imagen del instrumento con cuyo auxilio se vió, por vez primera, brillar el fuego (2). El procedimiento usado para producir este agente causó tal admiración, que aquel instrumento, hecho primitivamente con dos palos puestos en cruz, se consideró como sagrado. Encuéntrase ya grabado en los monumentos megalíticos, y sobre las tumbas del período prehistórico de la piedra pulida, siendo de notar que en aquella época no se conocían el hierro ni el bronce. De gran fama gozan en el gremio arqueológico las losas de un sepulcro de la época descubierto en Bréze (Francia). El mismo venerado signo se ha hallado después en las estaciones lacustres del lago de Bourget, anteriores á la edad de los metales. La cruz hallada en las monedas cristianas de Luis de Outremer y en otros docu-

(1) Parsons: *The non Christian Cross*, III, 2.
(2) Hochart: *Étude d'histoire religieuse*, II, 120.

mentos cristianos de 940, se asemeja en extremo á la anterior. De igual manera, en el Museo de Parma se ve un vaso de barro de los terramares de Castione (edad de bronce), sobre el cual se representa la cruz en la misma forma en que se encuentra más tarde en las monedas de Raimundo de Turena (1385) (1). Cruces de forma variada se han hallado también en los terramares de Emilia, grabadas sobre vasijas de uso doméstico. La opinión más probable es que, cuando á la edad de bronce sucedió la primera edad de hierro, mucho tiempo antes de la invasión de los Etruscos, esas cruces se conservaron como emblemas religiosos, según lo prueba el cementerio de Villanova. Sábese, además, que en el sacerdocio etrusco era práctica corriente señalar en el aire la cruz, apuntando con un bastón á los cuatro puntos cardinales del espacio, residencia del espíritu, habitación de los vientos. Si nos fijamos en lo que podía significar esta cruz circunscrita por el círculo que representaba el universo, como el infinito se expresa por las ciencias exactas y por los jeroglíficos egipcios con la figura de una culebra mordiéndose la cola, hallaremos el símbolo del conjunto de las cosas, del soplo, del alma, de la vida, de todo, y veremos que no soñaba Sánchez Calvo (2) al identificar la cruz con

(1) *Revue Etnographique*, Marzo, 1885.

(2) La opinión de este distinguido mitólogo merece citarse. «Creo—dice (*Los Nombres de los Dioses*, 318)—que el nombre de la cruz es onomatopeico... La palabra que expresa el color verde adquirió en los idiomas germánicos los sonidos *green*, *grow*, etc., procedentes de la contracción del *bero* prehistórico, que expresaba en un principio las ideas de creación, desarrollo y crecimiento vegetal, caracterizados por el color verde de las hojas y hierbas, y designando, en fin, este color con la misma onomatopeya, por analogía y asociación de ideas. El espacio, residencia del espíritu ó del soplo en sus cuatro puntos cardinales, que lo abarcan todo, circunscriptos en un círculo imaginario, considerado como universo viviente y animado, debió ser conocido en el origen con el nombre de la divinidad *Bero-ja*... Prueba de esto es la concepción que se formaban de sus grandes dioses: *Pardjania*, *Zeus*, *Elohin*, *Belo*, *Indra*, el *Omphalos*, que todos representaban, además de su carácter especial, el espacio universal y aéreo. La forma primitiva *Bero-ja* pasa por contracción á *Bro-ja* y *Grox-a*,

la figuración más antigua de la existencia, originada en el soplo universal é individualizada en la respiración de los seres. Las cruces de la urna-osario que se conserva en el Museo de Antigüedades de Besançon (Francia), se componen todas de líneas transversales (1). La de Callernish, en la isla de Lewis (Hébridas), merece particular mención. Es una cruz grande compuesta de piedras del período prehistórico. El escritor Phéné (2) dice de ella: «No se trata de un caso aislado, pues la cruz era uno de los emblemas venerados entre los hombres prehistóricos, y no ciertamente como emblema secundario y accidental, sino como objeto de profunda veneración. Con el mismo indiscutible carácter religioso lo encontramos en los cuatro continentes» (3). La cruz cristiana ha sido, para el mundo moderno, lo que fué la cruz pagana para el mundo antiguo: un símbolo universal. En Egipto se tenía por el símbolo heriático de la vida (4); y entre los Judíos fué trazado como signo de salvación en la frente de los arrepentidos de Jerusalén, como atestigua Ezequiel (5) al poner en boca de *Jehová*

---

y, por último, á *Crux* latina y *Cruz* en español. En todo caso, si su etimología se quisiera traer de su aplicación á instrumento de patíbulo, sería lo mismo: Patíbulo, *Gabal-us* en latín: *Jabar* = *Jaber*, otro término evolutivo de las onomatopeyas, como *Crux*: hálito vital, sin expresar si era para conservarlo ó para perderlo; pero, en la lengua primitiva, acaso el acento ó la manera de decir expresaba la diferencia, como en chino. La idea que se quería indicar con las palabras *Gabal-us* ó *Crux*, era la de rendir ó entregar el espíritu vital, como ahora decimos expirar por morir. Son dos evoluciones de una misma idea y de un mismo nombre primitivo. La cruz fué, pues, símbolo del espíritu ó del soplo, y figura de sus cuatro puntos cardinales, y, como tal, emblema de la vida y de la muerte.»

(1) Mortillet: *Le Signe de la Croix avant le Christianisme*, 165.

(2) *Prehistorie Customs*, II, 74.

(3) Cartaillac (*Ages Prehistoriques de l'Espagne et du Portugal*, 280) ha señalado la existencia de cruces en Portugal, y Schlieman (véase á Perrot, *Histoire de l'art*, V) en las excavaciones de la antigua Troya. En Newgrange (Irlanda) se ha descubierto también un monumento céltico, cuyos toscos bloques figuran claramente la cruz.

(4) Cantú: *Storia Universale*, VII, 676.

(5) IX, 4.

las famosas palabras: «Pasa por medio de la ciudad... y haz una señal en la frente de los hombres que gimen y claman», etcétera. «El séptimo rey del noveno *Ki* en China, dice Panthier, se llamó *Hien-Yuen* por haber hecho la balanza *poniendo juntos dos trozos de madera, el uno derecho y el otro al través, á fin de honrar al Altísimo*». En Persia, la clásica adoración del fuego, y por ende de su símbolo universal, prueban claramente que la cruz no fué desconocida de los sectarios de Zoroastro: aun los últimos que le quedan, los *Guebros*, tienen por deber ineludible mantener constantemente la llama del santuario, y si se apaga, no pueden reanimarla de otro modo que frotando dos pedazos de madera (1).

Es inútil presentar más detalles sobre la cruz primitiva. En cuanto á la derivada, anterior al Cristianismo, nació del perfeccionamiento del modo de producir el fuego, merced al invento del *Sicastika*, instrumento usado en la India y que tanta importancia adquirió después como insignia en el rito búdico. Componíase esta nueva cruz de dos palos, cuyos brazos, retorcidos en sus extremidades, se fijaban en cuatro clavos. En el punto de conjunción, y en un pequeño hueco practicado en el palo de arriba, colocaban un trozo de madera en forma de cono, al cual una correhuela enrollada hacía girar rápidamente merced á un juego de arco, hasta que brotaba la chispa. Se han encontrado muestras de este género de cruz en los paláfitos del citado lago de Bourget (2), en multitud de vasos y objetos antiguos de Rodas, de Chipre, de Sicilia (3), en figuras femeninas descubiertas en Tracia, en Ibriz (Sicanonia), en Hissarlik (Asia Menor), y hasta en las catacumbas de Santa

(1) Véase la explicación que de esto da Hovelacque en su libro *L'Avesta, Zoroastre et le Mazdéisme*, 227. Lebon (*Les Premières Civilisations*, 503) insiste en que el *agnus Dei qui tollis peccata mundi* de la Iglesia Católica es casi traslado de la invocación mazdea al fuego que quita las impurezas del mundo.

(2) *Revue de l'Ecole d'Anthropologie*, Febrero, 1891.

(3) *Revue Archéologique*, Abril, 1895.

Inés y otros cementerios cristianos de los siglos III y IV (1).

Como debía de esperarse de una época cual la denominada *hallstaliana*, que constituye la transición entre la edad del bronce y la del hierro, vese ya en ella la cruz sencilla combinada con la que acabo de describir. Así aparece en las sepulturas de Golaseca (Italia) sobre los broches, *fíbulas* (conchillas), alfileres y vasos depositados en las tumbas. En algunas el disco del sol hállase colocado en la intersección de los dos brazos de la cruz (2), como se ha visto anteriormente en la cruz católica. De igual modo, en el traje de los grandes sacerdotes de Asiria, como *Sansi-Bin* y *Sansi-Vul* (835 años antes de J. C.), la cruz que lo completa llevaba el disco solar en la intersección de los dos brazos.

Algunos de los demás ejemplares de cruces que ha obtenido la Arqueología son muy importantes; así, por ejemplo, en los campos de Corea los signos de la cruz se adoran á modo de protectores de los campos, que alejan los malos espíritus. Es preciso tener presente que la reunión de la cruz y el disco solar dió margen á una figura combinada, que era emblema del concepto de potestad en casi todo el Oriente Antiguo. En la Galia Primitiva existía ya sobre una figura que representa un dios nacional semejante á Júpiter, y en las monedas. Según los recientes descubrimientos del doctor Bertholon (3) en Túnez y otras regiones de África, entre los Musulmanes, hay tatuajes simbólicos que representan el Sol y el fuego bajo la forma del disco y de la cruz. Y los Fenicios daban á sus templos la forma de una cruz y colocaban ese mismo signo al extremo del cetro que tenía en la mano la diosa *Astarté*.

Pero lo que merece ciertamente un poco de atención es el hecho de que ni aun en el Nuevo Mundo falte el signo de la cruz. Gran sorpresa causó á Cook, en su segundo viaje á Nueva Zelanda, ver sobre la tumba de uno de los suyos una cruz

(1) Allard, *Lèttres Chrétiennes*, Julio, 1881.
(2) Malvert, *Science et Religion*, III, 1.
(3) *Bulletin de Géographie*, Junio, 1891.

adornada con plumas (1). Los primeros europeos que llegaron al Canadá se asombraron igualmente ante una tribu de *Gaspesianos*, que adoraba la cruz, designando por ella la dirección de los vientos. No menor fué la emoción experimentada por la Comisión enviada por Carlos IV á las órdenes de Dupaix para explorar las ruinas de Culuakan ó de Palenque, que ocupan ocho leguas de extensión, con el descubrimiento de un cuadro donde, en medio de jeroglíficos, se distinguen el escarabajo y la T, tan frecuente en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina, de cuyos brazos pende una especie de palma enrosada que hace pensar en cierto símbolo de la Pasión, y encima de la cual se reconoció un gallo que recuerda el que tan gran papel juega en aquella escena del atrio de Caifás, príncipe de los sacerdotes, cuando cantó. «Y volviéndose al Señor, miró á Pedro» (2). A los lados de aquella cruz hay sendas personas en actitud de suplicantes, entre ellas un sacerdote que ofrece un vaso de flores, y una mujer con tiara á la egipcia, que presenta un niño acostado en una cesta de mimbres. Note el lector que se trata de un monumento de la América Central, y que los bajorrelieves que adornan su cruz indican haberse ésta entallado en épocas anteriores á la conquista de Colón. El hecho de haberse hallado cruces semejantes en Yucatán (3), Copán (4), Paraguay (5) y Cuzco, centro del culto del sol (6), ha acabado de demostrar que allí se veneraba la cruz como insignia de un dios pluvial (los Mejicanos la creían símbolo de su gran Mesías *Tamón)*.

Nos resta describir brevemente la base greco-romana de la cruz y algunos de los elementos helénicos y latinos que han contribuído á preparar la adoración cristiana de tan anti-

(1) *Histoire Universelle des Voyages*, VIII, 180.
(2) San Lucas, XXII, 61.
(3) Argensola, *Anales de Aragón*, I, 63.
(4) Cronau, *América*, 99.
(5) Nadaillac, *L'Amérique Prehistorique*, 175.
(6) Véanse los *Origines de la Civilisation en Amerique*, de Jousset. (*Congrés international*, 1891, II, 8, 100.)

quísimo símbolo. En Grecia se llevó 1249 años de Jesucristo por los siete reyes de Tebas, y recientemente se han descubierto cruces helénicas en Mycenas y en Tesalia. En Roma existió la cruz de la diosa *Palas*, que consistía, según parece, en una piedra cuadrada con su remate, y se llamaba *Ergane* ó *Ergates*, sin contar las cruces de las medallas greco-romanas, las de medallas del triunviro Marco Antonio, las de la galera pretoriana, las de las Vestales, las de muchas pinturas de Pompeya, etc., etc. Los primeros cristianos adoptaron con tanta mayor facilidad la cruz latina, cuanto que era entre todas la que más se parecía al instrumento de suplicio en que se supone muerto al Salvador. En cuanto á la causa del hecho mismo de la adopción, no puede ser más clara. Cada pueblo simbolizaba en aquel signo las aspiraciones de su carácter: los Americanos, como ya vimos, un dios pluvial; los Egipcios, la vida futura; los Arios Primitivos, el fuego y el sol; los Arios Europeos, el maravilloso misterio por el cual se perpetúa la especie, según indica una célebre pintura mural de Herculano; los Cristianos ¿qué habían de simbolizar sino la pasión de Jesús? Si se trata de una simple coincidencia ó de una adopción meditada, no es cosa resuelta, pues sabemos que la Iglesia no adoptó la cruz latina hasta fines del siglo IV. Por lo demás, hay muchas razones para convencer que se dieron multitud de azares. Juzguemos por el siguiente hecho: en tiempo de Teodosio, al destruir los Cristianos los templos de *Serapis* ó *Serapeus* en Alejandría y en otras ciudades de Egipto, viéronse grabados en los muros de ellos jeroglíficos semejantes al signo de la cruz. Eran cruces de asa, y significaban *la vida que viene*. Muchos Paganos vieron en esto el anuncio de la venida de Jesús, y abrazaron el Cristianismo, á lo cual contribuyó no poco la circunstancia de que otros jeroglíficos anunciaban que el templo sería destruído cuando aquel signo se pusiese de manifiesto á la luz del día.

Hubiera podido creerse que tantos hechos, unidos á las deducciones que se ha visto obligada á formar la Teología Com-

parada, persuadirían á todos de que la cruz cristiana es una cruz pagana modificada; pero sucede lo contrario: tales hechos no parece que hayan producido el menor efecto en el ánimo de los teólogos ortodoxos y dogmáticos. El jesuíta Mir (1) se obstina en que las llamadas cruces gentílicas eran símbolos profanos á quien los Paganos nunca rindieron culto religioso. Pero ya hemos visto que lo contrario es precisamente lo cierto; y aunque el P. Mir tuviera razón, no por eso dejaría de poder proclamarse como verdad que la cruz es anterior á Cristo, si no como símbolo, como signo; de que Jesús no fué crucificado, sino colgado ó quizá lapidado, y de que el verdadero Crucifijo no se conoció hasta bien entrada la Edad Media. Así, pues, los Católicos del pensar del P. Mir no pueden elegir más que entre dos caminos: ó cerrar completamente los ojos ante los descubrimientos de la Ciencia, ó admitir esas numerosas analogías entre la cruz cristiana y las demás. Y si no desean renunciar á sus errores ni negar lo último en principio, no les queda más que un partido que tomar con respecto al asunto: el de suponer que lo sobrenatural ha querido simular por completo á lo natural para engañar á los incrédulos, ó que tales analogías son ilusiones providencialmente dispuestas con el objeto de que el hombre sostenga su adhesión á la fe católica, aun contra la luz de la evidencia: *credo quia absurdum*. A esto es á lo que se exponen aferrándose en el criterio indicado. Pero el arqueólogo tiene en sus descubrimientos sobre la cruz materiales para hacerse de un criterio más amplio. Dumas, el químico eminente que había sospechado que el hidrógeno era un metal, anunció su descubrimiento en la Academia con una frase que la Ciencia recordará siempre: «Señores—dijo,—al beber un vaso de agua, bebéis un óxido metálico». Parodiando á Dumas, el arqueólogo puede decir: «Cristianos, al adorar la cruz de vuestro Dios, adoráis un signo divino, universal entre los hombres».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *La Religión*, 720.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS

EVOLUCIÓN DE LA MORAL EN NUESTRO TEATRO

I

La resurrección que se ha hecho en la escena de *El médico de su honra* trae á colación el famoso «punto de honra», siglos atrás, como en estos tiempos contemporáneos, de permanente vitalidad y con secular arraigo en las costumbres públicas españolas. A través de todas las contingencias históricas, á salvo de las graves convulsiones sociales que han conmovido el país hasta en sus más firmes fundamentos, siempre ha permanecido en pie, como ímpetu un tanto caballeresco de la raza, el espíritu vindicativo, el carácter puntilloso, bravío y retador, justiciero á su modo, con arreglo á cánones de una moral necesariamente española, que ha remontado el curso de los años, palpitante en el fondo de nuestro pueblo, caliente y vivo en todo nuestro arte literario de ayer y de hoy, y llega á nuestros días con idéntica índole y casi con iguales bríos.

Sin duda el punto de honra no se acopla á los suaves principios evangélicos á que sujetara su vida en todo tiempo el pueblo español. Tal vez algunos espíritus altruístas acusen de extremoso y hasta de bárbaro ese impulso espiritual inspirado, más que en la justicia, en un alto ideal caballeresco, que lleva la mano á la espada para vengar las afrentas al honor. Esa exal-

tación del sentimiento de la honra, superior hasta al mismo amor humano que cae en generosidades compasivas ó egoístas, mientras que el otro se mantiene fiero, inflexible, no transigiendo, por flaqueza del ánimo, y mucho menos por cobardía del corazón (blanduras del carácter, que no cuadran á las almas de temple), con el agravio ó la ofensa, de cualquier calidad moral que fuese, es, á mi entender, el único nervio vital que ha intensificado siempre el espíritu español.

Ni la fe religiosa, tan arraigada en nuestra raza, ni la pasión política, que tantas veces ha calentado la sangre de nuestro pueblo, han llegado á la plenitud de fuerza espiritual que alcanzara «el punto de honra» en España. Supo siempre despertar en los seres un sentimiento altruista, despreciador de la propia grandeza con vilipendio, celoso de que el ajeno respeto cuidara de que el honor en cada cual nunca recibiera mancilla. Infundió en todos el concepto, convencional si se quiere, de que á la vida sin honor es preferible una muerte hidalga.

A punta de espada el galán ha defendido á la dama de cualquier rival, siempre metidos en aventuras de amor y penitencia; con sangre ha lavado la honra cuando la fidelidad conyugal ha sufrido quebranto, y hasta cuando solamente ha padecido sospechas, el marido ultrajado, al revés de Colatino, pero también «en la tirana fuerza disculpado», al primer recelo castigó la voluntad, ya que no el hecho.

Este espíritu caballeresco, este temple duelista, sentimiento del honor á punta de honra, dió carácter al pueblo español, infundió en su complexión espiritual un sentido de dignidad gallardamente vidriosa, una altivez nunca quebradiza, cierto aire de hidalguía á todo evento.

Quizás el fondo ético de esta rancia costumbre que se perpetúa hasta nuestros días, persistente en el modo de ser moral de nuestro pueblo y en la manera de juzgar en puntos de amor los casos de punto de honra, no esté conforme, y en verdad no lo está, con la moral cristiana antaño practicada; quizás

no se acuerde tampoco con esta moral nueva, libre y altruísta, que pone las ideas absolutas por encima de las pasiones impulsivas. Sin embargo, á un lado esos reparos de apreciaciones particularistas, es necesario reconocer que el espíritu vindicativo, el ímpetu duelista, dentro de nuestro teatro clásico, fué un poderoso estímulo á la acción, y representó una alta consagración de la humana dignidad moral.

Tan hondamente arraigó en nuestra psicología nacional, que nada ha logrado desentrañarlo hasta el presente de nuestras costumbres, mal que pese á la evolución de las ideas y á las radicales transformaciones en nuestro solariego modo de vivir. Al mismo sentimiento del honor responde el continente del hidalgo riñendo un duelo á muerte, que la actitud del villano que mata á una mujer por cobrar un agravio y vengar una vergüenza.

Y es curioso advertir cómo esta moral del honor no es personal, y este asentimiento no impone individualmente la disciplina del deber y garantiza el propio respeto á la dignidad.

Lleva su acción más allá del individuo: exige en los demás un respeto mutuo, é impone una especie de recia y férrea moral social.

Los castigos que impone el punto de honra son absueltos. Por el contrario, los quebrantos del honor no consigue ni aun la más sincera atrición que sean perdonados.

Podía buscarse, en són de disculpa, en una moral casuística, la ceguedad de la pasión, «más poderosa que la muerte», y hasta la liviana condición de la naturaleza humana, siempre quebradiza, pronta á caer. Contra esa debilidad del ánimo y ese elasticismo de la conciencia se levanta inflexible el sentimiento del honor: en el individuo, castigando la culpa; y en la colectividad, absolviendo el acto vindicativo. La disciplina es amplia, de carácter social, y el espíritu caballeresco encarna en todos, hidalgos y villanos, con su sanción suprema de justicia. Quizás ella sea por entonces la fórmula más completa de la justicia popular, unificando todas las opiniones que aca-

tan un código no escrito, en contraposición con las mismas leyes, pero que tiene la fuerza y la eficacia del asentimiento común, promulgado y garantido en la conciencia pública.

Que el punto de honra fué siempre moral estrecha antaño en la hidalguía española, es innegable. En las costumbres, donde aún perdura el atávico sentido puntilloso; en la leyenda, flor de poesía popular; en la novela y, sobre todo, en el teatro, voz y acento del ingenio nacional y cristalización del espíritu de la raza, que da carácter á todo nuestro arte literario, quedó «la dura huella señalada».

En la escena es donde el punto de honra vivió con mayor lozanía, poniendo á cada instante á prueba entre galanes y caballeros, y aun entre la turba villanesca, la firmeza en la convicción, y la valentía y arrojo del corazón al guiar la espada.

Surge el espíritu vindicativo en los lugareños levantiscos de *Fuenteovejuna* y en los personajes de *Peribáñez*, en que el gran Lope de Vega, príncipe de los ingenios, recogió admirablemente este aspecto, el más curioso y el más verdadero de todos en la psicología del pueblo español.

Para justificar cumplidamente la desenfrenada ira de las muchedumbres que al amparo del crimen intentan derrocar la tiranía, reivindicando un estado de derecho con sentido democrático, Lope busca como recurso capital la venganza de un ultraje al honor de una doncella, así pleno justificante á los sangrientos desmanes de las turbas motinescas, rebeldes, clamantes con furores homicidas.

En *García del Castañar*, en *Sancho Ortiz*, el punto de honra despunta también ennoblecido y gallardo.

Pero ningún dramaturgo español antiguo exaltó tanto este sentimiento del honor como Calderón de la Barca. Bien puede decirse que lo escogió casi como eje de todo su teatro. Consagrólo como flor del espíritu español, como el ímpetu más fuerte del alma nacional de su época.

Los caballeros que lleva á la escena nada estiman tan alto

como el honor. La más leve sospecha los arrastra á la venganza para ejemplaridad y en uso de un derecho que la moral pública legitima y hasta glorifica.

Ponen el honor por encima de todos los juicios y poderes humanos. No pueden someter los casos de honra á ninguna jurisdicción. Basta el fuero de la propia conciencia para resolver en términos de pronta y vindicativa justicia. El honor, según entienden los héroes del teatro calderoniano, es patrimonio del alma, á tenor de la moral en este punto, y el alma sólo es de Dios, con arreglo á la ortodoxia católica que practicaban también en fe de cristianos y caballeros.

En sus dramas trágicos *Á secreto agravio secreta venganza*, *El médico de su honra*, *El mayor monstruo los celos* y *El pintor de su deshonra*, la ofensa conyugal es castigada con pena de vida. Así toman la justicia directamente por su cuenta los caballeros tocados de punto de honra; pero en el villano *Pedro Crespo*, alcalde de Zalamea, tipo singular y admirable, este sentimiento del honor también es enérgico. Si antes de llegar á extremos de violencia, que en casos tales aconseja la costumbre y la moral advierte, recurre á las súplicas deponiendo todo coraje el honor ofendido, por un instante llamado á la prudencia, bien pronto, cuando el burlador de su hija no se aviene á razones, en el ánimo del lugareño retoña súbitamente el sentimiento caballeresco, el espíritu vindicativo; y, bajo capa de hacer justicia, ahorcando al ofensor en nombre de la ley, deja á salvo la honra en entredicho.

Los celos no tienen carácter pasional en estos héroes de los dramas calderonianos. Son éstos seres fríos, reflexivos, atentos á mantener incólume el principio moral del honor.

Otelo, en el drama de Shakespeare, engañado por apariencias que se presentan con caracteres de certidumbre infalible, mata á *Desdémona* con energías pasionales de impulsivo, porque la ama. No tiene en cuenta el moro de Venecia que se ha escarnecido su honor, sino que piensa únicamente que su amor ha sido burlado.

En cambio, Don Gutierre Alonso de Solís, en el drama de Calderón, venga con la muerte de la esposa el honor mancillado.

Mal que pese á la evolución de las ideas respecto á la moral social, á despecho de las innovaciones que ha sufrido fuera y dentro de España la estética en el arte literario, no se ha desterrado el punto de honra en las costumbres públicas, y sirve aún de resorte artístico y de toque psicológico en nuestra novela y en nuestro teatro contemporáneos.

II

A partir de Calderón ya se pierde, á lo largo de la dramática española, el rastro de ese espíritu enérgico que se ha llamado la moral del honor. No hay que buscarlo, pues, en la producción escénica posterior á la del autor de *La vida es sueño*, años adelante.

Sobreviene entonces un período de crisis, en que la decadencia escénica parece correr á una *débacle* inminente. Sin fuerza de creación, y con desmañada expresión artística, ¿cómo mantener en pie el ideal caballeresco y el viejo sentido ético? No tuvo nuestro teatro en ruinas alientos de vida, y mucho menos ímpetus de combate.

Durante un no corto espacio de tiempo la producción escénica carece de interés. No hay que buscar en ella un reflejo de la psicología nacional.

Al volver el auge del arte escénico español con los románticos, bien entrada la centuria pasada, tampoco encontramos el curso en la evolución de la moral en nuestro teatro. Son un aparte. Ellos desviáronse del cauce tradicional, renunciando, al practicar una estética nueva, al añejo espíritu que informó la literatura dramática de nuestros clásicos.

Tras los románticos, que crearon un teatro de fantasía con pasiones grandes, vinieron moralistas de nuevo cuño que ningún parentesco tenían con los dramaturgos de antaño. Pusie-

ron el paño al púlpito queriendo ejemplarizar desde la escena, á propósito de reformar las costumbres con pláticas de moral casera. Ayala y Tamayo acudieron á ridiculizar vicios de carácter social en comedias con moraleja, mientras que Eguílaz y Larra se despeñaron ruidosamente en una dramaturgia sensiblera, asaz llorona, con ribetes de cursilería á toda prueba.

Si bien persiguieron crear un teatro con *belleza ética*, no lograron triunfar en el empeño artístico, sin duda por el concepto estrecho que tuvieron de la moral, circunscribiendo su acción social á casos vulgares, á detalles particularistas que en nada respondían á un alto sentido humano.

Entronca plenamente la tradición española al surgir el teatro de Echegaray. Entonces se remoza el viejo espíritu puntilloso, y el ideal caballeresco que vigorizó nuestro drama clásico cobra acento y arma el brazo vengador, instituyendo en cada personaje un «médico de su honra». Ya los héroes que desfilan por la escena no visten gola ni ciñen espada; pero el antiguo sentimiento del honor, celoso de mantener á salvo la dignidad y de tomar la justicia de la ofensa por la propia mano, vuelve á retoñar, fuerte y enérgico, bajo la levita moderna que visten los personajes echegarayescos. En estos seres no han cambiado más que el traje y el arma. Es la única concesión que se hace á los tiempos actuales. Por lo demás, á pesar de la diferencia de época, subsiste en el alma de ellos el mismo temple recio, igual disciplina de los sentimientos encadenados á la idea del honor, el propio criterio para saldar los agravios, fuera de todo principio religioso, de toda fórmula legal y hasta de las sanciones que acuerda la ética moderna, blanda con las transgresiones morales en punto á culpas de amor y en cuanto á la libertad de acción en la mujer, á la mayor exaltación de su personalidad en la vida.

Cuando se escucha el *¡tué la!*, como en la obra de Dumas, al caer la adúltera, en los dramas en que se viven los crímenes de amor, súbitamente la muchedumbre clamorosa aplaude el golpe homicida que cobra en sangre, matando, el agravio no

perdonado y la afrenta que á toda costa reclama inmediata satisfacción.

Así se pone bien de manifiesto un estado permanente de nuestra psicología nacional. A través de tantos siglos, el viejo punto de honra renace con nuevo vigor en el alma de las multitudes. Ni ha perdido su carácter, ni han desmayado sus cóleras vengativas.

Nunca, ante las culpas de amor, cae en la piedad misericordiosa. Al acto de justicia radical y pronta que realizan los héroes en el teatro responde la sanción del público, franca y decisiva. Aprueba solemnemente el castigo.

Quizás en ningún otro drama ha acentuado tanto Echegaray esta nota de la moral del honor, de corte á la antigua usanza española, como en *Mariana*. Hay, no obstante, en este drama atisbos de una nueva orientación y aspectos bien distintos del problema moral, lisa y llanamente planteado. Subsiste el concepto, si bien los términos son muy diferentes.

Mariana, violentando el impulso natural de sus sentimientos, se casa con Don Pablo, hombre de armas, espíritu recto, caballero siempre atento al cuidado de su honor. Ella quiere con entero corazón á Daniel Montoya, con quien no puede desposar por escrúpulos morales que repugnan á su conciencia. Entre ellos se interpone el delito de adulterio cometido por los padres de ambos, y no cesa un instante de resurgir fatídico en la memoria de Mariana el recuerdo de la fuga á Londres siendo niña, y las tristezas de su madre muerta en el vergonzoso destierro.

Ya en este punto se señala trágicamente el conflicto moral. Es un aspecto nuevo del problema. Los efectos son de un orden puramente sentimental. Sin duda este atisbo psicológico es de un gran valor. Desvía la orientación de un espíritu y cambia el curso de una vida.

Aún hay más. Mariana se casa con Don Pablo, deseosa de hallar un freno á su pasión. Quiere que el sentimiento espontáneo del amor lo ahogue el sentido convencional del deber.

En las propias energías espirituales, en una exaltación de la voluntad, no halla fuerzas para imponerse una disciplina interna de las pasiones.

A punto de caer, cuando, más enérgica, la acción de la naturaleza la arrastra á romper con todos los convencionalismos morales, Mariana acude, aun con pena de vida, al castigo redentor.

Por eso, con grito de la conciencia, á despecho del corazón, demanda:

¡Socorro!... ¡Mátame!

Y su voluntad es cumplida.

En este drama de Echegaray, la moral del honor se ha desviado de su cauce antiguo. Ha evolucionado en un sentido de más justificación del castigo.

En el teatro clásico se castigaba el agravio consumado. También el honor se vengaba á tenor nada más que de la sospecha. El médico de su honra respondía, en su vindicadora sanción, á propia iniciativa.

En el drama de Echegaray, la adúltera sólo por la intención, ella misma invoca la moral del honor, y exige el pronto castigo.

Ha cambiado, pues, el sentido del viejo punto de honra. Continúa la potestad del castigo vinculada en el marido, que recibe el agravio. Mas la mujer, acatando el espíritu vindicativo, poniendo el honor ajeno por encima de la propia pasión, se entrega á la sanción justiciera, demandándola como en cumplimiento de un deber que la moral social ha instituído.

En el teatro clásico, en la sanción de sangre, la culpable de amor era siempre víctima forzosa, cuya expiación á violencia, aun estando en olor de fidelidad sin mancha, si bien en sospecha, á una escrupulosa conciencia podía repugnar, sublevada ante los rigores de una pena injusta y una perturbación del derecho natural imposible de ser restablecido.

En el drama de Echegaray, que nos da el concepto de una variante marcadamente evolutiva en la moral del honor á la

nueva usanza, la víctima es voluntaria, consciente de su último destino, y en fe de cumplir su deber da en prenda la vida. Cuando flaquea su ánimo á punto de ceder, hace una llamada, no á su corazón para que se reprima, sino á su conciencia para que ponga camisa de fuerza á la locura de amor, y no halla otro recurso que acudir á la acción rápida del punto de honra que impone la muerte como único término de reparación posible.

Aún ha llegado á más, en su avance de violencias, la moral del honor en nuestro teatro contemporáneo. Ha agudizado su carácter puntilloso, dando de paso mayor amplitud al concepto sobre la ética en cuestiones de amor.

Hasta ahora, la venganza estaba admitida contra las esposas legítimas. El vínculo matrimonial, con su doble carácter legal y religioso, entrañaba fuerza de obligar, no sólo á la fidelidad, sino también á la obediencia.

Cualquier transgresión de los deberes aceptados exigía reivindicaciones morales para el ofendido y pena aflictiva para la culpable. El punto de honra, con su justicia á secas, se adelantaba á toda sanción penal, ya fuese del orden civil ó del eclesiástico.

Las costumbres públicas han establecido una moral social nueva en este punto, y de ella se ha llevado á la escena contemporánea española un reflejo con el drama de Dicenta, *Juan José*. La esposa legítima de antaño hase convertido en amante de ocasión. Sin embargo, subsiste, aun variados totalmente los términos, el derecho á la fidelidad; en caso necesario, el derecho á cobrar en sangre el agravio, exigiendo, al modo de *Shylock*, el pedazo de carne muy junto al corazón.

Si era legítimo que la mano del burgués de levita se armara con la pistola homicida matando á la esposa adúltera ó en camino de serlo, también se declaró lícito que esgrimiera el villano con blusa la navaja plebeya en contra de la amante en rebeldía.

Ante el acto brutal de *Juan José*, matando con golpe asesi-

no á *Rosa*, no se sublevaron los ánimos ni se estremecieron de espanto los corazones. ¿No era también caso de honra el del albañil burlado en su pasión? El vulgar delito de sangre despojábase de su repugnante carácter para convertirse en legítima vindicación de una ofensa. La moral pública, con criterio abierto, absolvía resueltamente al matador, especie de Jack, por artes extrañas metido á médico de su honra.

La crueldad bárbara, el instinto criminoso que representa la acción homicida del héroe, no son habidas en cuenta para nada. El desborde de la pasión, enloqueciendo, se disculpa por completo en una moral acomodaticia que acepta un falso honor, como si fuese del mismo temple que el viejo punto de honra, *suprema lex* en los hidalgos á la española de los tiempos clásicos.

Bien se echa de ver que, al otorgar el público su asentimiento con su aplauso, se ha llegado á conceder al sentimiento de la honra una amplitud extrema. Se salta ya por encima de otros principios éticos que antiguamente lo robustecían y, al parecer, lo legitimaban. En la santidad del matrimonio fundamentábase la ley del honor.

Ahora, puesta la moral pública á hacer concesiones, reconoce en el concubinato los mismos deberes, igual derecho á la fidelidad y, por tanto, á las represalias sangrientas en caso de agravio.

No cede el honor en sus rigores. Exigente, implacable, nunca se ablanda aviniéndose al perdón misericordioso, ni siquiera al desdén agresivamente cruel. El castigo es necesario, de urgentísima y saludable reparación. Sólo la sangre lava las culpas de amor; á las resultas de la fidelidad está pronta la vida de la mujer. Con ella paga los quebrantos que al honor infiere.

III

Un aire de fuera ha venido á renovar el ambiente moral del teatro moderno en España. Se intenta en los últimos tiempos, con plena y potente iniciación en la dramaturgia de Gal-

dós, dar en tierra con los viejos prejuicios en punto al honor, tan profundamente arraigados en el alma de nuestro pueblo. Sea bueno ó malo el empeño, que no es cosa de discutir la valía de esa estética y de esa ética nuevas, debe hacerse constar el hecho y desentrañar, aun con crítica á la ligera, el verdadero carácter, el preciso sentido, la representación y la influencia sociales de la nueva moral que desde la escena española se predica. Desde luego acusa una desviación completa del antiguo cauce en que ha venido desenvolviéndose á través de tantos siglos con marcha evolutiva. A mi entender, esa moral teatral del honor sufre actualmente una sacudida revolucionaria. Es tan brusco el salto, son tan contrarios los efectos que se buscan ahora, que los que traten de seguir un curso rectilíneo á lo largo del arte escénico nacional, por lo que respecta á la significación y alcance del punto de honra, al encontrarse con las ideas que entraña la dramaturgia de Galdós se hallarán por completo desorientados.

Ya en la obra escénica galdosiana se pierde la tradición española. Se advierten influencias del teatro y de la novela extranjeros. La rebeldía de *Nora*, en la obra capital de Ibsen, abandonando el hogar conyugal, tranquilo el ánimo y gallardo el continente, ha traído á nuestra escena un poco de calor de su espíritu revolucionario. La resignada impasibilidad con que *Karenine*, en la novela de Tolstoy, mira la desventura propia en el oprobio que le causa su legítima mujer, entregada á livianos amoríos, baldón de la fe jurada, alcanza también por acá, en la escena y en las páginas novelescas, un eco de simpatía para tanta grandeza de alma.

Galdós, con tenacidad á prueba de resistencias morales que se disfrazan con apariencias de escrúpulos artísticos por parte del público, en cuya psicología no se hace hueco el vasto concepto de la nueva moral del honor, trabaja por inculcar ideas de perdón y sentimientos de piedad para la mujer culpable del delito de amor y caída vergonzantemente en infidelidad, en el alma de las muchedumbres dentro del solar español,

acotado, por tradiciones que moldean el espíritu y por la costra histórica que da carácter á las costumbres, á toda renovación intelectual que venga de fuera.

Los personajes del teatro de Galdós no se han tenido por tipos corrientes, sino que se les ha considerado con cualidades psíquicas de seres superiores. Y es que caen fuera de la psicología nacional, y, por tanto, no son comprensibles para nuestro público. En el alma de los héroes del teatro galdosiano ha desaparecido, para no retoñar más, el sentimiento del honor con el viejo temple á la española.

Para afrontar en toda su magnitud este problema de los amores adúlteros, resolviéndolo con alteza de pensamiento, llevado de un amplio sentido humano, ha procedido por partes en una evolución lenta y bien aconsejada. Comienza en *Realidad,* donde el esposo no perdona, aunque no mata, si bien desdeña, para terminar en *Amor y Ciencia,* haciendo que el esposo redima y admita á nueva gracia á la adúltera, no sólo arrepentida, sino regenerada por un esfuerzo poderoso de la voluntad y la disciplina de los sentimientos.

Cuando aparece en la escena española *Orozco*, el público siéntese extraño en su presencia, no lo comprende y hasta lo rechaza. Todo porque, como dice Ixart, «al manso filósofo no le daba la gana de convertirse en carnicero».

No perdona, sin embargo, á Augusta. Quizás en la culpa de ésta lo que menos repugne al gran espíritu de Orozco sea el hecho mismo, la infidelidad sangrante y odiosa. Tal vez lo que obligue á negar el perdón sea la tenacidad de la esposa en vivir en el engaño y para el engaño, la hipocresía con que se disfraza la conciencia hondamente turbada, la falta de valor moral en ella para confesarse, volcando toda la podredumbre moral que lastra su espíritu.

¿Qué hacer? Matarla exigiría el punto de honra. Orozco, por el contrario, con grandeza de alma, con superioridad espiritual, poniendo las ideas por encima de las pasiones, desdeña con gesto admirable. Sabe poner el pensamiento en alto, levan-

tar el corazón para que no lo manchen las miserias humanas, la basura moral de los seres que no alcanzan á vivir nada más que á ras de tierra. Y respondiendo á un estado de espíritu, mirando por la ventana abierta el cielo claro con estrellas, exclama, como en un suspiro que trae reposos:

—«¡Qué dirían esos mundos, si supieran que en éste tan minúsculo se mató á una mujer porque en vez de amar á un hombre amó á otro!»

Contra los añejos prejuicios y el convencionalismo social del honor, arremete Galdós de un modo franco, sin velaturas de ningún género en la intención, en *El abuelo*, derramando á lo largo de las escenas el ácido de una ironía corrosiva sobre la vanidad de todas las grandezas humanas y lo frágil de las preocupaciones sociales.

El viejo conde de Albrit pone todas las energías de su alma, respondiendo al espíritu de casta, que vela por el honor y el lustre de las familias, en averiguar la verdad en el fraude realizado en el hogar conyugal, incorporando á él la flaqueza de una esposa infiel á una hija adulterina.

A tumbos va por la vida, escudriñando en las almas de las dos nietas, desglosando sus caracteres, el león de Albrit en busca del secreto, que quiere descifrar, atento sólo á que quede á salvo el honor, que estima el primer principio social, para convencerse, con amarga y á la vez alegre certidumbre, de que el amor es la única verdad eterna.

Así dice en una hora de infinita tribulación y al mismo tiempo de amargo escepticismo:

—Creo que si el honor fuera cosa material, sería buen estiércol para abonar las tierras.

Ya en este pie, Galdós afronta serenamente desde la escena el problema, resolviéndolo de un modo radicalmente opuesto al sentido del clásico punto de honra.

En *Amor y Ciencia*, no sólo el esposo ofendido no mata, sino que, por el contrario, regenera á la adúltera, la perdona y la restituye al cariño, sólo temporalmente callado, pero no extinto.

Bien marcada está en esta comedia la desviación radical que sufre la moral del honor. Ante todo, Guillermo, el protagonista, afirma su derecho á vengar el agravio. «Me debes tu vida—dice á Paulina,—que pude quitarte cuando me ofendiste.»

¿Cuál es su estado de ánimo ante la ofensa recibida? ¿Cómo dejar á salvo la honra?

Estas son sus palabras:

—Por primera vez en mi vida me sentí caído en la vulgaridad de la envidia, del despecho, del rencor. Yo no era yo, sino una bestia desatada, capaz de todas las violencias. Corrí fuera de mi casa, me lancé á la calle con ansias de matar. ¿A quién? A mí mismo, porque sólo acabando conmigo aniquilaba mi deshonor.

Ya en este punto han cambiado los términos para resolver estos casos de honra. Antes era necesario el sacrificio de la adúltera; ahora se hace preciso el aniquilamiento del propio ofendido, para que no sobreviva á la afrenta y á su desventura.

Mas en la comedia de Galdós el héroe no mata ni muere. ¿Hacia qué ruta moral se orientará? Es este empeño obra de cirugía interna, de recia disciplina espiritual. Hay que vaciar del corazón el odio, y llenar el hueco con raudales de piedad. Adviértase de paso que en Orozco la pasividad ante la ofensa la determina la lógica entre las ideas y los hechos; en Guillermo Bruno la impone un cambio en la sentimentalidad, que transforma las emociones al arrancar de cuajo en el alma la fiereza rencorosa para sustituirla con una ternura compasiva, que así se conduele de las monstruosidades morales como se lastima de todos los humanos dolores.

El azar, mucho después de cometida la falta, violación de la fe conyugal jurada, vuelve á poner frente á frente á los esposos, sólo de hecho divorciados. No mata Guillermo, ni perdona. ¿Bastará la repulsa, la mueca de asco? Con una definitiva separación podría resolverse en paz el conflicto. Mas Gui-

llermo, «que endereza los cuerpos mal formados... y las almas torcidas», intenta crear en el alma de su mujer una conciencia fuerte, redimirla y entonces perdonarla.

Su castigo es enérgico. «Te condeno á vivir... á vivir, porque el vivir es yunque donde forjamos el mal y el bien.»

No quiere ser carnicero. Su justicia es dura como la ley que rige nuestras almas, con «dureza de herrero que en la fragua, á golpes de martillo, templa y vigoriza los caracteres».

La redención ha de buscarla ella misma, elevando la mente á un ideal de vida y aplicando toda la voluntad á realizarlo. ¿Cómo?

La clave está en este apóstrofe:

—«Ten alma de mujer, no mecanismo de muñeca de lujo. Vive en tu propio sér, no en la imitación de vanidades y pasatiempos frívolos.»

Cumplida al pie de la letra esa terapéutica espiritual, saneamiento del alma, la esposa, al reintegrarse al hogar, generosamente perdonada, vuelve á la estimación del marido. ¿Queda á salvo el honor? No es cosa de discutir este punto. Sólo puedo añadir que el derecho perturbado queda restablecido, y que en esa paz recobrada, á costa de tantos dolores, hay un simpático dejo de intenso calor humano.

ANGEL GUERRA

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA (1)

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

(Del *Bulletin Hispanique.*)

En el año 698-56, en una argumentación en la que pretende demostrar ante el Senado que la piedad es el todo del pueblo romano, Cicerón ofrece una curiosa característica de las naciones con las que la República hubo de luchar y á las que hubo de vencer. Los españoles tenían en su favor el número; los galos, la fuerza; y los cartagineses, la astucia; los griegos eran artistas; los italianos, los latinos sobre todo, tenían la misma alma, los mismos sentimientos nacionales que sus compatriotas de Roma. Pero lo que aseguró la superioridad de los romanos fué su piedad, su religión, su cordura, por donde reconocieron que todo está ordenado y gobernado por el poder de los dioses inmortales.

De los pueblos que no habitan en Italia, los sicilianos figuran en primer término; los españoles, con los cartagineses, en el último: unos y otros pagan un tributo fijo *(vectigal certum)*, que es el justo castigo de las guerras que se atrevieron á sostener contra Roma. Hay también en España una raza de

(1) Inauguramos esta sección, en la cual daremos á conocer, íntegros ó extractados, los principales artículos publicados en el extranjero referentes á España.

hombres más odiosos que los cartagineses: son las tribus de los celtíberos, en las que se fundieron los elementos célticos é ibéricos, y que habitaban el centro de la Península, en el nudo de los valles del Duero, del Tajo y del Guadiana. «Hay—dice Cicerón—dos clases de enemigos: con los unos, latinos, sabinos, samitas, cartagineses, Pirro, Roma combatió por la supremacía, por el *imperium*. Con los otros, los cimbros y los celtíberos, no se trataba ya de saber cuál de los dos pueblos sería el amo, sino cuál continuaría viviendo: era una guerra de exterminio.» Cicerón compara la cobardía moral de los celtíberos con la de los cimbros, aquellas hordas de feroces salvajes que amenazaron y sobre todo espantaron á Roma. Los bárbaros saben batirse; enfermos, no saben portarse como hombres. En medio de los combates, los cimbros y los celtíberos saltan de alegría; en medio de las penalidades de la enfermedad, se lamentan con desesperación. El orador de las *Filípicas* explica la perversidad del tribuno de la plebe L. Decidio Saja, por su origen celtíbero: «A Saja, un cualquiera, lo sacó César del fondo de la Celtiberia para dárnoslo como tribuno de la plebe».

A los españoles que no pertenecen á la Celtiberia considéralos Cicerón como salvajes dignos de que se les confunda en el mismo desprecio que merecen las feroces naciones de Galia y las crueles hordas de Africa. Al discutirse al poeta Arquías su título de ciudadano romano, recuerda con indignación el defensor de Arquías que Sila confirió el derecho de ciudadanía á galos y españoles. Dos años después de defender la causa de Arquías, en 694-60, Cicerón dirige á su hermano Quinto, que gobierna en Asia en calidad de propretor, una larga carta que es un verdadero tratado de administración. Quinto debe emplear todas sus fuerzas y todo su celo en asegurar el bienestar de los administrados que el Senado y el pueblo romano le confiaran. Aun cuando en vez de enviarle á la provincia más civilizada de la República le hubiera llamado la suerte á ser propretor en pueblos bárbaros, desprovistos de toda especie de civilización, como por ejemplo los africanos, los españoles ó los

galos, sería para él un deber de humanidad el cuidar de los intereses de aquéllos y hacerlos felices.

En un informe pronunciado en 695-59, Cicerón, por necesidades de la causa que defiende, tiene que reconocer que los griegos de Asia no siempre dan pruebas de honradez cuando se comprometen por juramento á algo; pero se apresura á oponer á la pérfida habilidad de los perjurios de aquéllos la ininteligente rudeza de los galos y los españoles. En otro lugar afirma que esos rudos españoles, tan ignorantes de la lengua latina como los cartagineses, no podrían hacerse comprender del Senado sin ayuda de intérpretes. Tal afirmación es evidentemente exagerada: el defensor de Arquías reconoce que en ciertas poblaciones de España, no solamente se entiende el latín, sino que se componen versos latinos. Y se burla de la vanidad de G. Metelo Pío, tan ávido de gloria que se complacía, cuando guerreaba contra Sertorio, en escuchar los laudatorios versos de los poetas españoles de Córdoba, que escribían para ensalzar al vencedor composiciones cuya tosca latinidad se resentía de su origen exótico *(pingue quiddam atque peregrinum)*. Y si hay poetas que versifican en latín en Córdoba, hay también en los *vaccaci*, en la Tarraconense, oradores que hablan en latín; la prosa latina de los oradores es tan tosca como los versos latinos de los poetas.

Como se ve, en las obras oratorias de Cicerón, desde las *Verrines* hasta las *Filípicas*, se trata muy mal á los españoles; los mismos ataques se encuentran en las obras de moral y filosofía, tanto en el *De Officiis* como en las *Tuscutanes*, en donde el pensador se desprende de las pasiones que animan al orador político y de las exageraciones á las que ha de recurrir el orador en interés de su causa. Es interesante investigar los motivos de la constante hostilidad que se manifiesta con la misma violencia y se expresa poco más ó menos en los mismos términos, siempre que Cicerón tiene ocasión de hablar de los españoles.

I

En 677-77, Cicerón, á la edad de treinta años, volvía á Roma, de donde le obligara á alejarse durante algún tiempo la tiranía de Sila. Aseguraba su posición de hombre político haciendo lo que se llama una buena boda. Su mujer, Terencia, era rica y de ilustre origen; una hermana suya era vestal, lo que constituía una prueba de nobleza. Semejante alianza había de ser preciosa para un *homo novus* que deseaba lanzarse á la carrera de los honores.

En efecto: después de haber pasado, durante varios años de un trabajo asiduo, parte de sus días escuchando en el Foro á los más ilustres oradores y parte de sus noches consagrado al estudio de todas las disciplinas de retórica que podían formarle para la elocuencia, Cicerón se atrevió á combatir victoriosamente al todopoderoso dictador Sila, defendiendo con buen éxito á Sexto Roscio, acusado de parricidio por los agentes de Crisógono, liberto muy influyente del dictador (674-80), y á una mujer de Arrecio, de Etruria, víctima de las *leges Corneliae* promulgadas por Sila. Este doble triunfo oratorio obligaba al joven abogado á desaparecer de Italia, en donde imperaba la tiranía del dictador cuyas criaturas y leyes no había temido combatir. Cuando la muerte de Sila (676-78) permitió á Cicerón volver de Grecia y de Asia, en donde pasó dos años perfeccionándose en el estudio de la elocuencia y de la filosofía, Roma estaba tranquila; apaciguábanse las luchas intestinas; únicamente preocupaba á todos los espíritus la guerra lejana y peligrosa que Sertorio dirigía en España contra los ejércitos de la República.

Quinto Sertorio, originario de Nursia, en la Sabina, hizo sus primeras armas en la guerra contra los cimbros. Era uno de los diez sobrevivientes del ejército romano que escaparon del desastre de Erange (105); intrépido y astuto, preparó las victorias de Aix y de Verceil (102), introduciéndose disfraza-

do en el campo de los bárbaros, del que llevaba á Mario útiles informes. Tribuno militar, en el año 92, á las órdenes del procónsul T. Didio, se distinguió Sertorio en la provincia de *Hispania Citerior* por un feliz éxito, igualmente debido á su intrepidez y habilidosas prácticas. Castulo, capital de los oretanos en el valle alto del Betis, aliada fiel en un tiempo de los cartagineses, difinitivamente sometida por Escipión en 206, se había sublevado: los habitantes romanos fueron pasados á cuchillo y saqueadas sus casas. Sertorio hizo que sus soldados se vistieran con el traje y la armadura de los españoles, engañó á sus enemigos con este disfraz y mató é hizo prisioneros á todos los castulonenses. Tal fué su primer contacto con España.

Llamado á Italia por la Guerra Social, el antiguo soldado de Mario y de Dinio se distinguió en ella. Tal vez, durante el *Bellum Marsicum*, en que combatió como *tiro* (665-89) á las órdenes del cónsul Cn. Pompeyo Strabo, que mandaba el ejército romano, fué cuando Cicerón, de diez y ocho años de edad, conoció á Sertorio. Por lo menos hubo de oirle en el Foro, frecuentado asiduamente por el joven orador durante el *triennium* (668-86 á 670-84) en el que Sila, jefe del partido aristocrático, ocupado en lejanas guerras contra Mitrídates, dejaba á la facción de Mario dominar en Roma, Sertorio tomó partido por su antiguo jefe, cuyos excesos, sin embargo, censuraba; después de la muerte de Mario, en Enero del 86, se queda en Roma hasta el momento en que Sila, vencedor de Mitrídates, vuelve á Italia (83); habla en el Foro, y Cicerón dice de él: «De todos los oradores que he conocido, ó más bien de todos aquellos charlatanes sin instrucción, sin cortesía y sin gusto, no veo uno solo en el orden senatorial *(nostri ordinis)* que tuviera tanta facilidad de elocución y tanta sutileza de invención como Q. Sertorio».

Pretor en el 83, comprendido en las proscriciones de Sila, Sertorio va por segunda vez á España. El tribuno del año 97 fué como enemigo; el pretor del año 83 llega como defensor de las reivindicaciones nacionales de la Península, que quiere

emanciparse del *imperium* de Roma. Durante diez años, desde 172-82, época en que el proscrito de Sila responde al llamamiento de los lusitanos, que aclaman en él al vengador de su independencia, hasta 682-72, fecha en que el vencedor de Q. Cecilio, Metelo Pío y de Cn. Pompeyo—que será el gran Pompeyo—muere asesinado por su lugarteniente Perpenna, se extiende el período llamado *Sertoriana tempora*, del que Cicerón recuerda á menudo los peligros que atemorizaron á la República. En el discurso que pronunció, en 685-69, en defensa de M. Fonteyo, que fué propretor de la Galia Narbonense de 680-74 á 682-72, el orador exclama: «¡No habréis olvidado, jueces, que cuando Fonteyo gobernaba la Galia, los mayores ejércitos del pueblo romano, sus jefes más ilustres combatían en España!»

Supo Sertorio, por su habilidad y su justicia, conciliarse á los españoles, de los que hacía ciudadanos iguales en derechos á los ciudadanos de Roma. Los hijos de las principales familias se educaban en Osca, en la Tarraconense, con arreglo á las disciplinas de las escuelas latinas; á los padres de esos jóvenes se les admitía al lado de los proscritos romanos, en un Senado compuesto de trescientos miembros.

La guerra de Sertorio privaba á Italia del *vectigal* de España, como la guerra de Mitrídates la privara del *vectigal* de Asia. España no enviaba ya á Roma su tributo de trigo, y el propretor Fonteyo tenía que procurarse en la Galia Narbonense el grano necesario para el ejército romano, que luchaba contra las *guerrillas* de Sertorio y era derrotado á orillas del Júcar y del Guadalaviar (*acerrimis illis proeliis et maximis, Sucronensi et Turiensi*). Mitrídates formó el grandioso proyecto de unir el Océano con el Puente Euxino, las tropas de Sertorio con las suyas. Enviaba á España embajadores con mensajes para los jefes insurrectos, contra los que Roma tenía que sostener una lucha difícil; y Cicerón declara que Sertorio era más peligroso para la república romana que el mismo Mitrídates: había que temer más aún de España que de Oriente.

El Senado declaraba enemigos públicos á dos antiguos soldados de Mario, L. Magio y L. Fanio, quienes al través de los mares servían de mensajeros entre Dianio, ciudad de la Tarraconense, y Sínope, ciudad del Ponto. Habíase establecido la alianza entre el Oriente y España, puesto que á bordo de las naves de la flota de Mitrídates, que Lúculo destruía en un combate naval á la vista de Tenedos, se encontraba con muchos proscritos romanos el senador Marco Mario, enviado por Sertorio al rey del Ponto para ocupar un mando en los ejércitos del último.

El terror que inspiró Sertorio fué tan grande, que después de muerto y de terminada la guerra contra él emprendida, se veía en todas partes á antiguos *Sertoriani milites*, á los que parecía legítimo condenar á muerte sin ninguna formación de causa. Muerto Perpenna, Pompeyo, vencedor de la insurrección de España, acogió favorablemente á todos los soldados del ejército de Sertorio que se sometieron. Pero fueron muchos los *Sertoriani milites* no sometidos; muchos de ellos consiguieron escapar de España y abordar á Sicilia. Verres se aprovechaba de los recelos y temores que excitaban aquellos fugitivos, declarados enemigos de la República, para pretender que todos los comerciantes romanos que abordaban á Sicilia con algún rico cargamento del que el propretor quería apoderarse, eran soldados de Sertorio, que venían del puerto de Dianio, convertido en guarida de piratas por el jefe de la insurrección española. Verres justificaba la pena de muerte impuesta á ciudadanos romanos, afirmando que había reconocido en aquellos ciudadanos á fugitivos de España, cómplices de la insurrección. Y se admitía semejante justificación: romanos partidarios de Sertorio, españoles comprometidos en la insurrección contra Roma, todos eran igualmente odiados y temidos; todos eran enemigos de la República, á los que era legítimo poner fuera de la ley.

Los temores, las angustias y las humillaciones que se experimentaron durante aquella larga guerra de Sertorio, en la

que los insurrectos españoles combatieron al lado de los proscritos y de los desertores traidores á la patria, despertaron en el alma romana todos los antiguos odios de que España era objeto desde los lejanos tiempos de las guerras Púnicas.

En los discursos que pronuncia en el Senado ó en el Foro, en los tratados de retórica y de filosofía que compone para uso de las personas distinguidas y de los sabios, Cicerón hace frecuentes alusiones, toma numerosos ejemplos y numerosos argumentos de la historia de las relaciones hostiles de Roma y España, seguro de estar siempre en comunidad de ideas con sus oyentes y sus lectores, tanto con los hombres del pueblo como con los senadores y los letrados.

II

Roma hubo de empezar á intervenir en España en tiempos de la segunda guerra contra los cartagineses.

Habitada por un pueblo primitivo conocido con el nombre de *Iberi*, la Península hispánica fué visitada, en época muy remota, por comerciantes fenicios, á quienes atraían las minas de oro y de plata del país. Dichos comerciantes establecieron factorías, en donde traficaban con lana, aceite y vino. Además, en el litoral edificaron ciudades, cuyos habitantes inmigrados vivían en buena inteligencia con los iberos. *Gadir* (Cádiz; *Gades*, en latín) era la más importante de aquellas repúblicas fenicias. Más adelante los griegos de Asia ó de las islas fundaron establecimientos comerciales en España. Roda (Rosas) y Sagunto eran colonias de Rodas y de Jacinto. Fócea era la metrópoli de Emporium (Ampurias) y de Dianium (Denia), en donde se alzaba un templo consagrado á la Diana de Efeso.

Después de la ruina de Tiro, Cartago heredó la protección de las colonias fenicias en España. Vencida por Roma en la primera guerra Púnica, la gran ciudad africana buscó una

compensación de la pérdida de Sicilia en la conquista de España, cuyas tribus, con las que mantenía desde hacía tres siglos relaciones pacíficas, le proporcionaron mercenarios para todas sus expediciones contra los tirrences, contra los griegos y contra los romanos.

En 228, Amílcar Barca sometió la mitad de España; á su muerte dejó una ciudad que fundó y que llevaba su nombre, *Barcino* (Barcelona), la ciudad de Barca. Eligió el sitio de otra ciudad en una costa rocosa, en la que se encontraba un puerto natural. Esta ciudad fué edificada por su yerno Asdrúbal, que le sucedió en el mando y en la obra de conquista: fué la Nueva Cartago, *Carthago Nova* (Cartagena). Todo el litoral del Mediterráneo pertenecía á los cartagineses hasta las orillas del Ebro, límite septentrional de su imperio, que con gran trabajo les impusieron los romanos. El tratado reconocía la independencia de Sagunto, ciudad griega aliada de Roma, que hacía concurrencia al comercio de Cartagena. Aníbal, hijo de Amílcar y cuñado de Asdrúbal, puso sitio á Sagunto. Roma le envió embajadores para recordarle el respeto á los tratados; despedidos por el joven general, fueron á llevar sus quejas á Cartago, y mientras tanto, caía Sagunto tras ocho meses de una resistencia desesperada, cuyo heroísmo celebró Tito Livio.

Mucho tiempo antes de Tito Livio, evoca Cicerón el legendario sitio. Cuando el orador de la *Quinta Filípica* expuso al Senado todos los peligros que habría en enviar diputados á Antonio, compara la situación del ciudadano rebelde que obra como enemigo público con la de Aníbal ante Sagunto: «No es á Aníbal á quien enviamos diputados para que se aleje de Sagunto; Aníbal, á quien el Senado envió en su tiempo á P. Valerio Flaco y G. Rebio Tampilo, con orden de ir á Cartago, si Aníbal no obedecía... La causa de la segunda guerra Púnica que Aníbal hizo contra nuestros antepasados fué el sitio de Sagunto. Era natural que se le enviasen diputados; enviábanse estos diputados á un cartaginés; intervenían en favor de los enemigos de Aníbal, en favor de nuestros aliados». A

requerimientos del tribuno P. Apulago, Cicerón tiene que hacer ante la asamblea del pueblo el relato de las proposiciones que sometió con favorable resultado al voto del Senado. Muestra que Antonio se ha puesto en el caso de que los Padres Conscritos le hagan una amonestación semejante á la que se dirigió en un tiempo á Aníbal, cuando el cartaginés sitiaba á Sagunto.

Tan bien como el Senado, se hicieron cargo los Quiritas congregados en el Foro de todas las alusiones al memorable hecho de Sagunto. Los rasgos heroicos de la conducta de los saguntinos durante el sitio se han convertido en un argumento casuístico. Demuéstrase en las *Paradojas* que á veces puede uno, sin que constituya un crimen, arrebatar la vida á su padre; Cicerón presenta como prueba el ejemplo de los saguntinos. No se acusará de parricidas á aquellos hombres que prefieren para sus padres la muerte en la libertad que la vida en la servidumbre.

A todo lo que se refería al sitio de Sagunto iba unida una leyenda: en el *De Divinatione* se habla de un sueño que tuvo Aníbal después de la toma de aquella ciudad. El historiador griego Sisenos, cuya obra es la fuente de la historia de Celio Antipáter, refería que Aníbal, *cum cepissen Saguntum,* vió en sueños á Júpiter, que le ordenaba que llevase la guerra á Italia.

Si los romanos conservaban el conmovedor recuerdo de la abnegación heroica de sus aliados de Sagunto, tampoco habían olvidado que fueron muchos los mercenarios españoles que combatieron en el ejército con que franqueó los Alpes Aníbal. La ayuda prestada á los cartagineses por los españoles, así como por los galos, se había convertido en materia de un lugar común. Léese en un tratado escolar, *La Retórica á Herenio*, redactada en tiempos de la juventud de Cicerón: «La *sinécdoque* emplea el singular por el plural. Cuando se dice: *El cartaginés recibió ayuda del español*, se quiere decir: *Los españoles prestaron ayuda á los cartagineses*».

No solamente había que vencer á los españoles del ejército llevado á Italia por Aníbal. Roma tenía que imponer su dominación en la misma España. Esta fué la obra que los Escipiones trataron de llevar á cabo. Cornelio Escipión Calvo, cónsul en 532-222, y su hermano P. Cornelio Escipión, cónsul en 536-218, fueron derrotados y muertos por los españoles y los cartagineses en 212. Cicerón recuerda los triunfos que precedieron á este desastre: habla de los campos circundantes de la Nueva Cartago en España, maravillosa conquista de los dos Escipiones. Manifiesta una admiración agradecida por aquellos dos rayos de la guerra (*duo fulmina nostri imperii*), Cneo y Publio Escipión, que sucumbieron en la época más penosa de la República, cuando por tierra y por mar se veía Roma amenazada por Cartago todopoderosa, fuerte con el apoyo de las dos Españas (*nixa duabus Hispaniis*). Se pregunta por qué la divinidad hace que mueran antes de tiempo los mejores de los hombres, entre otros los dos Escipiones (*fortissimi et optimi viri*), maltratados por los cartagineses y los celtíberos en España. Proclama que jamás olvidará la Fama á aquellos dos hombres, con los que ningún héroe se atrevería á compararse.

La mención de las dos Españas es inexacta en 212, fecha de la muerte de Cneo y de Publio Escipión; estará conforme con la verdad histórica quince años después. En efecto: á pesar del apoyo que le dan los españoles, á pesar de la derrota de los Escipiones en España, Cartago sucumbe. Por el tratado de Zama (201) tiene que renunciar á toda pretensión sobre España, que poco después pasa á ser romana y forma dos provincias pretorianas, la *Hispania Citerior* y la *Hispania Ulterior*, con *Carthago Nova* y *Corduba* por capitales. España estaba vencida, no estaba sometida, y durante un siglo de *guerrillas* estallan continuas é inútiles insurrecciones de la independencia hispánica. Los insurrectos no saben unirse, y sus esfuerzos particulares se ven sucesivamente desbaratados por la superioridad de los ejércitos romanos, severamente disciplinados.

Cicerón alude á varias de estas insurrecciones que ocuparon é inquietaron á la República.

Catón el Antiguo—aquel personaje austero y desagradable que es para el autor del *De Senectute* el verdadero Tiro del romano de otros tiempos,—M. Porcio Catón combatió en España, en tiempos de su consulado, *consul in Hispania*, cuando la sublevación de la *Hispania Citerior* espantaba al Senado (559-195). El cónsul Catón dió pruebas de un notable genio militar y de cualidades administrativas excepcionales en la dirección de aquella guerra narrada por Tito Livio. Los felices éxitos del cónsul le valieron el triunfo; por su moderación con los españoles vencidos mereció convertirse en su *patronus*. Cicerón recuerda las enemistades injustificadas que Catón se atrajo por haberse convertido en protector de los españoles. «Sabemos que M. Cato, aquel hombre justo, aquel ciudadano tan ilustre y prudente, se atrajo numerosas y poderosas enemistades por haber emprendido la tarea de vengar las injusticias cometidas en detrimento de los españoles, en cuyo país fué cónsul.» Parece que el autor de las *Verrinas* guarda rencor á los españoles por haber sido causa de enemistad entre Catón y Servio Sulpicio Galba.

En el año de su muerte, Catón, que era ya un anciano de ochenta y cinco años, intentó, en su calidad de *patrono* de los españoles, una acusación contra Servio Sulpicio Galba, propretor de la *Hispania Ulterior* en 604-150. Galba, que tenía que someter al pueblo de los lusitanos, cuyo territorio corresponde poco más ó menos al Portugal moderno, atrajo á una emboscada á los delegados de aquel pueblo, que acudían desarmados á hacer voluntariamente acto de sumisión. En medio de la conferencia dió orden á sus soldados para que los atacaran. Los lusitanos, unos fueron muertos, otros hechos prisioneros y vendidos como esclavos. «En el último año de su vida—dice Cicerón—pronunció Catón ante la asamblea del pueblo, contra Servio Galba, un discurso lleno de fuerza acometiva que escribió y se ha conservado... Afirmábase que Galba, du-

rante el ejercicio de su pretura, dió muerte á unos lusitanos con desprecio de la fe jurada. El tribuno de la plebe, L. Libo, excitaba al pueblo y proponía una ley que afectaba indirectamente á Galba. Catón, cuya ancianidad era ya extrema, apoyó la ley. Pocos meses ó pocos días antes de su muerte, Catón pronunció contra Galba un discurso que insertó en su libro de los *Orígenes*.

III

A principios de la gran sublevación de los celtíberos, lusitanos y numantinos—que se prolongó durante muchos años, que fracasó por la desunión de los sublevados y que terminó definitivamente en 134 con la ruina de Numancia—fué cuando Galba, por su falta de fe con unos enviados lusitanos, se atrajo las acusaciones de Catón, el austero *patrono* de los españoles, á los que combatió y á quienes protegía después de haberlos vencido.

El jefe más célebre de aquella larga insurrección es el pastor lusitano Viriato, que luchó más de ocho años (149-140) con buen éxito, y al que los romanos, impotentes para vencerle y obligados á concederle una paz honrosa, hicieron traidoramente asesinar. Cicerón, sin embargo, celebra los triunfos de Laelio y pretende que el prudente amigo de Escipión consiguió someter al temible Viriato. «Nadie puede aspirar á la gloria militar al lado de Escipión el Africano; reconocemos, sin embargo, el mérito eminente de que dió pruebas en la guerra contra Viriato, aquel Laelio tan notable por su ingenio, su talento militar, su elocuencia, su discreción... Nuestros ejércitos y nuestros generales tuvieron que ceder ante aquel Viriato de Lusitania que Laelio, el que se llamó *el Prudente*, quebrantó cuando era pretor. Laelio aminoró y reprimió de tal manera la arrogante audacia de Viriato, que dejó á los que le sucedieron una guerra fácil de terminar.»

Muerto Viriato, Roma tenía que someter aún á Numancia,

la capital fortificada de los arévacos, quienes, á pesar de la sumisión de los celtíberos, vencidos por Metelo (142), continuaban contra los ejércitos romanos su resistencia desesperada y victoriosa. Sucedíanse las derrotas de los generales de la República. Al cónsul del año 613-141, Q. Pompeyo Rufo, le derrotaron y obligaron á firmar un tratado que el Senado romano se negaba á sancionar. Igualmente fué derrotado el cónsul del año 615-139, M. Pompilio Lasnas; y el cónsul del año 617-137, C. Hostilio Máximo, tuvo que capitular.

Cicerón, que no habla de estas diversas derrotas, celebra las victorias del cónsul del año 616-138, D. Junio Bruto, que combatía en España con buen éxito, lejos de Numancia, en el país de los *callaeci* (Galicia), á orillas del Atlántico. Las victorias de este *summus imperator* le valían el *cognomen* de *Callaecus*, y el producto del botín recogido en Galicia le permitía elevar en Roma templos y monumentos, de los que se habla en el *Pro Archia*.

Pero los triunfos de Brutus Callaecus no podían hacer olvidar á los romanos que Numancia les seguía resistiendo; y, por fin, se había de enviar contra la ciudad inexpugnable al cónsul del año 620-134, P. Cornelio Escipión Africano Emiliano, el afortunado vencedor de Cartago. Bloqueada y hambrienta Numancia, cayó en 133; para escapar á los vencedores, muchos de los numantinos se mataron entre sí. Los habitantes que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos, y al mismo tiempo que el triunfo, Escipión obtenía el *cognomen* de *Numantinus*.

El sitio de Numancia, la enemiga temible de la República, quedó tan popular en el recuerdo de los romanos, como el sitio de Sagunto, la fiel y desdichada aliada de la República en tiempos de las guerras contra Cartago.

La *Retórica á Herenix* toma de dicho suceso numerosos ejemplos escolares. Un ejemplo de *repetitio*: «Escipión ha suprimido á Numancia; Escipión ha destruído á Cartago; Escipión ha hecho que nazca la paz; Escipión ha salvado á Roma».

Un ejemplo de *disjunctio:* «El pueblo romano destruyó á Numancia, suprimió á Cartago, aniquiló á Corinto, hizo desaparecer á Fregeles. Los numantinos no encontraron ayuda alguna en el vigor de sus cuerpos; á los cartagineses no les sirvió de nada su ciencia militar; su perfidia erudita no fué un medio de salvación para los corintios, y á los habitantes de Fregeles no les protegió su comunidad de costumbres y de lenguaje con los romanos». Un ejemplo de *conformatio* (prosopopeya), en el que Roma, tomando la palabra, se queja de las pérfidas astucias de Cartago, de las fuerzas probadas de Numancia, de la ciencia disciplinada de Corinto.

Cicerón pone en la categoría de las guerras más difíciles que la República hubo de sostener, por ejemplo, contra Cartago y contra Corinto, la guerra de Numancia, cuya importancia mereció que el historiador Polibio la consagrara una obra particular. Recuerda los principales episodios de aquella lucha que un pueblo pequeño sostuvo contra Roma; habla á menudo de las vergüenzas del *foedus Numantinum;* censura á Pompeyo, que no se atrevió á confesar al Senado el tratado hecho con los numantinos; excusa y compadece á Mancino, que, por haber confesado el tratado que hubo de estipular con los españoles vencedores, se ve desaprobado por el Senado y entregado al enemigo. «C. Mancino trató con los numantinos sin contar con la autoridad del Senado. En virtud de un *senatus consultus,* Furio y Atilio promulgaron una ley, en virtud de la cual el autor del tratado debía ser entregado á los enemigos. Mancino aprobó la proposición de ley, y fué entregado á los numantinos. Su conducta fué más honrosa que la de Q. Pompeyo, quien, encontrándose en la misma situación, logró que se rechazara una ley semejante que le concernía... Al desaprobar el tratado que estipuló con los numantinos, Q. Pompeyo no se mostró solamente como un hombre sin probidad: dió pruebas de astucia pérfida al mismo tiempo que de improbidad.»

En el *De Re Publica*, L. Furio Filo, que fué cónsul en el

año de Roma 618-136, emite sobre la conducta de Pompeyo y de Mancino su opinión propia, que es la de Cicerón. «Durante mi consulado vosotros erais entonces mis consejeros; tuve que abrir una información respecto al tratado de Numancia. Nadie ignoraba que Q. Pompeyo había firmado un tratado, que Mancino se encontraba en la misma situación. Mancino, el más leal de los hombres, apoyó la proposición de ley que yo presentaba en virtud de un senadoconsulto. Pompeyo se defendió con la mayor viveza. Si se busca en dónde estaba el sentimiento más delicado del honor, la probidad, la buena fe, seguramente que del lado de Mancino; en dónde estaba el ingenio interesado, la habilidad, la prudencia, ciertamente que del lado de Pompeyo.

Al aceptar que se les entregase á Mancino, los numantinos hubieran reconocido la nulidad del tratado. Se negaron á recibir al general romano, que era conducido por el jefe de los feciales á las puertas de aquéllos, desnudo, con las manos atadas á la espalda, y el cual, merced á dicha negativa, pudo quedar en posesión de sus derechos de ciudadano. De regreso á Roma, Mancino quiso recobrar su puesto entre los senadores; el tribuno P. Rutilio se opuso á ello sosteniendo que el romano entregado al enemigo por el *pater patratus* había perdido todos sus derechos civiles. Cicerón discute en varios pasajes del *Dedratore* y de los *Tópicos* á propósito del caso de Mancino, *vir nobilissimus atque optimus*, la cuestión de saber si un ciudadano que ha sido entregado al enemigo y que el enemigo no ha querido recibir pierde sus derechos.

El cónsul L. Hostilio Mancino no fué el único comprendido en el asunto de *foedus Numantinum*, que por lo demás no negoció él mismo. Tenía por cuestor á Tiberio Graco; gracias á la reputación de lealtad dejada entre los españoles por el padre de aquel Tiberio Sempronio Graco, que en el año 180 concedió á los numantinos una paz honrosa, religiosamente ratificada y respetada por Roma, pudo él, cuestor, salvar al ejército de una situación desesperada entablando, á título personal con

los numantinos, las gestiones que debían conducir al *foedus*. Sin la oposición del pueblo, también á Tiberio le hubieran entregado, como á Mancino, á los enemigos. Cicerón afirma en el *Discurso sobre la respuesta de los Arúspices*, y repite en el *Brutus*, que el animoso despecho provocado en el alma de Tiberio Graco por el asunto del tratado de Numancia, *invidice foederis Numantini*, le alejó del Senado, que censuró su conducta, le acercó al pueblo, que salvó su honor de ciudadano, y le llevó á apartarse de los principios políticos de sus padres. Cicerón parece hacer á los numantinos responsables de las sediciones de los Gracos, de que fueron la causa remota é indirecta, y guardarles por ello un justo rencor.

Estaba reservado á Escipión el poner fin á aquella guerra humillante y peligrosa para Roma. Cicerón insiste sobre la campaña de Escipión ante Numancia; se complace en citar los acontecimientos notables del tiempo que pasó el vencedor de Cartago bajo los muros de la ciudad que debía tomar.

Escipión tenía con Q. Metelo el macedónico disentimientos que no llegaron nunca á la acritud y á la animosidad. Q. Metelo tuvo cuatro hijos, que todos fueron cónsules. Q. Cecilio Metelo Balcárico (631-123), Q. Cecilio Metelo Diametato (637-117), M. Cecilio Metelo (639-115) y C. Cecilio Metelo Caprario (641-113). Durante el sitio de Numancia, el último de los hijos del macedónico fué objeto, por parte de Escipión, de una broma grosera: «Si tu madre pare por quinta vez, seguramente será un asno lo que dé á luz». Cicerón reconoce que esta hipérbole se encuentra llevada á un grado de exageración que asombra *(ad incredibilem admirationem)*. Las conversaciones á las que Escipión se entregaba durante los ocios que le dejaba el sitio de Numancia no todas tenían aquel carácter de grosería. Por lo menos, él mismo afirma en el *De Re Publica* que, bajo las murallas de la ciudad sitiada, trataba de cuestiones de astronomía con P. Rutilio Rufo, discípulo del estoico Panaecio.

Las injurias que dirigía á Metelo y las sabias discusiones

á que se entregaba con Rutilio no impedían á Escipión llevar vigorosamente las operaciones del sitio. La conquista de Numancia por el general romano es para Cicerón materia fecunda de elogios entusiastas.

Diez y seis años antes de destruir á Numancia (133), Escipión había destruído á Cartago (149). Cicerón concede la misma importancia á la ruina de aquellas dos enemigas de la República, y no se cansa de colmar de elogios al segundo Africano, que, haciendo desaparecer los dos terrores del poder romano (*duos terrores hujus imperii*), garantizó el porvenir de la República. El *Pro Lege Manilia* recuerda que el mismo *imperator* terminó las dos guerras más importantes, la guerra Púnica y la guerra de España; que el mismo Escipión destruyó las dos ciudades más poderosas que amenazaban á la República: Cartago y Numancia. Las *Catilinarias* piden que se celebre la gloria eminente del segundo Africano, que ha destruído las dos ciudades más amenazadoras para el poder romano: Cartago y Numancia. El *De Officiis* ensalza los servicios que Escipión, ese *imperator* de relevante mérito, prestó á la República con la destrucción de Numancia. Uno de los interlocutores de *De Amicitia*, Laelio, en el panegírico que hace de su amigo, proclama que Escipión, con la ruina de las dos ciudades más hostiles á Roma, ahogó no solamente las guerras presentes, sino hasta las guerras futuras.

En sus tratados filosóficos lo mismo que en sus discursos políticos, Cicerón considera la guerra de Numancia como una de las más terribles que hubo de sostener Roma, y la toma de la ciudad enemiga como uno de los mayores triunfos alcanzados por la República: «Quirites, gracias á esa virtud militar, vuestros antepasados vencieron en primer término á toda Italia, destruyeron en seguida á Cartago, concluyeron con Numancia y sometieron á su imperio á los reyes más poderosos y á las más belicosas naciones... Si nuestros antepasados pudieron conceder el derecho de ciudadanía á los habitantes de Túsculo, á los equos, á los valscos, á los sabinos, á los hérni-

cos, tuvieron que arrasar hasta en los cimientos á Cartago y Numancia.»

La toma de Numancia por Escipión es un hecho importante, especialmente previsto por el destino; es un ejemplo de las *enuntiationes* del *fatum*. «Todo acontecimiento», dice Crisipo, «está necesariamente ligado á sus causas, y todo lo que es cierto de antemano se produce fatalmente... Esta *enuntiatio* «Escipión tomará á Numancia» no puede ser verdadera sino á condición de que una serie de causas hayan, desde la eternidad, aportado este acontecimiento». Intérprete del *fatum*, el primer Africano, en el famoso *Sueño de Escipión*, revela á su nieto que destruirá á Numancia como á Cartago: «Esta ciudad de Cartago que vienes á sitiar, casi de simple soldado, cónsul de aquí á dos años, la destruirás por completo... Nombrado cónsul por segunda vez, sin haber solicitado los votos, terminarás con la ruina de Numancia una guerra muy importante».

Desde la toma de Numancia hasta la guerra de Sertorio, Roma tuvo aún numerosas ocasiones de intervenir en España.

En 631-123, la sumisión de las islas Baleares valía al cónsul Q. Cecilio Metelo el *cognomen* de *Baleárico*. En 661-93, P. Sicinio Craso Dives, cónsul del año 657-97, padre del Craso, que debía morir entre los partos, obtuvo el triunfo por haber terminado la guerra contra los lusitanos. Fué una gloria para Pompeyo acabar el *Bellum Hispaniense*, en donde los soldados romanos combatían en las mismas filas que los habitantes de las más belicosas naciones de España, y haber dado pruebas, á la muerte de Perpenna, de la clemencia más magnánima para con los soldados vencidos de Sertorio. «Con una suerte y un mérito notable llevó Pompeyo la guerra de España.»

Cicerón se complace en enumerar los nombres de todos los generales romanos que hicieron sus pruebas en España. En la lista que comienza en Escipión, el héroe de la segunda guerra Púnica, para terminar en Pompeyo, el vencedor de Sertorio, entre los Escipiones, los Brutus, los Horacios, los Casios, los Metelos, que ya no existen, pero cuya gloria vivirá eterna-

mente, hay algunos de esos *imperatores* que la historia ignora. El nombre de la *gens Horatia*, célebre en la época legendaria de Roma por el combate de los Horacios y los Curiaces y por la bravura de Horacio Codes, no vuelve á reaparecer en los *Fastos* después del año 376-378. No conocemos ningún Horacio, ningún Casio, que haya sido *imperator* en España. Garatoni propone que se lea *Flaccos* en vez de *Horacios*; Manucio conjetura *Crasos* en vez de *Casios*. Podría leerse *Calpurnios*: porque si L. Calpurnios Pison Frugi fué muerto en 113 en la *Hispania Ulterior*, en la que era propretor, M. Pupio Pison Frugi Calpurniano, propretor en España, obtuvo el triunfo, en 69, por victorias que alcanzó en su provincia. Estas correcciones no parecen útiles: en su celo para buscar los nombres de cuantos pudieron combatir con buen éxito en España, Cicerón menciona hasta los más desconocidos de los *imperatores* que hicieron alguna campaña en la Península Ibérica. *Tu quidem de faece hauris*, le dirá Atilo, al oir al historiador de la elocuencia romana mencionar á los más desconocidos de los oradores de Roma. Cicerón llega también hasta las heces, cuando se trata de hacer el catálogo de cuantos llevaron ejércitos contra España, la enemiga hereditaria de Roma en el mismo grado que Cartago y la Galia.

Sin embargo, entre los españoles, á quienes maltrata en toda ocasión, en sus discursos y en sus cartas, en sus libros de retórica y en sus obras de filosofía, debía encontrar Cicerón uno de los mejores amigos y de los más seguros confidentes de su vejez; un hombre que le ayudó con su influencia en el momento del destierro, y con sus consejos en la época de la guerra civil; un hombre á quien defendió á su vejez ante los tribunales y con él permaneció hasta el fin de su vida en comercio de intimidad y de cartas familiares.

H. DE LA VILLE DE MIRMONT

(*Continuará.*)

ALMA DE NIÑA

I

Me desperté en una cama muy blanca y muy blanda, y vi á mi alrededor en aquella habitación mullidas alfombras, magníficos muebles. La media luz que se filtraba por entre las cortinas medio corridas del ventanal daba á todos los objetos un aspecto fantástico y misterioso.

¿Soñaba acaso?

No; era la realidad, tal como la muerte me la había deparado; y aquella mansión principesca aumentaba mi desesperación.

Yo era una huérfana, y en adelante había de vivir sola, entre extraños.

Por la primera vez eché de menos, entre lágrimas, nuestra triste guardilla; el mobiliario, con incrustaciones de carey, de la casa del príncipe no podía hacerme olvidar el raído sofá y la cómoda coja, familiares á mi primera infancia.

Me restablecí pronto y pude trabar conocimiento con la casa y con sus moradores, porque mis primeros recuerdos de cuando me recogieron en la calle se habían disipado como espantosa pesadilla, y no evocaban con claridad sino la fisonomía dulce y grave del príncipe.

Observé desde los primeros días las nuevas caras y traté de familiarizarme con ellas.

Todo en la casa me parecía extraordinario; todavía veo

aquellas habitaciones inmensas y suntuosas, aquellas salas que tenía miedo de cruzar y de perderme en ellas.

No estaba aún completamente buena, y mi espíritu se encontraba como la morada aquella, solemnemente triste. Desconocida angustia llenaba mi corazón de niña. Deteníame á veces asombrada ante un cuadro, un espejo, una chimenea de labor curiosa, ó bien una estatua, que parecía acecharme desde su profundo nicho, me seguía con la mirada y me daba miedo.

Durante mi enfermedad vi á muy pocas personas. Solamente un señor de edad, con ojos azules y muy amable, me acompañó algunas veces.

Me traía bombones, algunas golosinas, libros de estampas, y se esforzaba en ponerme alegre.

Me anunció un día que pronto iba á presentarme á una amiguita de mi edad, á su hija Katia, que estaba entonces en Moscou.

Me alegré mucho, porque fuera del príncipe no me parecía que nadie hasta entonces se interesase por mí en la casa. El príncipe, por lo demás, vivía muy retirado, y la princesa pasaba á veces semanas enteras sin verle.

Hubiérase dicho que aquél no vivía en su casa.

Una mañana me vistieron y me peinaron con mayor esmero que de costumbre; me pusieron un vestido nuevo con cintas blancas, lo que me chocó mucho; una vez terminados estos preparativos, me llevaron á las habitaciones de la princesa. En cuanto la vi quedé desconcertada: deslumbráronme á la vez el lujo del decorado y las maneras de la gran dama.

Mientras que me vestían me preparé á una escena penosa; pero no creí que me impresionaría tanto.

La desgracia me había hecho desconfiada y temerosa hasta el exceso. Temblaba al besar la mano de mi bienhechora, y me sentía incapaz de contestar una palabra á sus preguntas.

Era una señora muy hermosa; pero se me antojaba tan superior á mí, que ni siquiera me atrevía á mirarla.

Hízome sentar á su lado en un taburete, y quiso entablar relaciones con aquella pequeñuela salvaje cuya madre quería ser. Yo no acerté sino á mostrarme torpe y huraña, cosa que la sorprendió y la desalentó tal vez, porque me dió un libro de estampas y se puso á escribir unas cartas.

Comencé á hojear el libro, pero me encontraba molesta. Me sentía examinada por una extraña, y hubiera querido estar muy lejos.

Cuando me hablaba yo no podía responder sino por monosílabos, y mi timidez se parecía mucho á la estulticia.

Sin duda esperaban descubrir en mí á una criatura extraordinaria y no encontraban más que una niña tonta.

Comprendía que había desagradado desde luego, y mi torpeza aumentaba.

Hubiera dado muchas cosas en aquel momento por poder ser simpática; pero la pena se me subía á la garganta, y, después de todo, no era más que una niña de diez años.

A las tres empezaron las visitas. Creí que mi suplicio iba á terminar y que podría dejar mi desdichado libro de estampas para refugiarme en un rincón: me engañaba.

Llegaron una tras otra varias personas á las que la princesa me presentó como un pequeño fenómeno. Prodigábame entonces toda suerte de atenciones, que me turbaban cada vez más. Recuerdo que un señor bajito, viejo, flacucho y muy perfumado, me contempló con un monóculo; otro quiso besarme.

Cuando hubo mucha gente reunida en el salón, la princesa creyó llegado el momento oportuno de relatar mi historia.

Quedé verdaderamente confusa; no sé si me ponía encarnada ó pálida, pero mi corazón estaba trastornado.

Era muy triste para mí oir contar á gentes indiferentes que aquel padre á quien tanto quise era una especie de músico medio loco, un hombre extraordinario no comprendido hasta su muerte; que la llegada del músico Schurmann á Petersburgo había concluído por perturbarle el cerebro y por ser la causa de su trágica muerte. Que mi madre, en fin, era

una pobre mujer que sucumbió de miseria y la cual creyó hasta el último día en el genio de su marido.

Todo aquello me lo repetía yo con callada desesperación y ocultaba mis lágrimas, mientras que los bien enguantados señores formaban círculo en torno de mi bienhechora, dejando oir ligeros murmullos y dirigiéndome de cuando en cuando miradas llenas de despreciativa compasión.

¡Qué crueldad la de aquella presentación! Creían, sin duda, que yo no sabía nada, que no sentía nada, que á los diez años no se puede sufrir en el amor propio y en el corazón.

Yo era orgullosa sin saber por qué. Me enorgullecía ser hija de mi padre, de aquel pobre loco que me dejó un día en la nieve para ir á la muerte.

Evocaba mi pasado, nuestra vida en una guardilla, las veladas largas y silenciosas, y los sollozos se agolpaban en mi garganta... Hubiera querido huir á cualquiera parte, bajo tierra. No conocía la vida, y hubiese querido ya estar muerta...

Por fin terminaron las visitas.

La princesa no estaba satisfecha de su protegida: así fué que me despidió de mal talante, poco contenta de mi entrada en sociedad.

II

Respiré á mis anchas cuando me volvieron á llevar á las habitaciones de arriba, en donde estaba mi cuarto.

Tenía fiebre al dormirme, me atormentaba cuanto viera durante aquel día, tuve pesadillas.

No se me ocultaba que había desagradado á la princesa; el caso fué que no me volvió á llamar.

En el fondo estaba muy contenta con mi soledad. Me gustaba correr por las habitaciones, esconderme en los rincones y detrás de los muebles para observar á las gentes de la casa sin temor á enojarlas.

Aquella nueva existencia tenía para mí muchos atractivos, hasta el punto de que olvidaba la terrible catástrofe que la precediera.

Solamente volvían á mi memoria los acontecimientos antiguos, y sobre todo el violín de mi padre y la idea de que era un gran genio.

Era libre, y sin embargo, me sentía muy vigilada por los criados y estaba molesta. No comprendía por qué obraban así conmigo. Me parecía que formaban proyectos acerca de mí, que querían emplearme en algo.

Trataba de penetrar en los lugares más apartados de la casa, á fin de esconderme en caso de necesidad.

Un día llegué á un gran escalera de mármol, ancha, alfombrada, adornada con flores y magníficos jarrones. En cada tramo había dos criados muy tiesos, silenciosos, con frac encarnado y corbata y guantes blancos. Les miré, asombrada, sin comprender por qué estaban así mudos é inmóviles.

Esos paseos solitarios me agradaban sobremanera. En el piso superior vivía una anciana, tía del príncipe, que casi nunca salía de su cuarto. Era, con el príncipe, el personaje más importante de la casa. En sus relaciones con ella, todo el mundo observaba una severa etiqueta.

La princesa, tan orgullosa y tan altiva, iba á verla dos veces por semana.

Tales visitas eran cortas y solemnes.

Para la alta sociedad era un deber ofrecer sus respetos á la anciana dama, considerada como una de las guardianas de las últimas tradiciones aristocráticas, como una reliquia viviente de los boyardos de pura raza.

Invariablemente vestida con un traje de lana negra, la tía del príncipe usaba unos cuellos muy almidonados, que le daban el aspecto de una religiosa. Iba con regularidad á misa en carruaje, no abandonaba su rosario, recibía á eclesiásticos, leía libros piadosos, ayunaba todos los días del año y llevaba, en suma, una vida muy austera.

No se oía ruido alguno en el piso que habitaba, y el menor rumor le era insoportable.

A los quince días de mi llegada á la casa, se enteró la tía de mi presencia, y se informó.

Le contaron mi historia, y se quejó de que no me hubiesen presentado todavía.

Al día siguiente, las doncellas que se ocupaban de mí me peinaron, me lavaron, me emperifollaron con el mayor esmero; después de haberme enseñado á andar, á saludar, se pidió para mí una audiencia.

La respuesta fué que se aplazaba la visita para el otro día después de la misa.

Dormí mal aquella noche, y me contaron por la mañana que había soñado en alta voz con la tía. Me acercaba á ella y la rogaba que me perdonase algo.

Hízose por fin la presentación.

Encontré, sentada en un amplio sillón, á una viejecilla flacucha. Me hizo varios signos con la cabeza y, para verme mejor, se caló las gafas.

Veía yo que no le agradaba nada. Era para ella una completa salvaje, que no sabía ni hacer la reverencia ni besar la mano. La tía me interrogó, pero apenas le respondí. Y cuando me preguntó por mi padre y mi madre, me eché á llorar. Descontenta de mi excesiva sensibilidad, me consoló, sin embargo, diciéndome que tuviese confianza en Dios. Me preguntó cuándo había ido á la iglesia por última vez. Y como yo no comprendía bien aquello, porque mi educación religiosa fué muy descuidada, se quedó estupefacta. Llamaron á la princesa, conferenciaron y se decidió que me llevarían á la iglesia al domingo siguiente. La tía prometió que rezaría por mí hasta entonces; pero, mientras tanto, ordenó que me llevasen, porque, según dijo, dejaba tras de mí una impresión penosa. Nada tenía esto de particular.

El mismo día mandó á decir que hacía yo demasiado ruido y que se me oía desde todas partes; ahora bien, yo no me ha-

bía movido en todo el día. Estaba claro que la anciana no me quería. Al día siguiente me hicieron la misma observación. Después me ocurrió dejar caer una taza y romperla. El aya francesa y las criadas se mostraron consternadas. Me llevaron entonces, para jugar, al cuarto más apartado.

Por esto gustaba de corretear por las espaciosas salas de abajo, sabiendo que allí, por lo menos, no molestaba á nadie.

Un día que estaba sola en uno de los salones, me tapé la cara con las manos y me puse á pensar.

Pensaba y pensaba. Mi inteligencia, poco desarrollada todavía, no se explicaba aquella pena que cada vez se me hacía más insoportable. De repente una voz dulce me preguntó:

—¿Qué tienes, pobrecita?

Levanté la cabeza: el príncipe estaba ante mí. Su rostro expresaba la mayor conmiseración. Le miré dolorosamente conmovida: una lágrima brotó de sus ojos.

—¡Pobre huérfana!—dijo, acariciándome la cabeza.

—¡No, no! ¡Huérfana no!—exclamé sollozando. Me levanté, le cogí la mano, se la besé, mojándosela con mi llanto, y continué diciendo con voz suplicante:

—¡No, no! ¡Huérfana no!

—¿Qué tienes, hija mía? Monina, mi pobre Netotchka, ¿qué tienes?

—¿En dónde está mi mamá? ¿En dónde está mi mamá?—grité entre sollozos, sin poderme contener; y caí de rodillas.—¿En dónde está mi mamá? Dime: ¿en dónde está mi mamá?

—Perdóname, hija. ¡Ah, se la he recordado!... ¿Qué he hecho? Ven conmigo, Netotchka.

Me cogió de la mano y salimos.

El príncipe estaba muy emocionado. Entramos en un salón como no había visto nunca otro alguno. Era una capilla. Estaba obscura. La luz de las lamparillas se reflejaba sobre los ornamentos dorados y las piedras preciosas de las sagradas imágenes. Los santos se destacaban en negro sobre un fondo

de oro deslumbrante. Aquella sala no se parecía en nada á las otras habitaciones de la casa: todo era allí misterioso y solemne.

El príncipe me puso de rodillas ante la imagen de la Virgen y se arrodilló á mi lado.

—Reza, hija mía; rezaremos juntos—me dijo en voz baja.

Pero yo no podía rezar, sobrecogida de temor.

El príncipe acababa de repetirme las mismas palabras que me dijo mi padre ante el cuerpo inanimado de mi madre. Sufrí un ataque de nervios. Tuvieron que acostarme.

III

Estaba de nuevo enferma, cuando una mañana escuché un nombre conocido. Era Schurmann. Alguien de la casa lo pronunció junto á mi cama. Me estremecí al oir aquel nombre, y deliré.

Me desperté muy tarde. La habitación estaba á obscuras y en silencio. Habíase apagado la lamparilla, y la sirviente que me velaba se había ausentado. De repente oí los sones melodiosos de una música lejana. A veces cesaba por completo, después volvía á oirse, pareciendo que se acercaba. Una emoción extraordinaria se apoderó de mí. Me levanté y me vestí apresuradamente (no sé cómo tuve fuerzas); salí á tientas del cuarto.

Atravesé dos habitaciones desiertas. Llegué al corredor. La música se oía ya más cercana. Una escalera muy iluminada me condujo á los salones del piso bajo. Sentí pasos, y me hice un ovillo en un rincón; después se extinguió el ruido y penetré en otro corredor. La música salía de una habitación próxima. Escuchábase allí un rumor de conversación, como si hubiese en aquel lugar miles de personas. Ocultaba una de las puertas de aquella sala un doble portier de terciopelo rojo. Alcé uno de los paños y me escondí detrás. Mi corazón latía con tanta fuerza, que apenas podía tenerme en pie. Transcurrieron algunos

instantes. Dominé mi turbación y levanté un pico del segundo portier. ¡Dios mío! Era aquel salón inmenso y lúgubre en el que tantas veces temiera entrar; entonces estaba iluminado por miles de luces. Me parecía que me bañaba en un mar de luz. Mis ojos, habituados á la obscuridad, no podían soportar tanto resplandor.

Una atmósfera perfumada y un aire tibio me acariciaban el rostro. Infinidad de personas discurrían por todos lados. Todo el mundo me parecía muy alegre; las señoras llevaban espléndidos vestidos; veía que todos los ojos brillaban de satisfacción. Estaba maravillada. Creía haber visto ya aquello en sueños. Recordaba al mismo tiempo nuestra guardilla al anochecer; la ventana alta, desde la que se veía la calle, allá abajo, con los faroles encendidos, con los coches estacionados junto á la acera, los relinchos de los caballos, los gritos, las sombras cruzando tras los cristales, y la música lejana... ¡He aquí, pues, en dónde estaba aquel paraíso! He aquí adonde yo quería ir con mi padre... Aquello no era un sueño... ¡Sí! ¡Así era como lo había visto en mis sueños!... Mi imaginación, sobrexcitada por la enfermedad, ardía, y en un transporte inexplicable me eché á llorar. Busqué con los ojos á mi padre.

—Debe de estar aquí. ¡Está aquí!—pensé.

Esta esperanza hizo latir más apresuradamente mi corazón. Sentí que me faltaba la respiración. Mientras tanto, la música se calla y oigo en el salón inmenso como un murmullo de admiración.

Miro, con los ojos muy abiertos, todas aquellas caras que pasan ante mí, pero sin conocerlas. Entonces se produce un movimiento extraordinario.

Un viejo alto y delgado sube á un estrado magníficamente decorado.

Su rostro pálido está sonriente. Saluda torpemente en todas direcciones. Tiene un violín en la mano. Queda inmediatamente todo en un silencio profundo, religioso: parece que cada cual retiene hasta su respiración.

Todas las miradas están fijas en el viejo.

De repente las cuerdas se estremecen y vibran bajo el arco.

Apodérase de mí una angustia terrible. Escucho con todas las fuerzas de mi alma. Me parece haber oído estas notas. La voz del instrumento se ensancha, se multiplica, sube, se confunde en gemidos desesperados.

Diríase que suplica á la multitud aquella, que me habla á mí... Mis recuerdos se despiertan punzantes y dolorosos. Aprieto los dientes para no gritar, me agarro á las cortinas para no caer, vuelvo á ver esta noche en donde mi padre... Tocó eso mismo, no hay duda. No ha muerto, es él quien está ahí, es su violín, cuya voz viene á desgarrar mi alma.

—¡Padre, padre!...—Cruzó un relámpago mi cerebro...—¡Está aquí! ¡Es él! ¡Me llama! ¡Es su violín!...

Ruidosos aplausos estallaron en la sala; al mismo tiempo se escapó de mi padre un sollozo agudo. No pude más... Alcé el portier y me precipité en la sala.

—¡Papá, papá! ¡Eres tú! ¿En dónde estás?—exclamé.

No sé cómo llegué hasta el viejo. Todo el mundo abrió calle para dejarme pasar. Me arrojé sobre él con un grito frenético. ¡Creía haber encontrado á mi padre!... De repente me sentí levantada por unas manos largas y flacas. Fijábanse en mí unos ojos negros; su llama parecía querer quemarme. Miré al viejo.

¡No! ¡No era mi padre; era su asesino!

IV

¿Qué fatalidad había hecho que encontrara á Schurmann en la misma casa en la que me recogieron después de la muerte de los míos?

¿Me perseguía el destino á mí, pobre criatura, que no pedía más que vivir y á quien la desgracia había ya tan cruelmente probado?

Había ya sufrido tánto y conocido tan pocas alegrías, que bien podía creerlo.

Mi padre, pobre músico sin suerte y sin fortuna, no pudo darme ninguna de las cosas que hacen grata la vida; pero, por lo menos, me había querido.

Por lo demás, toda mi primera infancia fué desdichada. En vano trataría de recordar un solo día de felicidad. De aquella existencia, limitada por las paredes de un cuartucho, me ha quedado en el alma una gran tristeza.

Recuerdo de nuestro cuarto la lamparilla luciendo en un rincón sombrío ante los iconos, la cama en que dormía con mi madre, el frío de la noche y mis pesadillas infantiles. Veo la ventana alta que debía darnos sol, y ante la que el cielo sombrío, cortado por las líneas monótonas de los tejados, se desarrollaba hasta el infinito.

Nuestro mobiliario se componía de un sofá raído y desvencijado, de una mesa de pino, dos sillas de paja, una cómoda coja, la cama de mi madre y un biombo roto.

¡Qué contraste con los esplendores del palacio que habitaba hoy! Me acuerdo del aspecto de nuestro chiribitil al anochecer. Veíanse por el suelo trapos, botellas rotas, platos de madera. Y en medio de todo aquello, mi padre ebrio y mi madre llorosa.

Era una naturaleza rara la de mi padre, por lo menos la del que me sirvió de padre, porque no conocí al mío, y mi padrastro se casó con mi madre cuando tenía yo tres años.

Nació músico, fué violinista de gran talento, pero la miseria y el alcohol le hicieron bajar poco á poco la pendiente fatal que conduce á la locura.

A impulsos de la ambición y la conciencia de su valía artística, fué á Petersburgo. Allí no pudo renunciar á sus hábitos de embriaguez; se sintió decaer, y no pudo sobrevivir á la ruina de su talento.

Se casó con mi madre, pobre mártir, con la esperanza de que los mil rublos que poseía ella, provinientes de su primer

marido, bastarían para darle la independencia necesaria para que pudiese continuar su carrera artística. Y durante ocho años que vivió con ella apenas si puso mano en el violín. Su talento, falto de práctica, no le permitía ya nada más que un puesto de violinista en el teatro. Pero él no podía sufrir nada secundario.

Se vengaba en mi madre de su rebajamiento. La acusaba de nuestra pobreza, y se dejó de tal manera invadir por el vicio, que perdió la cabeza.

Juró que no volvería á tocar el violín hasta que muriera su mujer. Cumplió su palabra. No volvió á empuñarle hasta el día en que murió mi madre; lo tomó de nuevo porque aquel Schurmann, el viejo á quien yo acababa de oir, había llegado á Petersburgo, y tenía celos de la gloria de ese músico.

Y precisamente cuando quiso tocar esa pieza, triunfo del maestro, fué cuando, sintiéndose vencido, se extravió su razón: se volvió loco, y quedé yo huérfana.

V

Un día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos, vi la cabeza de una niña inclinada sobre mí. Era una muchacha de mi edad; su primer movimiento fué tenderme la mano. Al poner los ojos en ella, tuvo mi alma un dulce presentimiento de felicidad. Imaginaos una carita idealmente bella, de una belleza radiante, ante la que pára uno conmovido, confuso, en éxtasis, y hacia la que se siente agradecimiento porque existe, porque su mirada se ha pasado á uno ó solamente porque ha pasado cerca.

Era Katia, la hija del príncipe, que llegaba de Moscou. Sonreía á cada uno de mis movimientos, y mis debilitados nervios se encontraban deliciosamente impresionados.

La princesita llamó á su padre, que á dos pasos hablaba con el médico.

—¡Ah, por fin! ¡Gracias á Dios! ¡gracias á Dios!—dijo el príncipe, cogiéndome una mano; y su rostro se iluminó.

—Estoy contento, estoy contento. Estoy muy contento—añadió vivamente, como si tuviera la costumbre de estarlo.—Y aquí está Katia, mi hijita. Haced amistades. Ahora tienes una amiga. Cúrate pronto, Netotchka. ¡Mala! ¡Qué susto me has dado!...

Mi restablecimiento fué muy rápido. A los pocos días me paseaba por el cuarto. Todas las mañanas Katia se acercaba á mi cama, sonriente; yo esperaba su llegada como una felicidad. ¡Me hubiera gustado tánto besarla! Pero la chiquita era tan viva que no podía estar un minuto quieta. Correr, saltar, hacer ruido por toda la casa, parecía serle absolutamente indispensable. Me declaró desde el primer día que se aburría en mi cuarto; que vendría pocas veces, y eso por compasión hacia mí y porque no podía hacer otra cosa. Pero que cuando estuviese restablecida, la cosa iría mejor entre nosotras. Y todas las mañanas su primera pregunta era:

—Y qué, ¿estás curada?

Y al ver mi rostro pálido y adelgazado, mi sonrisa tímida, la princesita fruncía las cejas, meneaba la cabeza y, de despecho, golpeaba el suelo con sus piececitos.

—¿No te recomendé ayer que estuvieses mejor? ¡Cómo! Tal vez no te dan bastante de comer.

—Sí; me dan poco—contesté con timidez, porque ya me sentía avergonzada delante de ella. Deseaba con todas mis fuerzas agradarle; medía cada una de las palabras que le dirigía. Su aparición me hacía cada día más feliz. No la quitaba los ojos de encima. Y cuando se iba, continuaba mirando maravillada hacia la puerta por donde había desaparecido. Ella figuraba en mis sueños. Y durante el día, cuando estaba ausente, imaginaba conversaciones con ella, me hacía su amiga, jugaba, hacía travesuras, lloraba con ella cuando nos regañaban; en una palabra, pensaba en ella continuamente, como si de ella me hubiese enamorado. Deseaba ardientemente ponerme bue-

na y engordar lo antes posible, como ella me decía. Cuando Katia venía á mi cuarto por la mañana y me preguntaba: «¿No estás buena? Todavía estás delgada», temblaba yo como si fuese culpable. Pero el asombro de Katia era serio cuando veía que habían bastado veinte horas para mi curación, y concluía por mostrarse verdaderamente enojada conmigo.

—¿Qué quieres? Te traeré un pastel hoy—me dijo un día;—come, á ver si engordas pronto.

—Tráelo—le contesté, muy satisfecha al pensar que la volvería á ver.

Después de informarse de mi salud, la princesita se sentaba, por lo general, en una silla frente á mí, y me miraba con sus ojos negros. Hasta en los comienzos, cuando nos contemplábamos, me miraba con un asombro ingenuo. La conversación no se entablaba. Las salidas bruscas de Katia me intimidaban, mientras que me moría de ganas de hablarla.

—¿Por qué no dices nada? — preguntaba Katia tras un silencio.

—¿Qué hace tu papá? — pregunté á mi vez, satisfecha de hallar algo que decir.

—Nada. Papá está bien. Hoy ha bebido dos tazas de té en vez de una sola. Y tú, ¿cuántas?

—Una sola.

Nuevo silencio.

—Falstaff ha querido morderme.

—¿Es un perro?

—Sí, es un perro. ¿No le has visto todavía?

—No, sí, le he visto.

Y como ya no sabía yo qué añadir, la princesita me miraba de nuevo muy asombrada.

—¿Y qué? ¿te divierte el hablar conmigo?

—¡Sí, mucho! Ven á verme más á menudo.

—Ya me dijeron que te alegraría verme. Pero es preciso que te levantes pronto. Vamos, te traeré un pastel hoy... Pero ¿por qué no dices nada?

—Por nada.

—Probablemente piensas mucho.

—Sí; pienso mucho.

—A mí me dicen que hablo mucho y que no pienso bastante. ¿Es malo hablar?

—No; á mí me gusta que hables.

—¡Hum! Se lo preguntaré á la señora Leotard. Lo sabe todo... ¿Y en qué piensas tú?

—Pienso en tí—contesté tras un silencio.

—¿Eso te entretiene?

—Sí.

—¿Me quieres entonces?

—Sí.

—Yo no te quiero todavía: ¡estás tan delgada! Espera. Voy á traerte un pastel. Adiós.

Y la princesita, dándome un beso casi al vuelo, desapareció.

Después de la comida llegaba el pastel. La muchacha entraba como un rayo, riendo, satisfecha de poder traerme lo que me prohibían.

—Come mucho, come bien. Es mi pastel. No lo he comido yo. Vaya, adiós.

Apenas tuve tiempo de entreverla. Un día entró como una exhalación.

Sus rizos negros estaban alborotados como por una ráfaga de viento. Sus mejillas llameaban; chispeaban sus ojos. Parecía que había estado corriendo durante una ó dos horas.

—¿Sabes jugar al volante? — exclamó sofocada, con precipitación.

—No—contesté, contristada por no poder decir que sí.

—¡Ah! lo siento. Te enseñaré cuando estés buena. No he venido más que por esto. Ahora juego con la señora Leotard. Adiós, que me esperan.

VI

Por fin abandoné el lecho, aunque muy débil todavía. Mi primera idea fué la de no separarme ya de Katia. Algo me atraía á ella invenciblemente. No podía cansarme de mirarla, con gran asombro suyo. Mi simpatía por ella era tan vehemente, me acaparaba hasta tal punto ese sentimiento, que ella no podía por menos de notarlo, y le parecía muy raro. Recuerdo que una vez, mientras que jugábamos, no pudiendo resistir, la eché los brazos al cuello y la besé. Ella se desprendió de mis brazos, me cogió las manos y, frunciendo sus cejas como enojada, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué me besas?

Quedé confusa como una culpable. Me estremecí ante aquella pregunta hecha bruscamente, y no contesté. La princesita se encogió de hombros en señal de perplejidad profunda (gesto habitual en ella). Contrajo con un grave mohín sus labios carnosos, dejó de jugar y se sentó en un extremo del diván, reflexionando y como tratando de resolver una nueva cuestión que surgía en su espíritu. Esta era su costumbre cuando la preocupaba algo. A mi vez, tardé mucho tiempo en hacerme á aquellas bruscas manifestaciones de su carácter.

Me acusaba al principio: temía que fuese yo muy rara, y á la vez me encontraba llena de asombro y de pena. ¿Por qué no podía ser en seguida la amiga de Katia y serle grata para siempre? Este fracaso me afligía horriblemente, y sentía ganas de llorar á cada palabra de ella, á cada mirada recelosa que me dirigía. Mi congoja aumentaba de día en día, hasta de hora en hora, porque con Katia las cosas iban de prisa. A los pocos días comprendí que no me quería nada y hasta que sentía hacia mí una especie de repulsión. Todo en ella era súbito; otro diría que brutal, si los movimientos de su carácter recto, espontáneo como el rayo é ingenuamente sincero, no tuviesen una especie de gracia noble. Conmigo principió por la duda y

concluyó con el desprecio, porque, á lo que creo, no sabía jugar con ella á ningún juego. La princesita gustaba de divertirse, de correr; era fuerte, viva, hábil, mientras que yo... yo era todo lo contrario. Débil aún á consecuencia de mi enfermedad, tranquila y pensativa, no me divertía el juego. Faltábame todo, en una palabra, para agradar á Katia. Además, yo no podía soportar la idea de que alguien estuviese descontento de mí: me ponía en seguida triste, perdía ánimos, y no me quedaba ni aun fuerza para reparar mi falta y modificar en mi provecho la mala impresión que produjera. Me sentía, pues, por completo perdida. Katia no podía comprender esto. Después de una hora de esfuerzos para enseñarme á jugar al volante, no lo conseguía. Y como yo me entristecía hasta el punto de que las lágrimas se asomaban á mis ojos, Katia me observaba pensativamente un rato, sin llegar á comprender lo que me ocurría; me dejaba y se ponía á jugar sola, sin volver á invitarme ni á dirigirme la palabra durante días enteros. Este desdén me era insoportable. Esta nueva soledad se me hacía más penosa que la otra; poníame más triste y más taciturna, y de nuevo ensombrecían mi corazón negros pensamientos.

VII

La señora Leotard, que tenía la misión de vigilarme, no tardó en observar aquel cambio en nuestras relaciones; y como por él me veía yo abandonada, lo primero que la llamó la atención fué mi soledad forzosa. Se dirigió á la princesita, y la riñó por no saber ser amable conmigo. Katia frunció las cejas, se encogió de hombros y declaró que no sabía qué hacer conmigo, puesto que no entendía de ningún juego y estaba siempre pensando en otra cosa. Prefería esperar á su hermano Saclia (1), que debía llegar de Moscou, á fin de divertirse con

(1) Diminutivo de Alejandro.

él. La señora Leotard no se contentó con semejante respuesta; le hizo observar que yo estaba enferma todavía, que no podía ser tan viva y alegre como ella: que, por lo demás, lo era demasiado; le recordó que había cometido tal y cuál falta; que dos días antes por poco la destroza el perro. En fin, la señora Leotard la amonestó sin piedad, y concluyó por enviarla conmigo con orden de reconciliarnos sin tardar.

Katia escuchó á la francesa atentamente, como si en efecto reconociese algo nuevo y justo en aquel razonamiento. Dejando el aro, que estaba rodando por la sala, se acercó á mí, seria y asombrada, y me dijo:

—¿Quieres jugar?

—No—contesté, temiendo para Katia y para mí las censuras de la señora Leotard.

—¿Qué quieres entonces?

—Quiero descansar; no puedo correr. No estés enfadada conmigo, porque te quiero mucho.

—Entonces voy á jugar sola—dijo dulce y lentamente, sorprendida de no hallarse culpable;—adiós, no estoy enfadada contigo.

—Adiós—repliqué levantándome y tendiéndole la mano.

—¿Quieres tal vez que nos besemos?—preguntó tras una breve reflexión, recordando probablemente la anterior escena, y deseosa, para acabar más pronto, de complacerme.

—Como quieras—repliqué con una tímida esperanza. Se acercó, y muy seriamente, sin una sonrisa, me besó.

Cumplido así lo que se esperaba de ella, y aún más, á fin de ser agradable á una pobre chiquilla como yo, se marchó alegre y satisfecha, y pronto resonaron por la casa sus risas y sus gritos. Cansada al fin y jadeante, se tumbó en un diván para descansar y cobrar nuevas fuerzas. Todo el resto del día me estuvo mirando con una especie de desconfianza.

Veíase que quería decirme algo para tratar de descifrar aquel enigma. Pero en aquella ocasión se contuvo.

Por lo general, las lecciones de Katia comenzaban por la

mañana. La señora Leotard le enseñaba el francés: el estudio este consistía en un poco de gramática seguida de una lectura de fábulas de La Fontaine.

No la forzaban, porque costaba trabajo obtener de ella que permaneciese tranquila en el trabajo dos horas al día. Consintió en aquella combinación, á ruegos del príncipe su padre, por mandato de su madre, y se sometía concienzudamente, habiendo dado ella misma su palabra. De clara inteligencia, comprendía pronto y retenía cuanto le enseñaban. Pero también en esto tenía sus rarezas: cuando no entendía algo, reflexionaba seriamente, porque la avergonzaba el pedir explicaciones. Días enteros permanecía sola frente á una cuestión sin poder resolverla, enojada por no poder hacerlo sin ayuda.

En casos extremos, cuando ya no podía más, iba á preguntar á la señora Leotard la solución que perseguía.

Así era en todo. Reflexionaba mucho, aunque se pudiese dudar de ello al pronto. Pero al mismo tiempo era más cándida de lo que se debe ser á su edad. Ocurríale á veces decir tonterías; otras veces sus respuestas revelaban una astucia y una fineza extremas.

VIII

Como yo podía ya empezar á trabajar, la señora Leotard me hizo sufrir un examen: vió á qué altura de estudios me encontraba; encontró que leía muy bien, pero que escribía muy mal. Juzgó que era de urgente necesidad para mí aprender francés. No la contradije, y una mañana me senté al lado de Katia, para dar las lecciones. Por mi parte, en una sola sesión aprendí el alfabeto francés, aplicándome con todas mis fuerzas para agradar á la institutriz. Al acabar la lección, la señora Leotard se enfadó seriamente con Katia.

—Ahí tiene usted—dijo señalándome—una niña enferma, que da su primera lección, y está ya diez veces más adelantada que usted. ¿No le da vergüenza?

—¿Más adelantada que yo?—preguntó la princesita, estupefacta.—Pero si no está todavía más que en el alfabeto.

—¿Pero cuánto tiempo le costó á usted aprender el alfabeto?

—Tres lecciones.

—Pues bien, Netotchka lo ha aprendido en una lección. De suerte que estudia tres veces más de prisa que usted y pronto la dejará atrás. ¿No es esto?

Katia reflexionó y se puso muy encarnada, comprendiendo que la observación de la señora Leotard era justa.

Enrojecer, ponerse como la grana de vergüenza, era su manera de manifestar el despecho que le producían sus contrariedades. Esta vez se asomaron las lágrimas á sus ojos. Se calló, limitándose á dirigirme una mirada que parecía querer anonadarme. Adiviné en seguida de qué se trataba. La pobre niña tenía un orgullo y un amor propio extremos. Al dejar á la señora Leotard, quise hablar á Katia para disipar su despecho, ó cuando menos demostrarle que yo no era responsable de los regaños de la francesa. Pero Katia hizo como si no me oyese: no respondió. Una hora después, entró en el cuarto en donde, con mi libro abierto delante, pensaba en ella. Al entrar, la princesita me lanzó una mirada de menosprecio y, como de costumbre, se sentó en el sofá y me contempló durante media hora. No pudiendo contenerme, la interrogué con los ojos.

—¿Sabes bailar?—preguntó Katia.

—No, no sé.

—Yo, sí.

Una pausa.

—¿Sabes tocar el piano?

—Tampoco.

—Pues yo sí; es muy difícil de aprender.

No repliqué.

—La señora Leotard pretende que eres más inteligente que yo.

—La señora Leotard está enfadada contigo.

—¿Se enfadará también papá conmigo?

—No sé.

Nuevo silencio.

La princesita golpeó impacientemente con su piececito.

—Entonces tú te burlas de mí, porque comprendes con más facilidad—dijo ella sin poder contener por más tiempo su despecho.

—¡Oh, no!—exclamé levantándome para abrazarla.

—¿Pero no tiene usted vergüenza de pensar de esa manera y confesarlo, princesa?—dijo la institutriz.

La buena señora nos estaba vigilando desde hacía cinco minutos y escuchaba nuestra conversación.

—Debería usted avergonzarse. Tiene usted celos de esa niña y se alaba delante de ella de saber bailar y tocar el piano. ¡Qué vergüenza! Se lo contaré al príncipe.

La niña se puso encarnada.

—Ese es un mal sentimiento. Sus preguntas han ofendido á Netotchka, cuyos padres eran pobres y no tenían medios para pagar profesoras. Aprendía sola porque era buena y tenía un corazón excelente. Debería usted quererla y no molestarla. Es vergonzoso, es vergonzoso. Usted sabe que es huérfana. No tiene á nadie. ¿Por qué no añade usted que es usted princesa, mientras que no lo es Netotchka? Me voy. Piense usted en lo que le he dicho y procure corregirse.

IX

Katia reflexionó durante dos días. En estos dos días suspendió risas y gritos. Al despertarme por la noche, la oía continuar en sus sueños su discusión con la señora Leotard. Hasta enflaqueció un poco y palidecieron algo los vivos colores de su rostro. Por fin, al tercer día, nos encontramos en una amplia sala. Katia salía de las habitaciones de su madre. Al verme se detuvo y se sentó frente á mí.

Yo aguardaba, aterrada y temblorosa, lo que iba á pasar.

—Netotchka, ¿por qué me han reñido por culpa tuya?—preguntó al fin.

—No ha sido por culpa mía, Katenka—repliqué apresurándome á disculparme.

—La señora Leotard dice que te he ofendido.

—No, Katenka, no; no me has ofendido.

La princesa se encogió de hombros en señal de perplejidad.

—¿Por qué lloras entonces?—añadió tras un silencio.

—No lloraré, si quieres—dije al través de mis lágrimas.

Volvió á encogerse de hombros.

—¿Llorabas antes?

No contesté.

—¿Por qué vives en nuestra casa?—preguntó de repente tras una pausa.

La miré estupefacta, como si algo me hubiese lastimado el corazón.

—Porque soy huérfana—murmuré por fin, reuniendo todas mis fuerzas.

—¿Tuviste un papá y una mamá?

—Sí.

—¿Te querían?

—No... sí—balbuceé.

—¿Eran pobres?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿No te enseñaron nada?

—Me enseñaron á leer.

—¿Tenías juguetes?

—No.

—¿Pasteles?

—No.

—¿Cuántas habitaciones teníais?

—Una sola.

—¿Un solo cuarto?

—Uno solo.

—¿Y teníais criados?

—No, no teníamos criados.

—¿Pues quién os servía?

—Yo misma iba á hacer las compras.

Las preguntas de la princesita me desgarraban el alma. Los recuerdos que evocaba en mí, su asombro, todo aquello me hería, me ofendía y me hacía daño. Temblaba; los sollozos me ahogaban.

—Te has debido de alegrar al venir á vivir con nosotros.

Guardé silencio.

—¿Tenías un traje bonito?

—No.

—¿Uno malo?

—Sí.

—He visto tu vestido: me lo han enseñado.

—¿Por qué me lo preguntas entonces?—dije, presa de un nuevo sentimiento de indignación, y levantándome.—¿Por qué me lo preguntas?—repetí, roja de cólera.—¿Por qué te burlas de mí?

Katia también se levantó enrojecida. Pero dominó en seguida su turbación.

—No... no me burlo de tí. Quería solamente saber si tus padres eran pobres.

—¿Por qué me preguntas de papá y mamá?—exclamé llorando.—¿Y por qué lo haces de esa manera? ¿Qué te han hecho mis padres, Katia?

Calló, confusa, sin saber qué contestar.

En aquel momento entró el príncipe.

—¿Qué tienes, Netotchka?—dijo al ver mis lágrimas.—¿Qué tienes?—insistió, mirando á Katia, cuyas mejillas estaban como la grana.—¿De qué hablabais? ¿Por qué os habéis peleado? ¿Por qué estás enfadada, Netotchka?

Yo no podía responder. Cogí la mano del príncipe, la besé y la llené de lágrimas.

—¡Katia! dime la verdad. ¿Qué ha pasado?

Katia era incapaz de mentir.

—Le he dicho que había visto el vestido que llevaba en casa de sus padres.

—¿Quién te lo ha enseñado? ¿quién se ha atrevido á enseñártelo?

—Lo vi yo misma—respondió Katia con firmeza.

—Está bien. No denunciarás á nadie. Lo sé. Te conozco. ¿Y qué más?

—Se ha puesto á llorar, diciendo que me burlaba de su papá y su mamá.

—¿Luego te has burlado?

Aunque Katia no se hubiese burlado en realidad, tal era su intención, como lo comprendí desde luego. No respondió. Asentía, por lo tanto.

—Anda en seguida á pedirla perdón—dijo el príncipe.

La princesita, pálida como la cera, no se movió.

—¡Vamos!—exclamó el príncipe.

—¡No quiero!—dijo Katia en voz baja, con tono muy decidido.

—¡Katia!

—¡No, no quiero, no quiero!—exclamó de repente, con los rojos relampagueantes, y golpeando con el pie.—No quiero pedir perdón, papá. No la quiero. No quiero vivir con ella. No es culpa mía. No hace más que llorar. ¡No quiero, no quiero!

—¡Ven conmigo!—La cogió por el brazo y la llevó á su gabinete.—Netotchka, vete á tu cuarto.

Hubiera querido arrojarme á los pies del príncipe, pedirle que perdonara á Katia; pero repitió su orden severamente, y me fuí helada de espanto, como una muerta.

X

Al volver á mi cuarto, caí sobre el sofá y me tapé la cara con las manos. Contaba los minutos, esperando con impaciencia á Katia.

Quería echarme á sus pies. Llegó por fin sin pronunciar una palabra, pasó junto á mí y se sentó en un rincón. Sus ojos estaba hinchados, sus mejillas surcadas por las lágrimas. Mis resoluciones se desvanecieron. Asustada, la miraba sin moverme.

Me acusaba con todas mis fuerzas, trataba de persuadirme á mí misma de que era culpable de todo. Mil veces quise acercarme á Katia, y mil veces me contuve, no sabiendo cómo me recibiría. Así transcurrió un día entero, luego otro. Al atardecer del segundo día, Katia se mostró más alegre y se puso á rodar el aro por la habitación, pero pronto dejó de jugar y se agazapó en un rincón. Antes de irse á acostar se volvió de repente hacia mí, dió dos pasos y sus labios se entreabrieron para hablar, pero se contuvo y se fué á la cama. Transcurrió otro día, y la señora Leotard, asombrada, le preguntó por qué estaba así. ¿Estaba acaso enferma, para haberse vuelto tan tranquila de repente? Katia respondió evasivamente y cogió el volante, pero en cuanto se marchó la institutriz se puso encarnada y se echó á llorar. Huyó del cuarto para que no la viese. Por fin, á los tres días de nuestro enfado vino á mí y me dijo tímidamente:

—Papá me ha mandado que te pida perdón; ¿quieres perdonarme?

Le cogí vivamente las manos y llena de emoción le dije:

—¡Sí, sí!

—Papá me ha mandado que te abrace; ¿quieres que nos abracemos?

Sin responder, me puse á besarle las manos, regándolas con mis lágrimas.

Al alzar los ojos hacia la princesita observé en ella signos extraordinarios. Sus labios estaban agitados por un ligero temblor, su barbilla se movía, sus ojos negros estaban húmedos; pero al instante dominó su emoción, y se dibujó una sonrisa en sus labios.

—Voy á decir á papá que te he abrazado y te he pedido perdón—dijo en voz baja, como si pensara alto.—Hace tres días que no le he visto: me prohibió que fuera á verle mientras que no hubiera obedecido.

Diciendo esto, se marchó, temblorosa, pensativa, no sabiendo cómo la acogería su padre.

Pero, al cabo de una hora, se oyeron arriba gritos, ruido, risas, los ladridos de Falstaff; se rompió algo, cayeron algunos libros, rodó el aro por el piso, y supe que Katia había hecho las paces con el príncipe.

Mi corazón palpitó de alegría.

Sin embargo, ella no se acercó á mí: parecía evitar la ocasión de hablarme. En cambio me cabía el honor de excitar su curiosidad en el mayor grado. Sentábase delante de mí para inspeccionarme muy á menudo. Estas inspecciones de mi persona eran cada vez más ingenuas. En una palabra, la niña mimada y consentida, á la que todo el mundo atendía y cuidaba como un tesoro, no podía comprender por qué me encontraba en su camino, cuando ella no tenía empeño alguno en verme. Pero su corazón, bueno y tierno, debía encaminarse siempre bien por el solo instinto de su naturaleza generosa. La persona que más influencia tenía sobre ella era su padre, al que adoraba. Su madre la quería con locura, pero la trataba con gran severidad y á su lado aprendió Katia la altivez, el orgullo, la obstinación. Sin embargo, sufría todos los caprichos y hasta la tiranía de la princesa; ésta comprendía de una manera rara la educación, y la de Katia ofrecía las más singulares alternativas de relajamiento absoluto y de excesivo rigor. Lo que ayer estaba permitido se prohibía hoy, sin razón alguna. La niña se sentía herida en sus sentimientos de justicia... Pero

ya volveré sobre este asunto. Observaré solamente aquí que Katia sabía variar de actitud según que se tratara de su padre ó de su madre. Con aquél se mostraba natural, franca, expansiva y sincera; con ella todo lo contrario: disimulada, recelosa, obediente á la fuerza, no por persuasión. Por lo demás, debo decir en honor de mi Katia que llegó á comprender á la princesa, que se sometió á ella cuando se penetró de la grandeza de un amor maternal que llegaba á veces hasta el extravío. La niña tenía generosamente en cuenta aquel exceso.

Mientras tanto, yo no comprendía qué ocurría en mí. Todo un mundo de sensaciones inexplicadas me agitaban interiormente. En fin, después de muchos sufrimientos y reflexiones, me ví obligada á reconocer que estaba enamorada de mi Katia.

Sí; era amor lo que me inspiraba, verdadero amor, con lágrimas de alegría y de desesperación, un amor apasionado. ¿Qué es lo que me atraía hacia ella? ¿Qué es lo que había hecho nacer semejante sentimiento? Lo ignoro. Sé que la amé á primera vista, que me impresionó deliciosamente el aspecto de aquella niña bella como un ángel. Sus mismos defectos no la hacían desmerecer á mis ojos, porque no procedían de una imperfección de su alma, sino de su mala educación.

Todos la admiraban y la envidiaban. Y tal vez esta admiración había viciado su carácter.

Cuando salíamos juntas de paseo, los transeuntes se detenían para mirarla.

Parecía nacida para la felicidad, del mismo modo que yo parecía consagrada á la aflicción.

El defecto principal ó tal vez la cualidad más eminente de mi princesita era su orgullo. Tenía un amor propio completamente particular. La contradicción no la enojaba, la sorprendía: hasta tal punto se creía por encima de todo.

Le era difícil admitir que pudiese no tener razón en algo. Sin embargo, si le probaban que lo que quería hacer era injusto, se sometía en seguida.

Si no fué desde el principio para mí la amiga que hubiera querido, me lo explico por el hecho de una antipatía natural y que estaba fuera de todo razonamiento.

XI

Nuestras lecciones continuaron como antes, y ella en adelante no me prestó gran atención.

Las alabanzas que se servían dirigirme sobre mi dulzura y mi inteligencia, ni siquiera tenían ya el dón de herir su amor propio.

Buscaba, es verdad, compensaciones, y se las componía mejor con nuestro perro.

Falstaff era un perro pacífico y flemático, lo que no le impedía ser malo como un tigre si se permitían sacarle de sus casillas.

A Falstaff no le agradaban las caricias de nadie, y todo el mundo parecía serle indiferente.

Tratábanle en la casa con una especie de temor respetuoso. Tenía también su historia.

Un día, trajo el príncipe, á la vuelta de un paseo, un perrillo feúcho y de lamentable aspecto. Era un perro de raza, sin embargo.

Ahora bien: estando la familia en la casa de campo, ocurrió que el hermano de Katia, Sacha, cayó, jugando, al río. La princesa estaba presente, y, loca de dolor, quiso seguir á su hijo. La contuvieron con dificultad; mientras tanto, Sacha, arrastrado por la corriente, flotaba solamente sostenido por la ropa.

Apresuráronse á desamarrar un bote. Pero todo esto exigió tiempo. De repente se lanza al agua un perrazo, corta con vigor la corriente y llega al cuerpo del niño, al que lleva triunfalmente á la orilla.

La princesa cubrió de besos al animal, lleno todavía de

agua y lodo. Falstaff, que llevaba en aquella época el nombre prosaico y plebeyo de Fricoa, no soportaba, como ya he dicho, ninguna caricia: respondió á aquellos halagos clavando sus agudos dientes en un hombro de la señora.

La princesa conservó toda su vida las señales de aquella herida, pero conservó también á su perro un afecto sin límites.

El perro fué desde entonces el huésped predilecto de la casa. El príncipe, en atención á la voracidad y glotonería fenomenal de aquél, le puso el nombre de Falstaff.

Le asearon, le alimentaron á gusto, hasta le regalaron una piel de oso para que se tumbara y descansase.

Falstaff se había convertido, en suma, en el perro más dichoso de la creación. Pero su carácter, naturalmente taciturno, no cambió con su nueva condición.

Recibió indiferente las atenciones y apreció bastante poco su valioso collar de plata.

No tardó en adquirir hábitos de pereza, y no gustaba de que le molestasen los importunos.

Katia le buscaba algunas veces camorra para distraerse, cuando no tenía á nadie en aquel momento sobre quien descargar su mal humor. Y, además, la indiferencia del perro la exasperaba: le era insoportable que existiese en la casa un sér que no reconociera su autoridad, que no se inclinase ante ella, que no la quisiese. A Falstaff le tenía esto sin cuidado y permanecía inflexible en su arrogancia.

Un día, después de comer, estando las dos en el salón grande, el perro se tumbó en medio de la habitación para digerir perezosamente su copiosa comida. Este fué el momento que eligió la princesa para reducirle á la obediencia. Dejó de jugar, y andando de puntillas, prodigando á Falstaff los nombres más dulces, atrayéndole por señas, se dirigió hacia él con precaución. Falstaff desde muy lejos mostró los dientes. La princesa se detuvo. Su proyecto era acercarse al perro y acariciarle un poco, cosa que no permitía á nadie más que á la princesa. La tentativa ofrecía un serio peligro, porque Falstaff

era incapaz de dejarse imponer, y podía muy bien morderle la mano ó destrozarla si le parecía oportuno: tenía la fuerza de un tigre.

Yo, llena de inquietud y de terror, seguía de lejos todos los movimientos de Katia. La supliqué inútilmente que dejase al perro en paz: ni los poderosos colmillos del animal la apartaron de su idea. Juzgando que no se podía abordar al perro de frente, dió una vuelta en torno del enemigo. Falstaff no se movió.

Katia dió otra vuelta estrechando el círculo, y otra tercera de menor radio. Cuando hubo llegado á la distancia que Falstaff juzgaba respetuosa y sagrada, mostró aquél de nuevo los dientes.

La princesita, despechada, dió una patadita y se alejó; volvió á sentarse en el diván para reflexionar. A los diez minutos inventó una nueva seducción. Salió y volvió con una provisión de panecillos y pasteles: cambiaba de táctica. Falstaff permaneció indiferente: no tenía probablemente ganas. Ni siquiera volvió la cabeza hacia el pedazo que le echaron, y cuando Katia llegó de nuevo al límite que juzgaba infranqueable, el perro manifestó una oposición más viva que la primera vez. Levantó la cabeza, enseñó los dientes, gruñó sordamente ó hizo un ligero movimiento como para lanzarse. La princesa enrojeció de cólera, tiró el pastel y volvió á sentarse. Estaba muy agitada; sus piececitos golpeaban la alfombra, sus mejillas se ponían como la grana, y lágrimas de despecho brotaban de sus ojos. Por desgracia, se le ocurrió mirarme, y la sangre se le subió aún más á la cabeza. Se levantó y con paso firme marchó en derechura al terrible perro.

La estupefacción le produjo sin duda á Falstaff un efecto extraordinario. Dejó al enemigo que franquease la línea temible, y únicamente cuando estuvo á dos pasos acogió á la loca Katia un gruñido siniestro. Ella se detuvo al pronto un instante, nada más que un instante; después, con decisión, siguió avanzando. Yo estaba paralizada por el terror. La princesita se

encontraba en el mayor grado de excitación; el triunfo brillaba en sus ojos. Hubiérase hecho de esta escena un bonito cuadro. Ella afrontó con valor la furiosa mirada del perro. Falstaff se levantó. Lanzó otro gruñido; un movimiento más, y la hubiese destrozado. Pero la princesita le pasó orgullosamente la mano por el lomo y le acarició tres veces seguidas. Durante algunos segundos el perro permaneció indeciso. Fué el momento más palpitante del drama; después se estiró y, desdeñando sin duda vengarse de una niña, salió tranquilamente de la habitación.

La princesa quedaba dueña del campo de batalla. Me dirigió una mirada indefinible, saturada, embriagada de victoria; yo estaba lívida: lo notó y sonrió. Poco después, sin embargo, una palidez mortal cubrió también sus mejillas; apenas pudo llegar al sofá, en el que cayó sin conocimiento.

XII

Mi pasión por Katia no tenía ya límites. Pero á partir del día en que, á causa de ella, experimenté tanto miedo, no me dominé ya. Mil veces estuve á punto de arrojarme á su cuello, pero el temor me detuvo. La huí á fin de que no viese mi agitación.

Vino un día á la habitación en que yo estaba. La traviesa niña observó mi turbación y quedó confusa, pero no se conmovió.

Sufrí así todo un mes. No cambiábamos una sola palabra. Descubrí que el obstinado silencio de Katia no encubría el olvido ó la indiferencia, sino solamente una reserva querida y bien determinada. Sin embargo, yo no podía dormir, y la misma señora Leotard notaba mi pena. Mi amor por Katia era sumamente raro y tomaba el carácter de una pasión ofendida.

Me preocupaban de tal manera aquellos acontecimientos y aquella transformación, que olvidaba mi pasado, absorta en absoluto en mi afección y mi dolor.

Me levantaba á veces en medio de la noche, y á la suave luz de la lamparilla, admiraba á Katia sumida en el sueño. Poniéndome de puntillas y animándome poco á poco, posaba temblando un beso en su linda mano ó en sus cabellos; después me retiraba á escape, de miedo de que me sorprendiera.

Mientras tanto, Katia se hacía cada vez más irritable y caprichosa. Permanecía silenciosa todo un día; después, al siguiente, metía un barullo que alborotaba toda la casa.

Al poco tiempo, Katia, que no había estado enferma nunca, se quejó de fiebre y no tardó en que la instalaran en las habitaciones de su madre.

A la princesa la afectó aquella indisposición, y creo que me hizo responsable de los desagradables cambios que se producían en su hija.

Desde hacía mucho tiempo la princesa tenía la intención de separarme de Katia, y lo hubiera ya hecho de no temer la oposición del príncipe, que se mostraba á veces inquebrantable en sus resoluciones.

XIII

Me afligió mucho verme por completo separada de mi princesita, y me torturaba más que nunca la imaginación para dar con la causa de su desdén.

Una mañana vino á sorprenderme á la hora de la lección.

Nunca la había encontrado tan animada y tan viva.

El día transcurrió en juegos y correrías, pero al llegar la noche reapareció la tristeza en su frente.

Cuando su madre vino á verla por la noche, Katia se esforzó en vano por mostrarse alegre. En cuanto salió la princesa, se echó á llorar.

La princesa, inquieta por estos bruscos cambios, hizo que la señora Leotard nos vigilase atentamente; pero yo sola podía comprender lo que ocurría en Katia.

Era el desenlace de nuestra novela. Era, así lo esperaba, una reconciliación.

Veía todo esto en detalles insignificantes y, sin embargo, no me atrevía á dar el primer paso.

A los pocos días, era un jueves, la señora Leotard nos hizo vestir para salir de paseo.

Hacía mucho tiempo que no habíamos salido juntas.

Bajábamos gravemente la escalera de la casa, cuando de repente se acercó Katia á mí, y, con tono más dulce que de costumbre, me dijo:

—Llevas suelto el lazo de un zapato. Trae: voy á atártelo.

Me incliné, roja como una cereza, feliz porque Katia hubiese concluído por dirigirme la palabra.

—¡Trae!—añadió, medio impaciente, medio contenta.

Se bajó, me cogió el pie, se lo puso sobre su rodilla y anudó el lazo de mi zapato.

Me ahogaba; experimentaba una violenta emoción, y me preguntaba lo que iba á ser de mí.

Al levantarse, me examinó de pies á cabeza.

—Llevas descubierto el cuello—me dijo.

Y lo arregló, dejándola yo hacer.

—Podías enfriarte como lo tenías—añadió, sonriendo maliciosamente y mirándome con sus ojos negros y húmedos.

Yo estaba llena de felicidad. No sabía qué pasaba entonces en mí ni en Katia. Afortunadamente, nuestro paseo concluyó pronto; de otra manera, me hubiese arrojado en sus brazos y la hubiera besado en la calle.

Por la noche, se vió obligada á bajar á las habitaciones de la princesa porque había recepción. Allí, de repente, y sin causa aparente, Katia sufrió un síncope.

Toda la casa se puso en conmoción. El médico, enviado á llamar á toda prisa, confesó que no comprendía aquello, y atribuyó el accidente á una indisposición infantil, como se hace siempre en tales casos.

No tardé en saber á qué atenerme sobre el caso.

Por el día, Katia, impulsada por no sé qué capricho, subió á las habitaciones de la tía. Esta, que de ordinario se negaba á recibir á su nieta y que hasta la detestaba un poco cordialmente, consintió en verla aquella vez y, contra su costumbre, se mostró amable con ella.

Al principio todo fué bien. Katia pidió perdón por todas sus faltas y misericordia por todos sus pecados, acusándose de su turbulencia, de sus ligerezas, de sus alborotos, con una gravedad que conmovió á la tía hasta hacerla llorar. La princesa vieja, extremadamente halagada por aquel acto, iba á conceder solemnemente la absolución, cuando, al través de sus gafas, creyó observar que la descarada se burlaba de ella con la mayor sangre fría del mundo.

¿No había llegado Katia á confesar que tuvo la intención, pero solamente la intención, es cierto, de esconder á Falstaff bajo la cama de la tía, y hacerle además otras jugarretas del mismo género y de tan mal gusto?

La tía se puso encendida de cólera. La muchacha se echó á reir y escapó á todo correr. Pero la cosa no paró allí. A los cinco minutos subía la princesa, llamada por la tía, y, durante dos horas, se desarrolló una escena terrible entre las dos mujeres respecto al último escándalo de Katia.

XIV

No habiendo obtenido la vieja la reparación que exigía, resolvió salir de la casa al día siguiente y sin remisión.

Fué preciso, de bueno ó de mal grado, presentar excusas á la tía y prometer que Katia sería severamente castigada en cuanto su salud lo permitiera.

Katia no pudo soportar aquella ofensa y se puso mala, como ya he dicho.

Al día siguiente la encontré en la escalera después de co-

mer, en el momento mismo en que abría la puerta llamando á Falstaff.

Comprendí que tramaba alguna terrible venganza á la que quería asociar al perro, el enemigo natural de la princesa vieja.

Falstaff detestaba á la tía, no sin razón. Cuando la dama vino á vivir á casa del príncipe, Falstaff tuvo que cederla el puesto y no franquear nunca la escalera que conducía á los pisos superiores: esto fué para él una privación espantosa. Toda una semana permaneció al pie de la escalera arañando las puertas. Pero la consigna era severa y no había de qué para el perro. Pronto comprendió por qué le expulsaban del domicilio predilecto suyo.

Un domingo, cuando la vieja bajaba para ir á misa, según su costumbre, Falstaff se abalanzó sobre ella, la derribó, y la hubiese destrozado si no se llega á tiempo para impedirlo.

La señora estuvo enferma del susto. Katia y Falstaff: aquello era demasiado.

Presentó su ultimátum. El perro ó ella saldría de la casa. Fué necesaria la intervención del príncipe para arreglar las cosas. Hizo comprender á la tía que no podía echar al salvador de su hijo, pero dió órdenes formales para que la dama no volviera á correr el riesgo de encontrar el perro á su paso.

XV

—¡Falstaff, Falstaff!—llamaba cariñosamente Katia en la escalera.

El perro acudió, y viendo la puerta abierta, fué á lanzarse, á pasar el Rubicón; pero se detuvo indeciso.

El acto era tan grave, el llamamiento tan inverosímil, que no podía dar crédito á sus ojos de perro. Pasó, sin embargo, pero lentamente, como un animal que reflexiona y que sabe lo que va á hacer.

Mientras tanto, Katia le excitaba, le mostraba la escalera, le invitaba...

No se necesitó más. Falstaff descubrió sus colmillos, lanzó un gruñido de cólera y salió como una flecha.

Derribó unas sillas en su loca carrera.

La señora Leotard le vió y pidió socorro, pero era demasiado tarde: el animal llegaba á las habitaciones de la vieja como una bala.

Un criado corrió en seguida á avisar á la princesa, que en esta ocasión no estaba dispuesta á perdonar. ¿Pero á quién castigar? Desde luego comprendió la cosa. Sus ojos se fijaron en Katia... En efecto, Katia, muy pálida, temblaba de miedo. La pobre niña no había comprendido hasta entonces cuáles hubieran podido ser las terribles consecuencias de su acto. Las sospechas podían recaer en los criados, en inocentes, y la muchacha se preparaba ya á decir toda la verdad.

—¿Eres tú la culpable?—preguntó su madre severamente.

Al ver la mortal palidez de Katia, me adelanté y dije con firme acento:

—Yo he dejado pasar á Falstaff... por un descuido—añadí, porque todo mi valor desapareció ante la enojada mirada de la princesa.

—Señora Leotard, castíguela de una manera ejemplar—dijo la princesa, marchándose.

Miré á Katia, que estaba abrumada; sus brazos, inertes, colgaban; su rostro, pálido, se inclinaba sobre el pecho.

El único castigo usado para los hijos del príncipe era el encierro en un cuarto vacío. Permanecer durante dos horas en un cuarto no tenía nada de cruel; pero cuando se encerraba al niño á la fuerza, el castigo resultaba bastante penoso.

Por lo general, á Katia ó á su hermano les encerraban dos horas. A mí me condenaron á cuatro horas de reclusión, en vista de la monstruosidad de mi delito. Palpitante de felicidad, entré en mi prisión. Pensaba en mi princesita. Sabía que la había vencido. Pero en lugar de cuatro horas estuve encerrada hasta las cuatro de la mañana. He aquí por qué:

Dos horas después de mi encierro, la señora Leotard reci-

bió noticias de que su hija, llegada de Moscou, estaba enferma y deseaba verla. La señora Leotard se marchó, olvidándome. La doncella que nos servía supuso probablemente que me habían soltado. Katia permaneció en las habitaciones de su madre hasta las once de la noche. La doncella la desnudó, la acostó, y la princesita tenía razones para no preguntar por mí. Se acostó sabiendo perfectamente que me habían encerrado por cuatro horas, y suponiendo que la doncella no tardaría en llevarme. Pero Nastia me olvidó por completo; tanto más, cuanto que por lo general me desnudaba yo sola: de suerte que pasé la noche en el encierro.

XVI

A las cuatro de la mañana oí llamar en la puerta de mi encierro. Dormía tumbada mejor ó peor en el suelo. Al despertarme dí un grito de sorpresa; pero en seguida reconocí la voz de Katia que dominaba á las otras, después la de la señora Leotard, la de Nastia y la del ama de llaves. Se abrió la puerta, y la señora Leotard me abrazó, con las lágrimas en los ojos y pidiéndome perdón por haberme olvidado. Me arrojé en sus brazos llorando. Estaba helada por el frío y me dolían todos los huesos á consecuencia de la incómoda posición que tuve en el suelo.

Busqué con los ojos á Katia; se había apresurado á volver á nuestro dormitorio y á acostarse, y cuando entré dormía ó fingía dormir. Mientras que me esperaba, se adormeció sin querer y no se despertó hasta las cuatro de la mañana. Al notar que no estaba yo, puso en pie á todo el mundo, despertó á la señora Leotard, que acababa de entrar, á la doncella y demás sirvientes, diciéndoles lo que ocurría, y así me pusieron en libertad.

Por la mañana, todos los de la casa se enteraron de mi aventura. La misma princesa declaró que habían obrado muy

severamente conmigo. En cuanto al príncipe, nunca le ví tan irritado.

—¿Pero qué es esto?—dijo á la señora Leotard.—¿Qué manera de conducirse es ésa con esta pobre niña? Eso es una barbarie. Es una pura barbarie. Es un proceder de escitas. ¡A una niña enferma, débil, nerviosa, tímida, llena de imaginación, encerrarla en un cuarto oscuro toda una noche! Eso es querer matarla. ¿Acaso no conoce usted su historia? Es una barbarie, es inhumano. Soy yo quien se lo dice á usted, señora. ¿Y qué significa eso de castigar tan duramente? ¿Quién ha inventado ese castigo?

La pobre señora Leotard, con los ojos llenos de lágrimas, le explicó los hechos: le expuso que me había olvidado; que había llegado su hija; que el castigo era muy bueno en sí, y que Juan Jacobo Rousseau aconseja algo de ese género.

—Juan Jacobo Rousseau, señora, no podía recomendarlo. Por lo demás, Juan Jacobo Rousseau no es una autoridad; Juan Jacobo Rousseau no tenía derecho á hablar de educación; Juan Jacobo Rousseau desconoció á sus propios hijos, señora; Juan Jacobo era un triste personaje, señora.

—¡Juan Jacobo Rousseau! ¡Juan Jacobo un triste personaje! ¡Príncipe, príncipe! ¿Qué dice usted?

La señora Leotard era una buena mujer que difícilmente se enfadaba: pero tocar á sus prejuicios; perturbar la sombra clásica de Corneille, de Racine; ofender á Voltaire; tratar á Juan Jacobo Rousseau de triste personaje; calificarle de bárbaro, ¡Dios mío! Las lágrimas brotaron de sus ojos; la institutriz temblaba de indignación.

—Se extralimita usted, príncipe—dijo fuera de sí.

El príncipe se repuso en seguida y se excusó. Se acercó á mí, me besó con efusión, hizo sobre mí la señal de la cruz y salió de la habitación.

—¡Pobre príncipe!—exclamó la señora Leotard conmovida á su vez.

Y nos pusimos á nuestras tareas. La princesita estudió dis-

traídamente. Antes de la comida se me acercó con la sonrisa en los labios, me cogió por los hombros y dijo vivamente como para disimular su vergüenza:

—¿Y qué? ¿Has sufrido bastante por mí? Después de comer iremos á jugar al salón.

Alguien pasó cerca de nosotras; la princesa se alejó en seguida. Al anochecer bajamos las dos al salón cogidas de la mano. Katia, profundamente conmovida, respiraba con trabajo. Yo me sentía más feliz y alegre que nunca.

—¿Quieres jugar á la pelota?—me preguntó.—Quédate ahí.

Me colocó en un ángulo de la sala; pero en lugar de alejarse para tirarme la pelota, se detuvo á los tres pasos; me miró, se puso encarnada y cayó en el diván, tapándose la cara con las manos. Hice un movimiento hacia ella; pensó que quería irme.

—No te vayas, Netotchka; quédate conmigo. Esto pasará en seguida.

Levantóse prontamente y me echó los brazos al cuello. Sus mejillas estaban húmedas. Sus delgados labios se hinchaban como cerezas. Los rizos de su pelo flotaban en desorden.

Me besaba locamente en la cara, en los ojos, en los labios, en el cuello, en las manos. Nos estrechamos tierna, alegremente, como amigas ó enamorados que se encuentran tras larga separación.

El corazón de Katia palpitaba tan violentamente que le oía con claridad.

Desde la habitación inmediata llamaron á Katia para que fuese á ver á su madre.

—¡Oh Netotchka!, adiós, hasta ahora, hasta la noche. Sube y espérame.

Me besó otra vez sin ruido y corrió al llamamiento de Nastia.

DOSTOIEWSKY

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

Casandra, por D. Benito Pérez Galdós.—El género.—La obra.—Del desarrollo de las psicosis en la obra novelesca de Galdós.—La doctrina búdico-teosófica del *Karma* en *Casandra*.

El oficio de escribir ha sido siempre malo en España, pero cada día se va poniendo peor. Él producirá poco ó nada, y dará menos honra de la que se consigue intrigando en la política ó dormitando en la Administración; pero por todas partes le cercan peligros y asechanzas. La coacción la ha tomado con las letras, y sus mil formas andan rondando en torno del papel impreso á ver si pueden echarle una dentellada. Ya el chafarote bélico; ya los padrinos del duelista; ya la amenaza incruenta, pero temible, del papel sellado; ya otras coacciones más suaves, pero que no por serlo dejan de pesar sobre el ánimo, ponen tiento en la mano del escritor y le obligan á mirar bien dónde pone los puntos de la pluma. Nadie quiere que la verdad salga del pozo, y pretender sacarla contra ese general *consensus* sería aventura tan extravagante y temeraria como las de Don Quijote.

Afortunadamente, ó por aquello de que no hay mal que por bien no venga, como la literatura interesa tan poco y á tan poca gente en España, las coacciones que amenazan á los trabajos puramente literarios son mucho menores. ¿Quién se

sulfura por cosa tan baladí, como no esté directamente interesado en ella ó no le toquen las pecadoras letras en punto más sensible que el de la emoción y el juicio estéticos? Pero ahí está el peligro. Las producciones literarias suelen tener alguna relación con las cuestiones que en mayor medida soliviantan á los hombres, y por ahí viene la coacción, aunque sea atenuada y menos visible que la que pesa sobre el escritor político, científico ó religioso.

Este exordio tiene por fin explicar cómo al escribir acerca de *Casandra*, la reciente novela de Galdós, me siento un poco cohibido. En un artículo de un escritor á quien admiro y profeso sincera simpatía: Alfredo Calderón, he leído el anuncio de la tenebrosa conjuración que, en sentir de este ilustre publicista, debía de estarse tramando contra la obra revolucionaria de Galdós. En esa conjuración se nos asignaba un papel á los críticos: el de rebajar el mérito literario de *Casandra*, aparentando imparcialidad y haciendo la comedia de no cuidarse lo más mínimo de la tesis de esa novela.

Esto me ha sumido en no pequeñas confusiones, para ver cómo podríamos librarnos de semejante estigma los que no hemos entrado en tal conjura, ni quisiéramos pasar por vendidos al oro de la reacción, si hay algo que no nos agrade en *Casandra*. Y, francamente, no se me ha ocurrido cosa mejor que declarar, á la llana, que en los juicios que van á seguir no hay la menor prevención de carácter social ó religioso, y que no estoy conjurado contra *Casandra* ni contra nadie, ni me va en ello un ardite.

Los lectores asiduos de La España Moderna no necesitarán de esta protesta. Ellos me han visto seguir durante años en estas crónicas la labor literaria de Galdós con una preferencia en que había tanta admiración como simpatía hacia el peregrino y robusto ingenio de este eminente maestro de la novela española; he defendido su teatro en los momentos en que era más discutido; combatí la vulgar y falsa apreciación de los que no querían ver en *Electra* más que una diatriba an-

ticlerical con puntos de comedia de magia. No puede sospecharse en mí prevención alguna en contra de Galdós. Si alguna existiera en mi ánimo, sería favorable y no adversa al insigne novelista.

Y ahora una última advertencia antes de entrar en materia. No crea el lector, juzgando por el exordio, que va á leer una diatriba, un feroz artículo contra *Casandra*. No; hay en esta obra aciertos y bellezas que reconozco, siquiera la impresión general que me ha dejado su lectura es la de ser una obra de decadencia, de desmayo de un fuerte espíritu creador.

***

El género.—En *Casandra* hay muchas cosas distintas que considerar, lo cual ya dice que no es obra vulgar ni insignificante, cualesquiera que sean sus defectos. Y la primera de esas cosas es el género. En la introducción de este libro dice Galdós que *Casandra*, como sus hermanos mayores *Realidad* y *El abuelo*, pertenece á un género mixto entre novela y teatro. Es novela intensa ó drama intenso: un drama más analítico de lo que se usa en las tablas, ó una novela menos perezosa en sus desarrollos de lo que suele ser esta clase de obras.

En todas las cosas que participan de dos naturalezas, como estos productos del cruzamiento entre la novela y el teatro, suele predominar alguna de ellas. En *Casandra* domina manifiestamente lo novelesco. Es novela intensa, ó, si se quiere decir más sencillamente, novela dialogada. Si el Sr. Galdós pensara en llevar esta obra al teatro, como hizo con *El abuelo* (lo cual ofrecería probablemente dificultades, porque el asunto de *Casandra* y la manera de desarrollarlo se prestan poco á las condensaciones ó acumulaciones del interés dramático en unas cuantas situaciones capitales, que casi siempre determinan el buen éxito de las obras escénicas, y á la gradación creciente de la emoción que pide la psicología especial del espec-

tador del teatro); si la llevara á las tablas, digo, tendría que introducir en ella notables modificaciones.

La influencia mutua de la novela y el teatro es evidente, mayor acaso la de la primera. Pero como la libertad de la novela es también mayor, por no estar sometida á las condiciones materiales de la representación, los frutos de ese subgénero á que Galdós alude suelen inclinarse á la naturaleza novelesca, y más probabilidades tienen de agradar y de adquirir la relativa perfección de que son capaces, como novelas que como dramas.

El género no es nuevo. ¿Qué es, al cabo, la inmortal *Celestina*, sino una novela dialogada de esta clase? Y si saltamos de los siglos medioevales y de lo más clásico de nuestra literatura al tiempo actual y á lo más moderno de las letras contemporáneas, entre las obras de Rudyard Kipling podemos hallar alguna novela dramatizada de esta clase. No hay que decir que en Francia este género se cultiva mucho. *Gyp*, Donnay, Lavedan, han encontrado, en la rapidez del diálogo de esta novela de conversación, el medio de dar más ligereza y hacer más ágiles y sutiles, más sobrentendidas á medias palabras, sus sátiras mundanas. Y en una esfera superior en pensamiento y en altura literaria, los *dràmas filosóficos* de Renan, más que tales dramas, son novelas intensas, dialogadas, al modo que Galdós las entiende.

Pero no se crea que por ser estas obras mixtas de novela y teatro, un género capaz de alcanzar un grado considerable de perfección, un género que tiene muchos antecedentes y es cultivado frecuentemente en la actualidad, ha de seguirse de ahí que sea una especie literaria dominadora y belicosa que amenace tragarse al teatro ó á la novela propiamente dichos. Convivirá con ellos, influirá más ó menos en uno y otra, ó será ejemplo de su mutua influencia; pero hasta ahora no hay señales de que la novela del porvenir sea forzosamente esta novela dialogada ni de que el teatro futuro se detenga y explaye en análisis prolijos al modo novelesco. Creo más: y es que este

género de novelas dialogadas al estilo de *Casandra* se cultivará siempre mucho menos que la novela usual y corriente. Ofrece mayor dificultad. Es un género en que fatalmente fracasan las medianías y en que no siempre aciertan los maestros.

¿Llena *Casandra* las exigencias del género? A mi modo de ver, sí. Claro está que esta cuestión no tiene nada que ver con el mayor ó menor interés de la obra. Es una cuestión formal, que consiste en si el ejemplar *Casandra* presenta los caracteres del género novela intensa, ó dramática ó como queramos llamarla, de suerte que alcance toda la expresión apetecida. Una novela dialogada es una novela en que toda la parte de descripción de personas, lugares y escenas que hay en las novelas narrativas ó descriptivas tiene que incorporarse al diálogo con peligro de recargarle con un lastre que puede ser harto pesado, ó bien que suplirse con breves acotaciones como las que se ponen en las obras escénicas. Este sistema es el que ha seguido con preferencia Galdós, aunque á uno y otro hay que apelar en obras de esa clase. Hay que reconocer que las breves acotaciones de *Casandra* retratan de mano maestra á algunos personajes, como Rosaura, doña Juana, Insúa, don Alfonso de la Cerda, y trazan con cuatro pinceladas una descripción acabada y expresiva de algunas escenas, como la de los funerales, la merienda de las niñas de San Hilario, etc. La maestría del novelista, que es á la vez autor dramático, se revela en el efecto artístico, certero y hondo, conseguido así con una gran sobriedad de medios.

* * *

El asunto.—Expuesto en dos palabras, es el abuso de legados y donaciones pías. Gran número de personajes de la novela de Galdós, y la novela misma, expresan el sentir, muy explicable, de los herederos naturales ó pretensos de una persona que se encuentran con el desagradable chasco de que los bie-

nes van á parar á la Iglesia. Estas cuestiones crematísticas han agitado mucho á los hombres, no ya sólo en sociedades incrédulas ó de sentimientos religiosos decadentes, como las actuales, sino en sociedades profundamente creyentes, católicas á machamartillo. Las quejas contra la mano muerta que llenan los archivos de nuestras antiguas Cortes no obedecían á un movimiento anticlerical, sino defensivo de las haciendas particulares, y la ley de la Novísima, ampliada por un decreto de tiempo de Fernando VII, que anuló los legados al confesor que asistiera en la última enfermedad al testador, no era tampoco una medida anticlerical en el sentido que hoy se da á la palabra. Así, pues, el asunto que trata Galdós no es en realidad cosa nueva, ni la censura de ese género de liberalidades entre vivos ó por testamento puede decirse que sea revolucionaria de suyo. *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch* son en el fondo sátiras sociales más duras que *Casandra*.

En esta novela vemos á una señora millonaria, Doña Juana Samaniego, marquesa de Tobalina, viuda de un comprador de bienes nacionales y contratista con el Estado, que reunió grueso caudal en dichos negocios. Eso del comprador de bienes nacionales es ya tópico en obras tales. Parece que los liberales que las escriben están contagiados del horror que inspiraba la adquisición de tales predios á los católicos netos, y que no creen que hayan podido adquirirse para bien, ni pueden tener otro destino que el fatal que representa á los ojos de un librepensador ir á engrosar las riquezas de la Iglesia. Diríase que el fanatismo no puede hacer presa en los caudales heredados de la antigua aristocracia, ó ganados en lícitas y honradas industrias, y que sólo los desdichados bienes nacionales ó las ilícitas granjerías son lo que han de ir á parar forzosamente á las arcas eclesiásticas, como si una irresistible fuerza de atracción empujara á los unos á volver al punto de su origen, y á los otros á ser objeto de una especie de restitución piadosa ó sacrificio expiatorio. De todo lo cual se desprende que en el fondo de estas disquisiciones anticlericales

suele hallarse agazapada una tesis ética, que no discrepa mucho de la que profesan los clericales.

Dejando estas filosofías, digamos que en torno á Doña Juana, señora excesivamente devota, y dominada por eclesiásticos y seglares que tienen sus miras puestas en el cuantioso caudal de esta dama, se agita una legión de parientes más ó menos famélicos, pero todos necesitados y ansiosos, á quienes Doña Juana socorre, aunque no en la medida que ellos desearan, sino con parsimonia y tacañería, que no les saca de apuros. Todos ellos, ó los más, esperan, como agua de Mayo, la muerte de la opulenta anciana y los pingües legados que se prometen: el uno, para explotar mejor las tierras de su patrimonio rural y acrecerlas; el otro, para desarrollar sus inventos mecánicos; quién para vivir con holgura, y no falta alguno que para dedicarse al ejercicio de la usura; pues habiendo sido víctima de ella, le parece semejante explotación del prójimo un desquite legítimo, y un sosegado y productivo empleo de la riqueza. Entre estos parientes y herederos presuntos, figura Rogelio, hijo natural del esposo de Doña Juana, el cual vive amancebado con Casandra, hermosa mujer, de quien tiene dos hijos. Este Rogelio, personaje insignificante en la novela, es un anormal, semiloco, que se ha dado al estudio de la demonología: una demonología que cabe perfectamente dentro de los límites del Diccionario infernal de Collín de Plancy ó de cualquier otro libro de vulgarización semejante, y que no tiene otra trascendencia que la de ofrecer coyuntura para poner nombres de demonios á los personajes que son antipáticos al dicho Rogelio, y que, como se figurará el lector, son la propia Doña Juana y los píos y reverendos varones que tienen más mano en la dirección de su casa y conciencia.

Los presuntos herederos de Doña Juana están á punto de padecer un horrible desengaño. La buena señora proyecta disponer, en vida, de sus bienes para obras pías. ¡Calcúlese la desesperación de los parientes cuando se enteran del caso! Una dama aristocrática, que extremaba la devoción para agra-

dar á la beata, casi blasfema; el inventor habla de *echarse á la calle*, de hacer una revolución. Impensadamente les saca de aquel gravísimo peligro Casandra, á quien Doña Juana, deseosa de moralizar á su modo á Rogelio, ha tratado de separar de su amante é hijos, y que en un momento de arrebato da muerte á la de Tobalina. Gracias á este homicidio, que debe de parecerles providencial, los herederos ó legatarios, por virtud de un antiguo testamento, entran en posesión de las ansiadas riquezas, aunque los consejeros de la difunta Doña Juana se las arreglan de modo que consiguen dar un regular pellizco á cada manda. En el fondo de su alma todos estos herederos se alegran mucho de lo ocurrido, y están sumamente agradecidos á Casandra; pero los menos sinceros, por el bien parecer, sentirían que fuese absuelta por los tribunales.

Hay, sin embargo, grandes esperanzas de que el Jurado la absuelva, gracias á un elocuente abogado que se encarga de su defensa, y entretanto se casa en la cárcel con Rogelio, como en las viejas y honradas comedias en que era de rigor que el conflicto terminase en boda.

El tono de la novela.—La acción.—Las psicosis en la obra de Galdós.

No es dudoso que, con estos elementos, un maestro en el género novelesco, como Galdós, ha podido hacer una novela intensa, que no lo fuera sólo en el sentido de novela concentrada en diálogos, sino en el de ser una obra de hondo y palpitante interés humano, reproducción artística de la vida real. Pero el defecto de *Casandra* consiste, á mi ver, en que el asunto está tratado con demasiada pasión, fuera del ambiente de serenidad del observador estético de la vida, y esto hace que se aparte Galdós con frecuencia de la hermosa y robusta naturalidad que es gala de sus mejores obras, de la mezcla de sencillez é ironía bonachona que distingue á muchas de ellas, y se entregue á un estado de exaltación, con ciertos visos de

mística, que hace hablar á los personajes en tono altisonante y que da á muchos trozos de la novela el aire de un sermón laico.

Esto es lo que echa á perder á *Casandra*, y hace que tenga partes que son sin duda una fuerte sátira social y religiosa no desprovista de fundamento, pero en que el interés novelesco desmaya y pierde el irreemplazable atractivo de la evocación viviente de la realidad.

El tono general de la novela es violento y exaltado, sobran disertaciones filosóficas, están rayanos al delirio y aun traspasan la frontera algunos personajes. Para marcar este carácter exaltado, semimístico, contaminado de cierto iluminismo, de la novela, no bastaba la muerte violenta de Doña Juana á manos de Casandra (suceso que yo creo que en la antigua manera de Galdós hubiera sido sustituído por otro desenlace incruento). El novelista necesita algo más, y hace revivir á Doña Juana en la figura de una vieja mendiga, ó al menos hace que se la representen así, rediviva, los obsesionados herederos, singular episodio que parece inspirado en la doctrina búdica y teosófica del Karma.

No toda la novela, aunque sí una gran parte de ella, adolece de este defecto. Hay escenas de una naturalidad encantadora, como la primera y segunda de la jornada tercera entre Ismael y sus hijos, y alguna otra tierna y grave, como la de la jornada quinta entre Rosaura y Casandra, en la cárcel de mujeres. Las figuras infantiles están trazadas con gracia y frescura deliciosa. Rosaura es un excelente tipo de mujer amante, casera y hacendosa; un ejemplar de las mejores virtudes de la mujer española. Algunos otros personajes están dibujados con feliz ingenio satírico. En general, puede decirse que cuando el novelista sacude la exaltación que da á la novela el tono artificioso y altisonante de que antes se habla, vuelve á recobrar sus sobresalientes cualidades y es el Galdós de antes, el verdadero Galdós.

¿Cuál es la causa de esta desviación de *Casandra* del tipo

equilibrado y normal de las novelas de Galdós? Reconozco que estas etiologías literarias son complicadas y difíciles. Con todo, me aventuro á señalar dos hechos como base para la explicación. Uno de ellos está en el peso de una misión. Las misiones ajenas al arte suelen hacer estragos en las obras artísticas. La interpretación que se dió á *Electra* ha ejercido, á mi parecer, una influencia desfavorable sobre las obras posteriores de Galdós, ó al menos sobre algunas de ellas. Se ha colocado el autor en una posición distinta de la de testigo de la realidad, que es la propia del novelista; en la posición de un adalid ó caudillo de la reforma social de España, mirada desde cierto punto de vista. Se le ha dado una misión social, en suma, y esta misión es un cuerpo extraño, un elemento allegadizo que perturba la serenidad estética de sus obras y les da el carácter de un vago apostolado que produce esa desviación de la naturalidad, tan visible en *Casandra*.

El otro hecho es menos aparente. Está por hacer y merecería hacerse, aunque sólo podría llevarlo á cabo un antropólogo y un psiquiatra que fuese á la vez un literato (entre nosotros Salillas, por ejemplo), el estudio de las psicosis en la vasta y monumental obra novelesca de Galdós. Cualquiera que haya leído con atención sus obras, observará que abundan en ellas extraordinariamente los anormales, los matoides, los semilocos y locos por entero; que hay una manifiesta propensión á la psicología mórbida, á las alucinaciones, á los estados patológicos del espíritu. Este elemento, que es accidental en las primeras obras, va acentuándose y ha llegado á adquirir gran importancia en varias de las últimas. En *Amor y Ciencia* y en *Casandra* es importantísimo. En esta última obra varios de los personajes son positivamente semialienados, y proceden y discurren como tales. Este creciente desarrollo de las psicosis no podía menos de perjudicar á la naturalidad de la obra, porque aunque los estados anormales del espíritu son en sí cosa completamente real, fenómenos naturales, en sus manifestaciones suponen un desvío de la realidad, de la mentalidad or-

dinaria, del pensar y el hacer normal, y parece como que la novela misma se contagia algo de la índole de estos personajes.

Con este desarrollo de las psicosis se relaciona la singular reencarnación de Doña Juana en la figura de la mendiga, que es, á mi parecer, una extraña aplicación de la doctrina del Karma; extraña, digo, por lo poco frecuente que es en nuestra novela utilizar elementos tales. La doctrina del Karma es, sin duda, uno de los más ingeniosos y profundos esfuerzos del espíritu humano para explicar el origen de las desigualdades y de los males de todas clase que afligen sin culpa suya á los hombres. Es, como si dijéramos, el nervio moral ó uno de los nervios morales de la creencia en la reencarnación. Según ella, los deseos y los actos del hombre en la vida están tejiendo el destino que ha de caberle en las existencias futuras. Con su conducta, el hombre va engendrando su destino para lo porvenir, fabrica sus vidas futuras. Por eso el verdadero triunfo del espíritu es dejar de engendrar Karma, no dar materia para reencarnaciones futuras, salir del torbellino de las apariencias definitivamente, para sumirse en el nirvana, en la plenitud de lo absoluto. Algo debe de haber pensado en la doctrina del Karma el Sr. Galdós, cuando uno de los personajes dice, hablando de la singular reaparición de Doña Juana: «es un dogma búdico». Puede discutirse la propiedad de esta denominación, pero ella descubre claramente la fuente de este original y raro episodio. Hay que reconocer que la aplicación de la doctrina del Karma está hecha con acierto y fina intención satírica y produce la impresión que sin duda ha buscado el novelista. Ello demuestra el partido que se puede sacar en la novela de toda suerte de ideas, aun de las más apartadas de nuestro ambiente intelectual; pero es á condición de que se conserven la naturalidad y la verosimilitud, que aquí resulta salvada porque los herederos de Doña Juana que tan ansiosamente esperaban su muerte, pueden tener, y es natural que tengan, un extraordinario miedo de que resucite, de que por cualquier medio estu-

pendo y fuera del curso normal de los sucesos humanos se les vaya la herencia de entre los dedos, y esto basta para explicar una alucinación. ¿Resucita, en efecto, Doña Juana? ¿Están alucinados los que creen verla reencarnada en la mendiga? El lector puede elegir la solución que más conforme esté con su temperamento espiritual, pero basta la alternativa para sacar á salvo la verosimilitud novelesca.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: Tres hombres condenados á la rueda.=Costumbres: La corrupción en los Estados Unidos. — Nobleza humana. = Feminismo: El martirio por la belleza.=Filología: El origen del lenguaje según la Biblia, la Filosofía y la Ciencia.=Psicofísica: La voluntad como medio de prolongar la vida.=Literatura: La sátira política en Roma en el siglo XIX. = Impresiones y notas: La novela erótica en Inglaterra.—La enfermedad del sueño.

HISTORIA

Tres hombres condenados á la rueda. — La historia que narra en la *Grande Revue* Stefane-Pol evoca un tiempo en que los errores judiciales eran frecuentes, y hace pensar, como dice con mucha razón el articulista, en la clásica aventura del ciudadano griego que, al ver ardiendo una casa, de noche, empezó á gritar, despertó al jefe de la policía y logró salvar del fuego á varias personas, consiguiendo que se apagara el incendio; al día siguiente, el Tribunal reunido condenó á aquel ciudadano á una grave pena, «por haber comprometido á los magistrados, hecho ruido en la calle y alarmado á toda la ciudad».

Víctimas de una monstruosa calumnia, cuatro artesanos habían sido acusados de robos nocturnos y condenados en Chaumont, el 11 de Agosto de 1785, á galeras perpetuas; uno de ellos había muerto de disgusto durante el proceso, y los otros tres, al revisarse la sentencia, fueron condenados por el Parlamento de París al suplicio de la rueda. Este suplicio consistía en colocar al condenado con las piernas separadas y los

brazos extendidos sobre unas vigas dispuestas en forma de cruz de San Andrés y recortadas debajo de cada articulación, de modo que ésta quedara en hueco; de esta manera, sujeto el reo á la cruz, el verdugo rompía con una barra de hierro, hasta desarticularlos, los brazos, las piernas y el pecho; entonces se le desprendía de la cruz y se le colocaba sobre una rueda, para recreo del público; la muerte tardaba á veces en venir, y los aficionados se deleitaban con el espectáculo.

Como los condenados eran inocentes, pues el crimen había sido cometido por otros, no les faltaron protectores, que obtuvieron del rey la suspensión del suplicio. Pero para salvarles la vida se necesitaba ser más fuerte que el Parlamento que los había condenado, y que hacía cuestión de amor propio que su sentencia se cumpliera. Un hombre tuvo valor de intentar aquella heroicidad: el ilustre é impetuoso abogado Mercier du Paty redactó y publicó, en 1786, una Memoria de 249 páginas, justificativa de la inocencia de los tres acusados; el escrito no estaba firmado, pero contenía una consulta de otro abogado valeroso, Legrand de Laleu, y desencadenó las iras populares contra el Parlamento, que se sintió humillado. Aquel error judicial hizo recordar otros muchos, y se juntó con el descubrimiento de otros nuevos que acababan de cometerse en Ruan, Lyon y Laon, y con la condena de unas muchachas á ser quemadas vivas por crímenes imaginarios, en Caen y en Tolosa.

La exasperación de la opinión llegaba á su colmo, y el Parlamento de París, para imponer silencio á los demasiado celosos defensores de los inocentes, ordenó, el 11 de Agosto de 1786, que la Memoria de Paty y la consulta de Legrand de Laleu fuesen laceradas y quemadas en el patio del Palacio por el verdugo, como «injuriosas á los magistrados, atentatorias á la autoridad y á la majestad reales, y susceptibles de sublevar al pueblo contra las ordenanzas del reino». El cuerpo de los abogados de París se hizo solidario de esta infamia, haciendo comparecer ante él á Laleu, que les apostrofó brillantemente.

«¿Estoy—decía—con mis compañeros, ó ante mis jueces? Esa fuerza, esa energía, esa independencia, ese celo por la salud pública, esa abnegación en la desgracia, que deben caracterizar al abogado, al defensor de los Calas que estuvo sentado entre vosotros, ¿se los habría llevado consigo á la tumba?»

La corporación de los abogados, que veinticinco años antes había borrado de las listas á uno de sus miembros, convicto del enorme delito de haber afirmado que los cómicos eran hombres, se había apresurado á condenar á Laleu sin oirle; pero después de su comparecencia, y ante su energía, juzgó prudente esperar el fallo del Consejo real, que acabó por admitir el recurso de los tres condenados, cuya inocencia era palmaria. Hasta entonces tuvo Laleu que sufrir la humillación de que ninguno de sus compañeros le saludara ni pudiera cruzar su palabra con la suya. Así se administraba justicia en vísperas de la Revolución, y tal era el estado de alma de aquella magistratura y de aquellas corporaciones de abogados. Y ¡gracias que, en este asunto por lo menos, hubo un Consejo de Estado y un Rey que supieron cumplir sus deberes anulando el fallo de un Tribunal injusto, sin dar oídos á los requerimientos de la pasión y del orgullo de clase!

COSTUMBRES

La corrupción en los Estados Unidos.—Tras un trozo de historia moderna (1786 es de ayer), otro trozo de historia contemporánea, de otro género sin duda, pero no menos demostrativo de que el hombre, en todos tiempos y lugares, no ha sido nunca un ángel, y está todavía muy distante del ideal filosófico de la especie.

Según el *Morning Post*, la corrupción en los Estados Unidos sigue su marcha triunfante, amenazando invadirlo todo en su oleada de lodo y de cieno. Hace algunas semanas se descubrió que un funcionario del Ministerio de Agricultura, encar-

gado de recoger los datos sobre la evaluación de la cosecha de algodón, vendía sus informes á los corredores de Bolsa, habiendo sido cogido en flagrante delito con otros dos cómplices. Pero esto es una bagatela.

En estos últimos meses la atención de América ha estado fija en la revelación de las grandes irregularidades descubiertas en la Dirección de una de las más acreditadas Compañías de Seguros de los Estados Unidos. Durante los dos años últimos se han puesto en claro los fraudes gigantescos de tres grandes Compañías por acciones, cada uno de los cuales merece figurar al lado de los más escandalosos que hayamos conocido en Europa.

Desde 1903 tres senadores de los Estados Unidos han comparecido ante los Tribunales de Justicia, y dos de ellos han sido condenados. Hace menos de tres años que la Administración Nacional de Correos apareció como un nido colosal de pillería y corrupción. Filadelfia en este momento ha podido librarse en parte del poder de una pandilla de bandidos, gracias á las medidas más heroicas. El gobernador actual del Misurí no debe su posición sino al valor con que ha revelado, como *attorney* del distrito, el estado de podredumbre del Gobierno de San Luis. Hace algunos meses, el *attorney* del distrito de Nueva York declaraba que la policía de la ciudad es deplorable, que está minada por la corrupción y el *chantage* y en acuerdo formal con los ladrones y los asesinos.

Es imposible hojear un diario americano, de cualquier Estado yanki que sea, sin encontrarlo lleno de detalles de algún escándalo local. En Arkansas, por ejemplo, han comparecido recientemente ante los Tribunales, por corrupción, cuatro senadores y dos diputados; el Senado de California ha expulsado á cuatro de sus miembros por la misma razón; el de Kansas dedica 15.000 duros á comprobar los informes bien fundados que ha recibido sobre bribonadas de sus funcionarios; el de Luisiana trabaja por purgar á la policía de Nueva Orleans del *chantage* y de la protección al crimen; y así podría seguir-

se recorriendo, Estado por Estado, casi todos los que componen Yankilandia, sin cesar de tropezar con infamias, torpezas y venalidades de todo género.

Es una lista espantosa, y tanto más, cuanto que todos esos escándalos afectan al personal político ó á la Administración oficial. No existe, que sepamos, causa general para explicar esta corrupción. ¿Había de ser el amor al dinero más vivo en América que en otra parte, y se perdonarían allí con más facilidad los métodos poco escrupulosos de proporcionárselo?

Si no hay causa general, hay muchas causas parciales, y una de ellas consiste precisamente en el sistema político del país, que no sólo permite á la minoría actuar sobre la mayoría, sino que exige que todos los funcionarios locales, de Estado y federales, sean reemplazados cada vez que hay cambio de Gobierno. Este régimen de constante movilidad del personal expone á los funcionarios á una tentación terrible: sus sueldos son mezquinos é insuficientes, su posición es insegura é inestable; tienen muy poco prestigio público ó ninguno, no dándoles sus cargos ninguna posición social, y están expuestos á una presión del exterior como no existe sobre ningún funcionario ni político de los demás países. De ahí que muchos sucumban; y lo asombroso es que en tales condiciones exista nadie que pueda resistir.

Importa, sin embargo, en estas materias—y esto ya no lo dice el *Morning Post*—no dejarse llevar de las apariencias. La Administración yanki está corrompida: perfectamente. Pero ¿es que esa corrupción resulta del hecho de que haya tántos ó cuántos senadores, diputados ó funcionarios á quienes se haya llevado ante los Tribunales? No; porque el hecho de llevarlos y el de que esos Tribunales los condenen, si prueba que hay corrupción, prueba también que hay medios y voluntad de contenerla. Peor, mucho peor es el caso de otros países en los que no se dé ningún escándalo judicial, pero en los que mansamente, veladamente, pacienzudamente, la corrupción se mantenga y se difunda. A nosotros nos parece Francia más

corrompida mientras la mancha del Panamá se extendía sin llamar la atención de nadie, que cuando después estalló el escándalo y produjo sus naturales efectos: la alarma general, la protesta de todos y el castigo de los culpables.

***

Nobleza humana.—Así se titula un curioso artículo firmado por Marcelo Boulenger en la *Revue Bleue*. Aunque se refiere principalmente á la nobleza francesa, como todo lo que dice es aplicable á la nobleza española, creemos que ha de interesar á nuestros lectores.

Un gentilhombre había fracasado en Chicago; no por feo ni por torpe, sino porque habían sido ya muchos señores semejantes los que habían encontrado allí su media naranja, y comenzaban ya las jóvenes casaderas á cansarse de condes y marqueses. ¿Qué hacer? Un anuncio apareció en los periódicos de Chicago. «El señor conde de Tal, en el último baile del milmillonario Cuál, perdió una antigua sortija de oro con las armas de su casa (aquí la descripción de las armas); el señor conde adora este anillo histórico, dado graciosamente á uno de sus antepasados por la reina Isabel; el señor conde ofrece mil francos de recompensa á quien le restituya este anillo de familia.» Claro es que el tal anillo era una filfa; pero el anuncio produjo su efecto, y las peticiones de matrimonio no tardaron en llegar al hotel, pudiendo el conde elegir á su gusto.

Otro gentilhombre de antigua nobleza se ve acribillado de deudas; pero por el mundo pasea su fealdad una muchacha horrible, hija de un rey del azúcar ó de un gran banquero judío; el gentilhombre cierra los ojos y apechuga con el esperpento, asegurándose así casa, comida, calefacción y carruajes. Por otra parte está el Sr. Fulano, desdichado por no tener otro nombre, y que sería feliz si le llamaran el conde Fulano. El caso no es desesperado: siempre hay en el universo cristiano algún convento ruinoso, alguna Orden religiosa apurada, al-

gún nuncio mal alojado; D. Fulano afloja su bolsa, da algunos pasos en Roma, consiente en pagar crecidos derechos de Cancillería, y cátatelo duque ó conde pontificio y convertido en el conde Fulano ó el príncipe Fulano. Y si le repugna andar en tales tratos y contratos, no le faltará en su ascendencia paterna ó materna algún apellido de partícula que poder resucitar, ó en último resultado plantarse de apellido el lugar en que nació ó la quinta en que vive. Así se multiplican los apellidos nobiliarios, y haciéndose sospechosos se desacreditan, hasta que pronto ó tarde los suprima la ley, obedeciendo á las tendencias igualitarias de la sociedad moderna.

Entretanto hay que vivir de lo que se pueda, y el que no sabe ganarse la vida con una profesión, tiene que buscárselas casándose con una buena dote. Pero ¿qué ofrecer en cambio? ¿Una buena figura? Siempre es algo, y á veces es bastante; pero hay una mercancía mejor: un título. Un condado, un marquesado, un ducado es un capital; sus poseedores no pueden comprar con él fincas ni acciones productivas, pero compran una mujer que las tenga, y es lo mismo en definitiva. Así se hacen felices dos familias: la familia burguesa rica se ennoblece, y el noble arruinado redora sus blasones. Sólo los socialistas pueden desear con lógica la desaparición de la nobleza; los que admiten la legitimidad del capital y de la herencia deben desear que siga el actual estado de cosas.

La nobleza, desgraciadamente, es impopular, no sólo entre la plebe, lo que tiene su explicación, sino entre los escogidos y los cultos. La aristocracia intelectual echa en cara á la de nacimiento varios vicios y flaquezas y, sobre todo, la pereza y la tontería. Es verdad que la pereza del mundo bien nacido es incalificable; pero no le va en zaga la del pequeño rentista ó del empleado. Queda la tontería; y hay que confesar que la del gran mundo es exquisita é inigualable. Penetrad en una reunión distinguida á la hora de los sandwichs ó del té, y una inefable necedad flota en la atmósfera y se huele desde el recibimiento; el menor «sí, sí, querido», el más indiferente

«¿cómo va la señora de Tal?», el más modesto de los monosílabos, suena con una entonación adorablemente estúpida. Sí, la buena sociedad es de una rustiquez intelectual que casi da miedo; y con la vanidad por añadidura, es terrible. Pero allí no está sólo la gente de título: entra la alta burguesía, los millonarios, la alta banca, la alta industria; y eso atenúa sensiblemente la censura de los aristócratas de sangre.

¿De dónde viene, pues, que se juzgue tan mal á esa vieja aristocracia, y que se la quiera expoliar y suprimir? Hay tres aristocracias: la primera es la verdadera, la que tiene sus títulos en regla, vengan de las Cruzadas, del Imperio ó de la Restauración; ésa es legal, y la República la reconoce. Luego viene la nobleza pontificia, cuyos títulos no tienen ningún carácter legal, pero que pueden, sin embargo, citarse, fijando su procedencia, y diciendo, por ejemplo: «El Sr. Tal, conde pontificio ó marqués romano», como puede decir «físico, espiritista ó torero». En último término está la nobleza de generación espontánea, puramente ficticia, aunque innumerable. De estas tres noblezas, la primera evoca las glorias del pasado, y al suprimirla se empañaría la imagen de la nación; la segunda evoca ideas de tráfico y de corretaje y la poesía de los suizos del Vaticano, y no hace daño á nadie; y la tercera se compone de una canalla útil, actores excelentes en su papel de insolencia y de vanidad. ¿Vale la pena de barrer todo eso?

FEMINISMO

El martirio por la belleza.—Una verdadera joven lleva su belleza—dice Jorge Leconte en la *Revue Bleue*—como la flor que se abre en la alegría de una mañana de primavera; no ignora su belleza, pero no piensa en afilar ese arma de conquista. Más tarde, hecha mujer, es bella también con todo el esplendor que resulta del amor feliz; y transfigurada por las misteriosas felicidades que lleva en sí, no pide al pleno floreci-

miento de su belleza sino el ser largo tiempo el reflejo magnífico de sus profundas alegrías. Y por último, cuando las fatigas de la vida han empalidecido los encantos de la juventud y de la madurez radiante, la verdadera mujer se reviste de una sonriente y tranquila majestad, en armonía con la nueva etapa de su vida. Y como esta mujer, tan digna siempre en sus distintos papeles, no se cuidó jamás de hacer de su hermosura un medio de bullicio y de botín, no tuvo que recurrir á supercherías lamentables, y cuando más se ingenió en mantener su belleza con la mayor gracia posible en su natural brillo, y lo consiguió no entregándose á vanos trabajos de restauración, sino cuidando de su belleza moral; porque para conservar la carne firme, la mirada clara y la tez fresca, la única estratagema—que no se encuentra en las perfumerías ni se compra con dinero—es mantener intacta la juventud del corazón y la tranquilidad de la conciencia.

Pensad, en cambio, en la educación de las jóvenes nacidas en el artificio; la comiquería instintiva, desarrollada con el ejemplo y los aplausos de la familia; la ciencia precoz de la vida mundana, con las astucias é hipocresías puestas en juego para aprovechar bien todas las relaciones; el temprano despertar de las perversidades, que empañan la frescura del sentimiento, y de las coqueterías, que corrompen la gracia. Casi desde que viste de corto sabe todo eso, y á partir de aquel momento, hasta la extrema decrepitud, vive la misma vida de fiestas, intrigas, coqueterías y aventuras. Y como para reinar en los salones, para mantener su prestigio y sus provechos es preciso que permanezca invariablemente joven y deseable, fuerza es á esta virgen irrisoria, á esa mujer de corazón desflorado, á esa vieja verde, endosar los colores y la plástica de su papel.

La demasiado discreta inocencia no tendría atractivo suficiente para el papel de conquista que se le asigna; son precisos la pimienta y la violencia del artificio, la crema y los polvos en la tez, el toque sangriento en los labios, el paseo del lá-

piz en las cejas; luego, cuando el matrimonio haya venido á librar á nuestra joven de ciertas trabas de actitudes y palabras, es indispensable que la belleza se acentúe para asegurar el triunfo de la nueva casa, acreditar la importancia de su salón y afirmar el poder del hombre con quien se ve enlazada; para esto hay que prodigar su sonrisa, su hermosura, su gracia, aumentando todas las seducciones; la poca frescura que quedaba no tarda en marchitarse, y hay que suplirla con brochazos más vivos de bermellón ó lapicerazos más atrevidos de negro.

¿Qué ha de suceder con ese sistema de vida? La máscara de gracia, ó de alegre picardía, ó de elegante lascivia que cada una ha tomado, según sus circunstancias, y que se viene endosando desde hace años, acaba por incrustarse en el rostro, en los pliegues de los párpados, en las comisuras de los labios; la mueca que ha parecido graciosa, la sonrisa picaresca que ha tenido siempre éxito, se han prodigado tanto, que ahora nervios y músculos, ejercitados en este juego, lo recomienzan sin cesar y la carne lleva su marca, impresa para siempre; aquel risueño pliegue de la boca que se prolongaba como un trémolo de dicha sobre la curva deliciosa de la mejilla, se ha convertido, al cabo de veinte años de repetición, en un seco barranco que, entre dos promontorios granujientos, va á juntarse con las dos salientes de la barbilla; y la menor sonrisa, antes tan seductora, pone en relieve esta aflictiva topografía. ¡Qué gimnasia tiene que imponer á su cuerpo esa mujer para poder seguir desempeñando su papel!

Ahí tenemos á la señora Focinard, que se pavanea en sociedad desde los diez y seis años. A los tres comenzó á ostentar sus gracias en bailes de niños; luego, en visita ó participando de los ritos del té, se ejercitaba en la mueca mundana, en la mímica del papel que la tocaba representar; perpetuas fiestas, antes de su entrada en el mundo, la adiestraron en el manejo de las paradas, y cuando á los diez y seis años fué lanzada en sociedad era ya una maestra. Entonces empezó la gran vida:

barnizados, visitas, tés, conciertos, conferencias y bailes; luego el matrimonio, y desde aquel instante, libre de toda traba, el vértigo; ni un minuto de descanso; de la mañana á la noche en la brecha. Es un milagro que los nervios resistan aquel baile de San Vito.

Aquella figuranta se extenúa y se marchita: desde su misma primavera ayudó á la naturaleza con sus cajas de lápices y de polvos y sus tarros de crema; pero aquello era un juego; después había que reparar los estragos de la fatiga, y aquello era ya otra cosa. ¡Oh terror de las digestiones penosas bajo la armadura del corsé, con la rígida actitud de parada en la atmósfera asfixiante de los salones! Pero ¿qué hacer? Hay que dejarse ver, deslumbrar al mundo con su lujo, con su felicidad, con su éxito; si no, pronto es una olvidada. ¿Y cómo retirarse? ¡Precisamente cuando se va á llegar á la cima! ¡En el momento en que el esposo alcanza las más altas posiciones y se tiene entre manos la pesca decisiva de una dote deslumbradora para el hijo ó de un partido brillantísimo para las hijas! Sin contar con las delicias de aquella vida fastuosa... ¡Imposible! Sería condenarse á morir de esplín y de tristeza después de haberse acostumbrado al vértigo de la vida del gran mundo.

Entonces es cuando la lucha por la belleza, graciosa en la primera juventud, pintoresca en los comienzos de la madurez, conmovedora y melancólica más tarde, se convierte poco á poco en drama punzante, acabando en bufonería siniestra y ridícula. Pensad en el mareo de la regordeta gatita golosa que quisiera relamerse con golosinas, y que se ve obligada para no engordar á refrenar su deseo. Pensad en la delgada, que, para no acabar de convertirse en un paquete de huesos descarnados y nervios convulsos, obliga á su estómago al suplicio de las harinas y de las féculas. La carne protesta contra los estrujones del corsé, que estrangula las vísceras; pero ¿qué importa? Hay que comprimirla, apretujar bajo las ballenas esas entrañas que se lamentan, y disimular con una sonrisa la

mueca del dolor que se siente para ofrecer al mundo que contempla una silueta de hermosura y de gracia.

¿Estáis cansada, soñolienta, y quisierais acostaros pronto? ¡Qué locura! Es precisamente la hora en que, bajo los reflejos de las luces, goza la mujer moderna de toda su seducción. Por apatía ó por entorpecimiento ó cansancio querríais pasar una mañana en la cama. ¡Imposible! Pensad que almorzáis fuera de casa, y que antes de eso, hacia las once y media, hay que dejarse ver en el Bosque de Bolonia, y que tenéis, además, que probaros un vestido, sin contar con los mil cuidados ordinarios de la casa, las tarjetas que poner, los billetitos que escribir ó que contestar, las llamadas por teléfono que atender ó que hacer para mantener vuestras relaciones, y, sobre todo, las dos horas que necesitáis para el terrible combate que diariamente libráis en vuestro tocador para defender vuestra belleza. Porque antes, en la juventud, aquello no era más que un vistazo al espejo y cuatro pases ligerísimos: una torsión del sedoso moño, una caricia del peine á los ricitos, una cinta por aquí, un lazo por allá, una nube de polvo y la firma roja en los labios para llevar la marca de la época. Pero ¡ahora! Tinturas, masajes, elixires, pomadas, todo se necesita. Y lo peor es que la carne se venga de tales ultrajes, y se presenta seca, rugosa, granujienta y llena de manchas. Es aquello un duelo enternecedor, en el que hay que apresurarse á reir para no echarse á llorar.

Así la señora de Viravolta, cuya piel, tersa por diestros amasamientos y vivificada por misteriosos elixires, conservó hasta la muerte, ya que no el brillo, cierto recuerdo de juventud, nos ha asombrado con la defensa de su hermosura. Pero su doncella, que se ha enriquecido en su servicio, y que se venga de medio siglo de campanillazos divulgando los secretos de su señora, nos ha contado á qué costa prolongó su reinado esta víctima del placer y de la elegancia.

Tres veces por semana la señora de Viravolta corría misteriosamente á un salón de perfumería que, con el nombre de

«Templo de Belleza», se abría en la calle de Taitbout. Allí tenía que codearse con todas las miserables víctimas del amor venal, con las cómicas y con las mujeres que iban en busca de una sombra de juventud para seguir gozando ó viviendo. Llegada su vez, la señora de Viravolta se ofrecía llena de esperanza á todas las manipulaciones: sobre las hinchazones de su rostro paseaban botones eléctricos que, haciendo vibrar nervios y músculos, provocaban desopilantes muecas; luego, como sobre un camino destrozado, un rollo apretado con fuerza obligaba á meter en las arrugas los montículos de carne de los lados, y para consolidar estos trabajos de terraplén, la embadurnaban las mejillas con un emplasto de ocre que la ponía como una patagona; para disolver luego aquella costra y rosear la piel, llovían sobre la pobre señora arroyos de diabólicas mixturas, casi como las que sirven á los encuadernadores para colorear los cueros de las tapas; otro betún, de color de caca de oca, tenía por objeto atenuar la quemadura de aquel elixir; luego otra agua, parecida á gelatina de grosellas, barría á su vez aquella pomada verduzca; luego, so color de afirmar las carnes y borrar las arrugas, el alquimista bañaba el rostro de la paciente con diversas lociones, á cual más costosas, una dorada que olía á limón, otras rosadas con perfume de madreselva. Y al cabo de dos horas de tratamiento y después de haber pasado por todos los colores (amarillo rojizo, azul, caca de oca, grosella, verde botella, amarillo limón y rosa), la señora Viravolta se encontraba encantada de verse con su propia piel y su verdadero color.

¡Y pensar que en todo ese gran mundo hay cientos y miles de mujeres que se someten á la repetición diaria de ese espantoso tormento! Cuando se las ve pasar deslumbradoras, radiantes bajo las luces y desbordando vida, juventud y alegría en la eléctrica atmósfera de placer de los salones, ¿quién puede pensar en que aquella espumosa cabellera dorada debe sus efluvios de sol á las drogas, y que el brillo nacarado de aquel escote es resultado de un sabio trabajo químico, y que

aquella nariz y aquella barba y aquellas mejillas han tomado la forma con que se nos presentan á fuerza de descargas eléctricas?

¡Cuánta energía, cuánta perseverancia consumidas en esa tremenda lucha de la mujer por conservar su belleza! Para las pocas que, hastiadas de goces, se resignan á dejarse envejecer, ¡qué alivio deben sentir ostentándose felices, sonrientes y pacíficas como unas ruinas al sol!

*

FILOLOGÍA

El origen del lenguaje según la Biblia, la Filosofía y la Ciencia.—El lenguaje puede definirse—según dice el profesor Adolfo Astioli en la *Italia Moderna*—el respiro de la inteligencia, sin el cual sería muda la memoria, sin ídolos el corazón, sin fantasía la imaginación, sin tesoros la mente. Quien preguntare de qué modo las imágenes pintadas en el ojo pueden representarse por sonidos, con poder para expresar ideas y despertarlas en los demás, propondría un problema de tanta dificultad como el de sustituir el color por el sonido, el sonido por el pensamiento y el pensamiento por una voz pintoresca.

En realidad, la palabra no es sólo un signo exterior mecánicamente relacionado con el pensamiento. El pensamiento es una palabra interior, y la palabra es el intermedio entre la inteligencia y su objeto; la palabra es el instrumento de las ideas, no su origen. Entre los sonidos emitidos por el bruto y la palabra humana hay tanta distancia como del cero al uno. El pájaro hace siempre los mismos trinos, como muge el buey ó cacarea la gallina. El hombre tiene un lenguaje exclusivo: no habla si no oye, como sucede con el sordomudo. ¿Quién inventó ese artificio maravilloso de la palabra humana?

La respuesta hebraica está en la Biblia: Dios llevó á los animales ante Adán, que les dió un nombre á cada uno, y el lenguaje fué revelado al hombre por Dios. La Filosofía hace

una objeción: si el lenguaje no es obra nuestra, ¿cómo se hace entender si no se asocia al sonido percibido el pensamiento que le corresponde? ¿Por qué el caballo ó el perro, aunque oyen el sonido de las palabras, no comprenden su significado? Gioberti, para salir al paso de esta dificultad, distingue entre el pensamiento intuitivo que precede al lenguaje, y el pensamiento reflejo que lo presupone: el lenguaje no es el factor de las ideas, sino su instrumento indispensable. A esta doctrina contestan los filósofos modernos: puesto que la intuición de las ideas está siempre presente y el sonido del lenguaje es percibido por el niño desde que nace, ¿por qué éste no comprende y habla súbitamente? El hombre habla solamente cuando es capaz de ideas generales. Cuando el individuo está encerrado en sí, sus sensaciones son mudas. El lenguaje es comunicación entre espíritu y espíritu, y lo que hay de común entre éstos es y no puede ser otro que lo universal.

Los modernos estudios filológicos prueban que el origen de las lenguas es anterior á toda tradición histórica. Bopp, creando la Gramática comparada, reveló el mecanismo del lenguaje, y, tras él, Guillermo Humboldt demostró que todo lenguaje, aunque es una emanación de la naturaleza humana en general, constituye en sí mismo un organismo particular que refleja el carácter especial del pueblo que lo habla.

Por lo demás, Lucrecio había propuesto, respecto al origen del lenguaje, una teoría inadecuada desde luego, pero orientada hacia la verdad, que fué la siguiente: «La naturaleza obliga al hombre á intentar los varios sonidos de la lengua, y á sacar así los nombres de las cosas; muy semejantemente vemos cómo la incapacidad para hablar conduce á su vez á los niños al uso de los gestos». Entre los primeros Padres de la Iglesia, el único que participó de esta idea fué San Gregorio Nacianceno; todos los demás fundadores de la Teología cristiana acogieron la idea de que el idioma original hablado por Dios y enseñado á los hombres fué el hebreo, del que brotaron todas las demás lenguas después de la destrucción de la torre de Ba-

bel; esta doctrina fué sostenida especialmente por Orígenes, San Jerónimo y San Agustín. La Reforma protestante, al ensalzar el valor de la Biblia, intensificó la devoción de la Cristiandad por esta teoría sacra del lenguaje; y sostenida así por los libros sagrados, los Santos Padres y los grandes maestros de la Reforma, era aceptada como cosa indiscutible por todo el mundo culto.

Leibnitz fué el primero que se atrevió á impugnar la primitividad del hebreo, declarando que había tantas razones para suponer que el hebreo hubiera sido el lenguaje primitivo de la humanidad, como para adoptar la idea de Goropio, de que el holandés había sido la lengua hablada en el Paraíso; Leibnitz aplicó el método inductivo á los estudios lingüísticos, y excitó á formar vocabularios y gramáticas comparadas, dando así el primer impulso á estudios serios, que no tardaron en producir las obras á que dieron su nombre Catalina la Grande, de Rusia; el jesuíta español Lorenzo Hervás, y el alemán Adelung con su *Mitrídates*.

El descubrimiento del sánscrito fué la chispa eléctrica, que permitió cristalizar en forma regular los elementos vagos y dispersos encontrados por los sabios. El pequeño grupo de eruditos que se distinguieron en estas investigaciones, no tardaron en ser tachados de herejes por los teólogos, que veían así derrumbadas sus creencias. Se llegó con Dugald Stewart á declarar fraudulento el descubrimiento del sánscrito, y se pretendió, para dejar algo á salvo del antiguo dogma, que el hebreo era lengua emparentada con la primitiva. Pero sabios tan autorizados y tan cristianos como Guillermo Jones y Federico Schlegel acabaron de derribar el vetusto edificio levantado por los Padres de la Iglesia y los hombres de la Reforma, y nadie sostiene ya con autoridad la teoría del hebreo como lengua primitiva.

En Alemania, sobre todo, la ciencia filológica tomó tan fuertes posiciones con Schlegel, Humboldt, Bopp y Grimm, que se hizo inexpugnable. Los príncipes del pensamiento teo-

lógico no han aceptado, sin embargo, todavía abiertamente las conclusiones de la ciencia sobre el origen de la palabra. Si bien se mira, se notará que ningún daño sufre por estas conclusiones la religión: nada importa la suerte que hayan corrido los nombres impuestos por Adán á las cosas, ni el origen del nombre Babel, ni la dispersión del género humano; nada de esto afecta á los dogmas fundamentales del Cristianismo, y así se comprende que entre los más notables investigadores en Lingüística y Filología figuren ilustres sacerdotes católicos y protestantes.

PSICOFÍSICA

La voluntad como medio de prolongar la vida.—El siglo XIX—dice en *La Revue* su inteligente director, Juan Finot—ha tenido el mérito de sancionar y explicar la existencia real de hechos mirados antes como falsos ó como milagrosos. Los fenómenos más inverosímiles han recobrado su barniz de realidad: hoy admitimos las llagas de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena; su atención, sostenida y fija sobre los puntos en que los clavos y la lanza atravesaron el cuerpo de Cristo, provocaron llagas y derrames de sangre. ¿Por qué negar el hecho palpable de la sugestión, cuando tantos otros más extraños se presentan á nuestra vista? Richet y Barthelemy citan el caso de una madre muy nerviosa que asiste un día á un espectáculo terrorífico: una pesada barra de cortina amenaza desprenderse y caer sobre su hijo; la impresión fué tal, que en el cuello de la madre se formó un círculo eritematoso en el mismo sitio en que suponía que el niño iba á recibir el golpe de la barra.

La influencia de nuestras ideas y sensaciones sobre nuestro cuerpo son múltiples. Basta leer lo que Charcot, Hack Tuke y tantos otros han escrito sobre las curaciones por sugestión, para no dudar ni un momento de los milagros de Lur-

des. El descubrimiento de los nervios vaso-motores, hecho por Claudio Bernard, ha permitido poner orden en los hechos obscuros que provocan la sugestión y la autosugestión: hoy conocemos la acción capital del cerebro, que con ayuda de los nervios vaso-motores obra sobre todos nuestros órganos; los latidos del corazón pueden contenerse, acelerarse y hasta paralizarse bajo el efecto de las emociones, como la cólera ó el miedo: un susto ó una irritación muy fuerte puede hasta matar por síncope. Se necesitarían volúmenes enteros para relatar los casos de la *acción material* del espíritu sobre el cuerpo. Según Hack Tuke, los fenómenos engendrados por el espíritu pueden clasificarse en cinco grupos: estesia, hiperestesia, anestesia, parestesia y disestesia.

Bajo la acción del pensamiento se percibe una sensación en determinada parte del cuerpo; Herbert Spencer dice que viendo frotar una pizarra con una esponja seca sentía la misma impresión que si fuera él mismo el objeto frotado; cuando prestamos atención á un golpe que nos amenaza, sentimos todos sus efectos antes de que llegue. Al lado de estas *estesias* conocemos otros de exacerbación de la sensibilidad (*hiperestesias*), sobre todo por la sugestión; basta indicar á un individuo hipnotizado que tal sitio de su cuerpo le causa dolores, para provocar en él la realidad del fenómeno. La misma sugestión desarrolla también una especie de insensibilidad (*anestesia*); mucho antes del empleo del cloroformo se servían del sueño mesmérico para practicar las operaciones más complicadas, como la ablación del seno hecha por Cloquet en 1829. El caso de la aparición de dolores locales bajo la influencia de otros semejantes (*parestesia*) es también conocido: uno de los más célebres novelistas contemporáneos no puede ver á una persona que sufra de la garganta sin sentir el mismo dolor. Bajo la influencia de un disgusto, los cabellos cambian de color en el espacio de una noche; la idea del disgusto sufrido provoca lágrimas; el furor obra sobre las glándulas salivares; la vergüenza enciende el color de las mejillas; el miedo acciona sobre el co-

razón y los órganos digestivos; la alegría facilita la digestión, y la cólera envenena el organismo.

La Naturaleza ha puesto así á nuestra disposición ciertos medios de acción para facilitar el logro de nuestra dicha en la tierra. Y, sin embargo, son muy pocas las personas que utilizan esos medios, si es que no los emplean al revés. Llegados á cierta edad, nos intoxicamos por la idea del fin próximo. Perdemos la fe en nuestras fuerzas, y éstas nos abandonan. So pretexto de que la edad pesa sobre nuestros hombros, tomamos costumbres sedentarias, y dejamos de velar activamente en nuestras ocupaciones. Poco á poco nuestra sangre, viciada por la ociosidad, así como nuestros tejidos mal renovados, abren la puerta á todas las enfermedades. La vejez precoz nos asedia, y sucumbimos antes de lo debido, á consecuencia de una autosugestión nociva.

Pues bien: tratemos de vivir por autosugestión, en lugar de morir; hagamos entrar y triunfar en nuestra conciencia la posibilidad de vivir más de cien años. Gœthe lo ha dicho muy bien: «el hombre puede ordenar á la naturaleza eliminar de su sér todos los elementos extraños que le producen el sufrimiento y la enfermedad». Hay que almacenar en nuestro cerebro sugestiones bienhechoras, serenas y confortantes. Conocida es la base fundamental de la secta de la «ciencia cristiana» de los Estados Unidos: ante una enfermedad manifiesta, afirma y sostiene que no existe, y sugiere la idea de que basta la oración para curar todos nuestros males; y así ha obtenido curas maravillosas y conquistado millones de adhesiones.

Estudiando de cerca la vida de los centenarios, se ve cuánto les ha ayudado la fe optimista en sus fuerzas á soportar el peso de sus años. El barón de Waldeck, que murió en París á los ciento nueve años, no dejaba de creer que viviría mucho tiempo todavía; á los ciento dos años emprendió, con la casa Didot, una enciclopedia de arqueología mejicana en tres tomos, sacando de su apasionamiento por el trabajo razones de vivir. Rigaud, el decano de los alcaldes de Francia en la Exposición

de 1900, se levantaba, á los noventa y dos años, á las cuatro de la mañana, y se ponía en seguida al trabajo después de friccionarse con agua fría. El almirante inglés W. lleva, á los ochenta y siete años, la misma vida activa que cuando tenía treinta. Margarita Neave, que murió, en 1904, á la edad de ciento once años, seguía preocupándose de lo que pasaba en el mundo, y todos los años enviaba á la reina Victoria, el día de su cumpleaños, un telegrama de felicitación. La señora Viardot, la gran amiga de Turgueneff, sigue dando lecciones de canto á los ochenta y cuatro años, y á su vida activa y á la falta de toda sugestión depresiva debe esa juventud de espíritu que la hace ser todavía una de las más agradables conversacionistas de París. Filiberto Audebrand sigue escribiendo y publicando, á los noventa años, sus deliciosos recuerdos de juventud. Recordemos todos los hombres célebres nonagenarios ó centenarios que se han distinguido siempre por su actividad infatigable y la fe «en su juventud»; cuando se reflexiona sobre su caso, se ve que es la sugestión de la fuerza, la convicción innata de la resistencia posible, así como la ausencia de ideas deprimentes, la que había, sobre todo, contribuído á la conservación de su salud y á su prolongada longevidad. De este modo vemos cuán importante es cerrar su corazón, ó más bien su cerebro, á toda idea nefasta sobre los límites mezquinos de la vida.

La naturaleza, que ha creado los venenos, ha puesto á su lado los antídotos. ¿Qué más desolador para casi todos los mortales que la idea de la vejez inevitable? Y, sin embargo, esa vejez, tan calumniada y tan temida, contiene en sí misma delicias inesperadas; todo depende del ángulo en que nos coloquemos para observarla. Las sugestiones malas nos vienen, sin embargo, de todas partes; pensamos demasiado en las enfermedades de nuestros órganos, en el desgaste de nuestros tejidos, en la decrepitud fatal. Desconfiamos de nuestras fuerzas físicas é intelectuales, de nuestra memoria, de nuestros dones de conversación y de trabajo; porque los enemigos de nuestra di-

cha nos acechan por doquier. La necesidad de cortarles el paso por medio de buenas autosugestiones se hace cada vez más evidente.

Nuestras supersticiones tienen también en esto su parte de responsabilidad: nos imaginamos que á los sesenta años ha sonado la hora del retiro, y á veces antes, y abandonamos nuestras ocupaciones, ejercicios y placeres: así nos retiramos de la vida, que á su vez se retira de nosotros. La fisiología, sin embargo, nos demuestra que nuestro organismo puede todavía ejecutar *todas* las funciones fisiológicas; y si la digestión ú otra función se halla perturbada, no hay que acusar á la edad, sino al mal uso que hemos hecho de ella. La estadística prueba—y eso en París, con todas las malas condiciones de lo aglomerado de su población—que la edad crítica de la vejez es la de ochenta á ochenta y cinco años; pasada esa edad, hay más probabilidades de morir de muerte natural, y cuanto más viejo se es más seguro se está contra las enfermedades, pasados los ochenta años; la muerte por pneumonía, enfermedades del corazón y congestión cerebral, no es tan frecuente pasados los sesenta años como se cree de ordinario.

La economía racional en el uso de nuestros órganos puede conservar su funcionamiento mucho más de un siglo, sobre todo si desde la juventud se penetra uno de esa verdad. Pero ¿cómo reaccionar contra las influencias funestas que nos acechan? Observémonos en la desgracia y en la felicidad. ¿Qué vemos? Basta á veces que nos digan algo dulce y agradable para que la paz y la serenidad desciendan á nuestras almas. Es más: á veces, invadidos por la tristeza, nos ponemos á reflexionar sobre nuestro caso; poco á poco vamos viendo que no hay motivo para desesperar, y nos tranquilizamos. Nada más fácil para llegar al puerto de la dicha que dejarse llevar de las corrientes optimistas.

Todos aquellos que se sienten incapaces de practicar esta filosofía consoladora pueden todavía recurrir á un medio de asombrosa sencillez y de no menor eficacia. Conocida es la his-

toria de aquel enfermo que, padeciendo neuralgias, razonaba su mal tan bien que acabó por hacerlo desaparecer. Se trata de autosugestionarse para cada caso dado, en lugar de recurrir á una doctrina general. ¿No nos enseña la psicoterapia que ciertas enfermedades desaparecen como por encanto á consecuencia de sugestiones constantemente repetidas? El doctor Regnault cuenta que, teniendo que asistir á un hipocondríaco, le aconsejó que escribiese todas las noches en la pared estas palabras: «estoy alegre», y que se durmiese contemplándolas; unas semanas después la alegría empezó á visitar su alma. ¿Quién de nosotros, hablando de Dios, no se vuelve instintivamente hacia el cielo? La ciencia y la razón no pueden nada contra la repetición mecánica de estas palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos».

¡Qué recursos inagotables se ofrecen así contra las depresiones del ánimo y las invasiones de los años! No dejemos de pensar en los ejemplos consoladores de la vejez serena y de la longevidad probable; poco á poco nos formarán una guardia de honor nuestras visiones optimistas, velando por que las aprensiones emponzoñadas no envenenen nuestra conciencia. Nuestros temores irreflexivos, al desmoralizar nuestra conciencia, aceleran su marcha destructiva. Suframos sobre todo la sugestión más poderosa, la del trabajo; continuemos nuestra juventud bajo su influencia protectora. Ocupemos nuestro espíritu y no dejemos en la holganza debilitarse nuestro cuerpo. No pensemos nunca en envejecer. Así retrasaremos la llegada de la vejez y de la muerte.

LITERATURA

La sátira política en Roma en el siglo xix.—Roma ha sido en la antigüedad la ciudad por excelencia de la sátira, y ya decía el gran lírico latino que *satyra tota romana est*. En la Edad Media desapareció ó, por lo menos, tomó formas que nos son desconocidas. Pero llegado el Renacimiento, apareció

Pasquin, y con él en el siglo XVI resucitó la sátira. Jorge Bourgin estudia en la *Grande Revue* la historia á grandes rasgos de ese género especial de sátira introducido por Pasquin, y los resultados de ese estudio son los que ofrecemos á nuestros lectores.

No se sabe á punto fijo quién fué Pasquin; un sastre maldiciente, un barbero ó un maestro de escuela ó una tertulia de poetastros. Lo positivo es que, desde 1500, en el zócalo del torso informe que adorna el ángulo del palacio Braschi comenzaron á verse pegados papelitos satíricos, leídos y comentados burlescamente por los transeuntes, con tanto éxito, que de buena gana el Papa Adriano VI hubiera mandado arrojar el torso al Tíber, si el duque de Sesa no le hubiera hecho notar que desde el fondo del río seguiría Pasquin hablando como las ranas de la fábula; al principio los papelitos estaban en latín, como el lanzado contra el Papa Urbano VI (Barberini), que es el primero de que se hace mención, y en el que, aludiendo á la orden dada por este Papa de fundir varios bronces antiguos para hacer cañones, se decía: *quod non fecerunt Barbarit, fecit Barberini;* más tarde se escribieron en romanesco ó italiano, adquiriendo el carácter popular que los distingue. Pronto Pasquin fué insuficiente para la censura, y entonces se recurrió á la estatua de Marforio; en ésta se pegaban preguntas insidiosas, que luego eran contestadas por Pasquin; después se utilizaron también con el mismo objeto los monumentos de Lucrecia y del abate Luis, y así se desahogaba el pueblo con sus pasquines. Los Papas tuvieron que aguantarse: Sixto V, el Concilio de Trento y Benedicto XVI formularon penas contra los satirizantes; pero todo fué inútil, y este género de sátira vivió hasta que la libertad de la prensa, con la caída del reino papal en 1870, la hizo inútil.

A fines del siglo XVIII Roma acogió muy mal la revolución y los franceses, y Pasquin se mofaba de la república romana instaurada por el Directorio. «¿Qué tiempo hace, Pasquin?»—preguntaba Marforio; y Pasquin respondía: «Tiempo

de ladrones». Sobre unos árboles de la libertad se habían puesto gorros frigios, y Pasquin decía: «¡Arboles sin raíces, gorros sin cabeza! Roma en verdad no seguirá siendo República!»

Proclamado emperador Napoleón, Roma seguía siendo hostil al espíritu francés. He aquí cómo trataba Pasquin á Napoleón: «Asesino coronado á quien se llama héroe, el primer ateo entre los ateos de la tierra, tirano infame, que haces descansar tu imperio sobre horribles carnicerías: por ti gime Europa y por ti languidecerá, consumida por tantas miserias, y más cargada de sangre que de lágrimas; un solo instante más, y pasto inmundo será para los perros tu despojo exangüe, vil oprobio del hombre, horror del mundo». Los clérigos se desatan en injurias bíblicas en que se compara á Napoleón con Baltasar, con Judas, con Herodes, y uno de ellos dice: «Si no lo cuelgan, bien veo que irá todavía más arriba, al mismo cielo, á robar la substancia divina al Padre Eterno». Otro lo compara con César: «César, como tú, dió la paz suprema á la tierra, regada por él de sangre; César, como tú, elevó al trono á los que había vencido; César, como tú, extendió su mano hacia el último poder; César, como tú, cargado de laureles, dió leyes á los vencidos; César, como tú, obtuvo todos los honores y dignidades: no te falta más para ser César que un Bruto». De Murat, rey de Nápoles, decía: «Fué rey cuando los monarcas y las reinas salieron de las plazuelas y de los lupanares».

Caído Napoleón y vuelto Pío VII á Roma, Pasquin sigue siendo *zelante* exaltado, enemigo de toda innovación, y hace la guerra al cardenal Consalvi por ser moderado y querer gobernar transigiendo. «El alma de Pío VII, dice, vuela al cielo.—¿Quién eres?—le pregunta San Pedro.—Tu sucesor soy, defensor de la fe y del Evangelio.—¿Y las llaves?—No las tengo.—¿Y esperas entrar aquí sin las llaves que se te han confiado para el Gobierno divino?—Consalvi es el que las ha tenido siempre; le he mandado un correo, pero tampoco las tiene él, porque se las ha cogido su camarero favorito.»

El Cónclave se había reunido, y los pasquines llovían ridiculizando á unos y á otros. Elegido el zelante Genga que tomó el nombre de León XII, Pasquino se revuelve contra sus intransigencias, que le hicieron restablecer la picota y declarar obsceno el vals, y á la muerte del Papa, que murió á consecuencia de una operación por su antigua mala vida, Pasquin se despachó á su gusto: «Un extranjero, viendo pasar á Genga, preguntó: ¿es ése el Padre Santo? El capitán de los suizos respondió: santo no, pero padre sí». Sobre su sepulcro proponía se escribiese: «Aquí yace Genga, para su descanso y el nuestro». También se fijaban anuncios como éste, que revelaban las aficiones del Papa á los jesuítas: «Quien haya encontrado alguna persona llorando la muerte de León XII, que la lleve á la sacristía de los jesuítas, donde la darán cien escudos de gratificación».

Durante el nuevo Cónclave, los pasquines no cesaron, zarandeando los nombres de los presuntos candidatos con sus vicios y ridiculeces. Fué elegido Pío VIII, que era bastante feo y muy grueso, pero que sólo reinó veinte meses. Belli hacía decir á Pasquin: «¡Vaya una flor de Papa! ¡Ay! Tiene de herpes lleno el cuerpo y sin un diente; es tuerto y anda cojeando. ¡Qué triste figura de Cristo sobre la tierra!» Cuando murió, dijo: «Nuestro Pío fué Papa, vivió y murió; y gracias á Dios, nadie lo ha notado».

Elegido Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI, y á quien los ferrocarriles le parecían una invención del diablo, Pasquin no tardó en echarle en cara su afición á la bebida: «El Papa Gregorio, decía, es un hombre que, para beber, prefiere el vino de Burdeos; pero dicen que el médico le ha ordenado templar este vino por ser demasiado fuerte, y se dice que el Papa, á causa de esta prohibición, bebe el Burdeos estirándolo con el Orvieto». Gregorio se divertía muchísimo leyendo las novelas de Paul de Kock, que le hacían reir hasta llorar, y pasaba el tiempo jugando á juegos inocentes en los jardines del Vaticano con su favorito Gaetano Moroni. El satírico Belli

se burlaba de aquella vida papal en multitud de sonetos como éste: «¡Ah! ¿Conque no hace nada el Papa? ¡Ah! ¿Conque no hace nada? ¡Ah! ¿Conque no hace nada, modorros? ¡Que el diablo os lleve si no se mata día y noche! ¿Quién habla con Dios Padre Todopoderoso? ¿Quién recoge tantos hijos de cortesanas? ¿Quién derrama las indulgencias á toneles? ¿Quién va en carroza á bendecir al pueblo? ¿Quién le ayuda á crear los cardenales, á inventar gabelas de parte de Dios?»

Sostenido por Austria, y apenas molestado por Francia, Gregorio XVI prosiguió una política de represión contra los liberales, de los que 1.500 tuvieron que refugiarse en Francia. Uno de los adversarios más curiosos del régimen fué el poeta romanesco G. Belli, portavoz de Pasquin, que no dejaba pasar ningún suceso sin lanzar su correspondiente saeta; así, cuando el préstamo hecho por los Rothschild al Papa, exclamó: «¡Oh! ¡Recibir dinero de un hombre que ha matado á Jesucristo!»; para explicar al pueblo el sistema teocrático, decía: «Los cardenales hacen al Papa, y el Papa, cuando es Papa, hace los cardenales; es rábano y rabanillo, botas y cuero de botas»; explicando el sentido de las famosas S. P. Q. R. de los monumentos antiguos, decía que significaban: «Soli Preti Qui Regneno» (sólo curas aquí reinan). A fines de Mayo de 1846, Gregorio XVI cayó enfermo; cuando los médicos declararon que ya no había esperanza, todos le abandonaron, hasta Moroni, y sólo un criado que por casualidad entró en su habitación, se enteró de que estaba agonizando. En Roma celebraron mucho su muerte, y Pasquin decía: «El Papa toma el camino del Paraíso; habiéndose encontrado con San Pedro, le pregunta cansado:—Decidme, San Pedro, ¿falta todavía mucho camino?—Mucho.—¡Pero si estoy tan fatigado!—Pues mira, si hubieras hecho los ferrocarriles, ya habrías llegado». Al recibirle luego en el cielo, San Pedro le preguntó si tenía las llaves; pero no llevaba más llaves que las de la bodega. En su testamento se suponía que había mandado que lavaran su cuerpo con Orvieto y lo embalsamaran con Champagne y

Madera, y que dejaba á sus acreedores únicamente las botellas vacías, cuyo importe subió á 26.000 escudos.

Pío IX fué acogido con aplausos entusiastas. «Cuando le ves, decía Pasquin, con sus hermosos ojos y su risueña boquita, ¿no sientes, pueblo, remover tus tripas?» Pío IX se abandonaba á la corriente liberal; pero aquello duró poco, y ya Pasquin se escamaba de la cosa. «No nos hagamos ilusiones, Marforio, hablemos francamente: decir cura patriota es decir mirlo blanco, como cuando se dice: Papa y liberal.» Tras el asesinato de Rossi, Pío IX dejó á Roma por Gaeta, y se entregó en brazos de la reacción; gracias á la protección de Francia logró volver á Roma, recuperando sus Estados y entronizando la reacción; pero Pasquin, sin acobardarse, decía proféticamente: «Presbíteros vengativos, Napoleón cayó. ¿Sabéis por qué? Porque no os degolló á todos; dos veces habéis caído ya, sin comprender la lección; os aseguro que la tercera tormenta os aniquilará á todos».

La alta sociedad no escuchaba la voz vengadora de la sátira, y estaba entregada á las delicias del triunfo, prodigando recepciones fastuosas á los oficiales de Oudinot; el Papa mismo quiso que se celebrara alegremente el Carnaval de 1850, y pagó máscaras para distraer al pueblo. Pasquin vertía todas las acritudes de su sátira contra los franceses y contra Napoleón, llegando en sus epigramas á flagelar cruelmente las costumbres del entonces Príncipe-Presidente. Más tarde, al aliarse Napoleón con el Piamonte, Pasquin se reconcilió con Francia; después de Solferino, Pasquin, desde una torre, mira lo que pasa y habla con Marforio. «—¿Qué ves sobre el mar?—le pregunta éste.—La flota de Inglaterra.—¿Y en la tierra?—Los austriacos que huyen.—¿Y en el aire?—El Gobierno del Papa.»

El 6 de Junio de 1861 murió Cavour, llorado por el partido liberal. El partido clerical hizo circular una tarantela en la que aparecía Cavour bajando al infierno y encontrándose allí con Voltaire, Robespierre, Enrique de Inglaterra, Lutero y

los muertos de Solferino y de Magenta, esperando á que los demás jefes del movimiento unitario viniesen á reunirse con ellos. Desde aquel instante, los dos partidos hostiles, el clerical ó pontificio y el liberal ó italiano, no dejaron de lanzarse epigramas. Como en 1862 se hubiera dado orden de iluminar las casas para celebrar el aniversario de la vuelta á Roma de Pío IX, Pasquin decía: «Se piden luces al pueblo romano; pero en vano alumbran las lamparillas. ¡Ay! Si los curas tienen tantos deseos de luz, ¡iluminadlos vos, Señor Dios!» La declaración de la infalibilidad del Papa hizo decir á Pasquin: «Cuando Eva mordió é hizo que Adán mordiese la manzana, Dios, para salvar al hombre, hombre se hizo; para destruir al hombre, Pío IX, nacido en el fango, quiere hacerse Dios».

El 20 de Julio de 1870 se proclamó la infalibilidad; la víspera se había declarado la guerra á Prusia por Francia; el 20 de Septiembre entraron en Roma las tropas liberales de Víctor Manuel, y el pueblo romano, por 130.000 votos contra 1.500, afirmó su deseo de que Roma fuese la capital de Italia. Aquel día Pasquin y Marforio cesaron en sus funciones, y la sátira romana perdió su especialísima forma de expresión.

IMPRESIONES Y NOTAS

La novela erótica en Inglaterra.—Desde hace cinco ó seis años—dice en la *Monthly Review* Bazil Toser—la novela inglesa sufre una lastimosa evolución. Si se toman las 87 novelas que han tenido más boga en los tres años y medio últimos, se verá que 17 afectan burlarse del matrimonio como una antigualla; 11 elevan al pináculo los cómplices quiméricos de imaginarios casos de divorcio; 22 tienden á que se admita que en los hombres casados es lícito sostener queridas públicamente; 7 se mofan de la mujer que ha permanecido fiel á su marido; y 23 describen la seducción tan claramente como es posible hacerlo en un libro que ha de figurar en los escaparates de las

librerías. Además de las ideas falsas que dan sobre la vida semejantes obras, se despierta en los lectores el apetito por algo más picante todavía, y, como consecuencia, se ahoga casi inevitablemente el deseo de leer libros de positivo mérito literario.

No es extraordinario oir á las señoras preguntarse qué libros han leído y pueden recomendar que sean realmente «de alto gusto», expresión que significa, tratándose de novelas, cierta dosis de inmoralidad. Una de estas señoras confesaba ingenuamente que, en cuanto tomaba un libro, buscaba los pasajes tildados de equívocos, y que lo demás no la interesaba. ¿Hay nada más lamentable? Dad á semejante lectora una obra maestra de Maupassant, Zola ó Loti, y sólo se fijará en dos ó tres páginas que, introducidas incidentalmente, tratan de asuntos escabrosos. Y las verdaderas cualidades del libro, el poder dramático, el encanto del estilo, la vigorosa creación de los caracteres, la dejarán indiferente. Pues esa señora es el tipo de una clase de lectores más numerosa cada vez.

Y no es esto sólo, sino que los libros más atrevidos (podría decirse los más excitantes) son los que salen de la pluma de la mujer. Mientras el hombre capaz de escribir bien una novela estima más artístico velar hasta cierto punto algunas escenas, la novelista del mismo talento, en las descripciones similares, arranca al velo todos los jirones que puede. Y cada una quiere ir más allá que sus antecesoras en este camino extraviado. La tendencia de la novela moderna es tratar asuntos sucios con plena libertad, de todo punto inútil y malsana. ¡Y si siquiera se tratase de obras maestras de estilo y de dicción! Pero eso es precisamente lo que no son, ni siquiera pretenden serlo.

***

La enfermedad del sueño.—En el Africa central se padece la enfermedad del sueño; encargado de estudiarla por el Gobierno inglés, el coronel Bruce acaba de publicar los resultados de su información. No hay duda ya, según *La Revue*, de

que la mosca infecciosa *glossina palpalis* es la que, chupando el virus específico en el animal contaminado, pica después al hombre, transmitiéndole la enfermedad. La picadura es tan poco dolorosa, que el hombre no la nota siquiera. Pero mucho tiempo después, al cabo á veces de dos ó tres años, cuando el microbio *trypanosoma gambiense* llega al canal cerebro-espinal, es cuando se comprueban los fenómenos morbosos. Los vasos sanguíneos del cerebro se obstruyen entonces, y la substancia cerebral queda privada de alimento; las más afectadas son las glándulas linfáticas del cuello.

La enfermedad del sueño reina especialmente en las regiones de los juncales, á orillas de los ríos y los lagos, pues la *glossina palpalis* no se encuentra á más de cien metros de estos sitios; pero es tan abundante, que en la Uganda, de 1901 á 1904, han muerto de esta enfermedad más de cien mil personas. Los indígenas se niegan á tomar precauciones, no creyendo en el peligro de la picadura, y de ahí su mortalidad. En la región del Victoria Nyanza, cuando se bañan salen cubiertos de moscas, y no las hacen caso. El daño es fatal, y todavía no se ha encontrado remedio para curarlo radicalmente, pues el arsénico lo alivia, pero no lo cura. El verdadero remedio está en matar las moscas, y para ello abatir los juncales que las sirven de abrigo, y eso es lo que hacen los blancos; pero la gente del país es abandonada, y había que emplear serias medidas de rigor para extirpar el mal.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Patología del instinto de conservación, por Rodolfo Senet.—Buenos Aires, Biblioteca científica argentina, 1906.

El Sr. Senet escribe mucho, quizá demasiado. En pocos años ha dado á luz múltiples escritos. Ello indica una gran laboriosidad, aun cuando acaso no estuviera mal combinarla con cierta dosis de reposo, á fin de dar tiempo á que las nuevas adquisiciones del espíritu se fuesen filtrando lentamente y siendo sometidas á un trabajo de depuración, crítica y sedimentación.

Al libro *Apuntes de Pedagogía*, de que se dió cuenta en esta misma Revista hace tan sólo unos meses, han seguido ya, en menos de medio año, otros dos ó tres, el último de los cuales, hasta ahora, es el de que aquí se trata, *Patología del instinto de conservación*.

En realidad, es un pequeño tratado de psiquiatría, un tratado de psiquiatría relativo á las alteraciones y manifestaciones morbosas del instinto de conservación. El Sr. Senet es director de la Escuela Normal de Pergamino, en su país, y este cargo le permite hacer y recoger muchas observaciones, singularmente sobre muchachos y jóvenes; observaciones que le sirven de material de estudio y de comprobación y contraste de las doctrinas expuestas por los tratadistas, las cuales le son al Sr. Senet bastante familiares. En el libro hay algunos datos propios. Pero lo más aceptable de todo él acaso sea su carácter vulgarizador.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El sepulcro de Don Quijote, por Miguel de Unamuno..... 5
La fuerza de los Estados, por Pascual Santacruz..... 18
Recuerdos, por José Echegaray..... 35
Diapasón moral.—Un poco de psicología criminal, por P. Dorado.. 48
La evolución histórica del signo de la Cruz, por Edmundo González-Blanco..... 62
Estudios artísticos, por Angel Guerra..... 86
España fuera de España.—Cicerón y los españoles, por H. de la Ville de Mirmont..... 102
Alma de niña, por Dostoiewsky..... 122
Crónica literaria (*Casandra*, por D. Benito Pérez Galdós), por E. Gómez de Baquero..... 161
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 173
Notas bibliográficas, por P. Dorado 203

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.— El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.— El Dandismo y] Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.— Trueba, 1 peseta.

Bergeret.— Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.— Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepcion Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.— Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.— Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giurlati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Sitié, Tarde, Torres-Campos y Vidal.—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilli.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal. 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NÚM. 207.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1906

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

10.816

¿QUÉ ES VERDAD?

Cuenta el cuarto Evangelio, en su capítulo XVIII, que cuando llevaron á Jesús preso, al pretorio, llamándole aparte Pilato, el intelectual pretor romano, le preguntó si era el rey de los judíos; y al contestarle Jesús que su reino no era de este mundo y que había nacido para dar testimonio de la verdad, le volvió á preguntar Pilato diciendo: «¿Qué es la verdad?»; y sin esperar respuesta se salió á decir á los judíos que no hallaba culpa en aquel hombre.

Ya antes de nacer el Cristo preguntaban los intelectuales que gobiernan ó quieren gobernar á los pueblos qué es la verdad, y sin esperar respuesta, se volvían á resolver en mentira los asuntos que les estaban encomendados; y después de haber muerto el Cristo, en testimonio de la verdad, siguen los Pilatos preguntando, de pasada, qué es la verdad, y volviéndose á lavarse las manos en aguas consagradas á la mentira.

¿Qué es la verdad? Tomo el tratado de filosofía que encuentro más á mano, el que llevábamos de texto en la Universidad cuando seguí mis dos cursos de metafísica, y que tiene la inapreciable ventaja, para este caso, de ser un libro larga, ancha y profundamente ramplón, falto de toda originalidad, fidelísimo espejo del abismo de vulgaridad, de ñoñez, de tontería, á que ha venido á caer entre nosotros eso que llaman el tomismo. Es la *Filosofía elemental escrita por el Excmo. Sr. Don Fr. Zeferino González, obispo de Córdoba*—así reza la portada de la segunda edición,—uno de los hombres que más tonterías

han escrito en España. Abro este libro detestable con que me entelarañaron la inteligencia á mis diez y seis años, y en el artículo 1.° del capítulo II de la sección segunda de su libro primero, leo que la verdad se divide en *metafísica, lógica* y *moral.*

Ya nos están dividiendo á la verdad, es decir, enturbiándonosla. Pero sigamos y veamos lo que de ella nos dice este libro típico, escrito por uno de nuestros hombres más representativos.

«Verdad metafísica *es la realidad objetiva de las cosas en cuanto éstas, por medio de su esencia, corresponden á la idea típica de las mismas, preexistente* ab aeterno *en el entendimiento divino.*» Dejemos este lío, sin meternos á indagar si las cosas no son ya, ellas mismas, esas ideas típicas preexistentes en el entendimiento divino.

Y no nos metamos á averiguar qué es eso de que las cosas correspondan con su idea divina *por medio de su esencia,* y qué mediación es esta de la esencia y en qué la esencia se distingue de las cosas mismas, á que sirve de medianera. Esta bazofia intelectual se nos servía en nuestra juventud.

«La verdad *lógica*... puede definirse: *la conformidad ó ecuación del entendimiento como cognoscente con la cosa conocida.*» Esto no es sino una paráfrasis, en torpe y desmañado castellano, de la conocida definición de Santo Tomás: *adaequatio intellectus et rei.* Dejémosla, pues; ha sido mil veces criticada.

«La verdad *moral es la conformidad ó ecuación del lenguaje externo con el juicio interno del sujeto.*»

Dejando ahora á Fr. Zeferino, digamos que la verdadera verdad, la verdad radical es esta última, la que llama moral. De ella arranca la otra, la lógica.

A lo contrario de la verdad lógica se llama error, y á lo contrario de la verdad moral se llama mentira. Y es claro que uno puede ser veraz, decir lo que piensa, estando en error, y puede decir algo que sea verdad lógica mintiendo.

Y ahora digo que el error nace de la mentira.

Más de una vez antes de ahora he dicho una cosa que pienso volver á repetir muchas veces más: y es que vale más el error en que se cree que no la realidad en que no se cree; que no es el error, sino la mentira, lo que mata al alma.

El hombre miente y aprende de otros hombres la mentira. En el trato social hemos aprendido la mentira, y como el hombre lo ve todo con ojos humanos, todo lo humaniza. Humaniza el hombre á la naturaleza, atribuyéndole cualidades é intenciones humanas; y como el hombre dice una cosa y piensa ó siente otra, suponemos que también la naturaleza suele pensar ó sentir de un modo y presentársenos de otro; suponemos que la naturaleza nos miente. Y de aquí nuestros errores, errores que proceden de suponer á la naturaleza, á la realidad, una intención oculta de que carece.

¿Qué quiere decir la nieve, el rayo, la cristalización, la partenogénesis, el atavismo?, nos preguntamos. Y no quieren decir más que lo que dicen, porque la naturaleza no miente.

Si los hombres fuésemos verídicos siempre, si nunca mintiéramos ni por comisión ni por omisión, ni falseando la verdad ni callándola, á nadie se le ocurriría hablar de conformidad entre el lenguaje externo y el juicio interno, porque el lenguaje y el juicio serían una misma y sola cosa. Si no mintiéramos, ni de palabra ni de silencio, no habría distinción entre fondo y forma de nuestro pensamiento, ni la palabra sería vestidura de la idea, sino la idea misma exteriorizada. Hablar no sería sino pensar en voz alta, pensar para los demás. Y entonces, trasladando esto á la naturaleza, comprenderíamos y sentiríamos — sentir es algo más íntimo que comprender — que no hay distinción alguna entre la realidad y lo que como tal se nos aparece, que la naturaleza nos habla pensando, ó piensa hablándonos.

Mas el hecho es que por sutil magia, por misterioso proceder, la naturaleza miente á los mentirosos.

Estoy persuadido de que si la absoluta veracidad se hiciese dueña de los hombres y rigiese sus relaciones todas, si acabase

la mentira, los errores desaparecerían y la verdad se nos iría revelando poco á poco.

El único culto perfecto que puede rendirse á Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden á diario maquinalmente millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad.

Dejad la reforma de todo vicio, de toda flaqueza; humillaos al azote de la soberbia, de la ira, de la envidia, de la gula, de la lujuria, de la avaricia: pero proponeos no mentir nunca ni por comisión ni por omisión; proponeos, no sólo no decir mentiras, sino tampoco callar verdades; proponeos decir la verdad siempre y en cada caso, pero sobre todo cuando más os perjudique y cuando más inoportuno lo crean los prudentes según el mundo: hacedlo así y estaréis salvos, y todos esos pecados capitales no podrán hacer mella en vuestras almas.

¿Te domina la soberbia, ó la envidia, ó la lujuria, ó la avaricia? Pues no lo ocultes. No seas hipócrita, ni con la hipocresía del que llamamos así, hipócrita, ni con la hipocresía del cínico, que nos quiere engañar con la verdad, mentirnos diciendo lo que es real.

Dicen que en la confesión de culpas lo esencial para obtener el perdón de ellas es la contrición, ó siquiera, á falta de ella, la atrición. No; lo esencial es confesarlas, hacerlas públicas, decir la verdad. No resulta muy claro del relato evangélico (vid. Luc. XXIII, 39-41) si el malhechor que estando crucificado junto á Jesús reprendió al otro y confesó su culpa, por lo cual el Cristo le prometió el paraíso, estaba ó no contrito. Declaró, es cierto, que merecía aquel castigo; pero puede un criminal declarar justo el castigo que se le inflige sin sentirse por ello arrepentido de su culpa; le habló á su compañero del temor de Dios, pero lo esencial es que confesó su culpa en voz alta. No mintió, ni de palabra ni de silencio.

Hay gentes que se escandalizan cuando se les habla del reinado de la absoluta verdad, de la verdad oportuna ó inoportuna, y que se imaginan que entonces no se podría vivir en el

mundo. Hablaba yo de esto con una dama muy inteligente, y le decía que así como el paganismo culminó en el desnudo del cuerpo, así el cristianismo debe culminar en el desnudo del alma, y me replicó: «¡Qué horror, Dios mío! Si no fuese por el traje, ¿cómo vivirían los jorobados, los lisiados, los estropeados, los desgalichados, todos los que tienen algo que ocultar?» Y yo le repliqué: «¡Mucho mejor que ahora, señora! El jorobado está peor vestido que desnudo; el traje no hace sino ornamentarle la joroba, y hacernos suponer que es mayor de lo que en realidad es. Así que nuestros ojos se acostumbrasen al desnudo, comprenderíamos las deformidades corporales. Estoy seguro de que entre los salvajes que andan no más que con taparrabos pasan los jorobados más inadvertidos que entre nosotros.» «Es que entre ellos apenas los hay», me contestó. Y yo: «No los hay, porque andan desnudos». Y ella: «Porque los matan apenas nacen con joroba». Y aunque así sea, vale más.

***

Oigo con frecuencia glosar el *words, words, words* shakespeariano, y decir que no nos hacen falta palabras, sino obras. Y esto lo dicen gentes que se llaman cristianas, y que debían saber que, según el cuarto Evangelio, en el principio era la palabra, y la palabra era hacia Dios, y Dios era la palabra, y que todas las cosas fueron hechas por la palabra, y sin ella no se hizo nada de lo que hecho está, y en ella, en la palabra, estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan I, 1-5). Y eso lo dicen gentes que se dicen cristianas y que debían saber que cuando Jesús en casa de Simón el Fariseo perdonó á la pecadora, no ejecutó *acción* alguna, ni simbólica ni no simbólica; no hizo gesto alguno con la mano en el aire, ni le tocó siquiera con la mano como tocó al leproso al decirle: «quiero, sé limpio» (Mat. VIII, 2 4), sino que le dijo sencillamente: los pecados te son perdonados, tu fe te ha salvado, vé en paz (Luc. VII, 36-50). Le limpió de su pecado con su palabra, no más que con su palabra. Y dicen también los Evangelios que

echaba los demonios de los hombres con la palabra (Mat. VIII, 16). Y es la palabra que nos hace falta: la que eche á los demonios.

Jesús no bautizó, no confirmó, no celebró misa, no casó, no ungió moribundos, sino que administró siempre el santo sacramento de la palabra. Y es que la palabra, cuando es palabra verdadera, cuando es palabra de verdad, y la suya, la de Jesús, era la palabra de verdad absoluta, hasta el punto de que era él la encarnación de su palabra; la palabra, cuando es palabra de verdad, es la fuerza creadora que eleva al hombre sobre la naturaleza inhumana y bruta. El hombre es hombre por la palabra.

«Nada de palabras; hechos, ¡hechos!»—gritan los esclavos de la mentira, sin advertir que eso que llaman hechos no suelen ser sino palabras, y que la palabra es el hecho más fecundo. Llaman un hecho á una ley gacetada; y ¿qué es una ley gacetada sino una palabra escrita?

Hay otro pasaje evangélico de que resalta todo el poder cristiano de la palabra. Y es que cuando iba Jesús á curar al siervo del centurión le envió éste recado diciéndole que no se incomodase, pues no era digno de recibirle bajo el techo de su casa, sino que dijera una palabra y el siervo quedaría sano, porque él, el centurión, hombre de autoridad, decía á un soldado ¡ven!, y el soldado venía; decíale ¡vete!, y se iba. Oyendo Jesús lo cual se maravilló, y volviéndose á los que le seguían les dijo: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tánta fe» (Luc. VII, 1-9). Y la fe del centurión, la fe por la cual consiguió la cura de su siervo, era la fe en la palabra, esta fe que está casi extinguida en Israel.

¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras! Y ¿qué más quisiéramos que palabras, si fuesen palabras de verdad, de verdad oportuna ó inoportuna? ¿Qué más quisiéramos que palabras, si esas palabras fuesen el pensamiento mismo del que las pronuncia, sea ó no conforme á realidad ese pensamiento?

Más de una vez ha resonado en el salón de sesiones de nues-

tro Parlamento, en esa catedral de la Mentira, esta apestosa blasfemia: ¡Eso no puede decirse aquí!, ó esta otra: ¡Eso no puede oirse con calma! Y lo único que no debe decirse ni allí ni en ninguna parte es la mentira, y es la mentira lo único que no debe oirse con calma. Todo lo demás hay que decirlo allí y en todas partes, y allí y en todas partes oirlo con calma; y cuando es un error, una equivocación, replicarlo y rectificarlo también con calma.

Hoy mismo, 16 de Diciembre, acabo de leer en la reseña que un diario hace de la sesión del Congreso de anteayer que, al decir un diputado republicano que él y sus compañeros no eran católicos, se oyeron rumores, esos estúpidos rumores inarticulados que son la manera de expresarse las muchedumbres inconcientes. Y los más de los rumoreantes ó rumorosos tampoco eran católicos, por la sencilla razón de que no lo son los más de nuestros diputados, incluyendo á los profesionales del catolicismo. Porque éstos podrán aparecer católicos en cuanto diputados, mas siempre cabe dudar de que lo sean en cuanto hombres. Hay muchos que no lo son sino en cuanto empleados, ó periodistas, ó criados, ó hijos, ó maridos, ó padres. Periódico hay que se dice católico, cuando le aprietan, y en que no hay un solo redactor que lo sea.

Aunque en rigor en España ser católico apenas quiere decir hoy otra cosa, para la gran mayoría, sino simplemente el no ser otra cosa. Es católico el que habiendo sido bautizado no abjura públicamente del que se supone, por ficción social, ser su credo, y no piensa en él ni poco ni mucho, ni para profesarlo ni para desecharlo y cobrar otro, ó por lo menos buscarlo.

Y en este horrible fangal de mentira y de cobardía se oye de vez en cuando: «¡Hechos! ¡hechos! ¡hechos! ¡nada de palabras!» Y el hecho supremo, el gran hecho, el hecho fecundo, el hecho redentor, sería que cada cual dijese su verdad. Sin más que eso, estábamos al otro lado de la sima que se nos abre ante los pies.

***

Y todavía hay miserables que, no atreviéndose á defender la mentira, la hedionda mentira, tratan de hacerla pasar por ilusión y nos hablan del poder de ésta y del alivio que se procura uno tratando de engañarse á sabiendas.

No: el arte es lo que más lejos está de la mentira, y la mentira es lo más profundamente antiestético que existe. No: la mentira no es consuelo nunca, y la ilusión consoladora no es mentira.

Hay una frase horrible que se atribuye á Voltaire, y es aquella de que si Dios no existiera habría que inventarlo. Ese Dios así inventado, para engañarse ó engañar á las gentes no sería no ya un No-Dios, sino un Anti-Dios, un demonio absoluto. Ese es el único demonio que existe, el Dios inventado por los que en lo íntimo de su corazón no creen en Él.

Y ¿qué es creer en Dios?—preguntarán aquí los Pilatos. Y dejándome de la fe lógica, paralela á la verdad llamada lógica, y ateniéndome á la fe moral, correspondiente á la verdad moral, les diré que creer en Dios es querer que Dios exista, anhelarlo con toda el alma. El que no pudiendo concebir con la inteligencia la esencia de Dios, considerando su idea una hipótesis que nada explica, y puros sofismas los que llaman pruebas de su existencia, desea, sin embargo, en su corazón que Dios exista y se acomoda á una conducta para con Él, dando personalidad al Ideal Supremo, cree en Dios mucho más que aquel otro que está convencido lógicamente de que existe un Dios, pero para nada lo tiene en cuenta, ó sólo para justificar su culto á la mentira.

***

Un día me reprendía un celoso católico lo que él llamaba mi subjetivismo, y me decía que confundo á la fe con la imaginación. Y se empeñaba en hacerme comprender—repitiéndome argumentos de la más crasa vulgaridad y que estoy harto de sabérmelos de memoria—la diferencia que hay entre eso

que él llamaba—apartándose en tal nomenclatura de los cánones de su escuela—fe subjetiva y la fe objetiva.

Y yo le dije con calma:

—No se canse usted, amigo, en repetirme todas esas cosas: sé muy bien lo que usted quiere decirme. Y no se canse en argumentarme con silogismos y raciocinios formales. La fe de ustedes está muriendo ahogada en silogismo. El cáncer de su Iglesia de usted es el racionalismo, ese racionalismo contra el que no cesan ustedes de clamar. Han querido hacer de la religión una filosofía. Cada uno de esos hórridos y áridos sermones en que un jesuíta la emprende con los corifeos de la impiedad moderna, empedrando su conferencia de «es así ques» y «luegos» y «queda, pues, evidentemente demostrado» y otras figuras lógicas por el estilo, cada uno de esos desdichados sermones es un nuevo golpe asestado á la verdadera fe. Y en ellas, en esas antirreligiosas conferencias, acostumbran á mentir descaradamente, atribuyendo á esos que llaman impíos cosas que nunca sostuvieron, ó hablando de sus doctrinas, teniendo conciencia de no conocerlas sino por vagas referencias. Y esto último es mentir.

Ya sé—continué diciéndole—que usted en el fondo, y aunque ni siquiera lo sepa, es materialista, no porque usted crea que no hay sino materia, sino porque usted necesita que le prueben las cosas materialmente: necesita, como los judíos, señales para creer; necesita coger la verdad con las dos manos y con los pies y con la boca. Ya sé que usted se cree perdido si esas pruebas que de la existencia de Dios traen sus textos resulta que no prueban nada de lo que tratan de probar. Y, sin embargo, amigo mío, yo no he leído en el Evangelio semejantes pruebas ni he encontrado allí nada de esos horribles «es así ques» y «luegos» aristotélicos. Y en cuanto alguno de ustedes se encuentra con la mirada de la Esfinge, y el taladro de la duda, de la santa duda, madre de la fe verdadera, empieza á labrarle el corazón, se vuelve de espaldas á la Esfinge, se sacude por procedimientos de mecánica espiritual la duda,

y diciéndose: ea, ¡más vale no pensar en ello!, se entrega á la mentira. Porque eso no es sino entregarse á la mentira.

Hay, amigo mío—seguí diciéndole,—quien estima que el suicidio es un crimen no tan grande, sino mucho mayor que el asesinato; que es más culpable ante Dios el que se mata á sí mismo que no el que mata á un prójimo. Hay quien sostiene, y no por ingeniosidad, aunque así lo parezca, que en el suicidio concurren todas las circunstancias agravantes del homicidio. No lo sé, ni me parece posible saberlo con certeza; pero sí creo que el mentirse á sí mismo es peor aún que mentir á los demás. Y hay gentes que viven en perpetua mentira íntima, tratando de acallar la verdad que del fondo del corazón les brota.

Un pobre amigo mío que pasó por una intensa crisis religiosa fué una vez á confesarse, creyendo que hallaría, si no curación, alivio. Y me vino diciendo que el bueno del padre confesor le había dicho: «¿Te crees tú que á los demás no se nos ocurren esas dudas? ¡deséchalas, no pienses en ellas!» Y yo le dije: ¡acógelas, no pienses en otra cosa! Y siguió contándome que el confesor le había dicho también que procurara distraerse, que se cuidase, que comiera bien, que durmiese mucho, y que si le apretaban mucho aquellas congojas espirituales volviese á él, pero no olvidase tampoco consultar con el médico. Y yo le dije: ese horrible confesor no es más que un empedernido materialista. Mi amigo me hizo caso, y hoy halla más íntima paz y más consuelo y más fe en medio de sus congojas, inquietudes y desasosiegos, que las hallan otros en una abdicación de la verdad.

Me preguntó: ¿cómo hallar la verdad? Y le contesté: ¡diciéndola siempre! Y volvió á preguntarme: ¿pero la verdad de fuera, la verdad objetiva, la verdad lógica, lo que es verdad? Y le contesté: ¡diciendo siempre y en cada caso, oportuna ó inoportunamente, la verdad de dentro, la verdad subjetiva, la verdad moral, lo que crees ser verdad!

Eso que llamamos realidad, verdad objetiva ó lógica, no es

sino el premio concedido á la sinceridad, á la veracidad. Para quien fuese absolutamente y siempre veraz y sincero, la Naturaleza no tendría secreto alguno. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios! Y la limpieza de corazón es la veracidad, y la verdad es Dios.

* * *

Se ha dicho miles de miles de veces que la mayor parte de las discusiones son discusiones por palabras, y que á las veces combaten los hombres por una misma causa, á la que dan diferentes nombres los diferentes luchadores. Y el hecho es más bien que las discusiones suelen ser discusiones de mentiras, y que por ellas combaten los hombres. En vez de decir: «yo quiero esto, y lo quiero porque lo quiero, sin saber por qué lo quiero», ó si lo sabe, decir con verdad por qué lo quiere, inventa el hombre una mentira para justificar su deseo, y pelea por su mentira. Y en los más de los casos no habría pelea si hubiera verdad.

Hay gentes que dicen pelear no por el hecho, sino por el derecho; no por el huevo, sino por el fuero. Si quedara el huevo del hecho escueto y claro, no haría falta el fuero de derecho. Si uno me dice: «te quito esto porque me pertenece á mí en virtud de que me lo diste ó me lo prometiste ó me lo quitaste», defenderé lo que creo mío, y llegaré á luchar con mi adversario, gritando: «¡no te lo dí!» ó «¡no te lo prometí!» ó «¡no te lo quité!»; pero si me dice pura y sencillamente: «te quito esto porque lo quiero para mí y tengo más fuerza que tú», me volveré á los demás, y diciéndoles: «este hombre puede más que yo, y porque puede más que yo me quita esto que es mío», le dejaré que me lo quite.

Y no sirve decir que el hombre es torpemente egoísta y que defiende lo suyo con justicia ó sin ella. No; el sentimiento de la justicia y el de la verdad tienen más hondas raíces que el del interés y el de la mentira.

Abrigo la fe de que todos, absolutamente todos los males que creemos son la causa de nuestras miserias, el egoísmo, el deseo de prepotencia, el ansia de gloria, el desprecio hacia los demás, todos desaparecerían si fuéramos veraces. Si el que parece despreciar á sus prójimos no recelara su desprecio y lo envolviera y lo falsificara, acabaríamos por ver todos, y entre todos él mismo, que era un contrasentido tal desprecio y que al despreciar á los demás se despreciaba á sí mismo.

Considero que entre los ciudadanos más útiles á su patria y á sus semejantes todos, entre los más fecundos en bienes, están esos á los que se llama soberbios, que no ocultan la creencia en su propia superioridad y á quienes se les oye quejarse, en una ú otra forma, cuando sus compatriotas no hacen de ellos el aprecio que ellos creen merecer. Una cosa es si un hombre cualquiera merece ese aprecio distintivo de que estos sujetos á que aludo se creen merecedores y si hay nunca tales superiores, y otra muy distinta el que haya quienes se encuentren en ese caso y no lo oculten hipócritamente. Podrán estar equivocados, pero no mienten.

Cuando, siendo yo congregante de la Congregación de San Luis Gonzaga, á mis catorce años, oí leer una vez en la vida del santo que éste, por haber sustraído un poquito de pólvora á los soldados de su padre para cargar con ella un cañoncito de juguete que tenía y por haber repetido, sin entenderla, cierta blasfemia que oyó á esos mismos soldados, se creía el más pecador de los hombres, este rasgo, lejos de edificarme, lo recuerdo bien, me desedificó; porque no pudiendo yo creer que hubiese quien por eso se creyera el más pecador, me pareció todo ello mentirse á sí mismo por darse importancia de pecador. Cierto es que nunca logró conmoverme, ni en los días de mi más fervoroso catolicismo juvenil, ese jesuíta santo profesional, que parece, tal como nos le presentan—me complazco en creer que sería muy de otro modo,—un muñeco construído sobre los planos del perfecto modelo de la juventud jesuítica, del Grandison de la gazmoñería. Y no me extraña que un

hombre tan serio, de espíritu tan sincero y tan hondamente religioso como Guillermo James, después de haber tratado de San Luis Gonzaga en su libro sobre las variedades de la experiencia religiosa *(The varieties of religious experience...* by William James, 1902), agregue que cuando la inteligencia, como en Luis, no es originalmente más grande que la cabeza de un alfiler *(no larger than a pin's head)* y abriga ideas de Dios de una pequeñez correspondiente, el resultado, no obstante el heroísmo ejercitado, es en conjunto repulsivo.

Y ya me parece estar oyendo á algún devoto del santo: ¡eso no puede decirse! ¡eso no puede oirse con calma! Y, sin embargo, eso, cuando se dice, como lo dice James y lo digo yo, sin ánimo de ofender á nadie, sino con ánimo de decir la verdad, debe decirse y deben oirlo con calma cuantos aman la verdad, créanlo ó no exacto.

Es realmente repugnante eso que se oye á menudo cuando alguien serenamente, sin querer molestar ni herir á ninguno de sus prójimos, enuncia un parecer suyo que está en desacuerdo con el parecer del que le oye, y éste exclama: ¡está usted hiriendo mis sentimientos! En cambio ocurre á otros, á mí por lo menos, que quien hiere mi sentimiento de amor á la verdad es el que viene á querer corroborarme en lo que pienso sin pensar él como yo.

Ahí tenéis un sacerdote de la Iglesia que se dice única depositaria de la verdad cristiana: no tolera que delante de él se enuncien ciertas proposiciones heréticas; y si es en público, exclama que se está hiriendo sus sentimientos religiosos. Y á este mismo sacerdote le llaman á confesar á un incrédulo moribundo, y cuando él llega, el incrédulo ni ve, ni oye, ni entiende, ó si ve, oye y entiende rehusa confesarse, ó si se confiesa, declara sus pecados, los que él tuvo por tales, pero no dice nada de su credo y su fe ó declara que no son ni el credo ni la fe de la Iglesia; y el sacerdote, cuyos sentimientos religiosos se sienten heridos, diciendo serenamente la verdad, le absuelve, y luego se le hace un funeral y se le entierra en sagrado y

se dice que murió en el seno de la Iglesia, añadiendo: si á última hora estos impíos, cuando ven la mala... Y esta horrenda mentira de las conversiones de última hora medra y se propaga que es una maldición.

***

Si sólo se dijese la verdad, no se podría vivir. ¿Quién ha dicho esta blasfemia? ¿Quién es el menguado que sostiene y propala que quien se proponga ser verídico siempre se estrellará? ¿Qué es vivir? ¿Qué es estrellarse?

En todos los órdenes, la muerte es la mentira, y la verdad es la vida. Y si la verdad nos llevara á morir, vale más morir por verdad, morir de vida, que no vivir de mentira, vivir muriendo.

En el orden más íntimo, en el orden más entrañable, en el orden religioso, toda la miseria de esta pobre España, enfangada en toda clase de mentiras, es que se perpetúa una mentira: la mentira de que España sea católica. No; la España conciente, la de las clases dirigentes, la España de los que piensan y gobiernan, no es católica. No son católicos en su mayoría los que, haciendo pública confesión de serlo, escalan los altos puestos. Y mientras esa mentira no se borre, España no acabará de ser cristiana.

Esos rumores de los diputados rumorosos ó rumoreantes, que estallan cuando otro diputado confiesa sencillamente que no comulga en la Iglesia oficial, esos rumores deben guardarse para cuando un diputado, un ministro, de quienes les consta que apenas cree ni en Dios ni en el diablo, salga haciendo pública confesión de ser sincero católico, cosa que sucede á menudo. Esos rumores deben quedar para cuando cualquier santón de la mentira parlamentaria, al hablar contra eso que llaman clericalismo, se crea obligado á hacer reservas; y para que no se le tome por anticatólico, siendo sencillamente no católico, agregar que él es hijo sumiso de la Iglesia.

Y no son en España católicos ni aun muchos de los que creen serlo y oyen misa todos los domingos y fiestas de guardar, comulgan una vez al año y comen de viernes por Cuaresma; porque los tales vuelven la espalda á la mirada de la Esfinge y no quieren pensar en el que dicen ser su credo.

El contentarse con la fe llamada implícita, á conciencia de que lo es y de que hay otra explícita; el atenerse al «creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia», apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera ó más bien por temor de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras.

Es que no todos podemos ser teólogos—me contestó un amigo á quien le dije esto. Y yo le repliqué: los teólogos matan la fe. Y sobre todo, en medicina puede curarme la ciencia de mi médico, aunque yo no sepa ni hacia dónde me cae el hígado; pero en religión no puede salvarme la fe de mi confesor. En la vida del espíritu sólo mi verdad me salva, y mi verdad no es la verdad que desconozco, aunque sea ésta la verdad de los demás. Mientras yo no sepa qué quiere decir eso de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, y qué diferencia haya para la vida del espíritu de que sea una ú otra cosa ó no sea ninguna de las dos, ¿de qué me sirve oir cantar en la misa, con música de Palestrina y en latín, lo de *qui ex Patre Filioque procedit?* Lo que estorba daña, y estorba en el alma toda yerba que no da fruto, toda maleza infecunda, toda idea, ó mejor toda frase, que no responde á sentimiento alguno, toda palabra que no evoca un concepto caliente y luminoso.

Tú que dices ser hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica y creer todo lo que ella cree y enseña, ¿qué cosas que hoy haces no harías, ó qué cosas que no haces hoy harías, si creyeras que el Espíritu Santo procede solamente del Padre y no del Padre y del Hijo, ó si creyeras que no procede de ninguno de los dos? Eso, vé aquí te lo digo, no es creer nada.

Me hablas de la Iglesia como de la depositaria de las ver-

dades de tu fe. Las verdades que no estén depositadas en tu alma no son verdades de tu fe, ni para nada te sirven. Tu fe es lo que tú crees teniendo conciencia de ello, y no lo que cree tu Iglesia. Y tu Iglesia misma no puede creer nada, porque no tiene conciencia personal. Es una institución social, no una fusión de almas.

*
* *

Y bien, en resumen: ¿qué es verdad? Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme á ello.

Para obtener la verdad lo primero es creer en ella, en la verdad, con todo el corazón y toda el alma; y creer en la verdad con todo el corazón y toda el alma es decir lo que se cree ser verdad siempre y en todo caso, pero muy en especial cuando más inoportuno parezca decirlo.

Y la palabra es obra, la obra más íntima, la más creadora, la más divina de las obras. Cuando la palabra es palabra de verdad.

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios! Decid vuestra verdad siempre, y Dios os dirá la suya. Y veréis á Dios y moriréis. Porque dicen también las Escrituras que quien ve á Dios se muere. Y es lo mejor que puede hacerse en un mundo de mentira: morirse de ver la Verdad.

MIGUEL DE UNAMUNO

IDEAS DE CERVANTES

ACERCA DE LOS PAISES SETENTRIONALES

Investigación con motivo del centenario del QUIJOTE (1)

En el capítulo X de la primera parte del *Quijote* empieza Sancho Panza á mostrarse algo desconfiado de haber de obtener el gobierno de la ínsula que tan prometida le tenía su se-

---

(1) El siguiente trabajo es el único de investigación científica que con motivo del centenario de la publicación del *Quijote* se publicó en Dinamarca. Su autor, mi amigo D. Carlos Larsen, conoce España, sobre la cual ha publicado un interesante librito, *El valor y la espada lisa. Parafrasis española* | *Modet og den blanke Klinge. En spansk Parafrase* |, que ha alcanzado ya su segunda edición.

En el presente trabajo, que he traducido directamente del danés, estudia Larsen la noción que de los países escandinavos tenía Cervantes, sacándola de su libro sobre las aventuras de Persiles y Sigismunda, y los españoles tenemos que agradecer al Sr. Larsen su amor á nuestra literatura, amor tan grande que le ha hecho leer de cabo á rabo y por entero ese libro del autor del inmortal *Quijote*. Por mi parte no me siento con tanto valor, y harto sacrificio creo haber hecho al traducir á Larsen, teniendo que repasar ese libro para volver á su lengua los pasajes cervantinos que traduce el autor danés.

Del fatigoso sucederse de aventuras extraordinarias, en las que jamás aparece un hombre de carne y hueso, que constituyen el *Persiles y Sigismunda*, sólo he retenido estas palabras con que empieza el capítulo II del libro II: «Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia».

Agradezcamos al Sr. Larsen este interesante estudio, y agradezcámosle también el haber tenido el valor de leer todo el *Persiles y Sigismunda*.

MIGUEL DE UNAMUNO

ñor, y el Caballero de la Triste Figura le responde diciéndole: «Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más que por ser en tierra firme te debes más alegrar».

El *Nuevo Diario Crítico*, de Copenhague, al anunciar en 1776 la traducción danesa del *Quijote* hecha por Carlota Dorotea Biehl, anotaba este pasaje con esta ingenua observación: «¿Es que se considera ahí que Dinamarca es tierra firme, ó es que Don Quijote se burla de su escudero?»

Esta pregunta, incontestada todavía, puede contestarse, sin duda, en el segundo sentido, porque Don Quijote es un hombre ilustrado, como lo era Cervantes, y los españoles ilustrados de tiempo de Cervantes no creían que Dinamarca estuviese en tierra firme.

Cabe ilustrar la manera como Cervantes se representaba los países nórdicos, mediante su última obra: los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, publicada poco después de su muerte, en 1617, y que lleva como subtítulo *Historia Septentrional*.

Este libro parece escrito bajo la influencia de la *Aethiopica*, de Heliodoro, cuyas descripciones de las maravillosas aventuras de la princesa etiópica Cariclea y del tesalio Teágenes formaban parte de las lecturas favoritas de aquel tiempo.

Pero la cuestión referente á este posible influjo literario interesa mucho menos que la brillante fantasía que irradia de cada hoja del libro este todo.

La idea general que hay respecto á Cervantes es la de considerarle como un caballero de la inteligencia y de la burla, que hirió á la fantasía novelesca con la roñada lanza de Don Quijote. Mas la verdad es que el hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra permaneció fiel á su querida fantasía hasta lo último.

En un pasaje completamente aparte de la literatura danesa, ha comparado un solo hombre al Caballero de la Mancha con un fenómeno nacional, y merece ahondarse su compara-

ción no más que indicada, porque nos lleva á la comprensión efectiva de la famosa obra de Cervantes. Es Guillermo Moeller, que en sus *Perlas de la literatura universal (Verdenslitteraturens Perlen)*, pág. 237, traza un paralelo entre Don Quijote y un aldeano danés loco, de que desde hace algunos años se habla en nuestros periódicos. Este joven se había entregado de una manera disparatada á la lectura de los escritos de Carit Etlar y cuasi Carit Etlar, y al estallar su locura se le manifestó recorriendo con su fusil plazas y calles de los lugares y aldeas, en lucha constante contra los suecos, como el compañero Goenge ó uno de los bravos héroes de Frederikshald.

Si las obras—auténticas ó no—de Carit Etlar fueran entre nosotros más que una difundida lectura de gente del pueblo y de jóvenes; si, como los romances caballerescos en la España de antaño, dominaran á la nación toda, desde los vagabundos, que con la boca abierta los oían recitar, hasta el rey, que se los hacía leer por espíritus cultivados; si, como esos fantásticos poemas españoles, que en medio de su hinchazón contienen mucho de los ideales y del anhelo del pueblo todo, revelaran algo del íntimo estado de sus sentimientos, en tal caso, ¡qué asunto no sería para un poeta danés el de representar á ese infeliz aldeano, cuyo trastornado cerebro, si no pudo aspirar los aromas de la flor de una robusta fantasía, había brotado, sin embargo, de la tierra misma danesa! Las dos ridículas y conmovedoras figuras ofrecen la flor artística de la imitación para la sagrada planta de la poesía.

Figurémonos que se pasea con su fusil y todas sus lecturas favoritas en el escenario de la vida moderna, entre institutos y cabildos, asociaciones de tiro, misiones, etc., y tendremos el moderno parangón literario del hidalgo de Cervantes, loco pero genuinamente español, que recorre los campos con la lanza heredada de sus abuelos en el brazo y todo el fantástico mundo de la poesía en la cabeza.

Un poeta danés hallaría dentro de semejante marco, como Cervantes la halló dentro del suyo, ocasión de despiadados la-

tigazos llenos de gusto literario, de brillantes descripciones del país y el paisanaje y de relatos divertidos, sentimentales ó jocosos, sacados de la vida de los hombres con que su héroe topara.

Y dentro del ridículo que envolviera á su obra, sabría, como su predecesor español supo, mostrar su simpatía por ese loco, cuya locura era equivocación, exageración, lamentable caricatura de algo elevado y duradero. Porque el Don Quijote de Cervantes es, dentro de su desvarío, cortés, compasivo, animoso, español y soldado desde el contrahecho yelmo hasta los hundidos flancos de su pobre y sufrido Rocinante.

Porque Cervantes mismo era español y soldado. En sus mejores años peleó con recio fanatismo bajo la bandera de la Santísima Virgen por la única verdadera y católica fe contra los infieles, el odio á los cuales se heredaba en la sangre española á través de los siglos. «Hijo de sus obras—como dice él mismo en un pasaje—y de antigua nobleza española.»

Se cubrió de honrosas heridas, estuvo largo tiempo preso de los moros y con la cadena del esclavo; fué rescatado al cabo, y soldado de nuevo en aquel reino de España, famoso por las aventuras, había descubierto mundos desconocidos y devorado su fortuna, como sucede siempre en la guerra, y había sido maltratado por sus enemigos.

Y como Cervantes no podía llevar ya la espada, siguió jugando con la Señora Fortuna para lograr una herencia pacífica y un lugar eminente en el mundo de las letras, bajo innumerables vicisitudes, siempre en desgracia, pero con fe en el éxito, fe que no murió sino con él. Este hombre llevaba, sin duda alguna, la imaginación en la sangre.

Sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda,* obra de la que él mismo dijo que sería ó la mejor ó la peor de las suyas, narran las infinitas pruebas por que pasan en el mundo dos amantes, y es obra en la que, por lo tocante al tiempo y al lugar de la acción en ella narrada, reina la más desenfrenada libertad.

Se nos presentan allí Francia, España, Portugal é Italia,

y la vida se nos describe con rasgos que indican que la acción se supone ocurrida en tiempos del rey Felipe, el pasado; pero como el poeta siente la necesidad de nuevos y estupendos viajes y trabajos para su héroe y la amada de éste, introduce personas y sucesos puramente fantásticos, intercala escenas enteras ó hace que terribles tempestades lleven á sus personajes á islas «bárbaras» de pura invención, islas habitadas por salvajes y á las que arriban españoles é italianos. Estos mundos fantásticos están imaginados sobre todo lo que los españoles habían visto y oído en América y las Indias.

Pero no basta esto para la fantasía de Cervantes. Tiene que impresionar con algo aún más extraño que esa manera, la más libre de tratar los motivos de tierras que conocían los españoles ó por haberlas visitado ó por informes inmediatos. Y por esto busca el remoto, frío y desconocido Norte. Hasta las figuras principales de la novela son hombres del Norte.

Persiles es, desde el comienzo de la novela, un príncipe de Tule, de hasta diez y nueve ó veinte años, que fué apresado por los bárbaros, y aparece «vestido de lienzo basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento». Sus cabellos rubios, «como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían». En un naufragio en que se ahogan su amo y los que le servían, se ase á un leño, y es descubierto por un navío que le recoge; y el capitán, «cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista», socorre al pobre náufrago, despertando su admiración. El dueño del navío es Arnaldo, hijo heredero del rey de Dinamarca.

Mientras Persiles—ó como se llama, mientras anda en sus correrías, Periandro—descansa y reposa, tendido debajo de cubierta, oye los congojosos suspiros y angustiadas lamentaciones de una mujer, que salen de entre unas tablas de otro apartamiento. Ruégala que entre los espacios descubiertos de las tablas le cuente sus desgracias, y dícele ella que su señora Auristela, principal doncella, cuyos padres eran «de linaje de reyes y de riquísimo estado», por «diferentes y extraños acon-

tecimientos» había caído en poder del heredero del rey de Dinamarca. Pero el príncipe Arnaldo, que ha comprado á los corsarios la hermosa doncella, «con tantas veras la amó, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora», sin que accediera Auristela, hasta que paseándose á la orilla del mar fué arrebatada por otros corsarios, que la llevaron no se sabía adónde. Arnaldo se imagina que la habrán llevado á la ínsula de bárbaros donde ahora está, y que quiere hacer registrar con astucia.

Periandro hace que le empleen á él para ese registro, puesto que del relato de la mujer ha inducido que su señora Auristela no es otra que Sigismunda, la hija de la reina de Frislandia, á la que quiere con tanto calor como temor. Él mismo «la había sacado de su patria», habiéndola dejado más luego «por un extraño acontecimiento». Cuenta Periandro á Arnaldo que Auristela es hermana suya, á la que también él anda buscando; se ofrece á ser vestido de mujer y vendido por Arnaldo á los bárbaros para procurar así la busca de Auristela. Es él vestido «de muchos y ricos vestidos de que (el príncipe) venía proveído por si hallaba á Auristela», y se hace á la mar el navío del príncipe danés, adornado «con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas, hermosísima vista hacían. El mar tranquilo, el cielo claro; el son de las chirimías y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendían los ánimos, y los bárbaros, que de no muy lejos lo miraban, quedaron más suspensos, y en un momento coronaron la ribera, armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave á la isla, cuando disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entretanto en él Arnaldo, Taurisa (la criada de Auristela) y Periandro y otros seis marineros pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra».

Los bárbaros entienden al punto la señal y sacan á su vez

muchos lienzos, campeándolos por el aire; tiran infinitas flechas al aire y se acercan al barco, entrando á pie por la mojada arena. Llevan sobre los hombros á una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, que se dirige á los extranjeros en lengua polaca (!).

«Entendióla muy bien» el príncipe danés, y le dijo: «Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella»; y señaló á Persiles, el príncipe de Tule, vestido de mujer.

Así empieza la novela propiamente tal, que en cinco libros describe la lucha de los amantes con el mundo exterior y consigo mismos, hasta que se encuentran y se entregan uno á otro. Los obstáculos son múltiples, desde los más terribles agentes de la Naturaleza, hasta la violencia y la astucia humanas, y no los menores los escrúpulos espirituales que, á la manera de aquel tiempo, asaltan á Persiles y Sigismunda. El escenario cambia sin cesar los países reales y efectivos con los tan en absoluto inventados como una isla cuya población se compone de lobos, uno de los cuales dirige al náufrago una advertencia compasiva «en lengua española»: príncipes, nobles, piratas, bárbaros, astrólogos, brujas, aparecen revueltas con hombres lobos, pájaros barnaclas, de que hay abundancia en las provincias de Ibernia de Irlanda, que nacen de por sí de los palos corrompidos que se hincan en la orilla del mar y entre los escollos, ó el gran monstruo marino que pone en el más grave peligro al buque viajero.

La intercalación de numerosos relatos que á lo mejor hacen los distintos personajes, aumenta la abigarrada impresión de una revuelta multitud de sucesos.

En este caleidoscopio se aprovecha Cervantes del Norte.

El enamorado Rutilio, italiano de Siena, sacó de casa de sus padres á una dama principal; pero fué preso, echado en

prisión y sentenciado á muerte. En el calabozo le visitó una mujer, que decían estaba presa por hechicerías. Le prometió libertarle, si á cambio consentía en casarse con ella. Y el joven italiano, viéndose en aquel aprieto, le dijo que sí.

En mitad del silencio de la noche llegó ella á él, y le invitó á que le siguiese. Hallóse sin grillos y sin cadenas, las puertas de la prisión de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados.

Una vez fuera, tiende la hechicera un manto en tierra y le ordena ponerse en él. Cierra él los ojos, y déjase llevar de los diablos—«que no son otras las postas de las hechiceras»—por los aires.

Después de que «cuatro horas ó más había volado, cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida».

La hechicera quiere abrazar al joven y apretarle contra su corazón; mas él divisa, á la luz todavía incierta, una figura de lobo. Saca un cuchillo del seno, y con furia y rabia se lo hinca por el pecho á la que pensaba ser loba, y la encantadora cae muerta á sus pies.

Estuvo esperando el día muchas horas, «pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese».

De repente, oye cerca de sí voces de gente, y les habla en toscano. Les pregunta qué tierra es aquélla, y uno de ellos le responde, asimismo en italiano: «Esta tierra es Noruega».

Rutilio averigua que en aquellas partes setentrionales hay muchos lobos, así machos como hembras, y á su pregunta de qué hora podría ser, «porque le parecía que la noche se alargaba y el día nunca venía», se le responde que «en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses había de noche escura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses había de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche, ni bien fuese día, otros tres meses había de día claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazón en que

estaban era la del crepúsculo del día; así que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana».

Tampoco podía pensar Rutilio en volver á su patria, porque esto sólo era posible á la sazón del día grande, que es cuando parten navíos de aquellas partes para Inglaterra, Francia é Italia con algunas mercancías.

Rutilio había sido en su patria bailarín y «sabía jugar de manos sutilísimamente»; pero se entera de que en Noruega no corren esos oficios, y va como aprendiz de orífice á casa de su compatriota, uno de cuyos abuelos había llegado de Italia como negociante. Rutilio llega á una ciudad «donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendida en las manos»; entra en casa de su maestro, que vivía en gran riqueza, y que le enseña el oficio de orífice, hasta que su amo, «al llegar el día grande», equipa una nave con gran cantidad de mercancías destinadas á unas islas cercanas á Noruega. Va el joven de viaje, y vió «cosas dignas de admiración y espanto, y otras de risa y contento; notó costumbres, advirtió ceremonias no vistas y de ninguna otra gente usadas».

Trascurridos dos meses, sorprende al bajel de los italianos una tormenta que dura cerca de cuarenta días, lo aparta de su ruta y lo deja entre las peñas de una isla de «bárbaros», donde el héroe y la heroína del relato encontraron á Rutilio, único que se salvó del naufragio.

Persiles mismo cuenta cómo después de haberle arrastrado á él y á su nave una tempestad á cuatrocientas leguas, tomó el piloto la altura, y viendo que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega, «con voz grande y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como con movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba

á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedían el movimiento del navío; amainamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel día y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas».

Apoderóse de ellos el miedo, y pusieron tasa en el bastimento que llevaban, comenzando á matarles el hambre. Tendiendo la vista por todas partes, toparon á cosa de seis ú ocho millas con un bulto que imaginaron fuese algún otro navío apresado por los hielos, y saliéndose del suyo, y «formado con pies enjutos un escuadrón pequeño», se fueron sobre el hielo, «resbalando, cayendo y levantando». Resultó ser este otro navío el de unos cosarios, que después de una breve lucha es conquistado; pero cuando los vencedores andan escudriñando los bastimentos que había en él, aparece de repente, «de la parte de la tierra», un escuadrón de gente armada, formado de más de cuatro mil personas y caminando sobre el hielo. «Caminaban sobre sólo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego, volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y de esta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes.» El capitán de ellos se dirige, en lengua polaca, á Persiles y á su gente, y se da á conocer como servidor de «Cratilo, rey de Lituania y señor de estos mares», que acostumbra en aquella estación del año requerir los mares con gente armada y sacar de los navíos detenidos de los hielos las mercancías y gentes que tuvieren. El rey exige su derecho de propiedad sobre las mercancías salvadas, y, como Persiles se ve forzado á aceptar las condiciones de los lituanios, al punto arremeten éstos á todo, hasta la misma artillería y jarcias, trasladándolo «á unos cueros de bueyes que sobre el hielo ten-

dieron, y, liándolos por encima, aseguraron poder llevarlos, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna». Así llevaron también al mismo Persiles y á su gente «sobre otras pieles», y los pusieron felizmente en tierra como á veinte millas del lugar del navío. «Paréceme á mí—añade Persiles—que debía de ser cosa de ver caminar tanta gente por encima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros.»

De Lituania, que la novela no describe más, luego que al cabo de tres meses han cesado los hielos, equipa el buen rey un buque, en el que arriba rápidamente Persiles á Dinamarca, en donde unos cosarios habían robado «de la ribera del mar» á la mujer á quien busca.

Más adelante aparece en la novela un Leopoldio, rey de los danaos, que ayudado por sus aliados ha tratado duramente en la guerra al viejo rey de Dinamarca, mientras el príncipe heredero se hallaba lejos, y «cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje que no se sabía quién fuesen sus padres».

Una vez más se esfuerza en vano este joven y ligero príncipe por lograr el amor de Sigismunda en la santa ciudad de Roma, la de los hermosos templos, luego que ella y Persiles han llegado al cabo como peregrinos á la santa ciudad. Aquí es donde se pone en claro de cuán noble linaje proceden ambos, y aparece á clara luz su mutuo amor, sin que logren, sin embargo, darse las manos antes de haber pasado por varias luchas de ánimo y extremos peligros.

En una de las últimas pero de las más graves crisis de la novela, vuelve á salir á cuento, y con extensión, la patria nórdica del héroe y la heroína.

Persiles ha tenido que abandonar Roma y á su amada, y estaba sollozando en compañía del manso arroyuelo, en el camino de Roma á Nápoles, á la luz de la noche, haciéndole los árboles compañía, y enjugándole las lágrimas un aire blando y fresco, soñando en Sigismunda, y perdida su esperanza de

que sus males tuviesen remedio, «cuando llegó á sus oídos una voz extranjera que, escuchándola con atención, vió que hablaba en lenguaje de su patria». Eran dos personas que estaban razonando en plática corriente.

Persiles se admiró al oir hablar en lengua de Noruega tan lejos de su patria. Ocultóse detrás de un árbol, de tal forma, que él y el árbol hacían una misma sombra, y recogiendo el aliento, oyó que decían: «No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte el día entero de Noruega, porque yo he estado en ella algún tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año lleva la noche y la otra mitad el día; el que sea esto así, yo lo sé; el por qué sea así, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa de ese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en éste ser el día y la noche de veinticuatro horas; también te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dicen en el libro primero de las Geórgicas:

> Ac tua nautae
> Numina sola colant, tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latín. Esta isla es tan grande, ó poco menos que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana; más adelante, debajo del mismo Norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino, y no pequeño.»

Desde su escondite oyó contar Persiles su propia historia, y cómo su hermano Maximino, hijo de la reina Eustoquia, ha heredado de su padre, hace unos meses, el reino, mientras él, Persiles, andaba errante por el mundo á causa del amor que

alimentaba por la princesa Sigismunda de Frislanda, la escogida de su hermano mayor. La madre de Maximino y de Persiles, que hizo desaparecer á su hijo menor por amor á Sigismunda, envió á los dos á un tiempo fuera del país, mientras Maximino estaba en guerra con poderosos enemigos. La compasiva reina colmó al joven «de joyas y de consejos» para el viaje, haciéndole jurar primero «que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad» de Sigismunda. Cuando volvió de campaña Maximino, supo que Persiles había partido con voto de ir á Roma «á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra». Y ahora, al volver Maximino, después de dos años, pregunta por Sigismunda y parte al momento en su busca, «si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos que por maravilla se apartan de los amantes». Partió en dos gruesísimas naves, y entrando por el Estrecho de Hércules, después de un tormentoso viaje, llegó á Sicilia, y de allí á Nápoles, y fué á parar, enfermo de «esto que llaman mutación», á Terracina.

El que cuenta todo esto, resulta ser el viejo ayo de Persiles, Seráfido, que ha partido en busca del príncipe y de la prometida de su hermano; en Lisboa oyó hablar de dos peregrinos de gran hermosura, un joven y una joven, que deben hallarse en Roma, y que él sospecha sean Persiles y Sigismunda.

El otro que le oye el relato es el ya mencionado toscano Rutilio, conocedor de los países setentrionales.

En otro capítulo pregunta el toscano «muchísimas veces» á Seráfido sobre «la condición de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela (Sigismunda)».

«Volvióle á repetir Seráfido cómo la isla de Tile ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco más adelante está otra isla... llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, veneciano, el año de 1380, tan grande como Sicilia, ignorada

hasta entonces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda. Hay otra isla asimismo poderosa, y casi siempre llena de nieve, que se llama Groelanda, á una punta de la cual esta fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomás, en el cual hay religiosos de cuatro naciones: españoles, franceses, toscanos y latinos; enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que, en saliendo de ella, sean entendidos por doquiera que fueren: está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente lo desnieva, pero le calienta de modo que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las cuales se hace un betún pegajoso, con el cual se fabrican las casas como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, que ponen en duda su crédito; pero, en efecto, son verdaderas.»

La idea que Cervantes tenía de los países del Norte, tal como aparece de esta novela, llamada setentrional, podría parecer á primeras, á un crítico moderno, que es producto de la acalorada fantasía de un hombre ignorante. Tal ha sido, poco más ó menos, la idea de los investigadores de literatura danesa cuando han tocado, de pasada, á las aventuras de Persiles y Sigismunda, como cuando S. Schandorph *(Hist. Arkiv,* 1873, 2) asegura que Cervantes no conocía los reyes del mar, los *vikingos* y los países setentrionales, confundía las cosas, lo cual, según el autor, tiene que «repeler un lector del Norte». Un lector del Norte de hoy en día tiene más bien que sentirse atraído por la aparente confusión de las descripciones que de las tierras setentrionales hace Cervantes, y buscar á través de ella cuáles sean sus fuentes.

Para quien esté algo familiarizado con la literatura geográfica de los siglos XVI y XVII ha de resultar claro que una de las principales fuentes de Cervantes tuvo que ser el relato de los viajes de los hermanos Zeni, conocido ya directamente, ya por refundiciones italianas ó españolas.

Este libro, que apareció por vez primera en italiano en Venecia y en 1558, pertenece á las obras de Geografía más difundidas y discutidas.

Su título dice que contiene, aparte de un diario de un viaje á Persia, relatos de los descubrimientos de las islas de Frislanda, Estlanda, Engronelanda, Estotilanda é Icaria, hechos bajo el Polo Artico por los dos hermanos Zeni, maese Nicolo, caballero, y maese Antonio, con una carta especial sobre todas las mencionadas partes setentrionales que han descubierto.

El editor de la obra, el consejero veneciano Nicolo Zeno, cuenta cómo su famosa familia posee diarios en que se ve que dos de sus miembros llevaron á cabo viajes de descubrimiento en el Norte de Europa y en América ya desde el año 1380. Siendo él muchacho, leyó esos diarios; pero desgraciadamente se perdieron por descuido, de modo que él no pudo entonces contar su contenido sino de memoria; y para verificar ésta, cotejar su relato con copias de una carta que fué dibujada durante los viajes, carta cuyo original se había borrado tanto con el curso del tiempo, que no sin grandísimo trabajo pudo reproducirla.

La carta es un mapa bastante correcto, pero diseñado flojamente, de Escandinavia y Dinamarca; una Groenlandia bien situada, pero demasiado dominante, y una multitud de islas en el mar del Norte, además de Islanda, llamada la gran isla de Frislanda; y lejos, hacia el Occidente, Drageo y Estotilanda, faltando la clásica Tule.

La isla de Frislanda, al servicio de cuyo príncipe Zichmni cuenta Zeno que estuvieron los dos hermanos, es el escenario principal de las hazañas de éstos. Se dice que esta isla era mucho mayor que Irlanda, y rodeada de aguas ricas en peces, «de

donde se proveen Flandes, Bretaña, Inglaterra, Escocia, Noruega y Dinamarca».

Desde Frislanda emprenden los hermanos grandes incursiones guerreras y viajes de descubrimiento hacia Estlanda, que se dice estar «cerca de la costa, entre Frislanda y Noruega»; á Islanda y á las siete llamadas islas islandesas, que cuenta están al Oeste de Islanda; aún más allá, hacia Groelandia—Engronelanda,—donde se halla «un monasterio de religiosos de la Orden de Predicadores, y una iglesia consagrada á Santo Tomás, y cerca un monte que vomita fuego como el Vesubio y el Etna, y un manantial de agua caliente, con la que se calientan la iglesia del monasterio y las celdas de los religiosos; y es tan buena para cocer en la cocina, que, sin hacer otro fuego, la utilizan en sus necesidades».

Cuéntase allí muchas otras cosas notables respecto á la naturaleza y los medios de subsistencia en Groenlandia. Tienen los religiosos, por ejemplo, pequeños huertos, cubiertos en invierno, que se riegan con el agua de la fuente caliente, con lo que crecen en ellos flores, frutos y hortalizas. Los edificios del monasterio están construídos con «piedras pegajosas, que se sacan, como carbón, de las bocas del hogar de la montaña»; piedras á que después se les echa agua, con lo que se quiebran y forman una «cal muy blanca y muy ligadora». El invierno dura nueve meses; pero «allí, donde el agua cálida corre al mar, hay un puerto grande y espacioso, que, merced al agua hirviente, jamás se hiela en el invierno. Por eso hay allí una tal afluencia de aves marinas y de peces, de los que se coge una casi infinita muchedumbre... En este monasterio se reúnen religiosos de Noruega, Suecia y otros países; pero los más son de las islas islandesas...», etc., etc.

El relato de los viajes de los hermanos Zeni era una de las más conocidas obras de aquel tiempo, y ya directamente, ya por haber sido utilizada por otros autores, ejerció una poderosa influencia.

No duró esto mucho, porque se manifestaron ciertas dudas

respecto á su autenticidad, lo que ha provocado una literatura extraordinariamente rica en el curso de los siglos, hasta que últimamente, no hace aún medio año, ha logrado la ciencia (principalmente por Gustavo Norm, hombre del Norte) señalar su verdadero carácter casi como una especie de viaje fantástico al modo de los de Julio Verne. Juntamente con su carta ha subsistido en la diestra refundición de las en un tiempo más nuevas descripciones de viaje y cartas, entre las que representaron el principal papel la del finés Claudio Clavo y la del sueco Olao Magno.

A través de la Edad Media, todas las ideas geográficas que respecto á los países setentrionales se tenía en los países cultos, procedían de fuentes casuales histórico-legendarias. Los antiguos escritores que describen el mundo, contienen citas esparcidas respecto á los países nórdicos, tomadas de los autores clásicos como Piteas, Estrabón, Plinio, Tolomeo; los marinos no podían contar sino fábulas. Las ideas en parte más exactas de las fuentes nórdicas, como los Sagas y el Espejo del Rey, permanecían desconocidas del mundo científico, así como la clara noción de los marinos nórdicos—en especial los anseáticos—no revistió forma literaria.

Con el siglo XIV aparecen en Italia y España buenas cartas de mar, en que se representan también las aguas navegables del Norte con alguna mayor precisión, y al comenzar el Renacimiento se traduce del griego al latín la Geografía de Tolomeo, haciéndose así manual para todas las personas cultas.

Tolomeo conoce la península címbrica (Jutlandia), las cuatro islas escándicas (una grande y tres menores) y un par de archipiélagos en torno á Jutlandia; coloca al Norte de la Britania la isla de Tule, como la tierra última del mundo habitado.

La Geografía de Tolomeo fué, durante largo tiempo, la geografía científica del mundo; pero su idea del Norte se amplía en el curso del siglo XV, y cuando en la nueva edición de la obra se inserta una carta «moderna» del Norte, está dibujada según la del mencionado finlandés Claudio Clavo.

Claudio Clavo ó Claudio Claussoen Swart era un docto viajero de aquel tiempo, que residió, entre otras partes, en Roma, y cuya carta se publicó por primera vez en Ulm en 1482.

Diseña las islas danesas mucho mejor que los cartógrafos anteriores, pero toma Jutlandia enteramente según Tolomeo. La imagen que Clavo se formaba de la península escandinava tenía grandes faltas, siendo, por el contrario, extraordinariamente correcta la respectiva posición de los países. Tule queda como una isla en la costa de Noruega, conservando la longitud y latitud que le dió Tolomeo. Distínguese muy en especial la carta de Clavo por su representación de Groenlandia, que se traza aquí por primera vez.

Su continuador nórdico el arzobispo de Upsala, Olao Magno, es uno de los más notables geógrafos y etnógrafos del Renacimiento.

Hizo Olao Magno, por su iglesia, largos viajes en Escandinavia, pero abandonó, á los treinta y cinco años de edad, en 1524, á Suecia, y se movió hasta su muerte, en 1557, en Alemania, Polonia, los Países Bajos é Italia, con muy varia suerte, como embajador político ó como hombre de confianza del Papa en la lucha contra el luteranismo, ocupándose siempre, á la vez, en cosas científicas y en estrecha relación con los hombres cultos é interesados en geografía de su tiempo.

Su gran carta mural, *Carta marina* ó *Cartha ghotica*, fué editada en Venecia en 1539, y se anuncia ya en su título como carta marina y á la vez descripción de los países setentrionales y de las maravillas en ellos contenidas.

Como era general en las cartas de aquel tiempo y del siglo precedente, está copiosamente ilustrada: en las aguas, con figuras de peces, navíos, monstruos marinos, témpanos de hielo, etc.; y en tierra, con dibujos de ciudades, iglesias, bosques, montañas, fieras, reyes, escudos de armas, edificios, artículos de comercio, etc., etc. Contiene también las entonces generales inscripciones—llamadas «leyendas» — que en la carta misma, ó á sus márgenes, cuentan la duración del día y de la no-

che, ó los cambios de las estaciones en los lugares correspondientes, ó las más diversas particularidades de las tierras ó de sus habitantes.

Esta carta es la primera que trae á Escandinavia y las tierras del mar occidental en su verdadera figura, y reproduce exactamente los mares del Norte, mientras sigue manteniéndose Tule como una isla entre las Feroes y las Hébridas, y Groenlandia está muy imperfectamente representada.

Añádase á la carta unos comentarios en latín, alemán y más extensamente en italiano. En la edición italiana cita Olao Magno muchas veces la gran obra que se proponía publicar, y que publicó en Roma en 1555, escrita en latín: *Historia de gentibus septentrionalibus*. Es un grueso volumen de más de 800 páginas en folio, cuyo carácter aparece ya desde su título, que reza así: Historia de los pueblos setentrionales y de sus diferentes Estados, maneras de vivir, costumbres y usos, ciencias y artes, gobiernos, medios de vida, guerras, construcciones, instituciones, minas y otras admirables cosas, juntamente con todos los animales que viven en el Norte y su naturaleza». Se imprimió varias veces en latín, y fué traducida al italiano, al alemán y al francés.

El hallazgo reciente de la carta de Clavo y Olao Magno en bibliotecas europeas ha hecho posible el establecer que la carta y el relato de Zeno no son sino una compilación hábil, que fué lanzada al mundo con todo aplomo por un personaje de una de las mayores ciudades, y que por ello logró tanto éxito en el público todo culto, aunque á la larga se impuso la ciencia.

Es cosa clara que Cervantes, sea directamente, sea por medio de refundiciones italianas ó españolas, conocía bien á Zeno.

La descripción del monasterio de Santo Tomás en la costa de Groenlandia, con sus diferentes y maravillosos fenómenos naturales, tiene que provenir de Zeno, tanto más cuanto que es seguro que el tal monasterio jamás existió en aquella costa,

fuera de la fantasía de Zeno. A mayor abundamiento, cita Cervantes al veneciano Nicolás Temo, que descubrió Frislanda en 1380, el año precisamente que da el joven Zeno. Esta Frislanda, que aparece ya en la carta de Zeno como una gran isla al Sudoeste de Islandia, no es en parte más que una variante de Islandia misma, y éste es precisamente uno de los puntos en que la carta de Zeno se delata como una combinación. Ha combinado, en efecto, en Islandia los nombres islandeses de la carta de Olao Magno y Clavo, mientras que en su Frislanda (que era la denominación de Islandia en las cartas marinas del siglo XVII) combina los nombres islandeses de lugares con los feroanos de la carta de Olao Magno. Frislanda en Zeno es una curiosa mezcolanza de Islandia y las islas Feroe; pero cuando Cervantes identifica Islandia con la Tule tolomaica, no hace sino seguir la idea general y constante de la Edad Media. Su referencia de «Tule, que ahora se llama Islandia», al Norte de Noruega, y Frislanda aún más arriba, con Groenlandia como la más setentrional, está de perfecto acuerdo con la carta de Zeno, en la que Islandia se sitúa al Oeste de Noruega, Frislanda al Sur de Islandia y Groenlandia al Noroeste de Islandia; mas en parte podría deberse esto á un capricho, pues en aquel tiempo no eran los poetas los únicos reservados, y en parte podía provenir el concepto de Cervantes de algunas de las cartas descendientes de la de Zeno, en que repetidamente se echa á Frislanda hacia el Norte y entre Islandia y Groenlandia, y en las que la proyección aplicada podría extraviar á un observador no ejercitado á tales cartas.

No es Zeno, además, la única fuente de que se sirvió Cervantes para el norte de su poética novela de viajes. Cuando cuenta que en Noruega hay tres meses de día y tres de noche con crepúsculos intermedios, no hace sino exornar un fenómeno cuya causa no ha comprendido, habiéndosela explicado quizás «en una esfera», fenómeno que los astrónomos y geógrafos de la antigüedad dedujeron de una manera puramente teórica y que había excitado siempre la fantasía de los euro-

peos meridionales. Durante toda la Edad Media se señalan referencias á un día de tres ó de seis meses; la más difundida carta marina española del siglo XIV contiene «leyendas» que hablan de un día y una noche setentrionales de seis meses cada uno, y entre las cartas graduadas introducidas á principios del siglo XV se hallan varias que indican al margen, junto al grado de latitud correspondiente, la duración del día más largo del lugar.

Un español y soldado de marina, como Cervantes, tenía materiales para formarse un concepto el más acabado de los países setentrionales.

Es seguro que pudo haber utilizado también, directa ó indirectamente, las obras científicas ó populares de las que sacaba su conocimiento de los países setentrionales la gente culta de entonces, obras que en lengua latina circulaban por dondequiera. Historias como aquella de las aves que nacían de la madera podrida de los diques, se presentan dentro de esa literatura. Olao Magno cita, v. gr. (*Hist.* XIX, cap. 9), un trabajo «sobre el maravilloso origen de los patos escoceses», y aduce como testimonio á «un escritor escocés que estudia cuidadosamente la esencia oculta de las cosas» y que asegura que un ave de la especie de los patos «en las islas desiertas nace del fruto de un árbol que cae al mar». Respecto á los hombres lobos cuenta Olao Magno, entre otras cosas, que «se presentan en gran cantidad en alta mar». Dícese que en Prusia, Livonia y Lituania «ocasionan á los hombres y animales aún más daño que los lobos efectivos y naturales». Los capítulos (*Hist.* XVIII, caps. 45-47) que tratan de estos monstruos están ilustrados con figuras, en que flotan por el aire formas á modo de brujas, parte de ellas en caballos con cabeza y garras de demonios.

Es interesante el fijar cómo en la Historia de Olao Magno se hallan otras figuras (en parte las mismas que en la carta marina) que parecen haber inspirado directamente al novelista.

Como ejemplo notable puede citarse la descripción de Cer-

vantes en *Persiles,* II, 16, de cómo «de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecía sino que el mar todo se había subido á la región del viento y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiración». Pero uno de los experimentados marineros dijo: «Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen más abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman naufragadores; y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan». Y al punto vió «alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle». Sólo disparando toda la artillería consiguen los marinos escapar del monstruo.

Aquí traen ambas, la carta y la Historia, los correspondientes dibujos, en que se ve á un poderoso cetáceo acercarse á la nave lanzando torrentes de agua de sus respiraderos, y parece ir á tragarse la nave, y en otro una serpiente de mar de puntiaguda cabeza se levanta sobre las olas y arrebata á un hombre de la nave.

A la primera de estas ilustraciones añade la Historia un texto en que se habla de los cachalotes, diciendo que «...para perdición de los marinos se levanta á menudo sobre los mastes del navío y vomita por los canales que tiene en la parte alta de la cabeza torrentes de agua allí recogida, de modo que con frecuencia hace que se vaya á pique la más poderosa nave con una inundación como si se abrieran los cielos, ó expone á los marinos á los mayores peligros». Y añade que el ruido y el clamor de las trompetas espanta á esas bestias. De la serpiente de mar, de 200 pies de largo, dice que «atrapa naves y se levanta en las tempestades como una columna, cogiendo y devorando hombres».

Las descripciones puramente artísticas de Cervantes son muy interesantes como uno de los primeros ensayos—si es que no el primero—que se han hecho en la literatura para aprovechar los relatos de las expediciones polares.

De 1595 á 1597 invernaron por primera vez en la Historia hombres de pueblos europeos cultos la noche invernal de las tierras polares. Fué la famosa expedición holandesa de Guillermo Barents, que se heló en los hielos polares en Nueva Zembla.

Como dice Nordenskioeld en su obra acerca de la expedición de Vega, «antes de haberse hecho la prueba no se estaba seguro de que el hombre pudiese soportar el rigoroso frío del Extremo Norte y la larga noche invernal de tres á cuatro meses. No es, pues, de extrañar que la inteligencia, el valor y la intrepidez de los holandeses que fueron de expedición al Polo despertara una franca admiración en los pueblos cultos todos, y que el relato de su invernada (por De Veer, piloto de Barets) fuera acogido con extraordinario interés y fuese objeto de innumerables refundiciones y descripciones, tanto en verso como en prosa y en todas las lenguas cultas».

No cabe duda alguna de que ó el seco pero vivamente ilustrado relato de Veer (que apareció también en latín), ó quizá una de sus «innumerables refundiciones y descripciones», ha servido de fuente á Cervantes.

Algunas de las figuras que acompañan al relato de De Veer podrían servir de ilustraciones al texto de Cervantes.

De Veer trae una figura que representa una nave con las velas desplegadas, presa de los témpanos de hielo, mientras hombres que habían salido de á bordo para hacer una cueva en el hielo vuelven á bordo. Quien examine con atención este grabado ó quien lo recuerde echará de ver los grandísimos puntos de semejanza que guarda con la descripción que hace Cervantes de cómo se cierran los hielos en torno á la nave, por lo cual la tripulación se da á arriar velas.

En otro grabado se ve á la nave aprisionada por los hielos,

mientras por un lado unos de los tripulantes arrastran á tierra chalupas con algunos toneles, y por otro lado ilustra el dibujo el relato de cómo una parte de la tripulación abandona dos días después, con armas, la nave para emprender una exploración de la tierra.

Y se ve uno llevado á ver en esto el modelo de las descripciones de Cervantes, no sólo del aprisionamiento por el hielo, sino también de los lituanios armados que marchan sobre el hielo, lo mismo que los prisioneros rusos del grabado de De Veers, que llegan al encuentro de los holandeses «con gran amistad y compasión», y por último les llevan á Kola, donde son «recibidos en fiesta por los habitantes», lo cual puede haber servido para el relato del rey Cratilo y de la amistosa recepción que su pueblo hace á Persiles y sus compañeros.

Un cuarto grabado que representa á gentes ocupadas en recoger maderos en unos cueros puede haber dado ocasión al relato de la manera de trasportar los lituanios las mercancías desde la nave de Persiles.

Muy grotesca es la descripción que hace Cervantes de la patinación, creyendo, al parecer, que se trataba de gente que anda sobre un pie, cuando en realidad es que toman impulso con el uno y avanzan con el otro.

Hay que tener aquí en cuenta que era muy fácil que un meridional se confundiese ante un grabado y un texto referentes á la manera de patinar con el *ski*.

Olao Magno habla en diferentes pasajes del modo de patinar de los lapones, haciéndolo acompañar de muchos grabados. Según Aug. Ahlquist *(De vestfinska Spraakens Kulturord)*, se emplea en Finlandia un modo de patinar con *ski*, que consiste en tomar impulso empujándose con el patín ó *ski* del pie derecho, el cual patín es más corto que el del pie izquierdo, gravitando el peso del cuerpo sobre éste, que sirve para dejarse deslizar. A esta manera de caminar se hace referencia ya en la *Historia Longobardorum* de Pablo Diácono, del siglo VIII, en que el nombre de Scritobini se deriva de una pa-

labra bárbara que significa «saltar», porque «persiguen á las bestias con saltos curvos dados con ayuda de un árbol diestramente encorvado». Y á juzgar por lo que dice Olao Magno, era esta manera de patinar general entre los lapones todavía en su tiempo; y entre los patinadores que están representados en su obra se ve á algunos con el patín derecho más corto que el izquierdo.

Excusado es decir que no cabe hacer una completa y detallada indicación de las fuentes de que se valió Cervantes para sus descripciones de los países setentrionales en su *Persiles y Sigismunda,* no siendo sirviéndose de colecciones españolas de entonces, y con ayuda de las obras geográficas y de viajes editadas en España en tiempo de Cervantes, si es que esto puede hacerse, porque Cervantes era un escritor que narraba con gran libertad.

La presente investigación á grandes rasgos que señala las fuentes capitales, seguras y probables, podría tener algún interés, y esto en doble sentido.

Contribuye primero á presentar á Cervantes como un escritor interesado verdaderamente en cuestiones geográficas, que tomó sus materiales de la literatura más acreditada en su tiempo al respecto, aun cuando, como era natural, no pudo separar lo que era exacto de lo que no lo era, ni llegó siquiera á hacerse escrúpulos en tal sentido, del mismo modo que, por ejemplo, el literato ilustrado que escribiera hoy en día una novela sobre el remoto Tibet, es muy natural que quisiera servirse del concienzudo Hedin y del menos fidedigno Landor.

Pero es además muy instructivo el ver cómo el más eminente de los poetas en prosa que ha tenido España, y con ella las naciones cultas, se representó nuestro setentrión de Cristián IV. Ni del más pequeño eco de nuestra historia y cultura se halla huella en el océano de la cultura universal. Apenas se puede, pues, por las descripciones del *Persiles y Sigismunda* deducir que en España hubiera conciencia del Norte de tiempo de los reyes de mar *(vikingos),* porque para formarse idea

de las naciones marinas menos conocidas como de hábiles corsarios, tenían los españoles de entonces modelos mucho más cercanos. Apenas si un débil eco de las luchas de la Reforma llegó á los oídos de Cervantes, cuando decía que la religión católica «andaba algo de quiebra» en aquellas regiones setentrionales.

CARLOS LARSEN

EL ALCOHOLISMO EN LA POESÍA CLÁSICA ESPAÑOLA

NOTAS PARA SU ESTUDIO

Puede asegurarse que Joan Roiz, Arcipreste de Fita, es el primero y más convencido de nuestros poetas antialcoholistas.

Gonzalo de Berceo no pudo sustraerse á la baja chabacanería, por lo visto tan corriente en el siglo XIII como en los posteriores, de admitir al vino como premio halagador del héroe ó del poeta. En la segunda copla de su *Vida del Glorioso Confesor Sancto Domingo de Silos*, después que en la primera ha invocado el nombre del Padre, de *Don Ihesucristo, fijo de la Gloriosa* y del Espíritu Santo, expone sus propósitos y el galardón á que se considera acreedor como historiador del Santo:

> Quiero fer una prosa en román paladino,
> En qual suele el pueblo fablar á su veçino,
> Ca non so tan letrado por fer otro latino,
> *Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.*

A muestra de la lisura y sencillez de las gentes de la época achacan Sánchez y Pidal, glosadores de las obras de Berceo, la extraña genialidad de éste, que, sin duda alguna, afea tan hermosa obra.

Las poesías del Arcipreste, que tan acertadamente analizó Jovellanos en la censura que hizo para la Real Academia de la Historia, reputándolas como documento de inestimable valor para el conocimiento de los usos y costumbres del siglo XIV, fustigan sin piedad el hábito de beber. Menos cono-

cido el *Libro de Cantares* de lo que merece, es interesantísimo estudiarle como arsenal de datos notables para las modernas orientaciones de los estudios sociales; y en tal sentido, veamos cómo Joan Roiz conocía, definía y censuraba sin miramientos el vicio de la bebida.

Considerando á éste como el rey de los malos hábitos, intitula así uno de los capítulos de sus cantares (del 502 al 549): *De como el amor ensenna al arçipreste, que haya en si buenas costumbres; e sobre todo que se guarde de beber mucho vino blanco e tinto.*

Adelantándose al juicio hoy corriente entre los higienistas de que tal vez la primera copa, deleitosamente gustada, sea eslabón de la cadena que acaba en el *delirium,* nos habla en el cantar 503 de un ermitaño á quien el vino *fiso perder cuerpo et alma... nunca lo bebiera,* dice, *probólo por su danno.—Retentólo el diablo con su sotil enganno...;* y de este primer mal paso dado por el abstinente ermitaño, que asegura no saber lo que es vino, veremos con cuánta lógica, con qué claridad deriva, individualizándolos, los efectos del pernicioso líquido.

El diablo tiende bien sus lazos; habla á su víctima de *aquel cuerpo de Dios que tu deseas gustar,* y le dice: *la Sangre de Dios en ello yase.—Sacramento muy sano...* (1); y consigue que *pruebe un poco dello.*

Pero el ermitaño bebe *mucho vino sin tiento,* y *como era fuerte puro, sacol de entendimiento* (2).

---

(1) Cuando la Iglesia ha transformado sus procedimientos, de acuerdo con la diversidad de problemas sociales que incesantemente se renuevan, ha puesto en claro que el vino que Nuestro Señor Jesucristo bebió en la Sagrada Cena era jugo puro de uva sin fermentar, y que una de sus últimas acciones en la tierra fué la de rechazar el vino fermentado mezclado con mirra que el Centurión le ofreció, ya enclavado Jesús en la cruz. Los obispos norteamericanos Ireland, Keane, Maignien, Watterson, Spalding y Ryan, misioneros ejemplares del antialcoholismo, lo han repetido mil veces en sus predicaciones y en sus pastorales.

(2) En los cantares 509 y 510 se dice que el vino lo pidió á unos tabernéros que iban por un próximo camino. Tan sueltos como en el siglo XIV

¿Qué efectos produjo el abuso de la bebida al ermitaño? Pueden clasificarse de este modo:

Pérdida de las facultades intelectuales:

512 Amigo dis, non sabes de noche nin de dia
Qual es la hora cierta, nin el mundo como se guia...
. . . . . .
. . . . . .

518 . . . . . .
. . . . . .
. . . . . todo seso olvida
. . . . . .
. . . . . .

522 . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . al que demás lo bebe sácalo de cordura.

Pérdida de la moralidad:

513 . . . . . .
El estando con vino, vido como se juntaba
El gallo á las fembras, con ellas se deleytaba,
Cobdició faser fornigio desque con vino estaba.

514 Fué con él . . . . . .
Luxuria . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

515 Descendió de la hermita, forzó una muger,
Ella dando muchas voces non se pudo defender,
Desque pecó con ella temió mesturado ser.
. . . . . .

---

andan ahora; pero á los antiguos les abona el que vendían, según el poeta, vino puro.

Repárese en la fuerza científica de la observación sobre los efectos del vino puro. El poeta parece saber que, de no haber sido puro, de haber tenido menor fuerza alcohólica, no hubiera producido tal efecto.

520 Los omes embriagos .....
Fasen muchas vilesas todos les aborresçen.
.....
.....

Adquisición de hábitos inmorales:

514 Fué con él la cobdicia rais de todos males
Luxuria e soberbia tres pecados mortales.
.....
.....

522 .....
.....
.....
Toda maldat del mundo fase et toda locura.

Caída en el delito:

514 .....
.....
Luego el omeçida; estos pecados tales
Trae el mucho vino á los descomunales.

515 .....
.....
.....
Matóla el mesquino, e ovose de perder.

516 .....
.....
Fué la su mala obra en punto descobierta,
Esa hora fué el monge preso et en refierta.

517 Descobrió con el vino quanto mal había fecho.
Fué luego justiçiado, como era derecho.
.....
.....

521 A do mas puja el vino quel seso dos meajas,
Fasen roido los beodos como puercos e grajos;
Porende vienen muertes, contiendas e barajas:
.....

Efectos patológicos:

518 Fase perder la vista, et acortar la vida.
Tira la fuersa toda, sis toma sin medida,
Fase tembrar los miembros .....
.....

519 Fase oler el fuelgo, que es tacha muy mala,
Huele muy mal la boca, non hay cosa quel vala,
Quema las asaduras, el figado trascala.
.....

520 Los omes embriagos aina envegesçen,
.....
en su color non andan, secanse et enmagresçen.
.....

¿No es la precedente una descripción casi perfecta del tipo alcohólico de nuestros días?

Joan Roiz, adelantándose á Magnus Huss en la caracterización del alcoholismo, destruye la siguiente afirmación de Ferri en su *Sociologia Criminale*: «Hasta Magnus Huss—dice—se había conocido el borracho bebedor de vino, de sidra ó de cerveza; pero en adelante el tipo del ebrio más ó menos jovial, hablador y, *en el fondo, buen muchacho,* comenzó á desaparecer, para dejar el puesto al alcoholista pálido, irritable y brutal». Este es precisamente el tipo del ermitaño descrito por Roiz, digno tronco de una familia Juke del siglo XIV.

Pero el Arcipreste de Hita hace algo más que describir: reduce á máximas concretas sus opiniones contra la embriaguez, ni más ni menos que un meritorio socio de la Cruz Azul.

Júzguese de lo concreto y claro de tales máximas.

502 Buenas costumbres debes en tí siempre haber,
Guárdate sobre todo mucho vino beber,
Que el vino fiso á Lot con sus fijas volver
En verguenza del mundo, en sanna de Dios caer.

517 .....
.....
.....
En el beber de mas y ay todo mal provecho.

518 .....
.....
.....
A do es el mucho vino, toda cosa es perdida.

519 .....
.....
.....
Si amar quieres duenna del vino bien te guarda.

521 .....
.....
.....
El mucho vino es bueno en cubas e en tinajas.

522 Es el vino muy bueno en su misma natura,
Muchas bondades tiene, si se toma con mesura.
.....
.....

523 Por ende fuye del vino, et fas buenos gestos
Quando fablares con duennas. .....
.....
..... (1)

(1) Aparte el capítulo estudiado del *Libro de Cantares*, merecen mencionarse los titulados *Aquí fabla del pecado de la gula* (281 á 287), y *Ensiemplo del león et del caballo* (288 á 293), en cuyos versos se encuentran las siguientes indicaciones:

283 Con la mucha vianda e vino creçe la frema.
.....
Llévate el diablo, en el infierno te quema.
.....

285 .....
.....
El profeta lo dise esto que te refierto,
Por comer e tragar siempre estás boca abierto.

286 Feçiste por la gula á Lot noble burgués
Beber tanto que yogo con sus fijas; pues ves
A faser tu fornicio; ca do mucho vino es,
Luego es la loxuria, et todo mal después.

293 El comer sin mesura, et la grand venternía
Otro sí mucho vino con mucha beberría,
Mas mata que cuchillo, Ypocras lo desía;
.....

Rabbi don Sem Tob, protegido de Pedro I de Castilla, á quien Amador de los Ríos atribuye el *Tractado de la doctrina* que figura en la Biblioteca de Rivadeneyra, no es tan elocuente ni tan claro en sus consejos antialcoholistas. Hay, sin embargo, en su *Credo* como un antecedente social del alcance del descanso dominical, que confirma lo antiguo de la petición de que las tabernas y sus consecuencias no turben la tranquilidad pública en las fiestas de guardar.

Credo.—Guardarás las fiestas:

Escusa caminos e caça
Juegos, *Tavernas* e plaça } en las fiestas.
Destas salen muy grand rraça

Aparte este dato, en los *Pecados capitales* encontramos la reprobación de los excesos como regla de sana moral.

En beuer sey mesurado
En el comer hordenado } en birtudes (1).
Por que seas reparado.

De gran significación son las alusiones variadas que en las jácaras se hacen á la taberna, al vino, á la embriaguez, elementos valiosos de criminalidad.

La taberna figura en tales romances en el lugar mismo en

(1) El freno religioso era de gran valor en aquellos tiempos, como ahora. Que los poetas interpretasen ya entonces la doctrina cristiana en el sentido expuesto, explica el que los Pontífices contemporáneos, como León XIII, hayan intervenido en la lucha contra el alcoholismo, para la que ya no separan á los hombres fanatismos ni diversidad de ideas. Sólo inspirado en el fanatismo se explica que, mucho antes de cantar su famoso himno al alcohol Arnoldo de Villanueva, médico de Pedro III de Aragón, el poeta árabe Hariri (1054) elogiase en términos parecidos las delicias del vino: «El vino, dice, es la piedra pómez del mal humor, el dueño del espíritu, que hace al pusilánime decidido, y al débil fuerte; sana al enfermo, devuelve color al pálido, hace día risueño de la noche obscura. ¿Conoces, hombre, cosa mejor? Sólo cuando las paredes de tu cuarto giran en derredor tuyo puedes imaginarte que estás en el Paraíso».

que los modernos criminalistas la colocan, como factor del delito, como sitio de reunión obligado de malhechores y pervertidos, donde se fraguan planes negros y se adquieren arrestos para ponerlos en ejecución. El vino desvanece dudas, ahoga remordimientos y disipa tristezas. La embriaguez va unida al escándalo y al embotamiento de las facultades, y el léxico especial denota la familiaridad que une al crimen con el alcoholismo.

Como muestra inicial, porque en el orden cronológico de nuestra poesía clásica es antecedente necesario para su estudio, vaya lo dicho, que da idea de lo que poetas creyentes y poetas escépticos han dicho; muestra que lo es de géneros diversos, desde el místico al hampesco, desde la sátira á la jaculatoria.

*
* *

Para formar un conjunto armónico de opiniones poéticas posteriores sobre la embriaguez y el alcoholismo, atengámonos á puntos concretos.

Cantos á Baco.—Sabido es que la palabra viene de la voz frigia *Bagaïos* (sér que encarna todas las energías), y que no es otro que Baco, el primitivo Dionysos, dios del vino, de los oráculos, padre de la fuerza, de las alegrías y de la inspiración.

De su papel en la tragedia griega nos dicen bastante las obras de Aristófanes, Sófocles y Esquilo (1).

Del culto que en Roma tuvo, innecesario es hablar. Nerón, poeta y cantor, se nos representa en su verdadero aspecto de degradación, cantando al dios que le inspira en las orgías descritas por Sienkiewicz. Juan Alemán, poeta florentino, se la-

(1) De Eurípides es la siguiente declaración: «¡Feliz el que, iniciado en los divinos misterios, santifica su vida y su alma adorando á Baco en la montaña solitaria!»

menta de ello en un poema escrito durante su destierro en los años 1530 al 32.

Non la Germania, no, ma l'ozio, *il vino*
Avarizia, ambizion, lussuria e gola
Ti mena al fin che già veggiam vicino (1).

Adoradores de Baco, por lo menos en sus versos, son muchos de nuestros poetas de los siglos XV al XIX. Cuando la poesía vivió en mundo limitado, ajena á las hondas luchas del espíritu, y sometida á invocar la benevolencia de las musas para cantar á Filis ó á los tormentos de la ausencia, se explica que, sin conciencia de su responsabilidad social, los poetas se dieran el gustazo de mimar al vicio y á sus dioses. Ved cómo Cristóbal de Castillejo (1494-1556) cultivaba un humorismo barato haciendo gala de despreciar al agua por considerarla nociva á su salud (2).

Y vos, Baco, gran señor,
padre de las alegrías,
que en los mis postreros días
venistes á ser autor
de las no pensadas mías;
triunfa ya de los licores
de las cisternas y pozos,
fuentes y ríos mayores,
pues vuestro placer y gozos
de todos son vencedores.

Esteban Manuel de Villegas (1595-1669), con una ingenuidad que bastaría para calificarle, en su composición *De Baco y Venus* dice del primero:

El que es de Jove hijo,
Baco, padre Lieo,
me enseña mil mudanzas
luego que entra en mi pecho;
que no me es poca gloria
bailar cuando estoy lleno.

(1) «No los germanos, no, el ocio, el vino, la avaricia, la ambición, la lujuria, el goce, te llevan al fin que ya vemos vecino.»

(2) «*Al Agua.—Habiéndole mandado que bebiese vino.*»

Bien se aprecia á través de la obscuridad del verso que Villegas gozaba perdiendo conscientemente la noción de sí mismo.

Cuando me asalta Baco
no hay cuidado que vele,
ni al mismo Creso estimo
con todos sus haberes;
luego la dulce musa
me coge de repente
y me fabrica versos
para cantar alegre.

Esta musa que á Villegas, *cogiéndole de repente, le fabrica versos,* es la musa inspiradora de Murger, de Musset, de Tasso, de Beránger, la musa asesina de Poe.

Más campanudo, pero en un estilo muy corriente entre los clásicos, es el elogio de Juan de Arguijo (1664-1728) á Baco.

.....gran padre, *domador* de Oriente,
he de cantar.....

De fanfarria poética calificó el soneto á que el pasaje pertenece, el Maestro Medina en sus *Apuntamientos*. Arguijo, por lo menos, ha sacrificado á Baco su reputación literaria.

Meléndez Valdés (1754-1817) parece interesado en prodigar los frutos de su inspiración báquica. Sabemos de él que no fué un gran poeta, y que murió de apoplejía, y cabe maliciar si esto se debiera á que pusiese en práctica sus teorías sobre el uso de la bebida.

Ocupándose del *domador* de Arguijo en su composición *Del vino,* exclama:

Todo á Baco, Dorila,
todo oficioso sirve.
La tierra generosa
le sustenta las vides.
El agua se las riega
con sus linfas sutiles,
y el céfiro templado
se las bulle apacible.

Sigue mencionando, como servidores de Baco, al Sol y á los hombres, y acaba llamando *necia* á Dorila porque retira de sus labios la copa,

delicia de los hombres,
honor de los festines.

En la titulada *Á Baco* escribe:

¡Honor, honor á Baco,
el padre de las risas,
de las picantes burlas,
de la amistad sencilla!
. . . . . .
el dios de las provincias
que el Málaga, el Tudela
y el Valdepeñas crían!

Si la poesía tiene un objeto, responde á algo, las pueriles y afectadas sólo en la fuerza del consonante pueden hallar explicación. ¡Qué se podrá juzgar de las sacrificadas al canto asonantado, como las de Meléndez!

¡Cómo calificar aquella otra *En un convite de amistad,* que tiene por estribillo:

¡Bebamos, bebamos
del suave licor
cantando *beodos*
á Baco y *no á amor!*

Lista (1775-1848) satisfizo su culto literario al mismo dios, traduciendo de Horacio, en sonoros y bellos conceptos, aquellas estrofas bien conocidas que retratan el temor, el asombro de haber visto á Baco.

Ví á Baco, sí (generación futura,
tú lo creerás) . . . . . .
. . . . . .
Piedad, Baco potente,
piedad, que estoy rendido;

testimonio elocuente de la poca sinceridad de Horacio, que así teme al dios aunque cante sus traidores dones, es la epísto-

la V de su libro V, que dice: «¿Hay algún desgraciado á quien el vino no libertara de sus penas?»

Elogio del vino.—Al género epigramático débese social gratitud. Como el proverbio y la fábula, el epigrama de mérito no muere. Su autor moraliza con él salvando tiempos y generaciones, y tiene sobre toda ventaja la que le prestan la amenidad y el gracejo. Digo esto, que no es ninguna novedad, á cuento de que en el siguiente epigrama de Salas Barbadillo (1580-1635) se elogia al *vino alguacil,* asaetando otros males, como el de la venalidad de las autoridades, que á veces tiene su raíz en sus vicios más disculpados.

A prender á un tabernero
fuiste, Arnoldo, y él te dió
tanto licor, que libró
su cuerpo del carcelero.
Viste luego mil candiles,
hablaste poco y mohino;
no hay alguacil como el vino,
pues prende á los alguaciles.

Sin dejos de ironía, con la sinceridad del que desconoce los efectos de aquello que el vulgo aprecia, y no pretende estudiarlos, quizá por no ir contra la corriente, nuestros poetas antiguos prodigan sus alabanzas al vino. No van solos en el elogio, que al fin es adulación de la que son cómplices muchos famosos vates extranjeros. Carducci, más equivocado que ninguno, acoge una opinión que hace del vicio virtud.

Di Caton prisco narrano
Che della stoica incude
Spesso nel vin tempravasi
La rigida virtude (1).

Schiller, en su *Canto á la alegría,* lejos de pasar por la propiedad excitante del vino, que ya nadie discute, dice de él:

(1) Cuentan de Caton Prisco—que del estoico y—aunque—con frecuencia templaba en el vino—la rígida virtud.

Freude sprudelt in Pokalen
In der Traube goldnem Blut
Trinken Sanftmut Kannibalen
Die Verzweiflung Heldenmut (1).

Baudelaire, delirante, deja á Arnoldo de Villanova muy á la zaga entre los adoradores del líquido tan ensalzado (2).

El maestro Quevedo, cuyo admirable realismo estriba en huir de la pedantería para hacer bello lo más vulgar, se venga de las moscas caídas en el vino que bebe, exclamando al final de un hermoso soneto:

Toma en el trago hacia mi nuez la boga,
que bebiéndoos á todos me desquito
del vino que bebisteis, y os ahoga.

Pero Quevedos hay pocos... Villegas no busca venganzas en el vino, porque confiesa que

Con el suave vino
doy sueño á las tristezas;
pero á mí ¿de qué parte
el trabajo y la pena,
el cuidado y la angustia,
el llanto y la miseria?
. . . . . .

(1) La alegría desborda de las copas,—en la dorada sangre de los racimos;—los Caníbales beben la templanza y los desesperados el heroísmo.

(2) Dice en la *Canción del vino:* «Hombre bien amado, voy á hacer llegar á ti á través de mi prisión cristalina un canto rebosante de fraternidad, himno de alegría, de luz, de esperanza.

Yo animaré la mirada de tu decaída mujer, la compañera de tu lucha diaria, de tus ilusiones. Endulzaré esa mirada y daré á su pupila el brillo de la perdida juventud. Á tu pequeñuelo, pálido niño, le devolveré los bellos colores que lucía en la cuna, siendo para ese nuevo guerrero de la vida como el aceite que endurecía los músculos de los antiguos gladiadores.

Seré bálsamo y lenitivo de tus cansados pulmones, la semilla que fertiliza...; nuestra íntima unión creará la poesía...

Entre ambos haremos un Dios y subiremos hacia lo infinito como los pájaros, las mariposas, los ángeles, los perfumes y todo lo alado...»

Y en otro de sus versos:

. . . . . .
Corra el otro á las armas
cargado de paveses,
que yo tan sólo al vino
correré diligente;
. . . . . .
que más quiero asomarme
que morir de repente.

El Conde de Noroña (1760-1815) toma pretexto del vino para cantar su amor á las bellas escanciadoras. Es caso tan frecuente en todos los tiempos, que no podrá tomárselo en cuenta ningún antialcoholista. Un sagaz industrial de aquella época pudo explotarlo anticipándose á establecer los *bars* con camareras de nuestros días.

Para Meléndez Valdés, de quien ya antes nos ocupamos (véase su composición *Del mejor vino),* el vino da vida á los ojos,

al paladar endeble
su ardor hace más grato,
. . . . . .
el libre gozo engendran,
disipan los cuidados.

Habla otras veces de

. . . . . .
el néctar que nos salva
de los desvelos tristes,
con que negra la suerte
nuestro espíritu aflige;
. . . . . .
delicia de los hombres,
honor de los festines...

y acaba llamando nuevamente *necia* á la cauta Dorila, que retira de sus labios la copa que le ofrece.

Cantando á Baco, en versos ya citados, aún atribuye al vino más virtudes.

. . . . . .
Él la jovial franqueza,
él la igualdad inspira.
. . . . . .
Alas al genio ofrece.
. . . . . .
Sobre los pechos tristes
derrama la alegría.
. . . . . .
Bebido, sus ardores
dan al flaco osadía,
revelan mil verdades,
acaban con mil iras.
Vuelven largo al avaro,
la esperanza subliman,
al plebeyo hacen grande
y altiveces humillan.
. . . . . .
Al mismo amor con ellas
avasalla. . . . . .

En *El vino y la amistad suavizan los más graves trabajos,* se consuela de la ausencia de la patria:

. . . . . *su bárbara saña*
debimos huir. . . . . .

invitando, á los que en su caso se encontraban, á embriagarse...

Bautista Arriaza (1769-1837), otro convencido, en su anacreóntica *Brindando por las damas en un convite de Nochebuena, y por el buen éxito de nuestras armas en la América Meridional* (año 1806), les habla así:

No deis paz á los vasos,
canto y trago por ellos;
no reparéis si es Grave,
ó Jerez ó Burdeos,
porque yo en cualquier vino
me hallo gloria y provecho.

Es el título de esta anacreóntica una muestra de las muchas que encontramos en la poesía clásica del maridaje literario entre la guerra y el vicio. Para muchos vates no hay soldado posible sin amor y sin vicios (1).

Juan Nicasio Gallego (1777-1853) califica al Jerez como

> Jugo divino, honor de Andalucía
> y envidia del flamenco y del britano.

Predilecciones aparte, el elogio es general. Ninguno de nuestros poetas clásicos ha dicho como Shakespeare: «¡Oh invisible espíritu del vino, si no tienes nombre que te designe, te llamaremos demonio!» (2). Han preferido ser vulgares á ser sinceros.

Sobre la embriaguez y los borrachos.—Cuando se busca, ó se espera, que entre tanto apologista del vino haya cierto espíritu de tolerancia por los borrachos y la embriaguez, se ve uno sorprendido de no encontrar ni indulgencia, ni lástima siquiera, hacia los que, fiándose de las decantadas virtudes y excelencias del *jugo divino, domador de Oriente,* etc., cayeron en sus redes.

---

(1) Confundiendo la adquisición del valor con la predisposición á la ferocidad, ha habido quien sostenga que el vino conduce al soldado al combate rebosando valor. Ejemplo, dicen, la canción de guerra de los antiguos guardas franceses, á la que pertenece la siguiente estrofa:

> Voulez-vous suivre un bon conseil?
> Buvez avant que de combattre.
> A jeun je vaux bien mon pareil,
> Mais quand j'ai bien bu, j'en vaux quatre!

(¿Queréis seguir un buen consejo?—pues bebed antes de entrar en combate:—en ayunas valgo lo que otro;—pero cuando he bebido, bien valgo por cuatro.)

¡De cuántos males será responsable el autor de este canto!

Pudo llegar la obsesión de que á las viñas se debía el ardor en lucha del soldado, al extremo de que, en 1811, el Duque de Aumale, al desfilar con su regimiento por delante de unos famosos viñedos, hizo que presentaran armas á éstos en señal de homenaje á la flor de la valentía.

(2) O thou invisible spirit of wine; if thou no name to be known by, let us call thee devil (*Otello*, act. II, escena III).

Quevedo, sin embargo, es más lógico. No cantó las excelencias del vino con cursi ampulosidad; vió sólo en él el lado jocoso; invitó en sus versos á la risa, pero no á la bebida, y cuando habló de borrachos pudo ponerlos en la picota del ridículo, sin recelo de volubilidad. ó zaherir la embriaguez con ataques tan donosos como morales.

Empieza así uno de sus sonetos:

Que los años por ti vuelen tan leves
pides á Dios; que el rostro sus pisadas
no sienta, y que á las greñas bien peinadas
no pase corva la vejez sus nieves.
¡Esto le pides, y borracho bebes
las vendimias en tazas coronadas!
. . . . . .

Y dice en los últimos tercetos:

. . . . . .
A Dios le pides lo que tú te quitas:
la enfermedad y la vejez te tragas
y estar de ellas exento solicitas.
Pero en rugosa piel la deuda pagas
de las embriagueces que vomitas.
. . . . . .

Sus famosos romances *Los borrachos* parecen inspirados por la musa de Joan Roiz. Hay en ellos la nota genial de quien haciendo versos no se limita á ser poeta, sino que demuestra ser psicólogo, observador perspicaz, intuitivo conocedor de las miserias de cuerpo y alma que la ciencia estudia.

En uno de esos romances, los personajes descritos,

de su majestad de Baco
gentileshombres de boca,

riñen torpemente excitados por el Coca y el Yepes.

Dos mozas de carne y hueso,
no de las de nieve y rosa,

consiguen apaciguar los ánimos, y conducen á los borrachos, que lo son habituales, de taberna en taberna; y como del vino, según el romance, hay que

temer sus tretas,
que apuntando en las tripas
da en la cabeza.
Ya los prende la justicia,
que en Sevilla es chica y poca.
.....

y pagan en galeras su viciosa inclinación, entre burlas y chacotas de la Escobera y la Salmerona.

En el otro romance, más conocido que el que acabamos de recordar, hay mayor vigor narrativo, más seguridad en la descripción de tipos y de escenas.

Están gobernando el mundo tres gabachos y un gallego.

Mojadas tienen las voces,
los labios tienen de hierro,
y por ser hechos de yesca
tienen los gaznates secos (1).

Mientras uno *está puesto á vómito,* otro *mece* el vino *remostado en sudor,* y otro

suspirando saca el aire
por no avinagrar el cuero;
Maroto, buen español
.....
después que toda la calle
sahumó con un regüeldo,

(1) Hay en el romance (como puede apreciarse por esta sola muestra) conocimiento de la sintomatología del alcoholismo, ó de la embriaguez, mejor dicho. Si Quevedo se lo hubiese propuesto, habría hecho una descripción completa. Lo que hay es que en este romance llamado de los borrachos pone la locuacidad de éstos como medio de decir, con irónico gracejo, grandes verdades sobre las costumbres de la época.

pasa revista á los males de su tiempo, lamentándose de la mudanza y de la liviandad de las hembras, de la mansedumbre de los maridos, etc., etc., hasta que al arrullo del sermón, Pierres

dormido cayó de hocicos
y devoto besó el suelo.
Jaques, desembarazado
el estómago y el pecho,
daba mil tiernos abrazos
á un banco y un paramento.
Sirviéronle de orinales
al buen Roque sus gregüescos.
. . . . . .
Maroto, que vió el estrago
y el auditorio de cestos,
bostezando con temblores
dió con su vino en el suelo.

De Polo de Medina son las redondillas *A un borracho que murió de mal de orina* y la décima *A un borracho que hacía coplas.*

Las primeras, verdaderamente despiadadas, pero donosamente escritas, retratan los postreros sufrimientos de un borracho que murió

de estangurria y mal de orina.
Pudo orinar, mas no osaba,
contra sí mismo cruel,
porque no saliese dél
el vino que en él entraba.

Colón en descubrir bodegas, y Cortés en conquistarlas,

del *licor* que á su albedrío
fué salud, *siendo veneno,*
como se sintió tan bueno
no quiso verse vacío.

Es esta declaración de la toxicidad de los licores la más terminante que se encuentra en la poesía clásica. No es extra-

ño que un poeta convencido cuente como cosa lógica que, víctima de los excesos en beber y de los defectos en vaciar,

al fin murió Coletino
por no ver su ardiente fragua
salir convertido en agua
lo que cuando entró fué vino.

Polo de Medina termina calificando como merece á quien buscó en el licor su daño.

Y pues él murió tan zafio
en beber, sobre la losa
donde su cuerpo reposa
se le ponga este epitafio:
«Aquí yace el que, por ser
quien nunca pensó morir,
no bebió para vivir
y vivió para beber».

Es flor funeral digna de ser dedicada á todos los borrachos.

En la otra décima citada de Polo hace referencia á un poeta á quien recomienda sea su propio mensajero para el Parnaso, porque la persona del poeta ebrio subirá

...tan veloz y activa,
que por una cuesta arriba
mejor camina una mona.

Si Polo condena vicio y viciosos clara y duramente, Villegas, consecuente con su afán de cantar á Baco y al vino, canta también á la bebida, que por lo visto le prohibían sus camaradas. *Del Beber* titúlase una de las tres octavas, quizá la que con más elocuencia refleja una pasión, un estado de ánimo del autor, que explican tal vez sus himnos entusiastas al vino. La copiamos íntegra.

Bebe la tierra fértil
y á la tierra las plantas,
las aguas á los vientos,
los soles á las aguas,

á los soles las lunas,
y las estrellas claras;
pues, ¿por qué la bebida
me vedáis, camaradas?

Lo que hay en estos versos de queja, de lamento, corre parejas con lo que tienen de justificación que el poeta hace *in mente* de sus propios actos. Si la tierra, las plantas, los soles, las lunas y las estrellas beben, ¿por qué me habéis de privar de esa necesidad natural?... No es otro el lenguaje de los dipsómanos.

La musa zumbona de Iriarte (1702-1771) le inspiró este epitafio de un borracho:

No riegues, oh caminante,
con lágrimas mi sepulcro;
que las lágrimas son agua
y el agua no es de mi gusto.

Otro famoso cultivador del epigrama, Francisco Gregorio de Salas, parece referirse á esos poetas que, para hablar á Filis, necesitan un motivo, y echan mano del vino, de Baco ó de cosa semejante, en un epigrama dedicado *á uno que entraba á beber en una taberna, porque estaba enamorado de la tabernera,* que dice así:

Con diferentes intentos
que á beber viene imagino;
pues en sus pensamientos
por el vaso bebe el vino,
pero por ella los vientos.

Al retrato de un vicioso titula este otro, muy interesante para nosotros, porque indica y demuestra que el mal de la bebida en exceso, que influye en el cuerpo y en el alma, era perfectamente conocido y censurado de antiguo por muchos, incluso por algunos poetas que no todo lo sacrificaron al florido lirismo.

A un vicioso retrató
un pintor de poca maña,
tan sin arte, tan sin reglas
y de tan horrible cara,
que, en vez de su cuerpo, hizo
el retrato de su alma.

El Conde de Noroña, que no se limitó á dedicar al vino flores de su propia inspiración, sino que añadió, traduciendo sus versos, las que le habían dedicado los árabes Erni el Fiadh y Abd al Salam Ben Ragban (conocido este último por sus contemporáneos por el apodo de *Gallo de los genios malos,* pues se distinguía por su habilidad más que por su moral), dando un ejemplo de inconsecuencia palmario, pero en una de sus composiciones más notables, demuestra conocer los efectos de aquel líquido á que alaba, y se complace pintando con los chillones colores del ridículo á un borracho.

Coronado de yedra,
el rostro abotargado,
los ojos encendidos,
espumosos los labios,
el habla balbuciente,
desiguales los pasos,
desabrochado el pecho
y trémulas sus manos.
.....
Oh, qué extraña figura;
qué lástima está dando.
Ay, Dios, ¡cómo tropieza!
¡cuál ríen los muchachos!
.....
¡que se halle entre los hombres
quien se exponga, insensato,
por un vicio tan feo
á un general escarnio!

La condenación no puede ser más clara ni más concisamente expresada.

Los testimonios poéticos que quedan mencionados, y otros muchos cuya cita alargaría demasiado este trabajo, prueban que es general la execración del vicio de la embriaguez; pero este anatema que viene en muchos casos precedido por exhortaciones á la bebida como bálsamo de todo pesar mundano, pierde, por eso, mucho carácter. Parece que los poetas clásicos están influídos por la leyenda oriental que habla de los orígenes de la viña, de la cual es este pasaje: «Baco fué testigo de un prodigio. Cuando los hombres comenzaban á beber, cantaban como los pájaros; cuando bebían algo más, se hacían fuertes como leones; pero cuando seguían bebiendo sin tasa, sus cabezas se inclinaban como las de los asnos».

Virtud de la templanza.—Hoy día se entiende restringido el concepto de la palabra templanza á la moderación en la bebida. Sólo por saber si el término se aplica con propiedad, no hemos vacilado en acudir á las obras de Cairasco de Figueroa (1540?), autoridad indiscutible en la materia, por el castizo léxico que empleó en sus composiciones, de finalidad moral todas, y algunas tan metafísicamente pensadas, que aun sin querer, definen de modo perfecto virtudes y vicios. En las composiciones de Cairasco, la temperancia se tiene por

> ...una virtud heroica
> que á varios fines su valor extiende,
> .....
> ...si acerca del comer milita,
> se la puede dar nombre de abstinencia;
> *si de beber, es sobriedad templada;*
> si acerca de la ira, es mansedumbre;
> si del ser deshonesto, pudicicia;
> si del intacto, es virginal pureza;
> y lo mismo de todas las pasiones.

Sea que el término *sobriedad templada* por su extensión no se preste á un uso constante, y mucho menos en poesía, ó que, sin proponérselo, Cairasco diferenciase lo que en realidad se comprende claramente en el término genérico de templanza,

es lo cierto que no vuelve á usar el específico de *sobriedad templada,* hablando en general de templanza ó temperancia como virtud que

conserva la vejez y la dilata
.....
...madre de consejos saludables
.....
enemiga mortal de la torpeza
.....
y, en fin, es un templar lo destemplado
de cuantas cosas hay en esta vida.

Nicolás Fernández de Moratín (1760-1828) confirma, en su epigrama *Laudable templanza*, que no practica la templanza el que se limita á no beber; pero que se llama temperante, con más ó menos propiedad, al que bebe poco aunque coma mucho.

Ayer convidé á Torcuato.
Comió sopas y puchero,
media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato.
Doile vino, y respondió:
Tomadlo, por vuestra vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro á beber yo.

Torcuato creía ser temperante comiendo mucho antes de beber poco, y Moratín se ríe de esto que Cairasco de Figueroa llamaba *sobriedad templada,* y que es virtud poco deseable en un convidado.

* * *

El ideal en el arte es aspirar á unir verdad, bondad, belleza.

Escribir en alabanza de lo chabacano ó esclavizado por la vulgaridad sin que el poeta dé fe de su personalidad, de su alma de artista, es defecto imperdonable.

En cambio, hacer de la poesía arma de la verdad, consiguiendo que el arte pueda guiar por el recto camino, es misión que tiene algo de evangélica.

La poesía no desaparecerá si los poetas no se agotan ó no la asesinan. Si su imaginación se fía de los convencionalismos que la nutrieron en otras épocas, y no busca sus orientaciones en el alma social para condenar sus vicios y cantar sus virtudes, la poesía desaparecerá. No nos pagamos hoy de lirismos, ni queremos cantar himnos suicidas á la mentira. Pero el artista, sea cualquiera el arte que cultive, debe fijarse bien en un hecho. El arte verista, el arte práctico no muere nunca.

El ideal de una obra artística es el cuadro de los borrachos de Velázquez. El pintor se asombra ante su prodigiosa factura; el médico aprende en él tanto como en un tratado de Magnan ó Krafft-Ebing; el sociólogo puede estudiar en la observación de los tipos, procesos vivos del vicio horrible... es un cuadro que jamás perderá actualidad, que vivirá lo que viven verdad y belleza; eternamente.

De muchos de los poetas responsables del delito horrendo para el artista de pedante vulgaridad, no puede decirse lo mismo. Tal vez gran número de ellos deben su clasicismo á una débil benevolencia de Rivadeneyra.

Pedro Sangro y Ros de Olano
Del Instituto de Reformas Sociales.

RECUERDOS

Dando un salto atrás de más de sesenta años, en esta serie de recuerdos, quedé á punto, en el artículo anterior, de comunicar á mis lectores esta noticia, de todo punto interesante para la Historia y aun para la civilización.

A saber: de cómo empezaba la primera Memoria que yo escribí, á la edad de trece años, por orden de mi profesor de Química, D. Ramón Baquero.

Pues empezaba de este modo:

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento...»

Este principio me encantaba, me parecía apropiado y majestuoso: esto de sustantivar el verbo entender, de ponerle su artículo y de dar comienzo con este alarde gramatical á la frase, parecíame digno principio para mi trabajo, y arrogancia infantil que había de dejar satisfecho á mi profesor.

Lo malo era que encontraba difícil mantenerme á la altura á que con la primera frase y, sobre todo, con aquello de *al entender de los antiguos*, me había remontado. Porque el principio era, á mis ojos, felicísimo, y aun redondo, con la feliz repetición de *un cuerpo simple, un elemento*.

Claro es que en el fondo de esta repetición había un pleonasmo, porque si el aire no es un cuerpo simple, claro es que no es un elemento; pero no está de más dar amplitud á la frase, redondearla, reforzar la idea, para que, si con el primer golpe no penetra, penetre con el segundo; y, sobre todo, si el

pleonasmo no se ha hecho para casos tales, no sé para qué lo han fabricado los retóricos.

Lo peligroso, como digo, era sostener la inspiración.

Así es que lo pensé mucho, y, al fin, continué de este modo; y repetiré de paso el principio, para que mis lectores se vayan haciendo cargo de su belleza estética.

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento; bien al contrario, la Química moderna ha demostrado con minuciosos análisis y repetidas experiencias...»

No me desagradaba esta segunda frase, que resultaba llena y redonda y que se enlazaba bien con la primera; y, sobre todo, pensaba yo haber acertado de lleno con los dos adjetivos *minuciosos* y *repetidas*, porque precisamente para eso están los adjetivos: para nutrir, ya que no para hinchar la frase.

Pero aquí daba un nuevo tropezón, porque no encontraba manera de seguir y de terminar el período.

Y no debió quedar muy á mi gusto, cuando no lo recuerdo, que es fortuna grande para mis lectores; porque si yo más recordase, no hay que esperar que de ello les hiciera gracia, aunque les hiciera pòquísima.

En suma, éste fué mi primer ensayo literario ó, mejor dicho, científico-literario.

En los años que siguieron, y hasta el último de la Escuela de Caminos, nada volví á escribir con pretensiones de estilista.

Sin embargo, unos artículos publiqué en la *Revista de Obras públicas* sobre el movimiento continuo, demostrando, naturalmente, su imposibilidad; pero de tal modo dominaba en ellos la parte técnica, que la prosa, llamémosla así, quedaba en segundo ó en tercer lugar.

Más empeño puse y más corregí, limé y adorné con formas retóricas otra Memoria, que en el mismo año me mandó escribir sobre canales y pantanos el profesor de la clase, D. José Jiménez.

En esta Memoria eché el resto, y me empeñé en asom-

brar con las galas de mi estilo á mi profesor queridísimo.

Recuerdo que hablé, no sé con qué motivo, de Luis XIV y de la Francia de aquel reinado, y hasta del gran ministro Colbert, á quien algunos años más tarde abominaba por sus teorías proteccionistas.

A D. José Jiménez le pareció bien la Memoria, pero no le asombró el estilo, antes le pareció pretencioso y poco acomodado al asunto.

—Más severidad hubiera yo querido—me dijo, sonriendo con aquella sonrisa aguda que era á modo de alfilerazo en mis vanidades literarias.

Un año después escribí también en la *Revista de Obras públicas* otro artículo crítico muy pesado y en el que, á decir verdad, sobraban la mitad de los cálculos sobre cierta máquina de movimiento continuo.

Y de nuevo hice punto, y ya no volví á escribir hasta que Gabriel Rodríguez se empeñó en que publicásemos *El Economista,* del cual uno ó dos tomos deben andar por esos mundos de Dios.

Siguieron á estos trabajos varios artículos en algunos periódicos políticos, todos ellos de polémica económica, contra los proteccionistas más caracterizados.

Pero, en fin, éstas sí que son menudencias; y ¿á qué molestar con menudencias al pacientísimo lector?

Por este tiempo, es decir, entre el 56 y el 68, escribí algunas obras de Ciencia, entre las que recuerdo las siguientes:

Un tratadito de *Cálculo de variaciones,* que en rigor ni tenía novedad ni tenía mérito intrínseco, pero que para la enseñanza me pareció utilísimo.

No encontraba yo modo de que los alumnos comprendiesen las explicaciones del libro de texto, que era el *Cálculo diferencial é integral,* de Cournot, y yo me empeñé en demostrarles que la cuestión, á pesar de los pesares, era elemental y sencilla, y en el fondo idéntica á los métodos empleados en los problemas ordinarios de máximos y mínimos.

Y el caso es que lo conseguí, porque todos mis alumnos comprendieron perfectamente lo que hasta entonces les había parecido un enigma indescifrable y una confusión imposible.

Como profesor había triunfado; pero la solución del problema económico fué desastrosa.

El primer año vendí doce ó catorce ejemplares, que á diez reales cada uno, si no recuerdo mal, me produjeron unos seis duros.

El segundo año vendí cinco ejemplares, porque los alumnos del año anterior vendieron ó prestaron los suyos; y es claro que yo ni exigí á mis alumnos que los comprasen ni quería enterarme siquiera de si los tenían.

En conjunto, vendí unos veinte ejemplares en una serie de años, lo cual representaba un producto de 200 reales. Y como la impresión me había costado treinta duros, la empresa de librería resultó desastrosa.

Otro folleto publiqué también sobre variaciones bajo el signo integral; pero para no sufrir un nuevo desengaño tomé la precaución de regalar la nueva obra á mis alumnos.

A juzgar por los signos externos, no parecía que hubiera yo de hacerme rico con obras científicas.

Tampoco ellas valían mucho; pero veinte ó treinta duros bien los valían.

Por entonces mi amigo y condiscípulo, amigo queridísimo desde la infancia, D. Bernardino Sánchez Vidal, que tenía en Madrid una clase particular de Matemáticas, se empeñó en que le escribiese un tratadito de problemas elementales de Geometría, y en efecto se lo escribí, y le regalé por añadidura la propiedad; de suerte que este trabajo, que ya era de alguna extensión, no me valió ni un real; y digo real, y no digo peseta, porque nuestro sistema monetario era por entonces la modestia suma.

Tres obras científicas más he de citar todavía; mejor dicho, cuatro; pero ¿son de esta época, ó son posteriores al año 70?

Esto no lo recuerdo.

Pero poco importa; y la historia de las Ciencias Matemáticas en España no pierde gran cosa con que yo no recuerde tales fechas.

Son obras de propaganda científica, no de Ciencia popular, como las que he escrito después, sino de alta Ciencia; y mi objeto era ir despertando estas aficiones matemáticas en España, escribiendo una serie de tratados que facilitasen su estudio.

Las cuatro obras á que me refiero son las siguientes:

La primera parte de un tratado de *Termo-Dinámica*.

La publicó la *Revista de Obras públicas,* porque como, según dice el refrán, de los escarmentados nacen los avisados, yo estaba resuelto á no ser en adelante el editor de mis propias obras, gastando dinero que no tenía, y desnivelando mi modestísimo presupuesto.

En materia de presupuestos, siempre he sido partidario resuelto del *superávit:* no son éstas en mí aficiones modernas.

Jamás he conocido el *déficit,* por modestos que hayan sido mis ingresos.

La obra á que me refiero estaba inspirada en los trabajos más modernos, por entonces, del extranjero, y era materia desconocida en España y que no se enseñaba en ninguna parte, ni en Escuelas especiales ni en Institutos; por de contado, ni en los libros de Física de entonces, ni en las Universidades tampoco aparecía.

Después, sí se ha enseñado la *Termo-Dinámica,* y hoy se enseña por profesores de verdadero mérito.

Y valga este dato, entre otros muchos que iremos citando, para demostrar que España, á pesar del pesimismo de muchos, adelanta muy seriamente en el orden científico.

La segunda obra á que me refería era también un tratado de *Determinantes.* Está inspirada en una obra italiana, aunque el método, algunas demostraciones y la forma de la exposición me pertenecían en absoluto.

Poco mérito es; pero, poco ó mucho, no está de más hacerlo constar.

Tampoco esta teoría era por entonces conocida en España. Hoy, en cambio, es vulgarísima.

En muchos y excelentes libros escritos en castellano se expone y desarrolla, y hasta se ha incluído en varios programas de examen.

Y repitiendo lo que antes dije, agrego que también editó este libro la *Revista de Obras públicas*, por razones económicas del mismo orden que las ya expuestas.

Claro es que si la *Revista de Obras públicas* costeó la impresión de la *Termo-Dinámica* y de las *Determinantes*, yo no obtuve, ni en justicia debía obtener, el producto de la venta.

De manera que en este caso, como en otros muchísimos, he trabajado de balde y por puro amor á la Ciencia y á la propaganda de ideas que creía beneficiosas para mi país.

La tercera obra de las cuatro indicadas es un tomo sobre teorías modernas de la Geometría, ó introducción á la Geometría superior.

Trátase de un libro hecho con cariño, y me parece que las teorías están expuestas con suma claridad y por métodos que casi son míos, aunque después y en obras posteriores del extranjero he visto métodos análogos.

Nada tienen de maravilloso, ni exigen esfuerzo alguno, y en rigor están contenidos en las obras clásicas que yo estudiaba; pero de todas maneras me parecen muy propios para la propaganda de la alta Geometría.

Este libro lo editó la Academia de Ciencias: de suerte que tampoco me costó sacrificio alguno, porque no fué sacrificio el escribirlo, sino antes bien, recreo intelectual.

Leer un teorema ó una demostración en un libro extranjero, juzgarla árida y obscura, y el teorema un tanto nebuloso para el principiante, y convertir por mi propia asimilación en luz y claridad aquellas obscuridades, ha sido siempre para mí, y en mi modesta esfera, un indecible recreo de mi espíritu.

Resumen del libro como empresa:

Gasto, ninguno: corrió de cuenta de la Academia.

Ingresos, ninguno: unos cuantos ejemplares para regalarlos á los amigos.

Y para hacer el honor debido al progreso intelectual de España, repetiré lo que dije respecto á las dos obras anteriores: hoy existen en español, sobre alta Geometría, obras de gran mérito, como existen profesores eminentes de esta materia.

Mi libro se refería principalmente á los geómetras franceses; por ejemplo, Ponselet y Chasles; las obras que hoy existen en España abarcan los trabajos de los alemanes.

De las cuatro obras citadas, y que se refieren poco más ó menos á esta época del año 1868, porque de las que he escrito en tiempos posteriores hablaré cuando llegue la ocasión, sólo me queda una que indicar á mis lectores, á saber: la introducción á la *Teoría matemática de la luz*.

Tenía yo grandes proyectos, pero en proyectos se quedaron, como tantas otras cosas del orden científico, por falta de tiempo y ocasión.

Quiero decir: que de la obra que pensaba publicar, sólo publiqué, ó, mejor dicho, sólo publicó la Academia de Ciencias, la introducción de que acabo de hacer mérito.

Tampoco me proporcionó, como era natural, ningún ingreso, toda vez que los gastos los había sufragado aquella corporación.

En resumen: al llegar esta fecha había publicado seis ó siete libros, y la ganancia había sido *cero* ó, mejor dicho, negativa, toda vez que el *Cálculo de variaciones* me había costado el dinero.

*
* *

Resumen de lo dicho: que escribía obras, escribía artículos, pronunciaba discursos, consumía nervios y trabajo y no conseguía ningún resultado metálico.

La Ciencia no era un ingreso para mí, dejando aparte el

modesto sueldo que como profesor de la Escuela percibía del Estado.

En cambio, la Literatura me dió posteriormente manera decorosa y aun desahogada de vivir, y sin embargo, y esto prueba que la naturaleza humana es ingrata de suyo, yo tengo un amor inagotable por la Ciencia: no hay rato perdido ni momento de descanso que no la consagre, y la prefiero á la Literatura en general, y á la Literatura dramática, que me ha sustentado durante cuarenta años.

Si yo hubiera sido rico y no hubiera necesitado trabajar al día para vivir al día, me hubiera ido, y me iría hoy mismo, á un rincón, á leer libros de Matemáticas, á escribir lo que me ocurriese en estas ciencias, y acaso, de tarde en tarde, escribiría un drama para desahogar los excesos de fluido nervioso.

Descubrir un teorema nuevo y fecundo, forjar una teoría que á nadie se le hubiera ocurrido, resolver un problema no resuelto todavía, éste es un placer supremo en el orden intelectual.

Puede llegar á ser un placer divino: que por algo le llaman á Dios el Gran Geómetra.

Pero esta clase de trabajos requieren tiempo, descanso, tranquilidad, carencia de preocupaciones y mucho tiempo: un año, dos años, tres años, acaso una vida.

Es preciso poner ante sí, como decía Newton, el problema, y estarlo mirando siempre, iluminarlo por esfuerzo de la razón, fecundarlo con la mirada fecunda del creador.

En cambio, un drama se piensa en una noche y se escribe en quince días; y suponiendo que salga mal, proporciona al autor unos cuantos miles de reales.

Por eso no he podido hacer nunca lo primero: he leído, he estudiado, he escrito á ratos perdidos, en los huecos de la vida, como relleno de otros trabajos; jamás de una manera seria y sostenida.

Y, sin embargo, ¡qué ratos tan deliciosos para mí, qué sacudidas de deleite intelectual, qué atmósfera de optimismo, per-

mítaseme la palabra, ha creado la Ciencia, aun así rota, fraccionada, intermitente, alrededor de mi sér!

Como estudio psicológico, bien vale la pena de que yo evoque algunos recuerdos.

Si algún joven me lee, que lo dudo, porque en España se lee poco, es posible que lo que aquí cuento ó relato sirva de aliento y enseñanza á los principiantes.

No son estos recuerdos trabajo literario en que yo ponga empeño, dado que el empeño de algo me sirviese.

Ni pienso lo que voy á decir, ni tengo plan ni concierto, ni siquiera escribo yo mismo estas desordenadas líneas. Lo que por manera caprichosa voy recordando, eso dicto, sin pretensiones de estilo ni alardes de retórica.

Es algo así como una conversación conmigo mismo, en que salen desordenadamente por las puertas de lo pasado imágenes y sucesos en revuelta confusión, sin orden de fechas, sin enlace de ideas, sin nada que indique plan preconcebido ó sistema cronológico.

Estoy casi en el año 68, y voy á dar un salto hacia atrás para recordar la época en que yo era niño, apenas tendría trece ó catorce años, y en que casi á diario escribía cartas á mi amigo de Instituto, que luego fué amigo de toda la vida, Bernardino Sánchez Vidal, que por entonces pasaba sus vacaciones de verano en casa de sus padres, en Alhama de Murcia.

¿Y de qué le hablaba yo en aquellas cartas á mi querido amigo?

Asómbrense mis lectores.

Por entonces había caído en mis manos una Geometría en francés que acababa de publicarse, que yo había visto anunciada en no sé qué librería, y que hice que mi padre me trajese.

Era la Geometría de Vincent.

Era completa, extensa, y en comparación de la Geometría elemental que me habían explicado en el Instituto, era para mí un verdadero monumento.

Cuando tuve entre mis manos aquel volumen, que me pa-

recía enorme y que realmente tendría más de 600 páginas, y además escrito en francés, me quedé contemplándolo con respeto y temor, y algo de veneración religiosa.

¿Comprendería yo aquello? Imposible: era muy sublime para mí.

Y, sin embargo, lo comprendí, y fué uno de los grandes placeres de mi vida.

Pues sobre este libro le escribía yo á mi amigo Bernardino carta sobre carta.

—Mira qué teorema tan bonito—le decía—acabo de leer en el libro de que te hablé.

Y le explicaba el teorema, como si á él hubiera de interesarle, y le desarrollaba la demostración.

Realmente, á Bernardino Sánchez no le importaban gran cosa aquellas cartas; pero le importaban á su padre, que las leía y las comentaba.

¿He hablado yo alguna vez del padre de Bernardino Sánchez Vidal?

Me parece que sí; pero no importa: puesto que yo lo he olvidado, también lo habrán olvidado mis lectores, y me complace resucitar seres que ya no existen, que nadie ha conocido más que allá en el pequeño círculo de su aldea, que para la masa inmensa de la humanidad representan menos que un átomo de polvo para los arenales del Africa ó de la Arabia, ó que un gusanillo que nació sobre una hoja de un bosque, y murió al llegar al tronco en viaje para él dilatado y penosísimo.

Todo el mundo conoce á Napoleón, oyó hablar de César, y hasta de Herodes, cuando niño; pero ¿quién sabe que existió un buen señor hacia el año 47 del siglo pasado, allá en Alhama de Murcia?

Y algún lector agregará: ¿ni qué le importa á nadie?

Yo no lo sé; existió, tuvo dolores y alegrías, tuvo sus ilusiones: pues esto es algo en el seno de la Creación; ó si esto es nada, la Creación es una suma de ceros, y, por lo tanto, es un cero también.

Un cero, no sé si á la izquierda ó á la derecha de la unidad de lo creado.

El padre de Bernardino Sánchez era una persona excelente, una especie de hidalgo pobre ó de labrador modestísimo, aunque él personalmente no se dedicaba á las faenas del campo.

Sí: algo tenía del antiguo hidalgo, en su porte, en su manera, en su dignidad, que nunca se convertía en altivez, pero que jamás se rebajaba á lo vulgar; muy atento, muy cariñoso, con un gran fondo de dulzura y bondad.

Era alto, de regulares carnes, ni flaco ni corpulento.

Hablaba poco, reposadamente y sin emplear palabras inútiles.

Su cultura era superior á la que hubiera podido esperarse de un labriego.

Que él no era otra cosa que un labriego ilustrado.

Tenía el *Quijote* y algunos libros de Historia, entre todos muy pocos, y los leía, y meditaba sobre ellos; mejor dijera que filosofaba.

Sus aficiones eran las Matemáticas, pero nunca supo más que Aritmética elemental y un poquito de Geometría.

Con lo que había aprend ido de Aritmética y con lo que él había meditado, había escrito un tratado elemental de esta parte de las Matemáticas.

Ya lo digo, elemental, muy elemental; pero muy claro y muy razonado: de todos los teoremas daba su demostración.

Ni la cosa más insignificante quería aventurar sin demostrarla lógicamente.

Por ejemplo: la regla para multiplicar quebrados la demostraba de tres ó cuatro maneras, que en el fondo eran idénticas, aunque en la forma variasen.

Pero lo curioso no es esto.

Es lo curioso que, aunque nunca imprimió esta obra, de ella hizo quince ó veinte ediciones, ó no sé cuántas, perfeccionándola, limándola y completándola año tras año.

Acababa de escribirla, y empezaba á escribirla de nuevo

en letra muy clara y muy correcta, con los cálculos muy esmerados y muy limpios, y con sus números de orden y sus referencias.

Y á cada edición le ponía su prólogo, explicando las modificaciones que en la edición antigua había introducido.

Así pasó su existencia este buen señor, hidalgo por su familia, labrador por necesidad, matemático por afición, y pobre por añadidura; tan pobre, que no podía mandar á su hijo á Madrid á seguir una carrera cuando en el Instituto de Murcia tomó el grado de Bachiller al mismo tiempo que yo.

Más de sesenta años han pasado, y me figuro que le veo ante mí, erguido, digno, con traje humildísimo, pero con sonrisa un tanto altiva, entre altiva y bondadosa, enseñándome un montón enorme de papeles: las quince ó veinte ediciones de su Aritmética.

José Echegaray

LA IRONÍA Y EL GRACEJO EN LOS REFRANES

Dicen que los refranes encierran la sabiduría popular. La hay, cierto, á vueltas de no poca gramática parda y de mayor inspiración poética. No hay regla de retórica que no pudiera confirmarse con un buen montón de refranes. Pero lo que me parece más importante es buscar en ellos el ingenio nacional, que se retrata en las maneras graciosas de formular la sentencia. La flor y nata es la ironía, en sus variados matices. No es del caso hacer aquí un tratado de ella; baste recordar que consiste en decir lo contrario de lo que se quiere dar á entender, por manera que la forma contradiga al fondo, quedando éste por lo mismo tanto más clavado en las mientes cuanto que entra en ellas por el choque y chispazo debido al contraste. Brilla así más la doctrina y queda más hondamente impresa. Además, no sé qué de encanto tiene para el hombre el mentir, que, ya que no mintamos por el fondo, nos contenta mentir á lo menos por la forma. Ello es que la ironía es la única mentira provechosa y la flor más delicada y olorosa del ingenio. Y esta flor es variadísima y rica en matices; el caso es que tenga alguna pinta de ingeniosa mentira. *En tiempo y lugar, el perder es ganar,* dice un refrán de singular consejo. Paradoja hay entre el perder y el ganar, y mentira parece que gane el que pierde. Pero ahondad un poco, y hallaréis que el dar tiempo al tiempo, perdiéndolo al parecer, es ganar, y no sólo cualquier empresa, sino hasta ganar tiempo. Dígalo si no la tortuga, que se fué paso tras paso, y llegó antes que el caballo, el cual perdió el tiempo con quererlo aprovechar, harto de corrida. Cede el

lugar al superior, humíllate, y pronto te verás ensalzado, ganando puesto y lugar con lo que parece lo perdías.

En todo hay bellaquería, si no es en la ropería, dice otro. ¡Cómo!, ¿que no lo hay en la ropería? Porque allí no hay simple bellaquería, sino grandísima bellaquería, en grado superlativo. Mientras discurres, el refrán te va entrando más y más, y cuando caes en ello, ves que el contraste entre la forma y la idea te dice que no es como las demás la bellaquería de los roperos, sino de grado especial, al punto de que esa bellaquería ordinaria no existe realmente entre ellos.

En todo se mete Peralvillos, como el agua en los cestillos.—No es que se meta, sino que con la misma facilidad con que se mete se sale, como el agua que se echa en cesto. De no ser así, allí dentro se quedaría; y entonces, ¿cómo se podría ir á meter en otro asunto?

En muriéndome yo, todo se acaba.—Valiente pata de gallo, está uno por decir; á no ser que salte y diga: te acabarás tú, que los demás... Y con todo, ni aquello es verdad, ni estotro; y ni es pata de gallo ó simpleza de vara y media, sino gravísima cordura; ni es cierto que se acabará el que lo dice, y no los demás, porque para él todo se acabó, y él de sí habla, no del Papa Marcelo II, de quien nada sabe ni le importa una higa. Salgamos de tan hondas filosofías, que á fe nos habían de anegar á poco que en ellas nos detuviéramos. No hay verdad más colosal que la de ese refrancillo, vestido de bobo.

En Hornachos, todos los asnos son machos.—Tiene gracia la perogrullada. Eso quiso el refrán ó el pueblo que lo inventó: que os cayera en gracia. Pero guardaos, no haya más en la aldehuela, que suena. No sea algún chalán, que os capee con esa gracia para atraeros y vender su mercancía. Y así es la verdad, que los asnos de Hornachos son ó eran antes, que yo no los conozco, pero me consta que fueron tamaños como machos ó mulos. El equívoco tiene de la ironía no menos que la paradoja, puesto que una cosa dicen á la vista y otra tienen en el anverso, y la gracia está en que, engolosinados con la menti-

ra, busquéis con mayor afán la verdad, volviendo la moneda, que ese manosearla os la dará mejor á conocer y os hará que menos la olvidéis.

Y ya que por machos va, vaya aquel otro: *En efecto, que el rey era macho.*—¿No lo entendéis? Decidlo ante un corro, después que Fulano haya mostrado su crasa y supina ignorancia en cualquier materia, y á buen seguro que lo entiendan todos y vos con ellos.

Soñaba Gil, el ciego, que veía y soñaba lo que quería.—Gracia tiene en el ciego Gil ó en el ciego Menga; pero más gracia tiene, por lo menos más risa da, en Perico el de los Palotes, que se despepita por servir á Don Espera-un-rato hasta echársele por los suelos, ó se quema las cejas á caza de consonantes en el Diccionario de los ídem, creyendo muy á pie juntillas que con eso va á subir á la cima del Parnaso, ó... ó... Añadid aquí, que tela hay cortada para cualquier parroquiano del barrio de la Quimera.

Enderezaos, Lucía, que vais torcida.—Este refrán no tiene hoy aplicación con las señoritas, por estar de moda el ir sobrado de tiesas y erguidas, bien sacados el polisón para atrás y los pechos adelante, porque no todo sea figurín pasado con un asador.

Envaine vuestra merced, que bien lo ha hecho.—Podéis decirlo á muchos militares, no después que hayan dejado de un guantazo roja como un tomate la cara del pobre quinto que se salió de la fila ó trabucó el paso, sino cuando los sintáis á las espaldas por el olor á perfumes, en lo que (en Dios y en mi ánima que no miento) vencen á las damas más emperejiladas. Bien podéis decirles aquel otro: *En cueros y con sombrero y guantes y pañizuelo.*

Entendió que pescaba bogas.—Tal vez se dijo por el que, llamados sus compañeros á cabo de gran esperanza y regocijo, sacó á la ribera el cadáver de todo un señor asno. Pero más vale dejarnos de glosas y saborear la ironía en los mismos refranes.

Entre bobos anda el juego, y eran todos fulleros.—La segunda parte en éste y sus semejantes suele naturalmente omitirse.

Entre gavilla y gavilla, hambre amarilla.—Paradoja que queda deshecha al advertir que se trata de la mengua que sienten los labradores entre la siega de la cebada y la del trigo, por haberse acabado el repuesto del año anterior.

Entre col y col, lechuga.—Así plantan los hortelanos; dícese del tomar algún alivio entre el trabajo.

Es moza de buen recaudo, que antes que salga se manca en el establo.

Es hablar adefesios.—A quien no entiende, ó lo que es lo mismo, cosas disparatadas, que lo son para ese tal: como cuando San Pablo escribió *ad Ephesios*, á los de Éfeso, que no le atendían por estar apasionados con su famoso templo de Diana.

Eso y nada llevádoslo en la halda.—Todo eso no vale nada.

El mur (ratón) *no cabía en el horado* (agujero), *y atóse una maza al rabo.*

El muleto siempre parece asno, quier en la oreja, quier en el rabo.

El rosario al cuello, y el diablo en el cuerpo.—De los devotos farisaicos.

El hato de la liebre.—Para decir que no tiene más que lo puesto.

El harto de ayuno no tiene duelo ninguno.

El herrero de Arganda, que á puras martilladas olvidó el oficio.

El hijo de la cabra siempre ha de ser cabrito.—El natural tiene que aparecer en cada uno: *El hijo del asno dos veces rebuzna; El hijo del gato mata al rato;* ó *El hijo de la gata, ratones mata;* ó *El hijo de la cabra, de una hora á otra bala.*

En aldeas, pon la capa do la veas.—No te la espulguen.

En Aracena, quien no tiene pan no cena.—Y fuera de Aracena tres cuartos de lo mismo; como *En Atienza, cada uno de sí piensa;* y *En el andar y en el meneo, luego vi que era de To-*

ledo, porque en todas partes *En el andar y en el vestir, serás juzgado entre mil.* Lo mismo: *En la tierra de Matadura, quien no trabaja no manduca.*

En eso estaba pensando.—Ironía con que niega uno lo que le piden.

En la mula de San Francisco.—Cuando uno camina á pie.

En Cantillana, el que madruga se levanta de mañana.

¿En qué mes cae Santa María de Agosto?—A los simples; como *¿La mujer del quesero qué será?*

El polluelo del labrador y el bizcocho de la monja traen costa.—Dan poco para que les den mucho; ó *El mensajero de Villamelera, lo que trae en el papo lo lleva.*

El primer año, doctor; el segundo, licenciado; el tercero, bachiller; el cuarto, estudiante; el quinto, ignorante que comienza y quiere saber.—Atrás como el cangrejo es este progreso, aplicable de lleno á los estudiantes del día, gracias á los excelentes planes de enseñanza que nos desasnan.

El tal por tal debe ser igual como el tanto por tanto, que es otro tanto.—Aclárase por el otro: *El tal por tal es bueno, si es tanto, como tanto por tanto.*

El tejedor del villar huelga toda la semana, y el domingo quiere trabajar.

El tiempo lo cura todo, ó lo pone del lodo; ó *El tiempo aclara las cosas y el tiempo las oscurece.*—Contra los que fían demasiado del tiempo diciendo: *El tiempo cura las cosas;* ó *El tiempo y yo, para otros dos,* como repetía Felipe II. Lo mismo: *El tiempo todo lo trae y todo se lo lleva.*

El toro se lo rompa.—Al que trae vestido nuevo, con ironía.

El villano y el nogal, á palos dan lo que dan.

El mejor lance de los dados es no jugarlos; ó *El mejor nadar es guardar la ropa.*

El mejor pienso del caballo es el ojo del amo; y con la cebada que le sobra, fregarle la cola; ó *El pienso mejor es el ojo del señor.*

El mozo bueno, bueno es; de tres torreznos, dadle los dos, y el mandado hacéoslo vos.

El buen estudiante, harto de sueño y muerto de hambre.—Se supone, no de estudiar, sino de andar á picos pardos y ser gastador.

El buen hombre al sol se seque.—Ironía y maldición.

El buen vino ha de ser añejo, y ha de tener buen olor, y buen color, y buen gusto, y mal dejo.—Mala gana de dejarlo de la boca; esperábase *buen dejo.*

El caso es que me caso, y no hay más caso.—Linda repetición.

El caballo del rey cayó á mi puerta, y en mi portal la haca de la reina.—De los que se jactan de vanos favores de los mayores.

El que las sabe, las tañe; y eran campanas.

El que no tiene casa de suyo, vecino es de todo el mundo.

El convite del cordobés: ya habréis almorzado, no querréis comer.—Pasan por tacaños los cordobeses: no lo sé por experiencia. Las gentes maliciosas siempre achacan á otros las cosas. Así otros dicen de los toledanos: *El convite del toledano: bebiérades, si hubiéredes almorzado.*

El papagayo tiene cuartanas, porque no le dan almendras confitadas.—Contra regalones.

El pensar no es saber.—Del que menudea el *pensé que;* y le dicen: *penseque, asneque, burreque.*

El pobre que pide pan, carne toma si se lo dan.

El potro de Merlin, cada día más ruin.

Él se sabe su canción con dos guiaderas.—Del doblado.

El ser señor no es saber; más eslo el saberlo ser.—Sentencia bien torneada.

El secreto de Anchuelo, que lo decía dando voces; ó *Secreto á voces.*

El sastre que no hurta no es rico por la aguja.—Todos son sisadores.

El día de hoy no hay de quién fiar.—Como *Hoy no se fía aquí, mañana sí;* y *El día de mañana no le vimos.*

El dormir no quiere prisa, ni la prisa quiere dormir.

El dolor de cabeza es mío, y las vacas son nuestras.—El trabajo, para el particular; y el provecho que de él se saca, para la comunidad.

El fraile predicaba que no se debe hurtar, y él tenía en el capillo el ansar.

El gaitero de Arganda, que le dan uno por que comience y diez por que lo deje.—Tan bien lo hace. O *El gaitero de Bujalance, un maravedí por que tanga y diez por que acabe.*

El barato de Juan del Carpio.—Aporreó á su mujer, pidiéndole barato; y al revés: *El barato de Cordovilla.*—Que alumbró toda la noche á los jugadores por el barato, y ellos le dieron con el candelero en la cabeza.

El bobo de Coria, que empreñó á su madre y hermanas, y preguntaba si era pecado.

El buen escribano, primero el borrón que la pluma en la mano.

Años no me lleves, que meses los que quisieres.—Es pedir que no le den de comer, pero que le hinchan el pancho.

Ea, caballeros, que entre señores no ha de haber pesadumbres; y eran tejedores.

¿Heredástelo ó ganástelo?—Que lo heredado se gasta con menos duelo que lo ganado por sí mismo.

El aliño de Pedro Fernández, que vino el jueves y fuése el martes.—Fuése dos días antes de venir.

El alfayate de la encrucijada, que ponía el hilo de su casa; ó *El sastre del campillo, que cosía de balde y ponía el hilo;* ó *del cantillo,* como dicen otros; ó *El alfayate del cantillo, que hacía la costura de balde y ponía el hilo.* Este refrán, del cual conozco hasta diez variantes, dícese del que pide gollerías.

El sastre de Ciguñuela, que pone la costa y hace de balde la obra. El sastre de Peralvillo, que hacía la costura de balde y ponía el hilo. El sastre de Piedras Albas, que ponía el hilo de su casa. El sastre del cantillo, que cosía de balde y ponía el hilo.

El abad de la Magdalena, si bien come, mejor cena.—Adversativa en la forma, que refuerza más que si fuera copulativa; como *El asno chiquillo, siempre borriquillo,* donde se esperaba algo que saliera en su favor.

El Abad de Bamba, lo que no puede comer dalo por su alma.

El invierno en Burgos, y el verano en Sevilla.—Esperábase todo lo contrario; pero es que tienen comodidad las viviendas en cada lugar para estos tiempos. Atribuyen el dicho á Isabel la Católica.

El olivar de Lope de Rueda.—Alusión á las olivas del olivar que sólo tenían en esperanza. Como *Hijo no tenemos y nombre le ponemos; y No asamos y ya empringamos.*

El olivar, hacerte ha bien, si le haces mal.—Requiere atocharle y cortarle las ramas viejas para renovarse, y varearle al coger la aceituna.

El hombre desgraciado, en la cama se despalda.—¡Ya es tener mala suerte!

El oficio del gato: matar al rato.—Al ratón. De los que no dejan sus mañas; lo mismo que: *El oficio del perezoso.*

El lobo harto de carne métese fraile.—Dícese del que, harto y regalado, trata de la estrechez que deben guardar los religiosos, estando él tan lejos de imitarles como el lobo. Y aplícase á otras cosas, conforme al otro refrán: *Médico, cúrate á ti mismo.*

El lunes á la Parla, el martes á Paliza, el miércoles á Puño en rostro, el jueves á Cocea, el viernes á La Greña, el sábado Cierne y masa, el domingo Descansa.—De las vecinas del barrio, que por parlar y holgar, sus maridos las castigan á puñete, palo y coz, etc.

El lunes mojo, el martes lavo, el miércoles cuelo, el jueves saco, el viernes cierno, el sábado maso; el domingo, que yo hilaría, todos me dicen que no es día.—De los perezosos y para poco, que todo se les va en preparativos y aun en propósitos.

El sabio de Almudévar, Pedro Zaputo.—Por ironía del necio; como *El santo macarro jugando al abejón.*

Él se sabe su salmo.—Del astuto.

Aquélla es mi nuera, la de los pabilones en la rueca; y aquélla es mi hija, la que bonito hila.—De los que alaban sus agujetas.

Aquí es donde se daban los frailes de capillazos por falta de piedras.—Ironía para decir que hay allí muchos guijarros.

Aquí estáis vos, y la horca vacía.—Hablando de un bellaco.

Aquí cómense las capas.—Dícese donde hay aire frío y no se puede parar. Metáfora con ironía de los que venden las capas con necesidad, para comer, y dicen es para que no se coman de polilla.

Aquí venden ropa.—De lugar airoso y frío.

Apagar el fuego con aceite.—En vez de remediar la cosa, la enconan y encienden más.

El maestro Ciruela, que no sabia leer y puso escuela; ó *Aprendiz de Portugal: no sabe coser y quiere cortar.*

Ave por ave, el carnero si volase.—Así al carnero, cabrito, etc., llamaba el ventero de la segunda parte del *Quijote* (c. 59) *aves de la tierra,* en oposición á *las pajaricas del aire.*

Amigo por amigo, mi pan y mi vino.—Como *Ave de tuyo.*

Arremangóse pereza, y echó fuego á la leña.

Arriba, caudal; y jugaba las hormas.

Arrópate, que sudas.—Al que de poco se cansa.

Achaques al jueves, para no ayunar el viernes.

Ande la recua, que ya está cargada.—A los corcovados.

Antes de mil años, todos seremos calvos.—De lo muy lejano.

Asienta, escribano, que una blanca me debe fulano.—Es el testamento del gallego, entre cuyos capítulos era uno: «que dejo á mi hermano un olivar, que no tiene olivos ni dónde plantar»; otro: «una camisa, que no tiene faldas, pechera ni mangas».

Aciértalo tú, que yo lo diré.

¿Adónde pondremos este santo?—Del que se regala y se estima en mucho.

Adivino de Salamanca, que no tiene dinero quien no tiene

blanca.—Como la ciencia de Pero Grullo, que á la mano cerrada llamaba puño.

Adelante los de Cascante, siete con tres orejas y las dos lleva el asno.—Por la cuenta, entre todos no había más que una oreja. Motéjalos de ladrones desorejados.

Agua, agua, que se quema la fragua.

Agua lo dió, y agua lo llevó.—Del tabernero, á quien el agua le inundó la bodega.

Agudo como punta de colchón, ó de majadero.—Contra el rudo y romo.

Agradecédmelo, vecinas, que echo salvado á mis gallinas.—Contra los que quieren se les agradezca lo que interesadamente emprenden.

Más acá hay posada.—Sofrenada al que se alarga en mentir y encarecer; como *Baja acá, Marica,* ó *Baja acá, gallo, que estás encaramado.*

Alabaos, nariguda.—Como *Alábate, burro, que te crece el rabo;* y *Alábate, cesto, que venderte quiero;* ó *Alábate, polla, que un huevo has puesto, y ése huero.*

Alegraos, perros, que ya podan.—A las esperanzas largas.

Algarabía de allende, que el que la habla no la entiende.—De aplicación continua en estos tiempos de *ignorancia española,* en que somos tántos los *intelectuales.*

Algo ajeno no hace heredero.

Algún ciego me quisiera ver.—¡Y tánto!

Albricias, padre, que el obispo es chantre.—Del que se alegra neciamente, cuando debiera llorar.

Alquimista certero, del hierro pensó hacer oro, é hizo del oro hierro.

Al revés me la vestí, mas ándese así.—Contra flojos y desaliñados, y los que no enmiendan sus defectos.

Así medre mi suegro, como la rama tras el fuego.

Angel patudo, que quiso volar y no pudo.

Anda, mozo, anda, de Burgos á Aranda; que de Aranda á Extremadura, yo te llevaré en mi mula.—Pasado el puente de

Aranda ya se está en Extremadura, como lo dice este nombre, *extremum Duriae*, extremo del río Duero, el río de Aranda.

Andar á caza con hurón muerto.

¿Hay más pan que rebane este fraile?—Del gorrón.

Ahí me las den todas.—En otro, donde no duele.

Ayuna, como el cuervo en el arada y la gallina en casa.

¿Ayunáis, gallego?—Sí, á pesar de o demo.

Ayúdame aquí, don Estorba.

Ahora te lloraré, abuelo, después de un año muerto.

Aramos, dijo la mosca, y estaba en el cuerno del buey.—A los que no siendo nada dan á entender que son mucho, y no teniendo parte en las cosas se venden como principales en ellas.

Al ojo con el codo.—Del restregarse los ojos, que ha de ser con el codo, lo cual es imposible: por no decir que jamás se ha de restregar. Es como lo otro de que sólo conviene tomar el sol los meses que no tienen *r*, que son los calurosos, cuando nadie lo apetece.

Al diablo que no ví, beso que le dí.—Ironía de lo que nunca vió y desprecio de lo que no se conoce.

Al fiar, vista, dulcedo; al pagar, á tí suspiramos.

Al que te quiere comer, almuérzale primero.

Al que te quiere mal, cómele el pan; y al que bien, también.—Es decir, que *hay cosas que parecen mangas; vueltas del revés, mangas otra vez.*

A asno lerdo, modorro arriero; ó *A asno tocho, arriero tonto;* ó *A asno tonto, arriero modorro.*—El sentido es que á uno mal inclinado ó que necesita de corrección hásele de dar quien pueda enderezarle. Y con todo eso, en vez de darle un buen maestro ó guía, que carezca de las malas mañas del discípulo, dice que le den otro que sea horma de su zapato y tan avieso como él. Además de estas tres variantes, se dijo poniendo *recuero* por *arriero.*

A Aznaga por aceite, y á la Granja por naranja.—Es como pedir peras al olmo y cinco pies al gato, pues en tales lugares no se dan esos frutos.

A ese paso, llevaos mi mula; ó *A ese precio vendimiado es lo mollar;* ó *Para eso no necesitábamos alforjas.*—En vez de *es demasiado caro lo que pedís,* se le da encima la mula. Sin ironía dijo Jesucristo que al que le quiten la capa le den el sayo también.

A esotra puerta, que ésta no se abre.—No es despedir á uno, como parece á primera vista. Dícese cuando no responde un sordo ú otros, y en vez de decir ¿qué queréis?, hablando uno por el desatento, dice: no oigo.

A escudero pobre, carbón de cañuto.—El carbón de cañuto se gasta mucho y dura poco, y el escudero pobre había menester lo contrario, lo que dice el otro refrán: *A escudero pobre, taza de plata y cántaro de cobre,* por que le dure.

¿A cómo vale el quintal de hierro? Dadme una aguja.—Contra los que para comprar una nonada se informan y preguntan á cómo vale la arroba.

Aquí del *¡eche Ud. jierro!, ¡quite Ud. jierro!*

A propósito, Dr. Jarro.—Al gorrón borracho, y puede servirle de comentario el siguiente sucedido, que no cuento, y fué en Tudela. Merendaban en el campo unas costillas, y vieron venir hacia ellos á un conocido gorrón.—Cuidado con convidarle.—Llega, nota que no le invitan, y *á propósito* de haberle preguntado que qué le hizo á fulano el otro día, cuando le faltó en la taberna, y respondiendo él que ¿qué le podía hacer? Paciencia—repone uno de los de la merienda.—Haberle roto las *costillas.*—Tómale la palabra el de gorra, y sentándose muy frescamente, dice: *¡Pa no hacer disprecio...!* Y dió en las *costillas* con tan fiero y hambriento diente, que hubieron de apretar los otros los suyos para que no les dejase en ayunas, y sus propias costillas por no descostillarse de risa.

Y á propósito también de equívocos, no es malo el siguiente refrán con su comento de un grave autor antiguo, de principios del siglo XVII. «*A teatino, ni el dedo menino.* (Que no se les ha de dar entrada ni en muy mínima cosa, porque no se alcen con todo: ya es notorio á quiénes llaman teatinos en Castilla.

Dícelo aquel jeroglífico: «pues que nadie te atina, yo te atino, dinero mío».)

A tí lo digo, hijuela; entiéndelo, mi nuera.

A tu tía.—Despidiendo, que se vaya con Dios. O como dice otro: *A Tuta, que es lugar de limosnas,* ó *á Tetuán.* Despide y burla del que pide lo que le quieren dar, remitiéndole adonde no halle bien ninguno. *Tuta,* lugar imaginario, y *tu-tía* por el sonsonete: equivalen á *pedir; tute* y *tus-tus* explican la etimología del *tu-ta, tu-s, tu=to,* llamar á uno y pedir en eúskera.

A vísperas dan paz.—Por lo que es fuera de sazón, pues la paz se da en la misa, y no en las vísperas.

A maravedí el palmo.—Dícese en lo que á uno no le va ni le viene, ni maldito lo que le importa en lo que se entremete.

A más priesa, más vagar.—Paradoja bien clara en *Víste-me despacio, que estoy de prisa.*

A mí que no pido.—Cuando se reparte algo, los muchachos todos piden y son importunos; el que no lo es, tomando su modestia por derecho, dice el refrán. Otros muchos, por no parecer muchachos, dícenlo para su capote. A todos alcanza el dicho.

¡Ay, ay, ay!, que me quejo y no tengo mal.

Ahí es, junto á casa.—Ironía, cuando está muy lejos aquello por que se pregunta.

Hay hombres bestias como ansares pardas.—Por no decir que hay pocos que no lo sean.

¡Ay, qué trabajo, vecina; el ciervo muda el penacho cada año, y vuestro marido cada día!—Pulla manifiesta.

A ésta no la toco, á ésta no la toco.—Del que finge no querer y se lo está comiendo con los ojos, y así otros añaden: *y todas se las comió.* Suele pasar á los niños bien criados, á quienes se les enseña á rehusar cortésmente en sociedad cuando se les ofrece algo. Sólo que después resulta que si el ofrecimiento es sincero y acaba por aceptar, como debe hacerlo, no deja ni las raspas y muestra su mala crianza en lo que quiso mos-

trarla demasiado esmerada. Otra variante: *A éste le dió, á éste no le dió, y todos se los comió.*

¡A ellos!, ¡á ellos!; é iban huyendo.—Entiéndese que lo decían los que huían.

¡A ellos, padre! Vos á las berzas, y yo á la carne; y si os sentís agraviado, vos á las berzas, y yo al jarro.—Es la figura retórica *aprosdoqueton*, que denota lo que no se esperaba, se espera una cosa y dispara en otra irónicamente. Como decimos: *el que parte, bien reparte; bien* para sí, por supuesto.

A la sierra, ni dueña ni cigüeña.—Modo de decir que las dueñas se meten en todo, pues se las encuentra hasta en despoblado, aunque el dicho diga de hecho lo contrario.

A la dicha que habéis, padre, ahorcado habéis de morir.—Otro *aprosdoqueton*. *Dicha* vale buena y mala ventura, como suerte y casualidad, y aunque de suyo díjose de la buena, por el irónico modo de hablar tomó también el valor opuesto, como sucede en otros vocablos, por antítesis, como dicen. Por ejemplo, en el *Quijote* (I, c. 40): «si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas»: es decir, si por mala suerte.

A la boda de Don García, lleva pan en la capilla.—Es paradoja, pues en las bodas suele haber abundancia; pero enseña que nadie se fíe en hacienda y provisión ajena, por rico que sea el otro y favorecedor que se presente.

A la boda del herrero, cada cual con su dinero.—También parece paradoja; como todos han menester de él en los pueblos chicos, van en su boda á ofrecerle, en vez de comer á su costa.

A la boda del horno, perdió Mariquita el bollo.—Paradoja clara, y la sentencia bien se clarea tras la metáfora.

A la borracha, pasas.—Lo que ella quisiera fuera vino: dénselo en pasas.

A la borrica arrodillada doblar la carga.—En vez de aliviársela; como *al que no quiere taza, taza y media.*

A la buena, júntate con ella; y á la mala, ponla la almohada.—No por darle gusto, sino por que haga sus visitas de puro cumplido y se parta cuanto antes.

A la vieja que no puede andar, meterla en el arenal.—Desayudarla; en vez de sacarla del atolladero, meterla en otro peor.

A la mosca, que es verano.—Dícenlo por los que se van libres de amo.

A la muerte no hay remedio cuando venga sino tender la pierna.—Dejarse morir, que es remedio eficaz para salir del paso.

A la mula con halago, y al càballo con el palo.—Al revés te lo digo, para que me entiendas.

A la mujer barbuda, de lejos me la saluda, con dos piedras, que no con una.

A la mujer ventanera, tuércela el cuello si la quieres buena. Buen remedio acabar con ella; pero no hay otro, porque es resabio sin remedio.

A las veces más vale el vino que las heces.—Esperábase oir todo lo contrario; como *lo barato es caro.*

A los de la facultad no llevamos dinero.—Así un albéitar á un médico que le pagaba la cura de su mula.

A nadar anadinos, patos y patinos; entrad vos, patón, nadaréis mejor.—En vez de lo haréis peor.

No hay cosa mejor dicha que la que está por decir.—Paradoja, aconsejando el secreto y la discreción.

A segar son idos tres con una hoz.—Suéltase el problema irónico: *mientras uno siega, holgaban los dos.*

¡Ah, Señor, por quien tú eres, no se acaben las mujeres!—En vez de decir: ojalá cargue con todas el diablo.

A su tiempo viene lo que Dios envia y quiere; y *A su tiempo se cogen las uvas, cuando están maduras.* Esperábase más honda razón. Y es la explicación de Don Quijote á Sancho del por qué le dolían todas las espaldas, declarándoselo profundamente, que como el palo con que le molieron era largo y tendido, le dolía cuanto el palo le cogió, y «si más te cogiera, más te doliera».

A jueces galicianos, con los pies en las manos.—A magis-

trados codiciosos ó gallegos, llevarles aves asidas por los pies con las manos.

A Dios y á ventura dígola avutarda.—Siendo la guía, debiera saber el camino, y llama gobernador al desgobernador y que no sabe de trazas ni lo que se pesca.

A Dios y veámonos, y eran dos ciegos.—Como *veamos, dijo el ciego, y nunca veía.*

A Dios, Benavente, que se parte el Conde; y salía un cocinero.—De la población llamada Benavente; como *A Dios, Madrid, que te quedas sin gente.*

A Dios, que pinta la uva.—Los mozos que se despiden del amo, cuando más los había menester.

A Dios, paredes, que me voy á ser santo; é iba á ser ventero.—Tan de buena conciencia como el que armó caballero á Don Quijote.

A do te quieren mucho, no vayas á menudo.—Y no es ironía; para no cansar y hacer que te dejen de querer. Sentencia bien honda y práctica.

A dos palabras, tres porradas.—Habla el necio dos palabras y son tres necedades.

A falta de hombres buenos, hicieron á mi padre alcalde.—De quien el hijo no tenía muy buena opinión que digamos.

A falta de caldo, buena es la carne.—Como *á falta de pan, buenas son tortas;* ó *á falta de vaca, buenos son pollos con tocino.*

A bien te salgan, hijo, tus barraganadas.—Ironía contra los presuntuosos. Barraganadas son valentías; y prosigue: *El toro estaba muerto, y hacíale alcocarras con el capirote desde las ventanas,* que hoy diríamos *le quería capear desde la talanquera.*

A buey viejo, cencerro nuevo.—Cosas desproporcionadas, y en particular el que casa de viejo con mujer moza; ó *á casas viejas, puertas nuevas.*

A buen santo lo encomendáis.—A quien no tiene influencias, santo de poca cabida con Dios.

A buen comer ó mal comer, tres veces beber: la primera pura,

la segunda como Dios la crió en la uva, la tercera como sale de la cuba.—Siempre y en todo caso buen trago y de lo no bautizado.

A buen tiempo hemos llegado.—Del tiempo trabajoso y del verse desdeñados.

A buen viento está la parva.—Del descuidado é inepto.

A buscarla ando, la mala de la rueca, y no la hallo.—Dicen que lo dice la perezosa, que carga á la rueca la culpa de su dejadez.

A quien da y toma, nácele una corcova.—Los muchachos á los cicateros, mudando irónicamente el otro: *A quien da y toma, nácele una corona,* que el dar le fué granjeo, porque el que siembra coge.

A quien da no escoge; y dábanle de palos.

Ha comido cazuela.—Dícenle á uno que se pasea por no tener blanca.

Allá va la lengua, do duele la muela.—El que mejor lo aplicaba fué el que lo decía á las vecinas del barrio, cuando hablan mal de otras, pues acaece las más veces que lo que más critican es lo que más falta les hace, y esto aunque no sean vecinas del barrio. Y confírmalo el otro refrán: *Allí perdió la dueña el honor, donde habló mal y oyó peor.*—Porque *Allí tiene la gallina los ojos, donde tiene los huevos y pollos.*

Año de siete, ¡quién lo oyese y no lo viese!—Común y antigua creencia es que las enfermedades el septeno día, y en la vida el año siete y todos sus múltiplos, son peligrosos. Aun en las frutas, cada año de siete no lo tienen por bueno los labradores, porque dicen que parece que descansa en él la tierra. Los hebreos no sembraban el año séptimo; pero era por el septenario de la creación con su descanso final, como en la semana, que terminaba en sábado ó descanso. El que quiera enterarse de las virtudes y daños del número siete lea lo que de Varron trae Aulo Gelio, en el capítulo 10 del libro 3.° de sus *Noches áticas,* donde, entre otras mil, trae esta misma supersticiosa creencia. «En los septenarios se verifican los que lla-

man *climacteres* los Caldeos, las crisis peligrosas de la vida del hombre y de su fortuna». Estos mismos datos y otros muchos de diversos autores recuerdo haber leído en el primero de los Diálogos que escribió en riquísimo castellano el P. Fray Juan de Pineda sobre la Agricultura cristiana, libro raro, de lo mejor que se ha escrito en castellano, fuera de su desmesurada extensión, pues consta de dos tomos en folio; hállase en la Biblioteca Nacional.

JULIO CEJADOR

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

IV

En el mes de Diciembre de 164-60, Cicerón escribía desde Roma á Atico: «He recibido la visita de Cornelio; me refiero á Cornelio Balbo, el familiar de César; me ha garantizado que César usaría en todo de mis consejos y de los de Pompeyo; que se las arreglaría para realizar la unión de Creso con Pompeyo. He aquí cuál sería el resultado de todo esto: para mi unión estrecha con Pompeyo, y, si me place, hasta con César, volver á la gracia de mis enemigos; para con la multitud, tranquilidad de mi vejez». Pero el cónsul del año 63 se pregunta si le está permitido renunciar á la lucha, si tiene derecho á deponer las armas que empuñó desde los años de su juventud para la defensa de la patria; y según su costumbre, vacila, se mantiene á la espectativa.

Balbo, el *familiaris* que César le enviaba, era de origen español, cosa que podía suscitar la desconfianza del enemigo de la raza hispánica. Pero Balbo no pertenecía á la nación bárbara de los celtíberos; no era conciudadano de aquellos lusitanos ó numantinos contra los que Roma hubo de sostener penosas guerras. Su patria era la ciudad de Gades, que tenía en España la misma importancia comercial y gozaba de la misma estimación y del mismo favor cerca de los romanos que,

en las Galias, Marsella, tan á menudo alabada por Cicerón: éste coloca en el mismo rango, como igualmente dignos de estimación, á los ciudadanos de Sagunto, de Gades y de Marsella, que se mostraron, en varias ocasiones y con abnegación semejante, como los defensores de vanguardia *(propugnatores)* de la República romana.

Fundada por los fenicios en el siglo XII antes de la Era Cristiana, Gades no tardó en adquirir importancia comercial y gran riqueza, debidas á su situación geográfica, á la fertilidad de su suelo y á las minas de metales útiles y preciosos que se encontraban en sus alrededores. Poseía uno de los santuarios en que se daba culto á Malkarth, el Hércules sirio. Después de la toma de Sagunto, en los momentos en que iba á llevar su ejército á Italia, Aníbal fué á Gades, de la que los cartagineses se habían apoderado durante la primera guerra Púnica, para cumplir los votos que hizo á Hércules é imponerse otros nuevos, si la fortuna le continuaba dispensando sus favores. En tiempos de Diodoro de Sicilia, teníase aún á dicho templo en gran veneración; muchos romanos, célebres por sus hazañas, cumplieron allí los votos hechos á Hércules para el triunfo de sus empresas: entre esos romanos se cita á G. Fabio Máximo Emiliano, el cónsul del año 609-145, quien, antes de marchar contra Viriato, fué á celebrar sacrificios en el templo del Hércules de Gades. La ciudad fenicia había conservado la religión, las costumbres y las leyes de sus fundadores; estaba gobernada por una oligarquía á la que el comercio había enriquecido. Debían establecerse naturalmente buenas relaciones entre los *optimates romani,* que querían la destrucción de Cartago, y los *optimates gaditani,* que temían que Cartago les perjudicase en el comercio.

Durante la segunda guerra Púnica, en los momentos en que la muerte de los dos Escipiones provocaba la defección de todas las ciudades de España, Gades era la única en permanecer fiel á la alianza romana. El centurión primipilo L. Marcio estipuló con los gaditanos un tratado de alianza

que fué sancionado por la fidelidad de Gades y la equidad de Roma, y que se renovó en 676-78, en la época de la guerra de Sertorio, por los cónsules M. Emilio Lépido y E. Lutacio Catulo. Ocupada por los cartagineses, último refugio de Asdrúbal después de sus derrotas, Gades enviaba emisarios á los romanos para prometerles que les sería entregada la guarnición (548-206); cerraba sus puertas á Magón y las abría al ejército romano de L. Marcio Séptimo. Esta conducta le valió no verse reducida á la categoría de prefectura, es decir, de ciudad privada de su autonomía municipal y administrada por un *praefectus,* delegado de Roma. En la provincia de *Hispania Ulterior,* Gades tuvo el título de *civitas socia et foederata.*

En esta poderosa y antigua ciudad nació, probablemente hacia 654-100, algunos años después de Cicerón y Pompeyo, nacidos ambos en 648-106, tal vez el mismo año del nacimiento de César, Balbo, cuyo nombre, dice Bayle, «figura tanto en la antigua Historia romana, que es muy raro que los diccionarios históricos le hayan concedido tan poca importancia».

Oriundo de una de las familias más distinguidas de su ciudad natal, Balbo, cuando era muy joven *(inneunte aetate),* tomó una parte activa en la guerra contra Sertorio. Los intereses de su comercio impulsaron á Gades á ponerse al lado de Roma; Sertorio era el aliado de los piratas que infestaban el mar. El joven Balbo hace la campaña con G. Metelo y C. Memmio, en la armada y en el ejército; desde el día en que Pompeyo llega á España y toma á Memmio por cuestor, se une á Memmio y ya no le deja; se encuentra en el sitio de Cartagena; asiste á las importantes batallas del Sucrón y de la Turia; permanece al lado de Pompeyo hasta los últimos días de la guerra. El cuestor, encargado de aprovisionar al ejército, tenía que recurrir á los almacenes de Gades. Probablemente como intermediario entre sus conciudadanos y el cuestor entró Balbo en relaciones con C. Memmio, cuestor de Metelo en la *Hispania Ulterior*. Cuando después de la muerte de su hermano, el cuestor de Pompeyo, L. Memmio, que murió en el

sitio de Sagunto, C. Memmio, que había terminado el tiempo de cuestor, pasó en el ejército de Pompeyo al título de *legatus pro quaestore,* se llevó con él al joven Balbo, que terminó su servicio militar en la *Hispania Citerior,* provincia de Pompeyo.

La fidelidad de Gades se recompensó con la renovación del tratado de alianza con Roma, concertado en tiempos del consulado de M. Emilio Lépido y de Q. Lutacio Catulo, en 676-78. A los ciudadanos más dignos se les concedió el derecho de ciudadanía romana; Pompeyo les otorgó este derecho previa la decisión de su *consilium militare,* formado por los *quaestores,* los *tribuni militum,* los *centuriones primili;* é hizo que confirmase la decisión del *consilium* una ley de los cónsules del año 682-72, L. Gelio Poplicola y Cn. Cornelio Séntulo Clodiano. Balbo fué uno de los habitantes de Gades que pasaron á ser ciudadanos romanos en 72; tenía unos veintiocho años.

Convertido en ciudadano romano, Balbo, con arreglo á la costumbre, conservó su antiguo nombre, así como su *cognomen,* y tomó el *praenomen* y el *nomen* del *patronus,* que le introducía, por decirlo así, á título de padrino, en la ciudad romana: se llamó Lucio Cornelio Balbo. Según Bayle, los nombres *Cornelio* y *Lucio* proceden de Cn. *Cornelio* Séntulo Clodiano y de *Lucio* Gelio Poplicola, los dos cónsules del año 682-72, que confirmaron la decisión de Pompeyo relativa al derecho de ciudadanía concedido á algunos habitantes de Gades, entre los que estaba Balbo. M. Jullien supone con mayor verosimilitud que los Cornelios eran los patronos de Gades, puesto que bajo el consulado de L. Cornelio Séntulo, en 555-199, y probablemente gracias á su intervención, decidió el Senado no reducir á Gades á la categoría de prefectura; en 560-194, un P. Cornelio es propretor de la *Hispania Ulterior,* y que Balbo debió su *praenomen* y *nomen* á *Lucio Cornelio* Séntulo Crus, pretor en 696 58, que fué el amigo fiel del gaditano convertido en romano.

El nombre primitivo, que pasaba á ser el *cognomen* del

nuevo *civis romanus,* derivaba sin duda de la divinidad *Bal* ó *Baal,* que se encuentra tan á menudo en los nombres de origen fenicio: Aderbal, Aníbal, Asdrúbal; se podía asimilarle sin gran esfuerzo al *cognomen* Balbo, que se encuentra en varias familias romanas, los Ampii, los Attii, los Lucilii, los Octavii, los Tarii—en particular en los Cornelii,—y que, como la mayor parte de los sobrenombres romanos, está tomado de una deformidad: *Flaccus* es el hombre de las orejas flojas; *Cicero* tiene en la cara una excrecencia en forma de garbanzo; *Pactus* es bizco; *Labeo* tiene labios gruesos; *Varus* es zambo, y *Vatinius* patiestevado; *Plancus* tiene los pies planos, *Pansa* los pies anchos, y *Scanrus* los tiene contrahechos. *Nasica* tiene la nariz puntiaguda, y *Naso* la nariz larga; *Balbus* balbucea. El glorioso nombre de la antigua familia fenicia de Gades, el nombre que indicaba relaciones con el gran dios Baal, se convertía, una vez latinizado, en el *cognomen* de sentido algo ridículo del nuevo ciudadano de Roma.

Cicerón, que gusta de jugar con los vocablos, no escatimará las alusiones humorísticas al sobrenombre del habitante de Gades, en adelante amigo suyo. En una de sus *Cartas familiares,* afirma á Pacto que las personas elocuentes *(disertos),* él mismo, por ejemplo, aprecian los méritos de su cocinero tanto como pueden hacerlo los tartamudos *(balbos),* es decir, Balbo. Las alusiones son menos claras en las *Cartas á Atico,* en las que, para hacer ininteligible á terceros indiscretos la correspondencia dirigida á su confidente, el orador cree necesario multiplicar las *alegorías* y los *enigmas.* Pero el lenguaje alegórico se comprende, y el enigma se adivina, cuando Cicerón dice que César vendrá en ayuda de su amigo ATYPUS, es decir, *el tartamudo.* Aulo Gelio, por lo demás, cita un texto de Celio Sabino, jurisconsulto contemporáneo de Vespasiano, que prueba que á fines del primer siglo de la Era Cristiana, los términos griego y latino que designan la tartamudez se empleaban casi como sinónimos: «El *balbus* y el *atypus* se ven afligidos no tanto de una enfermedad como de un defecto físico».

Tal vez Balbo se encuentra también designado con el nombre de *Alledius* ó *Aledius,* que aparece á menudo en el libro XII de las *Cartas á Atico.* Este personaje, absolutamente desconocido, desempeña un gran papel: á requerimientos que le hacen, da numerosos informes y consejos útiles. Temstall supone—y Boot aprueba esta suposición—que dicho nombre imaginario es un pseudónimo, bajo el que Cicerón quiere disimular á Balbo; *Arredius* es un *tartamudo* que no habla con claridad, que ni siquiera puede pronunciar con exactitud las sílabas de su propio nombre, y que dice llamarse *Alledius,* exactamente como C. Lucilio Hirrus, que tartamudeaba, y cambiaba su *cognomen* en *Hillus.*

Balbo era rico. Como, desde la época de Silo, la única condición requerida para ser inscrito en la orden de los caballeros era la justificación del *census equester,* es decir, la posesión de 400.000 sextercios (unos 80.000 francos), al mismo tiempo que la ciudadanía, Balbo fué caballero romano. Muchos compatriotas suyos de Gades se encontraban en la misma situación de fortuna que él. Estrabón refiere que en uno de los censos generales que se hicieron en su tiempo figuraba Gades con quinientos habitantes que podían justificar el *census equester.* Ninguna ciudad de Italia, á no ser tal vez Padua, proporcionaba tantos caballeros.

De ordinario, los *novi cives,* así como los *libertini,* eran inscritos en alguna de las *tribus urbanae,* poco estimadas. Al caballero Balbo, merced á sus relaciones, le admitieron en la *tribus Crustumina,* una de las más consideradas entre las *tribus rusticae.* Era ésta una de las veintiuna tribus primitivas, formada en su origen por habitantes de Crustumeria, antigua ciudad del país de los sabinos.

Balbo era hechura de los *optimates.* Gracias á Pompeyo pudo obtener el derecho de ciudadanía romana; y, sin embargo, cuando entra en la vida política y administrativa, lo hace bajo los auspicios de César, jefe de la democracia.

Cuando, lejos de Roma y lejos de España, dirigía Pompe-

yo la guerra contra los piratas, César comenzaba la carrera de los honores como cuestor de la *Hispania Ulterior* (686-88). Siempre había de guardar un recuerdo grato de su estancia en España: al final de su carrera, recordaba, en una asamblea celebrada en Hispalis (Sevilla), que desde su ingreso en los cargos públicos, siendo cuestor, consagró un especial afecto á su provincia. Fué en Gades, adonde había ido á presidir la asamblea provincial como cuestor delegado por el pretor, cuando, al ver cerca del templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno, se echó en cara, lamentándose, el no haber hecho aún nada notable á la edad en que el macedonio había ya conquistado el mundo entero.

Probablemente, con ocasión de algún *conventus,* conocería, en Gades, César á Balbo, que se presentó con los otros caballeros de la provincia. Balbo era muy joven aún cuando entró en relaciones con el cuestor; supo agradar á aquel hombre que entendía de hombres y el cual le admitió en seguida en su amistad. De otra parte, al cuestor no le era difícil agradar á los habitantes de Gades. Acusando á Cn. Cornelio Dolabella (677-77), gran señor del orden senatorial, que saqueó á Macedonia durante su proconsulado; después á Antonio Hébrida, que cometió exacciones en Grecia, César emprendió la campaña de defensa de los provincianos contra la tiranía senatorial, campaña que Cicerón iba á terminar con un resultado definitivo, constituyéndose en campeón de los sicilianos, víctimas del propretor Verres. Los españoles veían en el acusador de Dolabella y de Antonio al protector de los provincianos contra los abusos de poder de los *optimates.*

La ausencia no debilitó el afecto de César á Balbo. Cuando volvió á la Península, en 693-61, como propretor de la *España Ulterior,* eligió al caballero de Gades como *praefectus fabrum.* La *praefectura fabrum* era un *munus equestra,* é incumbía al *imperator* mismo la designación del titular de aquel *munus.* La «prefectura de los obreros» correspondía, poco más ó menos, á la dirección de ingenieros militares. El prefecto, en-

cargado de todos los trabajos de construcción y de fabricación y de todas las operaciones de los sitios, tenía á sus órdenes á los carpinteros, herreros y albañiles que construían las barracas militares, las torres de madera, los carros y las máquinas de guerra; á los armeros, que fabricaban todas las armas ofensivas ó defensivas, escudos, cascos y corazas, picas, flechas y dardos; á los mineros, que abrían galerías subterráneas destinadas á llegar á las plazas sitiadas.

El funcionario encargado de este importante servicio ocupaba uno de los primeros puestos en el Estado Mayor del Ejército; vivía de ordinario en intimidad con el *imperator* que le eligió para esa misión de confianza. Pompeyo dió á su amigo Teófanes la prefectura *fabrum*. Sabemos, por Cicerón, la intimidad que unía á Apio Claudio, procónsul de Cilicia, con su prefecto L. Clodio; y cuando el gran orador sucedió á Apio Claudio en su provincia, fué á su vez íntimo de su *praefectus fabrum*, Q. Septa. Mucho tiempo después de salir de Cilicia le escribía afectuosas cartas. Personajes del orden senatorial, como L. Vibulio Rufo, que fué prefecto de obras de Pompeyo, no se desdeñaban en desempeñar un cargo que pertenecía al orden ecuestre. El historiador Veleyo Patérculo se honra con que á su abuelo C. Veleyo le eligieran sucesivamente por prefecto de obras Cn. Pompeyo, Marco Bruto y Tr. Nero.

Al mismo tiempo de dirigir á los obreros militares, el prefecto de obras ejercía funciones de hacienda; manejaba gruesas sumas de dinero. No el cuestor, sino el prefecto es el que disponía del botín tomado al enemigo, del dinero procedente de la venta de dicho botín, del oro dado por las provincias para ofrecer coronas al *imperator (ex praeda, es manubiis, ex auro coronario);* era el amo de los beneficios que el procónsul ó el propretor podían realizar en su gobierno. Septa administraba la fortuna particular y llevaba las cuentas de Cicerón.

Balbo fué para César un verdadero intendente; no era esto una sinecura. A su llegada á España, el propretor estaba acribillado de deudas. Cuando volvió á Roma, después de haber

sometido á los lusitanos, los galaicos y las tribus aún independientes de las regiones montañosas, Balbo le había ahorrado *ex praeda, ex manubiis, ex auro coronario,* el dinero suficiente para que pudiera gastar mucho en su candidatura al consulado. Nada tiene de particular que el propretor se mostrase agradecido á los útiles servicios *(officia)* que su prefecto de obras le había prestado.

El reconocimiento de César se manifestó en las varias medidas que tomó, ya en favor de Gades, ya en favor del mismo Balbo. El propretor no escatimó las distinciones *(ornamenta),* las pruebas de interés y las mercedes *(studia et beneficia)* á los compatriotas de su prefecto; apaciguó sus divisiones; les dió, con el consentimiento de ellos, leyes y una Constitución, é hizo desaparecer de sus costumbres los restos de una antigua barbarie. Es probable que los gaditanos, al igual de los otros pueblos de origen fenicio, continuasen sacrificando todos los años una víctima humana en el templo de su Hércules tirio, y que César hiciese abolir aquel sacrificio; es cierto que el amigo de Balbo estableció un sabio reglamento que terminaba con las contiendas de acreedores y deudores, y que obtuvo del Senado la supresión del *vectigal* impuesto á Gades por el cónsul Q. Cecilio Metelo Pío, en 674-80, á principios de la guerra contra Sertorio.

En recompensa de las mercedes de César, obtenidas gracias á la mediación de su antiguo conciudadano convertido en ciudadano romano, los habitantes de Gades hacían de Balbo su patrono y huésped: le conferían los derechos del *hospitinen publicum,* persuadidos de que, conservando su simpatía por la ciudad natal, emplearía para servirla el crédito y la influencia que le valían su calidad de caballero romano y su intimidad con César.

V

Antes de ocuparse de los intereses de Gades, que á la sazón no padecía, Balbo tenía que ir á Roma con César para consa-

grarse al triunfo de la candidatura de su protector, que aspiraba al consulado.

La situación era bastante difícil. Desde la derrota de Catilina y el fracaso de la conjura en la que César tomó una parte más ó menos directa, el poder había pasado á los *optimates*. El candidato al consulado debía asegurarse el concurso de los jefes del partido opuesto al partido de la aristocracia. Estos jefes eran, por diversos títulos, los dos cónsules del año 684-70—Cn. Pompeyo Magno, el vencedor de Mitrídates, á quien sus triunfos militares habían valido una gran popularidad, y M. Sicinio Creso, cuyas riquezas aseguraban la influencia,—y el cónsul del año 691-63, Marco Tulio Cicerón, que salvó á Roma de la conjuración de Catilina. Pero la autoridad de Cicerón era puramente moral; jefe de un partido sin partidarios, le tenían apartado aun los mismos á quienes salvó en el 63, y que temían, desde el 62, aparecer como solidarios del cónsul culpable de haber solicitado y obtenido, en contra del texto formal de las leyes Porcia y Sempronia, la condena y la muerte de los cómplices de Catilina.

Balbo podía, pues, consolarse fácilmente de no haber triunfado sino á medias, en el 60, en sus tentativas para unir á Cicerón con las ambiciones de César. Encontraba otras suficientes compensaciones. Digno antepasado de Fígaro, debía á sus orígenes cartagineses la habilidad en la astucia, que es lo característico del legendario *Barbero de Sevilla*. Cicerón ve en ello la «sutileza púnica», y hace observar que el carácter insinuante de Balbo le llevaba á ser el amigo de todo el mundo. Aquel Filinto no podía tener enemigos; su hábil modestia hacía que se oscureciese él mismo y colmase de alabanzas á las personas con las que se encontraba en relaciones. Todas estas cualidades le permitían seducir fácilmente á Creso, que era ávido de elogios y que se dejaba manejar por los que le alababan discretamente.

Pompeyo era mucho más inteligente que Creso, pero obedecía á la influencia de un griego de Mitilene, que se concilió

sus favores haciéndose el panegirista de sus empresas, Teófanes, á quien le concedió el derecho de ciudadanía en presencia del ejército. Convertido en ciudadano, Cn. Pompeyo Teófanes logró que se devolviera á Mitilene su independencia, y obtuvo un tratado que aseguraba á sus compatriotas el disfrute de sus antiguos derechos. La vanidad del vencedor de Mitrídates le sometía á todos los que le prodigaban adulaciones. Sabido es el imperio que tuvo sobre él su liberto Demetrio, y se comprende la autoridad que debía ejercer Teófanes, amigo é historiador del gran hombre, el confidente y el consejero, consultado con solicitud, escuchado con deferencia en las más graves coyunturas.

El título de ciudadano romano concedido por Pompeyo á Teófanes no había sido garantizado, como el de Balbo, por una ley de los cónsules. El griego de Mitilene tenía el mayor interés en ver confirmados los actos de Pompeyo, y la completa confianza en que César, cuya fuerza adivinaba, tendría el poder de que se confirmasen los actos del rival que se convirtiera en aliado suyo. Fué, por lo tanto, el agente más activo de la coalición *(coitio)* que se formó durante el verano del año 694-60 entre Creso, que no pedía nada para él; Pompeyo, que reclamaba tierras para sus veteranos y privilegios para los pueblos orientales, clientes suyos; y César, que exigía para el orden ecuestre las ventajas que el Senado había rechazado, y para él el consulado del año 695-59, y después el proconsulado de las Galias.

Iguales en habilidad diplomática el griego de Mitilene y el fenicio de Gades, se entendieron admirablemente para lograr el buen éxito de las negociaciones, de las que debía salir el triunvirato. Aquellos dos hombres estaban hechos para comprenderse; su mutua simpatía debía unirles con íntimos lazos. Como prenda de la alianza que se pactaba, César, que se casaba con Calpurnia, hija de L. Calpurnio Piso Cesonino, destinado al consulado para el año 696-58, daba en matrimonio á Pompeyo á su propia hija Julia, y hacía que Teófanes adop-

tara á Balbo: el agente de Pompeyo se convertía en padre adoptivo del agente de César.

En 695-59, Balbo, que nació hacia el 654-100, tenía unos cuarenta años; Teófanes no había llegado aún á la edad en la que ya no se puede esperar sucesión, puesto que tuvo un hijo algunos años después del 59. Y, sin embargo, cuando Cicerón combate la validez de la adopción del patricio Clodio por un joven plebeyo, invoca la ley: el que adopta debe haber llegado á la edad en la que ya no se pueda esperar el tener hijos. La adopción de Balbo, patricio de Gades, por Teófanes, plebeyo de Mitilene, era tan ilegal como la de Clodio; fué combatida: en su defensa de Balbo, Cicerón asegura que su cliente no ha sacado de tal adopción otra ventaja que recoger las herencias de personas unidas por parentesco con el hijo adoptivo de Teófanes. Pero en sus cartas á Atico, en las que habla con toda franqueza, no disimula el descontento que le produce aquella adopción, en la que ve un hecho político, una nueva prueba de la alianza pactada entre Pompeyo y César.

Sin embargo, el gaditano, después de haberse llamado L. Cornelio Balbo, podía tomar ahora, una vez adoptado por Teófanes, el nombre oficial de M. Pompeyo Corneliano Balbo. Ejercía una influencia igual sobre su patrono César y sobre su primer protector Pompeyo, que no podía negar nada al hijo de Teófanes: se enriquecía, poseía propiedades tan extensas, casas tan suntuosas como las de Crisógano, el miserable liberto de Sila, á quien en un tiempo no escatimó crueles burlas el defensor de Roscio Amarino. Se alababa la belleza de la casa de campo que edificó Balbo en el país de Tusculum, la privilegiada situación de los terrenos que Pompeyo le concedió para hacer jardines. Pero se complacían en propagar rumores calumniosos sobre el origen de tales propiedades y tales riquezas. En los banquetes, en las reuniones, se acogían sobre el advenedizo toda suerte de murmuraciones, que Cicerón hubo de rechazar en el *Pro Balbo*, y á las que se asocia en sus

Cartas á Ático, en donde se burla á menudo de Balbo, como se burlaba de Crisógano en el *Pro Roscio.*

Balbo dejaba decir; era hombre demasiado hábil para incomodarse, demasiado benévolo además para guardar rencor á Cicerón, en particular por el mal éxito de sus negociaciones políticas cerca de él. Cuando el cónsul del año 63, definitivamente abandonado por César á los furores de Clodio, hubo de marchar para el destierro, Balbo prodigó á la familia del desterrado los testimonios del más eficaz interés. «En mi ausencia—declara Cicerón,—Cornelio ha prestado á todos los míos la ayuda de sus buenos oficios: ha llorado con ellos, los ha atendido, los ha consolado.» La ayuda del poderoso amigo de César y de Pompeyo no era de desdeñar; sabido es que en el 58, cuando Cicerón tenía que salir de Italia, sus enemigos le incendiaban su casa del Monte Palatino, y sacaban á su mujer, Terencia, del templo de Vesta, en donde se había refugiado.

La ayuda abnegada de Balbo fué muy útil en aquel peligroso momento, pero no pudo ser de larga duración. En efecto: Cicerón salió de Roma á fines de Marzo del 58, y á principios de Abril se dirigia César, á marchas forzadas, á Ginebra. Balbo no tardó en seguirle: volvía á ejercer cerca del procónsul de las Galias las funciones de *praefectus fabrum,* que tan bien desempeñó cerca del propretor de la *Hispania Ulterior.*

Ignoramos el papel que desempeñó Balbo durante la campaña de las Galias. Porque en el *De Bello Gallico* César no le nombra jamás, como no nombra tampoco á muchos de sus más útiles colaboradores. Podemos suponer que Balbo hizo en Galia lo que había hecho en Lusitania, y que contribuyó á acrecentar notablemente las riquezas del procónsul. Lo que sabemos es que Cicerón, de vuelta del destierro, se mostró agradecido al apoyo que Balbo prestó á su familia, y consintió en defenderle en un proceso en el que se negaba el derecho de ciudadanía romana del protegido de César y de Pompeyo, del hijo adoptivo de Teófanes de Mitilene.

VI

Entre los meses de Julio y Noviembre del año 698-56 fué cuando Cicerón abogó por Balbo. Alúdese, en efecto, en el *Pro Balbo* al discurso *De provinciis consularibus* que se pronunció en Junio. Pompeyo asistía al acusado; luego estaba de vuelta de su viaje á Cerdeña y Africa; su regreso fué en Junio ó Julio del 56; no le habían designado aún para cónsul del 55; si lo hubiera ya sido cuando la defensa de Balbo, Cicerón, que se complace en su discurso en enumerar todos los títulos y todas las distinciones de Pompeyo, no hubiera dejado de citar con elogios el nuevo honor otorgado por el pueblo al vencedor de Mitrídates. La causa se vió antes del invierno, puesto que César estaba aún en las Galias; sin duda antes del mes de Septiembre, porque, como M. Jullien hace observar con razón, las vacaciones de los tribunales comenzaban de ordinario en otoño para prolongarse hasta fin de año.

Combatíase la validez de los derechos de ciudadano romano conferidos á Balbo, bajo pretexto de que, siendo originario de Gades, ciudad federada (*ex civitate foederata*), no podía obtener el derecho de ciudadanía romana, si no habían accedido á ello los habitantes de dicha ciudad federada (*nisi is populus fundus factus esset in hanc civitatem veniret*). Pero los habitantes de Gades no se habían opuesto á que se confiriese á Balbo el derecho de ciudadanía; lejos de esto, habían concedido el *hospitinen publicum* á su antiguo conciudadano; y ahora intervenían en su favor, desaprobaban al acusador, en quien se negaban á reconocer al intérprete de sus sentimientos.

El acusador de un hombre inofensivo y benévolo, que no se creaba enemigos, era un personaje cualquiera, muy ignorante de la jurisprudencia; no tenía en su favor ni el crédito ni la elocuencia, que, á decir de Cicerón, tienen un poder soberano en Roma, sin el mérito personal, ni el buen derecho. Y, sin embargo, la acusación lanzada contra Balbo no carecía de

gravedad, puesto que tuvieron que abogar por él los dos futuros cónsules del año 699-55, Cn. Pompeyo Magno y M. Licinio Creso, y, además de estos dos hombres políticos, hubo de prestar el concurso de su elocuencia al acusado el más ilustre de los oradores. Seis años antes, en el 62, Cicerón había tenido que defender, *in quaestione legitima et in judicio publico,* ante el jurado especial que juzgaba á los acusados de haber usurpado el título de ciudadano romano, á un poeta griego, originario de Antioquía, Arquías, á quien se concedió el derecho de ciudadanía por influencia de los Lúculos y combatido por los enemigos de los Lúculos, que esperaban molestar y contrariar á aquella aristocrática familia, hiriéndola indirectamente con el destierro de uno de sus más abnegados y más queridos servidores. El *praefectus fabrum* de César era un personaje mucho más importante que el modesto poeta protegido de los Lúculos. Al atacar á Balbo, se pretendía atacar á sus amigos influyentes. En su informe, Cicerón hace numerosas alusiones á la enconada envidia que despiertan los hombres eminentes que honraban á Balbo con su amistad, Pompeyo en particular, y César.

Es inverosímil que los acusadores del prefecto de obras tuvieran la loca audacia de combatir á la vez á los dos poderosos amigos de Balbo, César y Pompeyo. Pero, si cuando el proceso se vió ante el jurado, Creso y Pompeyo estaban en buena inteligencia con César y bastante unidos entre sí para constituirse ambos en abogados del *praefectus fabrum* del procónsul, es probable que se intentara el proceso cuando separaban graves disentimientos á los triunviros; los *optimates* contaban con que se agravarían aquellos disentimientos haciendo que se procesara á Balbo, que podía apelar igualmente á los tres hombres, cuya *coitio* había preparado. El proceso demostraría la desunión de los triunviros y permitiría al partido aristocrático intentar una tentativa desesperada para apoderarse del poder.

Sábese, por las *Verrinas,* el mucho tiempo que transcurría

entre la acusación, la *delatio nominis*—el acto por el que el acusador citaba á su adversario ante el magistrado *(in jus vocatio)*—y la apertura de la causa ante el tribunal. Cicerón pedía ciento diez días para ir á buscar unos documentos á Sicilia. Gades está mucho más lejos de Roma que Sicilia; y Balbo tenía que ir á recoger sus pruebas de justificación en Gades, á buscar y traer testigos de descargo.

Si la causa, como todo hace creer, se vió entre Julio y Septiembre del 56, la acción debió entablarse á principios del año. Ahora bien: en Enero del 56, un asunto de ambición y de intereses separaba á Pompeyo y Creso. El rey de Egipto, Ptolomeo Anletes, echado por sus súbditos, solicitaba de Roma la reintegración en su reino, *vi et exercita*. Como el jefe del ejército romano que se encargara de restablecer al rey en Egipto debía obtener en aquella expedición pingües ganancias, Pompeyo y Creso se disputaban agriamente aquella misión; el asunto se agitaba apasionadamente en el Senado. Cicerón combatía á la vez á Creso y Pompeyo; pronunciaba un discurso para obtener de los Padres Conscritos que la restauración de Ptolomeo se confiase á P. Cornelio Léntulo Spinter, el cónsul del 57, al que llamaba salvador suyo: Léntulo era, en efecto, el que se ocupó de que se levantara el destierro á Cicerón. El Senado decidió que no había lugar de ocuparse de la restauración de Ptolomeo. Suscitóse otro conflicto entre Creso y Pompeyo, á propósito de los dos célebres agitadores enemigos que comprometían la tranquilidad pública en Roma. Creso favorecía á Clodio; Pompeyo apoyaba á Milón. Pompeyo mantenía tanta tirantez con César como con Creso; el vencedor de Mitrídates sentía celos de la gloria militar del procónsul de las Galias.

Todo el mundo, por lo demás, se volvía contra César; aprovechábase su ausencia para combatir su política; el Senado continuaba la oposición intrigante, en la que se distinguió M. Calpurnio Bábulo, el colega de César en el consulado, en 695-59. Declarábanse todos los actos de César contrarios á los

auspicios *(contra auspicia):* había que anularlos. Todas las leyes que diera eran malas: convenía abolirlas. En el discurso que pronuncia por Sestio, en Marzo del 56, Cicerón habla de la implacable oposición que se hace á César.

El procónsul, vencedor en las Galias, podía temer ser vencido en el Senado y en el Foro por sus enemigos políticos. Despidió á Balbo del ejército y le envió á Roma; encargó á su hombre de confianza que le tuviese al corriente de los acontecimientos y que contuviera, ó por lo menos retardase hasta su regreso á Italia, los progresos peligrosos. Entonces fué cuando se acusó á Balbo de gozar ilegalmente del derecho de ciudadanía: convicto de no ser ni siquiera ciudadano romano, al agente de César le hubieran destituído de toda autoridad, privado de toda influencia.

Los *optimates* trataban de atraerse á Clodio. Cicerón se indignaba al verles en su presencia abrazar, halagar, mimar, colmar de caricias á su enemigo, al enemigo de las leyes, de la justicia, del orden, de la patria, de todas las personas honradas. Declaraba en el discurso *Sobre la respuesta de los arúspices,* pronunciado en el Senado en Mayo del 56, que Clodio podía atacar á César y Pompeyo en medio de la general aprobación. Escribía á su hermano Quinto que el cónsul Cn. Cornelio Léntulo Marcelino trataba sin contemplaciones en el Senado á César y Pompeyo. Suetonio refiere que el pretor L. Domicio Ahenobarbo, candidato desde 698-56 al consulado, que no había de alcanzar hasta el año 700-54, acusaba á César de haber obrado constantemente contra las leyes y los auspicios.

El mismo Cicerón, que pretendía mantenerse aparte de los asuntos políticos, hablaba con buen éxito en el Senado contra los proyectos de leyes agrarias propuestos por César; los Padres Conscritos discutían con la violencia de una asamblea del pueblo *(clamora prope cantionali)* la *lex Julia de agro Campano.* Todos los actos de esta oposición á César figuran entre Enero y Abril. Si el proceso de Balbo se hubiera visto ante el

tribunal en el mes de Abril, Creso y Pompeyo no se hubieran unido para defender al *praefectus fabrum;* Cicerón se habría librado muy bien de prestar al acusado el apoyo de su elocuencia; y, á pesar de sus evidentes títulos á la posesión del derecho de ciudadanía, el agente del procónsul de las Galias hubiera sido condenado. Pero iba á producirse un cambio. César abandonaba precipitadamente su provincia para ir á ponerse de acuerdo con Creso y Pompeyo. Encontraba primeramente á Creso en Rávena y, á mediados de Abril encontraban ambos en Luca á Pompeyo, que se proponía ir á Cerdeña y Africa. Las conferencias de Luca reorganizaban y consolidaban el triunvirato: se entendieron para preparar el fracaso de la candidatura del pretor Domicio al consulado y asegurar el triunfo de Pompeyo y Creso.

El porvenir pertenecía á la nueva unión del procónsul de las Galias con los dos cónsules designados para el año 55. Cicerón debía comprenderlo; blanco de los ataques de Clodio, medianamente sostenido por los *optimates,* necesitaba buscar aliados y defensores; no podía encontrarlos sino en los triunviros. Su hermano Quinto, consagrado á la suerte de César, del que iba á ser el *legatus* á partir del 54, se esforzaba en unirse al procónsul de los Galias; Atico, su consejero fiel é ilustrado, apoyaba con toda su autoridad las exhortaciones de Quinto; Pompeyo, el amigo y protector de sus juveniles años, el héroe celebrado en el *Pro lege manilia,* le ordenaba que prestase su concurso al triunvirato del que era jefe César.

Cicerón hubo de ceder á las solicitaciones de su hermano, á los consejos de Atico, á los ruegos imperativos de Pompeyo. Se apresuró á ofrecer prendas de sumisión á César pronunciando el discurso *Sobre las provincias consulares* y aceptando la defensa de Balbo. En el mes de Junio del 56, el *De Provinciis consularibus* apoyaba con buen resultado la proposición que tendía á prolongar la duración del gobierno de César en las Galias. Varias alusiones de este discurso nos enseñan que, en otros discursos hoy perdidos, el orador había pedido y ob-

tenido rogativas públicas á los dioses *(supplicationes)* por las victorias de César, y fondos especiales sacados del Tesoro para pagar el sueldo de las tropas del vencedor. En el *Pro Balbo* consentía en rehacer un *Pro Archia* en favor del protegido de César y Pompeyo. La cuestión jurídica había sido tratada á fondo por Creso y Pompeyo; Cicerón no tenía para qué insistir en ella.

Además, la acusación que únicamente tenía probabilidades de triunfar por los disentimientos de César, Pompeyo y Creso, caía por su base desde que el triunvirato quedaba sólidamente reorganizado.

En su discurso, en el que deja de lado la cuestión jurídica, ya tratada por Creso y Pompeyo, Cicerón se ocupa sobre todo en hacer profesión de sus sentimientos hacia César: el orador del discurso *Sobre las provincias consulares* declaraba que había dejado de ser el enemigo del procónsul; el abogado de Balbo proclamaba que era amigo de aquél, é iba á dar pruebas de esta servil amistad prestando el concurso de su elocuencia á todos los clientes de César cuya defensa ante los tribunales debía imponerle el triunvirato.

Por lo menos, al abogar por Balbo, no se veía obligado á defender y alabar á un enemigo en otro tiempo combatido y denigrado como aquel Vatinio al que arrastró por el lodo en el 56 y hubo de llenar de elogios en el 54. Balbo era un hombre honrado que le había prestado servicios. El defensor de Balbo podía, sin deshonrarse, consagrarle un panegírico que es un documento precioso para reconstituir hasta el año 698-56 la biografía de aquel español de Gades, convertido, por un concurso notable de circunstancias, en el caballero romano L. Cornelio Balbo, protegido y amigo de Pompeyo, consejero atendido y agente influyente de César.

VII

El fracaso de los enemigos de Balbo confirma en Roma el poder del agente de César; y el discurso pronunciado en su favor estrecha los lazos de amistad entre el defensor y su cliente. Sus relaciones pueden ser y son en adelante más frecuentes: parece, en efecto, que Balbo renuncia á la *praefectura fabrum* y permanece en Roma casi constantemente.

Plinio el Viejo habla del lujo de un caballero romano, originario de Formies, Mamurra, *praefectus fabrum C. Caesaris in Gallia,* que, después de haberse enriquecido en la *Gallia Comata,* revistió de mármol las paredes de su casa, situada en Roma, en el monte Celio. Cicerón se indigna de las riquezas mal adquiridas del tal Mamurra, al que Catulo ataca violentamente en una obra escrita durante el invierno de 55-54, entre las dos expediciones á Bretaña. Por aquella fecha, Mamurra se aprovechaba ya de la posición de *praefectus fabrum,* en la que reemplazaba á Balbo, para saquear la Galia.

Entre los años 698-56 y 700-54, Cicerón no nos da ninguna noticia sobre Balbo; en Mayo del 700-54, dirige numerosas cartas el antiguo prefecto, que acompañaba á César en sus expediciones; en Abril de 701-53, Balbo va á unirse con el procónsul á orillas del Rin. Va, en verano, á recoger el botín conquistado durante la campaña; vuelve á Roma, en invierno, á gastar el dinero producto del botín, para comprar partidarios á César. Cicerón habla con él, en Roma, en Marzo del 700, antes de que marche á la provincia. En Septiembre del mismo año, Quinto escribe á su hermano que Balbo va á llegar á Roma, bien acompañado *(bene camitatus),* es decir, con dinero del botín de Galia y de España, y que permanecerá en Italia hasta los idos de Mayo de 701-53. Esta noticia llena á Cicerón de alegría, porque lleva en sus ojos á Balbo *(Balbum in oculis fero),* no ve sino á él, no quiere sino á él. En efecto,

por recomendación de Balbo ha obtenido Quinto Cicerón, en Julio del 700-54, el puesto de *legatus* de César en la Gran Bretaña; gracias á los buenos oficios del antiguo *praefectus,* el nuevo *legatus* se ve cada día más querido, más apreciado por su general, lo que causa al hermano del *legatus* una alegría semejante á la que pueden gustar los dioses inmortales *(immortaliter gandeo).*

Agradecido el autor del *De provinciis consularibus* por sus servicios, César, por su parte, le sirve en lo que le pide; hasta provoca las peticiones del defensor de Balbo, y le censura por su demasiada reserva. Por mediación de Balbo, con el que sostiene una activa correspondencia, Cicerón obtiene de César todos los favores que desea para sus amigos; gracias á Balbo, el jurisconsulto Trebacio, que acompaña á César á las Galias por recomendación de Cicerón, podrá hacerse rico. El sutil español da á los amigos de su defensor útiles consejos para que hagan carrera; los exhorta á que sean listos.

César tenía interés en intimar con Quinto Cicerón, cuya influencia era grande sobre su hermano. Quinto, acribillado de deudas, estaba muy interesado en seguir á César en expediciones que podían enriquecerle; á Cicerón le convenía tener cerca de César un protector capaz de defenderle contra Clodio y sus otros enemigos. En efecto, la guerra civil se reanudaba en Roma: en el 53, Milón, apoyado por el Senado y por Pompeyo, trabajaba por el consulado, y Clodio, entregado por completo á la política de César, aspiraba á la pretura para el año 52. La perturbación era permanente: por las mañanas, peleas en el Campo de Marte; por las noches, riñas en las esquinas de las calles. En todas partes el pillaje, el asesinato, el incendio: los bandos enemigos de Clodio y de Milón hacían que reinasen en Roma la anarquía y el terror. Cicerón tenía una necesidad de que le protegiese la autoridad de César, contra el arrebatado que le desterró en el 58, le confiscó los bienes, le demolió é incendió su casa. Al mismo tiempo de encargar á Balbo que tranquilizase al cónsul del año 63, César alen-

taba la fidelidad de los dos Cicerones, prestándoles, siempre por mediación de Balbo, importantes sumas.

Cicerón no se cansa de recordar las atenciones de que le colma César. Alaba la bondad del procónsul: «Mucho tiempo hace ya—escribe á Quinto—que canto alabanzas á tu querido César; le llevo en mi corazón y en él permanecerá». Se felicita de recibir de César cartas afectuosas, amables, obsequiosas en grado extremo; alégrase de saber por su hermano todo el afecto que César le profesa. Escribe á Atico: «He llegado á ser muy querido de César, á quien agrado mucho; tengo de ese afecto numerosas y positivas pruebas». Se muestra muy agradecido á Balbo, por haberle conciliado los sentimientos afectuosos del maestro. Escribe á César: «Por Balbo puedes saber lo que le estimo; me he consagrado á él por completo».

Balbo encuentra el medio de penetrar en la intimidad de dos de los amigos más queridos de Cicerón: del confidente de todos sus pensamientos, Atico, y del joven y simpático atolondrado Celio, á quien el gran orador, que fué su abogado meses antes de serlo del caballero romano de Gades, profesaba tan indulgente afección. En Septiembre del 703-51, Celio escribe á Cicerón lo que ha apesadumbrado á Balbo la *sententia* del cónsul del año 702-52, Q. Cecilio Metelo Pío Escipión, que propuso al Senado, en la sesión del 1 de Septiembre del 51, que decretase la provisión del gobierno de las Galias—es decir, el relevo de César—para el 1 de Marzo del 50, lo más tarde. En Mayo del 50, Celio alaba el celo oficioso y la solicitud de Balbo. Es probable que el dinero que procedía del pillaje de las Galias hubiera contribuído á hacer de Celio el amigo del agente de César. Sabido es que, en las Galias, el procónsul despojó á los templos de las ofrendas de los fieles, y destruyó muchas ciudades para saquearlas: el producto de todos estos robos le servía para corromper á los hombres arruinados y poco delicados que podían serle útiles para sus proyectos. Balbo compró por cuenta de César á C. Memmio, el antiguo

cuestor de Pompeyo, con quien hizo la campaña contra Sertorio, y que esperaba llegar á cónsul.

En su ausencia, le suplía en su obra de corrupción C. Opio, que le estaba, por lo general, asociado para todas las negociaciones que encargaba César á sus hombres de confianza. Opio y Balbo conpraban tanto á los grandes personajes como á las personas de posición modesta, lo mismo á los libertos que á Curión y Planco.

Mientras que Opio y Balbo se ocupaban en reclutar partidarios del procónsul de las Galias á fuerza de dinero, Cicerón estaba lejos de Italia: un nuevo destierro, muy honroso éste, y disimulado bajo las apariencias de un gobierno en provincia, le retenía en Asia. Pompeyo preparaba su ruptura con César; acababa de casarse con Cornelia, hija de Q. Cecilio Metelo Pío Escipión: su suegro, á quien tomaba como colega en el consulado á fines del 52, era quien había de proponer al Senado, en la sesión del 1 de Septiembre del 51, la sentencia que tan penosamente contristara á Balbo *(contristavit haec sententia Balbum Cornelium)*. Los proyectos de Pompeyo podían ser entorpecidos por Cicerón, cuya reciente y gran amistad con el procónsul de las Galias le causaba inquietudes. Para alejar al cónsul del 63, Pompeyo hizo que se adoptase un senadoconsulto, en virtud del cual los cónsules y los pretores no podrían ser enviados á las provincias como procónsules y como propretores sino á los cinco años de haber dejado el cargo; en cambio, los que llevaban más de cinco años de haber dejado el cargo, y no habían ejercido aún el proconsulado ó la propretura, debían inmediatamente sacar á suerte una provincia. Cicerón no pudo librarse de la regla común; le fueron atribuídas, como provincia, la Cilicia, la Pisidia y la Panfilia. Muy á su pesar, hubo de salir de Roma en Marzo del 703-51 para llegar en Julio á Laodicea, capital de Cilicia. Distrajo el tedio de su año de proconsulado, de Julio del 51 á Julio del 50, haciendo expediciones militares contra algunos pueblos de su provincia no sometidos todavía.

César tenía el mayor interés en que el procónsul de Cilicia no se pasara, durante su ausencia de Roma, al partido de Pompeyo. Halagándole sobre todo en la vanidad, influía Balbo sobre Cicerón y esperaba mantenerle en el número de los amigos de César. Empleó el oficioso celo de que le alaba la carta de Celio, escrita en los primeros meses del 704-50, en hacer que se votaran *supplicationes* en honor de los triunfos militares del procónsul de Cilicia, la victoria del monte Amano y la toma de Pindeniso. En Noviembre y Diciembre del 704, hace que escriba César, ó escribe él mismo en nombre de César, á Cicerón cartas llenas de felicitaciones y de promesas.

El procónsul de Cilicia dejó su provincia en Julio. Muy perplejo respecto al partido que había de tomar en la guerra civil que se anunciaba inminente, vacilaba en volver á Roma; se retrasaba en el viaje; estaba en Atenas en Octubre; á fines de Noviembre pasaba á Brindisi, en donde esperaba los acontecimientos. Por fin, el 4 de Enero del 49, llegaba á Roma, como lo dijera él mismo, «en medio de las llamas de la guerra civil».

Balbo, que había comprendido perfectamente que la unión entre los triunviros no podía durar, empleaba toda su inteligencia y toda su habilidad en preparar la guerra civil en beneficio de César y en poner toda la sinrazón de parte de Pompeyo.

Opio y Balbo, que—según Tácito—eran los árbitros de la paz y la guerra *(potuere condiciones pacis et arbitria belli tractare)*, mantenían con el procónsul una correspondencia cifrada para ponerle al corriente de los acontecimientos y de los progresos de la opinión que dirigían ellos de una manera muy hábil: gracias á los rumores que Opio y Balbo sabían propagar, todo el mundo en Roma estaba persuadido de que César hacía toda clase de esfuerzos para asegurar el mantenimiento de la paz. En Diciembre del 704-50, en Febrero del 705-49, las cartas de Cicerón á Atico reflejaban todas sus inquietudes: César finge querer la paz; Pompeyo deja adivinar demasiado que

desea la guerra, para la que no hace ningún preparativo; le excitan en sus proyectos belicosos torpes consejeros, el historiador L. Luceyo, candidato fracasado al consulado para el año 59, y Teófanes de Mitilene.

Teófanes riñe, como es consiguiente, con su hijo adoptivo Balbo; la adopción arreglada cuando la alianza entre César y Pompeyo, se disuelve con ocasión de su ruptura. Entonces fué, sin duda, cuando el padre adoptivo concertó el matrimonio que había de darle un hijo, M. Pompeyo.

Los sentimientos de amistad de Cicerón por Balbo parecen enfriarse. En su protector de la época del destierro, en el cliente á quien elogiaba en 698-56, Cicerón no ve ya nada más que un personaje de Tartesio honrado con la afección de Atico, *Tartessium istum tucum*. El autor del *De Senectute* nos hace saber que Gades se llamaba en otro tiempo Tartesio; ya no se trata del caballero romano L. Cornelio Balbo, ni siquiera del *civis gaditano*. Balbo es un simple tartesiano, un habitante de aquella ciudad bárbara en la que los fenicios establecieron una colonia después de haberle quitado su nombre primitivo.

VIII

A principios del 705-49, la guerra civil había estallado á consecuencia de un senadoconsulto que, á pesar de la oposición de los tribunos M. Antonio y Q. Casio, ordenaban á César que licenciase á su ejército. Inmediatamente, el procónsul de las Galias, al frente de sus legiones, pasó el Rubicón, límite de la Galia Cisalpina, é invadió Italia. Después de arrollar las resistencias más ó menos serias que se oponían á su paso, entraba, en Abril, en Roma, de donde habían huído Pompeyo, el Senado, los cónsules y Cicerón.

Balbo, mientras tanto, no perdía medio para tranquilizar á Cicerón y mantenerle en el partido de César. Encargado por el Senado de vigilar el litoral del mar Tirreno, Cicerón había

marchado á su casa de Formias; desde su *Formianum* escribía á Atico, el 24 de Febrero del 705-49: «Ayer por la noche vino á mi casa Balbo Menor; enviado con una misión por César, toma los caminos extraviados para correr en busca del cónsul Léntulo; tiene que entregarle una carta de César y comunicarle órdenes precisas; lleva el encargo de prometerle una provincia para determinarle á que vuelva á Roma. No creo que le convenzan sin una entrevista previa con él. Balbo Menor me ha dicho también que César no desea otra cosa que verse con Pompeyo—lo creo—y reconciliarse con él—no lo creo... Balbo Mayor me escribe, por su parte, que César no desea más que una cosa: vivir al abrigo de todo temor, dejando el primer puesto á Pompeyo. Supongo que tú estarás convencido de esto, ¿verdad?»

Cicerón designa con el epíteto *Minor*, para distinguirle de su tío el *praefectus fabrum*, á quien llama *Major*, á L. Cornelio Balbo (menor), hijo de P. Cornelio Balbo, hermano éste de L. Cornelio Balbo (mayor). Los dos hermanos recibieron al mismo tiempo el derecho de ciudadanía romana. Nada se sabe de P. Cornelio Balbo; su hijo, á partir del 49, desempeña cierto papel en la historia romana, en la que se le distingue con el epíteto *Minor* de su tío, que probablemente le adoptó, puesto que lleva el mismo *praenomen* que él, en vez de tener, según el uso, el *praenomen* paterno, Publio.

Léese todavía en una nueva carta á Atico del 26 de Febrero: «¿Me preguntas lo que me ha escrito César? Lo que ya me ha escrito á menudo: que se alegra de ver que permanezco quieto, y me ruega que persevere en mi neutralidad. La misma recomendación me hizo Balbo Menor cuando estuvo en mi casa, de paso para llevar al cónsul Léntulo una carta de César y promesas de recompensa para el cónsul, si éste volvía á Roma... He recibido dos cartas de Pompeyo; quiero que conozcas el tono diferente de ellas y el cuidado que he puesto en mis respuestas. Te envío copia de las cartas de Pompeyo y de las mías».

En el mes de Diciembre del 704-50, antes de hacer su entrada en Roma, Cicerón fué á ver á Pompeyo, que residía á la sazón en su posesión situada en el territorio de Albalonga. Pompeyo le colmó de halagos, prometiéndole que se ocuparía en conseguirle el triunfo por sus victorias de Cilicia; le aconsejó que no asistiese á las reuniones del Senado y se mantuviese en reserva. De otra parte, las idas y venidas de Balbo hacían comprender á Cicerón que el día de la ruptura estaba próximo; se prometía ser del partido de Pompeyo.

Las dos cartas escritas en Febrero por Pompeyo á «Cicero Imperator» y comunicadas á Atico son breves é imperativas: la primera manda á Cicerón á Luceria, en donde estará seguro; la segunda le conjura, en nombre de su amor por la patria, á que vaya inmediatamente á Brindisi.

Pero Cicerón vacilaba entre otras solicitaciones; César confió á Balbo la misión de entenderse con Q. Metelo Pío Escipión; el antiguo prefecto de obras del procónsul de las Galias celebraba conferencias con el cónsul suegro de Pompeyo. A principios de Marzo, Balbo dirige una carta á Cicerón, quien se la comunica á Atico con numerosos comentarios; su amigo no podrá por menos de compadecerle al ver hasta qué punto se burlan de él. Cicerón no puede hacer nada para aplacar la guerra; todo el mundo lo sabe tan bien como él, y Balbo finge creer que es el árbitro de la paz.

La carta de Balbo es, en efecto, torpe á fuerza de querer ser hábil; á Cicerón le gustan las alabanzas; le prodigan demasiado para que pueda tomarlas en serio, y el énfasis español de las grandes protestas de amistad debe poner en guardia á la prudencia latina contra las efusiones de *iste tartessius*. «A Cicerón incumbe realizar una tarea digna de su virtud. Hombres pérfidos han enemistado á César y Pompeyo: á él corresponde el reconciliarlos. Que Cicerón lleve á feliz término tan hermosa obra: César le pertenecerá, César apreciará la inmensidad del servicio que le haya prestado.» Así como antes de la ruptura César y Balbo afectaban no desear otra cosa que

el mantenimiento de la paz, así desde la declaración de la guerra el procónsul de las Galias y su agente no cesan de proponer medidas pacíficas. «César, y sobre todo Balbo, están profundamente agradecidos á Cicerón por haber usado de toda su influencia con el cónsul Léntulo para mantenerle lejos de Pompeyo; Balbo se desespera al ver que Léntulo, al que profesa tan tierno afecto, evita toda conferencia con él; que Léntulo, por lo menos, siga los consejos de Cicerón, que cumpla en Roma su año de consulado: la autoridad de Cicerón obligará á Léntulo á provocar una aproximación entre César y Pompeyo. Si Balbo llega á ver el hermoso día de la reconciliación, considerará que ha vivido bastante.»

Aunque afectada, la expresión de los sentimientos de Balbo hacia Léntulo no dejaba de ser sincera. El gaditano no olvidaba que el cónsul del año 705-49 era L. Cornelio Léntulo Crus, á quien debía su ingreso en la *civitas Romana*, su *praenomen* y su *nomen* de *Lucio Cornelio*. Por esto no perdona medio para atraer al partido de César á su antiguo *patronus*, el cual por lo demás debía al procónsul de las Galias favores á los que se alude en el *De Bello Civili*. Cicerón, por su parte, declara que Léntulo, aun cuando forma en el campo de Pompeyo, guarda un grato recuerdo de las mercedes de César. Balbo, que le manda su sobrino para traerle al partido del procónsul, no cesa de hacer protestas de amistad y del agradecimiento que por él siente. «Balbo está persuadido de que Cicerón aprobará en un todo la conducta de César en Corfinio. Se alegra mucho del placer que le ha causado la visita de Balbo Menor, á quien Cicerón quiere tanto como su tío. Garantiza la exactitud de cuanto Balbo Menor le ha dicho de parte de César, de cuanto César le ha escrito.» Tras un sitio de siete días, César se había apoderado, el 20 de Febrero, de Corfinio y de la guarnición pompeyana que defendía la plaza. Por su clemencia con los vencidos dió pruebas de una habilidad política, á la que Cicerón no podía por menos de rendir homenaje.

En una carta dirigida desde Formias á Atico, el 1.° de

Marzo, manifestaba la penetración, la vigilancia, la actividad siempre pronta del vencedor que, al evitar toda efusión de sangre y todo pillaje, supo conciliarse á los que más hostiles le eran. «Hablo frecuentemente con habitantes de los municipios, con gentes del campo: éstos no piensan más que en sus modestas propiedades, en sus modestas viviendas, en sus pequeñas economías. Y ya ves qué cambio en la situación: á Pompeyo, en quien tenían plena confianza, le temen ahora, y quieren á César, que les atemorizaba.»

En varias otras cartas á Atico, fechadas en el mes de Marzo, se mencionan con tono de mal humor los progresos de la popularidad de César—aquel Pisistrata, como Cicerón le llama por vía de denigración. «Los *optimates*—¡oh dioses!—se apresuran á ofrecerse, á venderse á César. Los municipios le miran como á un dios, y no son votos simulados los que se hacen en su honor, como los que se formulaban con ocasión de la enfermedad de Pompeyo. Se tiene en cuenta á este Pisistrata todo el mal que no hace, como si impidiera que lo hiciese otro. Se espera en él un dios propicio... se dejan cautivar por su insidiosa clemencia.» Cicerón se entera en su casa de Formies de que todos los *optimates* que prometieron seguir á Pompeyo se dirigen á Roma para hacer acto de sumisión á César.

La *insidiosa clementia* de César se extendía hasta el mismo Pompeyo. Balbo y Opio provocaban una carta de su patrono en la que se hacían escribir estas palabras que se apresuraban á publicar: «Seguiré gustoso vuestros consejos; tanto más gustoso cuanto que concuerdan con mis propias determinaciones; sí, he decidido dar pruebas de la más amplia clemencia, de agotar todos mis esfuerzos para atraerme á Pompeyo».

Las incertidumbres de Cicerón aumentan. Teme haber sido engañado por las confidencias de Balbo en sus conversaciones, por las noticias que Balbo le dió por carta. Balbo le tiene constantemente al corriente de los triunfos de César, para animarle á abandonar definitivamente el partido de Pom-

peyo; todo lo que Balbo le comunica pretende saberlo por César, que no tardará en llegar á Roma. El mismo César, hábil en halagar la vanidad de los que pueden serle útiles, dirige al antiguo procónsul de Cilicia, al que califica de *Cicero Imperator*, un amabilísimo billete en el que le manifiesta los deseos que tiene de verle en Roma para aprovecharse de sus consejos, de su crédito, de su alta posición; en una palabra, de todo su poder *(ut tuo concilio, gratia, dignitate, ope omnium rerum esti possien)*.

Vienen después cartas de Balbo y de Opio que Cicerón envía á Atico el 13 de Marzo; los dos confidentes de César explican á *Cicero Imperator*, en una especie de manifiesto redactado en común *(littera communes)*, que César no quiere hacer la guerra á Pompeyo, y que le agradecerá mucho á Cicerón que permanezca neutral entre los dos partidos. A este mensaje oficioso, Balbo adjunta una carta personal é íntima: jura que pone á Cicerón en el número de sus más queridos amigos; en nombre de esa amistad le suplica que escuche. César desea la paz con Pompeyo; no censurará la neutralidad de Cicerón: todo lo que le pide es que no se una á sus adversarios, que venga á Roma á ayudar á Balbo en la gran obra de pacificación que es el objeto de todos sus votos. Que Cicerón consienta en escribir á César para pedirle el mismo apoyo que, en otro tiempo, cuando las luchas de Clodio y Milón, solicitó de Pompeyo, con aprobación de Balbo *(mequidem aprobante)*.

El 24 de Marzo, Cicerón escribe á Atico que la posición de César es muy fuerte: de suponer que no pueda ser vencedor, no se comprende que pueda ser vencido.

«He recibido una carta de Balbo, de la que te envío copia; lee esa carta, te lo ruego; pon atención sobre todo en el último párrafo del excelente Balbo, á quien nuestro Pompeyo regaló un terreno para instalar jardines; ¿quién de nosotros no se ha visto, en varias ocasiones, postergado á Balbo por Pompeyo? Así es que el desgraciado se ve lleno de torturas *(torquetur)*.»

«Balbo á Cicerón Imperator.—César nos ha dirigido una brevísima carta, que te transcribo. Por su brevedad, juzgarás hasta qué punto se encuentra atareado, puesto que no le es posible escribir sino eso poco sobre un asunto de tanta importancia. Si ocurre algo de nuevo, te lo comunicaré en seguida.»

«César á Opio y á Cornelio.—El 9 de Marzo llegué á Brindisi; establecí mi campo ante las murallas de la ciudad. Pompeyo está en Brindisi; me ha enviado á N. Magio para tratar de la paz. He respondido lo que me ha parecido conveniente responder. He querido comunicároslo en seguida. En cuanto tenga la esperanza de un arreglo definitivo, os lo advertiré.»

Y ahora, mi querido Cicerón, ¿te haces idea de mis torturas *(me torquera)* cuando llego á esperar la paz, por segunda vez, y tengo que temer siempre que se interponga algún nuevo incidente? Todo lo que yo puedo hacer de lejos, son votos; los hago. Si estuviera con ellos, tal vez me sería permitido obrar de alguna manera; por el momento, la espera me pone en un suplicio *(excrucion)*.

Es interesante observar que las afirmaciones contenidas en la carta de César comunicada por Balbo á Cicerón se contradicen con lo que el mismo César refiere en los *Comentarios:* según el *De Bello Civili,* el pompeyano Magio, hecho prisionero y enviado á Pompeyo, portador de proposiciones pacíficas dirigidas por César á su rival, no volvió, y Pompeyo fué el responsable del fracaso de todas las tentativas de arreglo. César tenía interés en engañar á Cicerón con una carta confidencial que Balbo estaba encargado de comunicarle; César quería retener á Cicerón en Italia para demostrar que el antiguo cónsul no seguía á Pompeyo y al Senado en su huída lejos de Roma.

Por su parte, habiendo obtenido por mediación de Balbo y de Opio el permiso de desinteresarse de la guerra y de la política, Cicerón esperaba que podría mantenerse en una imparcial neutralidad. Balbo había conseguido este resultado, tan

lisonjero para César, de quien era el confidente, como para Cicerón, de quien era el amigo, usando de toda la influencia que podía tener á la vez sobre el procónsul, de quien fué el abnegado *praefectus fabrum,* y sobre el orador que le defendió ante los tribunales cuando se trató de privar al caballero de Gades de sus derechos de ciudadano romano.

Pero Cicerón no debía observar por mucho tiempo la discreta neutralidad á que se había resuelto por los prudentes consejos de Balbo.

Después de hacer su entrada el 18 de Marzo en la ciudad de Brindisi, abandonada por Pompeyo, que se embarcó para Sirraquio con su ejército, César se puso en camino para Roma, adonde debía llegar el 1.° de Abril.

Balbo se ocupaba en procurarle con Cicerón una conferencia que produjera resultados más positivos que lo que pudo hacer la abundante correspondencia dirigida hasta entonces á Formies. Varias cartas fechadas el 25, 26 y 27 de Marzo dan cuenta á Atico de los proyectos de Cicerón; recibió un billete de César en que le pide que le siga á Roma; pero se contentará con tener una entrevista con él cuando pase por Formies. El 29 de Marzo comunica desde Arpino á su amigo el resultado de la entrevista, que fué cortés y fría: Cicerón se mantuvo firme; solicitado para que fuese á Roma á desempeñar el papel de mediador, se negó resueltamente. Permanece en Arpino, su ciudad natal, para que su hijo Marco tome la toga viril, ya que es imposible realizar en Roma la ceremonia. Pero tiene noticias por Atico y por Balbo, los cuales le dan consejos. Su vanidad se rebela contra las pretensiones de Balbo.

Parecíale muy natural que el caballero de Gades emplease su influencia con el Senado para que los Padres Conscritos votasen rogativas en honor de los triunfos militares del procónsul de Cilicia; se indigna ante la idea de que el agente de César quiera formar parte de aquella asamblea, cuyas deliberaciones dirige desde lejos. «¡Cómo!—exclama desde su casa de Cumes el 4 de Mayo.—¿Puede soñar Balbo con entrar en el Senado?»

Cicerón piensa en refugiarse en Malta; parece que él mismo se anima en el proyecto, repitiéndose: «¡Ea! Vámonos pronto á Malta á esperar los acontecimientos... ¡A Malta, pues! Después se verá...» Pero, César estima que desde Malta se puede fácilmente ir al campo de Pompeyo. Balbo ha hecho confidencias á Atico; y el 20 de Mayo, Cicerón, que, á su pesar, experimenta la influencia del gaditano, escribe á su amigo:

«Después de tu conversación con Balbo, ya no soy de parecer de irme á Malta. ¿Vacilas en creer que César me ponga entre el número de sus enemigos? He escrito á Balbo respecto á lo que me dices de la benevolencia que siente por mí y de las sospechas que le inspiro al mismo tiempo. Le doy gracias por su benevolencia y me justifico de sus sospechas.»

H. de la Ville de Mirmont

(Continuará.)

ALMA DE NIÑA

(CONTINUACIÓN)

XVII

Entré en nuestro cuarto, resucitada; me eché en el diván, oculté mi cabeza en los almohadones y me puse á llorar de felicidad. Mi corazón latía como si quisiera romper el pecho. No sé cómo viví hasta la noche. Dieron las once y me acosté. Katia no vino hasta las doce.

Me saludó sin decir una palabra. Nastia la desnudaba lentamente, como de intento.

—¡Pronto, pronto, Nastia!—murmuró Katia.

—¿Qué tiene usted, princesa? ¿Tiene usted el corazón tan agitado por haber subido corriendo las escaleras?—preguntó Nastia.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué fastidiosa eres, Nastia! ¡Pronto, pronto!

Y la princesa golpeaba con el pie.

—¡Qué impaciencia!—dijo Nastia, besando el pie que descalzaba de Katia.

Terminado por fin el tocado, se acostó la princesa y salió la doncella.

En seguida, Katia saltó de su cama y vino á mí.

—Ven á acostarte conmigo—murmuró levantándome de la cama.

Instantes después, estábamos en brazos una de otra. La princesita me besaba.

—Me acuerdo de cuando me besabas tú por las noches—dijo poniéndose como una amapola.

Yo sollozaba.

—Netotchka—murmuró,—ángel mío, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo que te quería, ¿lo oyes?

—¿Desde cuándo?

—Desde que me mandó papá que te pidiera perdón, y defendiste á tu padre. ¡Netotchka, huerfanita mía!—añadió cubriéndome de besos la cara.

Lloraba y reía á la vez.

—¡Ah, Katia!

—¿Qué?

—Por qué habremos estado tánto tiempo... tánto tiempo...

No acabé la frase; nos estrechábamos de nuevo sin pronunciar una palabra.

—Escucha. ¿Qué pensabas de mí?—preguntó al fin la princesa.

—¡Oh! No hacía más que pensar en tí, Katia. Pensaba en tí día y noche.

—Y hablabas de mí en sueños: te oía.

—¿De veras?

—Y has llorado varias veces.

—Ya ves. ¿Por qué eras tan orgullosa, entonces?

—Porque era tonta, Netotchka. A veces me pasan esas cosas por la cabeza, y ahí tienes. Siempre estaba enojada contigo.

—¿Y por qué?

—Porque era mala. En primer lugar, porque vales más que yo. Después, porque papá te prefería. Y papá es bueno, Netotchka, ¿no es verdad?

—Ya lo creo—respondí con lágrimas, pensando en el príncipe.

—¡Qué buen corazón tienes!—dijo seriamente Katia.—¿Pero qué he de hacer con él? Siempre es así... Y además, me

ví obligada á pedirte perdón, lo que me incomodó de nuevo contigo.

—Y yo veía que ibas á ponerte á llorar.

—Bueno, cállate, llorona; tú sí que eres llorona—dijo Katia tapándome la boca con la mano.—Oye: quería quererte, y después, de pronto, quería detestarte. ¡Y te detestaba tánto! ¡te odiaba tánto!

—¿Pero por qué?

—Sí, estaba muy enfadada contigo. No sé por qué. Y después notaba que no podías vivir sin mí. Entonces pensé: espera, voy á atormentarte.

—¡Qué mala eras, Katia!

—Querida mía—siguió ella diciendo y besándome la mano.—Y además no quería hablarte. ¿Te acuerdas lo que hice con Falstaff?

—¡Qué valiente fuiste!

—¡Pero qué miedo tenía!—replicó la princesita.—¿Sabes tú por qué quise á toda costa hacerlo?

—No; ¿por qué?

—Porque me estabas mirando. Cuando ví que me contemplabas, me adelanté, sucediera lo que sucediera. Tuviste miedo, ¿eh? ¿Temías por mí?

—¡Terriblemente!

—Ya lo veía. ¡Qué contenta me puse cuando se marchó Falstaff! ¡Y qué miedo tuve después, Dios mío, cuando estuvo lejos el monstruo!

Y Katia reía nerviosamente. Alzó de pronto su ardorosa cabeza y me miró á la cara. Unas lágrimas pequeñas, semejantes á brillantitos, temblaban en sus pestañas.

—¿Qué hay en tí para que te quiera tánto? Mira. Eres una palurdita, con pelo de un rubio ceniciento, ojos de un azul claro; una tontaina, una llorona, una huérfana.

Y Katia se inclinó otra vez para hacer que llovieran sobre mí besos y lágrimas. Estaba profundamente conmovida.

—¡Y cuánto te quería! Pero pensaba: no, no, no se lo diré.

¡Y qué terca era! ¿Por qué tenías miedo de mí? ¿por qué tenía yo vergüenza de tí? Ya ves qué bien estamos ahora.

—Katia, me siento mal—dije en un transporte de felicidad;—mi alma sufre.

—Sí, Netotchka. Escucha todavía... Y, oye además: ¿quién te llamó Netotchka?

—Mamá.

—¿Me contarás todo lo de tu mamá?

—Todo, todo—respondí con efusión.

—¿Y qué has hecho de mis pañuelos de encaje? ¿y por qué te llevaste la cinta? ¡Ah, atrevidilla! Lo sé todo.

Me eché á reir, avergonzada.

—Unas veces deseaba atormentarte, y otras pensaba que no te quería, que no podía soportarte. Y tú, siempre tan dulce, corderillo. ¡Cómo temía que me creyeses tonta! Tú eres inteligente, Netotchka, muy inteligente, ¿no es verdad?

—Pero ¿qué estás diciendo, Katia?—dije casi ofendida.

—Sí, eres muy inteligente—replicó Katia seriamente,—lo sé. Una mañana, y de pronto, empecé á quererte tánto que era una cosa terrible. Soñé contigo toda la noche. Me dije: voy á pedir á mamá que me ponga á dormir en las habitaciones de abajo. Quería y no quería quererte. Y, á la noche siguiente, me dormí diciéndome: ¡si viniese como ayer! Y venías. Yo fingía dormir. ¡Ah, qué descaradas somos, Netotchka!

—Pero ¿por qué te resistías á quererme?

—Porque... ¡Pero qué digo! Te quería, te quise siempre. Más adelante fué cuando te odié. Voy á abrazarla, pensaba, y á pellizcarla hasta que muera. Toma, tontina.

Y Katia me pellizcaba.

—¿Te acuerdas cuando te até el zapato?

—Sí que me acuerdo.

—Te emocionaste. Yo te miraba. ¡Qué mona es, decía! Voy á atarle el zapato. ¿Qué pensará ella? ¡Estaba tan contenta! Y quise darte un beso, pero no lo hice. Y además tenía muchas ganas de reir. Era aquello tan raro, que no se me ocurrían

sino disparates durante todo el paseo. No podía mirarte por las ganas que tenía de reirme. ¡Y qué alegría tuve cuando estuviste por mi culpa en la cárcel!

(Al cuarto obscuro se le llamaba la cárcel.)

—¿Tuviste miedo?

—¡Oh, sí, mucho miedo!

—Yo estaba contenta, no porque te castigaran, sino porque te encerraban en mi lugar. Ahora estará llorando, me decía; y ¡cuánto la quiero yo! Mañana la daré tántos besos, tántos besos... Y no te compadecía, pero lloraba por tí.

—Pues yo no lloré; era feliz, muy feliz.

—¿No llorabas? ¡Ah, mala!—exclamó Katia besándome con más fuerza.

—¡Katia, Katia! ¡Qué bonita eres, Dios mío!

—¿Verdad? Pues bien, ahora haz de mí lo que quieras. Tiranízame, pellízcame, te lo suplico; pellízcame una vez. Queridita mía, pellízcame...

—¡Mala!

—¿Y qué más?

—¡Tonta!

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Bésame.

Nos abrazábamos, llorábamos, reíamos. Nuestros labios se lastimaban con tantos besos.

—Netotchka, en primer lugar vendrás siempre á dormir conmigo. Te gusta besar. Pues bien, nos besaremos. Después no quiero verte triste siempre. ¿Por qué te sueles poner tan pensativa? Me lo contarás, ¿verdad?

—Te lo contaré todo. Pero ahora deja eso: soy muy feliz.

—Quiero que tengas las mejillas tan sonrosadas como las mías. ¡Ah, qué gusto que fuese ya mañana! ¿Tienes ganas de dormir, Netotchka?

—No.

—Pues hablemos.

Y seguimos charlando así otras dos horas. Sabe Dios lo

que dijimos. La princesita me confesó que amaba á su padre más que á nadie en el mundo, casi más que á mí. Convinimos en que la señora Leotard era una buena mujer, no demasiado severa. Hicimos planes para el día siguiente y para los otros; hasta regulamos nuestra vida para una veintena de años. He aquí cómo arreglaba Katia nuestras existencias: Un día mandaría ella y obedecería yo. Al siguiente sería yo la que mandase, sometiéndose ella sin réplicas. Más adelante compartiríamos la dirección. Alguna vez una de nosotras desobedecería. Entonces nos enfadaríamos, pero de broma. Y nos reconciliaríamos lo más pronto posible. En una palabra: nos esperaba una felicidad eterna. En fin, cansada de charlar, se cerraron mis ojos; Katia se burló de mí, me tildó de dormilona y se durmió antes que yo. A la mañana siguiente nos despertamos juntas. Nos dimos á escape un beso, porque venía alguien. No tuve sino el tiempo de volver á mi cama.

Durante todo el día sentimos el peso de nuestra propia felicidad. Nos escondíamos de todo el mundo, porque temíamos mucho las miradas extrañas. En cuanto entraba alguien nos poníamos á temblar. Temíamos que nos sorprendieran besándonos.

Por la tarde nos dejaron una hora solas; la aproveché para contar mi historia á Katia. Sin duda no es necesario que la reproduzca aquí por entero. Es, por lo demás, un asunto que merece ser tratado aparte, cosa que haré algún día. Resumiré, pues, mis recuerdos lo más brevemente posible.

Mi padre, Efimoff, era músico. Fué primero clarinetista en casa de un rico señor melómano que tenía una orquesta completa. Efimoff era por desgracia dado á la embriaguez, lo que le perjudicaba en extremo y de lo que nunca pudo corregirse.

Un día encontró á un italiano que tocaba bastante bien el violín, y el cual le enseñó su arte. Trabaron amistad hasta la trágica muerte del italiano, al cual se le encontraron una mañana en un foso, al que se cayó en estado de embriaguez y víctima de una congestión cerebral.

Después de este accidente, Efimoff cambió de repente de actitud para con su señor, que le trataba muy bien: se hizo insolente, pretencioso y exigente; hasta llegó á calumniar á su bienhechor. Siguió una violenta explicación, y el señor se enteró con asombro de que Efimoff tocaba el violín; al oirle quedó maravillado de su talento y le ofreció que permaneciese en la orquesta con sueldo mucho mayor y en calidad de primer violinista. Efimoff, lleno de orgullo y ya bajo el imperio de la locura, se negó, pretextando el deseo de ir á Petersburgo á perfeccionarse en su arte. Recibió trescientos rublos, y se marchó.

Pero en vez de ir á Petersburgo se fué por provincias, y en unos cuantos meses se gastó todo el dinero. Vióse entonces obligado á contratarse en una orquesta ambulante; la dejó por otra, y llevó esta precaria existencia durante siete años. Disgustado por fin de su vida nómada, é imaginándose que era un gran artista destinado á la celebridad, se dirigió á pie á Petersburgo y llegó en el más lamentable estado. Entabló en seguida relaciones con Buvarov, uno de los mayores músicos de la época, cuya fama comenzaba apenas, y que vivía dando lecciones. Buvarov trabajaba sin descanso, con la obstinación y la perseverancia de un alemán; salió pronto de su obscuridad gracias á la protección del príncipe X***.

Efimoff, perezoso y borracho, rara vez ponía mano en su violín á pesar de los consejos de su amigo, y se hundió cada vez más en la miseria. Haciéndose ilusiones sobre su talento real, pero imperfecto, juzgaba inútil trabajar, y atribuía su desaliento á la pobreza, que ni siquiera trataba de combatir.

Entonces fué cuando encontró á mi madre. Tenía ésta 300 rublos economizados durante su estancia en una casa como ama de llaves. Efimoff creyó que los 300 rublos le permitirían alcanzar la posición y la gloria con que soñaba. Se casó con la pobre mujer, que le amaba con pasión: no tardó en deplorar aquella debilidad.

Tenía yo entonces tres años, pero comprendía ya muchas cosas. No conocí á mi verdadero padre, que murió casi al na-

cer yo. Me afeccioné mucho á Efimoff, y pronto hasta le llegué á querer más que á mi madre. ¿Cuál era la causa de esta singular preferencia? Sin duda porque notaba que Efimoff era tan niño como yo. Continuó la vida inútil y desordenada de antes de casarse; desaparecieron á escape los 300 rublos, y se cruzó noblemente de brazos.

Comencé á sufrir por la miseria y el desacuerdo que reinaba constantemente entre mi padre y mi madre. Vivíamos en una guardilla sin aire y casi sin luz. Mi madre trabajaba para los tres, y se agotaba, lo que no nos impedía á veces que nos muriésemos de hambre. Cuando estallaban las eternas disputas entre mis padres, me refugiaba aterrorizada en un rincón de nuestra pobre vivienda, desde donde veía volar los platos y llorar y gritar á mi madre; permanecía allí temblando horas enteras.

Un día mi padre encontró á Buvarov, que vino á vernos, y le procuró un puesto en una orquesta de ópera. Mi madre, que creía en el genio de Efimoff, y que le quería á pesar de todo, creyó que nuestra miserable existencia iba á cambiar, y se alegró mucho. Este claro duró unos cuantos meses. Efimoff propagó contra Buvarov las más odiosas calumnias; fué arrogante, insolente, y riñó con el director de orquesta; concluyeron por echarle del teatro.

Continuamos viviendo durante años del solo trabajo de mi madre. Para satisfacer su afición á la bebida, Efimoff me pedía á menudo el dinero de las compras, y había adquirido sobre mí tan particular ascendiente, que no siempre me atrevía á negárselo, á pesar del disgusto que había de acarrearle á mi pobre madre. Para recompensarme, me enseñaba el violín, me decía que era un gran artista y que más adelante seríamos felices; iríamos á vivir á una hermosa casa, y nuestra existencia sería entonces lujosa y deliciosa. Creía en todas las mentiras que me decía, de buena fe, porque su locura era incurable: murió el día en que pudiera haberse curado.

Mientras tanto, me enseñaba á leer y me contaba historias,

lo que abrió mi imaginación, contenida hasta entonces por la dolorosa realidad, á quimeras doradas y consoladoras.

Meditaba profundamente á la edad en que los niños no hacen más que reir y jugar; me replegaba sobre mí misma, y esta reflexión demasiado prematura desarrollaba en mí una sensibilidad enfermiza y exagerada.

Mientras tanto, se aproximaba el desenlace. Schurmann, el violinista universalmente conocido y aclamado, vino á Petersburgo para tocar en una serie de conciertos. A Efimoff le trastornó aquello mucho tiempo antes. Hay que decir que no faltaba á ninguna audición musical, y volvía siempre con la convicción de su gran superioridad sobre todos los otros artistas. Días antes del primer concierto de Schurmann, se encontró con el príncipe y Buvarov, quienes decidieron enviarle un billete, porque las localidades estaban muy caras. Efimoff, que no sospechaba aquella generosa intención, y queriendo á toda costa oir al gran músico, me decidió, á fuerza de instancias y de súplicas, á que le diese quince rublos del cambio del dinero que mi madre me había dado para hacer unas compras; y á pesar de espantosos remordimientos, cometí tan fea acción. A los pocos minutos caí en una violenta crisis de nervios. En aquel momento llegó el criado del príncipe con el billete. Mi madre, haciéndose nuevas ilusiones sobre el genio de su marido, de quien parecía querer ocuparse el príncipe, le perdonó una vez más, porque le adivinó el autor de la desaparición de los quince rublos, que por lo demás no le devolvió; pero no le perdonó el haber pervertido á su hija.

Mi padre se vistió aprisa, porque el concierto empezaba á las ocho y eran las siete. Cuando se marchó, mi madre me colmó de caricias, murmurando con voz débil: «Pobre hija mía, ¿qué sería de ti si yo faltase? ¿qué sería de ti, mi Netotchka?» Y lloraba. Yo también lloraba y me sentía espantosamente triste.

Mi madre estaba muy enferma desde hacía años, y se mataba á trabajar para sostenernos á todos.

No pudiendo más, cayó en su cama y me dijo que me acostase. La obedecí, pero no pude conciliar el sueño antes de muchas horas de febril insomnio. Sufría demasiado. Mi madre había dejado la luz encendida y la llave en la puerta, como lo hacía siempre que mi padre había de volver tarde.

A eso de media noche me desperté con una espantosa pesadilla. Mi padre estaba ante mí con su violín en la mano. Iba á empezar á tocar, pero se le ocurrió otra idea. Puso su violín en la mesa y se acercó á la cama de mi madre; se inclinó sobre ella, y permaneció así algunos minutos, que fueron angustiosos para mí, porque no comprendía lo que quería decir aquello; en seguida paseó sus manos sobre las mantas, palpando con vacilación. Cuando se incorporó, me espantó la palidez de su cara. Miré á mi madre: dormía profundamente; su cuerpo se dibujaba en líneas rígidas bajo la manta; sin saber por qué, me impresionó su inmovilidad, y la observé largo rato, con la esperanza de verla hacer un movimiento: no se movió.

Mi padre fué al armario, y se sirvió un vaso de vino, que apuró de un trago. Volvió hacia la mesa, empuñó el violín y se puso de espaldas á la cama. De repente empezó á tocar, y quedé aterrorizada de emoción. No eran sonidos los que brotaban del instrumento, sino suspiros, sollozos, lamentos desgarradores que se agolpaban bajo el arco palpitante. No pude soportar mucho tiempo aquella música desesperada que me desgarraba el alma. Lancé un grito, salté de la cama, y fuí á caer en brazos de mi padre. Metió el violín en su caja, y me dijo:

—Ya es hora de marchar; ven, Netotchka.

Hice á escape un lío con mis pobres ropas. Él se metió en los bolsillos cuantos objetos menudos halló á mano. Tenía el aspecto de un loco, y no podía mirarle sin temblar. Cuando todo estuvo dispuesto, le dije:

—¿Y mamá, papaíto? ¿No nos llevamos á mamá?

—Ven á despedirte: está muerta.

Aquella revelación me heló de terror, aunque ya tuviese como un sordo presentimiento.

Me acerqué á mi madre: estaba ya fría y tenía el rostro azulado. El espanto me impedía pronunciar una palabra; sin embargo, hubiese querido gritar.

—Vámonos, papá, vámonos.

Me cogió de la mano, y llegamos á la puerta; pero se detuvo.

—Ven á rezar por tu madre—me dijo con voz grave.

Me arrodillé al pie de las imágenes, pero no podía rezar: estaba transida de miedo.

—Vámonos ya—dijo al fin.

De repente, volvió á acordarse de algo; no hacía más que pasarse la mano por la frente. Abrió el cajón de la cómoda, cogió el dinero que quedaba y me lo deslizó por el corsé, á raíz de la carne; el frío del metal me estremeció.

Bajamos la escalera para no volver. Al pasar por la portería, mi padre casi iba corriendo por miedo de que le interrogasen sobre aquella salida nocturna. Una vez afuera, echó á andar tan de prisa que me costaba trabajo seguirle; tuve que agarrarme á él para no quedarme atrás. A la media hora de aquella peligrosa carrera nos paramos en el muelle del canal, y mi padre se sentó en el parapeto.

—Papaíto—le dije,—no está bien haber dejado sola á mamá. Hay que volver para que la vele alguien.

—Tienes razón, Netotchka: corre pronto; te esperaré aquí. Hay luz, y no tendrás miedo. Vuelve después.

—Sí, papá, espérame.

Nevaba, y me asustaba ir sola de noche; sobre todo, encontrarme con la pobre muerta. Pero era preciso; no podía abandonar de aquella manera á mi madre: era un sacrilegio.

¡Y hacía tánto frío afuera, tánto frío! Bien lo había sentido, á pesar de lo rápido de nuestra marcha.

Dirigí á mi padre una postrera mirada suplicante y crucé el arroyo. Al poner el pie en la acera de enfrente, me volví para ver á mi padre... Ya no estaba allí; corría en dirección

opuesta. Dí un grito, y me lancé en su persecución. Lloraba, le llamaba á voces, sin que quisiera pararse y responderme.

—Papaíto—exclamaba,—papaíto: si no quieres ya que siga á tu lado, me iré con mamá; pero bésame por última vez... Me prometiste tánto llevarme contigo, y que iríamos á una hermosa casa... ¡Papaíto!...

Estaba anhelosa, me ahogaba y mis piernas flaqueaban. Él estaba lejos, tan lejos que desesperaba de alcanzarle. Dobló la esquina de una calle. Hice un último esfuerzo, y reanudé mi carrera. A la mitad de la calle tropecé con una piedra, resbalé y caí en la nieve. Me inundó un sudor frío; sentí un dolor agudo en la sien izquierda, y corrió por mi rostro un líquido caliente. Sin fuerzas ya por el sufrimiento, perdí el sentido...

Al abrir los ojos, vi delante al príncipe, tu padre, que me recogió en la puerta del palacio y me trajo aquí. Poco después te conocí, Katia; te quise, y ahí tienes toda mi historia.

—Pobre querida, pobre huérfana—me dijo Katia, estrechándome en sus brazos y cubriéndome de lágrimas y besos.

—¿Y qué fué de Efimoff?

—A los dos días le encontraron loco, corriendo por los campos. Le encerraron en un manicomio, en donde murió casi en seguida.

Katia estaba sumamente emocionada.

—¡Qué mala eres! ¿Por qué no me has contado antes todo eso? ¡Te hubiera querido tánto! ¡Te hubiera querido tánto, mi pobre Netotchka! ¿De manera que tú ibas á hacer las compras?

—Sí; y á veces me pegaban los chicos para quitarme el dinero.

—¡Oh, qué malos! Si encuentro alguna vez á uno de ellos, le pegaré con el látigo de Falstaff.

Sus ojos llameaban de indignación.

Así transcurrió aquel día y el siguiente. Creía morir de

gozo. Me ahogaba de felicidad. Pero esta felicidad no debía durar.

La señora Leotard tenía orden de contar todo lo que hacíamos á la princesa. Nos observó durante tres días, y aquel tiempo le bastó para acumular pruebas.

Fué á ver á la princesa; la contó que vivíamos en una especie de fiebre, que no nos separábamos nunca, que nos besábamos á cada instante, que llorábamos y reíamos como locas, que siempre estábamos charlando, cosa que antes no sucedía nunca.

La señora Leotard no sabía á qué atribuir aquel cambio; pero se le antojaba que la princesita se encontraba en un estado de crisis, y que sería preferible dejarnos menos á menudo juntas.

—Ya lo temía yo desde hace mucho tiempo—respondió la princesa.—Harto sabía que esa niña nos daría que sentir. Ejerce evidente influencia sobre Katia. Dice usted que mi hija la quiere mucho.

—Extraordinariamente.

La princesa, despechada y celosa ya de mí, se sofocó.

—Eso no es natural—replicó.—Al principio eran completamente indiferentes una á otra. Y le confieso que me alegraba de ello. A pesar de sus años, no puedo garantizar nada respecto á esa niña. Puede haber adquirido malos principios en el pecho de su madre. He propuesto mil veces al príncipe alejarla, poniéndola en un colegio. Hoy no esperaré más; es preciso que se vaya, es necesario.

XVIII

Decidióse la separación.

En vano quiso defenderme la señora Leotard.

Advirtiéronle á Katia que no me volvería á ver de allí á ocho días. Supe esta noticia por la noche, y quedé anonadada.

Me parecía que Katia, después de lo ocurrido entre nosotras, no podría soportar aquella separación.

El príncipe, que vino á verme al día siguiente, trató de consolarme con esperanzas; pero todo había concluído para nosotras. La princesa era inquebrantable en su resolución.

Encontrábame así sumida en mi dolor, cuando á los dos días recibí un billete de Katia por mediación de la doncella. «Te quiero mucho—me escribía,—y no pienso sino en el medio de volver á tu lado. No llores, querida mía, y escríbeme cuánto me quieres. He soñado contigo, Netotchka; te envío bombones y besos. Adiós...»

Contesté á Katia en el mismo estilo, y lloré todo el día sobre el billete que le destinaba.

La señora Leotard me colmaba de atenciones y se arrepentía de lo que dijera. Pero nada podía consolarme, y á cada instante interrogaba á Nastia, nuestra doncella, sobre todo lo que hacía mi amiga.

Una mañana supe que el príncipe me esperaba en su gabinete.

Acudí, temblando de alegría y de emoción. El príncipe no estaba solo. Katia se arrojó en mis brazos en cuanto abrí la puerta. Después, saltando sobre las rodillas de su padre, le cubrió de caricias, y tan locamente, que ambos rodaron en el diván.

—¡Loquilla!—dijo el príncipe.

—¡Qué bueno eres, papaíto!—exclamó Katia.

—Pero ¿de dónde te ha entrado, queridita, un cariño tan loco y tan repentino?

—¡Ah! cállate, papá; no conoces nuestros asuntos.

Diciendo esto, nos abrazamos llorando.

Katia había adelgazado mucho durante aquellos tres días. La observaba ansiosa: sus colores habían desaparecido; estaba tan pálida, que por fin no pudo contener sus sollozos.

De repente, Nastia llamó á la puerta. Venía á buscar á Katia de parte de su madre.

Katia se puso pálida como una muerta, ante la idea de dejarme.

El príncipe parecía igualmente contrariado.

—Hasta otro rato, hijas mías; nos encontraremos aquí todos los días; que Dios os bendiga.

Y salió.

¡Ay! Ni siquiera debíamos conservar esa alegría.

El príncipe hubo de partir repentinamente, llamado á Moscú para ver á su hijo, el pequeño Sacha, gravemente enfermo.

El día siguiente fué un día de lágrimas, un día de despedidas.

Siendo irremisible la marcha de la familia, se nos permitió que nos despidiéramos á Katia y á mí.

El coche esperaba en la puerta. Yo estaba loca de dolor, y Katia muy abatida.

Comprendía que de nuevo se iba algo que había amado; que algo de mi corazón se alejaba de mí; que mi vida continuaría siempre así, sin esperanza, sin afectos, y las lágrimas me sofocaban. Katia sentía lo mismo que yo; pero, más nerviosa tal vez, no podía llorar. Se la llevaron desvanecida.

Yo iba á su lado, sin saber lo que pensaba, llenándola de besos y de lágrimas.

De repente abrió los ojos y me dijo:

—No llores, Netotchka mía; no te atormentes por mí: volveré dentro de un mes, y entonces no nos separaremos nunca... ¡Adiós!...

Se reía de una manera rara al decir eso.

La princesa iba á nuestro lado; aquella escena la molestaba y la irritaba.

—Basta—dijo por fin.—Vamos, Netotchka.

Y se llevó á su hija.

Katia se escapó de sus brazos y volvió á mí.

—Tú eres mi vida — exclamó palpitante. — Eres mi vida. Hasta la vista, Netotchka, hasta la vista.

Nos abrazamos por última vez, y marchó.

Se marchó para mucho tiempo. Llevóse con ella todo el hermoso sueño de mi desgraciada infancia; se llevó la mitad de mi alma, y nunca tal vez lo supo...

XIX

Así, pues, Katia se había marchado. Tenía que permanecer en adelante más sola y más huérfana que nunca.

Penetraba á mi pesar en otra existencia, y, como un esquife balanceado por las aguas, seguía la ola que quería llevarme.

Fué un gran acontecimiento para mí la marcha de la familia del príncipe á Moscú.

Me quedé sola con la señora Leotard. A los quince días recibimos la noticia de que el regreso de la familia se aplazaba para una época indeterminada. La institutriz, por razones particulares, no podía ir á Moscú. El príncipe, que la estimaba, escribió á su hija mayor, Alejandra Mikailowna, que nos recibiera á las dos en su casa: no he hablado todavía de Alejandra Mikailowna, porque hasta entonces no tuve ocasión de verla sino una sola vez. Era una hija del primer matrimonio de la princesa, que estuvo primeramente casada con un contratista de obras. Antes de unirse en segundas nupcias con el príncipe quiso colocar á su hija, lo que no era fácil por deficiencia de la dote. Por fin, después de cuatro años de impacientes pesquisas, encontró para su hija un marido de más edad que ella, pero rico y con título.

En los primeros tiempos de aquella unión, la princesa iba á ver á su hija dos veces al año; el príncipe iba una vez á la semana, con Katia. Pero pronto desagradó á la princesa que Katia viese á su hermana tan á menudo, lo que obligó al príncipe á llevarla á escondidas. Katia adoraba á su hermana, aunque sus caracteres fuesen todo lo diferentes posible. Alejandra Mikailowna tenía á la sazón veintidós años; era dulce, tierna

y amable; adivinábase en seguida en ella una tristeza oculta; sus encantadoras facciones estaban revestidas de una expresión grave y atractiva, que acusaba un sufrimiento íntimo. Lo serio no convenía á su rostro de ángel, como no conviene el luto á un niño. No se podía mirarla sin sentir por ella una profunda simpatía. Siempre estaba pálida y predispuesta á la tisis. Habiendo vivido mucho tiempo en la soledad, no gustaba de la sociedad.

Me acuerdo de su amable acogida cuando llegué á su casa con la señora Leotard. Vino á mí y me besó con gran ternura; después me cogió en sus brazos y me preguntó si quería vivir en su casa y con su hija. Vi desde luego en ella á la hermana de mi Katia: mi corazón se emocionó y la abracé con dolor. Me parecía oir una vez más la palabra «¡huérfana!»

Alejandra Mikailowna me enseñó la carta del príncipe que nos recomendaba á ella. Mi protector me deseaba una vida feliz y me pedía que quisiera á su hija mayor, que sería buena conmigo. Katia me escribía también algunas líneas para anunciarme que no se separaba de su madre.

He aquí cómo entré en una nueva familia, en una nueva casa, separándome por segunda vez de todo lo que me era grato, de todo lo que pasó á ser mío. Llegaba con el alma desgarrada y cansada ya de la vida.

Mi nueva existencia se deslizó tranquila y sin incidentes, como en un convento. Viví en casa de mis protectores más de ocho años, y no recuerdo, durante todo aquel tiempo, ni una sola velada, ni una comida, ni una reunión de parientes ó amigos. Acudían algunas veces dos ó tres personas, entre otras el músico Buvarov, y algunos individuos que tenían negocios con el marido de Alejandra Mikailowna; absorbíanle á éste sus asuntos y consagraba muy poco tiempo á su familia; numerosas relaciones que no podía descuidar le obligaban á frecuentar la sociedad. Se hablaba mucho de su ambición, pero tenía, sin embargo, fama de ser un hombre serio; ocupaba una posición bastante elevada; la suerte y la fortuna no le eran

contrarias: por manera que la opinión pública le era favorable. Ocupábanse mucho de él y muy poco de su mujer, que vivía en una profunda soledad, cosa que parecía satisfacerla.

Me quería como á una hija; y yo, entristecida aún, angustiado el corazón por la separación de Katia, me arrojaba en sus brazos, que se abrían para consolarme. Después la he querido siempre como una madre, una hermana y una amiga.

Pronto observé que, á pesar de las apariencias, se hallaba lejos de ser feliz. El tranquilo curso de su existencia era como una capa de nieve que recubre un volcán casi extinguido. Hasta su dulce sonrisa no disimulaba bastante la pena que torturaba su alma.

Adiviné un pesar profundamente oculto y disimulado, y la quise más todavía.

Parecía, por lo demás, que desconfiaba de sí misma y vigilaba cuidadosamente á su corazón. A veces, en los momentos mismos en que aparecía completamente tranquila y serena, las lágrimas brotaban de sus ojos. Se hubiese dicho que se despertaba en ella, para torturarla, la conciencia de algo.

Su marido parecía adorarla, y la colmaba de atenciones; también ella le demostraba afecto; sin embargo, una niña como yo podía comprender que había hielo entre aquellos dos corazones, y que ningún rayo de sol lo fundiría nunca.

Desde el primer momento no quise al marido de Alejandra Mikailowna. Era un hombre alto, delgado, frío, con los ojos ocultos por gafas azules, y como de intento.

Era poco comunicativo y hasta severo con su mujer; tenía siempre el aspecto glacial de un inglés. Pocas veces encontraba un asunto de conversación. La sociedad le era á veces insoportable.

No me prestaba atención alguna; y cuando nos encontrábamos reunidos los tres en el salón, me encontraba molesta y procuraba ocultarme.

Cuando dirigía una mirada á Alejandra Mikailowna, la veía que observaba ansiosamente los gestos y actitudes de su ma-

rido, temiendo siempre desagradarle, y acechando en sus palabras alusiones que yo no podía comprender.

Empleaba toda su gracia y toda su voluntad en agradar á aquel hombre, y, por adelantado, desesperaba de conseguirlo. Más que á halagarle en lo que hacía, trataba de mendigar su aprobación. Se regocijaba de la menor sonrisa que lograba arrancar á aquella naturaleza apática y fría; pero esa misma alegría no era completa, y no llegaba á disipar la violencia y la tristeza que entre ambos había. Únicamente cuando la dejaba su marido se mostraba contenta y amable. Hablaba conmigo de todo, como con una amiga. A veces hablábamos de él; pero nuestra conversación se limitaba á las preguntas que tenía á bien hacerme sobre el particular: «¿Me dijo esto ó lo otro? ¿Parecía satisfecho?»; y nada más.

Interrogaba también á los criados, preguntándoles en dónde había estado él durante el día, si se había quejado de algo.

Tal afecto me sorprendía profundamente. Yo no era más que una niña; pero comprendía, sin embargo, y muy claramente, que las cosas no debían ser así entre marido y mujer. Me perdía en conjeturas; y concluyendo por no explicarme nada, dejaba transcurrir los días y me habituaba á la solemne tristeza que imperaba en la casa.

Apenas si se deslizaban algunos rayos alegres en aquella vida monótona.

A veces, Peter Alejandrowitch se mostraba más atento que de costumbre con Alejandra Mikailowna: respondía á sus amabilidades con una sonrisa ó una palabra cariñosa, y la rogaba que se sentara al piano; entonces ella tocaba algo alegre, que animaba la velada de invierno.

Pero esto sucedía pocas veces; nuestra vida casi monástica se deslizaba uniforme, sin un solo acontecimiento. Concluí por habituarme y hasta encontrar en ella algún encanto.

Crecía y me desarrollaba; despertábanse en mí nuevas sensaciones que me distraían de mis preocupaciones. Además, quería mucho á la joven, y por discreción no me atrevía á pro-

fundizar demasiado en la razón de su pesar eterno. Ella adivinaba mi afección y se mostraba agradecida. Cuando leía una viva inquietud en mi rostro, me sonreía al través de sus lágrimas, y bromeaba ella misma sobre su tristeza, ó bien quería convencerme de que vivía feliz y contenta, que le satisfacían mucho la bondad y el cariño que la demostraban, que únicamente las incomodidades de Peter Alejandrowitch la apenaban, y que, aparte de esto, era feliz, ¡muy feliz!...

Sin embargo, cuando pronunciaba estas últimas palabras no podía impedir que brotasen de sus ojos ardientes lágrimas.

XX

Alejandra Mikailowna me profesaba, pues, un particular afecto, y gustaba de compartir conmigo su soledad. Me consagraba todos los ratos que la dejaba su hijo, un pequeñín de apenas un año.

Se la ocurrió, tal vez para distraerse, completar mi educación, y sin temer la competencia de la señora Leotard, que se sonreía un poco de los esfuerzos de aquélla.

Quería, en efecto, enseñarme todas las ciencias á un tiempo: de suerte que yo no comprendía nada y ella misma se perdía en sus explicaciones. A la señora Leotard le parecía insuficiente el método, y que los rudimentos dejaban que desear; pero se suplía todo con una buena voluntad muy grande, y también con mucho de mutua afección.

A mi protectora le preocupaba poco la pedagogía; había observado solamente que para instruirme bastaba comprender mi género de espíritu y solicitar mi atención: tenía razón, y los hechos lo demostraron pronto.

Desde el principio las relaciones jerárquicas de alumna á maestra desaparecieron. Aprendíamos como dos amigas; á menudo parecía que era yo la que enseñaba á Alejandra Mikailowna, y no me daba cuenta de la estratagema. Por ejemplo, se

suscitaba una discusión entre nosotras, y tenía yo que probar la justicia de mi opinión, lo que me esforzaba en hacer, y guiada, sin notarlo, por Alejandra Mikailowna. Y cuando, por fin, comprendía, adivinaba al mismo tiempo la superchería de mi maestra. Apreciaba también el sacrificio que me hacía de una gran parte del tiempo. La abrazaba después de cada lección. Mi excesiva sensibilidad la asombraba y la conmovía. Me interrogaba curiosamente sobre mi pasado, deseosa de oírmelo contar; cuando terminaba mi relato se mostraba más tierna y más seria—más seria, porque mi desgraciada infancia le inspiraba piedad y al mismo tiempo una especie de respeto. Seguían largas conversaciones á estas confidencias, que veía entonces bajo un nuevo aspecto y de las que sacaba una enseñanza para el porvenir.

La señora Leotard juzgaba que estas conversaciones eran demasiado graves, y al ver las lágrimas que brotaban de mis ojos, las encontraba fuera de lugar. No era yo de su parecer.

Al final de cada lección me sentía ligera y enternecida, como si mi existencia hubiera sido siempre perfectamente feliz. Además estaba reconocida á Alejandra Mikailowna, á la que quería cada vez más.

Desde por la mañana nos encontrábamos en el cuarto del niño, le vestíamos, le entreteníamos enseñándole á hablar, y me gustaba mucho darle de comer y jugar con él á la madrecita.

Entre el estudio, el paseo, las conversaciones, la música, se pasaba el resto del día, y los meses se deslizaban sin un acontecimiento.

XXI

Un día el músico Buvarov, que era amigo de la casa, vino á pasar la velada. Se habló de música, arte, artistas; cosas todas que me recordaban á mi padre y tenían un doble interés para mí.

Yo era ya una joven, y me daban lecciones profesores conocidos, porque querían hacer de mí una mujer muy instruída. Me aplicaba todo lo posible; pero prefería á todas las lecciones las de Alejandra Mikailowna.

Recuerdo también que me pusieron un profesor de Historia; pero en cuanto se marchaba nos dedicábamos juntas á la Historia á nuestra manera. Leíamos mucho, y á veces hasta media noche, ó por mejor decir, Alejandra Mikailowna leía, porque era al mismo tiempo profesora y lectora. Me entusiasmaban aquellas narraciones. Nos animábamos ambas como si hubiéramos sido las heroínas. Cierto es que leíamos más entre líneas que en el texto; y, además, Alejandra Mikailowna leía tan bien, que parecía haber asistido á los acontecimientos.

Tal vez parecerá ridícula esta pasión de la lectura, que nos tenía despiertas hasta tan tarde. Pero yo no era más que una niña, y ella un corazón entristecido, que difícilmente soportaba el peso de la vida. Sabía que encontraba en mi compañía una especie de alivio. A veces la contemplaba con aire pensativo. Adivinaba la vida antes de empezar á vivir yo misma.

Así cumplí mis trece años.

La dolencia de Alejandra Mikailowna empeoraba de día en día. Se irritaba más fácilmente; sus crisis de desesperación se hacían más violentas; las visitas de su marido se multiplicaban, y permanecía á su lado más silencioso y sombrío que nunca. El porvenir de la joven me inquietaba vivamente. Yo no era ya una niña; observaba y adivinaba muchas cosas; sin embargo, el misterio que flotaba en aquella casa me obsesionaba, sin que pudiera descubrirle. En ciertos momentos creía comprender, otras veces permanecía indiferente, apática, hasta irritada, y olvidaba mi curiosidad, no pudiendo hallar la solución de los problemas que me planteara. Ocurríame frecuentemente, sobre todo, experimentar una imperiosa necesidad de estar sola, á fin de pensar, ¡de pensar siempre!...

Estos momentos me recordaban el tiempo en que en casa de mis padres, antes de encariñarme con mi padrastro, medité

durante todo un año, sin casi pronunciar una palabra, hasta el punto que llegué á ser completamente salvaje en medio de los fantasmas salidos de mi imaginación. La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impaciencias, en mis angustias, en mis inconscientes arranques, en mi sed de movimiento, que me hacían más difícil que antes la concentración de mis ideas.

Por su parte, la joven parecía evitarme. A mi edad ya no podía ser por completo una niña para ella. La interrogaba demasiado y la miraba á veces de una manera tal que se veía obligada á bajar los ojos. Teníamos momentos raros. Sentía que me convertía en una carga para ella. Otras veces—y entonces era muy triste y muy penoso,—en un arranque de desesperación, me abrazaba y trataba de interesarme en su suerte. No podía soportar su aislamiento, y parecía creer que la comprendería y que sufriríamos juntas.

Pero, con todo, el misterio subsistía entre nosotras, lo sentía y me alejaba de ella. Su presencia me era á veces intolerable.

Después, aparte la música, pocas cosas nos reunían. El médico le prohibió que tocase el piano. ¿Leer? Cada día le era más difícil, porque no sabía qué elegirme. No hubiésemos pasado de la primera página; cada palabra hubiera sido una alusión; cada frase insignificante, un problema. Huíamos ambas de aquellas conversaciones ardientes.

Por aquella época, mi estado moral sufrió una ruda sacudida, y tomó al fin una dirección algo más determinada.

He aquí cómo:

XXII

El comedor tenía tres puertas. Daba una á la sala, la segunda á mi cuarto y al del niño, la tercera á la biblioteca. La biblioteca, á su vez, tenía una salida por la que se entraba en un gabinete de trabajo próximo á mi cuarto. Un secretario de

Peter Alejandrowitch, que era al mismo tiempo su copista, ocupaba habitualmente aquella habitación, en la que estaban las llaves de los armarios y de la biblioteca. Un día, después de comer, encontré en el suelo la llave de la biblioteca: la curiosidad se apodero de mí: abrí y entré.

Era una habitación bastante grande, muy clara, con grandes armarios de cristales, llenos de libros. La mayor parte correspondían por herencia á Peter Alejandrowitch. La otra parte se componía de libros comprados por Alejandra Mikailowna.

Hasta entonces no habían puesto en mis manos sino libros escogidos con mucho esmero. Por esto, presa de una curiosidad irresistible, temblando de miedo y de alegría, abrí el primer armario y cogí el primer libro que tuve á mano: era una novela.

De vuelta á mi cuarto, me encerré, pero no pude leer: me preocupaba otra cosa: necesitaba encontrar el medio de disponer de la biblioteca sin que nadie se enterase. Dejé la lectura para un momento más propicio, volví á poner el libro en su sitio y guardé la llave.

¡La guardé! Era la primera mala acción en mi vida. Esperé los acontecimientos. Todo sucedió de la mejor manera posible. El secretario, después de haber buscado la llave en vano, se decidió á encargar otra á un cerrajero. El incidente no tuvo otras consecuencias, y no tardó en quedar olvidado.

Tuve la precaución de no ir á la biblioteca hasta ocho días después, luego de asegurarme que no se sospechaba nada, y durante una ausencia del secretario.

Desde entonces me entregué á la lectura con furor: fué una pasión. Todas mis aspiraciones, todos los impulsos de mi adolescencia que había desarrollado con exceso mi espíritu, tomaron esa nueva dirección, que me pareció por mucho tiempo la verdadera salida de mi situación.

Pronto quedé tan fascinada, mi fantasía se extendió tánto, que parecí olvidar el mundo exterior.

La suerte parecía detenerme en el umbral de la nueva vida que tánto deseaba penetrar y con la que noche y día soñaba. Pero antes de dejarme tomar aquella senda desconocida, mi destino me había llevado hasta una altura desde la que me mostraba, en un mágico panorama, en una perspectiva atrayente y luminosa, todo mi porvenir. Debía vivir aquel porvenir después de haberle aprendido por los libros y percibido en mis sueños, en mis esperanzas, en mis ímpetus apasionados, en las dulces emociones de mi tierna alma.

Leí al azar. El azar me sirvió bien en cuanto á los dos primeros volúmenes; además, mi existencia había sido tan noble, tan austera, que no podía ser solicitada por una lectura malsana. Mi instinto de niña, mi juventud y todo mi pasado me preservaban. La conciencia me había iluminado como de un solo golpe toda la vida. En efecto, casi todas las páginas me parecían ya como leídas. ¿Y cómo no llegar hasta el olvido del presente, aislada como estaba en cierto modo de la realidad? ¿Cuando delante de mí, en cada libro, se encarnaban las leyes del mismo destino—el mismo espíritu de aventuras que flota sobre la vida de los hombres? Trataba de adivinar con todas mis fuerzas y con todas las facultades excitadas de mi imaginación la ley que sospechaba.

De día en día se fortificaba la esperanza en mi alma y se hacían más violentos mis anhelos hacia lo porvenir. Quería vivir aquella vida que descubría en mis lecturas y que se me presentaba revestida con todos los esplendores del arte, con todas las deducciones de la poesía. Pero, como ya lo he dicho, mi imaginación tenía demasiado poder sobre mi impaciencia; yo no era animosa sino en mis sueños, y, en realidad, el porvenir me aterraba. De acuerdo tácito con mi conciencia, decidí que tenía que contentarme con la descripción de aquellas hermosas quimeras, hasta el día en que pudiera realizarlas en aquel mundo falso y novelesco en donde no entreveía sino goces y sublimidades; en él, la desgracia, cuando la admitía, no desempeñaba más que un papel pasivo, pasajero y necesario

para formar gratos contrastes, para producir cambios súbitos de destinos evolucionando hacia los desenlaces felices, en donde paraban invariablemente todas aquellas historias.

¡Y aquella vida de ensueño, que me aislaba por completo de cuanto me rodeaba, duró tres años!

Y aquella vida era mi misterio. Cuando terminó, ignoraba aún si debía ó no temer el revelarla. ¡Fué tan interior, tan personal mi existencia durante aquellos tres años!

Mi yo se reflejaba tan exclusivamente en todos aquellos sueños, que me confundía y asustaba la idea de una mirada extraña que hubiese penetrado en mi alma. Por lo demás, todo el mundo en la casa vivía aislado, aparte de los otros, en un recogimiento monacal.

Durante aquellos tres años nada se movió, nada se modificó en torno mío. Una triste uniformidad reinaba como antes sobre nosotros. Creo que si no hubiera podido librarme de aquel círculo de cansancio y de pesar por mi actividad intelectual, el disgusto y la desesperación me hubieran tal vez lanzado por una senda fatal.

La señora Leotard envejecía; no salía ya de su cuarto. Los niños eran demasiado pequeños para interesarme. El marido de Alejandra Mikailowna, siempre el mismo, severo y reservado, me helaba de espanto. El misterioso abismo que le separaba de su mujer era cada vez más terrible, más infranqueable. Alejandra Mikailowna languidecía como una planta tronchada; se consumía sin causa aparente, como por un espantoso remordimiento, cuya causa me torturaba en adivinar.

Una cosa me llamaba sobre todo la atención: cuanto más crecía yo en edad, más se alejaba ella de mí, y su disimulo se delataba por impaciencias nerviosas que me hacían sufrir. Parecía en ciertos días, en ciertos momentos, que no me quería nada, y que mi presencia le era importuna.

He dicho que yo también empecé á alejarme de ella; en cuanto lo hice me puse sombría y taciturna, como todos los moradores de la casa. He aquí por qué todo lo que viví duran-

te aquellos tres años, todo lo que se desarrolló en mí á consecuencia de mis sueños, de mis estudios, de mis esperanzas, de mis arrebatos apasionados, todo aquello no lo confiaba á nadie.

Los sufrimientos de Alejandra Mikailowna me la hacían querer cada vez más, y, sin embargo, no nos acercamos nunca por completo. No puedo ahora recordar sin lágrimas lo mucho que me quería ella, y los esfuerzos que necesitó para continuar hasta el fin el papel de madre que se había impuesto para la pobre huérfana. Cierto es que su propia desgracia la llevaba á menudo muy lejos de mí; parecía olvidarme cuanto más me alejaba de ella. De suerte que cumplí los diez y seis años sin que nadie se diera cuenta. En sus momentos de conciencia y de lucidez, Alejandra Mikailowna se ocupaba de repente de mí. Me apartaba bruscamente de mis lecciones, de mis ocupaciones, me abrumaba á preguntas como si hubiera querido confesarme; no me dejaba durante días, tratando de adivinar todas mis inclinaciones, todos mis deseos. Pero se había ya deshabituado mucho de mí, y como ella obraba á menudo con ingenuidad, me percataba demasiado de que su solicitud era anormal é inconstante. Por ejemplo (y esto ocurrió hacia mis diez y seis años), revisando un día mis libros para ver lo que leía, se asustó mucho al encontrarse con que no había salido yo aún de las lecturas de la infancia. Adiviné lo que pensaba, y la observé atentamente. Durante quince días me interrogó, me sondó para darse cuenta de mi grado de desarrollo y de mis necesidades intelectuales. Por fin se decidió, y en mi mesa apareció *Ivanhoé*, de Walter Scott, libro que yo había leído ya hacía mucho tiempo, y releído quizás dos veces. Al principio, con temerosa espera, siguió mis impresiones: se hubiera dicho que las pesaba, como si las hubiera temido. Hubo por fin una expansión en nuestras relaciones. Nos volvimos á encontrar entusiasmadas una de otra, y yo me alegré tánto, que no tuve fuerzas para ocultarme de ella. Al final de la lectura de la novela estaba ella encantada conmigo. Todas mis observacio-

nes le parecían justas; todas mis opiniones, sensatas. Creía que yo estaba muy adelantada para mi edad. Muy satisfecha, se puso á vigilar mi educación; hubiera querido no volver á separarse de mí; pero, desgraciadamente, la cosa no dependía de ella. Una recaída en su enfermedad nos separó de nuevo; siguió una crisis de desesperación, que hizo que renaciera la desconfianza, y tal vez endureció su corazón.

Sin embargo, aun durante aquel período, tuvimos algunos buenos momentos: las lecturas, algunas palabras afectuosas, la música, nos aproximaban todavía, y á menudo nos hacían olvidar; nos confesábamos una á otra, *ex abundantia cordis;* después, de repente, nos sentíamos mutuamente frías tras las más íntimas expansiones.

Un día, al atardecer, leía distraídamente en el gabinete de Alejandra Mikailowna. Estaba ella al piano é improvisaba sobre uno de sus temas italianos favoritos. Cuando llegó á un motivo melódico que me era conocido, arrastrada por el canto que iba á mi corazón, me puse tímidamente á tararearlo. Al poco rato, animada, me levanté y me acerqué al piano. Alejandra Mikailowna, como si me hubiese adivinado, dejó de tocar para ella y se puso, con afectuosa atención, á seguir las notas que yo daba. Parecía asombrada de la extensión de mi voz. Hasta entonces no había cantado nunca delante de ella, y ni siquiera sabía si tenía lo que se llama voz; me animé, reforcé cada vez más el tono; mi energía, mi pasión estaban sobrexcitadas por la grata sorpresa de Alejandra Mikailowna, sorpresa que sentía yo en la manera de atacar cada acorde. Por fin concluí el trozo con tanto vigor, que me cogió por un brazo y me miró con transporte.

—¡Anetta! Tienes una voz maravillosa—exclamó.—¡Dios mío! ¿cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

—Pues si yo misma me acabo de enterar ahora—dije.

—Da gracias á Dios, hija mía. Da gracias por ese dón. ¿Quién sabe?... ¡Ah, Dios mío!

Estaba tan conmovida por aquel descubrimiento y tan ale-

gre, que no sabía qué decirme ni cómo acariciarme. Aquella gran alegría tomó hasta las proporciones de una especie de fiesta. Se envió en busca de Buvarov. Mientras tanto, abrimos al azar otro cuaderno de música que conocía mejor, y empecé á cantar una pieza. Esta vez la timidez me hacía temblar: temía destruir con un fracaso la primera impresión que había producido. Pero pronto mi voz me alentó y me sostuvo. Yo misma estaba asombrada de su fuerza y extensión. Esta segunda experiencia disipó todas las dudas. En su exaltación y su impaciencia, Alejandra Mikailowna envió á buscar á sus hijas y á sus doncellas; fué ella misma á ver á su marido, y le hizo salir de su gabinete, cosa que en cualquiera otra ocasión no se hubiera atrevido á juzgar punible. Peter Alejandrowitch recibió la noticia con benevolencia; me felicitó y dijo que era preciso hacerme trabajar. Alejandra Mikailowna, llena de reconocimiento como si su marido le hiciese un gran sacrificio, le besó las manos.

Por fin llegó Buvarov. El artista se mostró muy contento. Me quería mucho. Se acordaba de mi padre, de mi pasado; cuando hube cantado delante de él, declaró con tono serio, grave, hasta misterioso, que mis facultades eran admirables, que tenía ya gusto y que debía dedicarme al estudio. Inmediatamente después, pensando que podía ser peligroso alabarme mucho al principio, ambos parecieron arrepentirse de lo que habían dicho; se hicieron signos de inteligencia, y toda la conversación que siguió, dirigida contra mi amor propio, fué singularmente torpe y cándida. Me reía para dentro al verles, después de cada nueva melodía, esforzarse en disimular sus impresiones y en hallar observaciones sobre mis defectos, que exageraban deliberadamente. Pero no pudieron sostener mucho tiempo su papel. Buvarov fué el primero en delatarse, y su satisfacción le humanizó á su pesar. Nunca hubiera yo sospechado que me quisiese tánto. La conversación fué muy agradable durante toda la velada. Buvarov nos contó varias anécdotas sobre cantantes y actores célebres; sus

relatos tenían la vehemencia particular de los artistas cuando hablan de maestros venerados.

Después de haber evocado el recuerdo de mi padre, se habló de mí, de mi infancia, del príncipe, de toda su familia, de la que no tenía yo noticia alguna desde nuestra separación; tampoco Alejandra Mikailowna. Buvarov, que había ido varias veces á Moscou, pudo informarnos. Aquí, la conversación tomó un giro misterioso, y dos ó tres circunstancias que afectaban al príncipe fueron para mí letra muerta. La joven interrogó al gran músico sobre Katia; pero no sabía nada de la niña, ó no quiso decirlo. Esto me sorprendió. No había olvidado yo á Katia; mi cariño hacia ella no se había debilitado, y ni siquiera se me había ocurrido una sola vez que se hubiese podido producir ningún cambio en ella. No tenía en cuenta ni nuestra separación, ni los muchos años transcurridos desde entonces sin cambiar una sola noticia, ni la diferencia de nuestros caracteres y nuestra educación: la quería como antes. En mis sueños fantásticos nos paseábamos juntas, del brazo; me figuraba ser la heroína de cada una de mis novelas, y colocaba siempre á mi lado á mi amiga la princesita.

El consejo de familia decidió que se me diera un profesor de canto. Buvarov nos recomendó al más conocido y mejor. Al día siguiente el italiano D... se presentó, me examinó y se mostró tan entusiasmado como el ilustre músico. Después de pensarlo, estimó que me convendría más ir á dar las lecciones á su casa con sus otras alumnas, porque el sentimiento de la emulación me haría progresar más rápidamente, y encontraría en su casa todo lo necesario para mis estudios. Alejandra Mikailowna consintió, y empecé á ir al Conservatorio tres veces á la semana, acompañada de una doncella.

Por la misma época se produjo un acontecimiento que me impresionó mucho y señaló mi entrada en la adolescencia.

Tenía por entonces diez y seis años cumplidos. Invadióme una indefinible apatía: era la reacción natural de los fogosos ímpetus que precedieron al período aquel. Era constantemen-

te presa de una especie de calma angustiosa completamente insoportable.

Mis ilusiones caían una á una, no precipitadas por las circunstancias, sino porque perdía la fuerza de exaltación capaz de sostenerlas. Una fría indiferencia reemplazaba á mis antiguos entusiasmos de niña inexperimentada. Mi arte mismo, al que tánto quería y al que todo el mundo hizo tan buena acogida, no tenía ya para mí tan poderosos atractivos. Nada me interesaba ya; hasta tal punto, que la misma Alejandra Mikailowna me inspiraba tedio y me molestaba. Desesperaciones repentinas, crisis de lágrimas rompían á veces la monotonía de aquel estado intolerable. Buscaba la soledad. En tan crítico momento, una casualidad desencadenó en mi alma una verdadera tempestad, haciendo que la vaga inquietud se convirtiera en honda conmoción. Mi corazón quedó desconcertado.

DOSTOIEWSKY

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Una novela contra la guerra. *¡Abajo las armas!*, por Berta de Suttner. Traducción española publicada por la *Biblioteca de Novelistas del siglo XX*.

Habiendo tenido mediano éxito con la novela española, la *Biblioteca de Novelistas del siglo XX* quiere probar fortuna con la extranjera. Empieza publicando una obra célebre... fuera de España: *¡Abajo las armas!*, por la baronesa Berta de Suttner, novela que ha obtenido en 1905 la parte del premio Nobel dedicada á recompensar el más eficaz y acertado esfuerzo en favor de la paz universal.

El haber obtenido el premio Nobel la novela de la baronesa Berta de Suttner indica que *¡Abajo las armas!* debe de ser novela muy conocida y estimada en los países del Norte.

En el prólogo de la traducción española se habla de las copiosas ediciones que de esta obra se han hecho en varios países, y se dice que está traducida á todas ó casi todas las lenguas principales. Parece que en Inglaterra se han hecho tiradas que ascienden á 250.000 ejemplares. Aparte estos datos, es indudable que una distinción tal como el premio Nobel no puede otorgarse más que á una obra que haya alcanzado considerable celebridad.

No es raro que en España no nos hayamos enterado de ella. Aquí no se conocen, por lo general, otras obras literarias extranjeras que las que se ponen de moda en Francia. A no ser por los franceses, es posible que tuviéramos una idea muy vaga

de Tolstoi, de Gorki y de otros escritores eslavos, popularizados entre nosotros por traducciones, en general muy malas.

Pero en Francia no parece haber llamado mucho la atención la novela de Berta de Suttner. Los países latinos están mal preparados ahora para las propagandas en favor de la paz. En ellos se ha complicado esta cuestión con asuntos políticos interiores, y la discusión suele degenerar en exasperada disputa. Por una parte, el nacionalismo, nuevo nombre de la patriotería, ve en los alegatos á favor de la paz una estupidez ó una traición. Por otra parte, la campaña *pacifista* suele ser hecha por revolucionarios, y andar mezclada con un antimilitarismo virulento ó un internacionalismo que ofende los sentimientos patrióticos. La novela de Berta de Suttner, siendo una elocuente condenación de la guerra, no es antimilitarista ni revolucionaria: de suerte que no puede satisfacer á los exaltados de ninguno de los dos bandos. Las gentes están acostumbradas á cosas mayores, á grandes apasionamientos y diatribas, en los países á que me refiero, y probablemente les parecerá fría é incolora esta obra.

Además, los pueblos latinos, desde que están en decadencia, van despidiéndose del ideal ó se muestran desabridos y desdeñosos con él. Siendo pueblos que en las cosas que requieren sentido práctico suelen mostrarle menor que los del Norte, se ha apoderado de ellos un falso espíritu práctico que les lleva á despreciar las propagandas generosas cuyo objetivo es lejano y problemático. Muchos majaderos se asombran de que haya gentes tan faltas, á su juicio, de sentido común, que pierdan el tiempo en trabajar por la paz universal. «¡Quimeras! ¡chifladuras!», dicen, sin ver que de nobles quimeras está hecha la mejor parte de la historia humana.

Pero, en fin, importa poco para el fin de este artículo que la novela de la baronesa de Suttner haya tenido más ó menos resonancia en los países latinos. El premio Nobel testifica de su celebridad en el mundo germánico y escandinavo. Berta de Suttner es natural de Bohemia, hija de un general austriaco

y autora de varias otras novelas. Ni por su edad, pues nació á mediados del siglo XIX, ni por haberse publicado en éste sus obras, incluso *¡Abajo las armas!,* ni por carácter alguno de sus escritos, puede decirse que sea una novelista del siglo XX. Lo que sí es, una novelista no ya para el siglo XX, sino para el XXI ó para otro más lejano, porque las propagandas en favor de la paz han de tardar mucho tiempo, según todas las señales, en ser apreciadas como merecen y en surtir algún efecto.

¡Abajo las armas! se escribió probablemente pensando en el público austro-húngaro. Acaso la autora no esperó que la celebridad de su obra podría pasar las fronteras de su patria. Lo cierto es que la novela se inspira en acontecimientos de la historia contemporánea de Austria, en las tres guerras que el Imperio austriaco ha sostenido en la segunda mitad del siglo XIX: la de Italia contra el Piamonte y el segundo Imperio francés; la de los Ducados, hecha en unión de Prusia, contra Dinamarca; y la de 1866 entre prusianos y austriacos. Al final se habla también de la guerra franco-prusiana y de la *Commune* de París; pero en esta parte la novela es menos intensa y menos rica en pormenores.

La acción de *¡Abajo las armas!* es muy sencilla, y marcha recta á su fin, sin complicaciones ni episodios frondosos y abundantes. La fábula está reducida á lo preciso para hacer resaltar dos cosas: primera, los horrores que engendra la guerra; segunda, la disputa entre los defensores de la guerra y los partidarios de la paz, y los argumentos que por una y otra parte se esgrimen, haciendo intervenir á los hechos de modo que den la razón á los segundos. Pero aunque ésta es una novela de propaganda de ideas, no carece de atractivo artístico. No es simplemente la tesis *pacifista* novelada. En medio de la sencillez y, casi puede decirse, pobreza de su acción, no obstante lo superficial que es la psicología de algunos personajes y la monotonía que resulta de la repetición de las mismas situaciones y semejantes estados de ánimo, el interés no de-

cae. Como novela, *¡Abajo las armas!* no es de primer orden; pero diríase que la grandeza de su asunto y la noble idea en que se inspira la elevan, dignifican y embellecen.

No me extraña que algunos hayan tomado esta novela por una autobiografía. Lo indicaba el artículo *Una biografía* con que aparecieron las primeras ediciones alemanas. (Debe tenerse presente que la forma es, en efecto, autobiográfica: la heroína cuenta su historia.) Aparte de esto, que en realidad no tiene mucha importancia, la sencillez del relato da la impresión de que allí se refieren hechos reales y verídicos acaecidos al narrador, y no ficciones novelescas. La heroína de la novela es, como la autora, una dama austriaca, hija de un general. Se trata en la novela de hechos que, si no fueron presenciados materialmente por la baronesa de Suttner, debió de oirlos referir, al menos, á testigos presenciales. Todo esto da un tinte muy personal á la novela. Es probable que algunos de sus episodios sean hechos ciertos de que tuviera noticia, por sus relaciones de familia y de sociedad, la escritora bohemia.

La heroína de la novela es, como digo, una señora de la aristocracia austriaca, la condesa Marta de Althaus. Cuando estalla la guerra de 1859 está recién casada con un oficial del Ejército, que muere en aquella campaña. Años después contrae segundas nupcias con otro militar, hombre de elevado espíritu y generosos y humanos sentimientos, que aborrece la guerra, sin perjuicio de cumplir cuando llega el caso sus deberes de soldado.

El segundo marido de Marta, Federico de Tilling, asiste á la guerra de los Ducados y á la campaña de Bohemia, en la que es herido. Tras de la guerra viene una epidemia, en que perecen el padre y los hermanos de Marta. Por último, durante la Commune, Tilling, que se encontraba con su esposa en París, es tomado por espía prusiano y fusilado por los *communards*. Forman, pues, el asunto de la novela las innumerables desgracias individuales que la guerra produce, el dolor de las familias afligidas por la muerte de seres queridos, los terribles

padecimientos de los heridos abandonados en los campos de batalla: todo lo que hay de repugnante y cruel en las grandes hecatombes humanas, que contadas por la historia suelen verse sólo por el lado épico, quedando desvanecido ó atenuado lo que tienen de brutales é inhumanas carnicerías.

Pero aun siendo muy vivas y conmovedoras algunas descripciones, como la del campo de batalla de Sadorra, después de la lucha entre prusianos y austriacos, la autora de *¡Abajo las armas!* no abusa del asunto, ni extrema la descripción de los horrores de la guerra. Antes al contrario, puede decirse que piadosamente cierra los ojos para no ver muchos de los desafueros y crímenes que en mayor ó menor medida acompañan á la guerra, por mucha que sea la disciplina de los beligerantes: latrocinios, violencias y muertes de personas pacíficas, violaciones de mujeres indefensas, rasgos de ferocidad que difícilmente se evitan cuando se da suelta á la fiera humana. Sobre estos hechos, que no son la guerra misma, sino el bandidaje que acompaña á la guerra, pasa muy de ligero la novelista de *¡Abajo las armas!* Tal vez temió herir el sentimiento público de su país si á los propios atribuía estos horrores, y no le pareció leal ni justo achacarlos exclusivamente á los enemigos, como ha sido frecuente en los novelistas franceses que han tomado por asunto escenas ó episodios de la guerra de 1870. Quizás miramientos de su sexo ó tendencias estéticas de su espíritu no la permitían llegar á un naturalismo absoluto. El hecho es que, siendo ésta una novela de propaganda contra la guerra, los horrores de la lucha armada están pintados en sus páginas con colorido menos crudo que el de otras obras, como *La Debâcle,* que no tienen esa finalidad trascendente, y aun el de libros escritos con claro espíritu militarista, como las novelas de los hermanos Margueritte: *Le desastre, Les Tronçons du glaive* y *Les braves gens.* Hay en esto algo de psicología de raza. *¡Abajo las armas!* es obra escrita para un público razonador, que lee despacio y rumia lo leído. Sobre públicos meridionales muy accesibles á la impresión primera, acostumbra-

dos á leer de prisa y á buscar sensaciones estéticas antes que ideas, no podrá producir acaso efecto muy hondo.

Es probable que exista además otro motivo para la moderación con que pinta los horrores de la guerra la baronesa de Suttner. Su novela no es una novela antimilitarista. Pinta á los militares que figuran en *¡Abajo las armas!* con pincel benévolo. Si algún defecto puede reprochárseles, y no á todos, es algo de jactancia ó fanfarronería. Y es que la autora mira la cuestión de la guerra desde un punto de vista elevado y general. Los males de la guerra no son imputables individualmente á los hombres que en estas luchas vienen á ser víctimas y agentes de una fatalidad colectiva. No cree que el oficio de soldado pervierta, como piensan los anarquistas y ha sostenido, por ejemplo, Hamon, en su *Psicología del militar profesional*. Al menos, á los héroes de *¡Abajo las armas!* no les pervierte. El mal está en la guerra, en los deberes que impone y en los horrores que engendra, no en los hombres á quienes mueve y de quienes se sirve esa deidad sanguinaria, mucho peor, y sobre todo más duradera, que el Moloch fenicio.

***

Libros como *¡Abajo las armas!* no son meramente obras literarias cuya finalidad se agote en el recreo del espíritu que puedan proporcionar á un número mayor ó menor de lectores. Realizan además una obra moral. Se sirven de la belleza y la emoción estética para procurar el bien social. Si el fin del arte es, como piensa Tolstoi, comunicar á otros hombres los sentimientos de que el artista se haya poseído, no hay duda de que estas obras, cuando llegan á impresionar á las multitudes y á influir en el curso de los sucesos humanos, realizan una estética grande y serena que emana de su misma alteza moral y que viene á unirse al valor estético que intrínsecamente tengan tales obras. Es la estética de su misión. Una obra poética, de imaginación, para muchos de entretenimiento, influyendo en

el curso de los sucesos humanos, corrigiendo extravíos colectivos y encauzando la historia, es el mítico Orfeo que renace, modernizado, y hiere nuevas cuerdas en su lira.

Así ocurrió con una novela célebre con la cual tiene cierta semejanza genérica la de Berta de Suttner: con la famosísima novela de Mrs. Beecher Stowe *La cabaña del tio Tomás,* á la cual novela le falta mucho para ser desde el punto de vista literario una de las mejores del siglo XIX, pero que social é históricamente considerada es la novela más importante que se escribió en ese período, puesto que ella contribuyó poderosamente como elemento de propaganda á la emancipación de los negros en los Estados Unidos y á la progresiva abolición de la esclavitud en todas partes. *¡Abajo las armas!* no tendrá sin duda un destino tan brillante como el de la *La cabaña del tio Tomás.* La esclavitud era un hecho que repugnaba más á la conciencia de los pueblos civilizados que la guerra, y aquella propaganda caía además en un pueblo joven que tenía por fundadores, no á feroces guerreros, sino á los puritanos de la *May flower,* empapados en el espíritu de la Biblia; pueblo al par de eso bastante vigoroso y enérgico para emprender aquella guerra de secesión, que es una de las grandes páginas de lo épico en la edad presente. Por la prosa de los tiempos y la disolución de la antigua epopeya en otros géneros más modestos no ha tenido esa guerra Homeros ni Vyasas que la canten; pero sólo le falta lejanía, distancia suficiente para poder ser comparada á la lucha entre los koros y los pandos, ó á la guerra de Troya. Lo épico no ha muerto; sólo que no tenemos ojos para verlo. Se sigue haciéndose la épica, pero ya no se canta, porque vivimos en un ambiente histórico, de examen crítico de los hechos, y no de la transfiguración poética que engendra la epopeya.

A los grandes Estados de Europa, y en general á los del mundo entero, les es mucho más difícil tratar de suprimir la guerra que les fué á los Estados Unidos extirpar la esclavitud. A la tradición militar de muchas de esas naciones y á las

ideas, costumbres é intereses que esa tradición ha ido creando por espacio de siglos, se une otra consideración. Ningún Estado se atreve á ser el primero en declararse pacífico, por miedo de que sus vecinos no le imiten y aprovechen la ocasión para expoliarle. Obras como *¡Abajo las armas!* no pueden, pues, producir efectos apreciables, de presente. Su labor es lenta y oculta. Van sembrando en los espíritus la semilla de la aversión á la guerra, que hay que esperar que en algún día, muy lejano, dé sus frutos.

No se sonrían, sin embargo, los escépticos, creyendo que es inútil pensar en resultados aparentemente tan remotos é inciertos; no se figuren que los que consagran sus afanes al establecimiento de la paz son unos mentecatos ó unos ilusos. La guerra ha perdido mucho terreno. Los pueblos se van volviendo pacíficos á medida que pueden serlo. Suiza, que antaño surtía de soldados á Europa, hoy, eminentemente pacífica, es un inmenso hotel. Pacífica es también Holanda, que se atrevió á resistir al imperio español en sus días de mayor esplendor, y no pudo ser por él reducida, y que luego desafió á Luis XIV. Suecia, tan belicosa que llegó á ser potencia militar de primer orden en los días de la guerra de los Treinta años, ha consentido, sin sacar la espada, la separación de Noruega, dando un ejemplo civilizador que anuncia nuevos tiempos para el Derecho internacional.

Como la colonización ha extendido grandemente la esfera de acción de los pueblos civilizados, se ha ensanchado en cierto modo para éstos el horizonte de la guerra. Pero las guerras en Europa van haciéndose mucho menos frecuentes. No puede aún decirse que se las considere como guerras civiles y que estén en camino de desaparecer ó hacerse tan raras como éstas. La opinión pública tolera más fácilmente las guerras coloniales, porque aunque en ellas pague la nación su tributo de sangre, al menos ve libre su territorio de los estragos de la invasión.

En la esfera de las ideas es mayor todavía el progreso. Cada

día son menos los que se atreven á defender abiertamente la guerra con los sofismas de ser un instrumento civilizador ó un medio de conservar la virilidad de los pueblos. Para un sofista ó un cultivador de paradojas que pretenda modernizar con tópicos nietzscheanos esa viejísima manera de pensar, heredada del hombre de las cavernas, hay cien partidarios de la guerra, ó cien resignados con ella, que dicen que es un mal necesario, y que la paz universal no pasa de ser una hermosa quimera. Enorme progreso representa el que se reconozca que la guerra es una calamidad, aunque se la juzgue inevitable. Lo de inevitable, lo de mal necesario son términos relativos. Inevitables son también hasta ahora la delincuencia, la mortalidad prematura, el libertinaje y una porción de plagas morales y físicas, y, sin embargo, no se sigue de ahí que debemos cruzarnos de brazos ante esos males, ni que haya de perderse la esperanza de irlos atajando y reduciendo, ya que no extirpando por completo. Lo mismo sucede con la guerra, que no es un mal más necesario y fatal que la criminalidad ó la tuberculosis, y á nadie se le ocurre que, porque las estadísticas arrojen una cifra de delincuencia que casi puede preverse aproximadamente en relación con los demás datos demográficos, ó porque la tuberculosis arrebate cada año fatalmente miles de existencias, no haya que oponerse á esos males ni hacer nada para disminuirlos y atenuarlos, ya que no sea posible esperar su desaparición inmediata.

No se ha descubierto una antitoxina contra la guerra; pero, al menos, el progreso de las ideas y de los sentimientos, que es más importante que el de las ideas, la va restringiendo y la va civilizando en lo que cabe. La misma novela de la baronesa de Suttner permite apreciar uno de los grandes adelantos conseguidos. La Cruz Roja no existía cuando se dieron algunas de las batallas que narra la autora. El servicio sanitario era escaso y malo. Millares de heridos, que bien atendidos habrían podido salvarse, morían, muchos de ellos entre horribles dolores, por falta de asistencia.

La civilización va realizando lentamente su obra. Los Congresos internacionales de diferentes géneros, que estrechan las relaciones entre los pueblos y les acostumbran á cooperar en una labor común y humana; la práctica, cada día más frecuente, del arbitraje para resolver diferencias internacionales; los anhelos de paz, que se manifiestan cuando surge la amenaza de la guerra, revelan que la conciencia de los pueblos va despertando. No es factor despreciable la actitud del socialismo, que forma partidos numerosos, fuertes y disciplinados en las grandes naciones industriales, y que es abiertamente opuesto á la guerra. En cambio, los grandes ejércitos permanentes, que se sostienen á consecuencia de la paz armada, son un peligro, porque el órgano pide su función y la mantiene viva, aunque esté latente.

Sin embargo, tal vez se compensa ese peligro con otras consecuencias de dicho sistema militar. El servicio obligatorio hace que los ejércitos, en vez de nutrirse de soldados de oficio, naturalmente belicosos y aficionados á la guerra, á su libertad y excesos, estén formados de gente pacífica para la cual el servicio militar es una pesada carga, que no desea pelear, y que, al cabo de poco tiempo en filas, vuelve á fundirse en la sociedad civil, de donde procede. Y esas grandes masas de hombres armados hacen que la guerra sea más temible y costosa y que haya mayor número de familias interesadas en la paz que cuando peleaban las naciones con pequeños ejércitos profesionales.

La paz está lejana, pero los hombres y los pueblos se van volviendo más pacíficos. Mas no es oro todo lo que reluce. Ese avance del *pacifismo* no se debe sólo al influjo de ideas más morales y de sentimientos más humanos. La riqueza ha creado muchos intereses pacíficos, una red sutil de numerosos egoísmos que producen en esta esfera un resultado benéfico. La guerra es la ruina de las naciones ricas, y las naciones pobres no tienen generalmente vigor ni medios para sostener largas campañas. Los poderosos de la tierra, los pastores de hombres,

que con frecuencia son medianos pastores, tienen delante de los ojos esos ejemplos de la Commune de París y de la revolución rusa, que muestran que la anarquía sigue los pasos de la guerra y acecha el momento de la derrota. Parece que la Providencia ó la Némesis histórica advierte con esos hechos á los responsables de la guerra que puede haber para ellos una sanción, un castigo.

No es trabajo perdido el de los que hacen propaganda en favor de la paz, como la autora de *¡Abajo las armas!* Es trabajo desinteresado para generaciones y tiempos futuros. Millones de infusorios van fabricando en el mar las islas de coral, que al cabo emergen y se cubren de vegetación grata á los ojos. Así trabajan también en el espíritu humano leves factores intelectuales, lentas germinaciones de ideas, repercusiones lejanas de sentimientos, de que al cabo brotan las cándidas flores del Bien.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Psicofísica: La risa.=Cuestiones sociales: Restaurants gratuitos para madres nodrizas.=Literatura: El teatro de Capús.=Cuestiones éticas: La fraternidad.=Costumbres: Bibliómanos y bibliófilos.=Impresiones y notas: Comunicaciones interplanetarias.—¿Cuándo nació Jesús?—Pensamientos y máximas.—Una historia penitenciaria.

PSICOFÍSICA

La risa.—Al final de su *Historia de la risa á través de los siglos* se preguntó el ilustre escritor milanés Massarani: «¿Por qué se ríe uno?» A lo que se contestó á sí mismo: «Se ríe... porque se ríe».

No era esto decir mucho, y más habían dicho los filósofos que antes se habían ocupado de la risa. Kant, por ejemplo, afirma que la risa es el producto de la reducción imprevista á la nada de una ansiosa espectación, á lo que objeta Franceschini en la *Italia Moderna* que esa reducción á la nada de una espectación puede provocar cualquier otro fenómeno que el de la risa; añade Kant que más comúnmente la risa es producto de un *contraste* entre lo que se espera y lo que sucede, y esto es verdad en muchos casos, pero no es aplicable á otros muchos. Max Nordau observa que la risa puede á veces ser provocada por una identidad, como cuando á la vista de dos fisonomías perfectamente parecidas nos echamos á reir, como cuando vemos una caricatura bien hecha.

Todos los filósofos—añade Franceschini—están de acuerdo en que la primera vez que un europeo ve á un negro se siente tentado por la risa; una pléyade de sabios alemanes se ha de-

vanado los sesos para encontrar la verdadera razón de tal risa. Bergsohn supone que se halla en la idea de *mal lavado* que suscita en nuestra imaginación el color de la piel del negro.

Entre las cosas que nos hacen soltar el trapo, no hay que olvidar—aunque el hecho nos honre poco—las alusiones pornográficas y la lubricidad. ¿Por qué suscitan la hilaridad estas cosas? Siguiendo la teoría de Bergsohn, por las grotescas y monstruosas imágenes que despierta en nuestro espíritu la impresión entonces recibida.

La vista de la caída de un niño no suscita nunca nuestra risa; en cambio la caída de un adulto la provoca casi siempre. ¿Por qué? Porque las caídas en los niños son cosa normal, que no nos sorprende ni impresiona, predisponiéndonos á la ternura y á la simpatía, porque la posición del niño que cae es siempre artística y atractiva; en cambio, al caer un hombre, con sus brazos al aire, su sombrero rodando y su cuerpo tendido á la larga, produce tal juego cómico de líneas, que no podemos contener la risa, poblándose nuestro espíritu de imágenes ridículas.

Nos reímos, pues, porque tenemos imaginación. El que razona no ríe: he ahí la clave del problema. La Fontaine decía: «que un Papa se ría de buena fe, no me atrevo á asegurarlo». ¿Cómo, en efecto, puede reirse hoy un Papa, con todas las graves responsabilidades que le absorben?

Cuando las cosas que se ven, se oyen ó se sienten no salen de la línea normal, la imaginación se está quieta; en otro caso, la loca de la casa las exagera y deforma, y presentándonoslas caricaturizadas provoca nuestra risa. ¿Vemos un gabán largo y estrecho oprimir los costados de una larguirucha figura femenil? En seguida la imaginación crea la imagen de una funda de paraguas. ¿Vemos un hombre alto, rígido, tieso? Salta á la vista la imagen de un poste telegráfico bailando. ¿Descubrimos dos orejas mayores de lo corriente? En seguida nos imaginamos las orejas de un burro ó el hocico de un murciélago. Y la risa se produce en todos esos casos. Cuando Bernardo

Morando, obligado á gastar anteojos, decía á su dama en el siglo XVII con la mayor seriedad: «Me hiciste llorar tanto de amor, que mis lágrimas, cristalizadas, se convirtieron en los anteojos que llevo», ¿cómo no soltar la carcajada ante semejante dislate?

Toda contracción del rostro descompone la natural regularidad de nuestras líneas, y lo afea; sólo la contracción producida por la risa lo ilumina y lo embellece: por eso la risa es un medio de seducción. La alegría pura tiene también la virtud de traer la sonrisa á nuestros labios: todo lo bello, todo lo grato, lo querido, ilumina nuestro rostro con la alegría de la sonrisa.

Quien mucho ríe mucho llora, y el que más ríe es quien tiene mayor exuberancia de sentimiento y fantasía. El lenguaje de un hombre de risa fácil suele ser hiperbólico é imaginoso; sus ojos son movibles y chispeantes, y su conversación variada, animada, vivaz; llorará como un becerrillo en el drama, y se retorcerá de risa en el sainete.

La risa se muere. Cada vez se ríe menos; éste es un hecho positivo. Massarani lo atribuye al mayor refinamiento de las emociones y de los placeres; Franceschini, fiel á su teoría, dice que esta desaparición de la risa es debida á que cada vez cortamos más las alas á la imaginación para reforzar el dominio de la razón; pues, como dice Vico, «la fantasía es tanto más robusta cuanto más débil es el raciocinio». La humanidad, sin embargo, no perderá por eso su carácter alegre, y en este valle de lágrimas «el elemento alegre y festivo de la vida prevalecerá siempre, dígase lo que se quiera, sobre el elemento triste y quejumbroso».

CUESTIONES SOCIALES

RESTAURANTS GRATUITOS PARA MADRES NODRIZAS.—Hay en París, desde fines de 1904, restaurants gratuitos para las madres que amamantan á sus hijos. Estos colmados se hallan

abiertos á todas las madres, sin necesidad de informes ni certificados, mediante la única prueba de que dan realmente de mamar á sus hijos. La primera idea de esta institución es bien sencilla: supuesto, como dice Enrique Coullet en *La Revue*, que la sociedad tiene especial empeño en asegurar á los niños el alimento que les conviene, ¿cómo utilizar del modo más eficaz los recursos disponibles? ¿Por qué no dedicar las cantidades destinadas á la lactancia artificial á nutrir mejor á las madres, asegurándose de que éstas dan de mamar á sus hijos?

Planteado así el problema, el 4 de Noviembre de 1904 se puso en práctica. Al efecto, se alquiló por semanas, á un franco diario, una tiendecita con una mesa y varias sillas en el pasaje Julien-Lacroix, y en una hoja de papel, pegado en las vidrieras, se advirtió á los transeuntes que allí se daba de comer gratis á toda madre que diera de mamar á su hijo. El capital inicial para esta magna obra se reducía á 10 francos: 6 para el alquiler del local y 4 para las primeras comidas. Al principio se presentaron muy pocas madres, y con los cuatro francos hubo para varios días; pero poco á poco se fué difundiendo la noticia, y no tardó la idea en desarrollarse y dar brillantes resultados.

La cuestión principal era ver la clase de alimento que podía darse, de modo que resultara suficiente y sano, y que su coste fuera reducido. Un fondista de la vecindad había contratado el servicio en la forma siguiente: la comida dada á cada madre se compondría de una sopa de pan, un plato de carne, otro plato de legumbres y un buen pedazo de pan, todo ello con el servicio natural de vajilla y cubierto, por 35 céntimos; de modo que con tres francos y medio se podía dar de comer á diez personas, y con 70 céntimos diarios se podía dar á una madre alimento completo; las raciones eran abundantes y sanas, y el fondista cumplió siempre su compromiso, con lo que quedó hecha la prueba de que por muy poco más de lo que cuesta la lactancia artificial se podía alimentar á la madre y al niño, con gran ventaja para una y otro.

Conocido el resultado, no tardó la caridad en acudir á sostener tan hermosa iniciativa. El número de madres que se presentaba ordinariamente era de veinte á veinticinco; para servir á tantas personas fué preciso tomar una sirvienta, que aceptó el cargo por un franco diario; en cambio, la tienda, que gastaba un franco diario alquilada por semanas, bajó á 75 céntimos alquilada por meses; pero había también que aumentar gastos de calefacción y alumbrado, y no limitar las raciones de pan; de este modo vino á resultar que cada comida salía 10 céntimos más cara, costando 90 céntimos la alimentación completa (dos comidas diarias) de cada madre nodriza.

Después de un mes de funcionamiento en Julien-Lacroix, el sistema de los colmados gratuitos se extendió al barrio Mouffetard, abriéndose otro restaurant en la calle Daubenton; un mes después se creó otro en Montmartre, calle de Santa Laura; luego otro en Plaisance, calle de Jonquoy; y, por último, otro en las Grandes-Carrières, calle de Bounet. Estos han sido los cinco primeros establecimientos de este género que han funcionado en París. La clientela de estos establecimientos se compone de las madres de los alrededores, á veces bastante lejanos, que van diariamente á comer allí durante el período de la lactancia; llevan con ellas á su hijo cuando lo permite la estación; pero cuando ya son conocidas no se les exige que hagan diariamente la prueba: basta con que de cuando en cuando se las vea dar de mamar ó que puedan mostrar que tienen leche.

Los cinco restaurants gratuitos que estaban funcionando en Junio de 1905 suministraban, por término medio, 180 comidas diarias. Los gastos, á pesar de la estricta economía con que se habían establecido, no dejaban de ser pesados para una sociedad que no contaba con más recursos que la caridad pública. El Municipio y el Ministerio del Interior otorgaron subvenciones, y entonces pudo pensarse en la organización definitiva del servicio: á cada una de las cinco salas se anexionó

una cocina, y la persona encargada del servicio fué la misma cocinera. Los gastos de local subieron así á 1,50 francos diarios; pero se economizaba la calefacción, suplida por el calor de la cocina, y la alimentación fué de mejor calidad y de doble cantidad, resultando en definitiva una economía considerable, pues lo que antes costaba 45 céntimos viene á salir ahora, incluídos todos los gastos, por 26 ó 28 céntimos, según los barrios; de modo que por 52 ó 56 céntimos se puede alimentar de un modo suficiente y hasta confortable á una madre que cría á su hijo, ofreciéndole dos comidas diarias tan sanas como nutritivas. Estos resultados son positivos y están á la vista de todo el mundo, siendo de desear que tan hermosa obra benéfica se extienda á todas partes y se establezca en todos los países.

LITERATURA

El teatro de Capús.—Si se pudiera establecer una clasificación de las personas que entre ocho y diez de la noche entran en un teatro, nos hallaríamos en presencia de cuatro ó cinco categorías de espectadores, según dice Luis Maigne en *La Grande Revue*. Hay gentes que van al teatro por snobismo, por vanidad, por obediencia al programa mundano, por exhibición de trajes, escotes y joyas; otras, como los periodistas y críticos dramáticos, por obligación profesional; algunas, las menos, naturalezas sinceras, sedientas de belleza literaria ó filosófica, van allí como si fueran á alguna ceremonia religiosa del arte, esperando el minuto sagrado de esa comunión ideal que han ido á buscar; otras, en fin, sin preocupaciones ni reflexión, van al teatro sencillamente á divertirse sin esfuerzo ni fatiga, de modo que no les queden después pesadillas ni turbaciones de ninguna clase. Para este género de público es para el que parece haber escrito Capús sus piezas.

Con las piezas de Capús se divierte uno. Hay en ellas ocasiones frecuentes de reir, y se ríe uno con gusto. Hay palabras

que obligan á reir en el momento en que se las oye, agotándose en el acto su fuerza expansiva; hay otras que, sobre provocar la risa al oirlas, mantienen su poder regocijante á perpetuidad. De éstas se encuentran pocas en las comedias de Capús; pero de las primeras hay tantas, que puede decirse que forman la obra por sí solas. Una pieza de Capús no es un chiste, sino una serie, un fuego graneado de chistes. Todos sus personajes bromean. Todos los asuntos los tratan en chanza. Un joven matrimonio que ha hecho mil locuras se encuentra arruinado y con la reputación comprometida. «¿No te lo decía yo? ¡Esto acabará mal... esto acabará mal... y esto ha acabado... muy mal! Pues bien: ¿no deja de ser una satisfacción cuando las cosas que se han previsto ocurren! *(La bolsa ó la vida.)* — Un abogado á quien su mujer recrimina por carecer de calor en el ejercicio de su profesión, se justifica así: «¡Ah, sí! ¡La viuda y el huérfano!... ¡en diez años no he pleiteado más que una vez por un huérfano, y para eso lo era por haber matado á su padre y á su madre!» *(El adversario.)* — Un joven á quien su familia quiere casar se resiste á ello protestando. «¡A tu edad!», exclama una tía. «No se casa uno por tener la edad, replica el sobrino; te confundes con el servicio militar.» *(Rosina.)* — Clotilde, en *La castellana*, quiere convencer á su hermano, que frisa en los cuarenta, de que debe casarse con una señorita de diez y ocho años. «¿No te parece delicioso ser el educador, el profesor de una joven que...?» «No, no, nada de eso; los profesores son gentes á quienes se hacen cucamonas.» — Una criada vieja se indigna de ver á su señor taraceado por los pedidos de dinero de su mujer. «¡Diez duros! ¡Y ella llama á eso diez duros! ¡Pues eso hace doscientos reales contantes y sonantes!» *(Los maridos de Leontina.)* — «Si yo amase algún día, dice una joven casada, respondiendo á las instancias de un adorador, sería con una pasión sin límites ni freno; y si me decidiese á olvidar mis deberes, se acabó: no me volvería á acordar de ellos.» *(Loquillas.)*

Claro es que Capús no está siempre chanceándose. Esa es

la lástima; pues en cuanto se pone serio no se le puede aguantar. Todos sus personajes se expresan lo mismo, sin salir de lo corriente y trillado. Y esto no depende de la clase de tipos que Capús pone en escena, sino de que Capús no da nada más de sí; por eso no se halla en sus obras ni un solo carácter clara y vigorosamente definido: es siempre Capús el que habla, divirtiéndonos á ratos cuando está de broma, y aburriéndonos en cuanto se pone serio. Beaumarchais cuenta, en su *Matrimonio de Fígaro,* que uno de los zoilos de su tiempo le hizo la censura siguiente: «Hágame usted el favor de explicar por qué en la obra se encuentran tantas frases descuidadas que no son de su estilo de usted.» «¡Mi estilo! Si desgraciadamente lo tuviera, me esforzaría en olvidarlo cuando hago una comedia, no conociendo nada más insípido en el teatro que esos camafeos donde todo es azul, donde todo es rosa, donde todo es el autor, sea el que sea.» Capús ha encontrado el medio de hacer todo lo contrario de lo que pensaba Beaumarchais.

Así están escritas las piezas de Capús. ¿Cómo están construídas? Tienen aire, y el primer acto es siempre excelente; las situaciones están bien establecidas, el cuadro se ve bien, la intriga se enreda con empeño, los personajes evolucionan perfectamente, la animación es grande y el movimiento material engaña y seduce; pero falta el movimiento real de la acción, la progresión de los acontecimientos, la evolución normal de los caracteres. Se necesita un talento muy especial para llegar á componer piezas que parecen bien hechas y que no lo están. Si la expresión «acabar en cola de pez» se llega á gastar algún día, podrá sustituirse por la de «acabar en pieza de Capús». Si se desmonta el andamiaje de *La castellana, Brignol y su hija, La pequeña funcionaria* y *El señor Piégosi,* se encontraría siempre un buen primer acto, seguido de otro ú otros dos medianos, rematados por el desmoronamiento completo del último. *La vena, Las dos escuelas* y, sobre todo, *Nuestra juventud,* que es la única pieza digna del teatro francés, tienen una construcción algo más sólida. Esto nos lleva á investigar qué

parte de pensamiento contiene en su conjunto el teatro de Capús.

Hay obras de verdadero valor por su fondo, que están condenadas á perecer por su forma; no hay que sentir la amargura de este porvenir en las de Capús. La idea fundamental de una obra en Capús no es nunca más que un fantasma de idea. El desenlace procede de la estructura de una pieza; la conclusión, del pensamiento inicial; el desenlace es cuestión de hecho, de orden material; la conclusión es cosa moral. Las piezas mal construídas tienen falsos desenlaces, y las piezas desprovistas de verdadero pensamiento tienen conclusiones nulas.

Tal sucede con *Nuestra juventud*, que se basa en una situación nueva: nadie había pensado en poner cara á cara la mujer legítima y la hija natural del marido, ni menos en hacer de aquélla el refugio de ésta. El caso imaginado por Capús es verosímil, interesante y embarazoso. Se decide por la solución más generosa, pero no sin exponer todas las objeciones posibles con entera franqueza. Los personajes emiten opiniones que se contradicen y que son, sin embargo, tan justas unas como otras. «Dada cualquier situación de la vida—dice uno de ellos—no hay solución absoluta; no hay más que soluciones medias, que no satisfacen enteramente ni al corazón ni á la razón, y con las que, sin embargo, hay que contentarse.» «No basta ser honrada—dice Elena,—hay que ser buena.» «Si no se metiera una nunca más que en lo que le importa—dice la amiga á quien se reconviene por esa razón,—no se ejecutarían más que acciones vulgares y egoístas.» «Basta hoy—dice Briant padre, protestando contra los hechos—que un hijo sea natural para que despierte simpatías generales; como basta que una mujer no sea legítima para que se vea rodeada del respeto universal; que no se hagan ilusiones las mujeres y los hijos legítimos: están á punto de pasar un mal cuarto de hora.» La resolución de Luciano y Elena de adoptar á Luciana es hermosa; pero falta saber el resultado: Capús no se preocupa de hacérnoslo saber, y por eso carece su obra de alcance decisivo, según Maigne.

¿Qué decir de *La Vena,* uno de los grandes éxitos de Capús? Julián Bread, abogado sin pleitos, se hace amar de Carlota, florista que deja sus flores por irse á vivir con él; por una de las antiguas mandaderas de Carlota, una chiquilla que ha llegado á ser querida de un hombre influyente, Carlota proporciona á su amigo procesos famosos que le dan dinero y nombre; entonces Julián se aparta de Carlota para correr tras una capigorrona corrida que se burla de él, hasta que, comprendiéndolo, Julián vuelve á los brazos de Carlota y se casa con ella. De este asunto se hubiera podido desprender una conclusión sobre el egoísmo y la ingratitud humanas, pero Capús ha preferido sacar de él la doctrina siguiente: «Todo hombre tiene en la vida su hora de vena, un momento en que todos los demás parecen trabajar por él, en que los frutos vienen á ponerse al alcance de su mano sin más esfuerzo que el de cogerlos; esa hora, triste es decirlo, no es el trabajo ni el valor ni la paciencia quienes la dan; suena en un reloj que no se ve, y mientras no ha sonado para nosotros nada hay que hacer: somos briznas de paja». ¿Qué conclusión sacar de aquí? Ninguna, dice Maigne. Pero ¿qué más conclusión que la consignación del hecho? ¿Para qué más conclusión que la expuesta con tanto acierto por el mismo Maigne al resumir la doctrina de la pieza?

¿Y la tesis de *Dos escuelas?* Hela aquí: hay dos especies de hombres: unos, seductores, buenos chicos, alegres camaradas, que engañan á su mujer con entusiasmo, aun haciéndola muy agradable la vida; los otros, serios, estimables y fieles, pero de cuya compañía se aburre uno soberanamente. Y todavía no hay que exponer la virtud de estos últimos á una prueba demasiado fuerte ó demasiado inopinada, pues entonces se observa que no son más inatacables que las muestras de la primera especie. Es, por lo tanto, ventajoso tener de marido un amable corretón, con quien al menos no hay riesgo de aburrirse.

Todos estos ejemplos están escogidos entre lo que hay de

más profundamente *pensado* en el teatro de Capús. ¿Nos hemos de maravillar si salimos de la representación de todas sus obras con el espíritu y el corazón tan vacíos como cuando llegamos al teatro? Es decir, mucho más vacíos; porque al llegar teníamos la ilusión y la esperanza, y al salir vemos que hemos cambiado aquel oro por una menuda cantidad de monedas de cinco céntimos.

Para Maigne, las obras de Capús no son necesarias; y si no las hubiera escrito, nadie las echaría de menos: y si desapareciesen, nadie se acordaría de ellas, ni siquiera el público que se divierte y las aplaude. Pero si no se escribiese más que lo requerido por las necesidades del mundo, entonces... ¡qué vacío en las librerías! ¡qué ruina en las imprentas! ¡qué bancarrota de periódicos y de revistas! Habría que empezar por declarar inútil el artículo crítico de Maigne, que, como él mismo confiesa, no impedirá á Capús seguir escribiendo nuevas piezas, ni á los directores de teatro recibirlas, ni á los actores representarlas, ni al público aplaudirlas.

CUESTIONES ÉTICAS

La fraternidad.—Julio Lemaître, de la Academia, ha dado una conferencia sobre el interesante tema de «la fraternidad», publicándola después en la revista de París *L'Action sociale de la femme*. El año anterior había pronunciado otra sobre *la igualdad*, el segundo término de la divisa republicana, del que muy poca cosa es aplicable y menos todavía se practica, pareciéndole que lo mismo ocurre, si no algo peor, con la fraternidad. ¡Tres nobles y generosas quimeras, la libertad, la igualdad y la fraternidad, de que todos hablan y poquísimos practican!

¿Qué es la fraternidad? El sentimiento que nos hace mirar á todos los hombres como hermanos y tratarlos como tales. El Evangelio lo dice: «¿Oísteis que os han dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo? Pues yo os digo: amad á

vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen; si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa merecéis?» Esa es la perfecta doctrina de la fraternidad.

Amar á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos; amar especialmente á ciertas personas fuera de la familia; amar á sus compañeros, á sus aliados políticos, á sus consocios; amar la ciudad, el pueblo en que se ha nacido; socorrer á los pobres y á los enfermos, eso es amor paternal, piedad filial, amistad, compañerismo, patriotismo, caridad; pero no es propiamente fraternidad. No molestar á los demás sin interés, tratar de agradarles, ayudarlos cuando es fácil, tratarles según sus méritos, no engañarles, soportar que piensen de otro modo que nosotros, eso es cortesía, probidad, justicia, tolerancia; pero no es fraternidad.

Practicar la fraternidad como la define el Evangelio, amar á todos los hombres, no es común ni fácil. Muchos de los que hablan de fraternidad pretenden no reconocer otras leyes que las de la naturaleza. Pero la naturaleza no es paternal; no es ni siquiera justa. En cada especie y de una especie á otra es la lucha fatal, porque «hay que vivir», y la naturaleza es el campo de batalla de apetitos é intereses opuestos. Ser fraternal es ir contra la naturaleza y contra las necesidades de la competencia social: *Homo homini lupus*. La fraternidad es un esfuerzo. ¿Cuál será el instinto, el sentimiento, la noción que nos lo hará posible, y luego habitual?

¿Será el instinto de sociabilidad? El hombre es un animal sociable. Gusta de la compañía de otros hombres para comer, para hablar, para asistir á una diversión. Pero al salir de ella se siente lleno de malquerencia espontánea para el desconocido que le molesta, que le obliga á esperar, etc. Se tiene horror en la calle del mendigo de oficio, de la multitud, del extraño que ocupa mejor puesto en la mesa ó en el tren, etc. Bossuet lo ha dicho: «El hombre es el animal que ha nacido más para la concordia, y el hombre es el animal en que más sangrientas tragedias representan la enemistad y el odio». ¿Será el senti-

miento de la solidaridad? Se afirma el hecho de que los intereses de todos los hombres son solidarios, es decir, que lo que aprovecha á todos aprovecha ó debe acabar por aprovechar á cada uno. Pero este hecho no es comprobable sino en grupos bastante limitados, familias, corporaciones, municipios. No brilla ya en el grupo inmenso que forma una nación, y menos en el grupo humanidad; las repercusiones del bien general sobre el interés del individuo son demasiado aleatorias y lejanas. ¿Será entonces el culto de la humanidad? Esta es la más siniestra de las bromas: el humanitarismo es generalmente un ardid descarado para dispensarnos de nuestros más difíciles deberes para con los demás. ¿Cómo ha de ser venerable la humanidad, si la mayor parte de sus individuos lo son tan poco? El humanitarismo es un amor vago á todos los hombres, con preferencia á los que no conocemos; es infinitamente más fácil amar á todos los hombres que amar á sus vecinos. La fraternidad de los humanitarios suele ser un pretexto para exigir que seamos fraternales con ellos sin que ellos lo sean con nosotros.

En la misma antigüedad clásica, Cicerón habla ya del amor del género humano, *Caritas genesis humani*, y Séneca aplaude la familiaridad con que Lucilio vive con sus esclavos, que más que esclavos son «hombres, compañeros de vida, humildes amigos, hermanos en servidumbre» en esta vida. Marco Aurelio y Epicteto proclaman la necesidad de hacer bien á todos, dispensándoles sus defectos; pero en todo el imperio romano serían una docena los que pensaban así. En el tiempo en que más se hablaba de fraternidad, bajo el terror, 30.000 franceses fueron guillotinados ó degollados por sus hermanos, y hoy mismo parece que el principio fundamental de conducta de los gobiernos es éste: «piensa como yo, ó te oprimo, y si puedo te suprimo».

Y es que la fraternidad es algo más que una virtud natural, y sólo será una palabra vacía si no se apoya en un fundamento religioso. Esto no quiere decir que no pueda haber, sin

fe religiosa, un principio de fraternidad, ni menos que la fraternidad sea practicada por todos los creyentes, sino que la fraternidad no es practicable en general sino en virtud de una creencia religiosa. Y aquí tropezamos con un fenómeno histórico completamente extravagante: todas las ideas de igualdad y de fraternidad del ideal socialista y revolucionario proceden del Evangelio, y suponen, para ser practicadas, la renuncia de los bienes terrenales, la creencia en el reino de Dios; y, sin embargo, los hombres que más hablan de igualdad y de fraternidad se jactan de ser incrédulos y radicalmente ateos. Se llaman materialistas, y sostienen una teoría sobre la que casi es imposible establecer una moral. No se concibe al materialismo predicando la igualdad y la fraternidad, porque la conclusión del materialismo en política es el despotismo de Federico II ó el desprecio de los débiles de Nietzsche. ¡Contradicción, mentira ó tontería! La fraternidad es un ideal que sólo puede realizarse por medio de una virtud extraordinaria, y lo más frecuentemente por una virtud fundada en la fe religiosa. Ya que nos sea difícil á casi todos realizar ese ideal, procuremos aproximarnos á él, siendo, por lo menos, tolerantes, justos, piadosos.

COSTUMBRES

Bibliómanos y bibliófilos.—El amor de los libros—dice A. Cim en *La Revue*—tiene, como todas las pasiones, sus singularidades, y llega á veces á la demencia. Frecuentemente ocurre que el *bibliófilo* se transforma en *bibliómano,* y llega á ser *biblióIatra,* y á veces *bibliotafo* y *biblioklepto.*

La inocente y deliciosa fiebre del bibliófilo—dice Carlos Nodier—es en el bibliómano una enfermedad aguda, rayana en delirio; de uno á otro sólo hay una crisis: el bibliófilo se hace bibliómano cuando su espíritu decae ó cuando su fortuna aumenta. El biblióIatra, para quien el libro lo es todo, suele ser bibliotafo, enterrador de libros; pues semejante al enamo-

rado, que no fía su bella á nadie, el apasionado del libro quiere guardar para él sólo, con celoso cuidado, el objeto de su ternura. Esta misma pasión le conduce á la *bibliokleptia*, á ser ladrón de libros, cegándose de tal modo, que no vacila en apoderarse de un libro ajeno, él, que sería incapaz de cometer la menor incorrección en todo lo demás.

«De todos los seres creados por Dios—dice Edmundo Texier en *Les choses du temps présent*, —el bibliófilo es, sin disputa, el más egoísta y el más feroz; la pasión del oro no es nada comparada con la del libro; el público no comprenderá jamás todas las pasiones malsanas que agitan el alma de un aficionado á libros á la vista de un ejemplar único ó anotado como raro en los catálogos; para llegar á la posesión de ese ejemplar, no hay cobardías que no cometa, y hay algunos que llegarían al crimen.» Entre otros ejemplos, cita el siguiente: Dos nobles ingleses, grandes bibliófilos, convinieron en imprimir á su costa en casa de Wittingham un libro del que sólo se tirarían dos ejemplares, dos verdaderas maravillas de tipografía con encuadernación adecuada; hechos los dos ejemplares, ¿creéis que sus afortunados poseedores eran felices? Nada de eso: cada uno de ellos envidiaba el ejemplar del otro. Pasado el tiempo, tuvo que salir para el campo uno de los dos amigos; en seguida el otro se presenta en casa del ausente con su ejemplar bajo el brazo, y ruega á la mujer de su amigo que le facilite el otro ejemplar para comparar los grabados de uno y otro. La señora, sin desconfianza, se lo entrega, y el amigo lo hojea con mucho cuidado; y aprovechando un descuido, desgarra, sin que lo vean, dos ó tres hojas, y se vuelve triunfante á su casa. El propietario del libro desgarrado regresa, y al saber la visita de su amigo, entra en desconfianza y descubre las desgarraduras; lleva á su amigo ante los Tribunales, y éstos le condenan á 2.000 libras (50.000 pesetas) de daños y perjuicios. La sociedad de los bibliófilos trata de borrar de las listas de sus miembros al culpable; pero éste se presenta altaneramente, y les apostrofa diciendo: «¿Quién de vosotros en mi

caso no hubiera hecho lo mismo?»; y no se atrevieron á borrarle. La envidia, el apetito del bien ajeno, es el menor defecto del bibliómano.

Del bibliómano, quizá; pero el verdadero amigo de los libros ignora esos odios y esos rencores; es ordinariamente más equilibrado, más pacífico. «Los amigos de los libros—dice Julio Jonin—olvidan todas las malas pasiones, vanidades miserables y ambiciones malsanas; el verdadero bibliófilo está contento de sí mismo y de los demás.»

Cim pasa revista á los más curiosos ejemplos conocidos de bibliomanía y bibliolatría. El célebre helenista Guillermo Budé (1467-1540) halló medio, el día mismo de su boda, de no abandonar sus queridos libros, pasando con ellos «siquiera tres horas», lo que no le impidió ser padre de siete hijos y cuatro hijas; del mismo se cuenta que, por no dejar de leer el libro que tenía entre manos, replicó á un criado que le vino á avisar que había fuego en la casa: «¡Bueno, bueno! Decídselo á mi mujer; ya sabéis que no me ocupo de los asuntos de casa». Corneille dió una respuesta semejante á un joven á quien había concedido la mano de su hija, y á quien el mal estado de sus negocios obligó á renunciar á su proyectado matrimonio: este joven se presentó en casa de Corneille una mañana, penetró hasta su despacho y le dijo: «Vengo, caballero, á retirar mi palabra y á explicaros los motivos de mi conducta». Corneille, que estaba leyendo, se volvió hacia el visitante, y le dijo: «¿No podía usted, sin interrumpirme, hablar de todo eso con mi mujer? Suba usted á verla; yo no entiendo nada de esos asuntos».

El día de su casamiento fué también preciso sacar de su distracción al eminente helenista Adrián Turnebe, que, entregado á sus lecturas, había olvidado la ceremonia en que tan principal papel tenía que representar.

Federico Morel (1558-1630), sabio impresor y profesor ilustre, estaba terminando sus investigaciones sobre el sofista griego Libanio, cuando le fueron á advertir que su mujer, á la que

amaba con sincero cariño, y que estaba muy enferma, deseaba verle. «¡Voy en seguida! ¡Dos palabras más, y voy!» Pero las dos palabras se estiraron demasiado, y no tardaron en avisarle que su mujer acababa de morir. «¡Por vida de...! ¡Lo siento de veras, porque era una buena mujer!»—suspiró Morel, volviendo á sumergirse en su tarea.

El erudito abate Goujet murió de dolor por haber tenido que vender su biblioteca; lo mismo se ha dicho de Scalígero y de Patru. Scalígero decía: «Amigos, ¿queréis conocer una de las grandes desgracias de la vida? Vended vuestros libros». El docto médico de París Santiago Goupil murió de desesperación por haber visto saquear su biblioteca durante los disturbios de la Liga. También murió Colnet du Ravel del disgusto de ver flotar en el Sena los libros de la biblioteca del Arzobispado después del saqueo de este edificio durante la Revolución. El filólogo Brunck, que en 1791 tuvo que vender parte de su biblioteca, y en 1801 se vió forzado á recurrir al mismo expediente, lloraba en cuanto oía el nombre de algún autor de los libros vendidos, y murió de disgusto poco después de la última venta. El príncipe Camerata, que también tuvo que vender sus libros, se pegó un tiro por no poder sin ellos soportar la vida. Otro gran señor, el conde Labedoyere, creyó que estaba ya cansado de sus libros y los vendió; pero luego se pasó el resto de su vida buscándolos por todas partes y rescatándolos á toda costa.

Una de las muertes más singulares de bibliómanos fué la del marqués de Chalabre, muerto de desesperación por no encontrar un ejemplar de una Biblia que no existía, pues había sido una invención de Carlos Nodier. A propósito de este marqués cuenta Dupont que había legado su biblioteca á la señorita Mars, la célebre actriz, poco aficionada á leer, y que encargó á su amigo Merlin de revisar los libros y venderlos. Merlin hojeó libro por libro, y un día entró en la habitación de la Mars con treinta ó cuarenta billetes de mil francos, que dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso?—preguntó la Mars.

—No sé.

—¿Cómo que no sabéis? Son billetes de Banco.

—Sin duda.

—¿Y dónde los habéis encontrado?

—En una cartera, disimulada en las tapas de una Biblia; como la Biblia era de usted, también lo son los billetes, y por eso os los traigo.

El gran Petrarca murió como debería y querría morir todo bibliófilo. Al ver que tardaba tánto en salir de su biblioteca, entraron á buscarle, temiendo se hubiera puesto enfermo, y le encontraron sentado junto á la ventana, con un libro entre las manos, un Virgilio, sin moverse. Estaba muerto. El periodista Armando Bertin murió del mismo modo: entre los libros de su biblioteca y con el libro favorito de su difunta mujer en la mano. El famoso Brunet, autor del *Manual del librero,* murió sentado en un sillón en medio de sus libros. Motteley, apasionado y receloso amante de sus hermosos libros, tenía cada puerta de sus habitaciones con una cerradura secreta; recibía poco, y se negaba á las más necesarias reparaciones en su casa, por temor de que los obreros ensuciasen sus magníficas encuadernaciones; sólo sus libros fueron testigos de su muerte, que ocurrió á media noche.

Entre los bibliófilos y sabios muertos de caídas dadas desde lo alto de una escalera ó de un escabel para alcanzar ó colocar sus libros pueden citarse al ilustre Ebert, bibliotecario de Dresde; al latinista español marqués de Morante, y el celoso Rover. También el ilustre historiador alemán Mommsen murió á consecuencia de las quemaduras de sus cabellos blancos con la bujía que le servía para buscar sus libros. A propósito de las escaleras de las bibliotecas, el Dr. Veron cuenta que el ministro Corbiere sólo se distraía de los cuidados políticos con los libros de su biblioteca; un diputado importante, á quien había concedido audiencia, llegó á la hora fijada á su cuarto; le buscó por todas partes, y al fin le vió encaramado

en una escalera doble de mano, arreglando sus libros: el diputado, para no contrariar al ministro haciéndole bajar, subió por el otro lado de la escalera hasta hallarse cara á cara con Corbiere; y así se pasó la audiencia, gesticulando cada cual en su peldaño.

Uno de los tipos más curiosos de bibliólatras ha sido Antonio Magliabecchi (1633-1714) de Florencia. Criado de un frutero, fué recogido por un librero, y allí aprendió á leer. Su memoria era tan prodigiosa que retenía cuanto leía. El gran duque Cosme III le nombró conservador de su biblioteca, y no tardó en conocer todos los millares de volúmenes de la misma y de la Laurenciana; y sin salir de Florencia, sólo por la lectura de los catálogos y por las noticias que adquiría por sus conversaciones y correspondencia, sabía dónde se encontraban todos los libros y cómo estaban formadas todas las grandes bibliotecas. Habiéndole pedido un día el gran duque una obra muy rara, Magliabecchi le dijo: «Monseñor, me es imposible proporcionarla; en todo el mundo no hay más que un ejemplar, que está en Constantinopla, en la biblioteca del Gran Turco; es el séptimo volumen de la segunda sección, armario del lado derecho, conforme se entra». Era un hombre muy raro, que sólo comía huevos, pan y agua, y cuyo traje se componía de un chaquetón obscuro, un pantalón, una capa negra llena de piezas, un sombrero deformado lleno de agujeros, una corbata ancha atascada de tabaco, y una camisa que no se quitaba hasta que se le caía á pedazos. Jamás quiso salir de Florencia, aunque el Emperador y el Papa le hicieron proposiciones muy ventajosas, y murió á los ochenta y un años, dejando á Florencia su biblioteca de 30.000 volúmenes y rentas para sostenerla.

IMPRESIONES Y NOTAS

Comunicaciones interplanetarias.—Las velocidades más grandes realizadas por el hombre son las de los proyectiles,

que se lanzan hoy con la velocidad inicial de 1.000 metros por segundo. En la Naturaleza, los cuerpos celestes, en su movimiento de traslación, nos dan velocidades mucho mayores: el que corre más en menos tiempo es Mercurio, que marcha á razón de 46 kilómetros por segundo; en un tren que anduviera con esa velocidad llegaríamos á la luna en dos horas y cuarto, á Venus en diez días y medio y á Neptuno en tres años.

Pero hay en la Naturaleza otra velocidad mucho mayor: la de la luz, que se propaga con la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. La carga de pólvora necesaria para imprimir á una bala de fusil *el tercio* de esa velocidad sería, según Gustavo le Bon, de sesenta y siete mil millones de kilos, ó sea 1.340.000 barriles de pólvora de 50 kilos cada uno. Jamás se había pensado en que tales energías fueran prácticamente utilizables; pero hoy, ante los fenómenos radioactivos, se entrevé la posibilidad de utilizarlas.

El átomo—dice Le Bon,—considerado como simple é indestructible, es de naturaleza compleja, y se disocia lentamente para desvanecerse en el éter; al disociarse se transforma en energía, y la materia no es, en suma, sino energía condensada bajo una forma particular, á la que se da el nombre de *energía intraatómica*. Esta energía constituye una fuerza nueva utilizable, y es la causa de los fenómenos radioactivos.

Fácil es demostrar la enormidad de esta energía: sabido es que los cuerpos radioactivos emiten sin cesar en el espacio partículas con grandísima velocidad; este bombardeo continuo se hace visible por el *spintariscopio*, y medida la velocidad de esas partículas, se ha visto que varía de 100.000 á 300.000 kilómetros por segundo.

Admitida la existencia de la energía intraatómica, y demostrada su gigantesca potencia, queda por saber, según A. Le Mée, de qué modo se la podrá liberar y cómo podrá utilizarse para las comunicaciones interplanetarias, únicas en que tendría aplicación. Balfour cree que este prodigioso mecanismo está fuera de nuestros intereses inmediatos; pero Le Bon esti-

ma que la ciencia está en vísperas quizá de captar esa energía cuya existencia ni siquiera sospechábamos, y hacer inútil entonces la extracción de la hulla.

El día en que se resuelva el problema de la captación de la energía intraatómica, las máquinas variarán de tipo según se trate de mover grandes masas ó de obtener grandes velocidades. Desde luego para las comunicaciones interplanetarias no harían falta velocidades semejantes á la de la luz; pero para las comunicaciones interestelares, en cambio, hasta parecería insuficiente la velocidad de las partículas catódicas; el tren de cien mil kilómetros por segundo tardaría trece años en llegar á la estrella α de Centauro, que es la estrella que tenemos más cercana. ¿Quién era capaz de arriesgarse á una travesía tan larga á través de los espacios etéreos?

Sin llevar tan allá nuestras pretensiones, es ya muy hermoso entrever la posibilidad de las comunicaciones interplanetarias. Se dirá que esto es un sueño, una utopía. Quizá; pero ya que tanto se ha escrito sobre utopías sociales, ¿por qué no emborronar unas cuartillas sobre utopías científicas?

***

¿Cuándo nació Jesús?—Si se preguntara—dice J. Sacerdote en *Il Piccolo*—en qué día nació Jesús á los millones de personas que celebran la Navidad, es seguro que casi todos dirían: el 25 de Diciembre próximo hace 1906 años.

Y, sin embargo, los Padres de la Iglesia y los historiadores del Cristianismo no han logrado llegar á una respuesta asentada en bases irrefutables. La Navidad no empezó á celebrarse hasta el año 354 por los cristianos de Occidente, continuando los de Oriente considerando mucho tiempo después que el nacimiento de Cristo fué el 6 de Enero. La Era Cristiana no se estableció, por otra parte, hasta que el Papa Juan I encargó á Dionisio el Exiguo que fijara, por medio de la tradición y de los cálculos astronómicos, una nueva Era que arrancara del nacimiento de Jesús, pues en Oriente se venía contando por

la Era de los seléucidas y en Occidente por la diocleciana, que todavía rige en la iglesia copta y entre los cristianos de Abisinia. Dionisio cumplió el encargo y fijó el nacimiento de Cristo en el año 754 de Roma, que se convirtió en el año I de la Nueva Era.

Pero los cálculos de Dionisio no inspiran confianza. Algunos Padres daban para el nacimiento de Jesús el año 750 ó 751, y el párroco Van Rebber, que ha hecho pacientes investigaciones, llegaba hace algunos años á la conclusión de que Jesús nació unos días antes de la Pascua (el 12 ó 13 de Abril) del año 744 de Roma, diez años antes del señalado por Dionisio.

San Mateo (II, 1) dice claramente que Jesús nació en Belén bajo el reinado de Herodes, y es sabido que Herodes murió entre el 13 de Marzo y el 12 de Abril del 750, cuatro años antes de la Era dionisiana. El nacimiento de Jesús, según esto, debió ocurrir lo más tarde en el 750 de la fundación de Roma; es decir, el 25 de Diciembre de 749, cinco años antes de la era vulgar, estando ahora, por lo tanto, no en el año 1906, sino en el 1911 de la Era Cristiana.

***

Pensamientos y máximas. — A propósito del *Manualito de Filosofía práctica*, de Thomereau, Emilio Faguet hace notar algunos de los pensamientos que contiene, figurándose al autor paseándose por los jardines públicos, pensativo y apuntando de cuando en cuando las cosas que se le ocurren. «Los mejores libros son los que han sido escritos con lápiz»; y Faguet cree que el de Thomereau es de esta clase. He aquí algunos de sus pensamientos:

«Si un pensamiento de tres líneas no os deja la impresión de que podía dedicársele un capítulo por lo menos, es que carece de valor.»

«Hay tontos cuya vanidad no está desarmada nunca. Ahí tenéis á uno que acaba de ganar un buen premio en la lotería.

Al principio nuestro hombre exclama, como podríamos hacerlo usted ó yo: «¡Qué fortuna!» Pero no tarda en recogerse, y llega en seguida á persuadirse de que ha aportado al asunto no sé qué mérito ó talento personal. El azar no entra en la cosa. Esperad un poco, y le veréis con el ademán de un triunfador que se dirige al Capitolio.»

Comentando la deliciosa frase de Joubert: «Cuando mis amigos son tuertos, los miro de perfil», Thomereau añade: «Puesto que la vida tiene también dos aspectos tan distintos, tratémosla más bien como amiga: mirémosla en lo posible del lado que nos sonríe».

«La envidia es un homenaje que la incapacidad rinde al mérito», dice Thomereau, parodiando la célebre máxima de la Rochefoucauld: «La hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud».

«La gratitud que se nos demuestra se inspira tanto, si no más, en los servicios que todavía se esperan de nosotros, que en los que ya hemos prestado. La ingratitud, en sentido inverso, prueba simplemente que no se tiene ya confianza en nuestros medios ó en nuestra buena voluntad para el porvenir.»

«Se pueden encontrar muchos medios para que no haya ricos; pero no hay uno solo para que no haya pobres.»

***

Una historia penitenciaria. — La *Revista Penitenciaria* publica, con el título de «Prometeo en Australia», la historia de un desdichado presidiario, de la que brotan varias enseñanzas: la crueldad del sistema inglés de deportación, la corrección del culpable por procedimientos humanitarios, la torpeza jurídica y la relación entre el trato y sus efectos.

Carlos Anderson, de Newcastle, huérfano de un marino, cuya viuda murió poco después, dejando dos niños de corta edad que fueron enviados á la *Work-house*, se embarcó de grumete á los nueve años en un barco carbonero, se alistó después en un buque de guerra, y recibió en la batalla de Navarino

una grave herida en la cabeza, de la que le quedó una gran irritabilidad nerviosa, exacerbada hasta el furor por cualquier exceso de bebida ó excitación del carácter. A los diez y ocho años fué condenado como ladrón (porque en una refriega él y otros compañeros embriagados asaltaron unas tiendas) á siete años de deportación.

Aquí empieza el calvario de este miserable, que no acertaba á explicarse lo rudo del castigo por un delito de que no tenía conciencia, y se rebelaba contra todo. Los rigores le endurecían, y viéndole indomable, se le trató como refractario, colocándole en un islote rocoso en la isla de las Cabras, en Sidney. A los dos meses de malos tratamientos procuró librarse de sus carceleros, pero fué cogido en las calles de Sidney, recibiendo cien azotes y condenándosele á un año de hierros. Antes del año, por infracciones insignificantes, como mirar á la calle ó suspender el trabajo, recibió en varias veces hasta otros 200 azotes, y se volvió á escapar, pero fué cogido de nuevo y condenado á 200 azotes y dos años de hierros. Entonces lo encadenaron á una roca; su cadena, de nueve metros de larga, le cogía por medio del cuerpo; sus pies tenían trabas de hierro, y por cama tenía una hendidura de la roca; su único abrigo de noche era un armatoste de madera con agujeros para la respiración, y los alimentos se los llevaban en una vasija colocada al extremo de un largo varal, para no acercarse á él; se los dejaban al alcance de la mano y se retiraban, estando prohibido que nadie le hablara ni se le acercara, bajo severas penas; á un antiguo compañero de marina que le dió por compasión un poco de tabaco para que pudiera fumar, le castigaron con cien azotes.

Por vestido sólo tenía un andrajo; sus espaldas, desgarradas por el látigo, estaban expuestas al aire y al sol, y en sus abiertas úlceras anidaban los gusanos, que con el horrible calor se multiplicaban y se hacían insufribles, sin que jamás le dieran agua para poderse lavar y calmar aquel ardor; sólo cuando llovía y se formaban charcos se le veía revolcarse en

ellos con angustias horribles. Visitado por el gobernador, se negó á trabajar, porque trabajando ó no le castigaban siempre; y entonces fué enviado á Macquarie, á las fábricas de cal. Anderson, con los grilletes á los pies y una banasta sobre los desnudos hombros, llevaba la cal desde los hornos á los barcos. La carne al descubierto dejaba que la cal y el agua salada penetraran en las heridas abiertas por el látigo, y el infeliz ardía, presa de atroces torturas. Pudo escaparse, pero no tardó en ser cogido y sometido á una doble fustigación. El capataz Antonio, que se complacía en martirizarle, llegó á exacerbarle de tal modo que un día le mató de un golpe de pala; la guardia no pudo impedir la muerte, pero dió á Anderson cinco ó seis bayonetazos; sobrevivió, y fué condenado á muerte; pero como sus verdugos vieron que recibía la sentencia con alegría, lo enviaron á la isla Nosfolk.

Allí tuvo la fortuna de dar con el capitán Machonochie. Éste lo estudió y se prometió domesticar aquella temible fiera. Para ello le puso al cuidado de varios toros, y la lucha con aquellos animales, que daba acertado empleo á sus energías, no tardó en ejercer beneficioso influjo en su ánimo. Su inteligencia, embrutecida por los malos tratos, se despertaba; su carácter, agriado por la crueldad, se dulcificaba. El capitán le encargó de vigilar la entrada del puerto y avisar la llegada de buques; y empleado en esta tarea y en el cultivo de un pequeño jardín, en tres años se metamorfoseó por completo. La marcha de su bienhechor le hizo caer en profunda melancolía, seguida de fuerte irritación mental que acabó por llevarle á una casa de locos.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La genealogia del prestito nell' antico diritto indiano, per G. Mazzarella.—Roma, 1905. Folleto de 52 páginas.

Esta monografía viene á servir de complemento á otras dos del mismo autor, intituladas *Il prestito nell' India antica* y *L'origine del prestito nel diritto indiano,* de la última de las cuales se habló aquí hace poco. Mazzarella admite seis diferentes épocas en la historia de la etnología jurídica indiana; y habiendo estudiado el préstamo en las dos monografías que se acaban de citar, por el aspecto morfológico y por el estratigráfico, con relación á las cuatro primeras épocas, viene ahora á estudiarlo genealógicamente con relación á todas las seis épocas mencionadas, para lo cual extiende las investigaciones morfológicas y estratigráficas á las otras dos épocas (yajnavalkyana y naradiana) que no abarcaban los anteriores trabajos. Y para que se comprenda el sentido de lo que acabamos de decir, advertiremos que el autor divide la etnología jurídica en tres ramas: morfología, estratigrafía y genealogía, cada una de las cuales tiene su método peculiar, que da nombre á aquéllas (método morfológico, estratigráfico y genealógico). En las memorias *Il prestito nell' India antica* y *L'origine del prestito nel diritto indiano* da suficientes explicaciones respecto del particular.

La *Genealogia del prestito nell' antico diritto indiano* es un trabajo completísimo, más aún que los otros sobre la misma materia. El autor ha estudiado las fuentes con gran escrupu-

losidad y cuidado, á lo que parece, comparando sin prisa unos textos con otros, y extrayendo toda su sustancia. Cuantas particularidades ofrece la institución están en la monografía puestas de relieve de un modo detallado.

***

El internado moderno. — Discurso del ministro de Justicia é Instrucción Pública de la República Argentina, Dr. Joaquín V. González, en la colocación de la piedra fundamental del edificio del Colegio Nacional de la Plata.—Buenos Aires, 1905. Folleto de 27 páginas.

En algunos países hispano-americanos, como en Méjico, han discutido no poco sobre la cuestión del internado en la enseñanza. En la República Argentina la dan ya, al parecer, por resuelta: ya están levantando el edificio que ha de servir para el internado, un poco á la manera inglesa (Eton, Harrow, etc.). El discurso pronunciado en el acto de la colocación de la primera piedra de dicho edificio por el ministro de Justicia é Instrucción Pública tiende á justificar la innovación y á poner de bulto sus ventajas. A mí no me ha convencido, sin embargo. Verdad es que yo tengo mucha repugnancia á la enseñanza con internado, y, en general, á todo internado de muchachos. Creo que origina no pocos daños, singularmente de índole moral. Los ingleses parecen muy satisfechos de su sistema. Yo no lo he podido observar directamente. Pero aunque no haya que oponer reparos fundamentales, siempre he de advertir que los países sajones, en esto como en tantas otras cosas, son distintos de los latinos. Entre éstos, en cuanto yo sé, el internado de chicos en colegios es, á más no poder, detestable; más que nada, según queda dicho, bajo el respecto moral. Los perjuicios de esta índole son abundantes y graves.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

¿Qué es verdad?, por Miguel de Unamuno 5

Ideas de Cervantes acerca de los países setentrionales, por Carlos Larsen 21

El alcoholismo en la poesía clásica española, por Pedro Sangro y Ros de Olano 47

Recuerdos, por José Echegaray 72

La ironía y el gracejo en los refranes, por Julio Cejador 84

España fuera de España.—Cicerón y los españoles, por H. de la Ville de Mirmont 102

Alma de niña, por Dostoiewsky 135

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 166

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 177

Notas bibliográficas, por P. Dorado 202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Miláu, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton Merinos, 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 5 pesetas.

Bourget.— Taine, 0,50 pesetas

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay.— Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilli.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal. 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

AP
60
E8
año 18
no.205-07

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY